CONDUCCIÓN DEL NIÑO

Por ELENA G. DE WHITE

Obra de la pluma inspirada por el espíritu de profecía, indispensable para la correcta solución de los muchos y complejos problemas inherentes a la educación de los hijos en sus tiernos años.

PARA EL LECTOR

Los padres tienen el privilegio de llevar a sus hijos consigo a las puertas de la ciudad de Dios, diciendo: "He procurado instruir a mis hijos para que amen al Señor, para que hagan su voluntad y lo glorifiquen". Las puertas se abrirán para ellos, y entrarán los padres Y los hijos. Pero no todos podrán pasar. Algunos serán dejados afuera con sus hijos, cuyos caracteres no habrán sido transformados por la sumisión a la voluntad de Dios. Una mano se alzará y se escucharán estas palabras: "Habéis descuidado vuestros deberes del hogar. Habéis fracasado en realizar la obra que habría capacitado al alma para habitar en la morada celestial. No podéis entrar". Las puertas se cerrarán para los hijos porque no aprendieron a cumplir la voluntad de Dios, y para los padres porque descuidaron sus responsabilidades (Manuscrito 31, 1909).

De la Palabra de Dios y de los testimonios de su Espíritu se ha estado difundiendo luz, de modo que ninguno necesite errar en cuanto a su deber. Dios requiere de los padres que eduquen a sus hijos para que lo conozcan y respeten sus derechos; deben educar a sus pequeños, como los miembros más jóvenes de la familia del Señor, para que adquieran belleza de carácter y disposición amable, para que sean aptos para brillar en las cortes celestiales. Al descuidar su deber y permitir que sus hijos se desarrollen en el mal, los padres cierran para ellos las puertas de la ciudad de Dios. Estos hechos deben penetrar en la comprensión de los padres; deben levantarse para reasumir la obra que han descuidado durante tanto tiempo (Testimonies, tomo 5, págs. 325, 326). Elena G. de White. 17

SECCION I - EL HOGAR, LA PRIMERA ESCUELA

CAPÍTULO 1. La Importancia del Hogar Como Escuela

La educación comienza en el hogar.

En el hogar es donde ha de empezar la educación del niño. Allí está su primera escuela. Allí, con sus padres como maestros, debe aprender las lecciones que han de guiarlo a través de la vida: lecciones de respeto, obediencia, reverencia, dominio propio. Las influencias educativas del hogar son un poder decidido para el bien o el mal. Son, en muchos respectos, silenciosas y graduales, pero si se ejercen de la debida manera, llegan a ser un poder abarcante para la verdad y la justicia. Si no se instruye correctamente al niño en el hogar, Satanás lo educará por instrumentos elegidos por él. ¡Cuán importante es, pues, la escuela del hogar! (Consejos para los Maestros. pág. 83).

La colocación del fundamento sólido.

Sobre los padres recae la obligación de dar instrucción física, mental y espiritual. Debe ser el objeto de todo padre, asegurar para su hijo un carácter bien equilibrado, simétrico. Esa es una obra de no pequeña magnitud e importancia, una obra que requiere ferviente meditación y oración no menos que esfuerzo paciente y perseverante. Hay que echar un fundamento correcto, levantar un armazón fuerte y firme, y luego, día tras día, adelantar la obra de edificar, pulir y perfeccionar (Ibid.). 18

Niéguese al niño todo, menos este derecho.

Padres, recordad que vuestro hogar es una escuela en la cual vuestros hijos han de ser preparados para las moradas de arriba. Negadles todas las cosas antes que la educación que deberían recibir en sus primeros años. No les permitáis manifestar su enojo. Enseñadles a ser bondadosos y pacientes. Enseñadles a ser considerados con otros. Así los prepararéis para un ministerio superior en las cosas de la religión (Manuscrito 102, 1903).

El hogar debería ser una escuela preparatoria donde los niños y los jóvenes se capaciten para el servicio del Maestro, el cual los ha de preparar para unirse con la escuela superior en el reino de Dios (Manuscrito 7, 1899).

No es un asunto de segunda importancia.

La educación que se imparte en el hogar no debe considerarse como un asunto de importancia secundaria Ocupa el primer lugar en toda verdadera educación. Los padres y las madres han recibido la responsabilidad de moldear las mentes de sus hijos (Review and Herald, 6-6-1899).

Cuán alarmante es el aforismo que dice: "Árbol que crece torcido, su tronco nunca endereza". Debe aplicarse a la formación de nuestros hijos. Padres, ¿recordaréis que la educación de vuestros hijos, desde sus años más tiernos, os ha sido confiada como una empresa sagrada? Estos árboles tiernos han de formarse con cariño, a

fin de que puedan trasplantarse en el huerto del Señor. Por ningún motivo debe descuidarse la educación en el hogar. Los que la descuidan, están descuidando un deber religioso (Manuscrito 84, 1897).

El gran alcance en la educación del hogar.

La educación del hogar significa mucho. Es una cuestión de vasto alcance. Abrahán fue llamado el padre de los fieles. Entre las cosas que lo convirtieron 19 en un notable ejemplo de piedad se encuentra la estricta consideración que daba a los mandamientos de Dios en su hogar. Cultivaba la religión de la familia. El que ve la educación impartida en cada hogar, y que mide la influencia de esta educación, dijo: "Yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio" (Carta 9, 1904).

Dios mandó a los hebreos que enseñasen sus requerimientos a sus hijos y que los familiarizase con todo su proceder para con su pueblo. El hogar y la escuela eran uno. En lugar de labios extraños, los amantes corazones del padre y de la madre tenían que dar instrucción a sus hijos. Los pensamientos de Dios estaban asociados con todos los acontecimientos de la vida diaria en el hogar. Las obras poderosas de Dios en la liberación de su pueblo eran repetidas con elocuencia y reverente temor. Las grandes verdades de la providencia de Dios y de la vida futura eran grabadas en las mentes juveniles, y así éstas llegaban a familiarizarse con todo lo que fuese verdadero, bueno y bello.

Mediante el empleo de figuras y símbolos, las lecciones dadas eran ilustradas y grabadas así en la memoria más firmemente. Por medio de ese conjunto de imágenes animadas, el niño era, casi desde los primeros años, iniciado en los misterios, la sabiduría y las esperanzas de sus padres y encauzado en una manera de pensar, sentir y prever que alcanzaba más allá de lo visible y transitorio: hasta lo invisible y eterno (La Educación Cristiana, pág. 260).

Habilita para la escuela formal.

La obra de los padres precede a la del maestro. Tienen una escuela en el hogar: el primer grado. Si tratan de aprender cuidadosamente cuál es su deber y de cumplirlo con oración, prepararán a sus hijos para entrar en 20 el segundo grado, para recibir instrucciones del maestro (Review and Herald, 13-6-1882).

Modela el carácter.

El hogar puede ser una escuela donde el carácter de los niños se modele a la semejanza de un palacio (Manuscrito 136, 1898).

La educación en el hogar de Nazaret.

Jesús recibió su educación en el hogar. Su madre fue su primer maestro humano. De los labios de ella, y de los escritos de los profetas, aprendió las cosas del cielo. Vivió en un hogar de aldeanos y con fidelidad y buen ánimo llevó su parte de las cargas de la casa. El que había sido el comandante del cielo, consintió en ser un siervo voluntario, un hijo amante y obediente. Aprendió un oficio, y con sus propias manos trabajó en la carpintería con José (El Ministerio de Curación, págs. 310, 311). 21

CAPÍTULO 2. Los Primeros Maestros

Los padres deben comprender su responsabilidad.

El padre y la madre deberían ser los primeros maestros de sus hijos (Manuscrito 67, 1903).

Los padres y las madres deben comprender su responsabilidad. El mundo está lleno de trampas para los jóvenes. Muchísimos son atraídos por una vida de placeres egoístas y sensuales. No pueden discernir los peligros ocultos o el fin temible de la senda que a ellos les parece camino de la felicidad. Cediendo a sus apetitos y pasiones, malgastan sus energías, y millones quedan perdidos para este mundo y para el venidero. Los padres deberían recordar siempre que sus hijos tienen que arrostrar estas tentaciones. Deben preparar al niño desde antes de su nacimiento para predisponerlo a pelear con éxito las batallas contra el mal (El Ministerio de Curación, pág. 287).

Los padres necesitan a cada paso una sabiduría más que humana a fin de comprender cómo educar mejor a sus hijos para una vida útil y feliz aquí, y para un servicio más elevado y un mayor gozo en el más allá (Review and Herald, 13-9-1881).

La educación infantil una parte importante del plan de Dios.

La educación de los niños constituye una parte importante del plan de Dios para demostrar el poder del cristianismo. Una solemne responsabilidad reposa sobre los padres en el sentido de educar a sus hijos para que cuando salgan al mundo, hagan bien y no mal a aquellos con quienes se asocien (Signs of the Times, 25-9-1901).

Los padres no deberían considerar livianamente la obra de educar a sus hijos, ni descuidaría por ningún motivo. Deberían emplear mucho tiempo estudiando cuidadosamente las leyes que regulan nuestro organismo.

Deberían hacer su primer objetivo 22 el conocer cabalmente la manera debida de tratar con sus hijos, a fin de proporcionarles mentes y cuerpos sanos. . . .
Muchos que profesan ser seguidores de Cristo descuidan tristemente sus deberes domésticos; no perciben la sagrada importancia de la responsabilidad que Dios ha encomendado en sus manos, de moldear los caracteres de sus hijos de tal modo que posean una fibra moral que les permita resistir a las numerosas tentaciones que entrampan los pies de la juventud (Pacific Health Journal, abril de 1890).
Es necesaria la colaboración con Dios.
Cristo no le pidió a su Padre que retirara a los discípulos del mundo, sino que los guardara del mal en el mundo para protegerlos de caer en las tentaciones que encontrarían en todas partes. Los padres y las madres deberían ofrecer esta misma oración en favor de sus hijos. ¿Pero han de rogar a Dios y luego dejar que sus hijos hagan como les plazca? Dios no puede proteger del mal a los hijos si los padres no colaboran con él. Los progenitores deben realizar su obra valiente y gozosamente, manifestando un esfuerzo incansable (Review and Herald, 9-7-1901).
Si los padres comprendieran que nunca quedarán libres de la responsabilidad de educar y formar a sus hijos para Dios, si hicieran su obra con fe, colaborando con Dios mediante oración ferviente y trabajo, tendrían éxito en llevar a sus hijos al Salvador (Signs of the Times, 9-4-1896).
Cómo cumplió su responsabilidad un matrimonio.
Un ángel celestial acudió a instruir a Zacarías y Elisabet acerca de la manera como deberían educar a su hijo, a fin de trabajar en armonía con Dios en la preparación de un mensajero que anunciara el advenimiento de Cristo. Como padres debían colaborar fielmente con Dios en formar en Juan un 23 carácter que lo capacitara para realizar la parte que Dios le había asignado como obrero competente.
Juan les había nacido a una edad avanzada, era hijo de un milagro, y los padres pudieron pensar que tenía una tarea especial que realizar para el Señor y que el Señor lo cuidaría. Pero los padres no razonaron en esa forma; se retiraron a un lugar alejado, donde su hijo no estuviera expuesto a las tentaciones de la vida ciudadana, o fuera inducido a alejarse del consejo y la instrucción que ellos como padres le darían. Cumplieron su parte en desarrollar en el niño un carácter que en todo sentido satisfaría el propósito para el cual Dios lo había traído a la existencia. . . . Cumplieron sagradamente su obligación (Id., 16-4-1896).
Considerad a los hijos como un legado.
Los padres deben considerar a sus hijos como un legado de Dios para ser educados para la familia celestial. Educadlos en el temor y amor de Dios, porque "el temor de Dios es el principio de la sabiduría" (Ibid.).
Los que son leales a Dios lo manifestarán en la vida doméstica. Considerarán la educación de sus hijos como una obra sagrada encomendada por el Altísimo (Manuscrito 103, 1902).
Los padres deben calificarse como maestros cristianos.
La importantísima obra de los padres es muy descuidada. Despertad, padres, de vuestro sueño espiritual y comprended que la primera enseñanza que reciben los niños debéis dársela vosotros. Debéis enseñar a vuestros pequeños a conocer a Dios. Debéis realizar esta obra antes de que Satanás siembre sus semillas en sus corazones. Dios llama a sus hijos, y deben ser conducidos hacia él, educados en hábitos de trabajo, limpieza y orden. Esta es la disciplina que Cristo desea que reciban (Review and Herald, 9-10-1900). 24
El pecado estará a la puerta de los padres a menos que se despierten y se capaciten para ser maestros inteligentes, seguros y cristianos (Manuscrito 38, 1895).
Es necesaria la unidad entre los padres.
El esposo y la esposa han de estar estrechamente unidos en su obra en la escuela del hogar. Deben ser muy suaves y cuidadosos en su manera de hablar, no sea que abran una puerta a la tentación a través de la cual Satanás entre para ganar victoria tras victoria. Deben ser mutuamente bondadosos y corteses, obrando en tal forma que puedan respetarse recíprocamente. Cada uno ha de ayudar al otro a fin de rodear al hogar de una atmósfera agradable y sana. No deberían discutir en presencia de sus hijos. Deberían conservar siempre la dignidad cristiana (Carta 272, 1903).
El instructor especial para cada hijo.
La madre siempre debería ocupar un lugar sobresaliente en esta obra de educar a sus hijos. En tanto que tareas graves e importantes reposan sobre el padre, la madre mediante una asociación casi constante con sus hijos, especialmente en sus años más tiernos, siempre debe ser su instructora especial y compañera (Pacific Health Journal, enero de 1890).
Una educación más amplia que la mera instrucción.
Los padres deben aprender la lección de la obediencia implícita a la voz de Dios, que les habla desde su Palabra; y al aprender esta lección, pueden enseñar a sus hijos la obediencia mediante el precepto y el

ejemplo. Esta es la obra que debería realizarse en el hogar. Aquellos que la hagan se elevarán a sí mismos al comprender que deben elevar también a sus hijos. Esta educación significa mucho más que una mera instrucción (Manuscrito 84, 1897).

Una obra esporádica no es aceptable.

La obra que se realice esporádicamente en el hogar no pasará 25 la prueba del juicio. La fe y las obras han de ser combinadas por los padres cristianos. Así como Abrahán continuó guiando a su familia después de él, también los padres de la actualidad han de guiar a sus familias después de ellos. La norma que cada padre debe defender es ésta: "Que guarden el camino de Jehová". Todo otro camino es una senda que conduce, no a la ciudad de Dios, sino a las filas del destructor (Review and Herald, 30-3-1897).

Que los padres revisen su obra.

¿Quisieran repasar su obra los padres en lo que atañe a la educación y preparación de sus hijos, y considerar si acaso han cumplido plenamente su deber con esperanza y fe para que esos niños sean una corona de gozo en el día del Señor Jesús? ¿Han trabajado por el bienestar de sus hijos, de tal modo que Jesús pueda contemplarlos desde el cielo y santificar sus esfuerzos mediante su Espíritu? Padres, a vosotros os toca preparar a vuestros hijos para ser útiles en esta vida en el grado más alto, y compartir la gloria final de lo que ha de venir (Good Health, enero de 1880). 26

CAPÍTULO 3. Cuándo Comenzar la Educación del Niño

La educación comienza con el lactante.

La palabra "educación" significa más que un curso de estudios. La educación comienza cuando el niño está en los brazos de su madre. Mientras la madre moldea y forma el carácter de sus hijos, los está educando (Good Health, julio de 1880).

Los padres envían a sus hijos a la escuela y cuando han hecho esto, piensan que ya los han educado. Pero la educación es una cuestión más amplia de lo que muchos comprenden: abarca todo el proceso mediante el cual el niño es instruido desde el nacimiento a la segunda infancia, de la segunda infancia a la juventud, y de la juventud a la adultez. Tan pronto como un niño es capaz de formar una idea, debería comenzar su educación (Review and Herald, 27-6-1899).

Comenzad cuando la mente es más impresionable.

La obra de educación y formación debería comenzar en la primera infancia del niño, porque entonces la mente es más impresionable, y las lecciones impartidas se recuerdan mejor (Carta 1, 1877).

Los niños deberían ser educados en la escuela del hogar desde la cuna hasta la madurez. Y, como en el caso de cualquier escuela bien llevada, los maestros mismos obtienen importante conocimiento; especialmente la madre, que es la maestra principal en el hogar, debería allí aprender las lecciones más valiosas para su vida (Pacific Health Journal, mayo de 1890).

Los padres tienen el deber de pronunciar las palabras debidas. . . . Día a día deberían aprender en la escuela de Cristo lecciones de Aquel que los ama. Luego la historia del amor eterno de Dios 27 será repetida a los tiernos niños en la escuela del hogar. Así, antes de que la razón se desarrolle plenamente, los hijos pueden aprender de sus padres la actitud debida (Manuscrito 84, 1897).

Considerad la preparación precoz.

La preparación precoz de los niños es un tema que debería estudiarse cuidadosamente. Necesitamos convertir el tema de la educación de nuestros hijos en una preocupación, porque su salvación depende mayormente de la educación que se les imparte en la niñez. Los padres y guardianes deben mantener pureza en el corazón y en la vida, si desean que sus hijos sean puros. Como padres y madres, deberíamos educarnos y disciplinarnos. Luego como maestros del hogar, podremos formar a nuestros hijos, preparándolos para la herencia inmortal (Review and Herald, 8-9-1904).

Realizad un buen comienzo.

Vuestros hijos son la propiedad de Dios, comprada por precio. Tened mucho cuidado, padres y madres, en tratarlos en forma cristiana (Manuscrito 126, 1897).

Los jóvenes deberían ser educados cuidadosa y juiciosamente, porque los malos hábitos formados en la infancia y la juventud a menudo perduran durante toda la vida. Que Dios nos ayude a ver la necesidad de realizar un comienzo correcto (The Gospel Herald, 24-12-1902).

La importancia de educar al primer hijo.

El primer hijo debería ser educado especialmente con mucho cuidado, porque él educará al resto. Los niños crecen de acuerdo con la influencia de los que los rodean. Si son manejados por aquellos que son ruidosos y turbulentos, ellos también se convierten en ruidosos y casi insoportables (Manuscrito 64, 1899).

La planta como lección objetiva de la educación de los niños.

El desarrollo gradual de la planta a 28 partir de la semilla, es una lección objetiva para la educación del niño. "Primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga" (Mar. 4: 28). El que dio esta parábola, creó la semillita, le dio sus propiedades vitales, y dictó las leyes que rigen su crecimiento. Y las verdades enseñadas por la parábola fueron hechas una realidad en su propia vida. El, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, se hizo criatura en Belén, y representó por un tiempo a la infancia impotente que depende del cuidado materno. En su niñez habló y se condujo como niño, honró a sus padres, y realizó sus deseos en forma útil. Pero a partir del primer destello de inteligencia, fue creciendo constantemente en gracia y en conocimiento de la verdad (La Educación, págs. 102, 103). 29

SECCION II - LOS METODOS Y LOS TEXTOS

CAPÍTULO 4. Los Métodos de Enseñanza

La tarea de dirección de los padres debe ser objeto de estudio.

La obra de los padres rara vez se realiza como se debiera. . . . Padres, ¿habéis estudiado el tema de la dirección paterna a fin de educar sabiamente la voluntad y los impulsos de vuestros hijos? Enseñad a los jóvenes zarcillos a que se entrelacen en torno a Dios como soporte. No basta que digáis: haz esto, o haz aquello, y luego os desentendáis y olvidéis de lo que habéis requerido, y los niños queden en libertad de no cumplir vuestras órdenes. Disponed las cosas para que vuestros hijos obedezcan vuestras órdenes con gozo; enseñad a los zarcillos a prenderse de Jesús. . . . Enseñadles a pedirle al Señor ayuda para las cosas pequeñas de la vida; a estar bien despiertos para advertir los pequeños deberes que necesitan realizarse; a ser útiles en el hogar. Si no los educáis, hay uno que lo hará, porque Satanás espera su oportunidad para sembrar semilla de cizaña en el corazón (Manuscrito 5, 1896).

Iniciad la tarea con espíritu reposado y corazón amante.

Hermana, ¿le ha conferido Dios las responsabilidades de madre?.... Necesita aprender los métodos correctos y adquirir tacto para la educación de sus pequeños, para que permanezcan en el camino del Señor. Necesita buscar constantemente la cultura más elevada de la mente y el alma, para poder encarar la educación y la preparación de sus 30 hijos con un espíritu reposado y un corazón amante; para poder imbuirlos de aspiraciones puras, y cultivar en ellos un amor por las cosas honradas, puras y santas. Como humilde hija de Dios, aprenda en la escuela de Cristo; busque constantemente mejorar sus facultades para que pueda realizar la obra más perfecta y cabal en el hogar, tanto por precepto como por ejemplo (Review and Herald, 15-9-1891).

El efecto de los modales reposados y suaves.

Pocos comprenden el efecto de los modales suaves pero firmes, aun en el cuidado de un bebé. La madre irritable e impaciente crea mal humor en el niño que tiene en sus brazos, mientras que los modales suaves tienden a aquietar la nerviosidad del pequeño (Pacific Health Journal, enero de 1890).

Hay que probar las teorías.

El estudio de los libros será de poco beneficio, a menos que las ideas obtenidas puedan ponerse en práctica. Y sin embargo, las sugestiones más valiosas de los demás deberían adaptarse con reflexión y discernimiento. Tal vez no se adapten igualmente a las circunstancias de cada madre, o a la disposición peculiar o el temperamento de cada niño de la familia. Que la madre estudie cuidadosamente la experiencia de otros, que advierta la diferencia existente entre sus métodos y los propios, y pruebe cuidadosamente aquello que realmente parece tener valor (Signs of the Times, 9-2-1882).

Métodos empleados en la antigüedad.

Desde los más remotos tiempos, los fieles de Israel prestaron mucha atención al asunto de la educación. El Señor había indicado que a los niños, aun desde sus primeros días, se les instruyera acerca de su bondad y grandeza, especialmente como se revelaba en su ley y en la historia de Israel. Mediante el canto, la oración y las lecciones de las Escrituras, las madres tenían que enseñar a sus hijos que la ley de 31 Dios es una expresión de su carácter y que a medida que recibiesen en el corazón los principios de esa ley, la imagen de Dios se delinearía en la mente y en el alma. En la escuela y en el hogar, gran parte de la enseñanza era oral, pero los jóvenes aprendían también a leer los escritos hebreos, y los rollos de pergamino de las Escrituras del Antiguo Testamento se abrían a su estudio (La Educación Cristiana, pág. 386).

Enseñad con bondad y afecto.

Los padres y las madres tienen a su cargo la obra especial de enseñar a sus hijos con bondad y afecto. Deben demostrar que como padres son los que sujetan las riendas, que gobiernan, y que no son gobernados por sus hijos. Deben enseñar que de cada uno se requiere obediencia (Carta 104, 1897).

El espíritu inquieto se inclina naturalmente a la travesura; la mente activa, si no está ocupada con cosas mejores, prestará atención a lo que sugiere Satanás. Los niños necesitan . . . ser instruidos, ser guiados por las

sendas seguras, ser mantenidos fuera del vicio, ser ganados por la bondad, y ser confirmados en el bien hacer (Carta 28, 1890).

Padres y madres, tenéis una obra solemne que realizar. La salvación eterna de vuestros hijos depende de vuestra conducta. ¿Cómo educaréis con éxito a vuestros hijos? No reprendiéndolos, porque no hará ningún bien. Hablad a vuestros hijos como si tuvierais confianza en su inteligencia. Tratadlos con bondad, ternura y amor. Decidles lo que Dios espera que hagan. Decidles que Dios desea que se eduquen y se preparen para ser obreros con él. Cuando hagáis vuestra parte, podéis confiar que el Señor hará su parte (Manuscrito 33, 1909).

Dedicad tiempo a razonar.

Cada madre debería dedicar tiempo para razonar con sus hijos, para corregir 32 sus errores, y enseñarles pacientemente la conducta correcta (Testimonies, tomo 1, pág. 390).

Cambiad los métodos de instrucción. En la educación de los jóvenes, debe ejercerse el mayor cuidado y variar la instrucción, a fin de poner a contribución las altas y nobles facultades de la mente. . . Son pocos los que comprenden las necesidades esenciales de la mente, y cómo se ha de dirigir, el intelecto que se desarrolla, los crecientes pensamientos y sentimientos de la juventud (Consejos para los Maestros, pág. 59).

Enseñad las primeras lecciones al aire libre.

Madres, dejad a los pequeñuelos jugar al aire libre; dejadlos escuchar los cantos de las aves, y aprender del amor de Dios según se expresa en sus hermosas obras. Enseñadles lecciones sencillas del libro de la naturaleza y de las cosas que los rodean; y a medida que sus mentes se expandan podrán añadirse las lecciones de los libros, y grabarse firmemente en su memoria (Id., pág. 112).

Por otra razón, el cultivo del suelo es un buen trabajo para los niños y jóvenes. Los pone en contacto directo con la naturaleza y el Dios de ella. Y para que tengan esta ventaja, debe haber, en cuanto sea posible, en relación con nuestras escuelas, grandes jardines y extensos terrenos para el cultivo.

Una educación recibida en tal ambiente está de acuerdo con las indicaciones que Dios ha dado para la instrucción de los jóvenes. . .

Será especialmente valioso para los niños y los jóvenes nerviosos que hallan agotadoras y difíciles de recordar las lecciones de los libros. Hay salud y felicidad para ellos en el estudio de la naturaleza; y las impresiones hechas no se desvanecerán de su mente, porque quedarán asociadas con objetos que están continuamente delante de sus ojos (Id., págs. 144, 145). 33

Haced las lecciones cortas e interesantes.

Cuando los padres cumplan cabalmente su parte, presentando línea sobre línea y precepto sobre precepto, haciendo sus lecciones cortas e interesantes, y enseñando no sólo por precepto sino también por ejemplo, el Señor colaborará con sus esfuerzos y los convertirá en maestros eficientes (Signs of the Times. 13-8-1896).

"Decidlo con sencillez; decidlo con frecuencia".

Los que instruyen a los niños deberían evitar observaciones tediosas. Las observaciones cortas y al punto tendrán una feliz influencia. Si debe decirse mucho, dígaselo brevemente pero con frecuencia. Unas pocas palabras interesantes, una vez y otra, serán de más beneficio que decirlas todas de una sola vez. Los discursos largos recargan la mente de capacidad reducida de los niños. El exceso de conversación los llevará a detestar aun la instrucción espiritual, del mismo modo como el comer en exceso recarga el estómago y debilita el apetito, conduciendo a rechazar el alimento. Las mentes de la gente pueden llegar a saturarse con demasiadas peroratas (Testimonies, tomo 2, pág. 420).

Estimúlese el pensamiento independiente.

De ese modo, al mismo tiempo que los niños y los jóvenes obtienen el conocimiento de los hechos por medio de los maestros y libros de texto, pueden aprender a sacar lecciones y descubrir verdades por sí mismos. Cuando trabajan en el jardín, interrogadles acerca de lo que aprenden del cuidado de sus plantas. Cuando contemplan un paisaje hermoso, preguntadles por qué vistió Dios los campos y los bosques con tonos tan encantadores y variados. ¿Por qué no es todo de un tinte pardo sombrío? Cuando recogen flores, inducidlos a pensar por qué conservó para nosotros la belleza de esos restos del Edén. Enseñadles a notar por todas partes, mediante las 34 evidencias que ofrece la naturaleza, el cuidado de Dios por nosotros, la maravillosa adaptación de todas las cosas a nuestras necesidades y felicidad (La Educación, pág. 115).

Diríjase la actividad infantil.

Los padres no necesitan pensar que es necesario reprimir la actividad de sus hijos, sino que deben comprender que es esencial guiarlos y prepararlos en las direcciones debidas. Estos impulsos activos son como los zarcillos, que, si no se los orienta, se prenderán de cualquier tronco y rama y se asirán de soportes bajos. Si no se enseña a los vástagos a afirmarse en los soportes debidos, desperdiciarán sus energías sin propósito alguno. Lo mismo acontece con los niños. Sus actividades deben orientarse en la dirección correcta. Dadles a sus

manos y mentes actividades que los hagan progresar en realizaciones físicas y mentales (Signs of the Times, 13-8-1896).

Enseñadles a ser útiles en una edad temprana.

Muy temprano debe enseñarse al niño a ser útil. Tan pronto como su fuerza y su poder de razonar hayan adquirido cierto desarrollo, debe dársele algo que hacer en casa. Hay que animarle a tratar de ayudar a su padre y a su madre; a tener abnegación y dominio propio; a anteponer la felicidad ajena y los intereses del prójimo a los suyos propios, a alentar y ayudar a sus hermanos y a sus compañeros de juegos y a ser bondadoso con los ancianos, los enfermos y los infortunados. Cuanto más compenetre el hogar el verdadero espíritu servicial, tanto más plenamente se desarrollará en la vida de los niños. Así aprenderán a encontrar gozo en servir y sacrificarse por el bien de los demás (El Ministerio de Curación, págs. 311, 312).

Padres, ayudad a vuestros hijos a hacer la voluntad de Dios siendo fieles en la realización de los deberes que les corresponden como miembros de la 35 familia. Esto les proporcionará una experiencia de lo más valiosa. Les enseñará que no deben centrar sus pensamientos en sí mismos, ni hacer lo que a ellos les place o divertirse como gustan. Educadlos pacientemente para hacer su parte en el círculo familiar (Review and Herald, 17-11-1896).

Formad el carácter mediante pequeñas atenciones repetidas con frecuencia. Padres, al educar a vuestros hijos, estudiad las lecciones que Dios ha dado en la naturaleza. Si queréis cultivar un clavel, o una rosa, o un lirio, ¿cómo lo hacéis? Preguntad al jardinero por medio de qué proceso logra que prosperen gloriosamente toda rama y hoja y se desarrollen con simetría y hermosura. El os dirá que no es mediante un trato rudo ni un esfuerzo violento; porque eso no haría sino romper los delicados tallos. Es por medio de pequeñas atenciones repetidas con frecuencia. Riega el suelo y protege las crecientes plantas del viento impetuoso y del sol abrasador, y Dios las hace prosperar y florecer con hermosura. Al tratar con vuestros hijos, seguid el método del jardinero. Por toques suaves, por un ministerio amante, tratad de moldear su carácter según el carácter de Cristo (El Deseado de Todas las Gentes, pág. 475).

Prestad atención a las cosas pequeñas.

¡Qué gran error se comete en la educación de los niños y los jóvenes, al favorecerlos, complacerlos y halagarles! Se tornan egoístas e ineficaces, y carecen de energía para realizar las pequeñas cosas de la vida. No se los educa para adquirir fortaleza de carácter mediante la realización de los deberes diarios, aunque parezcan muy humildes. . .

Nadie está calificado para cumplir una obra más grande e importante, a menos que haya sido fiel en la realización de los deberes menores. El carácter se forma por grados, y lo mismo ocurre con la 36 preparación del alma para producir esfuerzo y energía proporcionados a la tarea que debe cumplirse (Testimonies, tomo 3, págs. 46, 47).

Los niños talentosos requieren mayor cuidado.

Deberíamos impresionar las mentes de nuestros hijos con la idea de que no se pertenecen a sí mismos, para ir, venir, vestirse, y actuar como les plazca. . . . Si poseen atractivos personales y raras habilidades naturales, debería ejercerse mayor cuidado en su educación, no sea que esos dones se conviertan en una maldición, y sean utilizados para descalificarlos para enfrentar las serias realidades de esta vida, y queden incapacitados para una vida mejor debido a los halagos, la vanidad y el amor a la ostentación (Signs of the Times, 9-12-1875).

Evítense los halagos indebidos.

No prestéis demasiada atención a los niños. Dejadlos que se entretengan por sí mismos. No los exhibáis ante las visitas como prodigios de inteligencia o sabiduría, sino que dejadlos tanto como sea posible en la sencillez de su infancia. Una buena razón por la cual tantos niños son tan atrevidos e impertinentes es que se les presta demasiada atención y se los alaba mucho, y sus dichos agudos son repetidos en su presencia. Esforzaos por no censurarlos indebidamente, pero tampoco los recarguéis con indebida alabanza y adulación. Satanás sembrará demasiado pronto semillas malas en tiernos corazones, y vosotros no debéis ayudarle en esa tarea (Id., 9-2-1882).

Leed para vuestros hijos.

Padres y madres, obtened toda la ayuda que podáis del estudio de nuestros libros y publicaciones. Tomad tiempo para leer a vuestros hijos. . . . Formad un círculo de lectura del hogar, en el cual cada miembro de la familia pondrá a un lado las ocupaciones del día y se unirá en el estudio. Los jóvenes que han estado acostumbrados a leer novelas y libros de cuentos37 triviales recibirán especial beneficio por participar del estudio familiar vespertino (Consejos para los Maestros, págs. 106, 107).

"Instruya", no "diga".

A los padres se les encomienda la gran tarea de educar y enseñar a sus hijos para la vida futura e inmortal. Muchos padres y madres parecen pensar que si alimentan y visten a sus pequeños, y los educan de acuerdo con las normas del mundo, ya han cumplido su deber. Están demasiado ocupados con los negocios o el placer para hacer que la educación de sus hijos sea el objeto de estudio de sus vidas. No procuran educarlos para que empleen sus talentos para honra de su Redentor. Salomón no dijo: "Di al niño su camino, y aun cuando fuere viejo no se, apartará de él". Sino que dijo: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Review and Herald, 24-6-1890).

Educar para ejercer dominio propio.

Ninguna obra emprendida por los hombres requiere, mayor cuidado y habilidad que la preparación y la educación debidas de los jóvenes y los niños. No hay influencias tan potentes como las que nos rodean en nuestros primeros años de vida. . . . La naturaleza del hombre es triple, y la educación recomendada por Salomón comprende el recto desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales. A fin de realizar debidamente esta obra, los padres y los maestros deben comprender "cómo debe ser la manera de vivir del niño". Esto comprende más que un conocimiento de los libros o el aprendizaje en la escuela. Abarca la práctica de la temperancia, la bondad fraternal y la piedad; el cumplimiento de nuestro deber hacia nosotros, nuestros prójimos y Dios.

La enseñanza de los niños debe guiarse por principios diferentes de los que gobiernan la enseñanza 38 de los animales irracionales. La bestia debe únicamente acostumbrarse a someterse a su maestro, pero el niño debe aprender a controlarse a sí mismo. La voluntad debe enseñarse para que obedezca los dictados de la razón y la conciencia. Es posible disciplinar a un niño para que, como la bestia, no posea voluntad propia, al hundirse su individualidad en la de su maestro. Esta enseñanza no es buena y tiene efectos desastrosos. Los niños que son educados en esta forma carecerán de firmeza y decisión. No se los enseña a obrar por principio; las facultades del razonamiento no se fortalecen por el ejercicio. Hasta donde sea posible, cada niño debería ser enseñado a confiar en sí mismo. Al poner en ejercicio las diferentes facultades, aprenderá dónde es más fuerte y en qué es deficiente. Un instructor sabio dará atención especial al desarrollo de los rasgos más débiles, a fin de que el niño forme un carácter bien equilibrado y armonioso (Fundamentals of Christian Education, pág. 57). 39

CAPÍTULO 5. La Biblia Como Texto

El primer libro de texto del niño.

La Biblia debería ser el primer libro de texto del niño. De este Libro, los padres han de dar sabias instrucciones. La Palabra de Dios ha de constituir la regla de la vida. De ella los niños han de aprender que Dios es su Padre; y de las hermosas lecciones de su Palabra han de adquirir un conocimiento de su carácter. Por la inculcación de sus principios, deben aprender a hacer justicia y juicio (Consejos para los Maestros, pág. 84).

Un libro de promesas, bendiciones y reproches.

La madre debe mantener la mente fresca y llena con las promesas y las bendiciones de la Palabra de Dios y también [debe tener en cuenta] las cosas prohibidas, para que cuando sus hijos obren mal, pueda presentarles un reproche por medio de la Palabra de Dios, y mostrarles cómo están afligiendo al Espíritu de Dios. Enseñadles que la aprobación y la sonrisa de Jesús tienen más valor que la alabanza o los halagos o la aprobación de los más ricos y los más exaltados, los más instruidos de la tierra. Conducidlos diariamente a Cristo, con amor, ternura, y fervor. No debéis permitir que ninguna cosa se interponga entre vosotros y esta gran obra (Review and Herald, 14-4-1885).

Su estudio edifica el carácter.

Las lecciones de la Biblia tienen influencia moral y religiosa en el carácter, cuando se las pone por obra en la vida práctica. Timoteo aprendió estas lecciones prácticas. El gran apóstol a menudo lo condujo a lugares apartados y le formuló preguntas acerca de la historia bíblica. Le mostró la necesidad de desterrar toda conducta equivocada y le dijo que la bendición alcanzaría con seguridad a todos los que fueran fieles 40 y veraces, y les concedería una adultez noble y recta. Una madurez noble y bien encuadrada no viene por casualidad. Es el resultado del proceso modelador de la edificación del carácter en los primeros años de la juventud, y de la práctica de la ley de Dios en el hogar. Dios bendecirá los esfuerzos fieles de todos los que enseñen a sus hijos de acuerdo con sus instrucciones (Carta 33, 1897).

Presenta el amor de Dios como un tema admirable.

Los niños de cada familia han de ser criados con la educación y la amonestación del Señor. Deben controlarse las propensiones al mal, deben subyugarse los temperamentos violentos; y los niños deben aprender que son propiedad del Señor, comprados con su propia sangre preciosa, y que no pueden vivir una vida de placer y vanidad, a fin de realizar su propia voluntad y llevar a cabo sus propias ideas, y a pesar de eso seguir

perteneciendo al grupo de los hijos de Dios. Hay que instruir a los niños con bondad y paciencia. . . . Que los padres les enseñen el amor de Dios de modo que les resulte un tema agradable dentro del círculo familiar, y que la iglesia asuma la responsabilidad de alimentar a los corderitos tanto como a las ovejas del rebaño (Review and Herald, 25-10-1892).

Sus relatos proporcionan seguridad al niño tímido.

Solamente la sensación de la presencia de Dios puede desvanecer el temor que, para el niño tímido, haría de la vida una carga. Grabe él en su memoria la promesa: "Asienta campamento el ángel de Jehová en derredor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34: 7). Lea la maravillosa historia de Eliseo cuando estaba en la ciudad de la montaña y había entre él y el ejército de enemigos armados un círculo poderoso de ángeles celestiales. Lea cómo apareció el ángel de Dios a Pedro cuando estaba en la prisión, condenado a muerte; cómo lo sacó 41 en salvo, pasando por entre los guardianes armados y las macizas puertas de hierro con sus cerrojos y barrotes. Lea la escena desarrollada en el mar, cuando Pablo el prisionero, en viaje al lugar donde iba a ser juzgado y ejecutado, dirigió a los soldados y marineros náufragos, abatidos por el trabajo, la vigilancia y el ayuno, grandes palabras de valor y esperanza: "Os exhorto a que tengáis buen ánimo; porque no habrá pérdida de vida alguna de entre vosotros. . . . Porque estuvo junto a mí esta noche un ángel de Dios, de quien soy y a quien sirvo, el cual decía: No temas, Pablo; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí que Dios te ha dado a todos los que navegan contigo". Con fe en esta promesa, Pablo aseguró a sus compañeros: "No se perderá un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros". Así ocurrió. Por el hecho de estar en ese buque un hombre por medio del cual Dios podía obrar, toda la carga de soldados y marineros paganos se salvó. "Todos escaparon salvos a tierra" (Hech. 27: 22-24, 34, 44).

No fueron escritas estas cosas únicamente para que las leamos y nos asombremos, sino para que la misma fe que obró en los siervos de Dios de antaño, obre en nosotros. Dondequiera que haya corazones llenos de fe que sirvan de conducto a su poder, no será menos notable su modo de obrar ahora que entonces (La Educación, págs. 249, 250).

Tened una fe firme, y enseñad a vuestros hijos que todos dependemos de Dios. Leedles la historia de los cuatro jóvenes hebreos, e impresionad su mente con la comprensión de la influencia para el bien que fue ejercida en el tiempo de Daniel gracias a una estricta observancia de los principios (Manuscrito 33, 1909).

Simplificad las lecciones de la Biblia.

Los padres deben enseñar a sus hijos lecciones de la Biblia, 42 haciéndolas tan simples de modo que puedan comprenderlas rápidamente (Carta 189, 1903).

Enseñad a vuestros hijos que los mandamientos de Dios deben constituir la regla de su vida. Puede ser que las circunstancias los alejen de sus padres y sus hogares, pero las lecciones de instrucción dadas en la niñez y la juventud les serán una bendición durante toda su vida (Manuscrito 57, 1897). 43

CAPÍTULO 6. El Libro de la Naturaleza

Una segura fuente de instrucción.

La naturaleza ha de ser nuestro gran libro de texto después de la Biblia (Testimonies, tomo 6, pág. 185).

Para el niñito que aún no es capaz de aprender lo que se enseña por medio de la página impresa o de ser iniciado en la rutina del aula, la naturaleza presenta una fuente infalible de instrucción y deleite. El corazón que aún no ha sido endurecido por el contacto con el mal, es perspicaz para reconocer la Presencia que penetra todas las cosas creadas. El oído que no ha sido entorpecido por el vocerío del mundo, está atento a la Voz que habla por medio de las expresiones de la naturaleza. Y para los de más edad, que necesitan continuamente los silenciosos recordativos de lo espiritual y lo eterno, la enseñanza de la naturaleza no dejará de ser una fuente de placer e instrucción (La Educación, pág. 96).

Utilizada como libro de texto en el Edén.

Todo el mundo natural está destinado a ser intérprete de las cosas de Dios. Para Adán y Eva en su hogar del Edén, la naturaleza estaba llena del conocimiento de Dios, rebosante de la instrucción Divina. Para sus oídos atentos, hacía repercutir la voz de la sabiduría. La sabiduría hablaba al ojo y era recibida en el corazón; porque ellos comulgaban con Dios en sus obras creadas (Consejos para los Maestros, págs. 143, 144).

El libro de la naturaleza, al desplegar ante ellos sus lecciones vivas, les proporcionaba una fuente inagotable de instrucción y deleite. El nombre de Dios estaba escrito en cada hoja del bosque y en cada piedra de las montañas, en toda estrella brillante, en el mar, el cielo y la tierra. Los moradores del Edén trataban con la creación animada 44 e inanimada; con las hojas, las flores, y los árboles, con toda criatura viviente, desde el leviatán de las aguas, hasta el átomo en el rayo del sol, y aprendían de ellos los secretos de su vida. La gloria de Dios en los cielos, los mundos innumerables con sus movimientos prefijados, "los equilibrios de las nubes"

(Job 37: 16), los misterios de la luz y del sonido, del día y de la noche, todos eran temas de estudio para los alumnos de la primera escuela de la tierra (La Educación, pág. 18).
Nuevas lecciones desde la caída.
Aunque la tierra estaba marchitada por la maldición, la naturaleza debía seguir siendo el libro de texto del hombre. Ya no podía representar bondad solamente, porque el mal estaba presente en todas partes y arruinaba la tierra, el mar y el aire con su contacto contaminador. Donde antes había estado escrito únicamente el carácter de Dios, el conocimiento del bien, estaba también escrito ahora el carácter de Satanás, el conocimiento del mal. El hombre debía recibir continuamente de la naturaleza, que ahora revelaba el conocimiento del bien y del mal, amonestaciones referentes a los resultados del pecado (Id ., pág. 23).
La naturaleza ilustra las lecciones de la Biblia.
Los escritores de la Biblia hacen uso de muchas ilustraciones que ofrece la naturaleza, y si observamos las cosas del mundo natural, podremos comprender más plenamente, bajo la mano guiadora del Espíritu Santo, las lecciones de la Palabra de Dios (Id., pág. 115).
En el mundo natural, Dios ha puesto en las manos de los hijos de los hombres la llave que ha de abrir el alfolí de su Palabra. Lo invisible queda ilustrado por lo que se ve; la sabiduría divina, la verdad eterna y la gracia infinita se entienden por las cosas que Dios ha hecho (Consejos para los Maestros, pág. 145). 45
Debería animarse a los niños a buscar en la naturaleza los objetos que ilustran las enseñanzas bíblicas y rastrear en la Biblia los símiles sacados de la naturaleza. Deberían buscar, tanto en la naturaleza como en la Sagrada Escritura, todos los objetos que representan a Cristo, como también los que él empleó para ilustrar la verdad. Así pueden aprender a verle en el árbol y en la vid, en el lirio y en la rosa, en el sol y en la estrella. Pueden aprender a oír su voz en el canto de los pájaros, en el murmullo de los árboles, en el ruido del trueno y en la música del mar. Y cada objeto de la naturaleza les repetirá las preciosas lecciones del Creador.
Para los que así se familiaricen con Cristo, nunca jamás será la tierra un lugar solitario y desolado. Será para ellos la casa de su Padre, llena de la presencia de Aquel que una vez moró entre los hombres (La Educación, págs. 115, 116).
La Biblia interpreta los misterios de la naturaleza.
Sin embargo, hasta el niño, al ponerse en contacto con la naturaleza, hallará causas de perplejidad. No puede dejar de reconocer la actuación de fuerzas antagónicas. Es aquí donde la naturaleza necesita un intérprete. Al ver el mal manifiesto hasta en el mundo natural, todos tienen que aprender la misma triste lección: "Algún enemigo ha hecho esto" (Mat. 13: 28). Sólo se puede leer debidamente la enseñanza de la naturaleza, a la luz que procede del Calvario. Hágase ver por medio de la historia de Belén y de la cruz, cuán bueno es vencer el mal, y cómo constituye un don de la redención cada bendición que recibimos.
En la zarza y la espina, el abrojo y la cizaña, está representado el mal que marchita y desfigura. En el canto del pájaro y el pimpollo que se abre, en la lluvia, y la luz del sol, en la brisa estival y en el suave rocío, en diez mil objetos de la 46 naturaleza, desde el cedro del bosque hasta la violeta que florece a su pie, se ve el amor que restaura. Y la naturaleza nos habla todavía de la bondad de Dios (Id., pág. 97).
Lecciones en el aula ideal.
Así como los moradores del Edén aprendieron de las páginas de la naturaleza, así como Moisés percibió lo que Dios había escrito en los llanos y las montañas de Arabia, y el niño Jesús en los cerros de Nazaret, los niños de hoy día también pueden aprender del Creador. Lo visible ilustra lo invisible (Id., pág. 96).
Cultivad el amor a la naturaleza. Que la madre . . . encuentre tiempo para cultivar en ella misma y en sus hijos amor por las cosas hermosas de la naturaleza. Que les muestre las glorias extendidas en los cielos, los miles de formas de belleza que adornan la tierra, y que luego les hable acerca del que creó todas estas cosas. Así podrá conducir su tierna mente hacia su Creador, y despertar en su corazón reverencia y amor por el Dador de toda bendición. Los campos y las colinas -la cámara de audiencia de la naturaleza- deberían ser el aula para los niños. Sus tesoros deberían constituir su libro de texto. Las lecciones así impresas en su mente no se olvidarán fácilmente. . .
Los padres pueden hacer mucho al relacionar a sus hijos con Dios animándolos a amar las cosas de la naturaleza que él les ha dado, y a reconocer la mano del Dador en todo lo que reciben. El suelo del corazón puede ser preparado así para recibir las preciosas semillas de la verdad, las cuales a su debido tiempo brotarán y llevarán una rica cosecha (Signs of the Times, 6-12-1877).
Uníos a los pájaros con cantos de alabanza.
Especialmente los niñitos debieran acercarse a la naturaleza. En vez de aherrojarlos con las modas, déjeselos libres como los corderitos, para que jueguen 47 bajo los dulces y alegres rayos solares. Mostradles los arbustos y las flores, la humilde hierba y los altos árboles, y dejadlos familiarizarse con sus hermosas,

múltiples y delicadas formas. Enseñadles a ver sabiduría y el amor de Dios en sus obras creadas; y mientras sus corazones se ensanchen de gozo y amor agradecido, dejadlos unirse a las aves en sus cantos de alabanza. Educad a los niños y jóvenes a considerar las obras del gran Artífice y Maestro y a imitar las gracias atrayentes de la naturaleza en la edificación de su carácter. A medida que el amor de Dios conquiste sus corazones, dejadles impregnar sus vidas con la hermosura de la santidad. Así usarán sus capacidades para beneficiar a otros y para honrar a Dios (Consejos para los Maestros, pág. 145).

Buscad en la naturaleza al Dios de la naturaleza.

Los niños necesitan recibir lecciones que los fortalezcan para resistir el pecado. Señaladles en la naturaleza al Dios de la naturaleza, y así se familiarizarán con el Creador. ¿En qué forma mejor puedo enseñar a mis hijos a servir y glorificar a Dios? Debería ser la pregunta que ocupe la mente de los padres. Si todo el cielo se interesa en el bienestar de la humanidad, ¿no deberíamos ser diligentes en hacer lo mejor posible para el bien de nuestros hijos? (Manuscrito 29, 1886).

El estudio de la naturaleza fortalece la mente.

La gloria de Dios está desplegada en la obra de sus manos. Aquí hay misterios en cuya dilucidación se fortalecerá la mente. Las mentes que se han divertido con la lectura de obras de ficción y se han ocupado de ellas con exceso pueden encontrar en la naturaleza un libro abierto, y leer la verdad en las obras de Dios que las rodean. Todos pueden encontrar temas de estudio en la sencilla hoja de los árboles del bosque, en el pasto que cubre la tierra con 48 su aterciopelada alfombra verde, en las plantas y las flores, en los altos árboles del bosque, en las elevadas montañas, en las rocas graníticas, en el océano inquieto, en las preciosas gemas de luz que tachonan los cielos para tornar hermosa la noche, en las inagotables riquezas de la luz solar, en las solemnes glorias de la luna, en el frío del invierno, en el calor del verano, en las estaciones cambiantes, en el perfecto orden y la armonía regidos por el poder infinito; aquí hay temas que demandan el pensamiento profundo, y la expansión de la imaginación.

Si los frívolos y los que buscan placeres espacian sus mentes en lo que es real y verdadero, el corazón no dejará de llenarse de reverencia, y adorarán al Dios de la naturaleza. La contemplación y el estudio del carácter de Dios como está revelado en sus obras creadas abrirá un campo de pensamiento que desviará la mente de las diversiones rastreras, degradantes y enervadoras. Unicamente en este mundo podemos comenzar a obtener el conocimiento de las obras de Dios y de sus caminos. Este estudio proseguirá a través de toda la eternidad. Dios proporciona al hombre motivos de pensamiento que pondrán en actividad todas las facultades de la mente. Podemos leer el carácter del Creador en los cielos que se extienden por arriba y en la tierra aquí abajo, llenando el corazón de gratitud y agradecimiento. Cada nervio y sentido responderá a las expresiones del amor de Dios manifestadas en sus maravillosas obras (Testimonies, tomo 4, pág. 581).

La naturaleza y la Biblia fueron los libros de texto de Jesús.

Se educó en las fuentes designadas por el Cielo, en el trabajo útil, en el estudio de las Escrituras, en la naturaleza y en las experiencias de la vida, en los libros de texto de Dios, llenos de enseñanza para todo aquel que recurre a ellos con 49 manos voluntarias, ojos abiertos y corazón dispuesto a entender (El Ministerio de Curación, pág. 311).

Su conocimiento íntimo de las Escrituras nos demuestra cuán diligentemente dedicó sus primeros años al estudio de la Palabra de Dios. Delante de él se extendía la gran biblioteca de las obras de Dios. El que había hecho todas las cosas, estudió las lecciones que su propia mano había escrito en la tierra, el mar y el cielo. Apartado de los caminos profanos del mundo, adquiría conocimiento científico de la naturaleza. Estudiaba la vida de las plantas, los animales y los hombres. Desde sus más tiernos años, fue dominado por un propósito: vivió para beneficiar a otros. Para ello, hallaba recursos en la naturaleza; al estudiar la vida de las plantas y de los animales concebía nuevas ideas de los medios y modos de realizarlo. . .

Así se revelaba a Jesús el significado de la Palabra y las obras de Dios, mientras trataba de comprender la razón de las cosas que veía. Le acompañaban los seres celestiales, y se gozaba cultivando santos pensamientos y comuniones. Desde el primer destello de la inteligencia, estuvo constantemente creciendo en gracia espiritual y conocimiento de la verdad.

Todo niño puede aprender como Jesús. Mientras tratemos de familiarizarnos con nuestro Padre celestial mediante su Palabra, los ángeles se nos acercarán, nuestro intelecto se fortalecerá, nuestro carácter se elevará y refinará (El Deseado de Todas las Gentes, pág. 51).

Jesús la utilizó en su enseñanza.

El gran Maestro puso a sus oyentes en contacto con la naturaleza, para que oyesen la voz que habla en todas las cosas creadas, y a medida que sus corazones se hacían más sensibles y sus mentes más receptivas, les ayudaba a interpretar la enseñanza espiritual de las 50 escenas que contemplaban sus ojos. Las parábolas, por

medio de las cuales le gustaba enseñar lecciones de verdad, muestran cuán abierto estaba su espíritu a las influencias de la naturaleza y cómo le agradaba sacar la enseñanza espiritual del ambiente en que transcurría la vida diaria.

Cristo se valía de las aves del cielo, los lirios del campo, el sembrador y la semilla, el pastor y las ovejas, para ilustrar verdades inmortales. También sacaba ilustraciones de los acontecimientos de la vida, de cosas familiares a sus oyentes, tales como la levadura, el tesoro escondido, la perla, la red del pescador, la moneda perdida, el hijo pródigo, las casas construidas en la arena y en la roca. En sus lecciones había algo para interesar a cada mente, e impresionar cada corazón. De ese modo la tarea diaria, en vez de ser una mera rutina de trabajo, exenta de pensamientos elevados, era animada por recuerdos constantes de lo espiritual y lo invisible.

Del mismo modo deberíamos enseñar nosotros. Aprendan los niños a ver en la naturaleza una expresión del amor y de la sabiduría de Dios; vincúlese el concepto del Creador al ave, la flor, y el árbol; lleguen todas las cosas visibles a ser para ellos intérpretes de lo invisible y todos los sucesos de la vida, medios de enseñanza divina.

Al mismo tiempo que aprenden así a estudiar lecciones que enseñan todas las cosas creadas y todas las circunstancias de la vida, muéstrese que las mismas leyes que rigen las cosas de la naturaleza y los sucesos de la vida, deben regirnos a nosotros; que son promulgadas para nuestro bien; y que únicamente obedeciéndolas podemos hallar felicidad y éxito verdaderos (La Educación, págs. 98, 99). 51

CAPÍTULO 7. Lecciones Prácticas del Libro de la Naturaleza

La voz de Dios en su creación.

Doquiera nos volvamos, oímos la voz de Dios y contemplamos la obra de sus manos.

Desde el solemne y profundo retumbo del trueno y el incesante rugido del viejo océano, hasta los alegres cantos que llenan los bosques de melodía, las diez mil voces de la naturaleza expresan su loor. En la tierra, en el mar y en el cielo, con sus maravillosos matices y colores, que varían en glorioso contraste o se fusionan armoniosamente, contemplamos su gloria. Las montañas eternas hablan de su poder. Los árboles que hacen ondear sus verdes estandartes a la luz del sol, las flores en su delicada belleza, señalan a su Creador. El verde vivo que alfombra la tierra, habla del cuidado de Dios por la más humilde de sus criaturas. Las cuevas del mar y las profundidades de la tierra, revelan sus tesoros. El que puso las perlas en el océano y la amatista y el crisólito entre las rocas, ama lo bello. El sol que se levanta en los cielos es una representación de Aquel que es la vida y la luz de todo lo que ha hecho. Todo el esplendor y la hermosura que adornan la tierra e iluminan los cielos, hablan de Dios.

Por lo tanto, mientras disfrutamos de sus dones, ¿habremos de olvidarnos del Dador? Dejemos más bien que nos induzcan a contemplar su bondad y su amor, y que todo lo que hay de hermoso en nuestra patria terrenal nos recuerde el río cristalino y los campos verdes, los ondeantes árboles y las fuentes vivas, la resplandeciente ciudad y los cantores de ropas blancas de nuestra patria celestial, el mundo de belleza que ningún artista puede pintar, que 52 ninguna lengua mortal puede describir. "Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman" (1 Cor. 2: 9) (Consejos para los Maestros pág. 44).

Del amor y el carácter de Dios.

Las madres . . . no deberían recargarse tanto con actividades y preocupaciones que no les quede tiempo para educar a sus hijos con ayuda del gran libro de la naturaleza, impresionando su tierna mente con las bellezas que contienen los pimpollos y las flores. Los elevados árboles, los hermosos pájaros que envían sus alegres cantos a su Creador, hablan a sus sentidos de la bondad, la misericordia y la benevolencia de Dios. Cada hoja y flor con sus tintes variados, que perfuman el aire, les enseñan que Dios es amor. Todo lo que es bueno, amante y hermoso en este mundo les habla del amor de nuestro Padre celestial. Pueden discernir el carácter de Dios en sus obras creadas (Signs of the Times, 5-8-1875).

De la perfección de Dios.

Así como las cosas de la naturaleza manifiestan su aprecio por su Creador al hacer lo mejor posible por embellecer la tierra y representar la perfección de Dios, así también los seres humanos deberían esforzarse en su esfera de acción por manifestar la perfección de Dios, permitiéndole obrar mediante ellos sus propósitos de justicia, misericordia y bondad (Carta 47, 1903).

Del Creador y el sábado.

¿Quién nos da el sol que hace producir la tierra? ¿Quién nos da las lluvias abundantes? ¿Quién nos ha dado los cielos de arriba y el sol y las estrellas del cielo? ¿Quién os concedió la razón, quién cuida de vosotros todos los días? . . . Cada vez que contemplemos el mundo, se nos recuerda de la poderosa mano de Dios que

lo trajo a la existencia. El cielo que se extiende por encima de nuestra cabeza, y la tierra que se 53 ensancha bajo nuestros pies cubierta por una alfombra de verdor, hacen recordar el poder de Dios y también su bondad. Pudo haber hecho el pasto oscuro o negro, pero Dios ama la belleza, y por lo tanto nos ha dado cosas hermosas para contemplar. ¿Quién podría pintar las flores con los delicados tintes que Dios les ha dado? . . . No podemos tener un libro de texto mejor que la naturaleza. "Considerad los lirios del campo, como crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos". Elevemos hacia Dios la mente de nuestros hijos. Para eso él nos dio el séptimo día y lo dejó como un recordativo de sus obras creadas (Manuscrito 16, 1895).

La obediencia a la ley.

El mismo poder que sostiene la naturaleza, obra también en el hombre. Las mismas grandes leyes que guían igualmente a la estrella y al átomo, rigen la vida humana. Las leyes que gobiernan la acción del corazón para regular la salida de la corriente de vida al cuerpo, son las leyes de la poderosa Inteligencia que tiene la jurisdicción del alma. De esa Inteligencia procede toda la vida. Unicamente en armonía con ella se puede hallar su verdadera esfera de acción. La condición para todos los objetos de su creación, es la misma: una vida sostenida por la vida que se recibe de Dios, una vida que esté en armonía con la voluntad del Creador. Transgredir su ley, física, mental, o moral, significa perder la armonía con el universo, introducir discordia, anarquía y ruina.

Toda la naturaleza se ilumina para aquel que aprende así a interpretar sus enseñanzas; el mundo es un libro de texto; la vida, una escuela. La unidad del hombre con la naturaleza y con Dios, el dominio universal de la ley, los resultados de la 54 transgresión, no pueden dejar de hacer impresión en la mente y modelar el carácter. Estas son las lecciones que nuestros niños deben aprender (La Educación, págs. 95, 96).

Otras lecciones de las leyes de la naturaleza.

Al cultivar la tierra, el trabajador reflexivo descubrirá que se abren ante él tesoros jamás soñados. Nadie puede tener éxito en los trabajos agrícolas o de la huerta si no presta atención a las leyes que entrañan. Es necesario estudiar las necesidades especiales de cada variedad de plantas. Las diversas variedades requieren terreno y cultivo diferentes, y la condición del éxito es la obediencia a las leyes que rigen a cada una. La atención requerida al trasplantar, para que no se cambien de lugar ni amontonen siquiera las raíces más finas, el cuidado de las plantas tiernas, la poda y el riego; la protección contra la helada de la noche y el sol durante el día, el cuidado de mantener alejadas las malas hierbas, las enfermedades y las plagas de insectos, el arreglo de las plantas, no sólo enseñan lecciones importantes en cuanto al desarrollo del carácter, sino que el trabajo mismo es un medio de desarrollo. Al desarrollar el cuidado, la paciencia, la atención a los detalles, la obediencia a la ley, se obtiene una educación esencial. El contacto constante con el misterio de la vida y el encanto de la naturaleza, así como la ternura necesaria para cuidar esos hermosos objetos de la creación de Dios, tienden a vivificar la mente y refinar y elevar el carácter, y las lecciones aprendidas preparan al trabajador para tratar con más éxito con otras mentes (Id., págs. 107, 108).

Lecciones de la siembra.

La parábola del sembrador y de la simiente encierra una profunda lección espiritual. La simiente representa los principios sembrados en el corazón, y su crecimiento, el desarrollo del carácter. Haced práctica la enseñanza de este 55 punto. Los niños pueden preparar el suelo y sembrar la simiente; y mientras trabajan, los padres o maestros pueden explicarles cómo es el jardín del corazón, y la buena o mala semilla que se siembra en él; que así como el jardín debe ser preparado para la semilla natural, el corazón también debe serlo para la semilla de la verdad. A medida que crece la planta, puede continuarse con la relación entre la siembra natural y la espiritual (Consejos para los Maestros, págs. 109, 110).

Al esparcir la semilla en el suelo, pueden enseñar la lección de la muerte de Cristo, y al brotar la hierba, la verdad de la resurrección (La Educación, págs. 106, 107).

El huerto del corazón necesita cultivo.

Continuamente se pueden aprender lecciones del cultivo del suelo. Nadie se establece en un pedazo de tierra inculta con la esperanza de que dé inmediatamente una cosecha. Se debe hacer una labor diligente, perseverante, en la preparación del suelo, la siembra de la semilla, y el cultivo de las mieses. Igual debe ser el proceder en la siembra espiritual. Debe cultivarse el jardín del corazón. La tierra debe ser roturada por el arrepentimiento. Deben sacarse de raíz las malas hierbas que ahogan el grano sembrado. Así como se requiere un trabajo diligente para limpiar un campo que se ha llenado de abrojos, sólo se pueden vencer las malas tendencias del corazón por medio de esfuerzos fervientes hechos en el nombre y el poder de Cristo (Id., pág. 107).

El crecimiento en la gracia.

Hablad a vuestros hijos del poder que Dios tiene de hacer milagros. Mientras estudian el gran libro de texto de la naturaleza, Dios impresionará sus mentes. El agricultor labra su tierra y siembra su semilla; pero no puede hacerla crecer. Debe confiar en que Dios hará lo que ningún poder humano puede realizar. El Señor 56 pone su poder vital en la semilla, haciéndola germinar, y tener vida. Bajo su cuidado, el germen de vida atraviesa la dura corteza que lo envuelve, y brota para llevar fruto. Primero aparece la hoja, después la espiga, y luego el grano lleno en la espiga. Al hablárseles a los niños de la obra que Dios hace en la semilla, aprenderán el secreto del crecimiento en la gracia (Consejos para los Maestros. pág. 96).

Superación del ambiente.

En Norteamérica tenemos los lozanos nenúfares. Estas hermosas flores crecen puras, inmaculadas, perfectas, sin una sola mancha. Surgen en medio de una masa de desechos. Le dije a mi hijo: "Quiero que trates de conseguirme el tallo de ese nenúfar y arrancarlo tan cerca de la raíz como sea posible. Quiero que comprendas algo relacionado con él".

Me trajo varios nenúfares, y yo los observé. Todos estaban llenos de canalitos abiertos, y los tallos extraían el alimento de la arena limpia que había debajo, y estos elementos nutritivos se convertían en el puro e inmaculado nenúfar. Rehusaba todos los desechos. Rehusaba todo lo repugnante. Y así se desarrollaba en toda su pureza.

Esta es exactamente la manera en que debemos educar a nuestros jóvenes en este mundo, que sus mentes y corazones reciban instrucción acerca de quién es Dios, quién es Jesucristo, y el sacrificio que ha realizado en nuestro favor. Que absorban la pureza, la virtud, la gracia, la cortesía, el amor y la paciencia; que las absorban de la Fuente de todo poder (Manuscrito 43 a, 1894).

Lecciones de confianza y perseverancia.

"Mas pregunta, si quieres, a las bestias, que ellas te enseñarán, o a las aves del cielo, que ellas te lo dirán; y los peces del mar te lo contarán". "Ve a la hormiga, . . . considera sus caminos". "Mirad las 57 aves". "Considerad los cuervos" (Job 12: 7, 8; Prov. 6: 6; Mat. 6: 26; Luc. 12: 24).

No solamente hemos de hablar al niño de estas criaturas de Dios. Los mismos animales deben ser sus maestros. Las hormigas enseñan lecciones de trabajo paciente, de perseverancia para vencer los obstáculos, de previsión para el futuro. Los pájaros son maestros de la dulce lección de la confianza. Nuestro Padre celestial hace provisión para ellos, pero ellos deben buscar alimento, construir sus nidos y criar a sus hijos. Constantemente están expuestos a los enemigos que tratan de destruirlos y, sin embargo, ¡con qué ánimo hacen el trabajo! ¡Cuán gozosos son sus cantos!

Es hermosa la descripción que hace el salmista del cuidado de Dios por las criaturas de los bosques:

"Las altas montañas son para las cabras monteses; Los peñascos sirven de refugio para los damanes" (Sal. 104: 18). El hace correr los manantiales por las montañas donde los pájaros tienen su habitación y "gorjean entre las ramas" (Sal. 104: 12). Todas las criaturas de los bosques y de las montañas forman parte de su gran familia. El abre la mano y satisface "el deseo de todo ser viviente" (Sal. 145: 16) (La Educación, págs. 113, 114).

Los insectos enseñan laboriosidad.

La industriosa abeja le da a los hombres inteligentes un ejemplo de lo que harían bien en imitar. Esos insectos observan un orden perfecto, y en la colmena no se tolera a ningún ocioso. Realizan el trabajo asignado a cada una con una inteligencia y una actividad que escapan a nuestra comprensión. . . . El sabio nos llama la atención hacia las cosas pequeñas de la tierra: "Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento". "Las 58 hormigas, pueblo no fuerte, y en el verano preparan su comida". Podemos aprender lecciones de fidelidad de estos pequeños maestros. Si aprovecháramos con la misma diligencia las facultades que un Creador sabio nos ha concedido, cuánto crecerían nuestras facultades para la utilidad. El ojo de Dios contempla hasta la más pequeña de sus criaturas; ¿no considera entonces, al hombre formado a su imagen, y requiere de él que le corresponda por todas las ventajas que le ha concedido? (Testimonies, tomo 4, págs. 455, 456). 59

SECCION III - MAESTROS DEBIDAMENTE PREPARADOS

CAPÍTULO 8. Se Requiere Preparación

La preparación de la madre es extrañamente descuidada.

El primer maestro del niño es la madre. En las manos de ésta se concentra en gran parte su educación durante el período de mayor sensibilidad y más rápido desarrollo. A ella se da en primer lugar la oportunidad de amoldar su carácter para bien o mal. Debería apreciar el valor de esa oportunidad y, más que cualquier otro maestro, debería estar preparada para usarla del mejor modo posible. Sin embargo, no hay otro ser a cuya

educación se preste tan poca atención. La persona cuya influencia en materia de educación es más potente y abarcante es aquella en cuya ayuda se hace menos esfuerzo sistemático (La Educación, pág. 267).

Es urgente una preparación cuidadosa y cabal.

Aquellos a quienes se confía el cuidado del niñito ignoran a menudo sus necesidades físicas; poco saben de las leyes de la salud o los principios del desarrollo. Tampoco están mejor preparados para atender su crecimiento mental y espiritual. Pueden poseer cualidades para actuar en los negocios o brillar en sociedad; pueden haber hecho progresos en la literatura y la ciencia; pero poco saben de la educación de un niño. . .

Tanto sobre los padres como sobre las madres descansa la responsabilidad de la primera, como asimismo de la ulterior educación del niño, y ambos padres necesitan urgentísimamente una preparación 60 cuidadosa y cabal. Antes de cargar con las posibilidades de la paternidad y la maternidad, los hombres y las mujeres deberían familiarizarse con las leyes del desarrollo físico: con la fisiología y la higiene, con la relación de las influencias prenatales, con las leyes que rigen la herencia, la salud, el vestido, el ejercicio, y el tratamiento de las enfermedades; deberían comprender también las leyes del desarrollo mental y de la educación moral. . .

La educación nunca llevará a cabo lo que podría y debería efectuar, hasta que se reconozca plenamente la obra de los padres y éstos reciban una preparación para desempeñar sus sagradas responsabilidades (Id., págs. 267, 268).

Los padres . . . deben estudiar las leyes de la naturaleza. Deben familiarizarse con el organismo del cuerpo humano. Necesitan entender las funciones de los varios órganos y su mutua relación y dependencia. Deben estudiar la relación de las facultades mentales con las físicas y las condiciones requeridas para el funcionamiento sano de cada una de ellas. Asumir las responsabilidades de la paternidad sin una preparación tal, es pecado (El Ministerio de Curación, pág. 294).

"¿Quién es suficiente?"

Bien podrían preguntar los padres: "Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" Sólo Dios es su suficiencia, y si lo dejan fuera del problema, y no buscan su ayuda y su consejo, su tarea es desesperanzada. Pero mediante la oración, el estudio de la Biblia y un celo ferviente. pueden tener éxito noblemente en este importante deber, y recibir como pago cien veces más por todo su tiempo y sus preocupaciones. . . . La fuente de sabiduría está abierta; de ella pueden extraer todo el conocimiento necesario en este sentido (Testimonies, tomo 4, pág. 198).
61

A veces el corazón puede estar listo para desfallecer; pero una clara comprensión de los peligros que amenazan la felicidad presente futura de sus amados debería inducir a cada padre cristiano a buscar más fervientemente la ayuda de la Fuente de la fortaleza y la sabiduría. Debería tornarlos más circunspectos, más decididos, más serenos y sin embargo, firmes, mientras cuidan de estas almas, como quienes saben que tendrán que rendir cuentas por ellas (Review and Herald, 30-8-1881).

La educación del niño exige la comprensión de la voluntad de Dios.

Los padres no tienen excusa por no comprender claramente la voluntad de Dios para obedecer las leyes de su reino. Sólo así pueden conducir a sus hijos al cielo. Mis hermanos y hermanas, es vuestro deber comprender los requerimientos de Dios. ¿Cómo podréis educar a vuestros hijos en las cosas de Dios a menos que vosotros mismos conozcáis lo que es correcto y lo que es equivocado, a menos que comprendáis que la obediencia significa la vida eterna y la desobediencia la muerte eterna?

La comprensión de la voluntad de Dios debe convertirse en el tema de la obra de toda nuestra vida. Unicamente en la medida en que hagamos esto lograremos educar correctamente a nuestros hijos (Manuscrito 103, 1902).

El manual de Dios con abundantes instrucciones.

Los padres no pueden cumplir debidamente sus responsabilidades a menos que tomen la Palabra de Dios como una regla de su vida, a menos que comprendan que han de educar y formar el carácter de cada precioso tesoro humano para que finalmente llegue a aprehender la vida eterna (Manuscrito 84, 1897).

La Biblia, un volumen rico en instrucciones, debería ser su libro de texto. Si preparan a sus hijos de acuerdo con sus preceptos, no sólo colocan los 62 pies de sus niños en el sendero correcto, sino que se educan a sí mismos en el cumplimiento de sus deberes más sagrados (Testimonies, torno 4, pág. 198).

La obra de los padres es una obra importante y solemne; los deberes que les conciernen son grandiosos, pero si estudian la Palabra de Dios cuidadosamente, encontrarán en ella abundantes instrucciones y muchas promesas preciosas hechas para ellos a condición de que cumplan su tarea fielmente y con eficacia (Signs of the Times, 8-4-1886).

Reglas para los padres y los hijos.

Dios ha dado reglas para la dirección de los padres y los hijos. Y estas reglas han de obedecerse estrictamente. Los hijos no han de ser mimados y no debe permitírselas pensar que, pueden seguir sus propios deseos sin pedir el consejo de sus padres. . . .

No es posible apartarse, sin pecar, de las reglas que Dios ha dado para la dirección de los padres y los hijos. Dios espera que los padres eduquen a sus hijos de acuerdo con los principios de su Palabra. La fe y las obras deben ir juntas. Todo lo que se haga en la vida del hogar y de la escuela debe hacerse, con decencia y orden (Carta 9, 1904).

A la ley y al testimonio.

La obra de educación en el hogar, si se cumple de acuerdo como Dios se ha propuesto, exige que los padres sean estudiantes diligentes de las Escrituras. Deben aprender del gran Maestro. Día a día la ley del amor y la bondad debe estar en sus labios. Sus vidas deben manifestar la gracia y la verdad que se vieron en la vida de su Ejemplo. Luego un amor santificado unirá los corazones de los padres con los hijos, y los jóvenes crecerán afirmados en la fe y arraigados y fundados en el amor de Dios.

Cuando la voluntad y los caminos de Dios llegan a ser la voluntad y los caminos de los padres adventistas, sus hijos crecerán para amar, honrar y obedecer 63 a Dios. Satanás no podrá dominar su mente, porque habrán sido educados para considerar la Palabra de Dios como suprema, y pondrán a prueba toda vicisitud que les sobrevenga de acuerdo con la ley y el testimonio (Carta 356, 1907).

Si habéis sido inteligentes, redimid el tiempo.

Los padres deberían estudiar la Palabra de Dios para sí mismos y para su familia. Pero en lugar de hacer esto, muchos niños crecen sin recibir enseñanza, sin que se los dirija, sin que se los restrinja. Los padres deberían hacer ahora todo lo posible por redimir su descuido y colocar a sus hijos en el lugar donde estén bajo la mejor influencia (Manuscrito 76, 1905).

Entonces, padres, escudriñad las Escrituras. No seáis sólo oidores; sed hacedores de la Palabra. Cumplid la norma de Dios en la educación de vuestros hijos (Manuscrito 57, 1897).

La regla guiadora: ¿qué dice el Señor?

La obra de todos los padres consiste en educar a sus hijos en los caminos del Señor. Esta no es una cuestión que pueda tratarse livianamente, o dejarse de lado, sin incurrir en el desagrado de Dios. No se nos ha llamado a decidir cuál es la conducta que deben seguir otros, o cómo podemos hacer las cosas más fácilmente, sino que debemos preguntarnos: ¿qué dice el Señor? Ni los padres ni los hijos pueden tener paz o felicidad o reposo de espíritu cuando transitan por una senda falsa. Pero cuando el temor de Dios reine en el corazón combinado con el amor a Jesús se experimentarán paz y gozo.

Padres, extended la Palabra de Dios delante de Aquel que lee vuestro corazón y toda cosa secreta, y preguntad: ¿qué dicen las Escrituras? Esta debe ser la regla de vuestra vida. Los que aman a las almas no quedarán silenciosos cuando adviertan el peligro. Se nos ha asegurado que ninguna cosa fuera 64 de la verdad de Dios puede dar sabiduría a los padres en el trato con las mentes humanas, y mantenerlos obrando sabiamente (Review and Herald, 30-3-1897).

Preparación individual.

Si existe un puesto del deber por encima de otro que requiere el cultivo de la mente, donde las facultades intelectuales y físicas requieren un tono saludable y vigoroso, es la educación de los niños (Pacific Health Journal, junio de 1890).

En vista de la responsabilidad individual de las madres, cada mujer debería desarrollar una mente equilibrada y un carácter puro, que reflejen únicamente la verdad, el bien y la hermosura. La esposa y madre puede unir a su esposo e hijos a su corazón mediante un amor considerado, manifestado en palabras suaves y un comportamiento cortés, el cual, como regla, será copiado por sus hijos (Id., septiembre de 1890).

Madre, ésta es su tarea sagrada.

Hermana mía, Cristo le ha encomendado la obra sagrada de enseñar sus mandamientos a sus hijos. A fin de capacitarse para esta obra, Ud. misma debe vivir en obediencia a todos sus preceptos. Cultive el hábito de observar cuidadosamente cada palabra y acción. Cuide con mucha diligencia sus palabras. Venza todo arranque temperamental; porque si manifiesta impaciencia, ayudará el adversario a hacer que la vida del hogar sea desagradable para sus hijos (Carta 47 a, 1902).

Trabajad en colaboración con la divinidad.

Madres, dejad que vuestro corazón se abra para recibir la instrucción de Dios, recordando siempre que debéis hacer vuestra parte de conformidad con la voluntad de Dios. Debéis colocaros en la luz y buscar la sabiduría de Dios, a fin de saber cómo obrar, para que reconozcáis a Dios como el obrero principal, y 65 comprendáis que vosotros sois colaboradoras juntamente con él. Que vuestro corazón se extienda en la contemplación de

las cosas celestiales. Ejercitad los talentos que Dios os ha dado al cumplir los deberes confiados por Dios a vosotras como madres, y trabajad en colaboración con los instrumentos divinos, Trabajad inteligentemente, y, "si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (Signs of the Times, 9-4-1896).

La madre debería someterse a sí misma y a sus hijos al cuidado del compasivo Redentor. Debería procurar mejorar sus habilidades ferviente, paciente, animosamente, a fin de utilizar correctamente las facultades más elevadas de la mente en la educación de sus hijos. Su propósito más elevado debería ser dar, impartir a sus hijos una educación que reciba la aprobación de Dios. Al realizar su obra de manera inteligente, recibirá capacidad para hacer su parte (Id., 3-4-1901).

La madre debería sentir su necesidad de la dirección del Espíritu Santo, para que ella misma tenga una experiencia genuina al someterse a los caminos y la voluntad del Señor. Luego, mediante la gracia de Cristo, podrá ser una maestra sabia, suave y amante de sus hijos (Review and Herald. 10-5-1898).

Si habéis comenzado mal.

A los padres que han comenzado mal su enseñanza les digo: no desesperéis. Necesitáis convertiros cabalmente a Dios. Necesitáis el verdadero espíritu de obediencia a la Palabra de Dios. Debéis hacer reformas decididas en vuestras propias costumbres y prácticas, conformando vuestra vida a los principios salvadores de la ley de Dios. Cuando hagáis esto, tendréis la justicia de Cristo que llena la ley de Dios, porque amáis a Dios y reconocéis su ley como una copia de su carácter. La verdadera fe en los méritos de Cristo no 66 es una fantasía. Es de la mayor importancia que pongáis los atributos de Cristo en vuestra propia vida y carácter y eduquéis y forméis a vuestros hijos con esfuerzos perseverantes para que sean obedientes a los mandamientos de Dios. Un "así dice Jehová" debería guiaros en todos vuestros planes de educación....

Que haya un profundo y cabal arrepentimiento delante de Dios. Comenzad este año... buscando fervientemente a Dios para recibir su gracia, para recibir discernimiento espiritual a fin de descubrir los defectos en la obra del pasado de vuestra obra como misioneros del hogar (Manuscrito 12, 1898).

Este es vuestro día de confianza, vuestro día de responsabilidad y oportunidad. Pronto llegará aquel en que habréis de dar cuenta. Emprended vuestra obra con ferviente oración y fiel esfuerzo. Enseñad a vuestros hijos que es privilegio suyo recibir cada día el bautismo del Espíritu Santo. Permitid que Cristo encuentre en vosotros su mano auxiliadora para ejecutar sus propósito. Por la oración podéis adquirir una experiencia que dará perfecto éxito a vuestro ministerio en favor de vuestros hijos (Consejos para los Maestros. Págs.100, 101). 67

CAPÍTULO 9. Un Llamamiento a la superación

Se necesita un avance continuo.

El trabajo de la madre es de tal naturaleza que exige continuo progreso en su propia vida, a fin de poder conducir a sus hijos hacia realizaciones más elevadas. Pero Satanás traza sus planes para asegurarse las almas de los padres y los hijos. Las madres son alejadas de sus deberes del hogar y de la cuidadosa atención de sus pequeños, para servir al yo y al mundo (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 60).

Por el bien de sus hijos, si no por otra razón, las madres deberían cultivar su intelecto, porque su obra implica una mayor responsabilidad que la del rey en su trono. Pocas madres experimentan el peso de la tarea que se les ha confiado, o comprenden la eficiencia que pueden alcanzar para su obra peculiar mediante un esfuerzo paciente y cabal en el cultivo de sí mismas.

Y ante todo, la madre necesita disciplinarse estrictamente y cultivar todas las facultades y los afectos de la mente y el corazón, para no tener un carácter distorsionado o unilateral y dejar en sus vástagos las señales de su deficiencia o excentricidad. Muchas madres necesitan ser llevadas a ver la positiva necesidad de un cambio en sus propósitos y caracteres a fin de realizar aceptablemente los deberes que voluntariamente han asumido al contraer matrimonio. Los conductos de la utilidad de la mujer pueden ampliarse y su influencia puede extenderse hasta un grado casi ilimitado si ella quiere dar la debida atención a estos asuntos, los cuales atañen al destino de la humanidad (Pacific Health Journal, mayo de 1890). 68

Mejorad constantemente en sabiduría y eficiencia.

Las madres, por encima de todos los demás, deberían acostumbrarse a pensar e investigar si quieren progresar en sabiduría y eficiencia. Las que perseveren en esta conducta, pronto advertirán que se está capacitando en lo que antes eran deficientes; están aprendiendo a formar correctamente los caracteres de sus hijos. El resultado del trabajo y la consideración dados a esta obra se verá en su obediencia, su sencillez, su modestia y pureza. Este resultado pagará con creces todo el esfuerzo empleado.

Dios quiere que las madres procuren constantemente mejorar tanto su mente como su corazón. Deberían sentir que tienen que realizar una obra para él en la educación y formación de sus hijos, y cuanto más perfectamente

puedan mejorar sus propias facultades, tanto más eficientes serán en su obra maternal(Signs of the Times, 9-2-1882).
Los padres deberían progresar intelectual y moralmente.
Es el deber de las madres cultivar su mente y, mantener puro su corazón. Deberían aprovechar todos los medios a su alcance para su mejoramiento intelectual y moral, a fin de que puedan calificarse para mejorar la calidad de la mente de sus hijos (Testimonies, tomo 3, pág. 147).
Los padres deberían ser alumnos constantes de la de Cristo. Necesitan lozanía y poder para enseñar con la sencillez de Cristo el conocimiento de su voluntad a los miembros jóvenes de la familia de Dios (Signs of the Times, 25-9-1901).
El poder asombroso de la cultura cristiana.
Los padres aún no comprenden el asombroso poder de la cultura cristiana. Hay minas de verdad que deben trabajarse pero que han sido extrañamente descuidadas. Esta negligencia no recibe la aprobación de Dios. Padres, Dios os llama a que consideréis esta cuestión con ojos ungidos. Sólo habéis raspado la 69 superficie. Reasumid la obra que habéis descuidado durante tanto tiempo, que Dios colaborará con vosotros. Realizad vuestra obra de todo corazón, y Dios os ayudará a mejorar, Comenzad llevando el Evangelio a la vida del hogar (Id., 3-4-1901).
Ahora estamos en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras ásperas sacadas de la cantera. Pero a medida que sintamos la influencia de la Palabra de Dios, desaparece toda imperfección y estamos preparados para brillar como piedras vivas en el templo celestial, donde nos asociaremos no sólo con los santos ángeles sino también con el mismo rey del cielo (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 161).
El blanco es la perfección
Madres, no descartaréis las labores inútiles y sin importancia que perecerán con el uso? ¿No os acercaréis a Dios para que su sabiduría os guíe y su gracia os asista en una obra que tendrá la duración de la eternidad. Proponeos hacer perfectos de carácter a vuestros hijos. Recordad que únicamente ellos podrán ver a Dios. . . Muchos padres están descuidando la obra que Dios los ha dado. Ellos mismos están lejos de la pureza y la piedad, y no ven los defectos de sus hijos como deberían, si sus propios ojos estuvieran contemplando y admirando la perfección del carácter de Cristo (Signs of the Times, 1-7-1886).
Cómo llegar a ser una madre ideal.
En vez de sumirse en una simple rutina de faenas domésticas, encuentre la esposa y madre de familia tiempo para leer, para mantenerse bien informada, para ser compañera de su marido y para seguir de cerca el desarrollo de la inteligencia de sus hijos. Aproveche sabiamente las oportunidades presentes para influir en sus amados de modo que los encamine hacia la vida superior. Haga del querido Salvador su 70 compañero diario y su amigo familiar. Dedique algo de tiempo al estudio de la Palabra de Dios, a pasear con sus hijos por el campo y a aprender de Dios por la contemplación de sus hermosas obras.
Consérvese alegre y animada. En vez de consagrar todo momento a interminables costuras, haga de la velada de familia una ocasión de grata sociabilidad, una reunión de familia después de las labores del día. Un proceder tal induciría a muchos hombres a preferir la sociedad de los suyos en casa a la del casino o de la taberna. Muchos muchachos serían guardados del peligro de la calle o del negocio de comestibles de la esquina. Muchas niñas evitarían las compañías frívolas y seductoras. La influencia del hogar llegaría a ser entonces para padres e hijos lo que Dios se propuso que fuera, es decir, una bendición para toda la vida (El Ministerio de Curación, págs. 225, 226).
El éxito en la vida hogareña.
Consejo a una madre. No debe seguir sus propias inclinaciones. Debe tener mucho cuidado en establecer el ejemplo correcto en todas las cosas. No se quede inactiva. Despierte sus energías adormecidas. Hágase necesaria para su esposo siendo atenta y útil. Sea para él una bendición en todas las cosas. Lleve a cabo los deberes esenciales. Estudie la manera de realizar con vivacidad los deberes de la vida doméstica que son sencillos, no interesantes, sino muy necesario.
Trate de convertir en un éxito su vida hogareña. Desempeñar bien la posición de esposa y madre significa mucho más de lo que Ud. ha pensado. . . . Necesita la cultura y la experiencia de la vida doméstica. Ud. necesita la variedad, el aliciente, el esfuerzo ferviente, el cultivo del poder de la voluntad, que proporciona esta vida (Carta 5, 1884). 71
Los padres que están demasiado ocupados.
Muchos padres sostienen que, tienen mucho que hacer de modo que no les queda tiempo para cultivar su mente, educar a sus hijos para la vida práctica, o para enseñarles cómo pueden llegar a ser corderos del rebaño de Cristo (Testimonies, tomo 3, págs. 144, 145).

Los padres no deben descuidar el fortalecimiento de su mente contra el pecado, para precaverse contra aquello que no sólo los arruinará a ellos mismos, sino que transmitirá dolor y toda clase de miserias y males a sus descendientes. Al educarse correctamente ellos mismos, los padres han de enseñar a sus hijos que los cielos gobiernan (Carta 86, 1899).

Los padres deben recibir el consejo.

Mientras duermen en una impía indiferencia, Satanás está sembrando en el corazón de sus hijos semillas que brotarán para producir una cosecha mortífera. Sin embargo, a menudo estos padres resisten los consejos que procuran corregir sus errores. Actúan como si quisieran preguntarles a aquellos que los aconsejan: ¿Qué derecho tiene Ud. para meterse con mis hijos? ¿Pero no son sus hijos también los hijos de Dios? ¿Cómo considera Dios su impío descuido de su deber? ¿Qué excusa presentirán cuando les pregunte por qué trajeron hijos al mundo, y luego los dejaron abandonados a las tentaciones de Satanás? (Signs of the Times, 3-4-1901).

Preparaos para escuchar consejos de otros. No penséis que no incumbe a vuestras hermanas o hermanos la manera como tratáis a vuestros hijos, o cómo se conducen vuestros hijos (Manuscrito 27, 1911).

El beneficio de las reuniones destinadas al consejo mutuo.

Dios nos ha encomendado una obra muy sagrada, y necesitamos reunirnos para recibir instrucción, a fin de capacitarnos para realizarla. . . . 72 Necesitamos reunirnos y recibir el toque divino para poder comprender cuál es esa obra que debemos realizar en el hogar. Los padres necesitan comprensión como deben enviar a sus hijos e hijas desde el santuario del hogar, preparados y educados de tal manera que sean capaces de brillar como luces en el mundo (Testimonies, tomo 6, págs. 32, 33).

En las reuniones de los congresos adventistas [cuando hay instrucciones para la vida familiar], podemos obtener una mejor comprensión de nuestros deberes domésticos. Aquí hay lecciones que deben aprenderse concernientes a la obra que el Señor quiere que realicen nuestras hermanas en sus hogares. Deben aprender a cultivar un lenguaje cortés cuando hablan con su esposo y sus hijos. Deben estudiar cómo ayudar a cada miembro de la familia a someterse a la disciplina de Dios. Los padres y las madres comprendan que tienen la obligación de hacer que el hogar sea agradable y atractivo, y que no han de obtener la obediencia amenazando o reprendiendo. Muchos padres aún tienen que aprender que no obtendrán ningún bien con sus arrebatos de reprensión. Muchos no consideran que es necesario hablar bondadosamente a los niños. No recuerdan que estos pequeños han sido comprados con precio y son la posesión adquirida del Señor Jesús (Manuscrito 65. 1908). 73

SECCION IV - LA OBEDIENCIA ES LA LECCIÓN MAS IMPORTANTE

CAPÍTULO 10. La Clave de la Felicidad y el Éxito

La felicidad depende de la obediencia.

Recuerden los padres, las madres y los educadores de nuestras escuelas que la enseñanza de la obediencia a los niños es una rama superior de la educación. Demasiado poca importancia se le atribuye a este aspecto de la educación (Manuscrito 92, 1899).

Los niños serán más felices, mucho más felices, bajo la debida disciplina que si se los deja obrar siguiendo la sugerencia de sus impulsos no educados (Manuscrito 49, 1901).

La diligente y continua obediencia a los sabios reglamentos establecidos por los padres promoverá la felicidad de los niños tanto como honrará a Dios y hará bien a la sociedad. Los niños deben aprender que su perfecta libertad está en la sumisión a las leyes de la familia. Los cristianos aprenderán la misma lección: que en su obediencia a la ley de Dios está su perfecta libertad (Review and Herald. 30-8-1881).

La voluntad de Dios es la ley del cielo. Mientras esa ley fue la regla de la vida, toda la familia de Dios se mantuvo santa y feliz. Pero cuando se desobedeció la ley divina, entonces se introdujeron la envidia, los celos y las luchas, y cayó una parte de los habitantes del ciclo. Mientras se reverencie la ley de Dios en nuestros hogares terrenales, la familia será feliz (Ibid.).

La desobediencia causó la pérdida del Edén.

El relato de la desobediencia de Adán y de Eva en el 74 mismo comienzo de la historia de esta tierra ha sido dado extensamente. Mediante ese solo acto de desobediencia, nuestros primeros padres perdieron su hermoso hogar edénico. ¡Y era una cosa tan pequeña! Tenemos razón para estar agradecidos de que no haya sido un asunto de más importancia, porque de haber sido así, las pequeñas transgresiones en la desobediencia se habrían multiplicado. Fue la prueba más pequeña que Dios pudo darle a la santa pareja en el Edén.

La desobediencia y la transgresión siempre constituyen una gran ofensa contra Dios. La infidelidad en lo que es más pequeño, pronto, si no se la corrige, conduce a la transgresión en lo que es grande. No es la grandeza de la desobediencia, sino la desobediencia en sí misma lo que constituye un crimen (Manuscrito 92, 1899).

El fundamento de la prosperidad temporal y espiritual.

La prosperidad temporal y espiritual han sido prometidas a condición de que se obedezca la ley de Dios. Pero no leemos la Palabra de Dios y así no nos formalizamos con los términos de la bendición que ha de darse a todos los que prestan diligente atención a la ley de Dios y, la enseñan diligentemente a sus familias. La obediencia a la Palabra de Dios es nuestra vida, nuestra felicidad. Contemplamos el mundo y lo vemos gemir bajo el peso de la impiedad y la violencia de, los hombres que han rebajado la ley de Dios. El ha retirado su bendición de los huertos y los viñedos. Si no fuera por su pueblo que guarda los mandamientos y que vive en la tierra, no detendría sus juicios. Extiende su misericordia a causa de los justos que lo aman le temen (Manuscrito 64, 1899).

Conducid a los niños por las sendas de la obediencia.

Los padres tienen el deber sagrado de conducir 75 a sus hijos por las sendas de una estricta obediencia. La verdadera felicidad en esta vida y en la vida futura dependen de la obediencia a un "así dice Jehová". Padres, permitid que la vida de Cristo sea el modelo. Satanás ideará todo medio posible para destruir esta elevada norma de piedad como si fuera demasiado estricta. Vuestra obra consiste en impresionar a vuestros hijos en sus tiernos años con el pensamiento de que han sido formados a la imagen de Dios. Cristo vino a este mundo para darles un ejemplo viviente de lo que todos deben ser, y los padres que pretenden creer la verdad para este tiempo deben enseñar a sus hijos a amar a Dios y a obedecer su ley. . . . Esta es la obra más grande y más importante que los padres y las madres puedan realizar. . . . Dios se, propone, que aún los niños y los jóvenes comprenden inteligentemente lo que él requiere, para que puedan distinguir entre la justicia y el pecado, entre la obediencia y la desobediencia (Manuscrito 67, 1909).

La obediencia ha de resultar agradable.

Los padres deberían educar a sus hijos línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí, un poquito allá, sin permitir ningún alejamiento de la santa ley de Dios. Deberían confiar en el poder divino, y pedir al Señor ayuda para mantener a sus hijos fieles a Aquel que dio a su hijo unigénito para que trajera a los desleales y desobedientes de vuelta al reconocimiento de su autoridad. Dios anhela derramar sobre hombres y mujeres la rica corriente de su amor. Anhela verlos deleitándose en hacer su voluntad, empleando en su servicio hasta la menor partícula de las facultades que les ha confiado, enseñando a todos los que se relacionan con ellos que la manera de ser considerados como justos por amor de Cristo consiste en obedecer la ley (Manuscrito 36, 1900). 76

CAPÍTULO 11. Enseñado Desde la Infancia

Comenzad a enseñar a una edad temprana.

La obediencia a la autoridad paternal debería inculcarse en la infancia y cultivarse en la juventud (Review and Herald, 13-3-1894).

Algunos padres piensan que pueden dejar a sus pequeños que hagan como les plazca en su infancia y que cuando sean mayores podrán razonar con ellos, pero esto es sin error. Comenzad en la infancia a enseñar la obediencia. . . . Requerid obediencia en la escuela de vuestro hogar (Carta 74, 1898).

Los niños, desde su más tierna infancia, deberían ser ensañados a obedecer a sus padres, a respetar su palabra y a reverenciar su autoridad (Review and Herald, 16-7-1895).

Antes de que se desarrolle la razón.

Una de las primeras lecciones que necesita aprender el niño es la de la obediencia. Se le debe enseñar a obedecer antes que tenga edad suficiente para razonar (La Educación, pág. 279).

La obra de la madre debería comenzar con el Infante. Debería subyugar la voluntad obstinada y el mal genio del niño y someter su genio. Enseñadle a obedecer y a medida que, el niño crezca, no aflojéis la mano (Signs of the Times. 26-2-1880).

Antes de que se afiance la obstinación.

Pocos padres comienzan suficientemente temprano a enseñar la obediencia a sus hijos. Generalmente se permite que el niño tome la delantera en dos o tres años a sus padres, quienes se abstienen de disciplinarlo, pensando que es demasiado joven para aprender a obedecer. Pero durante todo este tiempo el yo se va fortaleciendo en el pequeño ser, y cada día torna más difícil la tarea de los padres de dominar 77 al niño. Los niños, a una edad muy temprana, pueden comprender lo que es más sencillo y fácil para ellos, y, mediante métodos juiciosos, puede enseñárseles a obedecer. . . . La madre no debería permitir que el niño la aventaje ni una sola vez. A fin de mantener su autoridad, no es necesario recurrir a medidas duras; una mano firme y constante y una bondad que, convence al niño de vuestro amor cumplirán este propósito. Pero si se permite que el egoísmo, la ira y la obstinación se posesionen del niño durante los tres primeros años de su vida, resultará muy difícil someterlo a una disciplina conveniente. Su genio se ha tornado displicente; se complace, en hacer su propia voluntad; el control paternal le resulta desagradable. Estas tendencias negativas se

desarrollan con el crecimiento del niño, hasta que, en la adultez, el egoísmo supremo y la falta de dominio propio lo colocan a merced de los males desenfrenados de nuestra sociedad (Pacific Health Journal, abril de 1890).
Nunca debe permitírseles que manifiesten falta de respeto hacia sus padres. Nunca la terquedad se debe dejar sin reprensión. El futuro bienestar del niño requiere una disciplina bondadosa, amante, pero firme (Consejos para los Maestros, pág. 86).
La obediencia a los padres conduce a la obediencia a Dios.
Los jóvenes y los niños que tienen padres que oran han recibido un gran privilegio, porque tienen la oportunidad de conocer y amar a Dios. Al respetar y obedecer a sus padres, pueden aprender a respetar y obedecer a su Padre celestial. Si andan como hijos de luz, serán bondadosos y corteses, amantes y respetuosos de sus padres, a quienes han visto, y así estarán mejor calificados para amar a Dios a quien no han visto. Si son fieles representantes de sus padres, y practican la verdad con la ayuda que Dios les concede, entonces por precepto y ejemplo reconocen 78 su dependencia de Dios y lo honran mediante una vida ordenada y un comportamiento piadoso (Youth's Instructor, 15-6-1893).
Sólo los obedientes entrarán en el cielo.
Que los padres y los maestros impriman en la mente de los niños la verdad de que el Señor los está probando en esta vida, para ver si lo obedecerán con amor y reverencia. Aquellos que no quieren obedecer a Cristo aquí, no lo obedecerían en el mundo eterno (Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 87).
Si los padres o los hijos reciben alguna vez la bienvenida en las mansiones celestiales, será porque en este mundo han aprendido a obedecer los mandamientos de Dios (Manuscrito 60, 1903).79
CAPÍTULO 12. La Obediencia Debe Convertirse en un Hábito
Empléense esfuerzos suaves pero persistentes.
Se les ha de enseñar a los niños que sus capacidades les fueron dadas para honra y gloria de Dios. A este fin deben aprender la lección de la obediencia. . . . Debe inculcársele el hábito mediante esfuerzos amables y persistentes. Así se podrán evitar en un extenso grado, aquellos conflictos ulteriores entre su voluntad y la autoridad, que tanto contribuyen a despertar en las mentes de los jóvenes la enemistad la amargura hacia sus padres y maestros y demasiado a menudo, resistencia a toda autoridad humana y divina (Consejos para los Maestros, págs. 85, 86).
No se admitan disculpas o evasivas.
La primera preocupación de los padres debería ser establecer un buen gobierno en la familia. La palabra de los padres debería ser ley, y excluir toda disculpa o evasiva. Los niños, desde su misma infancia, deberían ser enseñados a obedecer implícitamente a sus padres (Pacific Health Journal, enero de 1890).
La disciplina estricta a veces puede causar desazón, y los niños querrán actuar según su propia voluntad. Sin embargo, cuando han aprendido la lección de obediencia a sus padres, están mejor preparados para someterse a los requerimientos de Dios. De este modo, la enseñanza recibida en la infancia, influye sobre la experiencia religiosa y moldea el carácter del hombre (Signs of the Times, 26-2-1880).
No se permitan excepciones.
Como maestros en su propia familia, los padres han de ver que no se desobedezcan las reglas. . . . Al permitir que sus hijos desobedezcan, fracasan en el ejercicio de la debida disciplina. Los niños deben ser llevados hasta 80 el punto de que se sometan y obedezcan. La desobediencia no debe permitirse. El pecado yace a la puerta de los padres que permiten que sus hijos desobedezcan. . . . Los niños deben comprender que han de obedecer (Manuscrito 82, 1901).
Requiérase una obediencia rápida y perfecta.
Cuando los padres dejan de requerir una obediencia rápida y perfecta de sus hijos, fracasan en colocar el debido fundamento del carácter en sus pequeños. Preparan a sus hijos para deshonrarlos cuando sean mayores, y llenarán de tristeza su corazón cuando se acerquen a la tumba (Manuscrito 18, 1891).
Los requerimientos deberían ser razonables.
Los requerimientos de los padres deben ser siempre razonables; deben expresar bondad, no por una negligencia insensata, sino por una sabia dirección. han de enseñar a sus hijos en forma agradable, sin reñir ni censurarlos, procurando ligar consigo el corazón de los pequeñuelos con sedosas cuerdas de amor. Sean todos, padres y madres, maestros, hermanos hermanas mayores, una fuerza educadora para fortalecer todo interés espiritual, y para introducir en el hogar y en la vida escolar una atmósfera sana que, ayude a los niños menores a crecer en la educación y admonición del Señor (Consejos para los Maestros, pág. 122).
En la enseñanza de nuestros propios hijos, y en la enseñanza de los hijos ajenos, hemos comprobado que ellos no aman menos a sus padres y guardianes por restringirlos de hacer el mal (Review and Herald, 10-5-1898).

Debería darse las por las que se exige obediencia.
Los niños deben aprender a obedecer en el gobierno de la familia. Deben formar un carácter simétrico que Dios pueda aprobar, manteniendo la vigencia de la ley en la vida doméstica. Los padres cristianos han de educar a sus hijos para que obedezcan 81 la ley de Dios. . . . Las razones para esta obediencia y respeto de la ley de Dios pueden imprimirse en los niños tan pronto como puedan comprender su naturaleza, de modo que sepan qué deben hacer, y qué deben abstenerse de hacer (Manuscrito 126, 1897).
La palabra de los padres debería ser ley.
Vuestros hijos, que están bajo vuestro control, deben ser inducidos a respetaros. Vuestra palabra debería ser ley (Review and Herald, 19-9-1854).
Muchos padres cristianos fracasan en la tarea de mandar a sus hijos después de ellos, y luego se admiran de que sus hijos sean perversos, desobedientes, desagradecidos e impíos. Tales padres están bajo el reproche de Dios. Han descuidado el deber de criar a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor. Han fallado en enseñarles la primera lección del cristianismo: "El temor de Dios es el principio de la sabiduría". Dice el sabio: "la necedad está ligada en el corazón del muchacho". El amor a la necedad, el deseo de hacer el mal, el odio por las cosas sagradas, son algunas de las dificultades que los padres deben enfrentar en el campo misionero del hogar. . .
En la fortaleza de Dios, los padres deben levantarse y mandar a su familia en pos de ellos. Deben aprender a reprimir el mal con una mano firme, y sin embargo sin impaciencia o pasión. No deberían dejar a los niños adivinar lo que es correcto, sino que deberían señalar el camino con términos inequívocos y enseñarles a andar por él (Id., 4-5-1886).
La influencia de un hijo desobediente.
Un hijo desobediente hará gran daño a aquellos con quienes se asocie, porque formará a otros niños según su propio modelo (Id., 13-3-1894).
Tolerando el pecado.
Enseñad a vuestros hijos a honraros, porque la ley de Dios ha colocado este 82 deber sobre los hijos. Si permitís que vuestros hijos estimen livianamente vuestros deseos y no obedezcan a las leyes de la familia, estáis tolerando el pecado; estáis permitiendo que el maligno trabaje a gusto: y la misma insubordinación, falta de reverencia, y amor al yo serán llevados por ellos a la vida religiosa y a la iglesia. Y el comienzo de todo este mal es anotado en los libros del cielo como descuido de los padres (Id., 14-4-1885).
EL hábito de la obediencia se establezca por la repetición
Las lecciones de obediencia, de respeto por la autoridad, necesitan repetirse a menudo. Esta clase de obra realizada en la familia constituirá una poderosa influencia para el bien, y no sólo se evitará que los hijos hagan el mal y se los constreñirá a amar la verdad y la justicia, sino que también los padres recibirán el mismo beneficio. Esta clase de obra que el Señor requiere no puede ser hecha sin una seria meditación de su parte, y sin mucho estudio de la Palabra de Dios, a fin de que puedan instruir de acuerdo con sus directivas (Manuscrito 24, 1894). 83
SECCION V - OTRAS LECCIONES BÁSICAS
CAPÍTULO 13. El dominio Propio
Preparad al niño para la vida y sus deberes.
La madre, al contemplar al hijo que ha sido entregado a su cuidado, bien podría preguntarse con profunda ansiedad: ¿Cuál es el gran blanco y objetivo de su educación? ¿Consiste en capacitarlo para la vida y sus deberes, en calificarlo para ocupar una posición honrosa en el mundo, para hacer el bien, para beneficiar a sus semejantes, y para ganar alguna vez la recompensa de los justos" si es así, entonces la primera lección que debe enseñársele es la del dominio propio; porque ninguna persona indisciplinada y testaruda puede esperar tener éxito en este mundo o recompensa en el venidero (Pacific Heralth Journal. mayo de 1890).
Enseñad al niño a ceder.
Los pequeños, antes de un año de edad, escuchan y entienden lo que se habla con referencia a ellos mismos, y saben hasta qué punto se les permite hacer su voluntad. Madres, deberíais enseñar a vuestros hijos para que cedan a vuestros deseos. Podéis lograr esto si ejercéis dominio sobre ellos y mantenéis vuestra dignidad como madre. Vuestros hijos aprenden rápidamente lo que esperáis de ellos, saben cuándo su voluntad vence la vuestra, y obtendrán el mayor provecho posible de su victoria (Signs of the Times, 16-3-1891).
Es una gran crueldad permitir que los malos hábitos se desarrollen, y entregar la ley en las manos de los niños y dejarlos gobernar (Christian Temperance and Bible Hygiene. pág. 68). 84
No consintáis en los deseos egoístas.

Si los padres no son cuidadosos, tratarán a sus hijos de modo que se acostumbren a exigir atención y privilegios que requerirán que los padres pasen privaciones a fin de complacer a sus pequeños. Los hijos pedirán que los padres hagan algunas cosas por ellos, a fin de complacer sus deseos, y los progenitores accederán a sus deseos, sin parar mientes en el hecho de que están inculcando el egoísmo en sus hijos. Pero los padres, al hacer esta obra, están causando un daño a sus hijos, y más tarde descubrirán cuán difícil es contrarrestar la influencia de la educación de los primeros años en la vida del niño. Los niños deben aprender tempranamente que no pueden ser complacidos cuando se trata de deseos egoístas (Signs of the Times, 13-8-1896).

No deis nada que sea pedido con llanto.

Una lección preciosa que la madre necesita repetir una vez tras otra es que el niño no debe gobernar; él no es el amo, sino que son la voluntad y los deseos de la madre los que han de imponerse. Así se les enseña dominio propio. No les deis ninguna cosa que pidan llorando, aun cuando vuestro corazón compasivo desee mucho complacerlos; porque si una vez ganan la victoria incesante el llanto, esperarán hacerlo una vez más. La segunda vez la batalla será más vehemente (Manuscrito 43, 1900).

Nunca permitas manifestaciones de ira

Entre las primeras tareas de la madre, está el refrenamiento de la pasión por sus pequeños. No debería permitirse que los niños manifestaran ira; no debería permitírseles lanzarse al suelo, patalear y gritar porque se les ha negado algo que no era para su bien, He quedado preocupada al ver cómo muchos padres permiten a los niños manifestaciones de ira. Las madres parecen considerar estos estallidos de ira como algo que debe soportarse y se muestran indiferentes ante 85 la conducta del niño. Pero si una vez se permite un mal, será repetido, y su repetición lo transformará en un hábito, y así el carácter del niño recibirá un molde equivocado (Signs of the Times, 16-3-1891).

Cuándo reprender al mal espíritu.

A menudo he visto a los pequeños lanzarse al suelo y gritar cuando se contrariaba su voluntad. Este es el momento de reprender al mal espíritu. El enemigo procurará dominar la mente de nuestros hijos, pero ¿le permitiremos moldearlos de acuerdo con su voluntad? Estos pequeños no saben discernir cuál espíritu influye en ellos, y es el deber de los padres ejercer juicio y discreción en lugar de ellos. Deben observar cuidadosamente sus hábitos. Deben refrenarse las malas tendencias y estimularse la mente en favor de lo bueno. Hay que estimular al niño en todos los esfuerzos que realiza por dominarse a sí mismo (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 61).

Comenzad con "los cantos de Belén".

Las madres deberían educar a sus bebés en sus brazos, de acuerdo con los principios y los hábitos correctos. No deberían permitirlos golpearse la cabeza contra el suelo. . . . Que las madres los eduquen en su infancia. Comenzad con los cantos de Belén. Estos suaves acordes ejercen una influencia aquietadora. Cantadles esas melodías subyugadoras que hablan de Cristo y de su amor (Manuscrito 9, 1893).

No manifestéis indecisión.

El mal genio del niño debería dominarse tan pronto como sea posible; porque cuanto más se descuide este deber, tanto más difícil será realizarlo. Los niños de temperamento irritable y colérico necesitan el cuidado especial de sus padres. Debe tratárselos en forma particularmente bondadosa pero firme; no debería haber indecisiones de parte de los padres en su caso. Deberían fomentarse y fortalecerse cuidadosamente 86 los rasgos de carácter que detendrían naturalmente el desarrollo de sus faltas peculiares. Complacer a un niño de un genio apasionado y perverso resultará en su ruina. Sus faltas se fortalecerán a medida que transcurran sus años, retardarán el desarrollo de su mente, y sobrepujarán a todos los rasgos buenos y nobles de carácter (Pacific Health Journal, enero de 1890).

El ejemplo de dominio propio de los padres es vital.

Algunos padres no tienen dominio sobre sí mismos. No controlan sus propios apetitos mórbidos o su temperamento colérico; por lo tanto, no pueden educar a sus hijos en lo que atañe a la negación del apetito, ni enseñarles dominio propio (Id., octubre de 1897).

Si los padres quieren enseñar dominio propio a sus hijos, deben primero formar ese hábito en sí mismos. Los regaños y las manías de criticar de los padres estimulan un temperamento precipitado e impetuoso en sus hijos (Signs of the Times, 24-11-1881).

No os canséis de hacer el bien.

Los padres son demasiado aficionados a la facilidad y al placer para realizar la obra que Dios les señaló en su vida de hogar. No veríamos el terrible estado de maldad que existe entre la juventud de hoy, si hubiera sido debidamente educada en el hogar. Si los padres reasumieran la tarea que Dios les ha encomendado y

enseñaran la moderación, la abnegación y el dominio propio a sus hijos, tanto por precepto como por ejemplo, encontrarían que mientras procuran cumplir con su deber, como para recibir la aprobación de Dios, aprenderían preciosas lecciones en la escuela de Cristo. Aprenderían la paciencia, el amor y la humildad; y éstas son las mismas lecciones que han de enseñar a sus hijos. 87

Después de que se hayan despertado las sensibilidades morales de los padres, y retomen su obra descuidada con energías renovadas, no deberían desanimarse o permitirse ser retrasados en su obra. Muchos se cansan de obrar bien. Cuando descubren que se requiere un esfuerzo sostenido, un constante dominio propio y una buena medida de gracia, tanto como conocimiento, a fin de hacer frente a las emergencias inesperados que surgen, se descorazonan y abandonan la lucha, y dejan que el enemigo de las almas haga su voluntad. Día tras día, mes tras mes, año tras año, debe proseguir la obra, hasta que el carácter de vuestros hijos quedo formado y los hábitos afirmados en forma correcta. No debéis ceder y dejar a vuestras familias abandonadas y sin gobierno (Review and Herald 10-7-1888),

Nunca perdáis el dominio de vosotros mismos.

Nunca deberíamos perder el dominio de nosotros mismos. Mantengamos siempre delante de nosotros el Modelo perfecto. Es un pecado hablar con impaciencia o mal humor, o sentir ira -aun cuando no hablemos. Debemos trabajar dignamente, y representar correctamente a Cristo. Hablar palabras airadas es como golpear un pedernal contra otro pedernal: inmediatamente surgen las chispas de los sentimientos airados.

Nunca seáis como el capullo de la castaña. En el hogar, no uséis palabras ásperas e hirientes. Deberíais invitar al Huésped celestial a acudir a vuestro hogar, y al mismo tiempo hacer lo posible para que él y los ángeles celestiales moren con vosotros. Deberíais recibir la justicia de Cristo, la santificación del Espíritu de Dios, la belleza de la santidad, a fin de revelar la luz de la vida a los que están junto a vosotros (Manuscrito 102, 1901).

El sabio dice: "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, 88 que el que toma una ciudad". El hombre o la mujer que conserva el equilibrio mental cuando se siente tentado a ceder a la pasión, ocupa un lugar más elevado ante la vista de Dios y de los ángeles celestiales que el general más renombrado que alguna vez haya conducido a un ejército a la batalla y la victoria. Un conocido emperador dijo en su lecho de muerte: "Entre todas mis victorias, hay una sola que me proporciona gran consuelo en este momento, y esa es la victoria que he logrado sobre mi propio temperamento turbulento". Alejandro y César encontraron más fácil subyugar al mundo que someterse a sí mismos. Después de vencer a una nación tras otra, cayeron -uno de ellos "víctima de la intemperancia, el otro de una loca ambición"(Good Health, noviembre de 1880). 89

CAPÍTULO 14. Tranquilidad, Respeto y Reverencia

Reprimanse los ruidos indebidos y el alboroto.

Una madre no debe permitir que su mente permanezca ocupada con demasiadas cosas. . . . Con la mayor diligencia y la más estrecha vigilancia debe cuidar a los pequeños que, si se les permite, llevarán a cabo todo impulso emanado de la abundancia de sus corazones inexpertos e ignorantes. En la exuberancia de su espíritu, harán ruido y alboroto en el hogar. Esto debería impedirse. Los niños pueden ser muy felices si se los educa para que no hagan esas cosas. Debe enseñárseles que cuando llegan visitas, deben comportarse con tranquilidad y respeto (Manuscrito 64, 1899).

La tranquilidad debe reinar en el hogar.

Padres y madres, . . . enseñad a vuestros hijos que deben subordinarse a la ley. No les permitáis pensar que porque son niños, tienen el privilegio de hacer todo el ruido que les plazca en el hogar. Deben establecerse normas sabias y ponerse en vigencia para que la belleza de la vida del hogar no sea malograda (Signs of the Times, 25-9-1901).

Los padres les hacen mucho daño a sus hijos cuando les permiten gritar y llorar. No debería permitírseles ser descuidados y turbulentos. Si no se corrigen a edad temprana estos rasgos objetables de carácter, los niños los conservarán, desarrollados y fortalecidos, en la vida religiosa y en la de los negocios. Los niños pueden ser muy felices aunque se les enseñe a comportarse con sosiego en la casa (Ibid.).

Enséñese a respetar el juicio experimentado.

Se les debe enseñar a los niños a respetar el juicio experimentado. Se los debe educar de tal manera que 90 su mente esté unida con la de sus padres y maestros, e instruirlos de manera que puedan ver cuán propio es escuchar su consejo. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora, su carácter no será como el juicio que tiembla al soplo del viento (Consejos para los Maestros, pág. 60).

La indiferencia de los padres estimula la falta de respeto.

Si a los niños se les permite la falta de respeto en sus propios hogares, la desobediencia, la ingratitud y el mal humor, el pecado está a la puerta de sus padres (Carta 104, 1897).

La madre . . . debe gobernar sabiamente su casa, en la dignidad de su maternidad. Su influencia en el hogar ha de ser suprema; su palabra, ley. Si ella es cristiana, bajo la dirección de Dios, conquistará el respeto de sus hijos. Decid a vuestros hijos exactamente lo que requerís de ellos (Consejos para los Maestros, pág. 86).

Cuando los padres no mantienen su autoridad entonces cuando los niños vayan a la escuela, no tendrán respeto por los maestros o los principios de la escuela. En el hogar no les enseñaron la reverencia y el respeto que deberían tener. El padre y la madre estuvieron al mismo nivel que los hijos (Manuscrito 14, 1894).

Resultados de la impertinencia no dominada.

Manifestad respeto por vuestros hijos, y no les permitáis hablar ninguna palabra irrespetuosa acerca de vosotros (Manuscrito 114, 1903).

Una actitud sabia de los jóvenes. El joven que tiene padres y que considera su deber velar por ellos, y si no tiene padres, considera a sus guardianes o a las personas con quienes vive como sus consejeros, como sus consoladores, y en cierto sentido como sus orientadores, y que se ciñe a los reglamentos que imperan en su hogar, es un joven 91 sabio y que puede proporcionar mucha bendición (Testimonies, tomo 2, pág. 308).

Debe fomentarse cuidadosamente la reverencia.

La reverencia, . . . es una gracia que debe cultivarse con cuidado. A todo niño se lo debe enseñar a manifestar verdadera reverencia hacia Dios (Profetas y Reyes, pág. 178).

El Señor desea que comprendamos que debemos colocar a nuestros hijos en la correcta relación con el mundo, la iglesia y la familia. Su relación con la familia es el primer punto a considerarse. Enseñémosles a ser corteses unos con otros, y corteses con Dios. "¿Qué quiere decir Ud. -podéis preguntar- al afirmar que deberíamos ser corteses con Dios?" Quiero decir que hay que enseñarles a reverenciar a nuestro Padre celestial y a apreciar el sacrificio grande e infinito que Cristo realizó por nosotros. . . . Los padres y los hijos deben mantener una relación con Dios tan estrecha que los ángeles celestiales puedan comunicarse con ellos. Estos mensajeros celestiales son excluidos de más de un hogar donde abundan la iniquidad y la descortesía con Dios. Captemos de su Palabra el espíritu del cielo y traigámoslo a nuestra vida aquí en la tierra (Manuscrito 100, 1902).

Cómo enseñar reverencia.

Los padres de familia pueden y deben interesar a sus hijos en los variados conocimientos que se encuentran en las Sagradas Páginas. Pero si quieren interesar a sus hijos e hijas en la Palabra de Dios, ellos mismos deben sentir interés por ella. Deben familiarizarse con sus enseñanzas, y así como Dios le ordenó a Israel, hablar de ellas, "ora sentado en tu casa, o andando por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes" (Deut. 11: 19). Los que quieran que sus hijos amen y reverencien a Dios, deben hablar de su bondad, majestad y poder según se revelan en su Palabra 92 y en las obras de la creación (Patriarcas y Profetas. págs. 537, 538).

La reverencia se manifiesta mediante la obediencia.

Muéstrese a los niños que la verdadera reverencia se revela por la obediencia. Dios no ha ordenado nada que no sea esencial, y no hay otra manera de manifestarle reverencia tan agradable fuera de la obediencia a lo que él dijo (Consejos para los Maestros, pág. 86). 93

CAPÍTULO 15. Cuidado en el Manejo de la Propiedad

Reprimid las tendencias destructivas.

La educación debe ser completa y uniforme. Cada madre necesita ser diligente. No debe permitir que ninguna cosa desvíe su mente. No debe permitir que sus hijos sigan su voluntad no educada en el manejo de las cosas que pertenecen al hogar. Debería enseñárseles que no deben mantener la casa en perpetuo desorden al utilizar sus objetos para su propia diversión. Madres, enseñad a vuestros hijos desde sus primeros años que las cosas de la casa no son para su entretenimiento. Mediante esas cosas pequeñas se enseña el orden. No importa cuánto alboroto haga el niño, no permitáis que el instinto de destrucción, que se manifiesta mayormente durante la infancia, se fortalezca y sea cultivado. Dios dice: "Harás", y "no harás". Sin perder la paciencia, pero con decisión, los padres deben decir a sus hijos: no, y mantener lo que han dicho.

Deben rehusar con firmeza permitir que los niños manejen libremente todos los objetos y los dejen esparcidos por el suelo. Los que permiten que un niño manifieste esa conducta, están haciendo un gran mal. Puede no ser un niño malo, pero su educación lo está tornando muy molesto y destructivo (Manuscrito 64, 1899).

Enséñese a respetar la propiedad ajena.

Algunos padres permiten que sus hijos sean destructores, que utilicen como juguetes objetos que no tienen derecho de tocar. Debería enseñárseles a los niños que no deben manejar las pertenencias de los demás. Para bienestar y felicidad de la familia, deben aprender a observar las reglas de la propiedad. Los niños no 94 son

más felices cuando se les permite manejar todo lo que ven. Si no se los educa para que sean cuidadosos, crecerán con rasgos de carácter desagradables y destructivos (Signs of the Times, 25-9-1901).

Juguetes fuertes y Durables.

No les deis a los niños juguetes que se rompan fácilmente. Hacer esto es enseñarles lecciones en el arte de destruir. Dénseles juguetes que sean fuertes y durables. Estas sugestiones, por insignificantes que parezcan, representan mucho en la educación del niño (Consejos para los Maestros, pág. 95). 95

CAPÍTULO 16. Los Principios de la Salud

Comiéncese precozmente la educación de la salud.

El Creador del hombre ha preparado la maquinaria viviente de nuestros cuerpos. Cada función ha sido dispuesta admirable y sabiamente. Y Dios ha prometido mantener esta maquinaria humana trabajando saludablemente si el instrumento humano obedece sus leyes y colabora con Dios. . . . Podemos contemplar y admirar la obra de Dios en el mundo natural, pero el cuerpo humano es lo más maravilloso.

Desde los primeros asomos de razón, la mente humana debería aprender a conocer el organismo humano. En esto Jehová ha dado una muestra de sí mismo, porque el hombre fue hecho a la imagen de Dios (Medical Ministry, pág, 221).

Lo primero que deberían aprender los niños es conocerse a sí mismos y cómo mantener su cuerpo sano (Testimonies, tomo 3, pág. 142).

Lecciones de primera importancia.

En la educación de los primeros años, muchos padres y maestros fallan en comprender que necesitan prestar la mayor atención a la constitución física del niño a fin de asegurar las mejores condiciones para el desarrollo del cuerpo y del cerebro (Health Reformer, diciembre de 1872).

La felicidad futura de vuestras familias y el bienestar de la sociedad dependen mayormente de la educación física y moral que reciban vuestros hijos en los primeros años de su vida (Fundamentals of Christian Education, pág. 156).

Los padres deben comprender y enseñar fisiología.

Si los padres mismos obtuvieran conocimientos y sintieran la importancia de utilizarlos prácticamente en la educación de sus hijos, veríamos un 96 cambio en las actitudes de los jóvenes y los niños. Los niños necesitan recibir instrucción concerniente a su cuerpo. Hay tan sólo pocos jóvenes que poseen un conocimiento definido de los misterios de la vida humana. Conocen poquísimo de la maquinaria viviente. David dijo: "Te alabaré, porque asombrosa y maravillosamente he sido formado".

Enseñad a vuestros hijos a estudiar partiendo de las causas para llegar a los efectos; demostradles que si violan las leyes que rigen su ser; deben pagar la culpa sufriendo la enfermedad. No os desaniméis si no veis una mejoría a raíz del esfuerzo que realizáis; instruid pacientemente, línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá. . . . Continuad hasta que ganéis la victoria. Proseguid enseñando a vuestros hijos con respecto a su propio cuerpo y la manera de cuidarlo. El descuido acerca de la salud del cuerpo tiende a provocar el descuido en el carácter moral (Testimonies, torno 2, págs. 536, 537).

La vida saludable debería ser una preocupación familiar.

La vida saludable debe convertirse en una preocupación familiar. Los padres deberían despertar a la comprensión de las responsabilidades que Dios les ha dado. Estudien los principios de la reforma pro salud y enseñen a sus hijos que la senda de la abnegación es el único camino que conduce a la seguridad. La masa de los habitantes del mundo, por su descuido de las leyes físicas, está destruyendo su capacidad de dominio propio y se está incapacitando para apreciar las realidades eternas. Ignorando voluntariamente la estructura de su organismo, conducen a sus hijos por los caminos de la complacencia, preparando de esta manera el camino para que sufran la penalidad de la transgresión de las leyes de la naturaleza (Id., tomo 6, pág. 370). 97

Dése preparación física.

Es mucho más fácil dar la preparación física, el desarrollo del cuerpo, que impartir la preparación espiritual. La pieza de los niños, el terreno de juego, el taller, la siembra de la semilla y la recolección de la mies, todas estas cosas proporcionan educación física. En circunstancias ordinariamente favorables, el niño adquiere naturalmente vigor saludable, y el debido desarrollo de su organismo. Sin embargo, aun en las cosas físicas, debe educárselo cuidadosamente (Consejos para los maestros. pág. 84).

La obediencia a las leyes de la naturaleza proporciona salud y felicidad.

Nuestros hijos deberían recibir instrucción para que conozcan su organismo físico. A una edad temprana, mediante una instrucción paciente, pueden llegar a comprender que deben obedecer las leyes que gobiernan su ser si quieren estar libres del dolor y la enfermedad. Deberían comprender que sus vidas no pueden ser útiles

si quedan inválidos por la enfermedades a causa de su desobediencia de las leyes de la naturaleza (Health Reformer, diciembre de 1872). 98

CAPÍTULO 17. La Limpieza

Dios es exigente.

Dios ordenó a los hijos de Israel que lavaran su ropa y desecharan toda impureza de su campamento, para que cuando él pasara no viera su inmundicia. Dios pasa por nuestros hogares actualmente y contempla las condiciones insalubres en que viven las familias y los malos hábitos. ¿No conviene que nos reformemos con presteza?

Padres, Dios os ha hecho sus instrumentos a fin de que comuniquéis en la mente de vuestros hijos los principios correctos. Dios os ha confiado a los pequeños, y ese Dios que fue tan exigente, que indicó que los hijos de Israel cultivaran hábitos de limpieza, no sancionará ninguna impureza en el hogar de hoy. Dios os ha dado la obra de educar a vuestros hijos, en este sentido, y al enseñar a vuestros hijos hábitos de limpieza, les estáis enseñando lecciones espirituales. Comprenderán que Dios desea que sean pulcros tanto de corazón como de cuerpo, y serán conducidos a la comprensión de los puros principios que Dios desea que gobiernen en cada acto de nuestros días (Manuscrito 32, 1899)

Si Dios fue tan exigente que ordena la limpieza en el viaje por el desierto, cuando estaban continuamente al aire libre, no requiere menos de nosotros que vivimos en casas cerradas, donde las impurezas se ven mejor y tienen una mayor influencia sobre la salud (Counsels on Health. pág. 82).

La limpieza debería automatizarse.

La falta de limpieza en el hogar es un grave error porque tiene una gran influencia deformadora en la persona. Aun en la infancia, deberían dirigirse correctamente la mente, y los hábitos de los niños... Mostradles que la falta de limpieza, sea en el cuerpo o el 99 vestido, es desagradable para Dios. Enseñadles a comer con limpieza. Vigilad constantemente que esos hábitos se automaticen. . . . Como resultado, la impureza será despreciada como debe serlo. . . .

Ojalá que todos comprendan que estos pequeños deberes no deben descuidarse. Toda su vida futura recibirá el molde de los hábitos y las prácticas de su niñez. Los niños son particularmente susceptibles a las a las impresiones, y deberían impartírseles conocimientos sanitarios no permitiéndoseles el desorden. (Manuscrito 32, 1899) .

Enseñadles amor a la limpieza y odio a la suciedad.

Deberíais cultivar un amor por la pulcritud y la estricta limpieza (Testimonies, tomo 2, pág. 66).

Vestid a vuestros hijos con sencillez. Confeccionad su ropa con material durable. Mantenedlos atrayentes y limpios. Enseñadles a odiar todo lo que sea suciedad e impureza (Manuscrito 19, 1901).

Que las energías que ahora se emplean para planear innecesariamente lo que comeréis y beberéis o con qué os vestiréis, se dirijan a mantener limpias sus personas [de vuestros hijos] y aseadas sus ropas. No me entendáis mal en esto. Yo no digo que debáis mantenerlo encerrados, como muñecas. No hay nada impuro en la arena limpia y en la tierra seca; son las emanaciones del cuerpo las que contaminan, y que requieren que la ropa sea cambiada y el cuerpo lavado (Christian and Bible Hygiene. pág, 141).

Mantened limpios los alrededores.

Familias enteras podrían ser ayudadas y bendecidas si los padres encontraran algo que hacer para sus hijos. ¿Por qué no son mas explícitos los pastores y los maestros en este tema que significa tanto para la salud física y la solidez espiritual? Los niños y las niñas de la familia deberían sentir que forman parte de la empresa del hogar. Deberían esforzarse por 100 tener los alrededores limpios de toda cosa desagradable. Deberían darse instrucciones en ese sentido (Carta 108, 1898).

Cualquier forma de desaseo fomenta la enfermedad. Los gérmenes mortíferos abundan en los rincones oscuros y descuidados, en los desechos pútridos, en la humedad y el moho. No se toleren cerca de la casa los desperdicios de verduras ni los montones de hojas caídas que se pudren y vician el aire. No debe haber tampoco dentro de la casa cosas sucias o descompuestas. En ciudades consideradas completamente sanas, más de una epidemia de fiebre se debió a sustancias pútridas toleradas alrededor de la casa de algún propietario negligente.

La limpieza perfecta, la abundancia de sol, la cuidadosa atención a las condiciones sanitarias de todo detalle de la vida doméstica, son esenciales para librarse de las enfermedades y para alegrar y vigorizar a los que vivan en la casa (El Ministerio de Curación, pág. 210).

El aseo personal es esencial para la salud.

La limpieza escrupulosa es esencial para la salud del cuerpo y de la mente. El cuerpo elimina continuamente impurezas por conducto de la piel, cuyos millones de poros se obstruyen pronto con la acumulación de

desechos si no se la limpia por medio de frecuentes baños. Entonces las impurezas que debieran evacuarse por la piel sobrecargan los demás órganos de eliminación.
A muchas personas les aprovecharía un baño frío o tibio cada día, por la mañana o por la noche. En vez de aumentar la propensión a resfriarse, el baño, tomado debidamente, fortalece contra el frío, pues estimula la circulación. La sangre es atraída a la superficie, de modo que circula con mayor facilidad, y vigoriza tanto el cuerpo como la mente. Los músculos se vuelven más flexibles, la inteligencia 101 más aguda. El baño calma los nervios. Ayuda a los intestinos, al estómago y al hígado, y favorece la digestión.
Importa también que la ropa esté siempre limpia. Las prendas de vestir que se llevan puestas absorben los desechos que el cuerpo elimina por los poros, y si no se mudan y lavan con frecuencia, el cuerpo volverá a absorber todas esas impurezas (Id., págs. 209, 210).
Los alrededores limpios constituyen una ayuda para la pureza.
A menudo he visto las camas de los niños en una condición tal que no podía soportar el olor desagradable y malsano que constantemente salía de ellas. Mantened limpias y saludables todas las cosas que contemplan los niños y con las cuales entran en contacto sus cuerpos sea de día o de noche. Este sería un medio de enseñarles a elegir lo que es limpio y puro. Que los dormitorios de vuestros hijos sean aseados, y sin embargo sin muebles costosos (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 142).
Mantened un equilibrio debido.
La limpieza el orden son deberes del cristiano, y sin embargo estas cosas pueden llevarse demasiado lejos y convertirse en lo único esencial, mientras se descuidan otros asuntos de mayor importancia. Los que descuidan los intereses de los niños por estas consideraciones están diezmando la menta y el comino, mientras descuidan las cuestiones más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y el amor de Dios (Id.. pág. 68). 102
CAPÍTULO 18. Pulcritud, Orden y Regularidad
Cultivad el orden y el gusto.
El cultivo del orden y del gusto es una parte importante de la educación de los hijos....
Como guardianes y maestros de vuestro hijos, tenéis el deber de realizar aun las cosas más pequeñas del hogar con buen gusto y orden. Enseñad a vuestros hijos la inestimable lección de mantener pulcra la ropa. Mantened vuestra propia ropa limpia, agradable y digna. . . .
Tenéis la obligación delante de Dios de ser normas de corrección en el hogar. . . . Recordad que en el cielo no hay desorden, y que vuestro hogar debería ser un cielo aquí en la tierra. Recordad que al cumplir fielmente todos los días las cosas pequeñas del hogar, estáis trabajando juntos por Dios, perfeccionando un carácter cristiano (Carta 47 a, 1902).
Padres recordad que estáis trabajando por la salvación de vuestros hijos. Si vuestros hábitos son correctos si manifestáis pulcritud y orden, virtud y justicia, santificación del alma, el cuerpo y el espíritu, respondéis a estas palabras del Redentor: "Vosotros sois la luz del mundo" (Manuscrito 79, 1901).
Enseñad hábitos de pulcritud.
Se requiere que cada familia sea instruida en hábitos de pulcritud, la limpieza y minuciosidad. Nosotros que profesamos creer la verdad, debemos manifestar ante el mundo que los principios de la verdad y la justicia no hacen que la gente sea rústica, áspera, sucia y desordenada. . . .
El amor de Dios debería expresarse en la familia mediante el amor a nuestros hijos. El amor genuino 103 no conducirá al desorden y la suciedad, porque éste sea el camino más fácil; sino que por el ejemplo puro establecido ante sus hijos por los padres, por la firmeza amante pero inflexible en cultivar hábitos de trabajo, los educarán según estas normas (Manuscrito 24, 1894).
Enseñad a los niños a cuidar su ropa.
Comenzad precozmente a enseñar a los pequeños a cuidar su ropa. Que tengan un lugar para colocar sus cosas, y enseñadles a doblar cada artículo cuidadosamente y a colocarlo en su lugar. Si no podéis comprar ni siquiera una cómoda barata, emplead cajones de madera, distribuyéndolos en forma de estantería y cubriéndolos con alguna tela brillante, y de hermoso diseño. Esta obra de enseñar la limpieza y el orden requerirá un tiempo cada día, pero pagará en el futuro de vuestros hijos, y finalmente os ahorrará mucho tiempo y preocupaciones (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 142).
La propia habitación ha de mantenerse limpia y ordenada.
Si los niños tienen una habitación para ellos, y si se les enseña a mantenerla limpia y aseada y hacerla agradable, tendrán un sentido de pertenencia: sentirán como si tuvieran un hogar propio dentro del hogar, y tendrán una satisfacción de mantenerlo limpio y ordenado. Es indispensable que la madre inspeccione su trabajo, haga sugestiones y de instrucciones. Este es el trabajo de la madre (Id., pág. 143).
Horas regulares de sueño.

¡Cuán difundido está el hábito de convertir al día en noche y a la noche en día! Muchos jóvenes duermen profundamente en la mañana, cuando deberían levantarse con los primeros pájaros que cantan al amanecer, y estar activos cuando toda la naturaleza está despierta (Youth's Instructor, 7-9-1893). 104
Algunos jóvenes se oponen mucho al orden y la disciplina. No respetan los reglamentos del hogar levantándose a una hora regular. Se quedan en la cama horas después del amanecer, cuando todo debería estar en actividad. Queman el aceite de la medianoche y dependen de la luz artificial para suplir al lugar de la luz que la naturaleza ha provisto en las horas laborables. Al hacerlo no sólo desperdician oportunidades preciosas, sino que causan gastos adicionales. Pero en casi todos los casos se, da esta disculpa: "No puedo cumplir con mi trabajo; tengo algo que realizar; no puedo acostarme temprano". . . . Se interrumpen los preciosos hábitos de orden, y los momentos desaprovechados en las horas tempranas trastornan el orden de las cosas durante todo el día.
Nuestro Dios es un Dios de orden; y el desea que sus hijos quieran ordenar su vida y colocarse bajo su disciplina. ¿No sería mejor, por lo tanto, interrumpir este hábito de convertir a la noche en día, y las frescas horas de la mañana en noche? Si los Jóvenes forman hábitos de regularidad y orden, mejorarán en salud, en energía, en memoria y en carácter.
Es el deber de todos observar estrictas reglas en sus hábitos de vida. Esto es para vuestro propio bien, queridos jóvenes, tanto física como moralmente. Cuando os levantáis en la mañana, repasad, si es posible, el trabajo que debéis realizar durante el día. Si es necesario, tened una libretita para anotarlas cosas que necesitáis realizar, y fijad un tiempo para hacerlas (Id., 28-1-1897). 105
CAPÍTULO 19. La Pureza
Instruid en los principios de la pureza.
Madres cristianas, otra madre os ruega que comprendáis la responsabilidad que descansa sobre vosotras. Enseñad a vuestros hijos desde la cuna a practicar la abnegación y el dominio propio. Criadlos para que tengan organismos fuertes y hábitos morales sanos. Impresionad su mente con la verdad de que Dios no se propone que vivamos únicamente para nuestra complacencia en el momento presente, sino para nuestro bien final. Estas lecciones serán como semillas sembradas en tierra fértil, y darán un fruto que alegrará vuestro corazón (Manuscritos 44, 1900).
A fin de proteger a sus hijos contra las influencias contaminadoras, los padres deben instruirlo en los principios de la pureza. Los niños que en el hogar adquieren hábitos de obediencia y de dominio propio, tendrían poca dificultad en su vida escolar, y escaparán a muchas de las tentaciones que asedian a los jóvenes. Los padres deben enseñar a sus hijos a ser fieles a Dios en todas las circunstancias y lugares. Deben rodearlos de influencias que tenderán a fortalecer el carácter. Con una educación tal, los niños, cuando vayan a la escuela, no serán causa de perturbación y ansiedad. Apoyarán a sus maestros, y serán un ejemplo y estímulo para sus condiscípulos (Consejos para los Maestros, pág. 116).
Ejerced una vigilancia incesante.
Los padres y los guardianes deben mantener ellos mismos pureza de corazón y de vida si quieren que sus hijos sean puros. Deben dar la instrucción necesaria, y además deben ejercer una vigilancia incesante. Cada día surgen nuevos pensamientos en la mente de los jóvenes, nuevas impresiones en su corazón. Las asociaciones que forman, los libros que leen, los 106 hábitos que practican, todos deben ser vigilados (Signs of the Times, 25-5-1882).
Mantened el hogar puro y atrayente.
El hogar debe mantenerse puro y limpio. Los rincones descuidados y sucios de la casa tenderán a formar rincones impuros y descuidados en el alma. Madres, sois la educadoras de vuestros hijos, y podéis hacer mucho si comenzáis tempranamente a inculcarles pensamientos puros al mantener sus cuartos limpios y agradables (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 142, 143).
Cuidad las compañías.
Si los padres desean que sus hijos sean puros, deben rodearlos con compañías puras que Dios pueda aprobar (Id., pág. 142).
¡Con cuánto cuidado deberían proteger los padres a sus hijos contra los hábitos descuidados, relajados y desmoralizadores! Padres y madres, ¿comprendéis la importancia de la responsabilidad que reposa sobre vosotros? ¿Permitís que vuestros niños se asocien con otros niños sin estar presentes para saber qué clase de educación están recibiendo? No les permitáis estar solos con otros niños. Dadles un cuidado especial. Sabed cada tarde dónde están y que están haciendo. ¿Son puros en todos sus hábitos? ¿Los habéis instruido en los principios de la pureza moral? Si habéis descuidado en enseñarles línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá, no dejéis pasar un día más sin confesarles vuestro descuido, y sin

remediarlo. Decidles entonces que tenéis la intención de realizar la obra que Dios os ha encomendado. Pedidles que colaboren con vosotros en la reforma (Manuscrito 119, 1901).

Puede ser que los vecinos permitan que sus hijos vayan a vuestra casa a pasar la tarde y la noche con vuestros hijos. Aquí hay una prueba y una elección para vosotros: correr el riesgo de ofender 107 a vuestros vecinos enviando a sus hijos de vuelta a sus hogares, o complacerlos y permitirles que duerman con vuestros hijos y exponerlos así a ser instruidos en ese conocimiento que será una maldición durante toda la vida para ellos. A fin de salvar a mis hijos de ser corrompidos, no les he permitido dormir en la misma cama o en la misma habitación con otros niños, y cuando la ocasión lo ha requerido, mientras les he hecho una cama provisoria en el suelo, antes que dejarlos dormir con otros. He procurado impedir que se asocien con muchachos rudos e incultos, y les he presentado atractivos a fin de hacer alegres y agradable su estada en el hogar. Al mantener su mente y sus manos ocupadas, han tenido poco tiempo o disposición para jugar en la calle con otros niños y captar así una educación callejera (Solemn Appeal. pág. 56).

Erigid barreras contra la sensualidad.

Los que están a cargo de la propiedad de Dios en las almas y cuerpos formados a su imagen deberían erigir barreras contra la complacencia sensual de este siglo, que esta arruinando física y moralmente la salud de miles. Si muchos de los crímenes de este tiempo se rastrearan hasta encontrar su verdadera causa, se vería que son imputables a la ignorancia de padres y madres, que son a este tema. La salud y la vida misma estaría siendo sacrificadas a esta lamentable ignorancia.

Padres, si falláis en dar a vuestros hijos la educación que Dios ha hecho vuestro deber darles, tendréis que rendirle cuenta por los resultados. Estos resultados no quedarán confinados únicamente a vuestros hijos. Así como el abrojo que se permite crecer en el campo produce una cosecha según su especie, también los pecados resultantes de vuestro descuido obrarán para arruinar a todos los que 108 entren en la esfera de su influencia (Review and Herald, 27-6-1899).

Llenad la mente con imágenes puras.

La vida cristiana es una vida de constante abnegación y dominio propio. Estas son las lecciones que deben enseñarse a los niños desde su infancia. Enseñadles a apreciar la temperancia, la pureza de pensamiento, corazón y acción, que pertenecen a Dios porque han sido comprados por precio, es decir con la sangre preciosa de su Hijo amado (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 145).

Si las mentes de los niños, en sus tiernos años son llenadas con imágenes agradables de verdad, pureza y bondad, se creará el gusto por aquello que es puro y elevador, y su imaginación no se corromperá fácilmente ni contaminará. Si se sigue una conducta opuesta, si la mente de los padres está esparciéndose continuamente en escenas bajas, si su conversación se espacia en características objetables del carácter, si forman el hábito de hablar quejándose de una conducta que han seguido otros, los pequeños aprenderán lecciones de las palabras y expresiones de desagrado y seguirán ese ejemplo pernicioso. Esa impresión maligna, como la mancha de la lepra, se pegará a ellos en el más allá.

La semilla sembrada en la infancia por la madre cuidadosa y temerosa de Dios, producirá árboles de justicia, que florecerán y llevarán fruto; y las lecciones dadas por un padre temeroso de Dios por el precepto y el ejemplo, como en el caso de José, producirán con el tiempo una abundante cosecha (Good Health, enero de 1880).109

SECCION VI - LECCIONES DE VIRTUDES PRACTICAS

CAPÍTULO 20. Utilidad

Enseñad a los niños a ser útiles.

En la escuela del hogar se les debe enseñar a los niños a cumplir con los deberes prácticos de la vida diaria. Mientras aun son jóvenes, la madre debe darles algunas tareas sencillas que hacer cada día. Necesitará más tiempo para enseñárselas que para hacerlas ella misma; pero recuerde que debe poner el fundamento de la utilidad en el edificio de su carácter. Piense que el hogar es la escuela en la que ella es la maestra principal. A ella le toca enseñar a sus hijos a cumplir, rápido y hábilmente los deberes de la casa. Tan temprano en la vida como sea posible, se les debe enseñar a compartir las cargas del hogar. Desde la infancia se debería enseñar a los niños a llevar cargas siempre más pesadas, a ayudar inteligentemente en el trabajo de la familia (Consejos para los Maestros, pág. 94).

Desestímense los errores infantiles.

Miles quedan casi sin educarse en sus propios hogares. "Produce tanta molestia -dice la madre-. Es mejor que yo misma haga estas cosas; da tanto que hacer, y eso me molesta".

¿No recuerda la madre que ella misma tuvo que aprender esas pequeñas cosas antes de poder ser útil? Es un error rehusar enseñar a los chicos poco a poco. Mantened con vosotros a esos niños. Permitidles que hagan

preguntas y respondedles con paciencia. Dadles algo que hacer a vuestros pequeños, 110 y que tengan la felicidad que se deriva de suponer que os están ayudando.
No hay que rechazar a los niños cuando están tratando de hacer bien las cosas. Si cometen errores, si ocurren accidentes y se rompen las cosas, no los culpéis. Toda su vida futura depende de la educación que les deis en sus años infantiles. Enseñadles que las facultades de su cuerpo y mente les fueron dadas para ser utilizadas en el servicio del Señor, y que todas pertenecen a él. El Señor da a algunos de estos niños una idea clara y precoz de su voluntad. Padres y maestros, comenzad pronto a enseñar a los niños a cultivar las facultades que Dios ha dado (Carta 104, 1897).
Que los chicos compartan las cargas del hogar.
Haced agradable la vida de vuestros hijos, y al mismo tiempo enseñadles a ser obedientes y útiles, cumpliendo pequeñas responsabilidades mientras vosotros lleváis los más grandes. Educadlos en hábitos de trabajo para que el enemigo no convierta su mente en taller del mal. Dad a vuestros hijos algo en que algo que hacer, para que estén capacitados para ser útiles en esta vida y en la vida futura (Manuscrito 62, 1901).
Desde sus primeros años, debería enseñárselos a compartir las cargas del hogar. Debería enseñárseles a comprender que las obligaciones son mutuas. También deberían aprender a trabajar rápida y diestramente. Esta educación será del mayor valor para ellos en los años venideros (Signs of the Times, 11-12-1901).
Cada miembro de la familia debería comprender cuál es la parte que se espera que realice en colaboración con los otros. Todos, comenzando con los niños de seis años, y en adelante, deberían comprender que se requiere que ellos compartan la carga de la vida (Testimonies, tomo 2, pág. 700). 111
Una fuente de experiencia y placer.
Cuán importante es que los padres den a sus hijos la debida instrucción desde los años más tiernos. Deben enseñarles a obedecer el mandamiento que dice: "Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da". Y los niños, a medida que crecen en edad, han de apreciar el cuidado que les dan sus padres. Deben encontrar su mayor placer en ayudarles (Manuscrito 129, 1903).
La tarea más humilde debe estar rodeado de encanto.
Si los niños aprendieran a considerar las tareas domésticas más humildes como el deber que Dios les ha señalado, como una escuela en la cual han de aprender a prestar un servicio fiel y eficiente, cuanto más placentero y honroso les resultaría su trabajo. El realizar deber como para el Señor da encanto a las tareas más humildes y une a los obreros terrenos con los seres santos que hacen la voluntad de Dios en el cielo. Y nosotros, en el lugar que nos ha señalado, deberíamos cumplir nuestros deberes con tanta fidelidad como lo hacen sus ángeles en su esfera superior (Signs of the Times, 11-10-1910). 112
CAPÍTULO 21. Laboriosidad
Una salvaguardia para los jóvenes.
Una de las salvaguardias más seguras de los jóvenes es la ocupación útil. Los niños que han sido enseñados en hábitos de laboriosidad, de manera que todas sus horas estén dedicadas a ocupaciones útiles y placenteras, no tienen inclinación a quejarse de su suerte ni tienen tiempo para entregarse a sueños ociosos. Corren poco peligro de formar compañías o hábitos viciosos (Consejos para los Maestros, pág. 94).
Hay indecible, valor en la laboriosidad. Enséñese a los niños a hacer algo útil. Los padres necesitan sabiduría más que humana para comprender cómo educar mejor a sus hijos para una vida feliz y útil aquí, y un servicio superior y un gozo mayor en la otra vida (Id., pág 96).
Asignad tareas apropiadas a la edad y la capacidad.
Desde la infancia, debería enseñarse a los niños que realicen las cosas que se adecúan a su edad y capacidad. Los padres deberían animar a sus hijos a ser más independientes. Serios problemas han de verse muy pronto en la tierra, y los niños deberían ser preparados de modo que sean capaces para hacerles frente (Signs of the Times. 13-8-1896).
Enseñad a vuestros hijos a ser útiles, a llevar cargas de acuerdo con sus años; luego el hábito de trabajar se automatizará en ellos, y el trabajo útil nunca les resultará penoso (Review and Herald. 24-6-1890).
El fruto de la sociedad.
Los padres no pueden cometer un pecado más grande que descuidar las responsabilidades que Dios les ha dado al dejar a sus hijos sin nada que hacer; porque esos niños 113 pronto aprenderán a amar la ociosidad y crecerán hasta llegar a ser hombres y mujeres inestables e inútiles. Cuando tengan edad suficiente para ganarse la vida por sí mismos y tomen un empleo, trabajarán con pereza y haraganería, y pensarán que deben pagarles lo mismo si pierden su tiempo, como si hicieran un trabajo fiel. Existe una gran diferencia entre estos obreros y los que comprenden que deben ser mayordomos fieles. Los jóvenes, en cualquier tarea que emprendan,

deberían ser "no perezosos; fervientes en espíritu; sirviendo al Señor"; porque el que es infiel en lo poco lo es también en lo mucho (Manuscrito 117, 1899).
Si a los niños se les imparte la debida preparación en el hogar, no se los encontrará en las calles asimilando la educación azarosa que muchos reciben. Los padres que aman a sus hijos de una manera sensata, no les permitirán desarrollarse con hábitos de pereza y en la ignorancia de cómo se realizan los deberes domésticos. La ignorancia no es aceptable para Dios, y es desfavorable para la ejecución de su obra (Consejos para los Maestros, pág. 115).
El uso provechoso del tiempo.
Cuando hay abundancia de ociosidad, Satanás trabaja con sus tentaciones para arruinar la vida y el carácter. Si no se enseña a los jóvenes que realicen trabajo útil, sean ricos o pobres, están en peligro; porque Satanás encontrará empleo para ellos según sus propias maquinaciones. Los jóvenes que no son protegidos mediante los principios, no consideran el tiempo como un tesoro precioso, un legado de Dios, por el cual cada ser humano debe rendir cuentas (Manuscrito 43, 1900).
Los niños deberían ser educados para emplear su tiempo de la mejor manera, para ser útiles a sus padres, para tener confianza en sí mismos. No debería permitírselas que se consideren superiores 114 como para no realizar ninguna clase de trabajo que sea necesario (Carta 11, 1888).
El valor del tiempo escapa a todo cómputo. El tiempo desperdiciado nunca puede recuperarse. . . El aprovechamiento de los momentos perdidos es un tesoro (Manuscrito 117, 1899).
Vénzase todo hábito de indolencia.
Dios, en su Palabra, ha trazado un plan para la educación de los niños, y los padres deben seguirlo. Deben enseñar a sus hijos a vencer todo hábito de indolencia. Cada niño debería aprender que tiene una obra que hacer en el mundo (Manuscrito 98, 1901).
La pereza y la indolencia no son el fruto que debe llevar el árbol cristiano (Manuscrito 24, 1894).
La indolencia es una gran maldición. Dios ha bendecido a los seres humanos con nervios, órganos y músculos y no deben permitir que se deterioren a causa de la inacción, sino que deben fortalecerlos y mantenerlos saludables mediante el ejercicio. No tener nada que hacer es una gran desgracia, porque el ocio siempre ha sido y siempre será una maldición para la familia humana (Manuscrito 117, 1894).
Niños, nunca seáis mayordomos infieles en el hogar. Nunca esquivéis vuestro deber. El trabajo apropiado forma Músculos y tendones firmes. Al fomentar la prosperidad del hogar, aportaréis las mayores bendiciones para vosotros mismos (Manuscrito 117, 1899).
¿Por qué trabajar antes de jugar?
Mi madre me enseño a trabajar. Acostumbraba a preguntarle: "¿Por qué siempre debo trabajar tanto antes de jugar'?" "Es para educar y enseñar tu mente para el trabajo útil, y otra cosa más para mantenerte alejada de las travesuras: y cuando seas grande me agradecerás por ello". Cuando una de mis nenas [una nieta] me dijo: "¿Por qué debo tejer? Las abuelas tejen", yo le repliqué: "-Quieres decirme 115 cómo aprendieron a tejer las abuelas?" "Bien, comenzaron cuando eran niñitas" (Manuscrito 19, 1887).
El valor de un programa diario.
El valor de un programa diario. Hasta donde sea posible, conviene considerar lo que debe realizarse en todo el día. Anotad los diferentes deberes que debéis realizar, y destinad un cierto tiempo para cumplir cada uno de ellos. Haced todo con minuciosidad, pulcritud y prontitud. Si os toca hacer el trabajo del dormitorio, procurad que las habitaciones estén bien aireadas y que la ropa de cama sea asoleada. Asignaos cierto número de minutos para cumplir el trabajo y no os detengáis a leer diarios o libros sino que decid: "No, tengo solamente cierto número de minutos para hacer mi trabajo, y debo realizarlo en el tiempo que me he propuesto". . . .
Los que por naturaleza tienen movimientos lentos, procuren ser activos, rápidos y enérgicos, recordando las palabras del apóstol: "En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor". Si os toca preparar las comidas, haced cálculos cuidadosos, y asignaos todo el tiempo que sea necesario para preparar los alimentos; y poned la mesa en forma ordenada y a la hora exacta. Tener la comida lista cinco minutos antes de la hora que os habéis fijado, es mejor que tenerla lista cinco minutos después. Pero si vuestros movimientos son lentos y tardos, si vuestros hábitos tienden a la pereza, haréis que resulte muy largo un trabajo que es corto. Los que son lentos tienen el deber de reformarse y de ser más expedidos. Si quieren, pueden vencer sus hábitos de lentitud. En la tarea de lavar los platos deben ser cuidadosos y al mismo tiempo trabajar rápidamente. Ejercitad la voluntad para alcanzar esta finalidad, y las manos se moverán rápidamente (Youth's Instructor, 7-9-1893). 116
Unid lo físico con lo mental.

Unid lo físico con lo mental. Cuando traían niños a mi familia como pensionistas, y ellos decían: "Mamá no quiere que yo mismo me lave". Yo les decía: "¿Quieres que te lavemos nosotros y que te cobremos medio dólar más por tu pensión?" "¡Oh, no! Mamá no quiere pagar nada más por mí". "Bueno, entonces -les decía- puedes levantarte por la mañana y lavarte tú mismo. Dios nunca se propuso que nosotros te sirviéramos en lo que tú puedes hacer. En vez de que sea tu madre la que se levante por la mañana y te lleve el desayuno a la cama, tú debes ser quien diga: "Mamá, no te levantes esta mañana. Nosotros vamos a hacer los deberes de la casa." Deberías dejar descansar en la mañana a aquellas personas cuyo cabello se está tornando gris".
¿Por qué no ocurre así? ¿Dónde está la dificultad? Está en los padres que dejan crecer a sus hijos sin participar en las cargas de la familia. Cuando esos hijos van a la escuela, dicen: "Mamá dice que yo no debo trabajar". Tales madres obran neciamente. Echan a perder a sus hijos y luego los mandan a la escuela para echarla a perder. . . . El trabajo es la mejor disciplina que puedan tener. No es más difícil para ellos que para sus madres. Unid el trabajo físico con el mental, y las facultades mentales se desarrollarán mucho mejor (Manuscrito 19, 1887).
Inventad nuevas formas.
Inventad nuevas formas. Los padres deberían inventar nuevas formas y medios para mantener a sus hijos ocupados en algo útil. Que los niños reciban pequeños lotes de tierra para cultivarlos, a fin de que tengan algo que ofrecer como una ofrenda voluntaria (Manuscrito 67, 1901).
Permitidles ayudaros en todo lo que puedan, y demostradles que apreciáis su ayuda. Que ellos sientan que forman una parte de la empresa familiar. 117 Enseñadles a utilizar su mente tanto como sea posible, de modo que planeen la obra que deben hacer rápida y cabalmente. Enseñadles a trabajar con prontitud y energía, a economizar el tiempo de modo que no pierdan ningún minuto en las horas de trabajo asignadas (Manuscrito 60, 1903).
El trabajo ennoblece.
El trabajo ennoblece. Enseñemos a nuestros hijitos a ayudarnos mientras sus manos son pequeñas y sus fuerzas son escasas. Impresionemos en su mente el hecho de que el trabajo ennoblece, que el cielo lo dispuso para el hombre, que le fue dado a Adán en el Edén, como una parte esencial para el desarrollo perdurable de la mente y el cuerpo. Enseñémosles que el placer inocente nunca satisface tanto como cuando sigue a un trabajo activo (Pacific Health Journal, mayo de 1890). 118
CAPÍTULO 22. La Diligencia y la Perseverancia
Satisfacción en las tareas cumplidas.
Con frecuencia los niños comienzan un trabajo con entusiasmo, pero de pronto se confunden o se cansan de él y quieren cambiar y realizar alguna cosa nueva. Así pueden comenzar varias cosas, desanimarse y abandonarlas; y así pasan de una cosa a otra sin perfeccionar ninguna. Los padres no deberían permitirles que esa tendencia al cambio domine a sus hijos. No deberían recargarse con otras cosas de modo que no tengan tiempo para disciplinar y desarrollar con paciencia su mente. Unas pocas palabras de ánimo, o un poco de ayuda en el momento debido, puede ayudarles a superar sus dificultades y desánimos; y la satisfacción que obtendrán de ver que la tarea ha sido completada los estimulará a mayores realizaciones.
Muchos niños, por falta de palabras de ánimo y un poco de ayuda en sus esfuerzos, se desalientan y cambian de una cosa a otra. Y llevan con ellos este triste defecto a la vida madura. Nunca logran convertir en éxito ninguna de las cosas que inician, porque no han sido enseñados a perseverar bajo circunstancias desanimadoras. Así toda la vida de muchos resulta un fracaso, porque no tuvieron una disciplina correcta cuando eran jóvenes. La educación recibida en la infancia y la juventud afecta toda su carrera en las ocupaciones de la vida madura, y su experiencia religiosa lleva la marca correspondiente (Testimonies, tomo 3, págs. 147, 148).
Los hábitos de indolencia son llevados a la vida madura.
Los niños que han sido mimados y a quienes se les ha dado siempre lo que quieren,
119 siguen esperando que se los atienda en esa forma; y si no se satisfacen sus expectativas, se molestan y desaniman. Esta misma disposición se verá en toda su vida; llegarán a ser inútiles, dependerán de otros para recibir ayuda, esperarán que otros los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun después de que se hayan convertido en hombres y mujeres, piensan que se está abusando de ellos; y así llevan una vida descontenta, y difícilmente pueden valerse por sí mismos, a menudo murmuraban y se irritaban porque no todas las cosas las cosas les resultan bien (Id., tomo 1, págs. 392, 393)
Desarróllense hábitos de minuciosidad y prontitud.
Los niños han de aprender de la madre hábitos de aseo, esmero y prontitud. Dejar que un niño tome una o dos horas para hacer un trabajo que podría hacerse fácilmente en media hora, es permitiré formar hábitos

dilatorios. Los hábitos de laboriosidad y de esmero serán una bendición indecible para los jóvenes en la escuela mayor de la vida, en la cual han de entrar cuando tengan más edad (Consejos para los Maestros, págs, 94, 95).
Un consejo especialmente para las niñas.
Otro defecto que me ha causado mucho desasosiego y problemas es el hábito que tienen algunas niñas de hacer funcionar su lengua, perdiendo precioso tiempo en conversaciones sobre temas sin valor. Mientras las niñas prestan atención a sus conversaciones, su trabajo queda sin terminar. Estos asuntos han sido considerados como cosa sin importancia, indignas de repararse en ellas. Muchos se han engañado en lo que se consideran cosas pequeñas. Las cosas pequeñas tienen una relación importante con el gran todo. Dios no pasa por alto las cosas infinitamente pequeñas que tienen 120 que ver con el bienestar de la humanidad (Youth's Instructor, 7-9-1893).
Importancia de "las cosas pequeñas".
Nunca desestiméis la importancia de las cosas pequeñas. Las cosas pequeñas proporcionan la verdadera disciplina de la vida. Mediante ellas el alma es enseñada para que crezca a la semejanza de Cristo, o para que lleve la semejanza del maligno. Dios nos ayude a cultivar hábitos de pensar, hablar, mirar, y actuar que testificarán delante de todos que hemos estado con Jesús y aprendido de él (Id., 9-3-1893).
Convertid los errores en escalones.
Enséñese al niño y al joven que todo error, toda falta, toda dificultad vencida, llega a ser un peldaño hacia las cosas mejores y más elevadas. Por medio de tales vicisitudes han logrado éxito todos los que han hecho de la vida algo digno de ser vivido (Consejos para los Maestros, pág. 49). 121
CAPÍTULO 23. Abnegación, Generosidad y Previsión
Lecciones necesarias para cada hogar.
En todo hogar, deben enseñarse lecciones de abnegación. Padres y madres, enseñad a vuestros hijos a economizar. Animadles a ahorrar sus centavos para la obra misionera. Jesús es nuestro ejemplo. Por amor de nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Enseñó que todos deben unirse en amor para trabajar como él trabajó, para sacrificarse como él se sacrificó, para amar como hijos de Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 349).
Aprended la lección de abnegación y enseñadla a vuestros hijos. Se necesita ahora todo lo que se pueda ahorrar para la obra que ha de hacerse. Hay que aliviar al que sufre, vestir al desnudo, alimentar al hambriento; hay que hablar de la verdad para este tiempo a los que no la conocen (Mensajes para los Jóvenes, pág. 312).
El hábito de sacrificarse.
Por precepto y ejemplo enseñad la abnegación, la economía, la generosidad y la dependencia propia. Todo aquel que posea un carácter firme estará capacitado para hacer frente a las dificultades y pronto para seguir un "Así dice Jehová". Los hombres no están preparados para comprender su obligación para con Dios hasta no haber aprendido en la escuela de Cristo a llevar su yugo de restricción y obediencia. El sacrificio es el comienzo mismo de nuestra obra de hacer progresar la verdad y de establecer instituciones. Es una parte esencial de la educación. El sacrificio debe llegar a ser habitual en toda la formación de nuestro carácter en esta vida si queremos tener un edificio no hecho con 122 manos, eterno, en los cielos (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 472, 473).
La caja de la abnegación.
Hay que educar a los niños para que sean abnegados. Una vez, cuando hablaba en Nashville, el Señor me iluminó respecto de este asunto. Me impresionó con gran fuerza con la idea de que en cada hogar debería haber una caja de la abnegación y que habría que enseñar a los niños a colocar en esa caja sus monedas que de otro modo gastarían en dulces y en otras cosas innecesarias. . . .
Descubriréis que a medida que los niños colocan sus monedas en esas cajas, obtendrán una gran bendición. . . . Cada miembro de la familia, desde el más viejo al más joven, debería practicar la abnegación (Review and Herald, 22-6-1905).
Los niños no deberían ser el centro de atracción.
Los niños de 2 a 4 años no deberían ser inducidos a creer que deben tener todo lo que pidan. Los padres deberían enseñarles lecciones de abnegación y nunca tratarlos de modo que piensen que son el centro, y que todas las cosas giran alrededor de ellos.
Muchos niños han heredado el egoísmo de sus padres, pero los padres deberían procurar desarraigar de su naturaleza cada fibra de esta tendencia. Cristo expresó diversos reproches a los que eran codiciosos y egoístas. Los padres, a la primera manifestación de egoísmo, sea en su presencia o cuando están con otros niños,

deberían procurar restringir y desarraigar esos rasgos del carácter de sus hijos (Signs of the Times, 13-8-1896).

Algunos padres dedican mucho tiempo y atención a jugar con sus hijos; pero los niños deben aprender a jugar solos, a ejercitar su ingenio habilidad. De este modo sabrán contentarse con placeres sencillos. Debe enseñárseles a soportar valientemente
123 sus pequeños desengaños y pruebas. En vez de hacerles reparar en el menor dolorcillo, distráigaseles la atención y enséñeseles a pasar por alto leves contratiempos y penas (El Ministerio de Curación pág. 302).

La gracia del desprendimiento.

Una de las características que debería ser fomentada y cultivada en todo niño es el olvido de sí mismo que imparte a la vida una gracia inconsciente. De todas las excelencias del carácter, ésta es una de las más hermosas, y para toda obra verdadera de la vida es uno de los requisitos más esenciales (La Educación, pág. 232).

Estúdiese para aprender a enseñar a los niños a ser serviciales. Los jóvenes deben acostumbrarse desde temprano a la sumisión, a la abnegación y a la consideración de la felicidad ajena. Debe enseñárseles a subyugar el temperamento impulsivo, a retener la palabra apasionada, a manifestar invariablemente bondad, cortesía y dominio propio (Consejos para los Maestros, pág. 95).

¡Con cuánto cuidado deberían dirigir los padres a sus hijos a fin de contrarrestar toda inclinación al egoísmo! Continuamente deberían sugerir nuevas maneras por las cuales sus hijos pueden ser considerados con otros y aprender a hacer cosas por sus padres y madres, quienes lo hacen todo por ellos (Signs of the Times, 13-8-1896). 124

CAPÍTULO 24. Economía y Ahorro

Elimínense los hábitos de despilfarro.

Enseñad a vuestros hijos que Dios tiene derecho sobre todo lo que poseen, y que ninguna cosa podría suprimir ese derecho; todo lo que poseen lo han recibido como un legado, para probarlos si serán obedientes. El dinero es un bien necesario; que no se prodigue a quienes no lo necesitan. Hay otros que necesitan vuestros dones voluntarios. . . . Si tenéis hábitos de despilfarro, suprimidlos de vuestra vida tan pronto como sea posible. A menos que hagáis esto, os arruinaréis para la eternidad. Y los hábitos de economía, trabajo, y sobriedad son, aun en este mundo, una mejor porción para vosotros y vuestros hijos que una rica dote (Manuscrito 139, 1898).

Instruid a vuestros hijos en la economía.

El Señor me ha iluminado con la idea de que debemos ser cuidadosos en no gastar imprudentemente nuestro precioso tiempo y dinero. Hay muchas cosas que satisfarán nuestros caprichos, pero debemos precavernos contra el gasto de dinero en aquello que no es pan. Necesitaremos muchas medios para adelantar decididamente la obra en nuestras ciudades. Cada uno tendrá una parte que desempeñar en la obra del Señor. Los padres deben instruir a sus hijos en lecciones de economía, a fin de que los jóvenes miembros de la grey aprendan a compartir la responsabilidad de sostener la causa de Dios en este tiempo (Carta 4, 1911).

El amor no se manifiesta por el despilfarro.

Practicad la economía en vuestro hogar. Muchas personas fomentan y adoran los ídolos. Desechad vuestros ídolos. Abandonad vuestro placer egoísta. Os ruego que no empleéis dinero en embellecer vuestros hogares, porque es el dinero de Dios, y se os pedirá 125 cuenta de él. Padres, por amor de Cristo, no utilicéis el dinero del Señor para agradar los caprichos de vuestros hijos. No les enseñéis a ir en pos de la moda y la ostentación a fin de ganar influencia en el mundo. . . .

No eduquéis a vuestros hijos para que piensen que vuestro amor por ellos debe manifestarse halagando su orgullo, su despilfarro, su amor a la ostentación. Ya no hay tiempo de inventar modos de gastar el dinero. Vuestra capacidad inventiva debe ponerse al trabajo a fin de encontrar la mejor manera de economizar (Manuscrito 139, 1898).

La lección de economía de Cristo.

Hay una lección para nosotros en el acto de alimentar a los cinco mil, una lección que tiene una aplicación especial para estos tiempos cuando vivimos en circunstancias difíciles y nos vemos compelidos a practicar una estricta economía. Después de hacer el milagro y satisfacer el hambre de la multitud, Cristo tuvo cuidado de que el alimento que había sobrado no se desperdiciara (Manuscrito 3, 1912).

Les dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada". Aunque todos los recursos del cielo estaban a sus órdenes, él no permitía que ni siquiera un trozo de pan se desperdiciara (Carta 20 a, 1893).

No descartéis nada que sea útil.

Ninguna cosa que pueda utilizarse debería descartarse. Esto requerirá sabiduría, planeamiento y cuidado constante. Me ha sido presentado que la incapacidad para ahorrar en las cosas pequeñas es una de las razones por las cuales tantas familias padecen necesidades (Manuscrito 3, 1912).

Nunca aprendieron a economizar.

Hay mucha obra que realizar para el Maestro, y hombres que hoy podrían ocupar elevadas posiciones en relación con la obra de Dios, han fallado porque nunca 126 aprendieron a economizar. No limitaron sus deseos a sus entradas cuando ingresaron en la obra, y sus hábitos de derroche provocaron la ruina de su utilidad en la causa (Carta 48, 1888).

Cómo enseñar el uso debido del dinero.

Enséñese a cada joven y a cada niño no solamente a resolver problemas imaginarios, sino a mantener una cuenta exacta de sus propias entradas y salidas. Enséñeseles el uso correcto del dinero dándoles la oportunidad de utilizarlo. Sea que lo suplan los padres o que lo adquieran por sus propias ganancias, que los niños y niñas aprendan a elegir y comprar su propia ropa, sus libros y otros artículos necesarios; y al llevar una cuenta de sus gastos, aprenderán el valor y el empleo del dinero, como no podrían aprenderlo en otra forma (Counsels on Stewardship, pág. 294).

El valor de llevar cuentas.

Cuando los niños son aún muy tiernos, se les debe enseñar a leer, a escribir, a comprender los números, y a llevar sus propias cuentas. Pueden avanzar paso a paso en este conocimiento (Consejos para los Maestros, pág. 129).

Enseñad a los niños a llevar cuentas. Esto los capacitará para ser exactos. El niño gastador será el hombre gastador. La niña vanidosa, egoísta y preocupada de sí misma será la misma clase de mujer. Debemos recordar que hay otros jóvenes de quienes somos responsables. Si enseñamos a nuestros hijos a corregir sus hábitos, mediante ellos podremos influir en otros (Carta 11, 1888).

127

SECCION VII - EL DESARROLLO DE LAS CUALIDADES CRISTIANAS

CAPÍTULO 25. La Sencillez

Educad en la sencillez natural.

Los niñitos deberían ser educados con sencillez infantil. Debería enseñárseles a conformarse con los deberes sencillos y útiles y los placeres e incidentes naturales a sus años. La niñez corresponde a la hierba de la parábola, y la hierba tiene una belleza peculiar. No se debería forzar en los niños el desarrollo de una madurez precoz, sino que se debería tratar de conservar, tanto tiempo como fuera posible, la frescura y gracia de sus primeros años. Cuanto menos afectada por la excitación artificial y más en armonía con la naturaleza, más favorable será para el vigor físico y mental, y la fuerza espiritual (La Educación, pág. 103).

Los padres, mediante su ejemplo, deberían estimular la formación de hábitos de sencillez, y alejar a sus hijos de la vida artificial para conducirlos a la vida natural (Signs of the Times, 2-10-1884).

Los niños no afectados son más atrayentes.

Los niños más atrayentes son naturales y sin afectación. No es prudente dar atención especial a los niños... No debe estimularse su vanidad alabando su aspecto, sus palabras o sus acciones. Tampoco debe vestírseles de una manera costosa o vistosa. Esto estimularía en ellos el orgullo y despertaría la envidia en el corazón de sus compañeros. Enseñad a los niños que el verdadero adorno no es exterior. "El adorno de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante de Dios" (1 Ped. 3: 3, 4) (Consejos para los Maestros, pág. 109).

El secreto del verdadero encanto.

Debería enseñarse a las niñas que el verdadero encanto de la femineidad no se encuentra únicamente en la belleza de formas o rasgos, ni en la posesión de habilidades; sino en el espíritu humilde y tranquilo, en la paciencia la generosidad, la bondad y la disposición para trabajar y sufrir por otros. Deberían ser enseñadas a trabajar, a estudiar con algún propósito, a vivir con un objeto, a confiar en Dios y a temerle, y a respetar a sus padres. Luego, a medida que avancen en edad, desarrollarán una mente más pura, tendrán más confianza propia, y serán más apreciadas. Será imposible degradar a una mujer con estas características. Escapará a las tentaciones y a las pruebas que han sido la ruina para tantas mujeres (Health Reformer, diciembre de 1877).

Semillas de vanidad.

En muchas familias, las semillas de vanidad y egoísmo se siembran en el corazón de los niños casi desde la infancia. Sus dichos y hechos graciosos son comentados y alabados en su presencia, y repetidos a otros con exageración. Los pequeños advierten esto, y se sienten muy importantes; se atreven a interrumpir las

conversaciones, y se tornan audaces y descarados. La adulación y la indulgencia estimulan su vanidad y obstinación, hasta que el jovencito con no poca frecuencia gobierna a toda la familia, incluso al padre y a la madre.
Las tendencias formadas por esta clase de enseñanza no pueden dejarse de lado a medida que el niño desarrolla su juicio maduro. Se desarrollan 129 con su crecimiento, y lo que habría podido parecer habilidad en el niño, se transforma en rasgos reprochables y malos en el hombre o la mujer. Procuran gobernar a sus compañeros, y si alguno rehúsa someterse a sus deseos, se consideran agraviados e insultados. Esto se debe a que en su niñez se los dañó al acceder a todos sus deseos, en vez de enseñárseles la abnegación necesaria para soportar las dificultades y los trabajos de la vida (Testimonies, tomo 4, págs. 200, 201).
No estimuléis el deseo de alabanza.
Los niños necesitan aprecio, simpatía, y estímulo, pero se debería cuidar de no fomentar en ellos el amor a la alabanza. No es prudente prestarles una consideración especial ni repetir delante de ellos sus agudezas y ocurrencias. El padre o maestro que tiene presente el verdadero ideal de carácter y las posibilidades de éxito, no puede fomentar ni estimular el engreimiento. No alentará en los jóvenes el deseo o empeño de exhibir su habilidad o pericia. El que mira más allá de sí, será humilde, y sin embargo, poseerá una dignidad que no se consterna ni desconcierta ante el fausto exterior ni la grandeza humana (La Educación. págs. 232, 233).
Estimulad la sencillez en la alimentación y el vestido.
Estos [los padres] tienen un sagrado deber que cumplir en cuanto a enseñar a sus hijos a ayudar a llevar las cargas del hogar, a conformarse con alimentos sencillos y ropas aseadas y poco costosas (Consejos para los Maestros, pág. 122).
¡Oh, si los padres y las madres comprendieran que son responsables delante de Dios y que él ha de pedirles cuenta! ¡Qué cambio ocurriría en la ciudad! No se echarían a perder los niños mediante alabanzas y mimos, o se envanecerían mediante la complacencia en el vestido (Review and Herald, 13-4-1897). 130
Enseñad la sencillez y la confianza.
Deberíamos enseñar a nuestros hijos lecciones de sencillez y confianza. Deberíamos enseñarles a amar, a temer y a obedecer a su Creador. En todos los planes y los propósitos de la vida, su gloria debería ocupar un lugar sobresaliente; su amor debería ser la motivación principal de cada acción (Id., 13-6-1882).
Cristo es nuestro ejemplo.
Jesús, nuestro Redentor, anduvo en la tierra con la dignidad de un rey. Sin embargo, era humilde y manso de corazón. Era una luz y una bendición para cada hogar, porque llevaba alegría, esperanza y ánimo. Ojalá que pudiéramos satisfacernos con menos deseos, con menos esfuerzo en procura de cosas difíciles de obtener con el fin de embellecer nuestros hogares, en tanto que no buscamos aquello que Dios avalúa por encima de las joyas: un espíritu humilde y tranquilo. La gracia de la sencillez, la humildad y el verdadero afecto, harían un paraíso del hogar más humilde. Es mejor soportar alegremente cada inconveniente que despojarse de la paz y el contentamiento (Testimonies, tomo 4, pág. 622). 131
CAPÍTULO 26. La Cortesía y la Reserva
La cortesía comienza en el hogar.
Padres, enseñad a vuestros hijos . . . a conducirse en el hogar con verdadera cortesía. Educadlos para que manifiesten bondad y ternura unos con otros. No permitáis que el egoísmo viva en el corazón o encuentre lugar en el hogar (Manuscrito 74, 1900).
Los jóvenes que crecen empleando palabras y actitudes descuidadas y rudas, manifiestan el carácter de la educación recibida en su hogar. Los padres no han comprendido la importancia de su mayordomía; y han cosechado los resultados de la siembra realizada (Manuscrito 117, 1899).
La supremacía de los principios del cielo.
Los principios del cielo han de introducirse en el gobierno del hogar. Debe enseñarse a cada niño a ser atento, compasivo, amante, misericordioso, cortés, tierno de corazón (Manuscrito 110, 1902).
Cuando todos son miembros de la familia real, hay verdadera cortesía en la vida del hogar. Cada miembro de la familia procura agradar a los demás miembros (Manuscrito 60, 1903).
Enseñad por precepto y ejemplo.
Los niños, como también los mayores, están expuestos a las tentaciones; y los miembros maduros de la familia deberían darles, por precepto y ejemplo lecciones de cortesía, alegría, afecto y cumplimiento fiel de sus deberes diarios (Manuscrito 27, 1896).
Respeto por los ancianos.
Dios ha mandado especialmente que se manifieste tierno respeto hacia los ancianos. "Corona de gloria es la cabeza cana -dice-, cuando se halla en el camino de justicia" (Prov. 16: 31). Habla de batallas peleadas, y

victorias ganadas; de cargas llevadas y tentaciones resistidas. Habla de pies cansados que se acercan al 132 descanso de puestos que pronto quedarán vacantes. Ayudad a los niños a pensar en esto, y ellos suavizarán el camino de los ancianos mediante su cortesía y respeto, y añadirán gracia y belleza a sus jóvenes vidas si prestan atención al mandato: "Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano" (Lev. 19: 32) (La Educación, pág. 239).

Enséñense la modestia y la reserva.

El orgullo, la estimación propia y el atrevimiento son características destacadas de los niños de hoy y son la maldición de nuestra era. . . . Han de enseñarse a los niños, tanto en la casa como en la escuela sabática, las lecciones más sagradas de modestia y humildad (Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 50).

¿Os ocuparéis vosotros, a quienes dirijo estas palabras, de la instrucción que se os ha dado? Amonestad a los jóvenes; que no sean atrevidos en la conversación sino modestos y recatados. Que escuchen con prontitud las cosas benéficas para el alma, y que sean lentos en hablar, a menos que sea para exponer a Jesús y para testificar de la verdad. Manifestad humildad mediante un comportamiento modesto (Youth's Instructor, 11-7-1895).

Un guardián de la virtud.

Cultivad la gema preciosa e inapreciable de la modestia. Esta será un guardián de la virtud. . . . Me siento impelida por el Espíritu del Señor a instar a mis hermanas que profesan la piedad a cultivar la modestia en el comportamiento y a ser reservadas. . . . He preguntado: ¿cuándo nuestras hermanas jóvenes actuarán con propiedad? Sé que no habrá un cambio favorable hasta que los padres sientan la importancia de ejercer gran cuidado en la educación correcta de sus hijos. Enseñadles a actuar con reserva y modestia (Testimonies, tomo 2, págs. 458, 459). 133

Los encantos verdaderos.

Los verdaderos encantos de un niño consisten en la modestia y la obediencia, en oídos atentos para escuchar las palabras de instrucción, en pies y manos voluntarios para andar y trabajar en el camino del deber. Y la verdadera bondad de un niño producirá su propia recompensa, aun en esta vida (Review and Herald, 10-5-1898). 134

CAPÍTULO 27. Alegría y Agradecimiento

Haya una dulce influencia en el hogar.

Sobre todo, rodeen los padres a sus hijos de una atmósfera de alegría, cortesía y amor. En el hogar donde habita el amor y se expresa en miradas, palabras y actos, los ángeles se complacen en manifestar su presencia. Padres, dejad entrar en vuestros corazones los rayos de sol del amor, de la jovialidad y del feliz contentamiento, y permitid que su dulce y preciosa influencia compenetre vuestro hogar. Manifestad un espíritu bondadoso y tolerante; fomentadlo también en vuestros hijos, cultivando todas las gracias que iluminarán vuestra vida familiar. La atmósfera así creada será para los hijos lo que son el aire y el sol para la vegetación y promoverán la salud y el vigor de la mente y del cuerpo (El Ministerio de Curación, pág. 300).

El rostro manifieste alegría.

En la religión de Jesús no hay ninguna cosa sombría. Al paso que hay que evitar cuidadosamente toda liviandad, frivolidad, y chanzas, las cuales el apóstol dice que no son convenientes, hay un dulce descanso y reposo en Jesús que se manifestará en el rostro. Los cristianos no han de estar tristes, deprimidos y desesperados. Han de ser serenos y, sin embargo, deben mostrar al mundo un gozo que únicamente la gracia puede impartir (Review and Herald, 15-4-1884).

Los niños son atraídos por una conducta alegre y animosa. Mostradles bondad y cortesía y ellos manifestarán el mismo espíritu hacia vosotros y entre sí (La Educación, pág. 235).

Educad el alma para manifestar alegría y agradecimiento, y para que exprese gratitud a Dios por el gran amor con el cual nos ha amado. . . . El 135 gozo del cristiano es la belleza de la santidad (Youth's Instructor, 11-7-1895).

Pronunciad palabras agradables y alegres.

Las palabras agradables y alegres no cuestan más que las palabras desagradables y tristes. ¿Os desagrada que os dirijan palabras duras? Recordad que cuando vosotros habláis esas palabras otros sienten la espina. . . . Padres, llevad a vuestro hogar la piedad práctica. Los ángeles no son atraídos a un hogar donde reina la discordia. Educad a vuestros hijos para que hablen palabras que proporcionarán alegría y gozo (Review and Herald, 31-12-1901).

Estimulad una actitud alegre.

Si hay alguien que debe estar continuamente agradecido, es el cristiano. Si hay alguien que disfruta de felicidad, aun en esta vida, es el fiel seguidor de Jesucristo. Los hijos de Dios tienen el deber de ser alegres.

Deberían estimular una actitud feliz. Dios no puede ser glorificado por sus hijos que viven continuamente bajo una nube y que arrojan sombras dondequiera que van. El cristiano debería arrojar luz en vez de sombra. . . . Debe tener un rostro alegre (Id., 28-4-1859).
Los niños aborrecen la sombra de las tinieblas y la tristeza. Su corazón responde a la brillantez, a la alegría y al amor (Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 109).
Sonreíd, padres, sonreíd.
Algunos padres, y asimismo algunos maestros, parecen haber olvidado que ellos también fueron niños. Son solemnes, fríos, y no son simpáticos. . . . Sus rostros habitualmente tienen una expresión seria y reprobadora. La alegría o las travesuras infantiles, la inquieta actividad de la vida joven, no encuentran excusa ante sus ojos. Las travesuras insignificantes son tratadas como pecados graves. Esta disciplina no es la de Cristo. Los niños educados en esta forma temen 136 a sus padres o maestros, pero no los aman; no les confían sus experiencias infantiles. Así se matan algunas de las cualidades más valiosas de la mente y el corazón, como una planta tierna expuesta al viento gélido.
Sonreíd, padres; sonreíd, maestros. Si vuestro corazón está triste, que vuestro rostro no lo manifieste. Que la luz de un corazón amante y agradecido ilumine el rostro. Abandonad vuestra solemnidad de hierro, adaptaos a las necesidades de los niños, y haced que os amen. Debéis ganar su afecto si queréis impresionar sus corazones con la religión (Review and Herald, 21-3-1882).
Una oración adecuada.
Alegrad vuestro trabajo con cantos de alabanza. Si queréis tener un registro limpio en los libros del cielo, nunca os impacientéis ni rezonguéis. Vuestra oración diaria sea: "Señor, enséñame a hacer lo mejor. Enséñame cómo trabajar más eficientemente. Dame energía y alegría". . . . Poned a Cristo en todo lo que hacéis. Entonces vuestra vida estará llena de alegría y agradecimiento. . . . Hagamos lo mejor posible, avanzando gozosamente en el servicio del Señor, con nuestro corazón lleno de su felicidad (Australasian Union Record, 15-11-1903).
Enseñad a los niños a ser agradecidos.
"Y te alegrarás en todo el bien que Jehová tu Dios te haya dado a ti y a tu casa". Deberían manifestarse agradecimiento y alabanza a Dios por las bendiciones temporales y por todo el bienestar que derrama sobre nosotros. Dios quiere que cada familia que se está preparando para habitar en las mansiones eternas le tribute gloria por los ricos tesoros de su gracia. Si se educara a los niños, en la vida de hogar, para que sean agradecidos al Dador de todas las cosas buenas, veríamos manifestarse en nuestra familia un elemento de gracia celestial; se vería gozo en la 137 vida doméstica, y los jóvenes que procedieran de esos hogares llevarían consigo un espíritu de respeto y reverencia a la escuela y a la iglesia. Habría concurrencia en el santuario donde Dios se reúne con su pueblo, reverencia en todas las ceremonias de su culto, y gozosa alabanza y agradecimiento por todos los dones de su providencia.
Si actualmente se cumpliera la Palabra de Dios tan estrictamente como en el tiempo del antiguo Israel, los padres y las madres darían a sus hijos un ejemplo que sería del valor más elevado. . . . Cada bendición temporal se recibiría con gratitud, y cada bendición espiritual sería doblemente preciosa porque la percepción de cada miembro de la familia habría sido santificada por la palabra de verdad. El Señor Jesús está muy cerca de los que aprecian sus generosos dones y saben que todas las buenas cosas que tienen proceden del Dios amante que se preocupa por ellos, y lo reconocen como la gran fuente de todo bienestar y consuelo, la fuente inextinguible de la gracia (Manuscrito 67, 1907). 138
CAPÍTULO 28. La Veracidad
Sean los padres modelos de veracidad.
Los padres y los maestros deben ser veraces delante de Dios. Vuestra vida esté libre de prácticas engañosas. No se halle culpa en vuestros labios. Aunque sea desagradable para vosotros en un momento dado. vuestra conducta, vuestras palabras y vuestras obras manifiesten rectitud ante la vista del Santo Dios. ¡Oh, el efecto de la primera lección de engaño ha sido terrible! ¿Se, entregarán a la práctica del engaño y la mentira los que pretenden ser hijos e hijas de Dios?
No permitáis que vuestros hijos tengan motivo para excusarse diciendo: Mamá no dice la verdad: papá no dice la verdad. Cuando seáis juzgados en las cortes celestiales, ¿se pondrá junto a vuestro nombre que sois engañadores ? ¿Serán pervertidos vuestros hijos por el ejemplo de los que deberían guiarlos por los caminos de la verdad? En vez de esto, ¿no debería penetrar el poder transformador de Dios en el corazón de los padres? ¿No deberá permitirse al Espíritu Santo de Dios que imprima su marca sobre los niños?
No puede esperarse que los niños sean completamente cándidos. Pero existe el peligro de que los padres, por un trato desacertado, destruyan el candor que debería caracterizar a la experiencia infantil. Los padres, por

palabra y acción, deberán hacer todo lo posible por conservar la sencillez sin artificios. A medida que los hijos crecen, los padres no deberían proporcionar la menor ocasión para la siembra de esa semilla que se desarrollará hasta convertirse en engaño y falsedad, y que madurará en hábitos de desconfianza (Review and Herald, 13-4-1897). 139

No mintáis nunca.

Los padres deberían ser modelos de veracidad, porque ésta es la lección diaria que debe imprimirse en el corazón de los niños. Principios inconmovibles deberían dirigir a los padres en todas las ocupaciones de la vida, especialmente en la educación y enseñanza de sus hijos. "Aun el muchacho es conocido por sus hechos, si su conducta fuere limpia y recta" (Good Health, enero de 1880).

Una madre que carece de discernimiento y que no sigue la dirección del Señor, puede educar a sus hijos para ser engañadores e hipócritas. Los rasgos de carácter, estimulados de esta manera, pueden hacerse tan permanentes que mentir será tan natural como respirar. El fingimiento se tomará por sinceridad y realidad (Review and Herald, 13-4-1897).

Padres, no mintáis nunca; nunca digáis lo que no es verdad en precepto o en ejemplo. Si queréis que vuestros hijos sean veraces, sed veraces vosotros mismos. Sed rectos e inconmovibles. No debería permitirse ni una mentira por pequeña que sea. Debido a que las madres están acostumbradas a mentir, los hijos siguen su ejemplo (Manuscrito 126, 1897).

La falsedad es estimulada por las palabras duras.

No os impacientéis con vuestros hijos cuando yerran. Cuando los corrijáis, no les habléis abrupta y duramente. Esto los confunde y les hace temer decir la verdad (Manuscrito 2, 1903). 140

CAPÍTULO 29. Honradez e Integridad

La práctica y la enseñanza de la honradez.

Es indispensable que se practique la honradez en todos los detalles de la vida de la madre, y en la educación de los hijos, es importante que se enseñe a las niñitas y a los niñitos, a no mentir o engañar en lo más mínimo (Carta 41, 1888).

La norma que Dios requiere.

Dios quiere que los hombres que están a su servicio, bajo su estandarte, sean estrictamente honrados, de carácter irreprochable, que sus lenguas no pronuncien nada que se parezca a la mentira. La lengua debe ser veraz, los ojos deben ser veraces, las acciones deben ser íntegras como las que Dios puede encomiar. Estamos viviendo ante la presencia de un Dios santo, quien declara solemnemente: "Yo conozco tus obras". El ojo divino nos contempla continuamente. No podemos ocultar un solo acto ofensivo para Dios. Muy pocos comprenden la verdad de que Dios es testigo de cada una de nuestras acciones (Ibid.).

Los que comprendan su dependencia de Dios, sentirán que deben ser honrados con sus semejantes y, sobre todo, deben serlo con Dios, de quien proceden todas las bendiciones de la vida.

La evasión del mandamiento positivo dado por Dios concerniente a los diezmos y las ofrendas se registra en los libros del cielo como un robo hecho contra él (Counsels on Stewardship, págs. 77, 78).

Pesos y medidas honrados.

Un hombre honrado, según la medida de Cristo, es el que manifiesta integridad inquebrantable. Las pesas engañosas y las balanzas falsas con que muchos tratan de aumentar sus intereses en el mundo, son abominación a la vista de Dios. . . . La firme integridad resplandece como el oro entre la escoria y la basura del mundo. 141 Se pueden pasar por alto y ocultar a los ojos de los hombres el engaño, la mentira y la infidelidad, pero no a los ojos de Dios, Los ángeles del Señor, que vigilan el desarrollo de nuestro carácter y pesan nuestro valor moral, registran en los libros del cielo estas transacciones menores que revelan el carácter (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 510, 511).

Honrados con el tiempo y el dinero.

Se necesitan hombres cuyo sentido de la justicia, aun en las cuestiones más pequeñas, no les permita utilizar su tiempo en otra forma que no sea exacta y correcta: hombres que comprendan que manejan medios que pertenecen a Dios, y que no se apropiarán injustamente ni de un centavo para su propio uso; hombres que serán tan fieles y exactos, cuidadosos y diligentes, en su trabajo, en ausencia de su empleador tanto como en su presencia, demostrando por su fidelidad que no sólo buscan servir a los hombres, que no trabajan sólo cuando los vigilan, sino que son verdaderos obreros concienzudos, fieles, que obran bien, no para recibir alabanza humana, sino porque aman y eligen el bien porque comprenden correctamente cuál es su obligación con Dios (Testimonies, tomo 3, pág. 25).

Lo que desea que otros piensen que él es.

En cada negocio, un cristiano será justamente lo que desea que sus hermanos piensen que él es. Su conducta está regida por principios fundamentales. No finge, y por lo tanto no tiene nada que ocultar, nada de qué pedir disculpas. Puede ser criticado, puede ser probado, pero su inquebrantable integridad brillará como oro puro. Es una bendición para todos aquellos con quienes se relaciona, porque su palabra es digna de confianza. Es un hombre que no se aprovechará de sus vecinos. Es un amigo y benefactor de todos, y sus semejantes confían en su 142 consejo. . . . Un hombre verdaderamente honrado nunca se aprovechará de la debilidad y la incompetencia a fin de llenar su propio bolsillo (Carta 3, 1878).

No permitáis una desviación de la más rígida honradez.

En cada transacción comercial sed estrictamente honrados. Aunque os sintáis tentados, no engañéis ni mintáis en lo más mínimo. A veces un impulso natural puede tentar a alejarse del camino recto de la honradez, pero no variéis ni en el grosor de un cabello. Si en algún asunto habéis hecho una declaración acerca de lo que haréis, y después descubrís que habéis favorecido a otro contra vuestros propios intereses, no os alejéis ni un milímetro del principio. Cumplid vuestro convenio. Al tratar de cambiar vuestros planes, demostraríais que no sois dignos de confianza. Y si os desdecís en las pequeñas transacciones, también lo haréis en las de mayor cuantía. En tales circunstancias, algunos se sienten tentados a engañar, diciendo: no me comprendieron. Han hecho decir a mis palabras más de lo que yo quería. La verdad es que en realidad querían decir lo que dijeron pero perdido el buen impulso, quisieron anular su convenio para que no les resultara perjudicial. El Señor quiere que hagamos justicia, que amemos la misericordia, la verdad y la rectitud (Carta 103, 1900).

Mantened principios estrictos.

En todos los detalles de la vida deben mantenerse estrictos principios de honradez. . . . El alejamiento de la perfecta honradez en los negocios puede parecer cosa pequeña a algunos, pero nuestro Salvador no la considera así. Sus palabras son claras y explícitas: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel". Una persona que engañe con astucia a su vecino en pequeña escala, también hará lo mismo en una mayor escala si se le presenta la tentación de 143 hacerlo. Una falsedad en algo pequeño constituye una falta de honradez a la vista de Dios, tanto como la falsedad en asuntos de mayor importancia (Carta 3, 1878).

La honradez debería imprimir su sello en cada acción de nuestra vida. Los ángeles celestiales examinan la obra que es puesta en nuestras manos, y cuando ha habido un alejamiento de los principios de la verdad, colocan "falto" en los registros (Counsels on Stewardship. pág. 142). 144

CAPÍTULO 30. Confianza Propia y Honor

Enseñad a cada niño a confiar en sí mismo.

Hasta donde sea posible, cada niño debería ser educado para que confíe en sí mismo. Al ejercitar sus diferentes aptitudes, aprenderá a ver dónde es fuerte y en qué es deficiente. Un instructor sabio prestará especial atención al desarrollo de los rasgos más débiles para que el niño forme un carácter bien equilibrado y armonioso (Fundamentals of Christian Education, pág. 57).

Demasiado ocio formará niños débiles.

Si los padres mientras viven, ayudaran a sus hijos a ayudarse a sí mismos, sería mejor que si les dejaran una gran suma de dinero al morir. Los hijos a quienes se les permite confiar principalmente en sus propios esfuerzos llegan a ser mejores hombres y mujeres y están mejor capacitados para la vida práctica que los hijos que han dependido de la herencia de sus padres. Los hijos a quienes se enseña a depender de sus propios recursos, generalmente aprecian sus facultades, aprovechan sus privilegios y cultivan y dirigen sus aptitudes para cumplir un propósito en la vida. Frecuentemente desarrollan caracteres en los que predominan el trabajo, la frugalidad y la dignidad moral, características que constituyen el fundamento del éxito en la vida cristiana. Aquellos hijos por quienes los padres hacen más, con frecuencia se sienten menos obligados hacia ellos (Testimonies, tomo 3, págs. 122, 123).

Los obstáculos desarrollan la fortaleza.

Son los obstáculos los que hacen hombres fuertes. No son las ayudas, sino las dificultades, los conflictos, y las contrariedades los que desarrollan la fibra moral de los hombres. Demasiada debilidad y el esquivar la responsabilidad han convertido en debiluchos y 145 enanos a aquellos que deberían ser hombres responsables de poder moral y poderosa fibra espiritual (Id., pág. 495).

Desde los años más tiernos, es necesario tejer en el carácter principios de rígida integridad para que los jóvenes alcancen la norma más elevada de virilidad y femineidad. Siempre deberían recordar el hecho de que han sido comprados con precio y deberían glorificar a Dios en su cuerpo y espíritu . . . Los jóvenes deberían considerar seriamente cuál debería ser su propósito y obra de la vida, y luego colocar el fundamento de modo que sus hábitos estén libres de toda mancha de corrupción. Si quieren estar en una posición desde la cual influirán sobre otros, deben confiar en sí mismos (Youth's Instructor, 5-1-1893).

Prepárense los niños para enfrentar los problemas con valor.
Después de la disciplina del hogar y de la escuela, todos tienen que hacer frente a la severa disciplina de la vida. La forma de hacerlo sabiamente constituye una lección que debería explicarse a todo niño y joven. Es cierto que Dios nos ama, que obra para nuestra felicidad, y que si siempre se hubiese obedecido su ley, nunca habríamos conocido el sufrimiento; y no menos cierto es que, en este mundo, toda vida tiene que sobrellevar sufrimientos, penas, cargas, como resultado del pecado. Podemos hacer a los niños y jóvenes un bien duradero si les enseñamos a afrontar valerosamente estas penas y cargas. Aunque les debemos prestar simpatía, jamás debería ser de tal suerte que los induzca a compadecerse de sí mismos. Por el contrario, necesitan algo que estimule y fortalezca y no que debilite.
Se les debería enseñar que este mundo no es un campo de desfile, sino de batalla. Todos son llamados a soportar las dificultades como buenos soldados. 146 Enséñeseles que la verdadera prueba del carácter se encuentra en la disposición a llevar cargas, ocupar el puesto difícil, hacer lo que necesita ser hecho, aunque no reporte reconocimiento ni recompensa terrenal (La Educación, págs. 286, 287).
Fortaleced el sentido del honor.
El educador sabio, al tratar con sus alumnos procurará estimular la confianza fortalecer el sentido del honor. La confianza que se tiene en los jóvenes y niños los beneficia. Muchos, hasta entre los pequeños, tienen un elevado sentimiento del honor: todos desean ser tratados con confianza y respeto y tienen derecho a ello. No debería hacérseles sentir que no pueden salir o entrar sin que se los vigile. La sospecha desmoraliza y produce los mismos males que trata de impedir. . . . Haced sentir a los jóvenes que se les tiene confianza y pocos serán los que no traten de mostrarse dignos de tal confianza (Id., pág. 281). 147
SECCION VIII - LA TAREA SUPREMA: EL DESARROLLO DEL CARÁCTER
CAPÍTULO 31. La Importancia del Carácter
El único tesoro que se lleva de este mundo.
Un carácter formado a la semejanza divina es el único tesoro que, podemos llevar de este mundo al venidero. Los que en este mundo andan de acuerdo con las instrucciones de Cristo, llevarán consigo a las mansiones celestiales toda adquisición divina. Y en el cielo mejoraremos continuamente. Cuán importante es, pues, el desarrollo del carácter en esta vida (Lecciones Prácticas del Gran Maestro, pág. 303).
El carácter íntegro es una cualidad del alma.
La habilidad mental y el genio no son el carácter, porque a menudo son posesión de quienes tienen justamente lo opuesto a lo que es un buen carácter. La reputación no es el carácter. El verdadero carácter es una cualidad del alma que se manifiesta en la conducta (Youth's Instructor, 3-11-1886).
Un buen carácter es un capital de más valor que el oro o la plata. No lo afectan los pánicos ni los fracasos, y en aquel día en que serán barridas las posesiones terrenales, os producirá ricos dividendos. La integridad, la firmeza y la perseverancia, son cualidades que todos deben procurar cultivar fervorosamente; porque invisten a su poseedor con un poder irresistible, un poder que lo hará fuerte para hacer el bien, fuerte para resistir el mal y para soportar la adversidad (Consejos para los Maestros, pág. 174).
Sus dos elementos esenciales.
La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la fuerza de voluntad y el dominio propio. Muchos jóvenes consideran 148 equivocadamente la pasión fuerte y sin control como fuerza de carácter; pero la verdad es que el que es dominado por sus pasiones es un hombre débil. La verdadera grandeza y nobleza del hombre se miden por su poder de subyugar sus sentimientos, y no por el poder que tienen sus sentimientos de subyugarle a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al maltrato, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos (Id., pág. 171).
Más necesario que la ostentación.
Si se considerara tan importante que los jóvenes posean un carácter hermoso y una disposición amistosa, como se estima importante que imiten las modas del mundo en el vestir y el comportarse, veríamos a cientos, donde hoy vemos a uno, que suben al escenario de la vida activa preparados para ejercer una influencia ennoblecedora sobre la sociedad (Fundamentals of Christian Education, pág. 69).
Su desarrollo es la obra de toda la vida.
La formación del carácter es la obra de toda la vida, y es para la eternidad. Si todos comprendieran esto, si despertaran al pensamiento de que individualmente estamos decidiendo nuestro propio destino para la vida eterna o la ruina eterna, ¡qué cambio ocurriría! ¡En qué forma diferente ocuparíamos este tiempo de prueba, y qué caracteres diferentes llenarían nuestro mundo! (Youth's Instructor, 19-2-1903).
Desarrollo y crecimiento.

La germinación de la semilla representa el comienzo de la vida espiritual, y el desarrollo de la planta es una figura del desarrollo del carácter. No puede haber vida sin crecimiento. La planta crece, o muere. Del mismo modo que su crecimiento es silencioso, imperceptible pero continuo, así es también el crecimiento del carácter. En cualquier etapa del desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta; sin embargo, si se cumple 149 el Propósito de Dios para con nosotros, habrá un progreso constante (La Educación, págs. 101, 102).
Es la cosecha de la vida.
El carácter es la cosecha de la vida, y esto es lo que determina el destino, tanto para esta vida como para la venidera.
La cosecha es la reproducción de la semilla sembrada. Toda semilla da fruto "según su género". Lo mismo ocurre con los rasgos de carácter que fomentamos. El egoísmo, el amor propio, el engreimiento, la propia complacencia, se reproducen, y el final es desgracia y ruina. "Por que el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas aquel que siembra para el espíritu segará vida eterna" (Gál. 6: 8). El amor, la simpatía y la bondad, dan fruto de bendición, una cosecha imperecedera (Id., págs. 104, 105).
La mayor evidencia del cristianismo.
Si las madres cristianas presentaran a la sociedad niños con caracteres íntegros, con firmes principios y una moral sólida, habrían realizado la más importante de todas las labores misioneras. Sus hijos, cabalmente educados para ocupar sus lugares en la sociedad, constituyen la mayor evidencia del cristianismo que pueda darse al mundo (Pacific Health Journal, junio de 1890).
La influencia de un hijo debidamente educado.
No hay otra obra más elevada que haya sido encomendada a los mortales que la formación del carácter. Los hijos no sólo deben ser educados sino también formados; ¿y quién puede predecir el futuro de un niño o un joven? Ejerced el mayor cuidado sobre la formación de vuestros hijos. Un niño, debidamente disciplinado en los principios de la verdad, que tiene el amor y el temor de Dios entretejidos en su carácter, poseerá un poder para el bien en el mundo que no puede estimarse (Signs of the Times, 13-7-1888). 150
CAPÍTULO 32. Cómo se Forma el Carácter
Se logra mediante el esfuerzo perseverante e incansable.
El carácter no se adquiere por casualidad. No queda determinado por un arranque temperamental, por un paso en la dirección equivocada. Es la repetición del acto lo que lo convierte en hábito y moldea el carácter para el bien o para el mal.
Los caracteres rectos pueden formarse únicamente mediante el esfuerzo perseverante e incansable, utilizando para la gloria de Dios cada talento y capacidad que él ha dado. En lugar de hacer esto, muchos se dejan llevar a donde los impulsos o las circunstancias quieren. No se debe esto a que les falte buen material, sino que porque no comprenden que en su juventud Dios quiere que hagan lo mejor posible (Youth's Instructor, 27-7-1899).
Nuestro primer deber con Dios y nuestros semejantes es el desarrollo de nosotros mismos. Cada facultad con la cual nos ha dotado Dios debería cultivarse hasta el grado más alto de perfección, a fin de ser capaces de hacer la mayor cantidad de bien posible. Para purificar y refinar nuestros caracteres, necesitamos la gracia dada por Cristo que nos capacitará para ver y corregir nuestras deficiencias y aprovechar los rasgos excelentes de nuestros caracteres (Pacific Health Journal, abril de 1890).
Cultivemos las facultades dadas por Dios.
En extenso grado, cada uno es arquitecto de su propio carácter. Cada día la estructura se acerca más a su terminación. La Palabra de Dios nos amonesta a prestar atención a cómo edificamos, a cuidar de que nuestro edificio esté fundado en la roca eterna. Se acerca el momento en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento en que 151 todos han de cultivar las facultades que Dios les ha dado y formar un carácter que los haga útiles aquí y alcanzar la vida superior más allá.
La fe en Cristo como Salvador personal dará fuerza y solidez al carácter. Los que tienen verdadera fe en Cristo, serán serios, recordando que el ojo de Dios los ve, que el Juez de todos los hombres pesa el valor moral, que los seres celestiales observan qué clase de carácter están desarrollando (Consejos para los Maestros, pág. 172).
Es influido por cada acto.
Cada acto de la existencia, por muy insignificante que sea, tiene su influencia en la formación del carácter. Un buen carácter es más precioso que las posesiones mundanales; y la obra de su formación es la más noble a la cual puedan dedicarse los hombres.
Los caracteres formados por las circunstancias son variables y discordantes, una masa de sentimientos encontrados. Sus poseedores no tienen un blanco elevado o fin en la vida. No ejercen influencia

ennoblecedora sobre el carácter de los demás. Viven sin propósito ni poder (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 603, 604).

Se perfecciona al seguir la norma de Dios.

Dios espera que edifiquemos nuestros caracteres de acuerdo con la norma que él nos ha dado. Debemos colocar ladrillo sobre ladrillo, añadiendo gracia sobre gracia, descubriendo nuestros puntos débiles y corrigiéndolos de acuerdo con la dirección dada. Cuando se advierte una resquebrajadura en las murallas de una mansión, sabemos que hay algo malo en el edificio. En la edificación de nuestro carácter a menudo se ven resquebrajaduras. A menos que remediemos estos defectos, la casa caerá cuando la tempestad de la prueba la azote (Youth's Instructor, 25-10-1900). 152

Dios nos da fortaleza, razonamiento y tiempo, a fin de que edifiquemos caracteres que él pueda aprobar. Quiere que cada uno de sus hijos edifique un carácter noble, realizando obras puras y nobles, para que al final pueda presentar una estructura simétrica, un hermoso templo, honrado por el hombre y Dios.

En la edificación de nuestro carácter, debemos construir sobre Cristo. El es nuestro seguro fundamento un fundamento que es inconmovible. La tempestad de la tentación y las pruebas no pueden mover el edificio que está fundado en la Roca Eterna.

El que quiera transformarse en un hermoso edificio para el Señor, debe cultivar cada actitud de su ser. Unicamente empleando debidamente los talentos es posible desarrollar armoniosamente el carácter. Así ponemos como fundamento lo que en la Palabra se representa como oro, plata, piedras preciosas: material que resistirá la prueba de los fuegos purificadores de Dios. Cristo es nuestro ejemplo en nuestra edificación del carácter (Id., 16-5-1901).

Hay que resistir la tentación.

La vida de Daniel es una ilustración inspirada de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos y especialmente los jóvenes. Un estricto cumplimiento de los requerimientos de Dios es beneficioso para la salud del cuerpo y de la mente (La Educación Cristiana, pág. 268).

Los padres de Daniel lo habían educado en su infancia en hábitos de estricta temperancia. Le habían enseñado que debía obedecer las leyes de la naturaleza en todos sus hábitos; que sus hábitos de comer y beber ejercían una influencia directa sobre su naturaleza física, mental y moral, y que era responsable delante de Dios por sus actitudes; porque las poseía como un don de Dios, y por ningún motivo debía empequeñecerlas o invalidarlas. Como 153 resultado de esta enseñanza, la ley de Dios fue exaltada en su mente y reverenciada en su corazón.

Durante los primeros años de su cautiverio, Daniel pasó por una prueba que debía familiarizarlo con la grandeza de la corte, con la hipocresía y el paganismo. ¡En verdad era una extraña escuela para capacitarlo para la vida de sobriedad, trabajo y fidelidad! Y, sin embargo, vivió sin corromperse por la atmósfera de mal con la cual estaba rodeado.

Daniel y sus compañeros gozaron precozmente de los beneficios de la correcta educación y enseñanza, pero estas ventajas solas no habrían podido hacer de ellos lo que fueron. Llegó el tiempo cuando debieron obrar por sí mismos, cuando su futuro dependió de su propia conducta. Entonces decidieron ser fieles a las lecciones recibidas en su infancia. El temor de Dios, que es principio de la sabiduría, fue el fundamento de su grandeza. El Espíritu de Dios fortaleció cada propósito genuino, cada noble resolución (Manuscrito 132, 1901).

El blanco debe ser elevado.

Si los jóvenes de la actualidad quieren obrar como obró Daniel, deben poner en acción cada nervio y fibra espirituales. El Señor no quiere que sean siempre novicios. Quiere que alcancen el peldaño más alto de la escalera, para que de allí entren en el reino de Dios (Youth's Instructor, 27-7-1899).

Si los jóvenes aprecian debidamente la importancia de la edificación del carácter, verán la necesidad de hacer su obra de modo que soporte la prueba de la investigación delante de Dios. Los más humildes y débiles, mediante un esfuerzo perseverante en resistir a la tentación y buscar la sabiduría de lo alto, pueden alcanzar cimas que ahora les parecen imposibles. Estas realizaciones no se lograrán sin un propósito definido de ser fieles en el cumplimiento de los pequeños deberes. Se requiere una 154 constante vigilancia para impedir que se fortalezcan los malos rasgos. Los jóvenes pueden tener poder moral, porque Jesús vino al mundo para ser nuestro ejemplo, y dar ayuda divina a todos, tanto jóvenes como adultos (Id., 3-11-1886).

Escúchense el consejo y el reproche.

Los que tienen defectos de carácter, conducta, hábitos y prácticas, deben escuchar los consejos y reproches. Este mundo es el taller de Dios, y cada piedra que pueda utilizarse en el templo celestial debe ser cortada y pulida hasta que se convierta en una piedra probada y preciosa, apta para ocupar su lugar en el edificio del Señor. Pero si rehusamos ser enseñados y disciplinados, seremos como piedras que no serán cortadas y pulidas, y que son desechadas como inútiles (Id., 31-8-1893).

Es posible que sea necesario realizar mucho trabajo en la formación de su carácter, y que Ud. sea una piedra tosca que debe ser cortada en perfecta escuadra y pulida antes que pueda ocupar un lugar en el templo de Dios. No necesita sorprenderse si con martillo y cincel Dios corta las aristas agudas de su carácter, hasta que Ud. esté preparado para ocupar el lugar que él le reserva. Ningún ser humano puede realizar esta obra. Unicamente Dios puede hacerla. Y tenga Ud. la seguridad de que no asestará él un solo golpe inútil. Da cada uno de sus golpes con amor, para su felicidad eterna. Conoce sus flaquezas y obra para curar y no para destruir (Joyas de los Testimonios. tomo 3, pág. 204). 155

CAPÍTULO 33. La Responsabilidad de los Padres en la Formación del Carácter

Una comisión divina dada a los padres.

Dios ha señalado a los padres su obra, la cual consiste en formar los caracteres de sus hijos según el Modelo divino. Por su gracia pueden realizar esta tarea; pero requerirá un esfuerzo paciente y cuidadoso, y además firmeza y decisión, para guiar la voluntad y refrenar las pasiones. Un campo abandonado produce únicamente espinos y cardos. El que quiera obtener una cosecha útil o hermosa, primero debe preparar la tierra y sembrar la semilla, luego cavar alrededor de los jóvenes tallos, removiendo las malezas y ablandando la tierra, y así las preciosas plantas florecerán y pagarán ricamente el cuidado y el trabajo empleados (Signs of the Times, 24-11-1881).

La edificación del carácter es la obra más importante que jamás haya sido confiada a los seres humanos y nunca antes ha sido su estudio diligente tan importante como ahora. Ninguna generación anterior fue llamada a hacer frente a problemas tan importantes; nunca antes se hallaron los jóvenes frente a peligros tan grandes como los que tienen que arrostrar hoy (La Educación, pág. 221).

Esta es vuestra obra, padres: desarrollar los caracteres de vuestros hijos en armonía con los preceptos de la Palabra de Dios. Esta obra debería ocupar el primer lugar, porque implica intereses eternos. La edificación del carácter de vuestros hijos es de más importancia que el cultivo de vuestras granjas, más esencial que la edificación de casas para vivir, o la ocupación en cualquier negocio o industria (Signs of the Times, 10-9-1894). 156

El hogar es el mejor lugar para la edificación del carácter.

Ni la escuela de iglesia ni el colegio proporcionan, como el hogar, las oportunidades para asentar el carácter de un niño sobre el debido fundamento (Consejos para los Maestros, pág. 125).

Enderécense los caracteres torcidos.

Los que no enderezan el carácter torcido de su vida, no pueden tener parte en la vida inmortal futura. Cuán importante es que los jóvenes sigan siempre la rectitud. Los padres desempeñan una parte importante en esto. Sobre ellos reposa la sagrada responsabilidad de enseñar a sus hijos para Dios. A ellos se les ha dado la obra de ayudar a sus pequeños a formar caracteres que les proporcionen entrada en las cortes celestiales (Carta 78, 1901).

Padres, no os equivoquéis en esto.

Padres, por amor de Cristo, no os equivoquéis en vuestra obra más importante, la de modelar los caracteres de vuestros hijos para el tiempo y la eternidad. Un error de vuestra parte al descuidar la fiel instrucción, o al complacer ese afecto imprudente que os ciega para no ver los defectos y que os impide refrenarlos debidamente, resultará en la ruina para ellos. Vuestra conducta puede dar una dirección equivocada a toda su carrera futura. Vosotros determináis para ellos lo que serán y lo que harán por Cristo, por los hombres, y por sus propias almas. Tratad honrada y fielmente con vuestros hijos. Trabajad valerosa y pacientemente. No temáis las cruces, no economicéis tiempo o trabajo, preocupaciones o sufrimientos. El futuro de vuestros hijos testificará del carácter de vuestra obra. La fidelidad a Cristo de vuestra parte puede manifestarse mejor en el carácter simétrico de vuestros hijos que en cualquiera otra forma. Son la propiedad de Cristo, comprada por él con su sangre. Si su influencia está plenamente del lado de Cristo, son 157 sus colaboradores, ayudando a otros a encontrar el camino de la vida. Si descuidáis la obra que Dios os ha dado, vuestra imprudente conducta en lo que atañe a su disciplina los coloca entre la clase que se aleja de Cristo y fortalece el reino de las tinieblas (Testimonies, tomo 5, págs. 39, 40).

Una casa limpia, pero niños no educados.

He visto a una madre cuyo ojo crítico podía advertir cualquier imperfección en el enmaderamiento de su casa, y que tenía mucho cuidado de tener su casa cabalmente limpia y ordenada a la hora precisa que había establecido, y que hacía esto frecuentemente a expensas de su salud física y espiritual, mientras les permitía a sus hijos correr en la calle y captar una educación callejera. Esos hijos crecían toscos, egoístas, rudos y desobedientes. La madre, aunque había contratado a una mucama, estaba tan preocupada de los quehaceres domésticos, que no disponía de tiempo para educar debidamente a sus hijos. Los dejaba crecer con caracteres

deformados, indisciplinados y no educados. No pudimos menos que pensar que el fino gusto de la madre no se empleaba en la dirección debida. De lo contrario, hubiera visto la necesidad de modelar la mente y los modales de sus hijos y de educarlos para que tuvieran caracteres simétricos y disposiciones agradables.
Si la madre hubiera relegado a un segundo plano aquellas cosas que reclamaban en primer término su atención, hubiera considerado la educación física, mental y moral de sus hijos de una importancia casi infinita.
Las que tienen la responsabilidad de madres deberían sentirse bajo la más solemne obligación frente a Dios y sus hijos de educarlos de tal modo que tengan disposiciones amistosas y afectuosas, y que posean principios morales puros, que sean refinados en gusto y de carácter agradable (Signs of the Times, 5-8-1875). 158
Solamente por el Espíritu de Dios.
¿Consideraremos que somos capaces de preparar nuestra vida y carácter para entrar por los portales de gloria? No podemos hacerlo. A cada momento dependemos del Espíritu de Dios que obra sobre nosotros y nuestros hijos (Manuscrito 12, 1895).
Si los padres quieren ver un estado de cosas diferente en su familia, que se consagren plenamente a Dios y el Señor proporcionará caminos y medios mediante los cuales pueda ocurrir una transformación en sus hogares (Manuscrito 151, 1897).
La parte de Dios y la vuestra.
Padres cristianos, os ruego que despertéis. . . . Si descuidáis vuestro deber y dejáis de lado vuestra responsabilidad, esperando que el Señor haga vuestra obra, quedaréis chasqueados. Cuando habéis realizado fielmente todo lo que podéis hacer, traed a vuestros hijos a Jesús; y entonces, con una fe ferviente y perseverante interceded por ellos. El Señor será vuestro ayudador; él trabajará con vuestros esfuerzos; ganaréis la victoria con su poder. . . .
Cuando los padres manifiesten tal interés por sus hijos como Dios desea que tengan, escuchará sus oraciones y trabajará con sus esfuerzos; pero Dios no se propone hacer la obra que ha encomendado a los padres (Review and Herald, 13-9-1881).
El Creador os ayudará.
Madres, recordad que en vuestro trabajo el Creador del universo os ayudará. En su poder, y mediante su nombre, podéis conducir a vuestros hijos hasta que sean vencedores. Enseñadles a volverse a Dios en busca de ayuda. Decidles que él escucha sus oraciones. Enseñadles a vencer el mal con el bien. Enseñadles a ejercer una influencia que es elevadora y ennoblecedora. Conducidlos para que se unan con Dios, y luego tendrán poder para resistir las tentaciones más fuertes. Entonces 159 recibirán la recompensa del vencedor (Id., 9-7-1901).
Vuestro compasivo Redentor os contempla con amor y simpatía, y está listo para escuchar vuestras oraciones y concederos la ayuda que necesitáis para la obra de vuestra vida. El amor, el gozo, la paz, la paciencia, la suavidad, la fe y la caridad son los elementos que constituyen el carácter cristiano. Estas preciosas gracias son los frutos del Espíritu. Son la corona y el escudo del cristiano (Pacific Health Journal, septiembre de 1890).
Una palabra de ánimo para los que han errado.
Los que han estado enseñando erróneamente a sus hijos, no necesitan desesperarse; conviértanse a Dios y busquen el verdadero espíritu de obediencia, y serán capacitados para realizar reformas cabales. Al conformar vuestras propias costumbres a los principios salvadores de la santa ley de Dios, ejerceréis una influencia sobre vuestros hijos (Signs of the Times, 17-9-1894).
Algunos hijos rehusarán obedecer el consejo de los padres.
Los padres deben hacer todo lo posible por dar a sus hijos todo privilegio e instrucción, posibles, a fin de que entreguen su corazón a Dios. Sin embargo por su conducta impía, los hijos pueden rehusar andar en la luz y perjudicar a sus padres que los aman, y cuyo corazón anhela su salvación.
Es Satanás quien tienta a los hijos a seguir una conducta pecaminosa y desobediente. . . . Si rehúsan andar en la luz, si rehúsan someter su voluntad y, su camino a Dios, y persisten en seguir una conducta pecaminosa por su impenitencia, la luz y los privilegios que han tenido, se levantarán para juzgarlos, porque no anduvieron en la luz, y no supieron a dónde iban. Satanás los está guiando, y el mundo advierte su proceder. La gente dirá: "¡Miren a esos niños! Sus padres son muy religiosos, 160 pero ellos son peores que mis hijos, y yo no profeso ser cristiano". En esta forma, los niños que reciben una buena instrucción y que no prestan atención, arrojan un baldón sobre sus padres, los deshonran y los avergüenzan ante un mundo impío. También arrojan un baldón sobre la religión de Jesucristo a causa de su conducta impía (Youth's Instructor, 10-8-1893).
Padres, ésta es vuestra obra.
Padres, vuestra obra consiste en desarrollar la paciencia, la constancia y el amor genuino en vuestros hijos. Al tratar correctamente con los hijos que Dios os ha dado, los ayudáis a colocar el fundamento para tener

caracteres puros y equilibrados. Estáis poniendo en su mente principios que un día seguirán en sus propias familias. El efecto de vuestros esfuerzos bien dirigidos se verá cuando ellos gobiernen a sus familias conforme a las ordenanzas del Señor (Review and Herald. 6-6-1899). 161

CAPÍTULO 34. Formas en las que se Arruina el Carácter

Los padres pueden sembrar la semilla de la ruina.

Los padres que siguen una conducta errónea enseñan a sus hijos lecciones que les resultarán dañosas, y también siembran espinas para sus propios pies . . . En gran medida los padres tienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les incumbe la obra importante de formar el carácter de estos hijos. Las instrucciones que les dieron en la niñez los seguirán durante toda la vida. Los padres siembran la semilla que brotará y dará fruto para bien o mal. Pueden hacer a sus hijos idóneos para la felicidad o para la desgracia (Joyas de los Testimonios, torno 1, págs. 142, 143).

Por la indulgencia o la autoridad férrea.

A menudo se accede a los caprichos de los niños desde que son pequeñitos, y así se fijan hábitos inconvenientes. Los padres han estado torciendo el vástago. Por la dirección que le den a la educación, el carácter se desarrollará deforme, o simétrico y bello. Pero al paso que muchos yerran en lo que respecta a la indulgencia, otros se van al extremo opuesto y gobiernan a sus hijos con vara de hierro. Ninguno de éstos sigue las directivas de la Biblia, sino que están haciendo una terrible obra. Están moldeando las mentes de sus niños y deben rendir cuenta en el día de Dios por la forma en que lo han hecho. La eternidad revelará los resultados de la obra realizada en esta vida (Testimonies, tomo 4, págs. 368, 369).

Por el fracaso en educar para Dios.

Los padres descuidan una solemne obligación cuando fallan en educar a sus hijos para que guarden el camino del 162 Señor y hagan lo que él ha ordenado (Manuscrito 12, 1898).

Se ha dejado que algunos [niños] obren a su antojo; otros han sido tomados en falta y desanimados. Pero se les ha manifestado poca afabilidad, poca jovialidad y pocas palabras de aprobación (Manuscrito 34, 1893).

¡Oh, si las madres tan sólo obraran con sabiduría, con serenidad y determinación, para educar y subyugar los caracteres carnales de sus hijos, cuántos pecados no serían cortados en flor, y qué cúmulo de aflicciones no se ahorraría la iglesia! . . . Muchas almas se perderán para siempre debido a la negligencia de los padres para disciplinar correctamente a sus hijos y enseñarles sumisión a la autoridad en su juventud. El pasar por alto las faltas y suavizar los estallidos de violencia no está poniendo el hacha a la raíz del mal, sino que evidencia la ruina de miles de almas. ¡Oh, cómo responderán los padres a Dios por su horrenda negligencia hacia su deber! (Testimonies, tomo 4, págs. 92, 93).

Por la negligencia que juguetea con el pecado.

Los niños necesitan cuidado vigilante y orientación como nunca antes, porque Satanás está esforzándose por obtener el control de sus mentes y corazones y arrojar fuera el Espíritu de Dios. El horrendo estado de la juventud de este tiempo constituye una de las señales más poderosas de que estamos viviendo en los últimos días, pero la ruina de muchos puede ser rastreada directamente hasta la equivocada conducción de sus padres. El espíritu de murmuración contra el reproche ha estado echando raíces y está dando sus frutos de insubordinación. Al paso que los padres no están conformes con el carácter que sus hijos están desarrollando, no atinan a ver los errores que cometen ellos en lo que hacen. . . . 163

Dios condena la negligencia que coquetea con la transgresión y el pecado, y la insensibilidad tardía para detectar su maligna presencia en las familias de los profesos cristianos (Id., págs. 199, 200).

Por la falta de sujeción.

A causa de que [los padres] no restringen y orientan debidamente a sus hijos, miles están desarrollando caracteres deformes, con una moral relajada y con poca preparación en los deberes prácticos de la vida. Se les permite que obren a su arbitrio con sus impulsos, su tiempo y sus facultades mentales. La pérdida que esos talentos descuidados significa para la causa de Dios está a la puerta de los padres y madres; y, ¿qué excusa presentarán al Señor cuyos mayordomos son y a quienes se les ha confiado el sagrado deber de preparar las almas a su cargo para desarrollar todas sus facultades para la gloria de su Creador? (Id., tomo 5, pág. 326).

Los padres pensaron que amaban a sus hijos, pero han demostrado por sí mismos que son sus peores enemigos. Han permitido que el mal cundiera sin restricciones. Han permitido que sus hijos acaricien el pecado, que es como acariciar y mimar a una serpiente, que no sólo pica a la víctima que la acaricia, sino a todos los que se relacionan con ella (Fundamentals of Christian Education, págs. 52, 53).

Por pasar por alto errores clamorosos.

En vez de unirse con los que llevan las cargas para elevar las normas de moral y trabajar de corazón y alma en el temor de Dios para corregir los defectos de sus hijos, muchos padres acallan su propia conciencia diciendo:

"Mis hijos no son peores que otros". Tratan de ocultar los errores clamorosos que Dios odia para que sus hijos no se ofendan y no emprendan algún curso de acción desesperado. Si el espíritu de rebelión está en su corazón, es mucho mejor 164
dominarlo ahora que permitir que aumente y se fortalezca por la complacencia. Si los padres cumplieran con su deber, veríamos un diferente estado de cosas. Muchos de esos padres han apostatado de Dios. No tienen sabiduría de lo alto para percibir los engaños de Satanás y resistir sus trampas (Testimonies, tomo 4, págs. 650, 651).

Por mimar y complacer a los hijos.

Con frecuencia los padres miman y complacen a sus hijos menores porque parece más fácil manejarlos en esa forma. Es más suave permitir que hagan lo que les plazca antes que reprimir las inclinaciones levantiscas que surgen muy fuertemente en su pecho. Sin embargo, este proceder es cobardía. Es algo impío eludir así la responsabilidad, pues vendrá el tiempo cuando esos niños cuyas inclinaciones no dominadas se han fortalecido hasta llegar a ser vicios absolutos, traerán reproche y desgracia sobre sí mismos y sobre sus familias. Entran en las ocupaciones de la vida sin estar preparados para sus tentaciones. No son lo suficientemente fuertes para soportar perplejidades y pruebas; apasionados, despóticos, indisciplinados, tratan de que otros se dobleguen a su voluntad, y al fracasar en esto, se consideran a sí mismos maltratados por el mundo y se vuelven contra él (Id., pág. 201).

Por sembrar semillas de vanidad.

Doquiera vayamos, veremos a niños complacidos, mimados y alabados sin discreción. Esto tiende a hacerlos vanos, osados y presumidos. Las semillas de vanidad son sembradas fácilmente en el corazón humano por padres y tutores poco juiciosos, que alaban y consienten a los jóvenes que están bajo su cuidado sin pensar en el futuro. El capricho y el orgullo son males que convirtieron a los ángeles en demonios y les cerraron las puertas del cielo. Y, sin embargo, inconscientemente hay padres que sistemáticamente 165 preparan a sus hijos para que sean agentes de Satanás (Pacific Health Journal, enero de 1890).

Por hacerse esclavos de los adolescentes.

Cuántos padres agotados por el trabajo y sobrecargados se han convertido en esclavos de sus hijos mientras que, en armonía con su educación y preparación, los hijos viven para complacerse, divertirse y glorificarse a sí mismos. Los padres siembran la semilla en el corazón de sus hijos, y ésta dará una cosecha que no se atreven a recoger. Con esta preparación, a la edad de diez, doce o dieciséis años, los hijos piensan que son muy sabios, se imaginan que son prodigios, y se consideran a sí mismos como demasiado conocedores para estar sometidos a sus padres y demasiado encumbrados para doblegarse a los deberes de la vida de todos los días. El amor al placer rige su mente y el egoísmo, el orgullo y la rebelión producen amargos resultados en su vida. Aceptan las insinuaciones de Satanás y cultivan una ambición malsana para impresionar en el mundo (Youth's Instructor, 20-7-1893).

Por un amor y simpatía descarriados.

Los padres pueden prodigar su afecto a sus hijos a expensas de la obediencia a la santa ley de Dios. Guiados por ese afecto, desobedecen a Dios permitiendo que sus hijos pongan en práctica impulsos equivocados y retienen la instrucción y disciplina que Dios les ha ordenado darles. Cuando los padres desobedecen así las órdenes de Dios, ponen en peligro su propia alma y las de sus hijos (Review and Herald, 6-4-1897).

La debilidad para demandar obediencia y el falso amor y simpatía, el falso concepto de que es sabio consentir y no reprimir, constituyen un sistema de educación que aflige a los ángeles, pero deleita a Satanás porque atrae a centenares y millares de niños a sus filas. Por eso él ciega los ojos de los padres, nubla sus facultades y confunde su mente. Ven 166 que sus hijos e hijas no son agradables, simpáticos, obedientes ni cuidadosos; sin embargo [a pesar de esa complacencia paternal], los hijos crecen en el hogar, para envenenar su vida, [de los padres] llenar su corazón de aflicción, y se añaden al número que Satanás usa para atraer almas a la destrucción (Testimonies. tomo 5, pág. 324).

Por no requerir obediencia.

Si hay hijos ingratos que son alimentados y vestidos y se les permite continuar sin ser corregidos, se hacen más osados para proseguir en el camino del mal. Y puesto que sus padres o tutores los miman así y no demandan obediencia, son participantes con ellos en sus hechos impíos. Tales hijos bien podrían estar con los perversos, cuyo inicuo proceder eligen seguir, en vez de quedar en hogares cristianos para envenenar a otros. En este siglo de impiedad, cada cristiano debiera mantenerse firme en la condenación de las malas y satánicas acciones de los hijos extraviados. Los jóvenes malos no deben ser tratados como si fuesen bondadosos y obedientes, sino como disturbadores de la paz y corruptores de sus compañeros (Manuscrito 119, 1901).

Por permitir que los hijos sigan su propia voluntad.

La influencia que prevalece en la sociedad favorece el dejarles seguir [a los jóvenes] la inclinación natural de sus propias mentes (Mensajes para los Jóvenes, pág. 372).
Piensan [los padres] que satisfaciendo los deseos de sus hijos y dejándoles seguir sus inclinaciones, obtendrán su amor. ¡Qué error! Los niños así consentidos se crían sin ver restringidos sus deseos, sin saber dominar sus disposiciones y se vuelven egoístas, exigentes e intolerantes; serán una maldición para sí mismos y para cuantos los rodeen (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 143). 167
Por tolerar actitudes equivocadas.
Las lecciones de la niñez, buenas o malas, no se aprenden en vano. El carácter se desarrolla en la juventud para bien o para mal. En el hogar pueden existir lisonjas y falsa alabanza; en el mundo cada uno se sostiene por sus propios méritos. Los mimados, ante quienes se ha doblegado toda autoridad en el hogar, están allí sometidos diariamente a mortificaciones al verse obligados a someterse a otros. Aun muchos entonces aprenden cuál es su verdadero lugar mediante esas lecciones prácticas de la vida, Mediante reproches, chascos y el lenguaje claro de sus superiores, con frecuencia encuentran su verdadero nivel y al ser humillados comprenden y aceptan su lugar debido. Pero ésta es una prueba severa e innecesaria y podría haber sido evitada con la debida educación en su juventud.
La mayoría de esos indisciplinados va por la vida a contrapelo con el mundo, fracasando donde deberían haber tenido éxito. Crecen sintiendo que el mundo les tiene envidia porque no los alaba ni los acaricia, y ellos se vengan teniendo inquina al mundo y despreciándolo. Las circunstancias a veces los obligan a simular una humildad que no sienten, pero esto no les da una gracia natural y su verdadero carácter se manifestará más tarde o más temprano. . . .
¿Por qué educarán los padres a sus hijos de tal manera que estén en guerra con aquellos con quienes se relacionan? (Testimonies, tomo 4, págs. 201, 202).
Por educarlos como demasiado adictos a las normas sociales.
Los hijos no han de ser educados para pertenecer exclusivamente a la sociedad. No han de ser sacrificados a Moloc, sino que deben llegar a ser miembros de la familia del Señor. Los padres deben estar henchidos de la compasión de Cristo para que puedan trabajar por la salvación de las 168 almas que están bajo su influencia. No deben permitir que su mente esté enfrascada en las modas y prácticas del mundo. No han de educar a sus hijos para que asistan a fiestas, conciertos y bailes, que propicien y asistan a festejos, porque éstos son los usos de las gentes (Review and Herald, 13-3-1894).
Por permitir la búsqueda egoísta de la felicidad.
Hay muchos jóvenes que podrían haber sido una bendición para la sociedad y un honor para la causa de Dios, si hubiesen comenzado en la vida con ideas correctas en cuanto a lo que constituye el éxito. Pero en vez de estar dominados por la razón y los principios, fueron educados para entregarse a inclinaciones descarriadas y procuraron únicamente complacerse a sí mismos mediante placeres egoístas, pensando obtener así la felicidad. Pero no lograron su propósito, pues buscar la felicidad en el sendero del egoísmo no traerá sino desgracia. Son inútiles en la sociedad, inútiles en la causa de Dios. Sus perspectivas tanto para este mundo como para el venidero son sumamente desanimadoras, pues por el amor egoísta del placer pierden tanto este mundo como el venidero (Youth's Instructor, 20-7-1893).
Por falta de piedad en el hogar.
En los hogares profesamente cristianos, donde los padres y madres debieran ser estudiantes diligentes de las Escrituras, a fin de que pudieran conocer cada especificación y restricción de la Palabra de Dios, hay un descuido manifiesto de seguir la instrucción de la Palabra y de criar a los hijos en la educación y admonición del Señor. Algunos padres profesamente cristianos no practican la piedad en el hogar. ¿Cómo pueden representar el carácter de Cristo en la vida del hogar los padres y madres que se conforman con alcanzar una norma baja y barata? El sello del Dios viviente únicamente será colocado en los que manifiestan 169 semejanza con el carácter de Cristo (Review and Herald, 21-5-1895).
Si los padres fueran obedientes a Dios.
El Señor no justificará el mal gobierno de los padres. Hoy día centenares de hijos hinchen las filas del enemigo, viviendo y obrando apartados de los propósitos de Dios. Son desobedientes, ingratos, no son santos; pero el pecado yace a la puerta de sus padres. Padres cristianos, millares de hijos perecen en sus pecados debido al fracaso de sus padres en el sabio manejo del hogar. Si los padres fueran obedientes al Jefe invisible de los ejércitos de Israel, cuya gloria estuvo oculta en la columna de nube, la desgraciada condición que ahora existe en tantas familias no se vería (Id., 6-6-1899). 170
CAPÍTULO 35. Cómo Pueden los Padres Edificar Caracteres Firmes
Conságresele el mejor tiempo y pensamiento.

Los padres reciben al hijo como a un ser desvalido; no sabe nada y ha de enseñársele que ame a Dios, ha de ser criado en la instrucción y admonición del Señor. Ha de ser conformado de acuerdo con el modelo divino. Cuando los padres vean la importancia de la obra de educar a sus hijos, cuando vean que implica intereses eternos, sentirán que deben dedicar su mejor tiempo y pensamiento a esta obra (Signs of the Times, 16-3-1891).

Entiéndanse los principios implicados.

Las lecciones aprendidas, los hábitos adquiridos durante los años de la infancia y de la niñez, influyen en la formación del carácter y la dirección de la vida mucho más que todas las instrucciones y que toda la educación de los años subsiguientes.

Los padres deben considerar esto. Deben comprender los principios que constituyen la base del cuidado y de la educación de los hijos. Deben ser capaces de criarlos con buena salud física, mental y moral (El Ministerio de Curación, pág. 294).

Rehuid la superficialidad.

Vivimos en un siglo cuando casi todo es superficial. No hay sino poca estabilidad y firmeza de carácter debido a que la instrucción y educación de los niños es superficial desde la cuna. Su carácter se construye sobre arena escurridiza. La abnegación y el dominio propio no han modelado sus caracteres. Han sido engreídos y complacidos hasta que se los echó a perder para la vida práctica. El amor del placer rige su mente y los hijos son lisonjeados y se los complace para su ruina (Health Reformer, diciembre de 1872). 171

Fortalézcanse a los hijos por medio de la oración y la fe.

Habéis traído hijos al mundo sin que ellos tuvieran participación en el hecho de existir. Os habéis hecho responsables en gran medida de su felicidad futura, su bienestar eterno. La responsabilidad descansa sobre vosotros, ya sea que lo comprendáis o no, de preparar a esos hijos para Dios: de velar con celoso cuidado la primera aproximación del astuto enemigo y estar preparados para levantar una norma contra él. Edificad una fortaleza de oración y fe en torno de vuestros hijos y ejerced en ella diligente vigilancia. No estáis seguros un momento contra los ataques de Satanás. No tenéis tiempo para descansar de la labor vigilante y ferviente. No debéis dormir un momento en vuestro puesto. Esta es una contienda importantísima. Están implicadas consecuencias eternas. Se trata de vida o muerte para vosotros y vuestra familia (Testimonies, tomo 2, págs. 397, 398).

Tomad una actitud firme y decidida.

Los padres confían generalmente demasiado en sus hijos; y sucede con frecuencia que, cuando los padres confían en ellos, estos hijos están sumidos en iniquidad oculta. Padres, velad sobre vuestros hijos con cuidado celoso. Exhortadlos, reprendedlos, aconsejadlos cuando os levantáis y cuando os sentáis; cuando salís y cuando entráis; "mandamiento tras mandamiento, . . . línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá" (Isa. 28: 10). Subyugad a vuestros hijos cuando son jóvenes. Muchos padres descuidan esto lamentablemente. No asumen una actitud tan firme y decidida como debieran asumirla con respecto a sus hijos (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 49).

Sembrad pacientemente la preciosa semilla.

"Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Padres, vuestra obra es ganar la confianza de vuestros 172 hijos y sembrar con amor la preciosa semilla. Haced vuestra obra con contentamiento, sin quejaros nunca de las penalidades, del cuidado y del esfuerzo. Si mediante esfuerzos pacientes, bondadosos y semejantes a los de Cristo podéis presentar un alma perfecta en Cristo Jesús, vuestra vida no habrá sido en vano. Mantened vuestra propia alma llena de esperanza y paciencia. No se vea el desánimo en vuestros rasgos o actitud. Tenéis en vuestras manos la formación de un ser que, mediante la ayuda de Dios, podrá trabajar en la viña del Maestro y ganará muchas almas para Jesús. Animad siempre a vuestros hijos a que alcancen una elevada norma en todos sus hábitos y tendencias. Sed pacientes con sus imperfecciones, así como Dios es paciente con vosotros en vuestras imperfecciones, soportándoos, velando sobre vosotros, para que podáis dar fruto para su gloria. Animad a vuestros hijos a fin de que se esfuercen en añadir a sus logros las virtudes que les faltan (Manuscrito 136, 1898).

Enseñad sumisión a la ley.

Padres y madres, sed razonables. Enseñad a vuestros hijos que deben estar subordinados a la ley (Manuscrito 49, 1901).

No significa misericordia ni bondad el permitir que un niño haga lo que quiera, el someterse a su capricho y descuidar la corrección argumentando que lo amáis demasiado para castigarlo. ¿Qué clase de amor es el que permite que vuestro hijo desarrolle rasgos de carácter que lo harán sufrir a él y a otros? ¡Perezca tal amor! El verdadero amor velará por el bien presente y eterno del alma (Review and Herald, 16-7-1895).

¿Qué derecho tienen los padres de traer hijos al mundo para descuidarlos y dejar que crezcan sin cultura y preparación cristiana? Los padres debieran ser responsables. Enseñadles dominio propio; enseñadles 173 que han de ser dirigidos y no están para dirigir (Manuscrito 9, 1893).
Coordinad lo físico, mental y espiritual.
Las facultades físicas, mentales y espirituales debieran desarrollarse de modo que formen un carácter debidamente equilibrado. Los hijos debieran ser vigilados, custodiados y disciplinados a fin de lograr esto con todo éxito (Testimonies, tomo 4, págs. 197, 198).
La constitución física de Jesús, tanto como su desarrollo espiritual se presentan delante de nosotros con estas palabras "El niño crecía" y "crecía . . . en estatura". Durante la niñez y la juventud debiera prestarse atención al desarrollo físico. Los padres debieran educar a sus hijos de tal forma en buenos hábitos de comida y bebida, de vestido y ejercicio, que pueda establecerse un sólido fundamento para la buena salud en los años venideros. El organismo debiera cuidarse de un modo especial a fin de que no se empequeñezcan las facultades físicas, sino que se desarrollen plenamente. Esto coloca a los niños y jóvenes en una posición favorable, de modo que, a semejanza de Cristo y con la debida educación religiosa, puedan crecer fuertes en espíritu (Youth's Instructor, 27-7-1893).
La salud se relaciona con el intelecto y la moral.
A fin de despertar la sensibilidad moral de vuestros hijos a las demandas que Dios les hace, debéis imprimir en su mente y corazón la forma de obedecer las leyes de Dios en la estructura física de ellos; pues la salud tiene mucho que ver con su intelecto y su moral. Si gozan de salud y pureza de corazón, están mejor preparados para vivir y ser una bendición para el mundo. Equilibrar su mente en la dirección adecuada y en el momento adecuado es una obra importantísima, pues muchísimo depende de una decisión hecha en el momento crítico. 174
Cuán importante es pues que la mente de los Padres esté libre en todo lo posible de la perplejidad y el cuidado anheloso de cosas innecesarias, para que puedan pensar y actuar con consideración tranquila, sabiduría y amor, haciendo de la salud física y moral de sus hijos el primero y más elevado objetivo (Health Reformer, diciembre de 1872).
Los padres se preguntan por qué sus hijos son mucho más difíciles de encauzar de lo que ellos fueron, cuando en la mayoría de los casos su propia dirección criminal los ha hecho así. La clase de alimento que ponen sobre la mesa y que instan a sus hijos a que coman, continuamente está excitando sus pasiones animales y debilitando las facultades morales e intelectuales (Pacific Health Journal, octubre de 1897).
El alimento puro es esencial para la mente.
Educad las facultades y gustos de vuestros seres amados; procurad que su mente esté ocupada de antemano de modo que no haya lugar para pensamientos o complacencias de carácter bajo y degradante. La gracia de Cristo es el único antídoto o preventivo del mal. Si lo queréis, podéis elegir que la mente de vuestros hijos esté ocupada con pensamientos puros y límpidos o con los males que existen por doquiera: orgullo y olvido de su Redentor. La mente, a semejanza del cuerpo, necesita de alimento puro a fin de disfrutar de salud y fortaleza. Dad a vuestros hijos algo para pensar que esté fuera de ellos y por encima de ellos. La mente que vive en una atmósfera pura y santa no llegará a ser trivial, frívola, vana y egoísta (Carta 27, 1890).
Vivimos en un tiempo cuando todo lo que es falso y superficial se exalta por encima de lo real, lo natural y lo duradero. La mente debe estar exenta de todo lo que la lleve en una dirección equivocada. No debiera ser sobrecargada con relatos baladíes 175 que no añaden fortaleza a las facultades mentales. Los pensamientos serán del mismo carácter del alimento que se proporciona a la mente (Testimonies, tomo 5, pág. 544).
No es suficiente un intelecto brillante.
Quizá os complazca el intelecto brillante de vuestro hijo, pero a menos que esté dominado por un corazón santificado, obrará en dirección opuesta a Dios. Solamente la comprensión cabal de las demandas de Dios sobre nosotros nos puede dar la debida estabilidad de carácter, agudeza mental y profundidad de entendimiento esenciales para el éxito, tanto en este mundo como en el venidero (Review and Herald, 23-4-1889).
Tened propósitos elevados en el desarrollo del carácter.
Si enseñamos a nuestros hijos que sean laboriosos, se habrá vencido la mitad del peligro, pues la ociosidad acarrea toda suerte de tentaciones al pecado. Eduquemos a nuestros hijos para que sean sencillos en sus maneras sin ser osados, que sean benévolos y abnegados sin ser derrochadores, que sean económicos sin convertirse en avaros. Y por encima de todo, enseñémosles las demandas que Dios tiene sobre ellos, que es su deber practicar la religión en todo aspecto de la vida, que debieran amar a Dios por sobre todas las cosas, y

amar a sus prójimos sin descuidar las pequeñas cortesías de la vida que son esenciales para la felicidad (Pacific Health Journal, mayo de 1890).
Orad en procura de sabiduría celestial.
Los padres debieran reflexionar y orar fervientemente a Dios en procura de sabiduría y ayuda divinas para educar debidamente a sus hijos a fin de que desarrollen caracteres que aprobará Dios. No debieran preocuparse por la forma de educar a sus hijos para que sean alabados y honrados por el mundo, sino por la forma en que puedan educarlos para formar 176 caracteres bellos que Dios pueda aprobar. Se necesitan mucha oración y mucho estudio en procura de sabiduría celestial para conocer cómo tratar con las mentes juveniles, pues muchísimo depende de la dirección que los padres den a la mente y a la voluntad de sus hijos (Health Reformer, diciembre de 1872).
Debe impartirse dirección moral y espiritual.
Los padres deben ser impresionados con su obligación de dar al mundo hijos que tengan caracteres bien desarrollados; hijos que tengan poder moral para resistir a la tentación y cuya vida sea un honor para Dios y una bendición para sus prójimos. Los que entren en la vida activa con principios firmes, estarán preparados para mantenerse límpidos en medio de la corrupción moral de este siglo corrupto (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 75).
Enseñad a los niños que elijan por sí mismos.
Enséñese a los jóvenes y niños a escoger para sí la vestidura real tejida en el telar del cielo, el "lino fino blanco. . . . y puro" (Apoc. 19: 8) que usarán todos los santos de la tierra. Se ofrece gratuitamente a todo ser humano esta vestidura, el carácter inmaculado de Cristo. Pero todos los que la reciban la han de recibir y usar aquí.
Enséñese a los niños que, al abrir su mente a los pensamientos de pureza y amor, y ejecutar acciones útiles y amables, se visten con la hermosa vestidura del carácter de Cristo. Este traje los hará hermosos y amados aquí, y más adelante será su título de admisión al palacio del Rey (La Educación, pág. 243). 177
SECCION IX - ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA EDIFICACIÓN DEL CARÁCTER
CAPÍTULO 36. Ventajas de los Primeros Años
La tierna niñez es el período más importante.
No se puede exagerar la importancia de la educación precoz de los niños. Las lecciones que aprende el niño en los primeros siete años de vida tienen más que ver con la formación de su carácter que todo lo que aprende en los años futuros (Manuscrito 2, 1903).
Desde la niñez, ha de moderarse y formarse el carácter del niño de acuerdo con el plan divino. Han de instilarse las virtudes en su mente abierta (Signs of the Times, 25-9-1901).
La obra de los padres debe comenzar cuando su hijo está en la infancia, para que pueda recibir las correctas impresiones en su carácter antes de que el mundo coloque su sello sobre la mente y el corazón (Review and Herald, 30-8-1881).
La edad más impresionable.
Durante los primeros años de la vida de un niño, su mente es más susceptible a las impresiones buenas o malas. Durante esos años hace progreso decidido en la buena dirección o en la mala. Por un lado, se puede obtener mucha información sin valor; por otro lado, mucho conocimiento sólido y valioso. La fuerza del intelecto, el conocimiento sólido, son posesiones que no puede comprar el oro de Ophir. Su precio supera al 178 del oro o de la plata (Consejos para los Maestros, pág. 102).
Rara vez se olvidan las primeras impresiones.
Las criaturas, niños y jóvenes no debieran oír una palabra impaciente del padre, la madre o cualquier miembro de la familia; porque reciben impresiones muy precoces en la vida y lo que los padres los hacen hoy, ellos serán mañana, y al día siguiente y al siguiente. Rara vez se olvidan las lecciones impresas en la mente del niño. . . .
Las impresiones dejadas precozmente en el corazón se ven en los años siguientes. Quizá queden sepultadas, pero rara vez son raídas (Manuscrito 57, 1897).
El fundamento se coloca en los primeros tres años.
Madres, estad seguras de que disciplináis debidamente a vuestros hijos durante los primeros tres años de su vida. No les permitáis que formen sus deseos y apetencias. La madre debe ser la mente para su hijo. Los primeros tres años son el tiempo cuando se dobla la diminuta rama. Las madres debieran entender la importancia que existe en ese período. Entonces es cuando se establece el fundamento.
Si esas primeras lecciones han sido defectuosas, como sucede a menudo, por amor a Cristo, por amor al bien futuro y eterno de vuestros hijos, procurad reparar el daño que habéis hecho. Si habéis esperado hasta que

vuestros hijos tuvieron tres años para comenzar a enseñarles dominio propio y obediencia, procurad hacerlo ahora, aunque será mucho más duro (Manuscrito 64, 1899).
No es tan difícil como se supone generalmente.
Mucho de la ansiedad y dolores de los padres podría haberse ahorrado, si se hubiera enseñado a los niños desde su cuna que su voluntad no podía constituirse en ley y se podían complacer continuamente sus caprichos. No es tan difícil, como se supone generalmente, 179 enseñar a los niñitos que sofoquen sus estallidos de mal genio y sometan sus accesos de pasión (Pacific Health Journal, abril de 1890).
No pospongáis esta obra.
Muchos descuidan su deber durante los primeros años de la vida de éstos [de sus hijos], pensando que cuando lleguen a ser mayores tendrán entonces mucho cuidado para reprimir lo malo y educarlos en lo bueno. Pero la época en que deben llevar a cabo esta obra es cuando los niños son tiernos lactantes en sus brazos. No es correcto que, los padres mimen y echen a perder a sus hijos; ni tampoco es correcto que los maltraten. Una conducta firme, decidida y recta producirá los mejores resultados (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 513).
Cuando he llamado la atención a los padres por los hábitos erróneos que han fomentado en sus tiernos hijos, algunos padres han manifestado completa indiferencia; otros me han dicho con una sonrisa: "¡Mis queridos hijitos! No puedo soportar la idea de hacerles reproches en ninguna forma. Ya se mejorarán con la edad. Entonces se avergonzarán de sus estallidos de mal genio. No es lo mejor ser demasiado exigente y estricto con los pequeños. Ellos superarán los hábitos de mentir, engañar y ser insolentes y egoístas". Por cierto, ésta es una forma de encarar el asunto muy fácil para las madres, pero no corresponde con la voluntad de Dios (Manuscrito 43, 1900).
Desbaratad los esfuerzos de Satanás para apoderarse de los pequeños.
Padres, por regla general, fracasáis en comenzar precozmente vuestra obra. Permitís que Satanás ocupe de antemano el terreno del corazón sembrando las primeras semillas (Review and Herald, 14-4-1885).
Tenéis una obra que hacer para que Satanás no se posesione de vuestros hijos y os los arrebate antes 180 de que hayan salido de vuestros brazos. Madres, debéis ocuparos de que los poderes de las tinieblas no gobiernen a vuestros pequeños. Debéis determinaros para que el enemigo no levante su estandarte de tinieblas en vuestro hogar (Signs of the Times, 22-7-1889).
Preparación también para la vida práctica.
No hay sino unos pocos que emplean tiempo para considerar cuidadosamente que cierto conocimiento, tanto de las cosas temporales como eternas, puede ser obtenido por sus hijos durante sus primeros doce o quince años. En los primeros años de la vida, los hijos no sólo debieran obtener conocimiento de los libros, sino que debieran aprender las artes esenciales de la vida práctica; esto último no debiera impedir lo primero (Manuscrito 43, 1900).
La herencia de Napoleón.
El carácter de Napoleón Bonaparte recibió una gran influencia por su educación infantil. Algunos instructores desacertados inspiraron en él el amor a la conquista formando ejércitos simulados de los cuáles él era el comandante. Así se estableció el fundamento de su carrera de lucha y efusión de sangre. Si el mismo cuidado y esfuerzo se hubieran empleado para hacer de él un buen hombre, infundiendo en su joven corazón el espíritu del Evangelio, cuán ampliamente diferente habría sido su historia (Signs of the Times, 11-10-1910).
Hume y Voltaire.
* Se dice que el escéptico Hume fue un concienzudo creyente de la Palabra de Dios en sus primeros años. Pertenecía a una 181 sociedad de debates, y allí se lo nombró para que presentara argumentos a favor de la incredulidad. Estudió con fervor y perseverancia, y su aguda y activa mente quedó impregnada con la sofistería del escepticismo. Antes de mucho, llegó al punto de creer sus enseñanzas engañosas, y toda su vida posterior llevó el oscuro sello de la incredulidad.
Cuando Voltaire tenía cinco años de edad, aprendió de memoria un poema de incredulidad, y su perniciosa influencia nunca se disipó de su mente. Llegó a ser uno de los más efectivos agentes de Satanás para apartar a los hombres de Dios. Millares se levantarán en el juicio y culparán al incrédulo Voltaire por la ruina de su alma.
Cada joven determina la historia de su vida por los pensamientos y sentimientos acariciados en sus primeros años. Los hábitos correctos, virtuosos y viriles, formados en la juventud, se convertirán en parte del carácter y, por regla general, señalarán el curso del individuo por toda la vida. Los jóvenes pueden convertirse en depravados o virtuosos a elección propia. Tanto pueden llegar a distinguirse por hechos dignos y nobles como por grandes crímenes y maldad (Ibid.).

La recompensa de Ana.
A cada madre se confían oportunidades de valor inestimable e intereses infinitamente preciosos. Durante los tres primeros años de la vida del profeta Samuel, su madre lo enseñó cuidadosamente a distinguir entre el bien y el mal. Usando cada objeto familiar que lo rodeaba, procuró dirigir sus pensamientos hacia el Creador. En cumplimiento de su voto de entregar su hijo al Señor, con gran abnegación lo colocó bajo el cuidado de Elí, el sumo sacerdote, para ser preparado para el servicio en la casa de Dios. . . . Su primera educación lo indujo a mantener su integridad cristiana. ¡Qué recompensa recibió Ana! ¡Y qué estímulo a la 182 fidelidad es su ejemplo! (Review and Herald, 8-9-1904).
Cómo fue protegida la mente de José.
Las lecciones que dio Jacob a José, en su juventud, al expresar su firme confianza en Dios y relatarle vez tras vez las preciosas evidencias de la amante bondad de Dios e incesante cuidado, fueron precisamente las lecciones que necesitó en su destierro entre un pueblo idólatra. Usó prácticamente esas lecciones en tiempo de prueba. Estando en la más difícil prueba, acudió a su Padre celestial en quien había aprendido a confiar. Si los preceptos y ejemplo del padre de José hubieran sido de un carácter opuesto, la pluma de la inspiración nunca hubiera trazado en las páginas de la historia sagrada el relato de integridad y virtud que reluce en el carácter de José. Las primeras impresiones efectuadas en su mente protegieron su corazón en la hora de la tremenda tentación y lo indujeron a exclamar: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?" (Good Health, enero de 1880).
El fruto de una educación sabia.
Es un hecho triste que cualquier debilidad e indecisión de parte de la madre son prestamente advertidas por los hijos, y el tentador entonces trabaja en sus mentes induciéndolos a persistir en sus inclinaciones. Si los padres cultivaran las cualidades que es necesario que empleen en la debida preparación de sus hijos, si colocaran claramente delante de ellos las reglas que deben seguir, y no permitieran que se quebrantaran esas reglas, el Señor cooperaría con ellos y bendeciría tanto a padres como a hijos (Manuscrito 133, 1898).
Desde una edad muy tierna, los niños están al alcance de influencias desmoralizadoras, pero los padres que profesan ser cristianos no parecen discernir el mal de su propio proceder. ¡Ojalá comprendieran 183 que la influencia que se ejerce sobre un niño en sus más tiernos años imprime una tendencia a su carácter y modela su destino para la vida eterna o la muerte eterna! Los niños reciben las impresiones morales y espirituales, y los que son sabiamente educados en la niñez quizá yerren a veces, pero no irán lejos en su descarrío (Signs of the Times, 16-4-1896). 184
CAPÍTULO 37. El Poder del Hábito
Cómo se establecen los hábitos.
Cualquier acto, bueno o malo, no forma el carácter; pero los pensamientos y sentimientos acariciados preparan el camino para los actos y hechos de la misma clase (Youth's Instructor, 15-12-1886).
Por la repetición de los actos se establecen los hábitos y se confirma el carácter (Signs of the Times, 6-8-1912).
El tiempo para establecer buenos hábitos.
En gran medida, el carácter se forma en los primeros años de la vida. Los hábitos que entonces se establecen tienen más influencia que cualquier don natural para que los hombres se conviertan en gigantes o enanos intelectualmente, pues por el mal uso de los hábitos, los mejores talentos pueden torcerse y debilitarse. Mientras más precozmente se practiquen hábitos dañinos, más firmemente sujetarán a su víctima en la esclavitud, y más ciertamente rebajarán su norma de espiritualidad. Por otro lado, si se forman hábitos correctos y virtuosos durante la juventud, por regla general determinarán el proceder de su dueño durante la vida. En la mayoría de los casos, se encontrará que los que en los años maduros de la vida reverencian a Dios y honran lo recto, aprendieron esa lección antes de que hubiera tiempo para que el mundo sellara su imagen de pecado en el alma. Las personas de edad madura, por regla general, son tan insensibles a las nuevas impresiones como lo es la roca endurecida, pero la juventud es impresionable (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 45).
Los hábitos se pueden modificar, pero rara vez se cambian.
Lo que el niño ve y oye está trazando profundas líneas en la tierna mente, que ninguna 185 circunstancia posterior de la vida podrá borrar del todo. Entonces el intelecto está tomando forma y los afectos están recibiendo dirección y fortaleza. Los actos repetidos en cierto sentido se convierten en hábitos. Estos se pueden modificar mediante una severa educación, en la vida posterior, pero rara vez se cambian (Good Heatlh, enero de 1880).

Una vez que se ha formado un hábito, se impresiona más y más firmemente en el carácter. El intelecto recibe continuamente su molde por las oportunidades y ventajas mal o bien aprovechadas. Día tras día formamos caracteres que colocan a los estudiantes, como soldados bien disciplinados, bajo el estandarte del príncipe Emanuel, o como rebeldes bajo el estandarte del príncipe de las tinieblas. ¿Cuál será? (Manuscrito 69, 1897).

El esfuerzo perseverante es necesario.

Lo que nos atrevimos a hacer una vez, estamos más inclinados a hacer otra vez. Los hábitos de sobriedad, dominio propio, economía, celosa aplicación, de conversaciones sanas y sensatas, de paciencia y verdadera cortesía, no se ganan sin una diligente y celosa vigilancia del yo. Es mucho más fácil desmolarizarse y depravarse que vencer los defectos, mantener el dominio propio y cultivar las verdaderas virtudes. Se requerirán esfuerzos perseverantes, si se quiere que alguna vez se perfeccionen las gracias cristianas en nuestra vida (Testimonies, tomo 4, pág. 452).

Los niños corrompidos ponen en peligro a otros.

Los padres temerosos de Dios deliberarán y harán planes para decidir la forma de educar a sus hijos dentro de buenos hábitos. Elegirán compañeros para sus hijos, en vez de permitirles que, en su inexperiencia, los elijan por sí mismos (Review and Herald, 24-6-1890).

Los hijos formarán hábitos erróneos, si en su temprana niñez no son paciente y perseverantemente 186 educados en la debida forma. Esos hábitos se desarrollarán en su vida futura y corromperán a otros. Aquellos cuya mente ha recibido un molde indigno, que se ha deteriorado por erróneas influencias del hogar, por prácticas engañosas, llevan consigo sus hábitos erróneos durante toda la vida. Si hacen una profesión de religión, esos hábitos se revelarán en su vida religiosa (Review and Herald. 30-3-1897).

El rey Saúl es un triste ejemplo.

La historia del primer rey de Israel representa un triste ejemplo del poder de los malos hábitos adquiridos durante la primera parte de la vida. En su juventud, Saúl no había amado ni temido a Dios; y su espíritu impetuoso, que no había aprendido a someterse en temprana edad, estaba siempre dispuesto a rebelarse contra la autoridad divina. Los que en su juventud manifiestan una sagrada consideración por la voluntad de Dios y cumplen fielmente los deberes de su cargo, quedarán preparados para los servicios más elevados de la otra vida. Pero los hombres no pueden pervertir durante años las facultades que Dios les ha dado y luego, cuando decidan cambiar de conducta, encontrar estas facultades frescas y libres para seguir un camino opuesto (Patriarcas y Profetas, pág. 674).

Un niño puede recibir sana instrucción religiosa, pero si los padres, los maestros o los tutores permiten que su carácter se tuerza debido a un mal hábito, ese hábito, si no es vencido, se convertirá en un poder predominante, y el niño está perdido (Testimonies, tomo 5, pág. 53).

Las acciones pequeñas son importantes.

Todo curso de acción tiene un doble carácter e importancia. Es virtuoso o malo, correcto o erróneo, de acuerdo con el motivo que lo impela. La frecuente repetición de un hábito erróneo deja una impresión permanente187en la mente del que lo ejecuta y también en la mente de los que están relacionados con él de alguna manera, ya sea espiritual o temporal. Los padres o maestros que no prestan atención a las pequeñas acciones que no son correctas, establecen esos hábitos en los jóvenes (Review and Herald, 17-5-1898).

Los padres deben obrar fielmente con las almas que les han sido confiadas. No deben estimular en sus hijos el orgullo, el despilfarro y el amor a la ostentación. No deben enseñarles ni permitir que aprendan pequeñas gracias que parecen vivezas en los niños, pero que después tienen que desaprenderse, y que tendrán que corregirse cuando sean mayores (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 146).

Las pequeñas travesuras y los errores pueden parecer divertidos cuando el niño es muy pequeño, y quizá se permitan y fomenten, pero a medida que crece el niño, se hacen repulsivos y ofensivos (Carta 1, 1877).

Los malos hábitos se forman más fácilmente que los buenos.

Todo el conocimiento que puedan adquirir no contrarrestará los malos resultados de una disciplina laxa en la niñez. La frecuente repetición de un descuido forma un hábito. Un acto erróneo prepara el camino para otro. Los malos hábitos se forman más fácilmente que los buenos y se renuncia a ellos con más dificultad (Review and Herald, 5-12-1899).

Si se los deja a su capricho, los tiernos niños aprenden lo malo más fácilmente que lo bueno. Los malos hábitos se acogen más fácilmente en el corazón natural, y las cosas que se ven y oyen en la infancia y en la niñez se imprimen profundamente en la mente (Pacific Health Journal, septiembre de 1897). 188

Los hábitos precoces deciden la futura victoria o derrota.

Seremos individualmente, para el tiempo y la eternidad, lo que nos hacen nuestros hábitos. Las vidas de los que desarrollan hábitos correctos y son fieles en la realización de cada deber, serán como luces brillantes que

esparcen resplandecientes rayos sobre el sendero de otros: pero si se consiente que hay hábitos de infidelidad, si se permite que se fortalezcan hábitos de relajamiento, indolencia y descuido, una nube más oscura que la medianoche se posará sobre las perspectivas de esta vida y para siempre privará al individuo de la vida futura (Testimonies, tomo 4, pág. 452).
En la niñez y la juventud es cuando el carácter es más impresionable. Entonces es cuando debe adquirirse la facultad del dominio propio. En el hogar y la familia, se ejercen influencias cuyos resultados son tan duraderos como la eternidad. Más que cualquier dote natural, los hábitos formados en los primeros años deciden si un hombre vencerá o será vencido en la batalla de la vida (El Deseado de Todas las Gentes. pág. 75). 189
CAPÍTULO 38. Estudiad la Edad, el Carácter y el Temperamento
No apresuréis a los niños para que salgan de la niñez.
Los padres nunca debieran apresurar a los niños para que salgan de su niñez. Las lecciones que se les den deben ser de tal carácter que inspiren su corazón con nobles propósitos; pero que sean niños y crezcan con esa sencilla confianza, candor y veracidad que los prepararán para entrar en el reino (Good Health, marzo de 1880).
Hay una belleza apropiada para cada período.
Los padres y los maestros debieran proponerse cultivar de tal modo las tendencias de los jóvenes, que, en cada etapa de la vida, éstos representen la debida belleza de ese período, que se desarrollen naturalmente, como lo hacen las plantas del jardín (La Educación. pág. 103).
Una de las parábolas más hermosas e impresionantes de Cristo es la del sembrador y la semilla. . . Las verdades que esta parábola enseña fueron hechas una realidad viviente en la vida misma de Cristo. Tanto en su naturaleza física como en la espiritual, siguió el orden divino del crecimiento, ilustrado por la planta, como él desea que hagan todos los jóvenes. Aunque él era la Majestad del cielo, el Rey de gloria, vino como niño a Belén, y durante un tiempo representó al impotente infante bajo el cuidado de su madre.
En su infancia, Jesús hizo las obras de un niño obediente. Hablaba y actuaba con la sabiduría de un niño, y no de un hombre, honrando a sus padres, y ejecutando sus deseos en forma servicial, según la capacidad de un niño. Pero en cada etapa de su desarrollo fue perfecto, con la gracia sencilla y natural de una vida sin pecado. El relato sagrado dice 190 de su infancia lo siguiente: "Y el niño crecía, y fortalecíase, y se henchía de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él". Y acerca de su juventud tenemos registrado: "Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres" (Luc. 2: 40, 52) (Consejos para los Maestros, págs. 108, 109).
Hay diversidad de caracteres en los miembros de la familia.
Con frecuencia existen en la misma familia notables diferencias de temperamento y carácter, pues está dentro de los planes de Dios que se relacionen personas de temperamentos variados. Cuando esto sucede, cada miembro del hogar debiera considerar como sagrados los sentimientos y los derechos de los otros y debiera respetarlos. De esta manera se cultivarán la consideración mutua Y la tolerancia, se suavizarán los prejuicios y se alisarán las asperezas del carácter. Podrá lograrse la armonía y la combinación de los diversos temperamentos será un beneficio mutuo (Signs of the Times, 9-9-1886).
Estudiad las mentes y caracteres individuales.
Cada hijo traído a este mundo aumenta la responsabilidad de los padres. . . . Han de estudiarse su temperamento, sus tendencias, sus rasgos de carácter. Las facultades de discriminación de los padres debieran ser cuidadosamente educadas, a fin de que puedan reprimir las tendencias equivocadas y fomentar las impresiones correctas y los principios debidos.
No se requieren ni dureza ni violencia en esta obra. Debe cultivarse el dominio propio y su impresión debe quedar en la mente y el corazón del niño (Manuscrito 12, 1898).
Es una obra muy delicada la de tratar con la mente humana. Todos los niños no pueden ser tratados de la misma manera, pues aquella restricción 191 que se debe mantener sobre uno, aplastaría la vida del otro (Manuscrito 32, 1899).
Vigorizad los rasgos débiles, reprimid los erróneos
Hay pocas mentes bien equilibradas porque los padres son impíamente negligentes en su deber de vigorizar los rasgos débiles y reprimir los erróneos. No recuerdan que están bajo la más solemne obligación de vigilar las tendencias de cada niño, que es su deber educar a sus hijos en hábitos correctos y en las debidas formas de pensamiento (Signs of the Times, 31-1-1884).
Estudiad el carácter de cada niño.
Los niños necesitan constante cuidado, pero no es necesario que les hagáis ver que estáis siempre vigilándolos. Estudiad el carácter de cada uno tal como se revela en su asociación mutua, y entonces procurad

corregir sus faltas fomentando las características opuestas. Debe enseñarse a los niños que el desarrollo tanto de las facultades mentales como de las físicas depende de ellos; es el resultado del esfuerzo. Debieran aprender que la felicidad no se encuentra en la complacencia egoísta; tan sólo se halla en la huella del deber. Al mismo tiempo, la madre debiera procurar que sus niños estén contentos (Id., 9-2-1882).
Las necesidades mentales son tan importantes como las físicas.
Algunos padres atienden cuidadosamente las necesidades temporales de sus hijos; los cuidan bondadosa y fielmente mientras están enfermos, y luego consideran que han cumplido todo su deber. En esto cometen un error. Tan sólo han empezado su trabajo. Se deben suplir las necesidades de la mente. Se requiere habilidad para aplicar los debidos remedios a la curación de una mente herida.
Los niños han de soportar pruebas tan duras, tan graves en su carácter, como las de las personas mayores. Los padres mismos no sienten siempre la 192 misma disposición. A menudo su mente está afligida por la perplejidad. Trabajan bajo la influencia de opiniones y sentimientos equivocados. Satanás los azota y ceden a sus tentaciones. Hablan con irritación y de una manera que excita la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e inquietos. Los pobres niños participan del mismo espíritu, y los padres no están preparados para ayudarles, porque ellos son la causa de la dificultad. A veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos desdichados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de la dificultad reside en ellos mismos (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 133).
Fomentad la amabilidad.
La mente mal equilibrada, el genio vivo, el mal humor, la envidia o los celos testifican del descuido de los padres. Esos malos rasgos de carácter atraen gran desdicha a quien los posee. ¡Cuántos dejan de recibir, de sus compañeros y amigos, el amor de que podrían gozar si hubieran sido amables! ¡Cuántos provocan dificultades doquiera van y en cualquier cosa en que se ocupen! (Fundamentals of Christian Education, pág. 67).
Los diversos temperamentos necesitan una disciplina diferente.
Los niños tienen temperamentos diversos, y los padres no siempre pueden aplicar la misma disciplina a cada uno. Hay diferentes clases de mentalidades y debiera estudiarse con oración a fin de que sean modeladas para lograr el propósito designado por Dios (Good Health, julio de 1880).
Madres, . . . dedicad tiempo a intimar con vuestros niños. Estudiad su disposición y temperamento para que sepáis cómo tratarlos. Algunos niños necesitan más atención que otros (Review and Herald, 9-7-1901). 193
El trato con niños poco promisorios.
Algunos niños tienen mayor necesidad que otros de paciente disciplina y bondadosa educación. Han recibido como legado rasgos de carácter poco promisorios, y por eso tienen tanto mayor necesidad de simpatía y amor. Por sus esfuerzos perseverantes, se puede preparar a estos niños díscolos para que ocupen un lugar en la obra del Maestro. Poseen facultades sin desarrollarse que, una vez despiertas, los habilitarán para ocupar lugares mucho más destacados que los de aquellos de quienes se esperaba más.
Si tenéis hijos de temperamentos peculiares, no permitáis por ello que la plaga del desaliento pase sobre sus vidas. . . Ayudadles por la manifestación de tolerancia y simpatía. Fortalecedlos con palabras amorosas y actos de bondad para que venzan sus defectos de carácter (Consejos para los Maestros. pág. 89).
Podéis educar más de lo que pensáis.
Tan pronto como la madre ama a Jesús, desea educar a sus niños para él. Podéis educar el carácter de los niños mucho más de lo que pensáis desde sus más tiernos años. El precioso nombre de Jesús debiera ser una palabra del hogar (Manuscrito 17, 1893). 194
CAPÍTULO 39. La Voluntad Como Factor de Éxito
Cada niño debiera entender el poder de la voluntad
La voluntad es el poder que gobierna en la naturaleza del hombre, colocando a todas las otras facultades bajo su dominio. La voluntad no es el gusto ni la inclinación, sino el poder de decidir, que obra en los hijos de los hombres para obedecer a Dios o para desobedecerle (Testimonies, tomo 5, pág. 513).
Todo niño debería comprender la verdadera fuerza de la voluntad. Se le debería hacer ver cuán grande es la responsabilidad encerrada en este don. La voluntad es . . . el poder de decisión o elección (La Educación, pág. 280).
Se logra el éxito cuando la voluntad se someta a Dios.
Todo ser humano que razone tiene poder para escoger lo recto. En toda vicisitud de la vida la Palabra de Dios nos dice: "Escogeos hoy a quién debáis servir" (Jos. 24: 15). Todos pueden poner su voluntad de parte de la voluntad de Dios, escoger obedecerle y así, al relacionarse con los agentes divinos, mantenerse donde nada

pueda forzarlos a hacer mal. En todo joven y niño, hay poder para formar, con la ayuda de Dios, un carácter integro, y vivir una vida útil.
El padre o el maestro que, por medio de semejante instrucción, enseña al niño a dominarse, será utilísimo y siempre tendrá éxito. Tal vez su obra no parezca muy provechosa al observador superficial; tal vez no sea tan apreciada como la del que tiene la mente y la voluntad del niño bajo el dominio de una autoridad absoluta, pero los años ulteriores mostrarán el resultado del mejor método de educación (Id., pág. 281). 195
No debilitéis la voluntad del niño, sino dirigidla.
Salvad toda la fuerza de la voluntad, porque el ser humano la necesita toda; pero dadle la debida dirección. Tratadla sabia y tiernamente, como un tesoro sagrado. No la desmenucéis a golpes; sino amoldadla sabiamente, por precepto y verdadero ejemplo, hasta que el niño llegue a los años en que pueda llevar responsabilidad (Consejos para los Maestros, pág. 90).
Los niños deberían ser educados precozmente para someter su voluntad e inclinaciones a la voluntad y autoridad de sus padres. Cuando los padres enseñan a sus hijos esta lección, los están educando para someterse a la voluntad de Dios y obedecer sus requerimientos y los preparan para ser miembros de la familia de Cristo (Manuscrito 119, 1899).
Ha de ser guiado pero no aplastado.
Tanto los padres como el maestro deberían estudiar la forma de dirigir el desarrollo del niño sin estorbarlo con un control indebido. Tan malo es el exceso de órdenes como la falta de ellas. El esfuerzo por "quebrantar la voluntad" del niño es un error terrible. Las mentes están diferentemente constituidas; aunque la fuerza puede asegurar la sumisión aparente, el resultado, en el caso de muchos niños, es una rebelión aún más decidida del corazón. El hecho de que el padre o el maestro llegue a ejercer el "control" que pretende, no quiere decir que el resultado sea menos perjudicial para el niño. . . . Puesto que la sumisión de la voluntad es mucho más difícil para unos alumnos que para otros, el maestro debería facilitar todo lo posible la obediencia a sus exigencias. Debería guiar y amoldar la voluntad, pero no desconocerla ni aplastarla (La Educación, págs. 279, 280).
Guiad; nunca empujad.
Permitid que los niños que están bajo vuestro cuidado tengan una individualidad, 196 así como la tenéis vosotros. Tratad siempre de guiarlos, pero nunca de empujarlos (Testimonies, tomo 5, pág. 653).
El ejercicio de la voluntad expande y fortalece la mente.
Se puede enseñar a un niño de manera que, . . . no tenga voluntad propia. Aun su individualidad se fusionará en aquella que vigila su educación; su voluntad, para todos los intentos y propósitos, queda sujeta a la del maestro. Los niños así educados serán siempre deficientes en energía moral y en responsabilidad individual. No se les ha enseñado a obrar por razón y principio; su voluntad ha sido controlada por otra, y la mente no ha sido llamada a manifestarse, a fin de expandirse y fortalecerse por el ejercicio. No han sido dirigidos y disciplinados con respecto a sus constituciones peculiares y capacidades mentales, para ejercitar sus facultades más fuertes cuando sea necesario (Consejos para los Maestros, págs. 59, 60).
Cuando hay un choque de voluntades.
Si el niño es de voluntad terca, la madre, si entiende su responsabilidad, comprenderá que esa voluntad terca es parte de la herencia que ella le ha dado. No considerará a la voluntad de su hijo como algo que deba ser quebrantado. Hay veces cuando la determinación de la madre hace frente a la determinación del hijo, cuando la firme y madura voluntad de la madre hace frente a la irrazonable voluntad del hijo, y cuando la madre dirige debido a su mayor edad y experiencia, o la voluntad de la persona mayor es dominada por la voluntad menor e indisciplinada del hijo. En tales oportunidades, hay necesidad de gran sabiduría; pues mediante un trato imprudente o severa compulsión, puede echarse a perder al niño para esta vida y la venidera. Todo se puede perder por falta de sabiduría. 197
Esta es una crisis que rara vez debiera permitirse que se presentara, pues tanto la madre como el niño pasarán por una dura lucha. Debiera evitarse tal cosa con sumo cuidado. Pero si se llega a ese punto, debiera verse que el niño se someta a la voluntad superior del progenitor. La madre ha de mantener sus palabras en perfecto dominio propio. No deben darse órdenes en voz alta. Nada debe hacerse que desarrolle un espíritu desafiante en el niño. La madre debe estudiar la forma de tratarlo de tal manera que sea atraído hacia Jesús. Debe orar con fe para que Satanás no venza en la voluntad del niño. Los ángeles celestiales están contemplando la escena.
La madre debe comprender que Dios es su ayudador, que el amor es su éxito, su poder. Si ella es una cristiana sabia, no tratará de dominar por la fuerza la voluntad del niño. Orará, y mientras ore, experimentará una renovación de la vida espiritual dentro de sí. Y verá que al mismo tiempo el poder que obra en ella también está obrando en el niño. Y el niño, en vez de ser compelido, es dirigido y se hace más suave. Así se gana la

batalla. Cada pensamiento bondadoso, cada acto paciente, cada palabra de sabia sujeción, es como manzana de oro con figuras de plata. La madre ha ganado una victoria más preciosa de lo que pueda expresar el lenguaje. Tiene luz renovada y una experiencia mayor. La "luz verdadera, que alumbra a todo hombre" de este mundo ha sometido la voluntad de ella. Hay paz después de la tormenta, como el sol que brilla después de la lluvia (Carta 55, 1902).

Los padres debieran reprimir sus sentimientos juveniles.

Poquísimos se dan cuenta de la importancia de reprimir, hasta donde sea posible, sus propios sentimientos juveniles, sin llegar a ser ásperos y faltos de simpatía en su naturaleza. Agradaría 198 a Dios que los padres mezclaran la graciosa sencillez de un niño con la fortaleza, sabiduría y madurez de la virilidad y la femineidad. Algunos nunca tuvieron una genuina niñez. Nunca disfrutaron de la libertad, sencillez y frescura de la vida de un capullo. Fueron regañados y reprendidos, reprochados y golpeados, hasta que la inocencia y la confiada franqueza de la niñez se trocaron en temor, envidia, celos y falsía. Rara vez tendrán los tales las características que harán feliz la niñez de sus propios seres amados (Good Health, marzo de 1880).

Un gran error.

Se comete un gran error cuando los resortes de la dirección se colocan en las manos del niño, y se le permite que haga su propia voluntad y rija el hogar. De ese modo se da una dirección equivocada a ese elemento maravilloso que es el poder de la voluntad. Pero esto se ha hecho y se continuará haciendo porque hay padres y madres que son ciegos en su discernimiento y sus cálculos (Manuscrito 126, 1897).

Una madre que se rendía a los clamores de su niño.

Su niño . . . necesita la mano de la sabiduría para que lo guíe correctamente. Se le ha permitido llorar para conseguir lo que deseaba, hasta que ha formado el hábito de hacerlo. Se le ha permitido llorar para que estuviera su padre con él. Vez tras vez, al alcance de su oído se les ha dicho a otros cómo llora por la presencia de su padre, hasta el punto de que hace esto para conseguir su objeto. Si su hijo estuviera en mis manos, lo transformaría en tres semanas. Le haría comprender que mi palabra es ley, y bondadosa y firmemente llevaría a cabo mis propósitos. No sometería mi voluntad a la voluntad del niño. Ud. tiene una obra que hacer en esto, y ha perdido mucho al no emprenderla antes (Carta 5. 1884). 199

La vida desventurada de un niño echado a perder.

Cada niño que no es disciplinado cuidadosamente y con oración, será desdichado en este tiempo de prueba y formará tales rasgos desagradables de carácter, que el Señor no podrá unirlo con su familia celestial. Hay una enorme carga que debe ser llevada a lo largo de toda la vida de un niño malcriado. En las pruebas, en los desengaños, en la tentación, seguirá su propia voluntad indisciplinada y desencaminada (Manuscrito 126, 1897).

Los niños a los que se les permite que hagan lo que quieren, no son felices. El corazón rebelde no tiene dentro de sí los elementos de paz y satisfacción. Deben disciplinarse la mente y el corazón y ponerse bajo la debida restricción a fin de que armonice el carácter con las sabias leyes que gobiernan nuestro ser. La inquietud y el descontento son los frutos de la complacencia y el egoísmo (Testimonies, tomo 4, pág. 202).

El origen de muchas pruebas.

Las tristes pruebas que resultan tan peligrosas para la prosperidad de una iglesia y que hacen que tropiecen los incrédulos y se aparten con dudas y motivos de descontento, generalmente surgen de un espíritu indómito y rebelde, el resultado de la complacencia paternal en los años mozos. Cuántas vidas naufragan, cuántos crímenes se cometen por la influencia de una pasión que se levanta rápidamente, la cual podría haber sido dominada en la niñez, cuando la mente era impresionable, cuando el corazón era fácilmente influido por lo correcto y estaba sometido a la voluntad tierna de una madre. La educación ineficaz de los niños es el fundamento de muchísimas desgracias morales (Ibid.). 200

CAPÍTULO 40. Ejemplificad los Principios Cristianos

Los niños imitarán a los padres.

Padres y madres, sois maestros; vuestros niños son los alumnos. El tono de vuestra voz, vuestra conducta, vuestro espíritu son copiados por los pequeñuelos (Signs of the Times, 11-3-1886).

Los hijos imitan a sus padres; por lo tanto, debiera tenerse gran cuidado de presentarles modelos correctos. Los padres que son bondadosos y corteses en el hogar, al paso que son firmes y decididos, verán que se manifiestan los mismos rasgos en sus hijos. Si son correctos, honrados y honorables, lo más probable es que sus hijos los imiten en eso. Si reverencian y rinden culto a Dios, sus hijos, educados de la misma forma, no se olvidarán de servir también a Dios (Testimonies, tomo 5, págs. 319, 320).

Los padres y madres siempre debieran presentar en la familia delante de sus hijos el ejemplo que desean que imiten. Debieran manifestarse mutuamente un tierno respeto en palabra, apariencia y acción. Debieran hacer

que sea evidente que los rige el Espíritu Santo, al presentar a sus hijos el carácter de Jesucristo. Son fuertes las facultades de imitación, y cuando esta facultad es más activa, en la niñez y la juventud, debiera presentarse un modelo perfecto delante de los menores. Los hijos debieran tener confianza en sus padres y apropiarse así de las lecciones que ellos les inculquen (Review and Herald, 13-3-1894).

Enseñad por precepto y ejemplo.

En la educación de sus hijos, la madre está en una escuela continua. Mientras les enseña, aprende ella misma diariamente. Las lecciones que les da de dominio propio deben ser 201 practicadas por ella. Al tratar con las diferentes mentes y los temperamentos de sus niños, necesita facultades de agudo discernimiento o se verá en peligro de juzgar mal y tratar con parcialidad a sus niños. Practicará la ley de la bondad en su vida familiar, si quiere que sus hijos sean corteses y bondadosos. Así se les repiten las lecciones diariamente por precepto y ejemplo (Pacific Health Journal, junio de 1890).

Los maestros en la escuela harán algo por la educación de vuestros hijos, pero vuestro ejemplo efectuará más de lo que se pueda lograr por otros medios. Vuestra conversación, la forma en que manejáis vuestros asuntos comerciales, la forma en que expresáis vuestros gustos y fobias, todo contribuye a la formación del carácter. El temperamento bondadoso, el dominio propio, el dominio del yo, la cortesía que vuestros hijos vean en vosotros, les serán lecciones diarias. A semejanza del tiempo, esta educación siempre prosigue y la tendencia de esta escuela de todos los días debiera consistir en hacer de vuestros hijos lo que debieran ser (Review and Herald, 27-6-1899).

Cuidad de no ser rudos con vuestros hijos. . . . Requerid obediencia y no habléis descuidadamente a vuestros hijos, porque vuestras maneras y palabras son su libro de texto. Ayudadlos suave y tiernamente en este período de su vida. La luz de vuestra presencia infunda luz en su corazón. Esos adolescentes, muchachos y niños, son muy sensibles y mediante la rudeza podéis dañar toda su vida. Sed cuidadosas, madres, nunca regañéis pues eso nunca ayuda (Manuscrito 127, 1898).

Los padres han de ser modelos de dominio propio.

Los niños debieran estar exentos de excitaciones en todo lo posible. Por lo tanto, la madre debiera estar tranquila y serena, libre de toda excitación y premura 202 nerviosa. Esta es una escuela de disciplina para ella misma tanto como para los niños. Mientras enseña a los pequeños la lección de la abnegación, se está educando para ser un modelo de sus hijos. Mientras trabaja con tierno interés el terreno del corazón de ellos, a fin de someter las inclinaciones pecaminosas naturales, está cultivando en sus propias palabras y en su propio comportamiento las gracias del Espíritu (Manuscrito 43, 1900).

Una victoria ganada sobre vosotros mismos será de gran valor y ánimo para vuestros hijos. Podéis colocaros en terreno ventajoso diciendo: Soy la heredad de Dios; soy el edificio de Dios. Me coloco bajo su mano para ser modelado conforme a la similitud divina, a fin de ser colaborador con Dios al modelar la mente y caracteres de mis hijos de modo que les sea más fácil caminar en la senda del Señor. . . . Padres y madres, cuando podáis dominaros, ganaréis grandes victorias en el dominio de vuestros hijos (Carta 75, 1898).

Los frutos del dominio propio.

Padres, cada vez que perdéis el dominio propio y habláis o actuáis impacientemente, pecáis contra Dios. El ángel registrador anota cada palabra pronunciada delante de ellos impaciente e impremeditadamente, descuidadamente o en broma; cada palabra que no es casta y elevada es señalada por él como un punto contra vuestro carácter cristiano. Hablad bondadosamente a vuestros hijos. Recordad cuán sensibles sois, cuán poco podéis soportar el ser reprochados, y no pongáis sobre ellos lo que no podéis soportar, pues son más débiles que vosotros y no pueden soportar tanto. Los frutos del dominio propio, la consideración y el esfuerzo abnegado de vuestra parte se multiplicarán cien veces. 203

Vuestras agradables y animadoras palabras siempre serán como rayos de sol en vuestra familia (Signs of the Times, 10-4-1884).

Si los padres desean que sus hijos sean correctos y, hagan lo correcto, deben ser ellos mismos correctos en teoría y en práctica (Good Health, enero de 1880).

Los hijos son influidos por el comportamiento de los profesos cristianos.

Hay hijos de observadores del sábado a quienes se les ha enseñado a guardar el sábado desde su juventud. Algunos de ellos son muy buenos, fieles al deber en lo que atañe a los asuntos temporales, pero no sienten ninguna convicción profunda de pecado ni la necesidad de arrepentirse del pecado. Esta es, una condición peligrosa. Observan el comportamiento y los esfuerzos de los profesos cristianos. Ven a algunos que hacen una elevada profesión, pero no son cristianos concienzudos, y comparan sus propios puntos de vista y acciones con esas piedras de tropiezo; y como no hay pecados manifiestos en su propia vida, se jactan a sí mismos de que son más o menos correctos (Testimonies, tomo 4, pág. 40).

La enseñanza de la Escritura no tiene mayor efecto sobre los jóvenes porque tantos padres y maestros que profesan creer en la Palabra de Dios niegan su poder en sus vidas. A veces los jóvenes sienten el poder de la Palabra. Ven la belleza de su carácter, las posibilidades de una vida dedicada a su servicio. Pero ven en contraste la vida de los que profesan reverenciar los preceptos de Dios (La Educación, pág. 253).

Los padres deben decir "no" a la tentación.

Madres, al no seguir las prácticas del mundo, podéis colocar delante de vuestros hijos un ejemplo de fidelidad a Dios enseñándoles así a decir no. Enseñad a vuestros hijos el significado del proverbio: "Si los 204 pecadores te quisieran engañar, no consientas". Pero si queréis que vuestros hijos puedan decir no a la tentación, vosotros mismos deberéis ser capaces de decir no. Un hombre necesita decir no, tanto como un niño (Review and Herald, 31-3-1891).

Ejemplificad la caballerosidad.

Padres sed bondadosos y gentiles con vuestros hijos, y ellos aprenderán caballerosidad. Demostremos en nuestro hogar que somos cristianos. Conceptúo como desprovista de valor aquella profesión que no se practica en la vida del hogar en forma de bondad, tolerancia y amor (Manuscrito 97, 1909).

Vigilad el tono de la voz tanto como las palabras.

No salga de vuestros labios una palabra de enojo, dureza o mal genio. La gracia de Cristo espera que la demandéis. Su Espíritu dominará vuestro corazón y conciencia, presidiendo vuestras palabras y actos. No renunciéis nunca a vuestro respeto propio mediante palabras apresuradas y no pensadas. Procurad que vuestras palabras sean puras, vuestra conversación santa. Dad a vuestros hijos un ejemplo de lo que deseáis que sean ellos. . . . Haya paz, palabras amables y semblantes alegres (Carta 28, 1890).

Los padres nunca pueden ser despóticos en ningún sentido sin correr riesgos. No deben demostrar un espíritu mandón, criticón y censurador. Las palabras que hablan, el tono en que las dicen, son lecciones buenas o malas para sus hijos. Padres y madres, si salen de vuestros labios palabras ásperas estáis enseñando a vuestros hijos que hablen de la misma manera, y la influencia refinadora del Espíritu Santo queda sin efecto. Una paciente perseverancia en el bien hacer es esencial si queréis cumplir vuestro deber hacia vuestros hijos (Carta 8 a, 1896).

Los padres son los agentes de Dios para modelar el carácter.

Está formándose el intelecto de vuestros 205 hijos, se están modelando sus apetencias y caracteres, ¿pero de acuerdo con qué modelo? Recuerden los padres que son agentes en esta transacción. Y aun cuando estén durmiendo en la tumba, es duradera la obra que dejaron tras sí, y dará testimonio de ellos, ya sea bueno o malo (Pacific Health Journal, junio de 1890).

Imprimiendo la imagen de la Divinidad.

Debéis instruir, amonestar y aconsejar, recordando siempre que vuestra apariencia, vuestras obras y acciones tienen una influencia directa sobre el proceder futuro de vuestros amados. Vuestra obra no consiste en pintar una bella forma en un lienzo ni en cincelarla en el mármol, sino en imprimir en el alma humana la imagen de la Divinidad (Signs of the Times, 25-5-1882). 207

SECCION X - LA DISCIPLINA Y SU ADMINISTRACIÓN

CAPÍTULO 41. Propósitos de la Disciplina

El dominio propio es el propósito primordial.

El objeto de la disciplina es educar al niño para que se gobierne solo. Se le debería enseñar la confianza en sí mismo y el dominio propio. Por lo tanto, tan pronto como sea capaz de comprender, se debería alistar su razón de parte de la obediencia. Procurad que todo el trato con él muestre que la obediencia es justa y razonable. Ayudadle a ver que todas las cosas están sujetas a leyes y que la desobediencia conduce, al fin, al desastre y el sufrimiento. Cuando Dios prohíbe una cosa nos amonesta, en su amor, contra las consecuencias de la desobediencia a fin de salvarnos de daños y pérdidas (La Educación, pág. 279).

Consígase el poder de la voluntad.

Sólo se logra el verdadero objeto del reproche cuando se induce al transgresor a ver su falta y se prepara su voluntad para su corrección. Obtenido esto, indíquesele la fuente del perdón y poder (Id., pág. 283).

Los que educan a sus alumnos para que sientan que reside en sí mismos el poder de llegar a ser hombres y mujeres de honra y utilidad, serán los que tendrán un éxito más permanente (Fundamentals of Christian Education, pág. 58).

Corregid los malos hábitos y las malas inclinaciones y tendencias.

Es obra de los padres restringir, guiar y controlar. No pueden cometer un mal peor que permitir que sus hijos satisfagan todos sus deseos 208 y fantasías pueriles, y dejarlos que sigan sus propias inclinaciones; no les pueden hacer un mal peor que dejar en su mente la impresión que deben vivir para agradarse a sí mismos y

divertirse, para seguir sus propias inclinaciones y buscar sus propios placeres y compañías. . . . Los jóvenes necesitan padres que los eduquen y disciplinen, que les corrijan sus malos hábitos e inclinaciones y poden sus malas tendencias (Manuscrito 12, 1898).

Derribad el baluarte de Satanás.

Madres, el destino de vuestros hijos descansa en gran medida en vuestras manos. Si no cumplís vuestro deber, podéis colocarlos en las filas de Satanás y hacerlos sus agentes para arruinar otras almas. O vuestra fiel disciplina y ejemplo piadoso pueden conducirlos a Cristo, y ellos a su vez influirán en otros, y así se salvarán muchas almas por vuestro medio (Signs of the Times, 9-2-1882).

Observemos cuidadosamente y comencemos a recoger nuestros puntos corridos.* Derribemos los baluartes del enemigo. Corrijamos misericordiosamente a nuestros amados y preservémoslos del poder del enemigo. No os desaniméis (Review and Herald, 16-7-1895).

Enseñad el respeto a las autoridades divina y paterna.

Los hijos . . . debieran ser preparados, educados y disciplinados hasta que lleguen a ser obedientes a sus padres, respetando su autoridad. En esta forma el respeto a la autoridad divina será implantado en su corazón y la educación de la familia será como una escuela preparatoria para la familia celestial. La educación de los niños y jóvenes debiera ser de tal carácter que los hijos estén preparados para asumir sus deberes religiosos y quedar así 209 preparados para entrar en las cortes celestiales (Id., 13-3-1894).

El que es la fuente de todo conocimiento ha fijado las condiciones de nuestra idoneidad para entrar en el cielo de los bienaventurados con estas palabras: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad". La obediencia a los mandamientos de Dios es el precio del cielo, y la obediencia a los padres en el Señor es la lección importantísima que deben aprender los hijos (Manuscrito 12, 1896).

Obediencia por principio y no a la fuerza.

Decid a vuestros hijos exactamente lo que requerís de ellos. Comprendan entonces que vuestra palabra es ley y debe ser obedecida. Así los estáis educando para que respeten los mandamientos de Dios, . . . es mucho mejor que vuestros muchachos obedezcan por principio y no a la fuerza (Review and Herald, 15-9-1904).

Una lección de confianza implícita.

Isaac queda atado por las manos temblorosas y amantes de su padre compasivo, porque Dios lo ha dicho. El hijo se somete al sacrificio, porque cree en la integridad de su padre. . . . Este acto de fe de Abrahán ha sido registrado para nuestro beneficio. Nos enseña la gran lección de confiar en los requerimientos de Dios, por severos y crueles que parezcan; y enseña a los hijos a someterse enteramente a sus padres y a Dios. Por la obediencia de Abrahán se nos enseña que nada es demasiado precioso para darlo a Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 353).

Los jóvenes responderán a la confianza.

Debe impresionarse a los jóvenes con la idea de que se les tiene confianza. Tienen un sentido del honor y quieren ser respetados, y en esto están en su derecho. Si los alumnos reciben la impresión de que no pueden 210 ni salir ni entrar, sentarse a la mesa o estar en cualquier lugar, aun en sus habitaciones, a menos que se los vigile, un ojo crítico esté sobre ellos para criticar y desatarlos, esto tendrá la influencia de desmoralizarlos y un pasatiempo no les proporcionará placer. Este conocimiento de una vigilancia continua es más que una tutoría paternal y mucho peor; pues los padres prudentes, mediante el tacto, con frecuencia pueden discernir debajo de la superficie y ver la obra de la mente inquieta por debajo de los anhelos de la juventud, o bajo las fuerzas de las tentaciones, y pueden hacer sus planes para trabajar contrarrestando los males. Pero esta vigilancia continua no es natural y produce los males que está procurando evitar. La salud de los jóvenes requiere ejercicio, alegría y una atmósfera feliz y agradable que los rodee para el desarrollo de la salud física y del carácter simétrico (Fundamentals of Christian Education, pág. 114).

El gobierno propio en contra de la autoridad absoluta.

En muchas familias, los niños parecen bien educados, mientras están bajo la disciplina y el adiestramiento; pero cuando el sistema que los sujetó reglas fijas se quebranta, parecen incapaces de pensar, actuar y decidir por su cuenta. Estos niños han estado durante tanto tiempo bajo una regla férrea sin que se les permitiera pensar o actuar por su cuenta en lo que les correspondía, que no tienen confianza en sí mismos para obrar de acuerdo con su propio juicio u opinión. Y cuando se apartan de sus padres para actuar por su cuenta, el juicio ajeno los conduce en dirección equivocada. No tienen estabilidad de carácter. No se les ha hecho depender de su propio juicio a medida que era posible, por lo tanto su mente no se ha desarrollado ni fortalecido debidamente. Han estado durante tanto tiempo absolutamente controlados por sus padres, que fían 211 completamente en ellos; sus padres son para ellos mente y juicio.

Por otro lado, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y maestros. Debe enseñárseles a los niños a respetar el juicio experimentado y a ser guiados por sus padres y maestros. Se los debe educar de tal manera que sus mentes estén unidas con las de sus padres y maestros, y se los ha de instruir para que comprendan lo conveniente que es escuchar sus consejos. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora de sus padres y maestros, su carácter no será como el junco que tiembla al viento.
En el caso de que no se les enseñe a los jóvenes a pensar debidamente y actuar por su cuenta, en la medida en que lo permita su capacidad e inclinación mental, a fin de que por este medio pueda desarrollarse su pensamiento, su sentido de respeto propio, y su confianza en su propia capacidad de obrar, el adiestramiento severo producirá siempre una clase de seres débiles en fuerza mental y moral. Y cuando se hallen en el mundo para actuar por su cuenta, revelarán el hecho de que fueron adiestrados como los animales, y no educados. Su voluntad, en vez de ser guiada, fue forzada a someterse por la dura disciplina de padres y maestros (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 315, 316).
Los malos resultados cuando una mente domina a otra.
Aquellos padres y maestros que se jactan de ejercer el dominio completo de la mente y la voluntad de los niños que están bajo su cuidado, dejarían de jactarse si pudiesen ver la vida futura de los niños así dominados por la fuerza o el temor. Carecen casi completamente de preparación para compartir las severas responsabilidades de la vida. Cuando estos jóvenes ya no estén bajo el cuidado de sus padres y maestros, y estén obligados a pensar y actuar 212 por su cuenta, es casi seguro que seguirán una conducta errónea y cederán al poder de la tentación. No tienen éxito en esta vida; y se advierten las mismas deficiencias en su vida religiosa. Si los instructores de los niños y los jóvenes pudiesen ver desplegados delante de ellos el resultado futuro de su disciplina errónea, cambiarían su plan de educación. Esa clase de maestros que se congratulan de dominar casi por completo la voluntad de sus alumnos, no son los que tienen más éxito, aunque momentáneamente las apariencias sean halagadoras.
Dios no quiso nunca que una mente humana estuviese bajo el dominio completo de otra. Los que se esfuerzan porque la individualidad de sus alumnos se funda en la suya, para ser mente, voluntad y conciencia de ellos, asumen terribles responsabilidades. Estos alumnos pueden, en ciertas ocasiones, parecerse a soldados bien adiestrados. Pero, cuando se elimine la restricción, no actuarán en forma independiente, basados en principios firmes que existan en ellos (Id. págs. 316, 317).
Mediante habilidad y paciente esfuerzo.
Se requieren habilidad y paciente esfuerzo para modelar a los jóvenes en la forma correcta. Especialmente, los niños que han venido al mundo cargados con una herencia de mal, como resultado directo de los pecados de sus padres, necesitan muchísimo la más cuidadosa cultura para desarrollar y fortalecer sus facultades morales e intelectuales. Y la responsabilidad de los padres es ciertamente difícil. Han de restringirse cuidadosamente las malas tendencias y deben reprocharse tiernamente; ha de estimularse la mente en favor de lo correcto. Debiera animarse al niño para que logre gobernarse a sí mismo. Y esto ha de hacerse juiciosamente, pues podría frustrarse el propósito deseado (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 138). 213
CAPÍTULO 42. El Tiempo para Comenzar la Disciplina
Los hijos desobedientes son una señal de los últimos días.
Una de las señales de los "postreros días" es la desobediencia de los hijos a los padres. ¿Comprenden los padres su responsabilidad? Muchos parecen haber perdido de vista la vigilancia que debieran ejercer sobre sus hijos y les permiten que complazcan sus malas pasiones y los desobedezcan (Review and Herald, 19-9-1854).
Los hijos son la heredad del Señor, y a menos que los padres los eduquen en forma de capacitarlos para guardar los caminos del Señor, descuidan un solemne deber. No es la voluntad ni el propósito de Dios que los hijos lleguen a ser incultos, ásperos, descorteses, desobedientes, ingratos, impíos, implacables, infatuados, amantes de los placeres más que de Dios. Las Escrituras declaran que ésta sería la condición de la sociedad como una señal de los últimos días (Signs of the Times, 17-9-1894).
Los padres indulgentes quedan descalificados para el orden del cielo.
Hay perfecto orden en el cielo, perfecta armonía y acuerdo. Si los padres descuidan que sus hijos estén aquí bajo la debida autoridad, ¿cómo pueden esperar que sean considerados aptos para acompañar a los santos ángeles en un mundo de paz y armonía? (Testimonies, tomo 4, pág. 199).
Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. No podrán nunca ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando venga Cristo, no cambiará el carácter de ninguna persona. . . . Los padres no deben 214 descuidar ningún deber de su

parte para beneficiar a sus hijos. Deben educarlos de tal manera que sean una bendición para la sociedad aquí, y puedan cosechar la recompensa de la vida eterna (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 538, 539).
Cuándo debiera empezar la disciplina.
El momento en que el niño comienza a elegir su propia voluntad y sus propios caminos, es el momento cuando debe comenzar su educación en la disciplina. Esta puede llamarse una educación inconsciente. Entonces es cuando debe comenzar una obra consciente y poderosa. Necesariamente descansa sobre la madre la mayor parte del peso de esta obra. Ella tiene la primera responsabilidad sobre el niño y ha de establecer el fundamento de una educación que lo ayude a desarrollar un carácter fuerte y simétrico. . . .
Con frecuencia meros bebés demuestran una voluntad muy determinada. Si esa voluntad no es dominada por una autoridad más sabia que los deseos indóciles del niño, Satanás se posesiona de la mente y dispone el carácter en armonía con su voluntad (Carta 9, 1904).
El descuido de la obra de disciplinar y educar hasta que un carácter perverso se ha fortalecido, está provocando en los niños un mal gravísimo, pues crecen egoístas, exigentes y antipáticos. . . . La obra de la madre debe comenzar en una edad muy precoz, sin dar a Satanás la oportunidad de dominar la mente y el carácter de sus pequeños (Manuscrito 43, 1900).
Reprimid las primeras manifestaciones del mal.
Padres, debéis principiar vuestra primera lección de disciplina cuando vuestros hijos son aún niños mamantes en vuestros brazos. Enseñadles a conformar su voluntad a la vuestra. Esto puede hacerse con serenidad y firmeza. Los padres deben ejercer 215 un dominio perfecto sobre su propio genio, y con mansedumbre, aunque con firmeza, doblegar la voluntad del niño hasta que no espere otra cosa sino el deber de ceder a sus deseos.
Los padres no empiezan a tiempo. No subyugan la primera manifestación de mal genio del niño, y éste nutre una terquedad que aumentará con el crecimiento y se fortalecerá a medida que él mismo adquiera fuerza (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 78).
"¿Son demasiado jóvenes para ser castigados?"
Elí no administró su casa de acuerdo con los reglamentos que Dios dio para el gobierno de la familia. Siguió su propio juicio. El padre indulgente pasó por alto las faltas y los pecados de sus hijos en su niñez, lisonjeándose de que después de algún tiempo, al crecer, abandonarían sus tendencias impías. Muchos están cometiendo ahora un error semejante. Creen conocer una manera mejor de educar a sus hijos que la indicada por Dios en su Palabra, fomentan tendencias malas en ellos y se excusan diciendo: "Son demasiado jóvenes para ser castigados. Esperemos que sean mayores, y se pueda razonar con ellos". En esta forma se permite que los malos hábitos se fortalezcan hasta convertirse en una segunda naturaleza. Los niños crecen sin freno, con rasgos de carácter que serán una maldición para ellos durante toda su vida, y que propenderán a reproducirse en otros.
No hay maldición más grande en una casa que la de permitir a los niños que hagan su propia voluntad. Cuando los padres acceden a todos los deseos de sus hijos y les permiten participar en cosas que reconocen perjudiciales, los hijos pierden pronto todo respeto por sus padres, toda consideración por la autoridad de Dios o del hombre, y son llevados cautivos 216 de la voluntad de Satanás (Patriarcas y Profetas, págs. 625, 626).
Colóquese en primer lugar la educación en el hogar.
Muchos señalan a los hijos de los pastores, de los maestros y de otros hombres de elevada reputación por su sabiduría y piedad y dicen que si esos hombres, con todas sus ventajas, fracasan en el gobierno de su familia, los que son menos favorecidos no pueden tener esperanza de tener éxito. La pregunta que debe dilucidarse es ésta: ¿Esos hombres han dado a sus hijos lo que les corresponde por derecho: un buen ejemplo, instrucción fiel y adecuada restricción? El descuido de esos puntos esenciales es lo que hace que tales padres proporcionan a la sociedad hijos que no están bien equilibrados en su mente, impacientes ante la restricción e ignorantes de los deberes de la vida práctica. En esto hacen al mundo un daño que sobrepuja todo el bien realizado por sus labores. Esos hijos transmiten su propia perversidad de carácter como una herencia a sus descendientes y al mismo tiempo su mal ejemplo e influencia corrompen a la sociedad y trastornan a la iglesia. No podemos creer que hombre alguno, no importa cuán grande sea su habilidad y utilidad, sirva mejor a Dios o al mundo mientras dedique su tiempo a otros propósitos descuidando a sus propios hijos (Signs of the Times 9-2-1882).
Se promete la cooperación celestial.
Dios bendecirá una disciplina justa y correcta Pero Cristo dice "sin mí nada podéis hacer". Los seres celestiales no pueden cooperar con los padres y madres que descuidan la educación de sus hijos, permitiendo

que Satanás maneje esa maquinaria infantil, esa mente juvenil, como un instrumento mediante el cual puede obrar para contrarrestar la acción del Espíritu Santo (Manuscrito 126, 1897). 217

CAPÍTULO 43. La Disciplina en el Hogar

Familias bien ordenadas y bien disciplinadas.

El deber de los que pretenden ser cristianos es presentar ante el mundo familias bien ordenadas y bien disciplinadas, familias que demuestren el poder del verdadero cristianismo (Review and Herald, 13-4-1897).

No es fácil educar y preparar a los hijos sabiamente. Se levantarán dificultades cuando los padres traten de mantener el juicio y el temor de Dios delante de ellos, los hijos revelarán la perversidad albergada en su corazón. Muestran amor por la necedad, la independencia y odio por la restricción y la disciplina. Practican el engaño y expresan falsedades. Demasiados padres, en vez de castigar a sus hijos por esas faltas, los ciegan a fin de que no vean debajo de la superficie ni disciernan el verdadero significado de estas cosas. Por lo tanto, los hijos continúan en sus prácticas engañosas formando caracteres que Dios no puede aprobar.

La norma fijada por la Palabra de Dios es puesta a un lado por los padres a los que no les gusta la camisa de fuerza, como algunos la llaman, para emplearla en la educación de sus hijos. Muchos padres tienen un disgusto arraigado en contra de los santos principios de la Palabra de Dios, porque esos principios colocan demasiada responsabilidad sobre ellos. Pero la cuenta inevitable, que todos los padres están obligados a pagar, muestra que los caminos de Dios son los mejores y que el único sendero de seguridad y felicidad se halla en la obediencia a su voluntad (Id., 30-3-1897).

La restricción de los hijos no es una tarea fácil.

Dentro del actual estado de cosas de la sociedad, no es una tarea fácil que los padres restrinjan a sus hijos y los instruyan de acuerdo con los principios 218 bíblicos. Cuando educan a sus hijos en armonía con los preceptos de la Palabra de Dios y, como el Abrahán de la antigüedad, guían a su casa tras sí, los hijos piensan que sus padres son exagerados e innecesariamente exigentes (Signs of the Times, 17-4-1884).

Falsas ideas en cuanto a la restricción.

Padres. si queréis la bendición de Dios, proceded como procedió Abrahán. Reprimid el mal y fomentad el bien. Será necesario dar algunas órdenes en lugar de consultar las inclinaciones y gustos de los hijos (Carta 53, 1887).

Dejar a un niño que siga sus impulsos naturales, es permitirle que su carácter se deteriore y se haga eficiente en el mal. Los padres sabios no dirán a sus hijos: "Sigue tu propia elección; ve adonde quieras, y haz lo que quieras"; sino: "Escucha la instrucción del Señor". A fin de que no se eche a perder la belleza de la vida del hogar, deben hacerse y aplicarse reglas sabias en él (Consejos para los Maestros, págs. 86, 87).

Por qué pereció la familia de Acán.

¿Habéis pensado por qué fueron sometidos al castigo de Dios todos los que estaban relacionados con Acán? Fue porque no habían sido preparados y educados de acuerdo con las direcciones dadas en la gran norma de la ley de Dios. Los padres de Acán lo habían educado en tal forma, que se sentía libre para desobedecer la Palabra del Señor. Los principios inculcados en su vida lo indujeron a tratar a sus hijos en tal forma que ellos también se corrompieron. La mente actúa sobre otra mente y recibe su influencia, y el castigo que incluyó a los familiares de Acán revela el hecho de que todos estaban implicados en la transgresión (Manuscrito 67, 1894).

El ciego afecto paternal es el más grande obstáculo en la enseñanza.

El pecado del descuido paternal 219 es casi universal. Con demasiada frecuencia existe un ciego afecto hacia los que están relacionados con nosotros por vínculos naturales. Ese afecto se lleva al extremo; no está equilibrado por la sabiduría ni por el temor de Dios. El ciego afecto paternal es el mayor obstáculo en el sendero de la debida educación de los hijos. Impide la disciplina y la educación que requiere el Señor. Debido a ese afecto, a veces los padres parecen estar desprovistos de razón. Es como las tiernas misericordias de los impíos, cruelmente disfrazadas con el atavío de un falso amor. Esta peligrosa contracorriente es la que lleva a los hijos a la ruina (Review and Herald 6-4-1897).

Los padres están en constante peligro de fomentar los afectos naturales a expensas de la obediencia a la ley de Dios. Para agradar a sus hijos, muchos padres permiten lo que Dios prohibe (Id., 29-1-1901).

Los padres son responsables por lo que sus hijos podrían haber sido.

Si el padre y la madre, como maestros del hogar, permiten que sus hijos dominen la situación y se descarríen, son responsables por lo que esos hijos podrían haber sido de otra manera (Id., 15-9-1904).

Los que siguen sus propias inclinaciones, en su afecto ciego por sus hijos, y, permitiéndoles que satisfagan sus deseos egoístas, no les hacen sentir el peso de la autoridad de Dios para reprender el pecado y corregir el mal, ponen de manifiesto que honran a sus hijos impíos más que a Dios. Sienten más anhelo por escudar la

reputación de ellos que por glorificar a Dios; y tienen más deseo de complacer a sus hijos que de agradar al Señor. . . . Aquellos que no tienen suficiente valor para reprender el mal, o que por indolencia o falta de interés no hacen esfuerzos fervientes para purificar la familia o la iglesia de Dios, son considerados responsables del mal que resulte de su descuido del deber. Somos 220 tan responsables de los males que hubiéramos podido impedir en otros por el ejercicio de la autoridad paternal o pastoral, como si hubiésemos cometido los tales hechos nosotros mismos (Patriarcas y Profetas, págs. 624, 625).
Se debe ser imparcial.
Es muy natural que haya favoritismo en los padres en cuanto a sus hijos. Especialmente si los padres creen que ellos mismos poseen una capacidad superior, considerarán que sus hijos son superiores a otros niños. Por lo tanto, mucho de lo que censurarían severamente en otros, lo pasan por alto en sus hijos como una muestra de inteligencia. Si bien es cierto que esta parcialidad es natural, no es justa ni cristiana. Se hace un gran daño a nuestros hijos cuando les permitimos que sus faltas no sean corregidas (Signs of the Times, 24-11-1881).
No consintáis el mal.
Se debería explicar que el gobierno de Dios no reconoce transigencias con el mal. Ni en el hogar ni en la escuela se debería tolerar la desobediencia. Ningún padre ni maestro que desee sinceramente el bienestar de los que están a su cuidado, transigirá con la voluntad terca que desafíe a la autoridad o recurra al subterfugio o la evasiva a fin de esquivar la obediencia. No es el amor, sino el sentimentalismo el que se complace con el mal, trata de obtener obediencia por medio de ruegos o sobornos y finalmente acepta algún sustituto en vez de lo que exigía (La Educación, pág. 282).
Existe hoy en muchísimas familias mucha complacencia propia y desobediencia que pasan sin ser corregidas, o por el contrario se manifiesta un espíritu despótico que crea los peores males en el carácter de los hijos. Los padres los corrigen a veces con tal desconsideración que les amargan la vida, y los 221 hijos pierden el respeto por sus padres y hermanos (Carta 75, 1898).
Los padres no comprenden los principios correctos.
Apena el corazón ver la necedad de los padres en el ejercicio de la autoridad que Dios les ha dado. Hombres que en todo lo demás son consecuentes e inteligentes fracasan en la comprensión de los principios que debieran emplear en la educación de sus hijos pequeños. No les dan la instrucción correcta en el tiempo cuando ella, un ejemplo piadoso y una firme decisión son indispensables para guiar correctamente la mente inexperta que ignora las influencias engañosas y peligrosas a las que tendrá que hacer frente por doquiera (Manuscrito 119, 1899).
El mayor sufrimiento ha sobrevenido a la familia humana porque los padres se han apartado del plan divino para seguir su propio criterio y sus ideas imperfectas. Muchos padres obedecen a sus impulsos. Se olvidan que el bien presente y futuro de sus hijos requiere disciplina inteligente (Manuscrito 49, 1901).
Dios no acepta excusas.
Con demasiada frecuencia, se crea un estado de rebelión en el corazón de los hijos debido a la disciplina errónea de los padres, cuando los hijos habrían formado buenos y armoniosos caracteres si se hubiera seguido un curso de acción adecuado (Testimonies, tomo 3, págs. 532, 533).
Mientras los padres tengan la facultad de disciplinar, educar y preparar a sus hijos, ejerzan esa facultad para Dios. El les requiere una obediencia pura, impecable y recta. No tolerará ninguna otra cosa. No excusará la mala dirección de los hijos (Review and Herald, 13-4-1897).
Hay que vencer el espíritu natural de obstinación.
Algunos niños son naturalmente más obstinados que otros y no aceptan la disciplina, en consecuencia se vuelven muy antipáticos y desagradables. Si la madre 222 no tiene suficiente visión para tratar con este aspecto del carácter, se formará un estado de cosas muy desgraciado, pues tales niños seguirán sus caprichos para su propia destrucción. Pero cuán terrible es que un hijo fomente un espíritu de obstinación no sólo en la niñez, sino en años de mayor madurez, y debido a una falta de comprensión en la niñez, alimente amargura y maldad en la edad adulta hacia la madre que no supo dirigir a sus hijos (Manuscrito 18, 1891).
Nunca digáis a un niño: "No puedo tolerarte".
Nunca digais a vuestros hijos: "no puedo tolerarte". Mientras tengamos acceso al trono de Dios, como padres debiéramos avergonzarnos de pronunciar tales palabras. Clamad a Jesús y él os ayudará a conducir a vuestros pequeños a Dios (Review and Herald, 16-7-1895).
Debe estudiarse diligentemente el manejo de la familia.
He oído a algunas madres que decían que no tenían la habilidad para dirigir que tienen otras, que es un talento que no poseen. Las que comprenden su deficiencia en esto, debieran estudiar muy diligentemente el tema de la dirección de la familia. Y sin embargo, las más valiosas sugestiones de otras no debieran ser adoptadas

impensadamente y sin discriminación. Quizá no se adapten igualmente a las circunstancias de cada madre, o a la disposición y temperamento peculiares de cada hijo de la familia. Estudie la madre cuidadosamente la experiencia de otras, note la diferencia entre sus métodos y los de ella y pruebe cuidadosamente aquéllos que puedan ser de verdadero valor. Si una clase de disciplina no produce los resultados deseados, inténtese otro plan y obsérvense cuidadosamente los resultados.

Las madres, más que otras personas, debieran acostumbrarse a pensar e investigar. Si perseveran 223 en esto, hallarán que están adquiriendo la facultad que pensaban que no tenían, que están aprendiendo a formar correctamente el carácter de sus hijos. El resultado de la labor y pensamiento dados a esta obra se verá en la obediencia de los hijos, en su sencillez, su modestia y pureza, y esto recompensará ricamente todo esfuerzo hecho (Signs of the Times, 11-3-1886).

Los padres deben unirse en la disciplina.

La madre siempre debiera tener la cooperación del padre en sus esfuerzos para establecer el fundamento de un buen carácter cristiano en sus hijos. Un padre excesivamente cariñoso no debiera cerrar los ojos a las faltas de sus hijos porque le resulte desagradable corregirlos (Testimonies, tomo 1, págs. 546, 547).

Debieran inculcarse en la mente de los niños los principios correctos. Si los padres se unen en esta obra de disciplina, los niños entenderán lo que se requiere de ellos. Pero si el padre, por palabra o apariencia, muestra que no aprueba la disciplina que da la madre, si cree que ella es demasiado estricta y piensa que él debe compensar la rigurosidad con mimos y condescendencias, se arruinarán los hijos. Los padres complacientes recurrirán a engaños, y los hijos pronto sabrán que pueden hacer lo que les plazca. Los padres que cometen este pecado contra sus hijos son responsables por la pérdida de sus almas (Manuscrito 58, 1899).

La influencia combinada del afecto y la autoridad.

Irradie de vuestro carácter la luz de la gracia celestial para que haya luz de sol en el hogar. Haya paz, palabras agradables y semblantes alegres. Esto no es un afecto ciego, no es esa ternura que fomenta el pecado debido a una necia indulgencia y que es la mismísima crueldad, no es ese falso amor que permite que los hijos gobiernen y conviertan a sus padres en esclavos de sus caprichos. No debiera haber 224 parcialidad paternal, ni opresión; la influencia combinada del afecto y la autoridad darán el molde adecuado a la familia (Review and Herald, 15-9-1891).

Represéntese el carácter de Dios en la disciplina.

Sed firmes, sed decididos en poner en práctica la instrucción de la Biblia, pero liberaos de toda pasión. Recordad que cuando sois ásperos e irrazonables ante vuestros pequeños, les enseñáis a ser lo mismo. Dios os requiere que eduquéis a vuestros hijos, usando en vuestra disciplina toda la táctica de un sabio maestro que está regido por Dios. Si el poder de Dios que convierte se ejerce en vuestro hogar, vosotros mismos aprenderéis constantemente. Representaréis el carácter de Cristo y agradarán a Dios vuestros esfuerzos en este sentido. Nunca descuidéis la obra que debiera hacerse para los miembros menores de la familia del Señor.

Padres, vosotros sois la luz de vuestro hogar. Brille pues vuestra luz en forma de palabras amables, en sedantes tonos de voz. Quitad de ellas el aguijón mediante la oración a Dios en procura de dominio propio. Y los ángeles estarán en vuestro hogar, pues ellos observarán vuestra luz. La disciplina que deis a vuestros hijos proseguirá en forma de corrientes fuertes y claras, que llegan hasta el mundo saliendo de vuestro hogar correctamente conducido (Manuscrito 142, 1898).

No haya desviación de los principios correctos.

Antiguamente, la autoridad paterna era respetada: los hijos estaban entonces sujetos a sus padres, y los temían y reverenciaban; pero en estos últimos días el orden ha sido invertido. Algunos padres están sujetos a sus hijos. Temen contrariar su voluntad, y por lo tanto ceden a lo que les exigen. Pero mientras que los hijos están bajo el techo de sus padres, y dependen de ellos, deben estar sujetos a 225 su voluntad. Los padres deben obrar con decisión, requiriendo que se acate lo que ellos consideran correcto (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 76).

Tómense medidas extremas si la desobediencia obstinada no es reprimida.

Algunos padres indulgentes que aman la comodidad temen ejercer una autoridad sana sobre sus hijos indisciplinados para que ellos no huyan del hogar. Sería mejor que algunos hicieran eso antes que permanecer en el hogar viviendo a expensas de la generosidad de sus padres y al mismo tiempo hollando toda autoridad tanto humana como divina. Sería muy provechoso que tales hijos tuvieran la plena independencia que se imaginan que es tan deseable, que aprendieran que se necesita esforzarse para vivir. Digan los padres al muchacho que amenaza con escaparse del hogar: "Hijo mío, si estás determinado a irte del hogar antes que someterte a reglas justas y debidas, no te lo impediremos. Si piensas que el mundo es más amistoso. que los padres que te han cuidado desde la infancia, deberás descubrir tu error por ti mismo. Serás bienvenido cuando

desees volver a la casa de tu padre para ser sometido a su autoridad. Las obligaciones son mutuas. Al paso que tú tienes alimento, vestido y cuidado paternal, a tu vez estás en la obligación de someterte a las reglas del hogar y a la sana disciplina. Mi casa no puede ser mancillada con el hedor del tabaco, con palabras viles o embriaguez. Deseo que los ángeles de Dios estén en mi hogar. Si estás plenamente determinado a servir a Satanás, mejor estarás con aquellos cuya compañía amas, de lo que estarías en tu hogar".

Un proceder tal frenaría la degradación de millares. Pero con demasiada frecuencia los hijos saben que pueden hacer lo peor y, sin embargo, una madre poco prudente intercederá por ellos y ocultará sus transgresiones. Más de un hijo rebelde se jacta porque 226 sus padres no han tenido valor para reprimirlo. . . .No lo fuerzan a obedecer. Tales padres fomentan en sus hijos la disipación y están deshonrando a Dios por su necia indulgencia. Son estos jóvenes rebeldes y corruptos los que constituyen el elemento más difícil de dominar en las escuelas y colegios (Review and Herald, 13-6-1882).

No os canséis en el bien hacer.

La obra de los padres es continua. No debiera cumplirse vigorosamente un día para descuidarse al siguiente. Muchos están listos para comenzar la obra, pero no están dispuestos a perseverar en ella. Anhelan hacer grandes cosas, algún gran sacrificio; pero se retraen del cuidado incesante y del esfuerzo en las cosas pequeñas de la vida diaria, el continuo podar y educar las tendencias torcidas, la obra de dar instrucción especial, reprochar o animar, poco a poco, tal como fuera necesario. Quieren que sus hijos corrijan sus errores y formen caracteres correctos de golpe, alcanzando la cima de un salto y no mediante pasos sucesivos, y se descorazonan porque sus esperanzas no se realizan inmediatamente. Anímense tales personas al recordar las palabras del apóstol: "No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Signs of the Times, 24-11-1881).

Puede suceder que los niños observadores del sábado se impacienten por las restricciones y piensen que sus padres son demasiado estrictos; y hasta puede suceder que se susciten en sus corazones sentimientos duros y lleguen a alimentar pensamientos de descontento y pesar contra aquellos que obran para su bien presente, futuro y eterno. Pero si llegan a vivir algunos años más, bendecirán a sus padres por el cuidado estricto y la vigilancia fiel que ejercieron sobre ellos en sus años de inexperiencia (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 150). 227

Leed admoniciones de la Palabra de Dios.

Cuando yerran los niños, los padres debieran darse tiempo para leerles tiernamente de la Palabra de Dios aquellas admoniciones que sean especialmente aplicables a su caso. Cuando son probados, tentados o desanimados, citadles las preciosas palabras de consuelo y guiadlos suavemente a depositar su confianza en Jesús. Así se podrá dirigir la mente juvenil a lo que es puro y ennoblecedor. Y a medida que los grandes problemas de la vida, y el trato de Dios con la raza humana, se despliegan ante el entendimiento, se ejercitan las facultades del razonamiento y también el juicio, al paso que se imprimen en el corazón las lecciones de la verdad divina. Así los padres pueden modelar diariamente el carácter de sus hijos, a fin de que puedan ser aptos para la vida futura (Review and Herald, 13-6-1882). 228

CAPÍTULO 44. La Administración de la Disciplina Correctiva

Pedid que el Señor venga y dirija.

Demandad obediencia en vuestra familia, pero al hacer esto, buscad al Señor con vuestros hijos y pedidle que venga y dirija. Vuestros hijos quizá hayan hecho algo que demande castigo, pero si los tratáis con el espíritu de Cristo, los brazos de ellos ceñirán vuestro cuello, se humillarán delante del Señor y reconocerán su error. Eso es suficiente. Entonces no necesitan castigo. Agradezcamos al Señor porque ha abierto el camino por el cual podemos llegar hasta cada alma (Manuscrito 21, 1909).

Si vuestros hijos son desobedientes, debieran ser corregidos. . . . Antes de corregirlos, pedid a solas al Señor que ablande y subyugue el corazón de vuestros hijos y que os dé sabiduría para tratarlos. Ni en un solo caso he sabido nunca que haya fracasado este método. No podéis hacer que un hijo comprenda cosas espirituales cuando el corazón está conmovido por la pasión (Manuscrito 27, 1911).

Instruid pacientemente a los niños.

Desde su misma infancia, el Señor quiere que el corazón de los niños le sea dado para su servicio. Mientras son demasiado jóvenes para razonar, llamadles la atención de la mejor manera que podáis; cuando sean mayores, enseñadles por precepto y ejemplo que no podéis tolerar sus deseos erróneos.

Instruidlos pacientemente. A veces tendrán que ser castigados, pero nunca lo hagáis en una forma que sientan que los habéis castigado con ira. Al hacerlo, sólo provocaréis un mal mayor. Podrían evitarse muchas diferencias lamentables en el círculo familiar si los padres obedecieran el consejo del Señor en la educación de sus niños (Manuscrito 23, 1909). 229

Los padres deben estar bajo la disciplina de Dios.
Madres, no importa hasta dónde os irriten vuestros niños en su ignorancia, no os impacientéis. Enseñadles paciente y amorosamente. Sed firmes con ellos. No permitáis que los rija Satanás. Disciplinadlos sólo cuando estáis bajo la disciplina de Dios. Cristo vencerá en las vidas de vuestros hijos si aprendéis de Aquel que es manso y humilde, puro e inmaculado (Carta 272, 1903).
Pero si tratáis de gobernar sin ejercer dominio propio, sin sistema, pensamiento ni oración, seguramente cosecharéis las amargas consecuencias (Signs of the Times, 9-2-1882).
Nunca corrijáis con ira.
Debéis corregir a vuestros niños con amor. No permitáis que hagan lo que les plazca hasta que os enojéis, y entonces los castiguéis. Una corrección tal sólo ayuda al mal en vez de corregirlo (Review and Herald, 19-9-1854).
Manifestar ira hacia un niño que se equivoca, es aumentar el mal. Eso despierta las peores pasiones en el niño y lo induce a creer que no os preocupáis por él. Razona consigo mismo que no podríais tratarlo así si os interesara.
¿Y pensáis que Dios no sabe la forma en que son corregidos esos niños? Sabe, y sabe también lo que podrían ser los benditos resultados si la obra de corrección se hiciera en una forma que conquistara en vez de repeler. . . .
Os suplico, no corrijáis a vuestros niños con ira. Ese es el tiempo por excelencia cuando debéis actuar con humildad, paciencia y oración. Entonces es cuando debéis arrodilláis con los niños y pedir el perdón del Señor. Procurad ganarlos para Cristo manifestándoles bondad y amor, y veréis que un poder mayor que el de la tierra está cooperando en vuestros esfuerzos (Manuscrito 53, 1912). 230
Cuando estéis obligados a corregir a un niño, no elevéis el tono de la voz. . . . No perdáis vuestro dominio propio. El padre que da rienda suelta a su ira cuando corrige a un niño, comete más falta que éste (Signs of the Times, 17-2-1904).
Renegar y regañar nunca ayudan.
Las palabras ásperas y enojadas no son de origen celestial. Renegar y regañar nunca ayudan. Por el contrario despiertan los peores sentimientos en el corazón humano. Cuando vuestros niños proceden mal y están llenos de rebeldía y os sentís tentados a hablar y actuar ásperamente, esperad antes de corregirlos. Dadles una oportunidad de pensar y serenad vuestro ánimo.
Al tratar bondadosa y tiernamente a vuestros niños, recibiréis la bendición del Señor. ¿Y pensáis que en el día del juicio de Dios habrá alguien que se lamente de haber sido paciente y bondadoso con sus niños? (Manuscrito 114, 1903).
La nerviosidad no es excusa para la impaciencia.
A veces los padres disculpan su propia mala conducta con la excusa de que no se sienten bien. Están nerviosos y piensan que no pueden ser pacientes ni serenos, ni hablar de una manera agradable. En esto se engañan y agradan a Satanás, quien se regocija de que ellos no consideran la gracia de Dios como suficiente para vencer las flaquezas naturales. Ellos pueden y deben dominarse a si mismos en toda ocasión. Dios se lo exige (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 134).
A veces, cuando están fatigados por el trabajo u oprimidos por las preocupaciones, los padres no mantienen un espíritu tranquilo, sino que manifiestan una falta de tolerancia que desagrada a Dios y ensombrece a la familia. Padres, cuando os sentís enojados, no debéis cometer el gran pecado de envenenar a toda la familia con esa irritabilidad peligrosa. 231 En tales oportunidades, vigilaos doblemente y resolved que sólo saldrán de vuestros labios palabras amables y animadoras. Al ejercer así el dominio propio, os fortaleceréis. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible. . . . Jesús conoce nuestras debilidades y él mismo ha compartido nuestras vicisitudes en todas las cosas, menos en el pecado. Por lo tanto, ha preparado un camino adecuado para nuestra fortaleza y capacidad.
A veces parece que todo va mal en el círculo familiar. Hay mal humor por doquiera y todos parecen muy desdichados y tristes. Los padres echan la culpa a sus pobres hijos y piensan que son muy desobedientes e indisciplinados, los peores hijos del mundo; cuando la causa de la alteración está en ellos mismos. Dios les requiere que ejerzan dominio propio. Debieran comprender que cuando se entregan a la impaciencia y al enojo, hacen sufrir a otros. Los que los rodean son afectados por el espíritu que manifiestan, y a su vez expresan el mismo espíritu, el mal se aumenta (Signs of the Times, 17-4-1884).
A veces hay poder en el silencio.

Los que desean dominar a otros deben primero dominarse a sí mismos. . . Cuando un padre o maestro se impacienta, y corre peligro de hablar imprudentemente, guarde silencio. En el silencio hay un poder maravilloso (La Educación, págs. 283, 284).

Dad pocas órdenes; luego requerid obediencia.

Sean cuidadosas las madres de no dar órdenes innecesarias para exhibir su autoridad ante otros. Dad pocas órdenes, pero ved que sean obedecidas (Signs of the Times, 9-2-1882).

Al disciplinar a vuestros niños, no los desliguéis de lo que les habéis requerido que hagan. No esté tan preocupada vuestra mente por otras cosas al punto de que caigáis en el descuido. Y no os canséis de vuestra vigilancia porque vuestros niños olvidan 232 y hacen lo que les habéis prohibido hacer (Manuscrito 32, 1899).

En todas vuestras órdenes, procurad conseguir el mayor bien de vuestros niños, y luego ved que esas órdenes se cumplan. Deben ser inmutables vuestra energía y decisión, y sin embargo, siempre sometidas al espíritu de Cristo (Signs of the Times, 13-9-1910).

El trato con un niño negligente.

Cuando pedís a vuestro hijo que haga alguna cosa y él contesta: "Sí, la haré", y luego no cumple su palabra, no debéis dejar así el asunto. Debéis hacer que vuestro hijo dé cuenta de su negligencia. Si lo pasáis por alto sin llamarle la atención, educáis a vuestro hijo en hábitos de negligencia e infidelidad. Dios ha dado una mayordomía a cada hijo. Los hijos han de obedecer a sus padres. Han de ayudar a llevar las cargas y responsabilidades del hogar, y cuando descuidan la obra asignada, debiera llamárselos a cuentas y requerirse que las realicen (Manuscrito 127, 1899).

Los resultados de la disciplina apresurada y espasmódica.

Cuando los niños han cometido una falta, ellos mismos están convictos de su pecado y se sienten humillados y desasosegados. Reprenderlos frecuentemente por sus faltas, dará como resultado hacerlos tercos y enconados. Como potros indómitos, parecieran determinados a crear dificultades, y las reprimendas no les harán bien. Los padres debieran buscar la forma de dirigir la mente de ellos hacia otros canales.

Pero la dificultad estriba en que los padres no son uniformes en su trato, sino que proceden más por impulso que por principio. Se dejan arrebatar por la pasión y no dan a sus hijos el ejemplo que debieran dar los padres cristianos. Un día pasan por alto las faltas de sus hijos, y al día siguiente no manifiestan paciencia ni dominio propio. No observan 233 la orden del Señor de hacer justicia y juicio. Con frecuencia son más culpables que sus hijos.

Algunos niños pronto olvidan algo malo que les hayan hecho sus padres, pero otros que tienen diferente mentalidad no pueden olvidar un castigo severo e injusto que no merecían. Así se les daña el alma y confunde la mente. La madre pierde sus oportunidades de inculcar los debidos principios en la mente del hijo, porque ella no mantuvo el dominio propio ni manifestó un proceder bien equilibrado en su proceder y palabras (Manuscrito 38, 1893).

Sed tan tranquilos y estad tan exentos de ira, que queden convencidos que los amáis aunque los castiguéis (Manuscrito 2, 1903).

A veces la persuasión es mejor que el castigo.

He sentido un interés tan profundo en esta clase de obra, que he adoptado algunos niños a fin de que pudieran ser educados correctamente. En vez de castigarlos cuando cometían faltas, los persuadía a hacer lo correcto. Una niñita había tomado el hábito de arrojarse al piso si no se le permitía hacer lo que quería. Le dije: "Si no te enojas una vez hoy, tu tío White y yo te llevaremos en el vehículo, y pasaremos un día feliz en el campo. Pero si te tiras al piso una sola vez perderás tu derecho a esa diversión". En esa forma yo trabajaba para esos niños, y ahora me siento agradecida de haber hecho esa obra (Manuscrito 95, 1909).

Tratad el mal pronta, sabia y firmemente.

La desobediencia debe ser castigada. Los males deben ser corregidos. La iniquidad que está ligada en el corazón del muchacho, debe ser afrontada y vencida por padres y maestros. Debe tratarse el mal pronta y sabiamente, con firmeza y decisión. El odio a las restricciones, el amor a la complacencia propia, la indiferencia a las cosas eternas deben tratarse con cuidado. A menos que se desarraigue el mal, el alma 234 se perderá. Y más que eso: el que se entrega para seguir la senda de Satanás procura constantemente seducir a otros. Desde su más temprana edad, debiéramos tratar de vencer en nuestros hijos el espíritu del mundo (Carta 166, 1901).

A veces es necesaria la vara.

La madre puede preguntarse: "¿No habré de castigar nunca a mi hijo?" Puede ser que los azotes sean necesarios cuando los demás recursos fracasen; sin embargo ella no debe usar la vara si es posible evitarlo. Pero si las correcciones más benignas resultan insuficientes, el castigo para hacer volver al niño en sí debe ser

administrado con amor. Frecuentemente una sola corrección de esta naturaleza bastará para toda la vida, pues demostrará al niño que él no tiene en sus manos las riendas del dominio.
Y cuando este paso llega a ser necesario, se le debe inculcar seriamente al niño el pensamiento de que se le administra el castigo no para la satisfacción de los padres ni como acto de arbitraria autoridad, sino para su propio beneficio. Debe enseñársele que todo defecto no corregido le ocasionará desgracia, y desagradará a Dios. Bajo esa disciplina, los niños hallarán su mayor felicidad en someterle su voluntad a la voluntad de su Padre celestial (Consejos para los Maestros, pág. 90).
Como el último recurso.
Muchas veces encontraréis que si razonáis con ellos bondadosamente, no necesitarán ser azotados. Y un trato tal los inducirá a tener confianza en vosotros. Os convertirán en sus confidentes. Vendrán a vosotros y dirán: Me porté mal hoy, en tal momento, y quiero que me perdones y pidas a Dios que me perdone. He pasado por escenas como ésta y por lo tanto yo sé. . . . Estoy agradecida de que tuve valor de tratarlos con firmeza cuando se equivocaban, de orar con ellos y mantener las normas de la Palabra de Dios delante de 235 ellos. Estoy contenta de haberles presentado las promesas para los vencedores y las recompensas ofrecidas a los que son fieles (Manuscrito 27, 1911).
Nunca deis un golpe con ira.
Nunca deis a vuestro hijo un golpe con ira a menos que queráis que aprenda a pelear y a reñir. Como padres estáis en el lugar de Dios para vuestros hijos y debéis estar en guardia (Manuscrito 32, 1899).
Quizá tengáis que castigar con la vara; esto es a veces esencial, pero posponed cualquier arreglo de la dificultad hasta que hayáis resuelto el caso con vosotros mismos. Preguntaos: ¿He sometido mi conducta y mi voluntad a Dios? ¿Me he colocado donde Dios pueda manejarme, de modo que tenga sabiduría, paciencia, bondad y amor en mi trato con los elementos refractarios del hogar? (Manuscrito 79, 1901).
Advertencia a un padre de genio rápido.
Hno. L., ¿ha considerado Ud. lo que es un niño y dónde va? Sus hijos son los miembros más jóvenes de la familia del Señor: hermanos y hermanas confiados a su cuidado por su Padre celestial para que Ud. los prepare y eduque para el cielo. Cuando Ud. los trata ásperamente, como lo ha hecho con frecuencia, ¿tiene Ud. en cuenta que Dios lo hará responsable por ese trato? No debiera tratar así a sus hijos tan ásperamente. Un niño no es un caballo ni un perro a quien le dé órdenes de acuerdo con su voluntad imperiosa o que sea regido en todas las circunstancias con un palo o un látigo, o mediante golpes dados con la mano. Algunos niños son de un temperamento tan malo, que es necesario que se los castigue físicamente, pero muchísimos casos se empeoran mucho con esta clase de disciplina. . . .
Nunca levante la mano para darle un golpe a menos que, con clara conciencia, Ud. pueda inclinarse delante de Dios y pedir su bendición sobre la disciplina que está por aplicar. Fomente el amor en el 236 corazón de sus hijos. Presente delante de ellos motivos elevados y correctos que induzcan al dominio propio. No les dé la impresión de que deben someterse a un régimen porque así lo determina su voluntad arbitraria, porque Ud. es fuerte y ellos débiles, porque Ud. es el padre y ellos los hijos. Si Ud. quiere arruinar a su familia, continúe gobernándola por la fuerza bruta, y resultará así ciertamente (Testimonies, tomo 2, págs. 259, 260).
Nunca sacudáis a un niño irritado.
Los padres no han dado a sus hijos la educación correcta. Frecuentemente manifiestan las mismas imperfecciones que se ven en los hijos. Comen indebidamente, y esto atrae su energía nerviosa para el estómago, y no tienen vitalidad para usarla en otras direcciones. No pueden controlar debidamente a sus hijos debido a su propia impaciencia; ni pueden enseñarles lo correcto. Quizá los toman ásperamente y les dan un golpe impaciente. He dicho que zamarrear a un niño hará que le entren dos malos espíritus en vez de sacarle uno. Si un niño está equivocado, zamarrearlo lo empeorará. No lo someterá (Id., pág. 365).
Usad primero la razón y la oración.
Razonad primero con vuestros hijos, señaladles claramente sus faltas, e impresionadlos con el hecho de que no sólo han pecado contra vosotros sino contra Dios. Con vuestro corazón lleno de compasión y dolor por vuestros hijos descarriados, orad con ellos antes de corregirlos. Entonces verán que no los castigáis porque os molestan, o porque queréis desfogar vuestro mal genio con ellos, sino por un sentimiento de deber, para su bien, y os amarán y respetarán (Signs of the Times, 10-4-1884).
Esa oración puede hacer una impresión tal en su mente, que ellos verán que no sois irrazonables. Y si los niños ven que no sois irrazonables, habréis ganado una gran victoria. Esta es la obra que debe 237 hacerse en el círculo de vuestra familia en estos últimos días (Manuscrito 73, 1909).
La efectividad de la oración en una crisis disciplinaria.

No los amenacéis con la ira de Dios si cometen una mala acción, sino presentadlos en vuestras oraciones a Cristo (Manuscrito 27, 1893).
Si sois padres cristianos, antes de ocasionar dolor físico a vuestro hijo, revelaréis el amor que tenéis para con vuestros pequeñuelos que yerran. Mientras os postráis delante de Dios con vuestro hijo, presentaréis al Redentor lleno de simpatía sus propias palabras: "Dejad los niños venir, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios" (Mar. 10: 14). Esta oración traerá a los ángeles a vuestro lado. Vuestro hijo no olvidará estos incidentes, y la bendición de Dios descansará sobre tal instrucción, guiándolo a Cristo.
Cuando los niños comprenden que sus padres están procurando ayudarles, pondrán todas sus energías en la debida dirección (Consejos para los Maestros, pág. 91).
La experiencia personal en la disciplina.
Nunca permití que mis hijos pensaran que podían molestarme en su niñez. También crié en mi familia a otros de otras familias, pero nunca permití que esos niños pensaran que podían molestar a su madre. Nunca me permití decir una palabra áspera o impacientarme o enojarme con los niños. Nunca llegaron al punto de provocarme a ira, ni una sola vez. Cuando se agitaba mi espíritu o cuando me parecía que iba a perder los estribos, decía: "Niños, dejemos esto en paz ahora; no diremos nada más de esto ahora. Lo trataremos otra vez antes de acostarnos". Teniendo todo ese tiempo para reflexionar, al anochecer se habían aplacado y yo podía tratarlos muy bien. . . . 238
Hay una forma correcta y una forma equivocada. Nunca levanté la mano a mis hijos antes de hablarles. Y si se quebrantaban y si reconocían su falta (y siempre lo hicieron cuando la presenté delante de ellos y oré con ellos) y si se sometían (siempre lo hicieron cuando yo procedía así), entonces los tenía dominados. Nunca actuaron de otra manera. Cuando oraba con ellos, se quebrantaban por completo, me echaban los brazos al cuello y lloraban. . . .
Al corregir a mis hijos, nunca permití que mi voz se alterara en ninguna forma. Cuando advertía que algo andaba mal, esperaba hasta que pasara el "calor", y entonces los tomaba por mi cuenta después de que habían tenido la oportunidad de reflexionar y estaban avergonzados. Se avergonzaban si les daba una hora o dos para pensar en estas cosas. Siempre me apartaba y oraba. Entonces no les hablaba.
Después de que habían quedado solos por un tiempo, venían a verme por el asunto. "Bien", les decía, "esperemos hasta la noche". Al llegar esa hora, orábamos y entonces les decía que hacían daño a su propia alma y agraviaban al Espíritu de Dios por su proceder equivocado (Manuscrito 82, 1901).
Emplead tiempo para orar.
Cuando me sentía irritada y tentada a decir palabras que me avergonzarían, me callaba, salía de la habitación y pedía a Dios que me diera paciencia para enseñar a esos niños. Entonces podía volver y hablar con ellos y decirles que no debían proceder mal otra vez. Podemos adoptar una posición tal en este asunto de modo que no provoquemos a ira a los hijos. Debiéramos hablar bondadosa y pacientemente, recordando siempre cuán extraviados somos y cómo queremos ser tratados por nuestro Padre celestial.
Estas son las lecciones que deben aprender los padres, y cuando las hayáis aprendido, seréis los mejores alumnos de la escuela de Cristo y vuestros 239 hijos serán los mejores hijos. En esta forma podéis enseñarles el respeto de Dios y la observancia de su ley, porque tendréis un excelente dominio sobre ellos y al hacer esto los estáis educando para que en la sociedad sean niños que serán una bendición para los que los rodean. Los estáis preparando para ser colaboradores con Dios (Manuscrito 19, 1887).
El gozo puede seguir al dolor de la disciplina.
El verdadero modo de habérselas con las pruebas no consiste en tratar de escapar a ellas, sino en transformarlas. Esto se aplica a toda la disciplina, tanto a la de los primeros años como a la de los últimos. El descuido de la educación temprana del niño y el consecuente fortalecimiento de las malas tendencias dificulta su educación ulterior y es causa de que la disciplina sea, con demasiada frecuencia, un proceso penoso. Ha de ser penosa para la naturaleza baja, pues se opone a los deseos y las inclinaciones naturales, pero puede olvidarse el dolor en vista de un gozo superior.
Enséñese al niño y al joven que todo error, toda falta, toda dificultad vencida, llega a ser un peldaño hacia las cosas mejores y más elevadas. Por medio de tales vicisitudes han logrado éxito todos los que han hecho de la vida algo digno de ser vivido (La Educación, pág. 287).
Seguid la divina guía del viajero.
Los padres que quieran educar a sus hijos debidamente necesitan sabiduría celestial a fin de proceder juiciosamente en todo lo que atañe a la disciplina del hogar (Pacific Health Journal, enero de 1890).
La Biblia es una guía en la orientación de los hijos. Si los padres lo desean, aquí pueden encontrar un curso señalado para la educación y preparación de sus hijos a fin de que no cometan desatinos. . . . Cuando se sigue

esta guía del viajero, los padres, en vez de conceder complacencia ilimitada a sus 240 hijos, usarán con más frecuencia la vara de la corrección; en vez de estar ciegos a sus faltas, su temperamento perverso, y atentos únicamente a sus virtudes, tendrán un discernimiento claro y contemplarán esas cosas a la luz de la Biblia. Sabrán que deben encauzar a sus hijos por el camino correcto (Manuscrito 57, 1897).
Dios no puede llevar rebeldes a su reino; por lo tanto, la obediencia a sus mandamientos es puesta como un requisito especial. Los padres debieran enseñar diligentemente a sus hijos lo que dice el Señor. Entonces Dios mostrará a los ángeles y a los hombres que levantará una salvaguardia en torno de su pueblo (Manuscrito 64, 1899).
Vuestra parte y la parte de Dios.
Padres, cuando hayáis cumplido fielmente vuestro deber hasta lo máximo de vuestra capacidad, podréis pedir con fe al Señor que haga por vuestros hijos lo que no podéis hacer vosotros (Signs of the Times, 9-2-1882).
Después de haber cumplido fielmente con vuestro deber para vuestros hijos, llevadlos a Dios y pedidle que os ayude. Decidle que habéis hecho vuestra parte y luego con fe pedid a Dios que haga su parte, lo que no podéis hacer. Pedidle que morigere su carácter, que los haga suaves y corteses mediante su Espíritu Santo. Oirá vuestra oración. Con amor responderá a vuestras oraciones. Mediante su Palabra os ordena corregir a vuestros hijos: "Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza", y la Palabra de Dios ha de ser obedecida en estas cosas (Review and Herald, 19-9-1854). 241
CAPÍTULO 45. Con Amor y Firmeza
Dos caminos y su fin.
Hay dos formas de tratar a los niños: completamente diferentes en su principio y resultados. La fidelidad y el amor, unidos con la sabiduría y la firmeza, de acuerdo con las enseñanzas de la Palabra de Dios, proporcionarán felicidad en esta vida y en la venidera. El descuido del deber, la complacencia necia, la negligencia al restringir o corregir las necedades de la juventud, darán como resultado la desgracia y la ruina final de los hijos, y el desengaño y angustia de los padres (Review and Herald, 30-8-1881).
El amor tiene un hermano gemelo que es el deber. El amor y el deber se encuentran lado a lado. El amor puesto en ejercicio mientras se descuida el deber, hará a los hijos testarudos, voluntariosos, perversos, egoístas y desobedientes. Si se emplea el severo deber solo, sin que el amor lo suavice y domine, tendrá un resultado similar. El deber y el amor deben fusionarse a fin de que los niños sean debidamente disciplinados (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 325).
Las faltas no corregidas provocan la desgracia.
Siempre que parezca necesario negar los deseos u oponerse a la voluntad de un hijo, debiera impresionárselo seriamente con el pensamiento de que no se hace para la complacencia de los padres ni para ejercer una autoridad arbitraria, sino para su propio bien. Debiera enseñársela que cada falta no corregida le acarreará desgracia y desagradará a Dios. Bajo una disciplina tal, los hijos encontrarán su mayor felicidad en someter su voluntad a la voluntad de su Padre celestial (Fundamentals of Christian Education, pág. 68). 242
Los jóvenes que siguen sus propios impulsos e inclinaciones no pueden tener verdadera felicidad en esta vida y al fin perderán la vida eterna (Review and Herald, 27-6-1899).
La bondad debe ser la ley del hogar.
El método de gobernar que tiene Dios, es un ejemplo de cómo se han de educar a los niños. No hay opresión en el servicio del Señor, y no ha de haber opresión en el hogar ni en la escuela. Ni los padres ni los maestros deben permitir que se desprecie su palabra y no se le preste atención. Si ellos no corrigen a los niños por haber hecho mal, Dios los tendrá por responsables de su negligencia. Pero no deben abusar de la censura. Sea la bondad la ley del hogar y de la escuela. Enséñese a los niños a guardar la ley del hogar y de la escuela. Enséñese a los niños a guardar la ley de Dios, y por una influencia firme y amante, apárteselos del mal (Consejos para los Maestros, págs. 119, 120).
Tened consideración por la ignorancia pueril.
Padres y madres, en el hogar debéis representar el carácter de Dios. Habéis de requerir obediencia no con una tormenta de palabras, sino en una forma bondadosa y amante. Debéis estar tan llenos de compasión que vuestros hijos sean atraídos a vosotros (Manuscrito 79, 1901).
Sed amables en el hogar. Restringid cada palabra que pudiera despertar una mala reacción. La orden divina es: "Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos". Recordad que vuestros hijos son jóvenes en años y experiencia. Al dirigirlos y disciplinarlos, sed firmes pero también bondadosos (Review and Herald, 21-4-1904).
Los hijos no siempre disciernen lo correcto de lo erróneo, y cuando se equivocan, con frecuencia son tratados ásperamente en vez de ser instruidos bondadosamente (Manuscrito 12, 1898). 243

En la Palabra de Dios no se autoriza la severidad paternal ni la opresión, así como tampoco la desobediencia filial. En la vida familiar y en el gobierno de las naciones, la ley de Dios fluye de un corazón de infinito amor (Carta 8 a, 1896).
Simpatía por un niño no promisorio.
Los padres necesitan tratar a sus hijos descarriados con la sabiduría de Cristo. . . . Los no promisorios necesitan mayor paciencia y bondad, la más tierna simpatía. Pero muchos padres revelan un espíritu frío y cruel, que nunca inducirá a los descarriados al arrepentimiento. Sea suavizado el corazón de los padres por la gracia de Cristo, y su amor llegará al corazón (Manuscrito 22, 1890).
La regla del Salvador: "Como quisierais que los hombres hicieren con vosotros, haced vosotros también de la misma manera con ellos" (Luc. 6: 31), debería ser adoptada por todos los que emprenden la educación de los niños y jóvenes. Son ellos los miembros más jóvenes de la familia del Señor, herederos, como nosotros, de la gracia de la vida. Se debería observar sagradamente la regla del Señor en el trato con los más torpes, los más jóvenes, los más desatinados, y hasta para con los extraviados y rebeldes (La Educación, pág. 284).
Ayudad a los niños para que venzan.
Dios tiene una tierna consideración por los niños. Quiere que obtengan victorias cada día. Esforcémonos para ayudar a los niños a fin de que sean vencedores. No sean ofendidos por los mismos miembros de su propia familia. No permitáis que vuestras acciones y palabras sean de una naturaleza tal que vuestros hijos sean provocados a ira. Sin embargo, deben ser fielmente disciplinados, corregidos, cuando yerran (Manuscrito 47, 1908).
Alabad siempre que sea posible.
Alabad a los niños cuando se portan bien, pues una alabanza juiciosa 244 les es tan útil a ellos como lo es para los que son maduros en años y entendimiento. Nunca seáis intratables en el santuario del hogar. Sed bondadosos y tiernos de corazón, mostrando la amabilidad cristiana, agradeciendo y alabando a vuestros hijos por la ayuda que os dan (Manuscrito 14, 1905).
Sed agradables. Nunca vociferéis ni habléis con ira. Al disciplinar y refrenar a vuestros hijos, sed firmes pero también bondadosos. Animadlos para que cumplan con su deber como miembros de la sociedad familiar. Expresad vuestro aprecio por los esfuerzos que despliegan para refrenar su inclinación a hacer lo malo (Manuscrito 22, 1904).
Sed justamente lo que queréis que sean vuestros hijos cuando tengan a cargo su propia familia. Hablad como quisierais que ellos hablaran (Manuscrito 42, 1903).
Vigilad el tono de la voz.
Hablad siempre con una voz tranquila y ferviente en la cual no haya ningún rastro de ira. La ira no es necesaria para conseguir una pronta obediencia (Carta 69, 1896).
Padres y madres, sois responsables por vuestros hijos. Sed cuidadosos de las influencias bajo las cuales los colocáis. No perdáis vuestra influencia para bien regañándolos o retándolos. Habéis de guiarlos, y no agitar las pasiones de su mente. No importa cuál sea la provocación que sufrís, estad seguros de que el tono de vuestra voz no denota irritación. No permitáis que vean en vosotros una manifestación del espíritu de Satanás. Esto no os ayudará a preparar y educar a vuestros hijos para la vida inmortal futura (Manuscrito 47, 1908).
Ha de mezclarse la justicia con la misericordia.
Dios es nuestro Dador de la ley y nuestro Rey, y los padres han de colocarse bajo su gobierno. Esta regla prohibe toda presión de los padres y toda desobediencia de los hijos. El Señor está lleno de amante 245 bondad, misericordia y verdad. Su ley es santa, justa y buena y debe ser obedecida por los padres y los hijos. Las reglas que debieran regir la vida de los padres y los hijos manan de un corazón de infinito amor, y las ricas bendiciones de Dios descansarán sobre aquellos padres que imparten la ley de Dios en sus hogares, y sobre los hijos que obedecen esa ley. Ha de sentirse la influencia combinada de la misericordia y de la justicia. "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron". Los hogares que estén bajo esta disciplina caminarán en los senderos del Señor haciendo justicia y juicio (Signs of the Times, 23-8-1899).
Los padres que permiten que su dirección se convierta en un despotismo están cometiendo una terrible equivocación. Se hacen daño a sí mismos y no sólo a sus hijos; apagan en el joven corazón de ellos el amor que fluiría en actos y palabras de afecto. Se reflejarán sobre los padres la bondad, la tolerancia y el amor manifestados a los hijos. Lo que siembren, eso también segarán . . . .
Al procurar administrar justicia, recordad que ella tiene una gemela que es la misericordia. Las dos están lado a lado y no debieran ser separadas (Review and Herald, 30-8-1881).
La severidad despierta el espíritu combativo.

Consejo para los padres severos. La severidad y la justicia, cuando no están mezcladas con el amor, no guiarán a vuestros hijos a hacer lo correcto. Advertid cuán prestamente se despierta en ellos el espíritu combativo. Hay una mejor forma de manejarlos que la mera compulsión. La justicia tiene un hermano gemelo que es el amor. Dense las manos el amor y la justicia en todo vuestro trato, y con seguridad tendréis la ayuda de Dios para cooperar con vuestros esfuerzos. El Señor, vuestro generoso Redentor, quiere bendeciros y daros su mente, su gracia 246 y su salvación para que tengáis un carácter que Dios pueda aprobar (Carta 19 a, 1891).

La autoridad de los padres debiera ser absoluta. Sin embargo, no ha de abusarse de este poder. El padre no debiera ser gobernado por el capricho al dirigir a sus hijos, sino por la norma de la Biblia. Cuando permite que rijan sus propios ásperos rasgos de carácter, se convierte en un déspota (Review and Herald, 30-8-1881).

Reprochad, pero con afectuosa ternura.

No hay duda de que encontraréis faltas y descarríos en vuestros hijos. Algunos padres os dirán que ellos hablan con sus hijos y los castigan, pero que no ven que eso les haga verdadero bien. Tales padres sigan nuevos métodos. Mezclen la bondad y el afecto y el amor en el gobierno de su familia, y sin embargo sean tan firmes como una roca en los principios correctos (Manuscrito 38, 1895).

Los que tratan con los jóvenes no debieran ser de corazón duro, sino afectuosos, tiernos, compasivos, corteses, atrayentes, sociables. Sin embargo, debieran saber que se debe reprochar, y que se debe reprochar firmemente para cortar de raíz algún mal proceder (Manuscrito 68, 1897).

Se me ha instruido que diga a los padres: Elevad las normas del comportamiento en vuestro propio hogar. Enseñad a vuestros hijos que obedezcan. Dirigidlos con la influencia combinada del afecto y una autoridad como la de Cristo. Sean vuestras vidas de tal naturaleza que se os puedan aplicar las palabras de alabanza referentes a Cornelio, de quien se dice que era "temeroso de Dios con toda su casa" (Review and Herald, 21-4-1904).

No seáis severos ni tampoco excesivamente indulgentes.

No aprobamos aquella disciplina que desanime a los hijos mediante ásperas censuras, o los irrite con una corrección airada y luego, cuando 247 cambia el impulso, trate de suavizarlos con besos, o dañarlos con una complacencia malsana. Deben evitarse tanto la indulgencia excesiva como la indebida severidad. Al paso que son indispensables la vigilancia y la firmeza, así también lo son la simpatía y la ternura. Padres, recordad que tratáis con niños que están luchando con la tentación y que para ellos esos malos estallidos son tan difíciles de resistir como lo son aquellos que asaltan a las personas de edad madura. Los niños que realmente desean hacer lo correcto, quizá fracasen vez tras vez y frecuentemente necesitan ser animados para que sean enérgicos y perseverantes. Con solicitud y oración, observad cómo proceden esas jóvenes mentes. Fortaleced cada buen impulso, animad cada noble acción (Signs of the Times, 24-11-1881).

Mantened una firmeza uniforme, un control ecuánime.

Los niños tienen naturalezas sensitivas y amantes. Son fácilmente complacidos y fácilmente disgustados. Las madres pueden ganar el afecto de sus hijos mediante una suave disciplina y palabras y actos amantes. Se necesitan firmeza uniforme y control ecuánime para la disciplina de cada familia. Decid lo que queráis decir tranquilamente, proceded con consideración, y cumplid lo que decís sin desviaciones.

Da resultados buenos el manifestar afecto en vuestra asociación con vuestros hijos. No los alejéis por vuestra falta de simpatía en sus juegos infantiles, sus goces y sus dolores. Nunca frunzáis el ceño ni se escape de vuestros labios una palabra áspera (Testimonies, tomo 3, pág. 532).

Aun la bondad debe tener sus límites. La autoridad debe ser sostenida por una firme severidad, o será recibida por muchos con burlas y desprecios. La falsa ternura, las súplicas y la indulgencia empleadas con los jóvenes por padres y tutores son el 248 peor mal que pueda hacérseles. En cada familia son esenciales la firmeza, la decisión, los requisitos positivos (Id., tomo 5, pág. 45).

Recordad vuestras propias faltas.

Recuerden el padre y la madre que ellos no son sino niños crecidos. Aunque ha brillado sobre su senda una gran luz y han tenido una larga experiencia, sin embargo, cuán fácilmente se dejan agitar por la envidia, los celos y las malas conjeturas. Debido a sus propias faltas y errores, debieran aprender a tratar suavemente con sus hijos descarriados (Manuscrito 53, sin fecha).

Quizá os sintáis molestos a veces porque vuestros hijos hacen lo contrario de lo que les ordenáis. ¿Pero habéis pensando en las muchas veces que desobedecéis lo que Dios os ha ordenado hacer? (Manuscrito 45, 1911).

Cómo ganar el amor y la confianza.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros manden y dicten demasiado, y no entren suficientemente en relaciones sociales con sus hijos o alumnos. Con frecuencia se mantienen demasiado

reservados, y ejercen su autoridad de una manera fría, carente de simpatía, que no puede ganar los corazones de los niños. Si tan sólo quieren conseguir que éstos se acerquen a ellos, demostrándoles que los aman y manifestando interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces hasta niños entre ellos, harán a los niños muy felices, y conquistarán su amor y confianza. Y los niños aprenderán más rápidamente a respetar y amar la autoridad de sus padres y maestros (Consejos para los Maestros, págs. 61, 62).
Procurad imitar a Cristo.
El [Cristo] se identificaba con los humildes, los necesitados y los afligidos. Tomaba a los niñitos en sus brazos y descendía al nivel de los jóvenes. Su gran corazón de amor 249 podía comprender sus pruebas y necesidades y disfrutaba con sus motivos de alegría. Su espíritu, cansado con el bullicio y la confusión de la ciudad atestada, cansado de asociarse con hombres astutos e hipócritas, encontraba descanso y paz en la compañía de los niños inocentes. Su presencia nunca los repelía. La Majestad del cielo condescendía en contestar a sus preguntas y simplificaba sus importantes lecciones para amoldarse a su pueril entendimiento. Plantaba en sus mentes jóvenes y en desarrollo las semillas de la verdad que brotarían y producirían una abundante cosecha en sus años más maduros (Testimonies, tomo 4, pág. 141).
Un joven descarriado que necesitaba simpatía.
He leído sus cartas con interés y simpatía. Diría que su hijo necesita ahora un padre como nunca lo ha necesitado antes. Se ha equivocado; Ud. lo sabe, y él sabe que Ud. lo sabe; y las palabras que, en su inocencia, Ud. le hubiera dicho con seguridad y que no le hubieran producido ningún mal resultado, ahora parecerían tan despiadadas y cortantes como un cuchillo. . . . Sé que los padres sienten la vergüenza de los descarríos de un hijo que los ha deshonrado mucho, pero ¿el descarriado hiere y lastima el corazón del padre terrenal más de lo que nosotros, como hijos de Dios, lastimamos a nuestro Padre celestial, que nos ha dado y sigue todavía dándonos su amor, invitándonos a volver y arrepentirnos de nuestros pecados e iniquidades, y él perdonará nuestras transgresiones?
No retraiga su amor ahora. Ese amor y simpatía se necesitan ahora como nunca antes. Cuando otros consideran con frialdad y dan la peor interpretación a los descarríos de su hijo, ¿no debieran el padre y la madre, con ternura compasiva, procurar guiar sus pasos por la senda segura? No conozco el carácter de los pecados de su hijo, pero me siento segura 250 al decir que, cualesquiera sean, ningún comentario de labios humanos, ninguna presión de las acciones humanas, de los que piensan que están haciendo justicia, debiera guiar a Ud. a seguir un curso de acción que pueda ser interpretado por su hijo como que Ud. se siente demasiado mortificado y deshonrado para siquiera devolverle su confianza y olvidar sus transgresiones. No haya nada que le haga perder la esperanza, nada que corte de raíz su amor y ternura por el descarriado. El lo necesita precisamente porque está descarriado, y necesita un padre y una madre que lo ayuden a escapar de la trampa de Satanás. Reténgalo firmemente con fe y amor y aférrelo al Redentor compasivo, recordando que él cuenta con Alguien que tiene un interés en él aun mayor que el suyo. . .
No hable de desánimo y falta de esperanza. Hable de ánimo. Dígale que puede redimirse, que Uds., su padre y madre, le ayudarán a aferrarse de lo alto, a plantar sus pies en la sólida Roca, Cristo Jesús, a encontrar un sostén seguro y fuerza infaltable en Jesús. Si sus faltas llegan a ser muy graves, no curará a su hijo el decirle esto constantemente. Se necesita una conducta correcta para salvar a un alma de la muerte y para evitar que un alma cometa una multitud de pecados (Carta 18, 1890).
Buscad la ayuda divina para vencer la impaciencia.
Deseo decir a cada padre y madre: si sois impacientes, buscad la ayuda de Dios para vencer. Cuando sois provocados a la impaciencia, id a vuestra cámara y arrodillaos y pedid a Dios que os ayude a fin de que podáis tener una correcta influencia sobre vuestros hijos (Manuscrito 33, 1909).
Madres, cuando os rendís a la impaciencia y tratáis a vuestros hijos ásperamente, no estáis aprendiendo de Cristo, sino de otro maestro. Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros. y aprended de mí, 251 que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Cuando os parezca que vuestro trabajo es rudo, cuando os quejéis de dificultades y pruebas, cuando digáis que no tenéis fortaleza para resistir a la tentación, que no podéis vencer la impaciencia y que la vida cristiana es una tarea penosa, estad seguras de que no estáis llevando el yugo de Cristo; estáis llevando el yugo de otro maestro (Signs of the Times, 22-7-1889).
El reflejo de la imagen divina.
La iglesia necesita hombres de un espíritu manso y tranquilo, que sean tolerantes y pacientes. Aprendan ellos esos atributos en su trato con sus familias. Piensen los padres muchísimo más en los intereses eternos de sus hijos de lo que piensan en su comodidad presente. Consideren a sus hijos como miembros menores de la

familia del Señor, y edúquenlos y disciplínenlos de tal manera que los induzcan a reflejar la imagen divina (Review and Herald, 16-7-1895). 253

SECCION XI - DISCIPLINA DEFECTUOSA

CAPÍTULO 46. Los Males de la Complacencia

El amor no es indulgente.

El amor es la llave para el corazón del niño, pero el amor que induce a los padres a ser complacientes con los deseos equivocados de sus hijos no es un amor que obrará para el bien de ellos. El afecto ferviente que emana del amor a Jesús capacitará a los padres para ejercer juiciosamente su autoridad y para requerir pronta obediencia. Necesitan entrelazarse los corazones de padres e hijos, de modo que como familia puedan ser un canal por el cual fluyan la sabiduría, la virtud, la tolerancia, la bondad y el amor (Review and Herald, 24-6-1890).

Demasiada libertad crea hijos pródigos.

La excesiva libertad es la causa de que los hijos no lleguen a ser piadosos. Se complacen su propia voluntad e inclinaciones. . . . Muchos hijos pródigos llegan a ser tales debido a la complacencia en el hogar, debido a que sus padres no han sido hacedores de la Palabra. La mente y la voluntad han de mantenerse mediante principios firmes, directos y santificados. La integridad y el afecto han de ser enseñados por un ejemplo amante y consecuente (Carta 117, 1898).

Mientras mas tolerancia haya, más difícil es la conducción.

Padres, haced el hogar más feliz para vuestros hijos. Con esto no quiero decir que accedáis a sus caprichos. Mientras más se los tolera, más difícil será conducirlos y más difícil les será 254 vivir vidas fieles y nobles cuando salgan al mundo. Si les permitís hacer lo que les plazca, su pureza y amabilidad de carácter se desvanecerán prestamente. Enseñadles a obedecer. Vean que vuestra autoridad debe ser respetada. Esto quizá parezca entristecerlos un poco ahora, pero les ahorrará mucha desgracia en el futuro (Manuscrito 2, 1903).

Es un pecado tolerar a un hijo cuando es joven y se descarría. Un hijo debiera ser mantenido bajo dominio (Carta 144, 1906).

Si se permite que los niños hagan lo que les plazca, conciben la idea de que deben ser atendidos, cuidados, tolerados y entretenidos. Piensan que sus deseos y su voluntad deben ser satisfechos (Manuscrito 27, 1896).

¿No debiera [la madre] dejar que su hijo haga lo que quiera de cuando en cuando, complacerlo en sus deseos, y permitirle ser desobediente? Ciertamente no, pues si lo hace, permite que Satanás plante su bandera infernal en su hogar. Debe luchar la batalla de ese niño que no puede pelear por sí mismo. Esa es su obra, reprochar al diablo, buscar a Dios fervientemente y no permitir nunca que Satanás le arrebate a su hijo de sus brazos y lo coloque en los suyos (Manuscrito 70, sin fecha).

La tolerancia ocasiona desasosiego y descontento.

En algunas familias, son ley los deseos del niño. Se le da todo lo que desea. Se fomenta su disgusto por lo que no le gusta. Se supone que esas complacencias lo hacen feliz, pero son esas mismas cosas las que lo hacen desasosegado, descontento e imposible de satisfacer. La complacencia ha echado a perder su gusto por el alimento sencillo y saludable, por el uso recto y saludable de su tiempo; la complacencia ha hecho la obra de desquiciar aquel carácter para el tiempo y la eternidad (Manuscrito 126, 1897). 255

El efectivo reproche de Eliseo ante la insolencia.

Es un error la idea de que debemos someternos a los caprichos de los niños perversos. Eliseo, en el mismo comienzo de su obra, fue burlado y befado por los jovenzuelos de Betel. Era un hombre muy bondadoso, pero el Espíritu de Dios lo movió a pronunciar una maldición contra los maldicientes. Ellos habían oído de la ascensión de Ellas, y habían hecho objeto de sus burlas a ese solemne acontecimiento. Eliseo demostró que no habían de burlarse de él, viejos o jóvenes, en su sagrado ministerio. Cuando le dijeron que ascendiera, como Ellas lo habla hecho antes, los maldijo en el nombre del Señor. El terrible juicio que cayó sobre ellos provino de Dios.

Después de eso, Eliseo no tuvo más dificultades en su misión. Durante cincuenta años entró y salió por la puerta de Betel, y fue de ciudad en ciudad, pasando entre las multitudes de la peor juventud, la más ruda, haragana y disoluta, pero nadie se mofó de él o habló livianamente de sus prerrogativas como profeta del Altísimo (Testimonies, tomo 5, págs. 44, 45).

No os rindáis ante las súplicas.

En el día del ajuste de cuentas, los padres tendrán mucho de que responder debido a su maligna condescendencia con sus hijos. Muchos complacen cada deseo irrazonable, porque es más fácil librarse en esta manera de su importunación que de cualquier otra forma. Debiera educarse al niño de tal manera que reciba una negativa con el debido espíritu y la acepte como final (Pacific Health Journal, mayo de 1890).

No aceptéis lo que dicen los niños por encima de lo que afirman otros.
Los padres no debieran pasar por alto livianamente los pecados de sus hijos. Cuando esos pecados son señalados por algún amigo fiel, el padre no debiera creer que han sido menoscabados sus derechos, que ha recibido una ofensa 256 personal. Los hábitos de cada joven y de cada niño afectan el bienestar de la sociedad. El mal proceder de un joven puede descarriar a muchos (Review and Herald, 13-6-1882).
No permitáis que vuestros niños vean que aceptáis su palabra antes que lo testificado por cristianos de más edad. No podéis hacerles un daño mayor. Fomentáis en ellos el hábito de adulterar la verdad si decís: yo creo a mis hijos antes que creer a aquellos de quienes tengo la evidencia de que son hijos de Dios (Id., 13-4-1897).
La herencia de un niño echado a perder.
Es imposible describir el mal que resulta de dejar a un niño librado a su propia voluntad. Algunos de los que se extravían por habérselos descuidado en la infancia, volverán en sí más tarde por habérseles inculcado lecciones prácticas; pero muchos se pierden para siempre porque en la infancia y en la adolescencia recibieron una cultura tan sólo parcial, unilateral. El niño echado a perder tiene una pesada carga que llevar a través de su vida. En la prueba, en los chascos, en la tentación, seguirá su voluntad indisciplinado y mal dirigida. Los niños que nunca han aprendido a obedecer tendrán caracteres débiles e impulsivos. Procurarán gobernar, pero no han aprendido a someterse. No tienen fuerza moral para refrenar su genio díscolo, corregir sus malos hábitos, o subyugar su voluntad sin control. Los hombres y las mujeres heredan los errores de la infancia no preparada ni disciplinada. Al intelecto pervertido le resulta difícil discernir entre lo verdadero y lo falso (Consejos para los Maestros, pág. 87). 257
CAPÍTULO 47. La Disciplina Laxa y sus Frutos
Una mala educación afecta toda la vida religiosa.
Un ay descansa sobre los padres que no han educado a sus hijos para que sean temerosos de Dios, sino que les han permitido que sean hombres y mujeres indisciplinados y faltos de dominio propio. Durante su propia niñez se les permitió manifestar sus pasiones y caprichos y actuar por impulsos, y fomentan ese mismo espíritu en su propio hogar. Son defectuosos en su carácter e iracundos en el manejo del hogar. Aun en su aceptación de Cristo, no han vencido las pasiones que se permitió que dominaran su corazón en su niñez. Llevan los resultados de su educación precoz a través de toda su vida religiosa. Es dificilísimo quitar la impresión que así se ha hecho en el plantío del Señor; pues cuando se dobla la rama, el árbol se inclina. Si tales padres aceptan la verdad, tienen ante sí una dura batalla. Quizá se transforme su carácter, pero queda afectada toda su experiencia religiosa por la disciplina laxa a que estuvieron sometidos en los primeros años de su vida. Y sus hijos tienen que sufrir debido a esa educación defectuosa, pues graban esas faltas en ellos hasta la tercera y cuarta generación (Review and Herald 9-10-1900).
Como el Elí de antaño.
Cuando los padres sancionan los errores de sus hijos, los perpetúan así como lo hizo Elí. Ciertamente Dios los colocará en una situación donde verán que no sólo han arruinado su propia influencia, sino también la influencia de los jóvenes a quienes debieran haber reprimido.. . . Tendrán amargas lecciones que aprender (Manuscrito 33, 1903). 258
Ojalá los que hoy se asemejan a Elí, que por doquiera aducen excusas para el descarrío de sus hijos, afirmarán prontamente su autoridad recibida de Dios para restringir y corregir a sus hijos. Los padres y tutores que pasan por alto y excusan el pecado en aquellos que están bajo su cuidado, recuerden que así se hacen participantes de esos errores. Si en vez de una indulgencia ilimitada se usara con más frecuencia la vara del castigo, no con ira sino con amor y oración, veríamos familias más felices y una mejor condición en la sociedad (Signs of the Times, 24-11-1881).
El descuido de Elí se presenta claramente delante de cada padre y madre de la tierra. Como resultado de su afecto no santificado o de su mala disposición para realizar un deber desagradable, recogió una cosecha de iniquidad en sus hijos perversos. Tanto el padre que permitió la impiedad como los hijos que la practicaron, fueron culpables delante de Dios, y el Altísimo no aceptaba ni sacrificios ni ofrendas por sus transgresiones (Review and Herald, 4-5-1886).
La sociedad recibe la maldición de los caracteres defectuosos.
¿Cuándo serán sabios los padres? ¿Cuándo verán y comprenderán lo que significa descuidar la obediencia y el respeto a las instrucciones de la Palabra de Dios? Los resultados de esa educación laxa se ven en los hijos cuando salen al mundo y ocupan su lugar como cabezas de familia. Perpetúan los errores de sus padres. Alcanzan toda su magnitud sus rasgos de carácter defectuosos y transmiten a otros las inclinaciones equivocadas, los hábitos y características que permitieron que desarrollaran en su propio carácter. Así se

convirtieron en una maldición en vez de ser una bendición para la sociedad (Testimonies, tomo 5, págs. 324, 325). 259

La impiedad que existe en el mundo hoy día tiene como su raíz el descuido de los padres para disciplinarse a sí mismos y sus hijos. Miles y más miles de las víctimas de Satanás son lo que son, debido a la poco juiciosa forma en que fueron tratadas durante su niñez. El severo reproche de Dios cae sobre esa mala conducta (Manuscrito 49, 1901).

Cuando se aflojan las riendas de la disciplina.

Los niños que no son bien conducidos, que no son educados en la obediencia y en el respeto, se unen con el mundo, dominan a sus padres, los manejan a su antojo y los conducen a su capricho. Con demasiada frecuencia, precisamente cuando los niños debieran mostrar respeto y obediencia incuestionable al consejo de sus padres, éstos aflojan las riendas de la disciplina. Los padres que hasta entonces han sido un ejemplo brillante de piedad consecuente son ahora guiados por sus hijos. Ha terminado su firmeza. Los padres que han llevado la cruz de Cristo y han mantenido las marcas del Señor Jesús sobre ellos en unidad de propósitos, son guiados por sus hijos en senderos cuestionables e inciertos (Review and Herald, 13-4-1897).

La complacencia con los hijos mayores.

Los padres y las madres que debieran entender la responsabilidad que descansa sobre ellos, relajan su disciplina para hacer frente a las inclinaciones de sus hijos e hijas que van creciendo. La voluntad del hijo es la ley que se reconoce. Las madres que no han sido firmes, consecuentes e inmutables en su adhesión a los principios para mantener la sencillez y la fidelidad, se vuelven indulgentes a medida que sus hijos llegan a la edad adulta. En su amor por la ostentación, entregan sus hijos a Satanás con sus propias manos, así como los apóstatas judíos los hacían pasar por el fuego de Moloc (Manuscrito 119, 1899). 260

Deshonrando a Dios para ganar el favor de un hijo.

Los padres y madres dan rienda suelta a las inclinaciones de sus hijos impíos, y los ayudan con dinero y medios para que se luzcan en el mundo.

¡Oh! ¡Qué cuenta tendrán que rendir esos padres ante Dios! Deshonran a Dios y enaltecen a sus hijos descarriados, abren la puerta a las diversiones que en lo pasado condenaban por principio. Han permitido que los juegos de naipes y los bailes ganen a sus hijos para el mundo. Al mismo tiempo, cuando su influencia sobre sus hijos debiera haber alcanzado el pináculo de la fuerza, al dar un testimonio de lo que significa el verdadero cristianismo, a semejanza de Elí, se colocan bajo la maldición de Dios al deshonrarlo y no obedecer sus requerimientos, a fin de ganar el favor de sus hijos. Pero una piedad a la moda no será de mucho valor en la hora de la muerte. Aunque algunos ministros del Evangelio quizá aprueben esta clase de religión, los padres hallarán que están dejando la corona de gloria para obtener laureles que no son de valor. ¡Dios ayude a los padres y madres para que comprendan su deber! (Review and Herald, 13-4-1897).

Sed lo que deseáis que sean vuestros hijos.

Sed lo que deseáis que sean vuestros hijos. Por precepto y ejemplo, los padres han perpetuado su propio sello de carácter en su posteridad. Las palabras y caracteres caprichosos, ásperos y descorteses se impresionan en los hijos, y en los hijos de los hijos, y así testifican contra los padres los defectos de su enseñanza, de generación en generación (Signs of the Times, 17-9-1894). 261

CAPÍTULO 48. Las Reacciones de los Hijos

A la provocación.

A los hijos se les exhorta a obedecer a sus padres en el Señor, pero a los padres también se les ordena: "No provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina" (Manuscrito 38, 1895).

A veces hacemos más para provocar que para ganar. He visto a una madre arrebatar de la mano de su hijo algo que le ocasionaba placer especial. El niño no veía la razón de ello, y naturalmente se sintió maltratado. Luego siguió un altercado entre ambos, y un vivo castigo puso fin a la escena, por lo menos aparentemente; pero esta batalla dejó en la mente tierna una impresión que no se iba a borrar fácilmente. Esa madre actuó imprudentemente. No razonó de causa a efecto. Su acción dura, poco juiciosa, despertó las peores pasiones en el corazón de su hijo, y en toda ocasión similar esas mismas pasiones se iban a despertar y fortalecer (Consejos para los Maestros, pág. 90).

A la crítica.

No tenéis derecho de ensombrecer la felicidad de vuestros hijos mediante la crítica o una severa censura por faltas insignificantes. Los verdaderos errores debieran ser presentados tan pecaminosos como realmente son, y debiera seguirse una conducta firme y decidida para evitar que reaparezcan. Sin embargo, no se debe dejar a los hijos en un estado falto de esperanza, sino con cierto grado de ánimo para que puedan mejorar y ganar

vuestra confianza y aprobación. Los hijos quizá deseen hacer lo correcto, quizá se propongan en su corazón ser obedientes, pero necesitan ayuda y ánimo (Signs of the Times, 10-4-1884).

A la disciplina demasiado áspera.

¡Oh, cómo se deshonra a Dios en una familia donde no hay verdadera 262 comprensión de lo que constituye la disciplina familiar y los hijos están confundidos en cuanto a lo que es disciplina y gobierno! Es cierto que la disciplina demasiado áspera, la crítica exagerada, las leyes y reglamentos no requeridos, conducen al menosprecio de la autoridad y finalmente a la desobediencia de aquellas reglas que Cristo quisiera que se cumplieran (Review and Herald, 13-3-1894).

Cuando los padres muestran un espíritu áspero, severo y dominante, se despierta en los hijos un espíritu de obstinación y terquedad. Así los padres no ejercen la influencia suavizadora que podrían tener sobre sus hijos. Padres, ¿no podéis ver que las palabras ásperas provocan resistencia? ¿Qué haríais si se os tratara con tanta desconsideración como tratáis a vuestros pequeños? Es vuestro deber estudiar de causa a efecto. Cuando regañasteis a vuestros niños, cuando con golpes de enojo heristeis a los que eran demasiado pequeños para defenderse, ¿os preguntasteis qué efecto tendría ese trato sobre vosotros? ¿Habéis pensado cuán sensibles sois a las palabras de censura o de condenación? ¿Cuán rápidamente os sentís heridos si pensáis que alguien deja de reconocer vuestras habilidades? No sois sino niños crecidos. Pensad pues cómo deben sentirse vuestros hijos cuando les dirigís palabras ásperas y cortantes, cuando los castigáis severamente por faltas que no son ni la mitad de ofensivas a la vista de Dios como es el trato que les dais (Manuscrito 42, 1903).

Muchos padres que profesan ser cristianos no están convertidos. ¡Cristo no habita en su corazón por fe! Su aspereza, su imprudencia, su carácter indómito, disgustan a sus hijos y hacen que aborrezcan toda su instrucción religiosa (Carta 18 b, 1891). 263

A la censura continua.

En los esfuerzos que hacemos por corregir el mal, deberíamos guardarnos contra la tendencia a la crítica o la censura. La censura continua aturde, pero no reforma. Para muchas mentes, y con frecuencia para las dotadas de más fina sensibilidad, una atmósfera de crítica hostil es fatal para el esfuerzo. Las flores no se abren bajo el soplo del ventarrón.

El niño a quien se censura frecuentemente por alguna falta especial, llega a considerar esa falta como una peculiaridad suya, algo contra lo cual es en vano luchar. Así se da origen al desaliento y la desesperación que a menudo están ocultos bajo un aspecto de indiferencia o baladronada (La Educación, pág. 283).

A las órdenes y la reprensión.

Algunos padres suscitan muchas tormentas por su falta de dominio propio. En vez de pedir bondadosamente a los niños que hagan esto o aquello, les dan órdenes en tono de reprensión, y al mismo tiempo tienen en los labios censuras o reproches que los niños no merecieron. Padres, esta conducta para con vuestros hijos destruye su alegría y ambición. Ellos cumplen vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a obrar de otro modo. No ponen su corazón en el asunto. Les resulta un trabajo penoso en vez de un placer; y a menudo por esto mismo se olvidan de seguir todas vuestras indicaciones, lo cual acrece vuestra irritación y empeora la situación de los niños. Las censuras se repiten; se les pinta con vivos colores su mala conducta, hasta que el desaliento se posesiona de ellos, y no les interesa agradaros. Se apodera de ellos un espíritu que los impulsa a decir: "A mí qué me importa", y van a buscar fuera del hogar, lejos de sus padres, el placer y deleite que no encuentran en casa. Frecuentan las compañías de la 264 calle, y pronto se corrompen tanto como los peores (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 133, 134).

A una conducta arbitraria.

La voluntad de los padres debe colocarse bajo la disciplina de Cristo. Modelados y regidos por el puro Espíritu Santo de Dios, pueden ejercer dominio incuestionable sobre los hijos. Pero si los padres son severos y demandan demasiado en su disciplina, hacen una obra que ellos mismos no pueden nunca deshacer. Debido a esa conducta arbitraria, despiertan un sentimiento de injusticia (Manuscrito 7, 1899).

A la injusticia.

Los niños son sensibles a la mejor injusticia, y algunos se desaniman con ella y nunca harán más caso a la voz alta y enojada en que se dan las órdenes, ni harán caso de amenazas de castigos. Con demasiada frecuencia se provoca la rebelión en el corazón de los niños debido a una disciplina equivocada de los padres, cuando, si se hubiera seguido la conducta debida, los niños hubieran formado caracteres buenos y armoniosos. Una madre que no tiene un perfecto dominio de sí misma, no está capacitada para manejar niños (Testimonies, tomo 3, págs. 532, 533).

A una sacudida o a un golpe.

Cuando la madre da a su niño una sacudida o un golpe, ¿creéis que esto lo capacita para ver la belleza del carácter cristiano? No ciertamente; tan sólo tiende a crear malos sentimientos en el corazón y el niño no es corregido en nada (Manuscrito 45, 1911).

A las palabras ásperas y faltas de simpatía.

Cristo está listo para educar al padre y a la madre a fin de que sean verdaderos educadores. Los que estudian en su escuela . . . nunca hablarán en tonos ásperos y faltos de simpatía; pues las palabras así pronunciadas irritan los oídos, desgastan los nervios, causan sufrimiento mental y crean un estado de mente que hace imposible dominar el carácter del 265 niño al cual se hablan esas palabras. Con frecuencia, ésta es la razón por la cual los niños hablan irrespetuosamente a sus padres (Carta 47 a, 1902).

Al ridículo y a la mofa.

Ellos [los padres] no están autorizados para impacientarse, regañar y ridiculizar. Nunca debieran mofarse de sus hijos que tienen rasgos perversos de carácter, que ellos mismos les han transmitido. Este tipo de disciplina nunca curará el mal. Padres, emplead los preceptos de la Palabra de Dios para amonestar y reprobar a vuestros hijos extraviados. Mostradles un "así dice Jehová" para vuestras órdenes. Un reproche que emana de la Palabra de Dios es mucho más efectivo que el que es presentado con tonos ásperos y enojados por los labios de los padres (Fundaments of Christian Education, págs. 67, 68).

A la impaciencia.

La impaciencia de los padres excita la de los hijos. La ira manifestada por los padres, crea ira en los hijos, y despierta lo malo de su naturaleza. . . . Cada vez que pierden el dominio propio, y hablan y obran con impaciencia, pecan contra Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 148).

A las reprimendas alternadas con ruego.

He visto con frecuencia a niños a quienes se les negó algo que querían, arrojarse al suelo enojados, dando puntapiés y gritando, mientras que la madre poco juiciosa alternativamente suplicaba y regañaba con la esperanza de restaurar el buen humor en su hijo. Este proceder tan sólo fomenta las pasiones del niño. La próxima vez procederá de la misma manera con terquedad aumentada, confiando en ganar la victoria como antes. Así se escatima la vara y se echa a perder al hijo.

La madre no debiera permitir que su niño ganara terreno sobre ella ni una sola vez. Y, a fin de mantener esta autoridad, no es necesario recurrir a medidas 266 ásperas. Una mano firme y constante y la bondad que convence al niño de vuestro amor realizarán el propósito (Pacific Health Journal, abril de 1890).

A la falta de firmeza y decisión.

Gran daño se hace por la falta de firmeza y decisión. He conocido algunos padres que decían: No te voy a dar esto o aquello, y después cedían pensando que habían sido demasiado estrictos, y daban al niño justamente lo que al principio le rehusaron. Así se provoca una herida que dura toda la vida. Es una importante ley de la mente, que no debiera ser pasada por alto, que cuando un objeto deseado es muy firmemente negado como para quitar toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo, y se ocupará de otras cosas. Pero mientras haya alguna esperanza de obtener el objeto deseado, se hará un esfuerzo para lograrlo. . . .

Cuando es necesario que los padres den una orden directa, el castigo de la desobediencia debiera ser tan inevitable como son las leyes de la naturaleza. Los niños que están bajo esta regla firme y decisiva, saben que cuando se prohibe o se niega una cosa, ninguna majadería ni ninguna artimaña conseguirán su objeto. Así aprenden pronto a someterse y están mucho más felices al hacerlo. Los hijos de padres indecisos y demasiado indulgentes tienen la constante esperanza de que los ruegos, el llanto o el mal humor pueden lograr su objeto, o que pueden atreverse a desobedecer sin sufrir el castigo. Así se los mantiene en un estado de deseo, esperanza e incertidumbre que los vuelve inquietos, irritables e insubordinados. Dios considera que estos padres son culpables de destruir la felicidad de sus hijos. Este mal proceder es la clave de la impenitencia e irreligión de miles. Ha sido la ruina de muchos que han profesado el nombre de cristianos (Sings of the Times 9-2-1882). 267

A las restricciones innecesarias.

Cuando los padres envejecen y tienen hijos menores que criar, es probable que el padre crea que los hijos deben seguir en la áspera y rugosa senda en que él está yendo. Le es difícil comprender que sus hijos necesitan que la vida les sea hecha agradable y feliz por sus padres.

Muchos padres niegan a sus hijos complacerlos en algo que es seguro o inocente, y temen tanto fomentar en ellos el cultivo del deseo de cosas indebidas, que ni siquiera permiten que sus hijos disfruten de aquello que es propio de los niños. Por el temor de malos resultados, rehúsan permitirles algunos placeres sencillos que hubieran evitado justamente el mal que procuraban eludir; y así los niños piensan que no vale la pena esperar

favor alguno y, por lo tanto, no lo piden. Se inclinan a los placeres que piensan que son prohibidos. Así se destruye la confianza entre los padres y los hijos (Id., 27-8-1912).

A la negativa de concesiones razonables.

Si los padres y madres no han pasado por una niñez feliz, ¿por qué debieran ensombrecer la vida de sus hijos debido a la gran pérdida que ellos experimentaron? Quizá el padre piense que ésta es la única conducta que es seguro seguir; pero recuerde que no todas las mentes son iguales, y que mientras mayores sean los esfuerzos para restringir, más decidido será el deseo de obtener lo que se niega, y el resultado será la desobediencia a la autoridad paternal. El padre quedará adolorido por lo que considera que es un proceder extraviado de su hijo, y su corazón sufrirá por esa rebelión. Pero, ¿no sería correcto que considerara que la causa principal de la desobediencia de su hijo fue su propia mala disposición para concederle lo que no era pecaminoso? El padre piensa que es suficiente razón su negativa para que su hijo se abstenga 268 de su deseo. Pero los padres debieran recordar que sus hijos son seres inteligentes y que deberían tratarlos como ellos mismos quisieran ser tratados (Ibid.).

A la severidad.

Los padres que manifiestan un espíritu dominante y autoritario, que les fue transmitido por sus propios padres, que los induce a ser exigentes en su disciplina e instrucción, no educarán debidamente a sus hijos. Por la severidad con que tratan sus errores, despiertan las peores pasiones en el corazón humano y dejan a sus hijos con un sentimiento de injusticia y equivocación. Encuentran en sus hijos justamente la disposición de carácter que ellos mismos les habían impartido.

Tales padres alejan a sus hijos de Dios al hablarles de temas religiosos; pues la religión cristiana no resulta atrayente y aun es repulsiva por esa falsa representación de la verdad. Los hijos dirán: "Si ésta es la religión, yo no la quiero". Así con frecuencia se crea una enemistad en el corazón contra la religión; y debido a un uso indebido de la autoridad, los niños son inducidos a despreciar la ley y el gobierno del cielo. Los padres han determinado el destino eterno de sus hijos por su conducta equivocada (Review and Herald, 13-3-1894).

Al proceder tranquilo y bondadoso.

Si los padres desean que sus hijos sean amables, nunca deben increparlos. Con frecuencia, la madre se manifiesta irritable y nerviosa. Con frecuencia sacude a su hijo y le habla ásperamente. Si un niño es tratado en forma tranquila y bondadosa, eso tendrá mucho éxito para preservar en él un carácter amable (Id., 17-5-1898).

A la súplica amante.

El padre, como sacerdote del hogar, debiera tratar suave y pacientemente a sus hijos. Debiera ser cuidadoso de no despertar en ellos un carácter combativo. No debiera permitir que la 269 transgresión siga sin ser corregida, y sin embargo hay una forma de corregir sin despertar las peores pasiones del corazón humano. Hable con amor a sus hijos, diciéndoles cuánto agraviaron al Salvador con su conducta; y después arrodíllese con ellos delante del propiciatorio y preséntelos a Cristo, orando para que él tenga compasión de ellos y los guíe al arrepentimiento y a la petición de perdón. Una disciplina tal casi siempre quebrantará el corazón más obstinado.

Dios desea que tratemos a nuestros hijos con sencillez. Estamos expuestos a olvidar que los niños no han tenido la ventaja de los largos años de educación que los adultos han tenido. Si los pequeños no proceden de acuerdo con nuestras ideas en todo, a veces pensamos que merecen una reprimenda. Pero esto no arreglará las cosas. Elevadlos al Salvador y contadle todo a él; creed luego que su bendición descansará sobre ellos (Manuscrito 70, 1903). 270

CAPÍTULO 49. La Actitud de los Parientes

Los parientes complacientes son un problema.

Tened cuidado de no entregar el gobierno de vuestros hijos a otros. Nadie puede adecuadamente tomar vuestro lugar en esa responsabilidad dada por Dios. Muchos hijos han sido completamente arruinados debido a la interferencia de parientes o amigos en el gobierno de su hogar. Las madres nunca debieran permitir que sus hermanas o madres interfieran en el debido manejo de sus hijos. Aunque la madre haya recibido la mejor educación posible de su madre, sin embargo, en nueve casos de diez, como abuela echará a perder a los hijos de su hija al complacerlos y alabarlos con poco juicio. Se pueden desbaratar todos los esfuerzos de la madre mediante esa conducta. Como regla, es proverbial que los abuelos no estén capacitados para educar a sus nietos. Los hombres y mujeres debieran tributar todo el debido respeto a sus padres; pero en lo que atañe a la educación de sus propios hijos, no debieran permitir ninguna interferencia sino mantener en sus manos las riendas del gobierno (Pacific Health Journal, enero de 1890).

Cuando se ríen por la falta de respeto y por la ira.

Doquiera voy, me siento apenada por el descuido de la debida disciplina del hogar y de las restricciones. Se permite que los niñitos contesten, que manifiesten falta de respeto e impertinencia, que usen un lenguaje que nunca debiera permitirse que un niño empleara para contestar a sus superiores. Los padres que permiten el empleo de un lenguaje impropio son más dignos de reproche que sus hijos. Ni una sola vez debiera tolerarse la impertinencia en un niño. Sin embargo, padres y madres, tíos y tías y abuelos se ríen cuando un niñito de un año manifiesta 271 su ira. Su expresión imperfecta de falta de respeto, su terquedad pueril, son tomadas como algo divertido. Así se confirman los hábitos erróneos y el niño crece para convertirse en un objeto de disgusto para todos los que lo rodean (Sings of the Times, 9-2-1882).

Cuando se descuida la debida corrección.

Tiemblo especialmente por las madres cuando las veo tan ciegas y que sienten tan livianamente la responsabilidad que descansa sobre una madre. Ven a Satanás que está trabajando en el niño caprichoso aun cuando tenga pocos meses de edad. Lleno de ira rencorosa, Satanás parece poseerlos completamente. Sin embargo, quizá haya en el hogar una abuela, una tía o algún otro pariente o amigo que procure hacer que crea el padre que sería una crueldad corregir a ese niño; cuando precisamente lo opuesto es verdadero; y la mayor de las crueldades es permitir que Satanás se posesione de ese tierno e indefenso niño. Satanás debe ser reprochado. Debe quebrantarse su dominio sobre el niño. Si se necesita la corrección, sed fieles y leales. El amor de Dios, la verdadera compasión por el niño, inducirán al fiel cumplimiento del deber (Review and Herald, 14-4-1885).

Las perplejidades del trato familiar.

No es lo mejor que los miembros de una, dos o tres familias que están unidas por vínculos matrimoniales, se establezcan cerca unas de otras. La influencia no resulta tan buena. Las ocupaciones de una son las ocupaciones de todas. Las perplejidades y dificultades que de una forma u otra afectan a toda familia, y que, hasta donde sea posible, debieran quedar dentro de los límites del círculo familiar, se extienden a las otras familias y tienen su influencia sobre las reuniones religiosas. Hay asuntos que no debieran ser conocidos por una tercera persona, no importa cuán amigable sea o cuán íntimamente esté relacionada. 272

Los individuos y las familias debieran mantener esos asuntos para ellos mismos. Pero la íntima relación de varias familias, que están en constante comunicación, tiene la tendencia de quebrantar la dignidad que debiera mantenerse en cada familia. Al realizar el delicado deber de reprochar y amonestar, habrá el peligro de herir sentimientos, a menos que se lleve a cabo con la mayor ternura y cuidado. Aun las mejores personas están expuestas a cometer errores y faltas y debiera tenerse mucho cuidado en no exagerar las cosas pequeñas.

Es muy agradable para los sentimientos naturales tal relación familiar y de iglesia; pero no es lo mejor cuando se toman en cuenta todos los factores del desarrollo de caracteres simétricos y cristianos. . . . Todas las familias serían mucho más felices si estuvieran separadas y se visitaran ocasionalmente, y su influencia mutua sería diez veces mayor.

Unidas como están esas familias por vínculos matrimoniales y compartiendo como comparten mutuamente de su compañía, cada una sabe las faltas y errores de las otras, y siente que es su deber corregirlos; y debido a que esos parientes se tienen verdadero afecto, se ofenden por cosas pequeñas que no advertirían en aquellos que no están tan íntimamente relacionados. Se experimentan profundos sufrimientos, debido a que se despiertan sentimientos en algunos de que no han sido tratados imparcialmente y con toda la consideración que merecen. A veces se levantan pequeños celos y se convierten en montañas pequeñas colinas. Esas pequeñas incomprensiones y minúsculas discordias causan más dolorosos sufrimientos que las pruebas que provienen de otras fuentes (Testimonies, tomo 3, págs. 55, 56). 273

SECCION XII - EL DESARROLLO DE LAS FACULTADES MENTALES

CAPÍTULO 50. ¿Qué Comprende la Verdadera Educación?

Los alcances de la verdadera educación.

La verdadera educación significa más que seguir cierto curso de estudios. Es amplia. Incluye el desarrollo armonioso de todas las facultades físicas y mentales. Enseña a amar y temer a Dios, y es una preparación para el fiel cumplimiento de los deberes de la vida (Consejos para los Maestros, pág. 53).

Incluye no solamente la disciplina mental, sino el adiestramiento que asegure una moral sana y un comportamiento correcto (Id., pág. 252).

La primera gran lección de toda educación, consiste en conocer y comprender la voluntad de Dios. Debemos hacer en cada día de la vida el esfuerzo para obtener este conocimiento. Aprender la ciencia por la sola interpretación humana es obtener una falsa educación; pero el aprender de Dios y de Cristo es conocer la ciencia del cielo. La confusión que se nota en la educación proviene de que la sabiduría y el conocimiento de Dios no han sido ensalzados (Id., pág. 342).

Influid contra la rivalidad egoísta y la ambición.
En semejante momento, ¿cuál es la tendencia de la educación dada? ¿A qué motivo se dirige más a menudo? A la complacencia del yo. Gran parte de la educación dada es una perversión del arte pedagógico. La verdadera educación es una influencia que contrarresta la ambición egoísta, el anhelo 274 de poder, la indiferencia hacia los derechos y las necesidades de la humanidad, que constituyen una maldición de nuestro mundo. El plan de vida de Dios tiene un lugar para cada ser humano. Cada uno debe perfeccionar sus talentos hasta lo sumo y la fidelidad con que hace esto, sean pocos o muchos los dones, es lo que le da derecho a recibir honor. En el plan de Dios no tiene cabida la rivalidad egoísta. Los que se miden entre sí mismos y se comparan consigo mismos "son faltos de buen sentido" (2 Cor. 10: 12). Cualquier cosa que hagamos debe ser hecha "como del poder que suministra Dios" (1 Ped. 4: 11); "de corazón, como para el Señor, y no para los hombres; sabiendo que de parte del Señor recibiréis el galardón de la herencia; pues servís a Cristo, el Señor" (Col. 3: 23, 24). Son preciosos el servicio prestado y la educación obtenida al poner en práctica estos principios. Pero ¡cuán diferente es una gran parte de la educación que ahora se da! Desde los primeros años de la vida del niño, es un estímulo a la emulación y la rivalidad; fomenta el egoísmo, raíz de todo mal (La Educación, págs. 221, 222).
El modelo fue dado en el Edén.
El sistema de educación instituido al principio del mundo, debía ser un modelo para el hombre en todos los tiempos. Como una ilustración de sus principios se estableció una escuela modelo en el Edén, el hogar de nuestros primeros padres. El jardín del Edén era el aula, la naturaleza el libro de texto, el Creador mismo era el Maestro, y los padres de la familia humana los alumnos (Id., pág. 17).
Ejemplificada por el Maestro supremo.
En la educación de sus discípulos, el Salvador siguió el sistema de educación establecido al principio. Los primeros doce escogidos, junto con unos pocos que, por el alivio de sus necesidades estaban de vez en 275 cuando en relación con ellos, formaban la familia de Jesús. Estaban con él en la casa, a la mesa, en el retiro, en el campo. Lo acompañaban en sus viajes, compartían sus pruebas y tareas, y, hasta donde podían, tomaban parte en su trabajo.
A veces les enseñaba cuando estaban sentados en la ladera de la montaña; a veces, junto al mar o desde la barca de un pescador; otras, cuando iban por el camino. Cada vez que hablaba a la multitud, los discípulos formaban el círculo más cercano a él. se agolpaban en torno a él para no perder nada de sus instrucción. Eran oidores atentos, anhelosos de comprender las verdades que debían enseñar en todos los países y a todas las edades (Id., págs. 80, 81)
La verdadera educación es tanto práctica como teórica.
En la niñez y en la juventud la instrucción práctica debiera combinarse con la teórica y la mente debiera quedar provista de conocimientos. . . .
Debiera enseñarse a los hijos para que tengan parte en los deberes domésticos. Debiera instruírselos para que ayuden al padre y a la madre en las pequeñas cosas que pueden hacer. Su mente debiera ser cultivada para que piense, debiera emplearse su memoria para que recuerde las tareas que se le asignan; y al educárselos en hábitos de utilidad en el hogar, se los está educando para realizar los deberes prácticos que convienen para su edad (Fundamentals of Christian Education, págs. 368, 369).
No es la elección natural de los jóvenes.
La clase de educación que hará idóneos a los jóvenes para la vida práctica, no es la que eligen comúnmente. Ellos insisten en sus deseos, sus gustos y disgustos, sus preferencias e inclinaciones; pero si sus padre, tienen una visión correcta de Dios, de la verdad y de las influencias y compañías que deben rodear a sus hijos, sentirán que sobre ellos descansa la responsabilidad confiada por Dios de guiar cuidadosamente 276 a los jóvenes inexpertos (Consejos para los Maestros, pág. 102).
No es un método para escapar de las responsabilidades de la vida.
Incúlquese en los jóvenes el pensamiento de que la educación no les ha de enseñar a esquivar las tareas desagradables ni las cargas pesadas de la vida; que su propósito es hacer más liviano el trabajo mediante la enseñanza de mejores métodos y blancos más elevados. Enseñadles que el verdadero blanco de la vida no es obtener toda la ganancia posible para sí, sino honrar a su Hacedor haciendo su parte en el trabajo del mundo y ayudando a los que son más débiles y más ignorantes (La Educación, pág. 217).
La educación debiera despertar el espíritu de servicio.
Más que ningún otro agente, el servir por amor a Cristo en las cosas pequeñas de la vida diaria tiene poder para formar el carácter y para dirigir la vida por el camino del servicio abnegado. Despertar este espíritu, fomentarlo y encauzarlo debidamente es la obra de padres y maestros. No podría encomendárselas obra más

importante. El espíritu de servicio es el espíritu del cielo, y en cada esfuerzo que se haga para fomentarlo y alentarlo puede contarse con la cooperación de los ángeles.

Una educación tal debe basarse en la Palabra de Dios. Sólo en ella se exponen plenamente los principios de la educación. Debe hacerse de la Biblia el fundamento del estudio y de la enseñanza. El conocimiento esencial es el conocimiento de Dios y de Aquel a quien envió (El Ministerio de Curación, pág. 312).

La educación moral está por encima de la cultura intelectual. Los niños necesitan grandemente la debida educación, a fin de poder ser útiles en el mundo. Pero cualquier esfuerzo que ensalce la cultura intelectual por encima de la moral, va descaminado. 277 Instruir, cultivar, pulir y refinar a los jóvenes y los niños, debiera ser la preocupación principal de padres y maestros (Consejos para los Maestros, pág. 67).

Su propósito es la edificación del carácter.

La más alta educación es la que imparte un conocimiento y una disciplina que conducen a un mejor desarrollo del carácter, y prepara al alma para aquella vida que se mide con la vida de Dios. En nuestros cálculos no debe perderse de vista la eternidad. La más alta educación es la que enseña a nuestros niños y jóvenes la ciencia del cristianismo, la que les da un conocimiento experimental de los caminos de Dios, y les imparte las lecciones que Cristo dio a sus discípulos, acerca del carácter paternal de Dios (Id., pág. 37).

Es una preparación que dirige y desarrolla.

Hay una época para desarrollar a los niños, y otra para educar a los jóvenes; es esencial que en la escuela se combinen ambas en extenso grado. Se puede preparar a los niños para que sirvan al pecado, o para que sirvan a la justicia. La primera educación de los jóvenes amolda su carácter, tanto en su vida secular como en la religiosa. Salomón dice: "Instruye al niño en su carrera: aun cuando fuere viejo no se apartará de ella" (Prov. 22: 6). Este lenguaje es positivo. La preparación que Salomón recomienda consiste en dirigir, educar y desarrollar. Para hacer esta obra, los padres y los maestros deben comprender ellos mismos el "camino" por el cual debe andar el niño. Esto abarca más que tener simplemente un conocimiento de los libros. Abarca todo lo que es bueno, virtuoso, justo y santo. Abarca la práctica de la templanza, la piedad, la bondad fraternal y el amor mutuo y hacia Dios. A fin de alcanzar este objeto, debe recibir atención la educación física, mental, moral y religiosa de los niños (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 314). 278

Prepara obreros para Dios.

Sobre los padres y las madres descansa la responsabilidad de dar una educación cristiana a los hijos que les han sido confiados. En ningún caso deben permitir que ninguna ocupación absorba de tal modo su tiempo y sus talentos que su hijos queden a la deriva hasta que se separen de Dios. No han de permitir que sus hijos caigan en las manos de incrédulos.

Han de hacer todo lo que está en su poder para apartarlos del seductor espíritu del mundo. Han de prepararlos para que lleguen a ser colaboradores con Dios. Han de ser la mano humana de Dios que los prepare a ellos y a sus hijos para una vida eterna (Fundamentals of Christian Education, pág. 545).

Enseña el amor y el temor de Dios.

Padres cristianos, por amor de Cristo, ¿no examinaréis vuestros deseos, vuestros propósitos para vuestros hijos y comprobaréis si soportarán la prueba de la ley de Dios? La educación más esencial es la que les enseña el amor y el temor de Dios (Review and Herald, 24-6-1890).

Es considerada por muchos como anticuada.

La educación que ha de durar tanto como la eternidad es casi por completo descuidada y considerada como anticuada y poco deseable. La educación de los niños para que emprendan la obra de edificar el carácter, teniendo en cuenta su bien presente, su paz y felicidad presente, y para guiar sus pasos en el sendero señalado para los redimidos del Señor, es considerada como pasada de moda y por lo tanto como no esencial. A fin de que vuestros hijos entren por las puertas de la ciudad de Dios como vencedores, deben ser educados en el temor de Dios y en la observancia de sus mandamientos en la vida actual (Fundamentals of Christian Education, pág. 111).

Siempre es progresiva y nunca se completa.

Nuestro trabajo en esta vida es una preparación para la 279 vida eterna. La educación empezada aquí no se completará en esta vida, sino que ha de continuar por toda la eternidad, progresando siempre, nunca completa. La sabiduría y el amor de Dios en el plan de la redención se nos revelarán más y más cabalmente. El Salvador, al llevar a sus hijos a las fuentes de aguas vivas, les concederá ricos caudales de conocimiento. Y día tras día las maravillosas obras de Dios, las pruebas de su poder en la creación y el sostenimiento del universo, se manifestarán a la mente en nueva belleza. A la luz que resplandece del trono, desaparecerán los misterios, y el alma se llenará de admiración ante la sencillez de las cosas que nunca antes comprendiera (El Ministerio de Curación, pág. 371). 280

CAPÍTULO 51. La Preparación para la Escuela
Los primeros ocho o diez años.
Los niños no deberían estar mucho tiempo dentro de las casas; no se les debería exigir que se apliquen con mucho tesón al estudio hasta que se haya echado un buen cimiento para el desarrollo físico. Durante los ocho o diez primeros años de la vida del niño, el campo o el jardín constituyen la mejor aula, la madre, la mejor maestra, y la naturaleza el mejor libro de texto. Hasta que el niño tenga edad suficiente para asistir a la escuela se debería considerar su salud mas importante que el conocimiento de los libros. Debería estar rodeado de las más favorables condiciones para el crecimiento físico y mental (La Educación, pág. 204).
Existe la costumbre de enviar a los niñitos prematuramente a la escuela. Se requiere de ellos que estudien de los libros cosas que sobrecargan su mente. . . . Este proceder no es sabio. Un niño nervioso no debiera ser sobrecargado de ninguna manera (Fundamentals of Christian Education, pág. 416).
El programa del niño durante la infancia.
Durante los primeros seis o siete años de la vida del niño, debiera dedicarse especial atención a su educación física antes que a la intelectual. Si su constitución física es buena, después de este período debieran recibir atención ambos tipos de educación. La infancia se extiende hasta la edad de seis o siete años. Hasta este período, debiera dejarse que los niños correteen de acá para allá, como corderitos, por la casa y los patios, dando rienda suelta a sus estados de ánimo, saltando y retozando, libres de cuidado y tribulaciones. 281
Los padres, y especialmente las madres, debieran ser los únicos maestros de esas mentes infantiles. La educación no debiera provenir de los libros. Por regla general, los niños aprenderán las cosas de la naturaleza mediante preguntas. Harán preguntas en cuanto a lo que ven y oyen, y los padres debieran aprovechar la oportunidad para instruir y responder pacientemente a los pequeños preguntones. En esa manera, pueden anticiparse al enemigo y fortalecer la mente de sus hijos sembrando buenas semillas en su corazón, sin dejar terreno para que se arraiguen las malas. En esta tierna edad, la amante instrucción de la madre es lo que necesitan los niños para la formación del carácter (Pacific Health Journal, septiembre de 1897).
Lecciones durante el período de transición.
La madre debiera ser la maestra y el hogar la escuela donde cada niño reciba sus primeras lecciones, y esas lecciones debieran incluir hábitos de laboriosidad. Madres, permitid que los pequeños jueguen al aire libre; permitidles que escuchen los cantos de los pajarillos y conozcan el amor de Dios tal como se expresa en sus bellas obras. Enseñadles sencillas lecciones del libro de la naturaleza y de las cosas que los rodean, y a medida que sus mentes se expandan, pueden añadirse lecciones de los libros y pueden fijarse firmemente en la memoria. Pero aprendan también a ser útiles, aun en sus años más precoces. Enseñadles a pensar que, como miembros del hogar, han de realizar su parte con interés y espíritu de ayuda, compartiendo las tareas domésticas y buscando el ejercicio saludable en la realización de los deberes necesarios del hogar (Fundamentals of Christian Education, págs. 416, 417).
No necesita ser un proceso penoso.
Tal educación es de un valor indecible para un niño, y esta preparación no necesita ser un proceso penoso. Puede 282 darse de tal manera que el niño halle placer aprendiendo a ser útil. Las madres pueden entretener a sus hijos mientras les enseñan a cumplir pequeñas tareas de amor, pequeños deberes del hogar. Esta es la obra de la madre: instruir pacientemente a sus hijos, línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá. Y al hacer esta obra, la madre misma obtendrá una educación y una disciplina incalculables (Carta 55, 1902).
La moral puesta en peligro por los compañeros de escuela.
No enviéis a vuestros pequeñuelos a la escuela demasiado precozmente. La madre debiera ser cuidadosa al confiar a otras manos el dar forma a la mente del niño (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 67).
Muchas madres creen que no tienen tiempo para instruir a sus hijos, y a fin de sacárselos del camino y librarse de su ruido y molestia, los mandan a la escuela. . . .
No sólo se ha puesto en peligro la salud física y mental al enviarlos a la escuela demasiado precozmente, sino que han perdido desde el punto de vista moral. Tuvieron la oportunidad de tratarse con niños incultos. Se asociaron con los que son ásperos y rudos, que mienten, blasfeman, roban y engañan, y que se deleitan en impartir su conocimiento del vicio a los que son menores que ellos. Si se deja a los niñitos librados a sus propias fuerzas, aprenden más fácilmente el mal que el bien. Los malos hábitos se avienen mejor con el corazón natural y las cosas que ven y oyen en su infancia y niñez se graban profundamente en su mente; y la mala semilla sembrada en su corazón joven se arraigará y se convertirá en aguzadas espinas que herirán el corazón de sus padres (Solemn Appeal, págs. 130, 132). 283
CAPÍTULO 52. La Elección de la Escuela

Sufrimos pérdidas terribles.

A veces me sorprendo a mí misma deseando que Dios hable a los padres con una voz audible como habló a la esposa de Manoa, para decirles lo que deben hacer en la educación de sus hijos. Experimentamos pérdidas terribles en cada rama de la obra debido al descuido de la educación en el hogar. Fue esto lo que hizo resaltar la necesidad de escuelas donde predominara una influencia religiosa. Si hay algo que se pueda hacer para contrarrestar el gran mal, lo haremos con la fortaleza de Jesús (Manuscrito 119, 1899).

Afrontamos un acontecimiento supremo.

Padres, tutores, colocad a vuestros niños en escuelas donde la influencia sea similar a la que se ejerce en una escuela de hogar rectamente manejada; escuelas donde los maestros llevarán a los niños hacia adelante paso tras paso, y en las cuales la atmósfera espiritual sea un sabor de vida para vida. . . . Depende grandemente de la influencia que los rodee, después de haber salido de su hogar, entre aquellos a quienes van en procura de instrucción cristiana, el que nuestros jóvenes que han recibido una sabia instrucción y una educación de padres piadosos, continúen o no siendo santificados por la verdad (Testimonies, tomo 8, pág. 226).

¿Qué clase de educadores?

En el mundo hay dos clases de educadores. Una clase está formada por aquellos a quienes Dios convierte en canales de luz y la otra clase por aquellos a quienes Satanás usa como sus agentes, que son sabios para hacer el mal. Una clase contempla el carácter de Dios y acrecienta su conocimiento de Jesús, a quien Dios ha enviado al mundo. Esta clase se entrega plenamente a aquellas cosas que proporcionarán iluminación celestial, 284 sabiduría celestial para la exaltación del alma. Cada facultad de su naturaleza está sometida a Dios y sus pensamientos han sido colocados en cautividad ante Cristo. La otra clase está confabulada con el príncipe de las tinieblas, que siempre está alerta buscando la oportunidad para enseñar a otros el conocimiento del mal (Fundamentals of Christian Education, pág. 174).

Elegid la escuela donde Dios es el fundamento.

Al hacer planes para la educación de sus hijos fuera del hogar, los padres deben comprender que ya no es seguro mandarlos a las escuelas fiscales, y deben esforzarse por enviarlos a aquéllas en las cuales obtendrán una educación basada en el fundamento bíblico. Sobre cada padre cristiano descansa la obligación solemne de dar a sus hijos una educación que los inducirá a obtener conocimiento de Dios, y a llegar a ser partícipes de la naturaleza divina por la obediencia a la voluntad y el camino de Dios (Consejos para los Maestros, págs. 157, 158).

Considerad el consejo de Dios para Israel.

Mientras caían sobre la tierra de Egipto los juicios de Dios, el Señor no sólo indicó a los israelitas que mantuvieran a sus hijos dentro de sus casas, sino que aun ordenó que entraran su ganado de los campos. . . . Así como los israelitas preservaron a sus hijos dentro de sus hogares durante el tiempo cuando los juicios de Dios estuvieron en la tierra de Egipto, así también en este tiempo de peligro hemos de preservar a nuestros hijos separándolos y apartándolos del mundo. Hemos de enseñarles que los mandamientos de Dios significan mucho más de lo que nos imaginamos. Los que los guardan no imitarán las prácticas de los transgresores de la ley de Dios.

Los padres deben considerar la Palabra de Dios con respeto, obedeciendo sus enseñanzas. A los 285 padres de hoy tanto como a los israelitas Dios declara: "Estas palabras . . . estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas".

A pesar de esa clara instrucción, algunos de los hijos de Dios permiten que sus hijos asistan a escuelas públicas donde se mezclan con los que practican costumbres corruptas. En esas escuelas, sus hijos no pueden estudiar la Biblia ni aprender sus principios. Padres cristianos, debéis procurar que vuestros hijos se eduquen en los principios bíblicos (Manuscrito 100, 1902).

Se neutraliza la verdad bíblica. Se confunde el niño.

¿Obtienen nuestros niños, de parte de los maestros de las escuelas públicas, ideas que armonizan con la Palabra de Dios? ¿Les es presentado el pecado como una ofensa contra Dios? ¿Se les enseña que la obediencia a los mandamientos de Dios es el principio de toda sabiduría? Mandamos nuestros niños a la escuela sabática para que se les eduque acerca de la verdad, y luego, cuando van a la escuela fiscal, les hacen aprender lecciones que encierran mentiras. Estas cosas confunden la mente y no debieran suceder, pues si los jóvenes acogen ideas que pervierten la verdad, ¿cómo podrá ser contrarrestada la influencia de dicha educación?

¿Podremos, acaso, maravillarnos de que en tales circunstancias algunos jóvenes de entre los nuestros no aprecien los beneficios religiosos? ¿Podremos maravillarnos de que se dejen arrastrar hacia la tentación? ¿Podremos maravillarnos de que, habiendo vivido en el abandono que les ha tocado, consagren sus energías a diversiones que ningún bien les reportan, 286 que estén empobrecidas sus aspiraciones religiosas y oscurecida su vida espiritual? La mente será de igual carácter que aquello de que se alimenta; la cosecha, de igual naturaleza que la semilla sembrada. ¿No bastan estos hechos para hacernos ver cuán necesario es amparar desde los primeros años la educación de los jóvenes? ¿No sería mejor para los jóvenes crecer hasta cierto punto en ignorancia de lo que comúnmente se acepta por educación, más bien que llegar a ser indiferentes a la verdad de Dios? (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 452. 453).

Escuelas en todas nuestras iglesias.

En todas nuestras iglesias debiera haber escuelas, y en éstas, maestros que sean misioneros. Es esencial que éstos estén preparados para desempeñar bien su parte en la obra importante de educar a los niños de los observadores del sábado, no sólo en las ciencias, sino en las Escrituras. Estas escuelas, establecidas en diferentes localidades, bajo la dirección de hombres y mujeres temerosos de Dios, según lo exija el caso, deben fundarse sobre los mismos principios en que estaban edificadas las escuelas de los profetas (Consejos para los Maestros, pág. 129).

Escuelas de iglesia en las ciudades.

Es de importancia máxima que se establezcan escuelas de iglesia a las cuales se puedan enviar los niños y todavía estén bajo el cuidado de su madre y tengan la oportunidad de practicar las lecciones de ser serviciales que es el propósito de Dios que aprendan en el hogar. . . .

Mucho más se puede hacer para salvar y educar a los niños de los que en la actualidad no pueden salir de las ciudades. Este es un asunto digno de nuestros mejores esfuerzos. En las ciudades han de establecerse escuelas de iglesia y en relación con esas escuelas deben trazarse planes para la enseñanza de 287 estudios más avanzados cuando haya demanda de ellos (Review and Herald, 17-12-1903).

Establézcanse escuelas para las iglesias pequeñas.

Muchas familias que con el objeto de educar a sus hijos se trasladan a los lugares donde están establecidas nuestras escuelas mayores prestarían mejor servicio al Maestro si se quedaran donde se encuentran. Debieran animar a la iglesia de la cual son miembros a establecer una escuela de iglesia donde los niños que habiten dentro de sus confines pudieran recibir una educación cristiana perfecta y práctica. Sería muchísimo mejor para sus hijos, para ellos mismos y para la causa de Dios, si se quedasen en las iglesias más pequeñas, donde se ha menester de su ayuda, en lugar de ir a las más grandes, donde, a causa de que no se les necesita, existe la constante tentación a caer en la inercia espiritual.

Dondequiera que haya unos cuantos observadores del sábado, los padres deben unirse para habilitar un lugar destinado a escuela diaria donde sus hijos y jóvenes puedan ser enseñados. Deben ocupar a un maestro cristiano que, como consagrado misionero, eduque a los niños de manera que los encamine hacia la vocación misionera. Ocúpense maestros que den una educación cabal en los ramos comunes, haciendo de la Biblia el fundamento y vida de todo estudio (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 456, 457).

En las localidades donde hay pocos creyentes, únanse dos o tres iglesias para levantar un humilde edificio para la escuela de iglesia (Testimonies, tomo 6, pág. 109).

Si los padres comprendieran la importancia de esos pequeños centros de educación, y cooperaran para hacer la obra que el Señor desea que se haga en este tiempo, se frustrarían los planes del enemigo de nuestros hijos (Manuscrito 33, 1908). 288

Escuelas de iglesia en los hogares.

En cuanto sea posible, todos nuestros hijos deben tener oportunidad de obtener educación cristiana. A fin de proveerla, debemos a veces establecer escuelas de iglesia en los hogares. Sería bueno si varias familias de un vecindario se uniesen para emplear a un maestro humilde y temeroso de Dios, que dé a los padres la ayuda que necesitan para educar a sus hijos. Esto será una gran bendición para muchos grupos aislados de observadores del sábado, y un plan más agradable al Señor que el que se ha seguido a veces, a saber, enviar a niños tiernos lejos de sus casas para asistir a una de nuestras escuelas mayores.

Los pequeños grupos de observadores del sábado son necesarios para mantener en alto la luz delante de sus vecinos; y se necesitan los niños en los hogares, para poder ayudar a sus padres cuando terminan las horas de estudio. El mejor lugar para los niños es el hogar cristiano bien ordenado, donde puedan recibir la disciplina paterna según la orden del Señor (Consejos para los Maestros, pág. 122).

Un problema de los miembros aislados.

Algunas familias de observadores del sábado viven solas o muy separadas de otras de la misma fe. A veces han enviado a sus hijos a nuestras escuelas de internos, donde recibieron beneficio, regresando después para ser una bendición en su propio hogar. Pero algunas no pueden mandar a sus hijos lejos del hogar para que se eduquen. En tales casos, los padres deben hacer lo posible por emplear a un maestro de vida religiosa ejemplar, para quien sea un placer trabajar por el Maestro en cualquier actividad y estar dispuesto a cultivar cualquier porción de la viña del Señor.

Los padres y las madres deben cooperar con el maestro, trabajando fervorosamente por la 289 conversión de sus hijos (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 457).

Es de vital importancia salvar a los niños.

En algunos países, la ley obliga a los padres a enviar sus hijos a la escuela. En esos países se debiera establecer escuelas en las localidades donde hay iglesias, aun en el caso de que no hubiera más que seis niños para concurrir a cada una de ellas. Trabajad por impedir que vuestros hijos se ahoguen en las influencias viciosas y corruptoras del mundo, como si estuvieseis trabajando por vuestra propia vida. Estamos muy atrasados en el cumplimiento de nuestro deber en este importante asunto. En muchos lugares hace años que debieran estar funcionando escuelas. Muchas localidades hubieran tenido así representantes de la verdad que habrían dado carácter a la obra del Señor. En vez de concentrar tantos edificios imponentes en unos pocos lugares, debieran haberse establecido escuelas en muchas localidades.

Establézcanse ahora dichas escuelas con sabia dirección para que los niños y jóvenes sean educados en sus propias iglesias. Es una hiriente ofensa inferida a Dios el hecho de que haya existido tanto descuido en esto, cuando la Providencia nos ha provisto tan abundantes facilidades con que trabajar (Id., pág. 458).

No se debe abandonar una escuela establecida.

Nunca debe abandonarse el trabajo educativo en un lugar donde se ha establecido una escuela de iglesia, a menos que Dios indique claramente que así debe hacerse. Las condiciones adversas pueden parecer conspirar contra la escuela, pero con la ayuda de Dios el maestro puede hacer una gran obra salvadora y transformar las cosas (Consejos para los Maestros, pág. 121).

Encaminad a los niños desobedientes e indisciplinados.

A veces hay en la escuela un elemento desordenado 290 que hace muy difícil el trabajo. Los niños que no han recibido la debida educación causan mucha dificultad, y su perversidad causa tristeza al corazón del maestro. Pero él no debe desalentarse. Las pruebas imparten experiencia. Si los niños son desobedientes e indisciplinados, tanto más necesario es el esfuerzo arduo. El hecho de que haya alumnos de tal carácter, es una de las razones por las cuales deben establecerse escuelas de iglesia. Los niños cuyos padres no los han educado y disciplinado, deben ser salvados si es posible (Id., pág. 118).

La conversación de los jóvenes mundanos.

Hace años, debieran haberse levantado edificios escolares en otros lugares además de ------, no grandes edificios, sino edificios adecuados para escuelas de iglesia en los cuales los niños y jóvenes pudieran recibir una verdadera educación. Los libros de texto empleados debieran ser de tal carácter que llamaran la atención a la ley de Dios. La Biblia debiera ser el fundamento de la educación. En esta obra se magnificarán la luz, la fortaleza y el poder de la verdad. Los jóvenes mundanos cuya mente no ha sido depravada por hábitos de sensualidad, se asociarán con estas escuelas y serán convertidos. . . . Se me ha instruido que esta clase de obra misionera tendrá una notable influencia al extender la luz y el conocimiento de la verdad (Manuscrito 150, 1899).

Mantened las más altas normas.

La obra de nuestras escuelas de iglesia debe ser del más elevado carácter. Jesucristo, el Restaurador, es el único remedio para una mala educación, y las lecciones enseñadas en su Palabra siempre deben recordarse a los jóvenes en la forma más atrayente. La disciplina de la escuela debe complementar a la educación del hogar, y tanto en el hogar como en la escuela deben mantenerse la sencillez y la piedad (Consejos para los Maestros, pág. 134). 291

Preparad para la educación superior celestial.

A los padres [el Señor] hace llegar este grito de alarma: Juntad a vuestros hijos en vuestros hogares; separadlos de aquellos que desprecian los mandamientos de Dios, que enseñan y practican lo malo. Salid de las grandes ciudades tan pronto como os sea posible. Estableced escuelas de iglesia. Dad a vuestros hijos la Palabra de Dios por fundamento de toda su educación. Ella está llena de hermosas lecciones y si los alumnos la convierten en tema de estudio en el curso primario de esta vida, estarán preparados para el curso superior en la por venir (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 454).

Dios lo ha provisto.

Nuestras escuelas son los instrumentos especiales del Señor para preparar a los niños y a los jóvenes para la obra misionera. Los padres deben comprender su responsabilidad, y ayudar a sus hijos a apreciar los grandes privilegios y las bendiciones que Dios les ha provisto en las ventajas educativas (Consejos para los Maestros, pág. 115). 292

CAPÍTULO 53. La Responsabilidad de la Iglesia

La iglesia como vigilante.

El Señor quiere usar a la escuela de iglesia para ayudar a los padres en la educación y preparación de sus hijos para el tiempo que nos espera. Por lo tanto, dedíquese la iglesia con fervor a la obra de esta escuela, y haga de ella lo que el Señor quiere que sea (Consejos para los Maestros, pág. 127).

Dios ha designado a la iglesia como atalaya, para que ejerza un cuidado celoso sobre los jóvenes y niños, y que como centinela vea cómo se acerca el enemigo y advierta del peligro. Pero la iglesia no comprende la situación. Duerme estando de guardia. En este tiempo de peligro, los padres deben despertarse y trabajar como por su vida, o muchos de los jóvenes se perderán para siempre (Id., pág. 126).

La ley de Dios debe exaltarse.

La iglesia tiene una obra especial que hacer en lo que toca a educar y disciplinar a sus niños de modo que, al asistir a las clases o estar en cualquier otra compañía, no sientan la influencia de los dominados por hábitos corrompidos. El mundo está lleno de iniquidad y desprecio de los requerimientos de Dios. . . . Las iglesias protestantes han aceptado el falso día de reposo, producto del papado, y lo han exaltado por encima del día santificado por Dios. Es tarea que nos corresponde la de explicar con claridad a nuestros niños que el primer día de la semana no es el verdadero día de reposo y que su observancia, después de habernos llegado la luz en cuanto a lo que es el sábado, es una franca impugnación de la ley de Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 452).

Obreros especializados deben ser preparados para Cristo.

Como iglesia, como individuos, si queremos 293 estar sin culpa en el juicio, debemos hacer esfuerzos más generosos para la educación de nuestros jóvenes, a fin de que puedan estar mejor preparados para las diversas ramas de la gran obra confiada a nuestras manos. Debemos trazar planes sabios, para que las mentes ingeniosas de los que tienen talentos puedan ser fortalecidas y disciplinadas de la manera más refinada, a fin de que la obra de Cristo no sea impedida por falta de obreros hábiles, que harán su obra con fervor y fidelidad (Consejos para los Maestros, pág. 35).

Todos deben compartir los gastos.

Participen todos en los gastos. Repare la iglesia en que aquellos que deban recibir sus beneficios estén asistiendo a la escuela. Se debe ayudar a las familias pobres. No podemos llamarnos verdaderos misioneros si descuidamos a aquellos que están a nuestras mismas puertas, que se hallan en la edad más crítica y que necesitan nuestra ayuda para obtener el conocimiento y la experiencia que los capacite para el servicio de Dios.

El Señor quiere que se hagan afanosos esfuerzos en la educación de nuestros niños (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 475).

Aliviad la carga financiera de educar a los jóvenes dignos.

Las iglesias de diferentes localidades deben sentir que descansa sobre ellas la solemne responsabilidad de educar a los jóvenes y preparar sus talentos para que se dediquen a la obra misionera. Cuando ellos vean en la iglesia quienes prometen llegar a ser obreros útiles, pero que no pueden sostenerse en la escuela, deben asumir la responsabilidad de mandarlos a una de nuestras escuelas. Hay en las iglesias excelente capacidad que necesita dedicarse a servir. Hay personas que prestarían buen servicio en la viña del Señor, pero muchas son demasiado pobres para obtener, sin ayuda, 294 la educación que necesitan. Las iglesias deben considerarlo un privilegio tener una parte en sufragar los gastos de las tales.

Los que tienen la verdad en su corazón, son siempre generosos, y ayudan donde es necesario. Van a la cabeza y otros imitan su ejemplo. Si hay quienes debieran gozar de los beneficios de la escuela, pero no pueden pagar toda su enseñanza, manifiesten las iglesias su liberalidad ayudándoles (Consejos para los Maestros, pág. 57).

Fondo para estudios superiores.

Créese un fondo por contribuciones generosas para el establecimiento de escuelas colegios e instituciones superiores] que lleven adelante la obra educativa. Necesitamos hombres bien preparados, bien educados, para trabajar en interés de las iglesias. Deben presentar el hecho de que no podemos confiar nuestros jóvenes a los seminarios y colegios establecidos por otras denominaciones; debemos reunirlos en nuestras escuelas, donde no se descuidará su preparación religiosa (Id., págs. 36, 37).

Dése para las misiones, pero no se descuide a los jóvenes de la comunidad

¿Darán los miembros de la iglesia recursos para adelantar la causa de Cristo entre los demás y dejarán de paso a sus propios hijos fomentar la obra y el servicio de Satanás? (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 475).
Aunque debemos hacer esfuerzos fervientes por las masas que nos rodean, y hacer avanzar la obra en los campos extranjeros, ningún caudal de trabajo en este ramo puede sernos una disculpa por descuidar la educación de nuestros niños y jóvenes. Se los ha de educar para que lleguen a ser obreros de Dios. Tanto los padres como los maestros, por su precepto y ejemplo, han de inculcar los principios de la verdad y honradez en la mente y el corazón de los jóvenes, a fin de que lleguen a ser hombres 295 y mujeres tan fieles a Dios y a su causa como el acero (Consejos para los Maestros, pág. 126).
Orad con fe; Dios abrirá el camino.
Puede ser que algunos pregunten: ¿Cómo se han de establecer tales escuelas? No somos un pueblo rico, pero si oramos con fe, y permitimos al Señor que obre en nuestro favor, él abrirá delante de nosotros caminos para establecer, en lugares retraídos pequeñas escuelas para la educación de nuestros jóvenes, no sólo en las Escrituras y el saber que se obtiene de los libros, sino en muchos ramos de trabajo manual (Id., pág. 157).
"Levantémonos y edifiquemos".*
Debiéramos establecer la obra debidamente aquí en Crystal Springs [Sanitarium, California]. Aquí están nuestros hijos. ¿Permitiremos que sean contaminados por el mundo: por su iniquidad, su desobediencia de los mandamientos de Dios? pregunto a los que están haciendo planes para enviar a sus hijos a las escuelas públicas donde están expuestos a ser contaminados, ¿cómo podéis afrontar tal riesgo?
Deseamos construir un edificio escolar para nuestros hijos. Debido a los muchos pedidos de dinero, parece difícil conseguir suficientes medios o despertar un interés lo suficientemente grande como para construir una escuela pequeña y conveniente. He dicho a la junta escolar que yo les cedería algo de terreno por todo el tiempo que ellos lo usaran para propósitos escolares. Espero que se despierte suficiente interés para que podamos erigir un edificio donde nuestros hijos puedan ser enseñados en la Palabra de Dios que es la sangre vital y la carne del Hijo de Dios. . . . ¿No os interesaréis en la construcción 296 de este edificio escolar en el cual se ha de enseñar la Palabra de Dios? Cuando se le preguntó a un hombre cuánto daría a la escuela en forma de trabajo, dijo que si se le daban tres dólares por día, casa y comida, nos ayudaría. Pero no queremos ofertas de esa clase. Recibiremos ayuda. Esperamos tener un edificio escolar en el que se pueda enseñar la Biblia, en el que se puedan ofrecer oraciones a Dios, y en el que los niños puedan ser instruidos en los principios bíblicos. Esperamos que todos los que puedan unirse con nosotros deseen participar en la construcción de este edificio. Esperamos preparar un pequeño ejército de obreros en esta ladera (Manuscrito 100, 1902).
Ayudad con trabajo así como con dinero.
Sabemos que todos están interesados en el buen éxito de esta empresa. Los que dispongan de tiempo, den unos pocos días para ayudar a construir esta escuela. Todavía no se ha prometido suficiente dinero para pagar siquiera el material necesario. Estamos contentos por lo que se ha dado, pero ahora pedimos a todos que se interesen decididamente en este asunto, de modo que pronto tengamos un lugar donde puedan estudiar la Biblia nuestros hijos, que es el fundamento de toda verdadera educación. El temor del Señor, la primerísima lección a enseñarse, es el principio de la sabiduría.
No hay razón para que este asunto se estanque. Dispónganse todos a ayudar, perseverando con interés inmutable hasta que esté completo el edificio. Hagan todos algo. Quizá algunos tengan que levantarse a las 4 de la mañana a fin de ayudar. Por regla general, comienzo mi trabajo antes de esa hora. Tan pronto como haya luz del día, algunos podrían comenzar a trabajar en el edificio, empleando una hora o dos antes del desayuno. Quizá otros no puedan hacer esto. Pero todos pueden hacer algo para 297 mostrar su interés en facilitar a los niños su educación en una escuela donde puedan ser disciplinados y preparados para el servicio de Dios. Seguramente su bendición descansará sobre cada esfuerzo. . . .
Hermanos y hermanas, ¿qué haréis para ayudar a construir una escuela de iglesia? Creemos que todos considerarán como un privilegio y una bendición que haya este edificio de escuela. Captemos el espíritu de la obra, diciendo: Nos levantaremos y edificaremos. Si todos pusieran manos a la obra al unísono, pronto tendríamos un edificio escolar en el cual día tras día nuestros niños serán enseñados en los caminos del Señor. Al hacer lo mejor que podemos, la bendición de Dios descansará sobre nosotros. ¿Nos levantaremos y edificaremos? (Manuscrito 100, 1902). 298
CAPÍTULO 54. Maestros y Padres en Sociedad
La necesidad de una comprensión amigable.
Los maestros del hogar y los de la escuela deben saber comprender la obra de cada uno y simpatizar mutuamente. Deben colaborar armoniosamente, imbuidos del mismo espíritu misionero, y esforzarse juntos

por beneficiar a los niños física, mental y espiritualmente, a fin de desarrollar en ellos un carácter que resista la prueba de la tentación (Consejos para los Maestros, pág. 121).

Los padres deben recordar que se logrará mucho más por la obra de la escuela de iglesia si ellos mismos comprenden las ventajas que sus hijos obtendrán de esa escuela, y apoyan de todo corazón al maestro. Por la oración, la paciencia y la tolerancia, los padres pueden deshacer, en gran parte, el daño causado por la impaciencia e indulgencia imprudente. Cooperen en el trabajo los padres y el maestro, recordando los primeros que ellos mismos recibirán ayuda por la presencia en la comunidad de un maestro ferviente, temeroso de Dios (Id., pág. 120).

La desunión puede anular la buena influencia.

Un espíritu de desunión, albergado en el corazón de unos pocos, se transmitirá de por sí a otros y destruirá la buena influencia que podría ejercer la escuela. A menos que los padres estén bien dispuestos y ansiosos de cooperar con el maestro para la salvación de sus hijos, no están preparados para tener establecida una escuela entre ellos (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 461).

La cooperación comienza en el hogar.

La cooperación debería empezar entre los padres en la vida doméstica. Comparten la responsabilidad de la educación de los niños y deberían esforzarse constantemente 299 por actuar juntos. Entréguense a Dios y pídanle ayuda para sostenerse mutuamente. Enseñen a sus hijos a ser fieles a Dios, fieles a los principios, y así fieles a sí mismos y a todos aquellos con quienes se relacionan. Con semejante educación, los niños, una vez enviados a la escuela, no serán causa de disturbios o ansiedad. Serán un sostén para sus maestros y un ejemplo y estímulo para sus condiscípulos (La Educación, pág. 275).

Los hijos llevarán consigo dentro de las aulas la influencia de vuestra enseñanza. Cuando los padres y los maestros piadosos, trabajan en armonía, los corazones de los niños se preparan para tomar un profundo interés en la obra de Dios en la iglesia. Los dones cultivados en el hogar serán llevados a la iglesia y Dios será glorificado (Carta 29, 1902).

Si los padres están tan absortos en los negocios placeres de esta vida que descuidan la disciplina apropiada de sus hijos, la obra del maestro no solamente se hace muy dura y penosa, sino que a menudo es completamente infructuosa (Review and Herald, 13-6-1882).

El trabajo del maestro es complementario.

En la formación del carácter, ninguna influencia vale tanto como la influencia del hogar. La obra del maestro debería complementar la de los padres, pero no ocupar su lugar. En todo lo que se refiere al bienestar del niño, los padres y maestros deberían esforzarse por cooperar (La Educación, pág. 275).

La educación dada al niño en el hogar debe ser tal que sea una ayuda para el maestro. En el hogar, debe enseñarse al niño en cuanto a la importancia del aseo, el orden y la escrupulosidad; y esas lecciones deben ser repetidas en la escuela (Manuscrito 45, 1912).

Cuando el niño tiene bastante edad para ser enviado a la escuela, el maestro debe cooperar con los 300 padres, y la preparación manual ha de continuarse como parte de los estudios escolares. Hay muchos estudiantes que se oponen a esta clase de trabajo en las escuelas. Consideran degradantes el empleo útil, o el aprender un oficio; pero los tales tienen una idea incorrecta de lo que constituye la verdadera dignidad (Consejos para los Maestros, pág. 113).

El hogar puede ser bendecido a través de la escuela.

Si él [el maestro] trabaja paciente, ferviente y perseverantemente, de acuerdo a los métodos de Cristo, la obra de reforma hecha en la escuela, podrá extenderse a los hogares de los niños, introduciendo en ellos, una atmósfera más pura y celestial. Esto es en verdad obra misionera del más alto carácter (Id., pág. 121).

El maestro atento hallará muchas oportunidades para inducir a sus alumnos a practicar actos de servicio. Los niñitos, especialmente, consideran al Maestro con una confianza y un respeto casi ilimitados. Es difícil que deje de dar fruto cualquier cosa que insinúe en cuanto al modo de ayudar en el hogar, a ser fieles en los quehaceres diarios, a asistir a los enfermos o ayudar a los pobres. Y así se obtendrá nuevamente un doble beneficio. La insinuación bondadosa se reflejará sobre su autor. La gratitud y la cooperación de parte de los padres aligerarán la carga del maestro, e iluminarán su camino (La Educación, págs. 208, 209).

Los padres pueden aliviar el trabajo del maestro.

Si los padres hacen fielmente su parte, la obra del maestro se aligerará grandemente. Su esperanza y valor aumentarán. Los padres cuyo corazón rebose de amor hacia Cristo, evitarán el expresar censuras, y harán cuanto esté en su poder para alentar y ayudar al que han elegido como maestro de sus hijos. Estarán dispuestos a creer que es tan concienzudo 301 en su obra como ellos en la suya (Consejos para los Maestros, pág. 121).

Cuando los padres comprendan sus responsabilidades, quedará mucho menos que hacer para los maestros (Id., pág. 114).
Los padres pueden ser consejeros del maestro.
Hemos de hablar del amor de Dios en nuestros hogares; hemos de enseñarlo en nuestras escuelas. Los principios de la Palabra de Dios han de inculcarse en la vida del hogar y de la escuela. Si los padres comprendieran plenamente su deber de someterse a la voluntad revelada del Señor, serían sabios consejeros en nuestras escuelas y en asuntos de educación, pues su experiencia en la enseñanza en el hogar les enseñaría la forma de precaver contra las tentaciones que asaltan a niños y a jóvenes. Los maestros y los padres así llegarían a ser colaboradores con Dios en la obra de educar a la juventud para el cielo (Carta 356, 1907).
Será de gran ayuda para el maestro que se le comunique el conocimiento íntimo que los padres tienen del carácter de los niños y de sus peculiaridades o debilidades físicas. Es de lamentar que sean tantos los que no comprenden esto. La mayoría de los padres se interesan poco en informarse de las cualidades del maestro o en cooperar con él en su trabajo (La Educación, pág. 276).
Ellos [los padres] deben sentir que es su deber cooperar con el maestro, fomentar la disciplina adecuada y orar mucho por aquel que está enseñando a sus hijos (Fundamentals of Christian Education, pág. 270).
Los maestros pueden ser consejeros de los padres.
Puesto que los padres se familiarizan rara vez con el maestro, es tanto más importante que éste trate de relacionarse con los padres. Debería visitar los hogares de los alumnos y enterarse del ambiente y 302 de las influencias en medio de las cuales viven. Al relacionarse personalmente con sus hogares y vidas, puede fortalecer los lazos que lo unen a sus alumnos y aprender la forma de tratar más eficazmente con sus diferentes temperamentos e inclinaciones.
Al interesarse en la educación del hogar, el maestro imparte un doble beneficio. Muchos padres, entregados de lleno al trabajo y a las ocupaciones, pierden de vista sus oportunidades para influir benéficamente en la vida de sus hijos. El maestro puede hacer mucho para despertar en los padres el sentimiento de sus posibilidades y privilegios. Hallará otros para quienes, por la ansiedad que tienen de que sus hijos sean hombres y mujeres buenos y útiles, el sentimiento de su responsabilidad ha llegado a ser una carga pesada. Con frecuencia el maestro puede ayudar a estos padres a llevar su carga y, al tratar juntos los asuntos, tanto el maestro como los padres se sentirán animados y fortalecidos (La Educación, pág. 276). 303
CAPÍTULO 55. La Unidad en la Disciplina
El maestro necesita tacto para dirigir.
Entre los jóvenes existe gran diversidad de caracteres y grados de educación. Algunos han vivido en un ambiente de restricciones y durezas arbitrarias que han provocado en ellos un espíritu de obstinación y rebeldía. Otros han sido mimados en sus hogares, sus padres extremadamente cariñosos les han permitido seguir su propia voluntad. Todos sus defectos han sido tolerados hasta que su carácter se deformó. Para tratar satisfactoriamente con todas esas mentalidades, el maestro necesita ejercer gran tacto y consideración en la dirección, tanto como firmeza en el gobierno.
Con frecuencia se manifestará disgusto y aun, desprecio hacia las reglas debidas. Algunos se ingeniarán en todo lo posible para eludir los castigos, al paso que otros manifestarán una temeraria indiferencia a las consecuencias de la transgresión. Todo esto demandará más paciencia y mayor esfuerzo de parte de aquellos a quienes se ha confiado su educación (Testimonies, tomo 5, págs. 88, 89).
Haya pocas reglas pero sean bien estudiadas.
Tanto en la escuela como en el hogar debe haber sabia disciplina. El maestro debe hacer reglas para guiar la conducta de sus alumnos. Estas reglas deben ser pocas y bien estudiadas, y una vez hechas, hay que hacerlas cumplir. Deben presentarse al alumno todos los principios que éstas entrañan para que se convenza de su justicia (Consejos para los Maestros, pág. 118).
El maestro debe imponer obediencia.
Debería entenderse la cuestión de la disciplina tanto en la escuela como en el hogar. Esperaríamos que en el aula nunca hubiera ocasión de usar la vara, pero si en una escuela hay quienes resisten tercamente 304 todos los consejos y súplicas, todas las oraciones y toda la angustia del alma en favor de ellos, entonces es necesario hacerles entender que deben obedecer.
Algunos maestros no piensan que es mejor imponer la obediencia. Piensan que su deber es meramente educar. Es cierto, deben educar. ¿Pero cuánto vale la educación de los niños si, cuando desobedecen los principios colocados ante ellos, el maestro no siente que tiene el derecho a ejercer autoridad? (Review and Herald, 15-9-1904).
Necesita la cooperación de los padres.

No se debe dejar que el maestro lleve solo la carga de su trabajo. El necesita la simpatía, la bondad, la cooperación y el amor de todo miembro de la iglesia. Los padres deben animarlo demostrando que aprecian sus esfuerzos. Nunca deben decir o hacer algo que estimule la insubordinación en sus hijos. Pero sé que muchos padres no cooperan con el maestro. No fomentan en su casa la buena influencia ejercida en la escuela. En vez de cumplir en el hogar los principios de la obediencia enseñada en el aula, les permiten a sus hijos hacer lo que quieren, e ir sin ninguna restricción aquí y allá. Y si el maestro ejerce su autoridad para exigir obediencia, los niños llevan a sus padres un relato exagerado y distorsionado de la manera en que han sido tratados. El maestro puede haber hecho tan sólo lo que era su penoso deber, pero los padres simpatizan con sus hijos aun cuando han hecho lo malo. Y a menudo los padres que gobiernan con ira son los más irrazonables cuando se refrenan y disciplinan a sus hijos en la escuela (Consejos para los Maestros, págs. 118, 119).

Cuando los padres justifican las quejas de sus hijos contra la autoridad y disciplina de la escuela, no se dan cuenta de que están aumentando el poder desmoralizador que prevalece en un grado terrible. Todas las influencias que rodean a los jóvenes deben 305 estar en el lado correcto, pues aumenta la depravación juvenil (Testimonies, tomo 5, pág. 112).

Sostengan a los maestros fieles.

Los padres que nunca han sentido la preocupación que debieran por el alma de sus hijos, y que nunca los han reprimido debidamente ni los han educado, son precisamente aquellos que manifiestan la más amarga oposición cuando sus hijos son reprimidos, reprobados o corregidos en la escuela. Algunos de estos niños son una desgracia para la iglesia y una desgracia para el nombre de los adventistas (Id., pág. 51).

Enseñen [los padres] a sus hijos a ser fieles a Dios, fieles a los principios, y así fieles a sí mismos y a todos aquellos con quienes se relacionan. . . . No es probable que los padres que imparten esta educación, critiquen al maestro. Piensan que tanto el interés de sus hijos como la justicia de la escuela exigen que, en lo que sea posible, apoyen y honren a aquel que comparte su responsabilidad (La Educación, pág. 275).

Nunca se debe criticar al maestro delante de los niños.

Padres, cuando el maestro de la escuela de iglesia procura educar y disciplinar a vuestros hijos a fin de que obtengan la vida eterna, no critiquéis sus acciones en presencia de ellos, aun cuando parezca que es demasiado severo. Si deseáis que den su corazón al Salvador, cooperad con los esfuerzos que hace el maestro para su salvación. Cuánto mejor es que los niños, en vez de oír críticas, oigan de los labios de su madre, palabras de elogio acerca de la obra del maestro. Estas palabras hacen impresiones duraderas, e inducen a los niños a respetarlo (Consejos para los Maestros, pág. 119).

Si llegan a ser necesarias la crítica o algunas sugestiones en cuanto al trabajo del maestro, deberían indicarse a el en privado. Si esto no da resultado, preséntese el asunto a los responsables de la 306 dirección de la escuela. No se debería decir ni hacer nada que debilite el respeto de los niños hacia aquel de quien depende en tan extenso grado su bienestar (Id., págs. 124, 125).

Si los padres quisieran ponerse en la situación de los maestros y ver cuán difícil resulta necesariamente manejar y disciplinar una escuela de centenares de alumnos de todos los grados y diversas mentalidades, es posible que, al reflexionar, verían las cosas en forma diferente (Joyas de los Testimonios tomo 1, pág. 538).

La insubordinación con frecuencia comienza en el hogar.

Al permitir que sus hijos hagan lo que les plazca, quizá piensen los padres que son muy cariñosos, pero están practicando el peor tipo de crueldad. Los niños pueden razonar y su alma es dañada por una bondad irreflexiva, aunque a los ojos de los padres les parezca que esa bondad es conveniente. A medida que los niños crecen, su insubordinación crece también. Quizá traten de corregirlos sus maestros, pero con demasiada frecuencia los padres se ponen del lado de los hijos y el mal continúa creciendo, revestido, de ser posible, con una cobertura de engaño todavía más oscura que antes. Otros niños son descarriados por la conducta indebida de esos niños, y sin embargo los padres no pueden ver el mal. Escuchan las palabras de sus hijos antes que las palabras de los maestros que lamentan el mal (Review and Herald, 20-1-1901).

El trabajo del maestro se duplica debido a la falta de cooperación de los padres.

El descuido de los padres en la educación de sus hijos hace que el trabajo del maestro sea doblemente difícil. Los niños llevan el sello de los rasgos indóciles y antipáticos revelados por sus padres. Al ser descuidados en el hogar, consideran la disciplina de la escuela como opresiva y severa. Si no se los vigila cuidadosamente, 307 tales niños leudarán a otros con sus caracteres indisciplinados y deformados. . . . El bien que los niños pueden recibir en la escuela, para contrarrestar su educación defectuosa en el hogar, se menoscaba por la simpatía que sus padres les demuestran en sus faltas.

Los padres que creen en la Palabra de Dios, ¿continuarán con su dirección torcida y confirmarán en sus hijos sus malas tendencias? Los padres y madres que profesan la verdad para este tiempo deberían volver en sí y no ser más participantes en este mal, no deberían fomentar más los ardides de Satanás al aceptar el falso testimonio de sus inconversos hijos. Es suficiente que los maestros tengan que contender con la influencia de los hijos, sin tener también [que luchar con] la influencia de los padres (Id., 9-10-1900). 308

CAPÍTULO 56. La Preparación en el Colegio y en un Curso Superior

Muchos se descarrían en las instituciones mundanas.

Es una realidad terrible, que debiera estremecer el corazón de los padres, el que en tantas escuelas y colegios adonde se manda a la juventud para recibir cultura y disciplina intelectual, prevalezcan influencias que deforman el carácter, distraen el espíritu del objeto verdadero de la vida y pervierten la moralidad. Mediante el trato con personas sin religión, amigas de los placeres y depravadas, muchos jóvenes pierden su sencillez y pureza, su fe en Dios, y el espíritu de abnegación que padres y madres cristianos fomentaron y conservaron en ellos por medio de instrucciones cuidadosas y fervorosas oraciones.

Muchos de los que entran en la escuela con propósito de prepararse para desempeñar algún servicio abnegado, concluyen por absorberse en estudios profanos. Se despierta en ellos la ambición de descollar entre sus compañeros y de adquirir puestos y honores en el mundo. Pronto llegan a perder de vista el objeto que los llevara a la escuela, y se entregan a la persecución de fines egoístas y mundanos. Y a menudo contraen hábitos que arruinan su vida para este mundo y para el venidero (El Ministerio de Curación, págs. 313, 314).

Se destruyen las influencias religiosas del hogar.

Oráis: "No nos metas en tentación". No consintáis pues que vuestros hijos estén donde harán frente innecesariamente a la tentación. No los enviéis a colegios donde se relacionarán con influencias que serán como malezas sembradas en el campo de su corazón. 309

En la escuela del hogar, durante sus primeros años, educad y disciplinad a vuestros hijos en el temor de Dios. Y luego sed cuidadosos de no colocarlos donde las impresiones religiosas que han recibido sean destruidas y sea quitado el amor de Dios de su corazón. Que la atracción de sueldos elevados o de grandes ventajas educativas indudables no os induzcan a enviar a vuestros hijos lejos de vuestra influencia, a lugares donde estarán expuestos a grandes tentaciones. "¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mar. 8: 36, 37) (Manuscrito 30, 1904).

Nuestras instituciones superiores de educación son ordenadas por Dios.

Cuando el ángel de Dios me mostró que se debía establecer una institución para la educación de nuestros jóvenes, vi que sería uno de los medios más grandes ordenados por Dios para la salvación de las almas. . . . Si la influencia de nuestro colegio es lo que debiera ser, los jóvenes que son educados allí quedarán capacitados para percibir a Dios y glorificarlo en todas sus obras; y mientras se ocupen en cultivar las facultades que Dios les ha dado, se estarán preparando para rendir a Dios un servicio más eficiente (Testimonies, tomo 4, págs. 419-422).

Debe animarse a los jóvenes que asistan a nuestros colegios, los cuales debieran ser más y más como las escuelas de los profetas. Nuestros colegios han sido establecidos por el Señor (Fundamentals of Christian Education, pág. 489).

Las ventajas del internado.

En gran medida, los niños que han de recibir una educación en nuestras escuelas lograrán progresos mucho más permanentes si están separados del círculo familiar donde han recibido una educación errónea. Quizá sea necesario que algunas familias se ubiquen donde puedan vivir 310 con sus hijos y ahorrar gastos, pero en muchos casos esto resultará en un estorbo más que en una bendición para sus hijos (Id., pág. 313).

Un internado para una hija descarriada.

El enemigo ha logrado su propósito con su hija hasta el punto de que con sus esfuerzos la ha atado como con coyundas de acero, y se requerirá un esfuerzo vigoroso y perseverante para salvar su alma. Si Ud. quiere lograr éxito en este caso, no podrá hacer una obra a medias. No se pueden romper fácilmente los hábitos de años. Ella debiera ser colocada donde se ejerza una influencia constante, firme y permanente. Le aconsejaría que la pusiera en el colegio de -------; experimente ella la disciplina del internado. Allí es donde debiera haber estado desde hace años.

El internado está sometido a un plan que lo convierte en un buen hogar. Este hogar quizá no se adapte a las inclinaciones de algunas, pero es porque han sido educadas de acuerdo con falsas teorías, en la complacencia propia y en todos sus hábitos y costumbres han estado en la senda equivocada. Pero, mi querida hermana, nos estamos acercando al fin del tiempo y no debemos conformarnos ahora con las inclinaciones y prácticas del mundo sino con los deseos de Dios, debemos ver lo que dicen las Escrituras y luego caminar de acuerdo con

la luz que Dios nos ha dado. Nuestras inclinaciones, nuestras costumbres y prácticas no han de tener la preferencia. La Palabra de Dios es nuestra norma (Testimonies, tomo 5, pág. 506).

Alumnos externos.

Parece que algunos docentes piensan que ninguno de los niños y jóvenes cuyos padres viven en el vecindario de un colegio debiera participar de los privilegios escolares a menos que vivan con sus profesores en el internado. Esto es para mí una idea nueva y extraña. 311

Hay jóvenes cuyas influencias hogareñas han sido tales, que les sería una gran ventaja vivir por un tiempo en un internado escolar bien reglamentado. Y los internados escolares son una gran bendición para los que viven en lugares donde necesariamente deben dejar sus propios hogares para disfrutar de los privilegios escolares. Pero el hogar paternal donde se teme y obedece a Dios es, y siempre debe ser, el mejor lugar para los niños menores, donde bajo la debida educación de sus padres pueden disfrutar del cuidado y la disciplina de una familia religiosa, regida por sus propios padres. . . .

En cuanto a los jóvenes que están en una edad conveniente para asistir a un internado escolar, evitemos hacer reglamentos innecesarios y arbitrarios que los separen de sus padres que viven en la proximidad de nuestros colegios. . . .

A menos que los padres estén convencidos que será para el mejor provecho de sus hijos el colocarlos en un internado escolar, debiera permitírseles que los tengan bajo su propio control todo lo que sea posible. En algunos lugares, los padres que viven cerca del colegio quizá crean que sus hijos se beneficiarán al vivir en el internado escolar, donde pueden recibir ciertas instrucciones que nunca recibirían tan bien en su propio hogar. Pero no debe ser una regla inflexible que en todos los casos los hijos deben ser separados de sus padres a fin de disfrutar de las ventajas de cualquiera de nuestros colegios. . . .

Los padres son los tutores naturales de sus hijos y tienen la solemne responsabilidad de supervigilar su educación y preparación.

¿No podemos entender que los padres, que han velado durante años el desarrollo de sus hijos, debieran conocer mejor la clase de preparación y dirección que deben tener a fin de desarrollar y cultivar 312 los mejores rasgos de carácter en ellos? Debo aconsejar que los hijos de hogares que están a dos o tres millas [entre tres y cinco kilómetros] de un colegio debieran poder asistir a la institución mientras viven en su hogar y tienen los beneficios de la influencia paternal. Hasta donde sea posible, manténgase unida la familia (Carta 60, 1910).

Todos los niños deben tener ventajas educativas.

La iglesia está dormida y no comprende la magnitud de este asunto de educar a los niños y a los jóvenes. Alguno dice: "¿Qué necesidad hay de ser tan exigentes en la educación de nuestros jóvenes? Me parece a mí que si nos ocupamos de unos pocos que han decidido seguir una profesión liberal o alguna otra vocación que requiere cierta disciplina, y les prestamos la debida atención, eso es todo lo que se necesita. No es preciso que el conjunto pleno de nuestros jóvenes esté tan bien preparado. ¿No se cumplen así todos los requisitos esenciales?" Respondo: No, decididamente no. . . . Debiera procurarse que todos nuestros jóvenes reciban las bendiciones y oportunidades de una educación en nuestros colegios, para que reciban la inspiración de llegar a ser colaboradores con Dios. Todos necesitan una educación que los capacite para ser útiles, y calificados para ocupar lugares de responsabilidad tanto en la vida privada como en la vida pública (Review and Herald, 13-2-1913).

Un programa escolar equilibrado.

Las facultades mentales necesitan ser cultivadas a fin de que puedan ejercerse para la gloria de Dios. Debiera prestarse cuidadosa atención al cultivo del intelecto a fin de que los diversos órganos de la mente sean igualmente robustos al ejercitarse cada uno en su papel individual. Si los padres permiten que sus hijos sigan sus propias inclinaciones y gustos, descuidando el deber, sus caracteres se formarán de acuerdo con ese 313 modelo y no serán competentes para ningún puesto de responsabilidad en la vida. Los deseos e inclinaciones de los jóvenes debieran ser restringidos, debieran fortalecerse los puntos débiles de su carácter y reprimirse sus tendencias exageradas.

Si alguna facultad sufre por quedar dormida, o se la desvía de su curso debido, no se cumple el propósito de Dios. Todas las facultades debieran desarrollarse bien. A cada una debiera prestarse atención, pues cada una tiene influencia sobre las otras, y todas deben ejercitarse a fin de que la mente esté bien equilibrada. Si se cultivan uno o dos órganos y se los mantiene continuamente en uso porque la elección de vuestros hijos es enfocar el vigor de la mente en cierta dirección descuidando las otras facultades mentales, llegarán a la madurez con una mente desequilibrada y un carácter que no es armónico. Serán aptos y fuertes en una

dirección, pero grandemente deficientes en otras que son también importantes. No serán hombres y mujeres competentes. Sus deficiencias serán notables y malograrán todo el carácter (Testimonies, tomo 3, pág. 26).
Los males de un estudio constante que dure todo el año.
Muchos padres mantienen a sus hijos en la escuela casi todo el año. Estos niños se someten mecánicamente a la rutina del estudio, pero no retienen lo que aprenden. Muchos de estos estudiantes constantes parecen casi desprovistos de vida intelectual. La monotonía del estudio continuo cansa la mente, y ellos se interesan poco en sus lecciones; y para muchos llega a ser penosa la aplicación a los libros. No tienen amor íntimo por la reflexión, ni ambición por adquirir conocimiento. No estimulan en sí mismos hábitos de reflexión e investigación. . . . Son pocos los que razonan detenidamente y piensan con lógica, porque falsas influencias han detenido el desarrollo del intelecto. La suposición 314 que hacen padres y maestros de que el estudio continuo fortalece el intelecto, es errónea; porque en muchos casos ha tenido el efecto opuesto (Consejos para los Maestros, págs. 67, 68).
La censura con frecuencia sólo pertenece a los padres.
Pero no debe exigirse que los maestros hagan la parte de los padres. Muchos padres han manifestado una terrible negligencia en su deber. Como Elí, no ejercen la debida restricción; y luego mandan sus hijos indisciplinados al colegio, para recibir la preparación que ellos debieran haberles dado en la casa.
Los maestros tienen una tarea que pocos aprecian. Si logran reformar a estos jóvenes díscolos, reciben poco crédito. Si éstos prefieren la sociedad de los dispuestos al mal y van de mal en peor, entonces se censura a los maestros y se acusa a la escuela. En muchos casos, la censura tocaría en justicia a los padres. Ellos tuvieron la primera y más favorable oportunidad de controlar y educar a sus hijos, cuando su espíritu era susceptible de enseñanza, y su mente y corazón podían recibir fácilmente las impresiones. Pero por pereza dejan los padres que sus hijos sigan su voluntad propia hasta endurecerse en la mala conducta (Id., págs. 72, 73).
Los padres han de sostener la autoridad de los docentes.
Una de las mayores dificultades a las cuales deben hacer frente los maestros es el fracaso de parte de los padres de cooperar en la administración de la disciplina del colegio. Si los padres lealmente sostuvieran la autoridad de los profesores, se evitarían muchas insubordinaciones, faltas y desenfrenos. Los padres debieran requerir que sus hijos respeten y obedezcan la debida autoridad. Debieran trabajar con cuidado incansable y diligencia para instruir, guiar y reprimir a sus hijos hasta que se establezcan firmemente hábitos correctos. Con una educación tal, 315 los jóvenes estarían sometidos a las instituciones de la sociedad y a las restricciones generales de la obligación moral (Testimonies, tomo 5, pág. 89).
No incumbe a los hijos juzgar si la disciplina del colegio es razonable o no. Si los padres tienen suficiente confianza en los profesores y en el sistema de educación adoptado en el colegio al enviar allí a sus hijos, muestren ser sensatos y tener fibra moral al sostener a los docentes en la aplicación de la disciplina. . . .
Los padres prudentes sentirán que deben estar agradecidos porque hay colegios donde no se tolera ninguna forma de indisciplina y donde sus hijos serán preparados para obedecer antes que para la complacencia propia y donde se ejercerán buenas influencias sobre ellos.
Hay algunos padres que a propósito envían al colegio a sus hijos echados a perder porque son incorregibles en el hogar. ¿Sostendrán esos padres a los docentes en su obra de disciplina, o estarán listos para creer cualquier informe falso? (Manuscrito 119, 1899).
Debieran sostener la disciplina escolar.
Algunos padres que han enviado a sus hijos a ---------- les han dicho que si se requiere de ellos alguna cosa irrazonable, no se sometan a ella, no importa quién se los pida. ¡Qué lección se ha dado a esos hijos! En su inexperiencia, ¿cómo pueden juzgar entre lo que es razonable e irrazonable?
Quizá quisieran salir de noche, sin que nadie sepa dónde, y si los maestros o tutores les piden que den cuenta de eso, llamarán a esto irrazonable y un atropello de sus derechos. Piensan que su independencia no debe sufrir interferencias. ¿Qué poder puede existir sobre estos jóvenes o qué autoridad, mientras consideren que cualquier disciplina es una restricción irrazonable de su libertad? 316
En muchos casos, esos jóvenes han quedado en el colegio sólo por poco tiempo, habiendo vuelto a su hogar sin terminar su educación para seguir con libertad la tendencia de sus deseos no educados e indisciplinados que no podían cumplir en el colegio. Las lecciones de complacencia que les fueron enseñadas por un padre o madre poco sabios han realizado su obra para el tiempo y la eternidad, y la pérdida de estas almas será cargada a su cuenta (Manuscrito 119, 1899).
Una educación fuera del plan del colegio.
Los niños y jóvenes debieran cultivar el hábito de hacer las cosas cabalmente en lo que atañe a la educación. El curso del colegio no abarca toda la educación que han de recibir. Pueden estar aprendiendo constantemente

lecciones de las cosas que ven y oyen. Pueden estudiar de causa a efecto de lo que los rodea y de las circunstancias de la vida. Pueden aprender cada día algo que deben evitar, y algo que pueden practicar que los elevará y ennoblecerá, dando solidez al carácter y fortaleciéndoles en aquellos principios que son el fundamento de una madurez noble.

Si enfocan su educación con propósitos descuidados, contentándose con seguir de largo sin ningún esfuerzo especial de su parte, entonces no alcanzarán la norma que Dios quiere que obtengan (Youth's Instructor. 21-4-1886). 317

SECCION XIII - IMPORTANCIA FUNDAMENTAL DEL DESARROLLO FISICO

CAPTULO 57. Ejercicio y Salud *

Trabajo y distracción bien equilibrados.

A fin de que los niños y los jóvenes tengan salud, alegría, vivacidad y músculos y cerebros bien desarrollados, deben estar mucho al aire libre, tener trabajo y recreación bien regulados (Consejos para los Maestros, pág. 66).

Los niños deben ocupar bien su tiempo. La debida labor mental y el ejercicio físico al aire libre no quebrantarán el organismo de vuestros muchachos. El trabajo útil y el conocimiento de los secretos del trabajo doméstico serán de beneficio para vuestras niñas y alguna ocupación al aire libre es positivamente necesaria para su organismo y salud (Testimonies, tomo 4, pág. 97).

Ejercicio y aire fresco.

Los que no empleen sus miembros cada día, se encontrarán débiles cuando traten de ejercitarlos. Las venas y músculos no están en condiciones para efectuar su trabajo y mantener en acción saludable a toda la maquinaria viviente, realizando su parte cada órgano del cuerpo. Los miembros se fortalecerán con el uso. El ejercicio moderado diario fortalecerá los músculos, los cuales sin ejercicio se vuelven blandos y débiles. Mediante el ejercicio activo diario, el hígado, los riñones y los 318 pulmones también se fortalecerán para realizar su función.

Buscad la ayuda del poder de la voluntad, que resistirá al frío y dará energía al sistema nervioso. Después de un corto tiempo, os daréis cuenta del beneficio del ejercicio y del aire puro hasta el punto de que no viviríais sin esas bendiciones. Vuestros pulmones, desprovistos de aire, serán como una persona hambrienta desprovista de alimento. Ciertamente, podemos vivir más tiempo sin comida que sin aire, que es el alimento que Dios ha provisto para los pulmones (Id., tomo 2, pág. 533).

Los estudiantes especialmente necesitan actividad física.

La inactividad debilita el organismo. Dios creó a los hombres y mujeres para ser activos y útiles. Nada puede aumentar la fortaleza de los jóvenes como el ejercicio adecuado de todos los músculos en la labor útil (Signs of the Times, 19-8-1875).

Todas las facultades se fortalecen con el ejercicio.

Los niños y los jóvenes a quienes se los mantiene en la escuela, atados a los libros, no pueden tener sana constitución física. El ejercicio del cerebro en el estudio sin el correspondiente ejercicio físico, tiende a atraer la sangre al cerebro y desequilibra su circulación a través del organismo. El cerebro tiene demasiada sangre y ésta falta en las extremidades. Debe haber reglas para regir y limitar los estudios de los niños y los jóvenes a ciertas horas, y luego una parte de su tiempo tiene que dedicarse a la labor física. Si sus hábitos de comer, vestir y dormir están de acuerdo con la ley natural, pueden educarse sin sacrificar la salud física y mental (Consejos para los Maestros, págs. 66, 67).

Enséñese a los niños, desde sus más tiernos años, a llevar las más pequeñas responsabilidades de la vida y se fortalecerán mediante el ejercicio las facultades así empleadas. Así los jóvenes pueden convertirse 319 en colaboradores eficientes en la obra mayor a la que el Señor los llamará después. . . .

Pocos han sido educados en hábitos de laboriosidad, previsión y esmero. La indolencia, la inacción, son la mayor maldición de los hijos de este siglo. El trabajo saludable y útil será una gran bendición para promover la formación de buenos hábitos y de un carácter noble (Review and Herald, 30-8-1881).

Háganse planes para que haya un trabajo variado y alternado.

Deben emplearse las activas mentes y manos de los jóvenes, y si no se las dirige en tareas qué son útiles, que las desarrollarán y bendecirán a otros, encontrarán ocupación en lo que las dañe tanto en el cuerpo como en el alma.

Los jóvenes debieran compartir alegremente las cargas de la vida con sus padres, y al hacerlo así preservar una clara conciencia, que es positivamente necesaria para la salud física y moral. Al hacer esto, debe evitarse que se sobrecarguen en un mismo tipo de tarea durante un tiempo prolongado. Si se mantiene a los jóvenes ocupados con una sola clase de labor, hasta que la tarea se les haga tediosa, alcanzarán menos de lo que

podrían hacer si hay un cambio en el trabajo o momentos de descanso. Si se usa la mente con demasiado empeño, dejará de ser fuerte y se degenerará. Mediante un cambio en el trabajo, se preservarán la salud y el vigor. No habrá necesidad de desplazar lo útil con lo inútil, pues las diversiones egoístas son peligrosas para la moral (Youth's Instructor, 27-7-1893).

El cansancio es un resultado normal del trabajo.

Madres, no hay nada que produzca tantos males como el retirar las cargas de vuestras hijas sin darles nada especial que hacer, y permitirles que elijan su propia ocupación, quizá un poco de tejido o de costura. Ejerciten los miembros y los músculos. Si se cansan, ¿qué significa eso? No os cansáis vosotras con vuestro 320 trabajo? ¿Se perjudicarán vuestras hijas con el cansancio, a menos que sea exagerado, más de lo que os perjudicáis vosotras? No, ciertamente.

Seguramente se cansarán, pero cuán agradable es el descanso después de un adecuado período de labor. El sueño, el dulce restaurador de la naturaleza, revigorizará el cuerpo cansado y lo preparará para los deberes del día siguiente (Signs of the Times, 10-4-1884).

Por qué la pobreza es con frecuencia una bendición.

Algunos piensan que las riquezas y la ociosidad son ciertamente bendiciones; pero los que están siempre ocupados y realizan alegremente sus tareas diarias, son los más felices y disfrutan de mejor salud. . . . La sentencia de que el hombre debe trabajar para ganar su pan cotidiano y la promesa de felicidad y gloria futura provinieron ambas del mismo trono y ambas son bendiciones (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 97).

En muchos casos, la pobreza es una bendición, pues impide que los jóvenes y los niños se arruinen por la inactividad. Debieran cultivarse y desarrollarse adecuadamente las facultades físicas y mentales. El primero y constante cuidado de los padres debiera ser velar para que sus hijos tengan organismos firmes, que sean hombres y mujeres sanos. Es imposible alcanzar este propósito sin el ejercicio físico.

Debiera enseñarse a los niños a que trabajen por su propio bien moral y salud física, aunque no hiciera falta. Si se desea que desarrollen caracteres puros y virtuosos, deben pasar por la disciplina del trabajo bien regulado, que les hará ejercitar todos los músculos. La satisfacción de que disfrutarán los niños al ser útiles y al practicar la abnegación para ayudar a otros, será el placer más saludable de que puedan disfrutar (Testimonies. tomo 3, pág. 151). 321

Las actividades mentales y físicas son equivalentes.

No se debiera permitir que los estudiantes sigan tantos estudios hasta el punto de que no tengan tiempo para el ejercicio físico. No se puede conservar la salud a menos de que se dedique una parte de cada día al ejercicio muscular al aire libre. Debieran dedicarse horas previamente señaladas para un trabajo manual de alguna clase, algo que ponga en actividad todo el organismo. Empléense por igual las facultades mentales y físicas, y la mente del alumno será refrigerada. Si está enfermo, con frecuencia el ejercicio físico le ayudará a recobrar la normalidad. Cuando los estudiantes salen del colegio, debieran tener mejor salud y una mejor comprensión de las leyes de la vida que cuando entraron en él. Debiera preservarse la salud tan sagradamente como el carácter (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 82, 83),

La energía juvenil: cuán prestamente se despilfarra.

La juventud que está en la frescura y el vigor de la vida se percata poco del valor de su abundante energía. ¡Con cuánta ligereza considera un tesoro más precioso que el oro, más esencial para el progreso que el saber, la alcurnia o las riquezas! ¡Con qué precipitación lo despilfarra! . . . En el estudio de la fisiología, debería enseñarse a los alumnos a ver el valor de la energía física y el modo en que puede ser conservada y desarrollada para contribuir en su mayor grado al éxito en la gran lucha de la vida (La Educación, págs. 191, 192).

No debe reprimirse la actividad, sino debe guiársela.

Nuestros hijos están como en la encrucijada de los caminos. De todos lados las mundanas seducciones al interés propio y al exceso los hacen desviar de la senda que el Señor dejó trazada a sus rescatados. De la elección que hagan depende el que sus vidas, sean bendición o maldición. Rebosantes de energía, 322 deseosos de poner a prueba sus capacidades, necesitan dar salida a su exuberancia de vida. Activos serán para el bien o para el mal.

La Palabra de Dios no reprime la actividad, sino que la guía y encauza. Dios no le manda al joven que tenga escasas aspiraciones. Los elementos que constituyen un carácter afortunado y considerado entre los hombres, es decir, el deseo irresistible de hacer algo grande y hermoso, la voluntad indomable, la aplicación tenaz, la perseverancia incansable, no tienen por qué ser desalentados. Mediante la gracia de Dios han de ser dirigidos

para la consecución de fines tan elevados por encima del egoísmo y de los intereses mundanos, como lo son los cielos por sobre la tierra (El Ministerio de Curación, pág. 377). 323

CAPÍTULO 58. La Preparación para la Vida Práctica

Por qué designó Dios trabajo para Adán y Eva.

El Señor creó a Adán y a Eva y los colocó en el jardín del Edén para cultivarlo y guardarlo para el Señor. Se les dio esa ocupación para su felicidad, o de lo contrario el Señor no les hubiera asignado su trabajo (Manuscrito 240 b, 1894).

En consejo con el Padre, antes de que el mundo fuera, se determinó que Jehová Dios plantara un huerto para Adán y Eva en el Edén y les diera la tarea de cuidar los árboles frutales y cultivar y velar por la vegetación. El trabajo útil había de ser su salvaguardia y había de perpetuarse a través de todas las generaciones hasta la terminación de la historia de la tierra (Sings of the Times, 13-8-1896).

El ejemplo de Jesús como el perfecto obrero.

Durante su vida terrenal Cristo fue . . . obediente y útil en el hogar. Aprendió el oficio de carpintero y trabajó con sus propias manos en el tallercito de Nazaret. . . . La Biblia dice de Jesús: "Y el niño crecía, y fortalecíase, y se henchía de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él". Mientras trabajaba en su niñez y juventud, se desarrollaban su mente y su cuerpo. No empleaba sus facultades físicas descuidadamente, sino que las ejercitaba de modo que se mantuvieran en salud, a fin de que pudiera efectuar lo mejor en todo sentido. No estaba dispuesto a ser defectuoso aun en el manejo de las herramientas. Era perfecto como obrero así como era perfecto en carácter (Fundamentals of Christian Education, págs. 417, 418).

Cada artículo que hacía estaba bien hecho, las diferentes partes encajaban exactamente, el conjunto 324 podía soportar cualquier prueba (Evangelism, pág. 378).

Trabajaba arduamente cada día con manos pacientes.

Mediante su ejemplo, Jesús convirtió en sagradas las más humildes vocaciones de la vida humana. . . . Su vida fue de diligente laboriosidad. El, la Majestad del cielo, caminó por las calles revestido con el sencillo atavío del obrero común. Transitó subiendo y bajando por las laderas de la montaña, a la ida y al regreso de su humilde trabajo. Los ángeles no fueron enviados para ayudarle a subir por el cansador camino empinado o para prestarle su fortaleza para realizar su humilde tarea. Sin embargo, cuando salía para contribuir al sostén de la familia mediante su trabajo diario, poseía el mismo poder que cuando efectuó el milagro de alimentar a cinco mil personas hambrientas a la orilla del mar de Galilea.

Pero no usó su poder divino para disminuir sus cargas o aliviar su trabajo. Había tomado sobre sí la forma de la humanidad con todas sus enfermedades inherentes y no se desprendió de sus severas pruebas. Vivió en el hogar de un aldeano, vestido con ropas burdas, se entremezcló con los humildes, trabajaba cada día con manos pacientes. Su ejemplo nos muestra que el deber del hombre es ser industrioso, que el trabajo es honorable (Health Reformer, octubre de 1876).

Durante largo tiempo, Jesús moró en Nazaret sin ser honrado ni conocido, a fin de que pudiera enseñar a los hombres a vivir cerca de Dios mientras desempeñan los humildes deberes de la vida. Era un misterio para los ángeles que Cristo, la Majestad del cielo, condescendiera no sólo en revestirse con la humanidad, sino en llevar sus cargas más pesadas y sus oficios más humillantes. Hizo esto a fin de convertirse en uno como nosotros, para que pudiera 325 familiarizarse con las faenas, los dolores y las fatigas de los hijos de los hombres (Ibid.).

Despiértese la ambición de cumplir tareas útiles.

En los niños y los jóvenes debe despertarse la ambición de obtener su ejercicio haciendo algo que los beneficie a sí mismos y a los demás. El ejercicio que desarrolla la mente y el carácter, que enseña a las manos a ser útiles, que educa a los jóvenes para que lleven su parte de las cargas de la vida, es lo que da fuerza física y vivifica toda facultad. Y hay una recompensa en la laboriosidad virtuosa, en el cultivo del hábito de vivir haciendo bien (Consejos para los Maestros, págs. 113, 114).

Es necesario enseñar a los jóvenes que la vida significa trabajo serio, responsabilidad, preocupación. Necesitan una preparación que los haga prácticos, que haga de ellos hombres y mujeres que puedan hacer frente a las emergencias. Debería enseñárselas que la disciplina del trabajo sistemático y bien regulado es esencial no sólo como salvaguardia contra las vicisitudes de la vida, sino como ayuda para un desarrollo completo (La Educación, pág. 211).

El trabajo físico no es degradante.

Es un error popular entre una clase muy numerosa el considerar el trabajo como degradante; por eso los jóvenes anhelan educarse para ser maestros, dependientes, comerciantes, abogados y ocupar casi cualquier puesto que no requiera trabajo físico. Las jóvenes consideran el trabajo doméstico como humillante. Y aunque

el ejercicio físico requerido para las labores domésticas, si no es demasiado severo, es apropiado para fomentar la salud, procuran para educarse aquello que las hará idóneas para llegar a ser maestras o dependientes, o aprender algún oficio que las encerrará entre cuatro paredes, o algún empleo sedentario (Consejos para los Maestros, págs. 222, 223). 326

El mundo está lleno de jóvenes de ambos sexos que se jactan de ignorar todo trabajo útil; y son casi invariablemente frívolos, vanos, amantes de la ostentación, desdichados, insatisfechos y, con demasiada frecuencia, disipados y carentes de principios. Tales caracteres son un borrón en la sociedad y una desgracia para sus padres (The Health Reformer, diciembre de 1877).

Nadie debiera avergonzarse del trabajo, aunque parezca pequeño y servil. El trabajo es ennoblecedor. Todos los que trabajan asiduamente con la mente o las manos son obreros u obreras. Y todos están cumpliendo con su deber y honrando a su religión, tanto mientras lavan la ropa o los platos como cuando van a una reunión. Mientras las manos se ocupan en las labores más comunes, la mente debe ser elevada y ennoblecida por pensamientos puros y santos (Testimonies, tomo 4, pág. 590).

Los jóvenes deben ser amos y no esclavos del trabajo.

Los jóvenes debieran ser inducidos a ver la verdadera dignidad del trabajo (La Educación, pág. 210).

Un poderoso motivo por el cual se menosprecia el trabajo físico es la forma descuidada e irreflexivo en que tan a menudo se realiza. Es hecho por necesidad y no por gusto. El obrero no le dedica su corazón ni tampoco conserva el respeto propio ni conquista el de otros. La educación manual debería corregir este error. Debería desarrollar hábitos de exactitud y prolijidad. Los alumnos deberían aprender a tener tacto y sistema; deberían aprender a economizar el tiempo y a hacer valer cada movimiento. No sólo se les debiera enseñar los mejores métodos, sino que se les debería inspirar la ambición de mejorar constantemente. Debería ser su blanco hacer su trabajo tan perfecto como puedan lograrlo las manos y el cerebro humanos. 327

Semejante educación hará a los jóvenes amos y no esclavos del trabajo. Alegrará la suerte del labrador rudo y ennoblecerá hasta la más humilde ocupación. El que considera el trabajo meramente como una cosa penosa, y lo lleva a cabo con complacida ignorancia, sin esforzarse por mejorar, hallará que es ciertamente una carga. Pero los que reconozcan que hay ciencia en el trabajo más humilde, verán en él nobleza y belleza y se deleitarán en hacerlo con fidelidad y eficiencia (Id., pág. 218).

La riqueza no es una excusa pura que no haya una preparación práctica.

En muchos casos, los padres que son ricos no sienten la importancia de dar a sus hijos una educación en los deberes prácticos de la vida tanto como en las ciencias. No ven la necesidad de darles un entendimiento cabal del trabajo útil para bien de la mente y la moral de sus hijos y para su futura utilidad. Esto deben a sus hijos para que, si llegara la desgracia, ellos puedan mantenerse en noble independencia, sabiendo cómo usar las manos. Si tienen un capital de vigor, no pueden ser pobres aun cuando no tengan un dólar.

Muchos que en su juventud estuvieron en la prosperidad pueden ser despojados de todas sus riquezas y dejados con padres y hermanos y hermanas que dependan de ellos para su sostén. Por lo tanto, ¡cuán importante es que cada joven sea educado para trabajar, a fin de que esté preparado para cualquier emergencia! Ciertamente, las riquezas son una maldición cuando sus poseedores permiten que se interpongan en el camino de sus hijos e hijas y les impidan obtener un conocimiento del trabajo útil a fin de que se preparen para la vida práctica (Testimonies. tomo 3, pág. 150).

Los niños deben compartir los deberes domésticos.

La madre fiel no será, ni puede serlo, una adicta a la moda, ni será una esclava doméstica que soporte 328 los caprichos de sus hijos y los excuse del trabajo. Les enseñará a compartir con ella los trabajos domésticos a fin de que tengan un conocimiento de la vida practica. Si los niños comparten el trabajo con su madre, aprenderán a considerar las ocupaciones útiles como esenciales para la felicidad, como ennoblecedoras más bien que degradantes. Pero si la madre enseña a sus hijas a ser indolentes, al paso que ella lleva las pesadas cargas de la vida doméstica, les está enseñando a menospreciarla como a su sirvienta, que les presta sus servicios y hace las cosas que ellas debieran hacer. La madre siempre debiera retener su dignidad (Pacific Health Journal, junio de 1890).

Algunas madres cometen el error de desligar a sus hijas de las faenas y los cuidados. Al hacer esto, las animan en la indolencia. La excusa que a veces presentan estas madres es: "Mis hijas no son fuertes". Pero ellas tienen la culpa de que sean débiles e ineficientes. El trabajo bien orientado es precisamente lo que necesitan para ser fuertes, vigorosas, alegres, felices y valientes para afrontar las diversas pruebas que nos acosan en esta vida (Signs of the Times. 19-8-1875).

Asígnese tareas útiles a los hijos.

La negligencia de los padres al descuidar el dar empleo a sus hijos ha resultado en males indecibles, ha puesto en peligro las vidas de muchos jóvenes y ha dañado tristemente su utilidad. Dios desea que tanto los padres como los maestros preparen a los hijos en los deberes prácticos de la vida de cada día. Animadlos para que sean laboriosos. Las niñas, y aun los muchachos que no tienen trabajo al aire libre, debieran aprender a ayudar a la madre. Desde la niñez, debiera enseñarse a los muchachos y las niñas a llevar cargas cada vez mas pesadas, con las que ayuden inteligentemente en el trabajo de la empresa familiar. 329 Madres, pacientemente mostrad a vuestros hijos cómo usar sus manos. Entiendan ellos que sus manos han de ser usadas tan hábilmente como las vuestras en el trabajo doméstico (Review and Herald, 8-9-1904).

Cada hijo debiera llevar una parte de la carga hogareña y debiera enseñársele a realizar su tarea fiel y alegremente. Si el trabajo se distribuye en esta forma y los niños crecen acostumbrándose a llevar responsabilidades adecuadas, ningún miembro de la familia estará sobrecargado y todo se desarrollará agradable y suavemente en el hogar. Se mantendrá una economía adecuada, pues cada uno estará interiorizado de los detalles del hogar y se interesará en ellos (Signs of the Times, 23-8-1877).

Cocinar y coser son lecciones básicas

Las madres debieran llevar a sus hijas a la cocina con ellas para darles una educación adecuada en ese sector de la casa. También debieran instruirlas en el arte de coser bien. Debieran enseñarles a cortar prendas económicamente y luego a coserlas con prolijidad. Algunas madres prefieren hacer esto ellas mismas antes que molestarse en enseñar pacientemente a sus hijas, faltas de experiencia. Pero al hacer esto, descuidan los aspectos esenciales de la educación y cometen un gran error contra sus hijas, pues con el correr de la vida se sienten molestas debido a su falta de conocimiento en estas cosas (Appeal to Mothers, pág. 15).

Dad preparación tanto a los muchachos como a las niñas.

Puesto que tanto los hombres como las mujeres tienen una parte en la constitución del hogar, tanto los niños como las niñas deberían obtener un conocimiento de los deberes domésticos. El tender la cama, ordenar una pieza, lavar la loza, preparar una comida, lavar y remendar su ropa, constituyen una educación que no tiene por qué hacer menos varonil a ningún muchacho; lo hará más feliz y más útil. 330 O si las niñas, a su vez pudiesen aprender a enjaezar y guiar un caballo * manejar el serrucho y el martillo, lo mismo que el rastrillo y la azada, estarían mejor preparadas para hacer frente a las emergencias de la vida (La Educación, págs. 212, 213).

Es tan esencial para nuestras hijas aprender el debido uso del tiempo como lo es para nuestros hijos, y son igualmente responsables ante Dios por la manera en que lo ocupan. La vida nos es dada para el sabio perfeccionamiento de los talentos que poseemos (The Health Reformer, diciembre de 1877).

Considérese un privilegio el conservar la energía de la madre.

Cada día hay trabajos domésticos que hacer: cocinar, lavar los platos, barrer y limpiar el polvo. Madres, ¿habéis enseñado a vuestras hijas a hacer estos deberes diarios? . . . Sus músculos necesitan ejercicio. En lugar de ejercitarse saltando y jugando a la pelota o al croquet, hagan su ejercicio con algún propósito (Manuscrito 129, 1898).

Enséñese a los niños a compartir las cargas del hogar. Manténgaselos ocupados en algún empleo útil. Muéstreseles cómo hacer su trabajo fácil y eficientemente. Ayúdeseles a comprender que al aliviar las cargas de su madre, le están preservando la energía y prolongando la vida. Más de una madre fatigada ha descendido a una tumba prematura sólo porque no se les enseñó a sus hijos que compartieran sus cargas. Fomentando un espíritu de servicio abnegado en el hogar, los padres atraen a sus hijos más cerca de Cristo, que es la personificación del altruismo (Manuscrito 70, 1903).

Un experimento en la felicidad.

Hijos, sentad a vuestra madre en un cómodo sillón y pedidle que os indique lo que ella haría primero. ¡Qué sorpresa 331 sería ésta para más de una madre cansada y abrumada! Los niños y jóvenes nunca sentirán la paz de la felicidad hasta que por el fiel cumplimiento de los deberes del hogar alivien las manos cansadas y el corazón y cerebro fatigados de la madre. Estos son peldaños en la escalera del progreso que los harán avanzar para recibir la educación más elevada.

El fiel cumplimiento de los deberes diarios es lo que trae la satisfacción y la paz propias del verdadero obrero del hogar. Los que descuidan compartir las responsabilidades del hogar son los que están perturbados con la soledad y el descontento; pues no han aprendido la verdad de que los que están contentos, lo están porque comparten la rutina diaria del trabajo que recae sobre la madre u otros miembros de la familia. Muchos están dejando sin aprender las lecciones más útiles que es esencial que entiendan para su bien futuro (Manuscrito 129, 1898).

La recompensa de la fidelidad en los deberes del hogar.

Es verdaderamente elevador el fiel cumplimiento de los deberes del hogar y el llenar el puesto que podéis ocupar de la mejor manera posible, aunque sea de lo más sencillo y humilde. Se necesita esta influencia divina. En esto hay paz y sagrado gozo. Posee poder curador. Secreta e insensiblemente mitigará las heridas del alma y aun los sufrimientos del cuerpo. La paz mental, que proviene de acciones y motivos puros y santos, dará libertad y empuje vigoroso a todos los órganos del cuerpo. La paz interior y una conciencia libre de culpa delante de Dios reavivarán y vigorizarán el intelecto, como el rocío que destila sobre las tiernas plantas. La voluntad entonces es correctamente dirigida y regida y es más decidida y, sin embargo, está libre de terquedad. Las meditaciones son agradables porque están santificadas. La serenidad mental que podéis poseer bendecirá a todos con quienes os asociéis. 332

En su debida oportunidad, esta paz y calma se volverán naturales y reflejarán sus preciosos rayos en todo vuestro derredor, para reflejarse nuevamente sobre vosotros. Mientras más probéis de esta paz celestial y tranquilidad mental, más aumentará. Es un placer animado y viviente que no provoca la paralización de las energías morales, sino que las despierta a una actividad multiplicada. La paz perfecta es un atributo del Cielo que poseen los ángeles (Testimonies, tomo 2, págs. 326, 327).

Habrá actividad en el cielo.

Los ángeles son obreros; son ministros de Dios para los hijos de los hombres. Los siervos negligentes que esperan un cielo de inacción tienen ideas falsas de lo que constituye el cielo. El Creador no ha preparado un lugar para la satisfacción de la indolencia pecaminosa. El cielo es un lugar de actividad provechosa. Sin embargo, para el cansado y sobrecargado, para los que han peleado la buena batalla de la fe, será un descanso glorioso, pues será suyo el vigor juvenil de la inmortalidad, y no tendrán que luchar más contra el pecado y Satanás. Para los obreros enérgicos sería tedioso un estado de eterna indolencia. No sería cielo para ellos. La senda del trabajo arduo, asignada a los cristianos en la tierra, puede ser dura y cansadora, pero ha sido honrada por las pisadas del Redentor y está seguro el que sigue ese camino sagrado (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 99). 333

CAPÍTULO 59. La Enseñanza de Oficios Útiles

Cada niño debiera aprender algún oficio.

El descuido de los padres al no proporcionar empleo a los niños de los que se han responsabilizado por traerlos al mundo, ha resultado en incontables males, ya que ha puesto en peligro la vida de muchos jóvenes y ha dañado grandemente su utilidad. Es un gran error permitir que los jóvenes crezcan sin aprender algún oficio (Manuscrito 121, 1901).

Desde la columna de nube, Jesús dio instrucciones a los hebreos por medio de Moisés de que ellos debían educar a sus hijos para trabajar, que debían enseñarles oficios y que ninguno debía estar ocioso (Manuscrito 24 b, 1894).

Debierais ayudar a vuestros hijos para que adquieran un conocimiento que, si fuera necesario, pudiera servirles para mantenerse con su propio trabajo. Debierais enseñarles a ser decididos en seguir la voz del deber (Signs of the Times, 19-8-1875).

Enséñese el uso de herramientas.

Cuando los niños llegan a una edad adecuada, debiera dárseles herramientas. Si se hace interesante su trabajo, llegarán a ser hábiles en el uso de las herramientas. Si el padre es carpintero, debiera dar a sus hijos lecciones de construcción de casas, usando siempre en sus instrucciones lecciones de la Biblia, las palabras de las Escrituras en las cuales el Señor compara los seres humanos con su edificio (Manuscrito 45, 1912).

Prepárense a los muchachos en agricultura.

Los padres debieran preparar a sus hijos para que se ocupen con ellos en sus oficios y empleos. Los agricultores no debieran pensar que la agricultura es una ocupación que no es suficientemente elevada para 334 sus hijos. La agricultura debiera progresar mediante el conocimiento científico.

Se afirma que la agricultura no es provechosa. La gente dice que la tierra no recompensa el trabajo que se invierte en ella, y lamentan la dura suerte de los que labran el terreno. . . . Pero si las personas de habilidad adecuada emprendieran esta clase de trabajo e hicieran un estudio del terreno, y aprendieran a plantar, a cultivar y a recoger la cosecha, se verían resultados más animadores. Muchos dicen: "Hemos probado la agricultura y sabemos lo que son sus resultados", y sin embargo estos mismos necesitan saber cultivar el terreno y usar de la ciencia en su trabajo. Sus arados debieran producir surcos más profundos y más anchos, y necesitan aprender que por labrar la tierra su personalidad no debe volverse vulgar y áspera. . . . Aprendan a sembrar la semilla en la sazón debida, a prestar atención a la vegetación y seguir el plan que Dios ha ideado (Signs of the Times, 13-8-1896).

Una preparación de valor resaltante.

Ningún ramo de trabajo manual es de más valor que la agricultura. Se debería hacer mayor esfuerzo para crear y alentar el interés en las tareas agrícolas. Llame el maestro la atención hacia lo que la Biblia dice en cuanto a la agricultura: que era el plan de Dios que el hombre labrase la tierra; que al primer hombre, gobernante de todo el mundo, le fue dado un jardín para que lo cultivara y que muchos de los más grandes hombres del mundo, su verdadera nobleza, han sido cultivadores del suelo. . . . El que se gana la vida por medio de la agricultura escapa a muchas tentaciones y goza de innumerables bendiciones y privilegios negados a aquellos que trabajan en las grandes ciudades.

Y en estos días de grandes sindicatos y de competencia comercial pocos hay que gocen de una 335 independencia tan real y de tan grande seguridad de recibir la justa recompensa de su trabajo, como el labrador de la tierra (La Educación, págs. 214, 215).

Los productos frescos son de valor especial.

Las familias y las instituciones debieran aprender a aprovechar más del cultivo y el mejoramiento de la tierra. Si la gente tan sólo supiera del valor de los productos de la tierra, que ella da a la sazón debida, se harían esfuerzos más diligentes para cultivar el terreno. Todos debieran estar familiarizados con el valor especial de las frutas y verduras frescas de la quinta y la huerta (Counsels on Diet and Foods, pág. 312).

Las escuelas debieran dar instrucción en oficios útiles.

La educación manual merece más atención de la que se ha prestado. Se deberían establecer escuelas que, además de la cultura mental y moral superior, provean las mejores facilidades posibles para el desarrollo físico y la educación industrial. Se debería enseñar agricultura, industrias -tantos oficios útiles como sea posible- economía doméstica, conocimientos culinarios, costura, confección de ropa higiénica, tratamientos a enfermos y otras cosas parecidas. Se deberían proveer jardines, talleres y salas de tratamientos, y la dirección del trabajo, en todos los ramos, debería estar a cargo de personas entendidas.

El trabajo debería tener un blanco definido y ser completo. Aunque toda persona necesita conocer diferentes oficios, es indispensable que sea versada a lo menos en uno. Todo joven al salir de la escuela debe haber adquirido el conocimiento de algún oficio o alguna ocupación con que, si fuera necesario, se pudiese ganar la vida (La Educación, págs. 214, 215).

Una preparación de valor doble.

Relacionados con las escuelas debe haber establecimientos para la ejecución de ciertas ramas del trabajo, que proporcionen 336 a los alumnos empleo y ejercicio necesario fuera de las horas de estudio. . . . Entonces podrían ellos haber adquirido un conocimiento práctico de los negocios mientras adquirían su educación literaria (Consejos para los Maestros, pág. 67).

El conocimiento práctico es más valioso que el científico.

Debiera haber habido maestras experimentadas para dar lecciones de arte culinario a las niñas. Se debiera haber instruido a las jovencitas en corte, confección y remiendo de vestidos, siendo así educadas para los deberes prácticos de la vida.

Para los jóvenes debiera haber establecimientos donde pudieran aprender diferentes oficios con los que ejercitaran tanto los músculos como las facultades mentales. Si los jóvenes tuvieran que recibir una sola clase de educación, lo que es un asunto de consecuencias importantísimas, y tuvieran que elegir entre un conocimiento de las ciencias con todas las desventajas para la salud y la vida, o un conocimiento del trabajo para la vida práctica, sin vacilar contestaría, elíjase lo último. Si algo debe descuidarse, sea el estudio de los libros (Testimonies, tomo 3, pág. 156).

Quizá haya quienes han tenido una preparación equivocada y los que tienen ideas erróneas en cuanto a la educación de los niños. Esos niños y jóvenes sienten la falta de una mejor preparación, y vosotros debéis adecuar el trabajo físico junto con el mental: los dos debieran ir juntos (Manuscrito 19, 1887).

Jesús fue un ejemplo de laboriosidad feliz.

Se requiere mucho más gracia y seria disciplina del carácter para trabajar para Dios como mecánico, comerciante, abogado o agricultor, que practica los preceptos del cristianismo en los negocios de la vida, que trabajar como misionero profesional en el campo de labor, donde la posición de uno es entendida y la mitad de sus dificultades son obviadas por ese mismo 337 hecho. Se necesitan nervios y músculos espirituales vigorosos para llevar la religión al taller y a la oficina, santificando los detalles de la vida diaria y sujetando cada transacción mundanal a las normas de un cristiano bíblico.

Jesús, en sus treinta años de reclusión en Nazaret, trabajó arduamente y descansó, comió y durmió, semana tras semana y año tras año, al igual que sus humildes contemporáneos. No llamó la atención a sí mismo como a un personaje notable; sin embargo, era el Redentor del mundo, el Adorado de los ángeles, que cumplía todo

el tiempo la obra de su Padre, viviendo una lección que debiera permanecer para que la copiara la humanidad hasta el fin del tiempo.
Esta lección esencial de laboriosidad feliz en los deberes necesarios de la vida, aunque sean humildes, ha de ser aprendida todavía por la mayor parte de los seguidores de Cristo. Si no hay un ojo humano que critique nuestro trabajo, ni una voz que lo alabe o condene, debiera ser hecho tan bien como si el Ser Infinito estuviera personalmente para inspeccionarnos. Debiéramos ser tan fieles en los detalles menores de nuestras ocupaciones como lo seríamos en los negocios mayores de la vida (The Health Reformer, octubre de 1876).
338
CAPÍTULO 60. Conocimiento y Obediencia de las Leyes de la Vida
Maravillas del cuerpo humano.
Somos hechura de Dios y su Palabra declara que somos "asombrosa y maravillosamente" formados. Ha preparado esta habitación viviente para la mente; la ha "entretejido maestramente" como un templo que el Señor mismo ha preparado para la morada de su Espíritu Santo. La mente rige a todo el hombre. Todos nuestros hechos, buenos o malos, tienen su origen en la mente. Es ella la que adora a Dios y nos une con los seres celestiales. Sin embargo, muchos pasan toda su vida sin adquirir inteligencia en cuanto al estuche [el cuerpo humano] que contiene este tesoro.
Todos los órganos físicos son los siervos de la mente y los nervios los mensajeros que transmiten sus órdenes a cada parte del cuerpo guiando los movimientos de la maquinaria viviente (Fundamentals of Christian Education, págs. 425, 426).
Al estudiarse el mecanismo del cuerpo, se debería dirigir la atención a su maravillosa adaptación de los medios al fin, a la armoniosa acción y dependencia de los diferentes órganos. Una vez que se ha despertado el interés del estudiante y se le ha hecho ver la importancia de la cultura física, el maestro puede hacer mucho para obtener el debido desarrollo y hábitos correctos (La Educación, pág. 194).
Ha de preservarse la salud.
Puesto que la mente y el alma hallan expresión por medio del cuerpo, tanto el vigor mental como el espiritual dependen en gran parte de la fuerza y la actividad físicas; todo lo que promueva la salud física, promueve el desarrollo de una mente fuerte y un carácter equilibrado. Sin salud, nadie puede comprender distintamente ni cumplir completamente sus obligaciones para consigo 339 mismo, con sus semejantes o con su Creador. Debiera cuidarse por lo tanto tan fielmente la salud como el carácter. El conocimiento de la fisiología y de la higiene debería ser la base de todo esfuerzo educativo (Id., pág. 191).
Muchos no están dispuestos a estudiar las leyes de la salud.
Muchos no están dispuestos a realizar un esfuerzo necesario para obtener un conocimiento de las leyes de la vida y de los medios sencillos que se deben emplear para la restauración de la salud. No se colocan en la debida relación con la vida. Cuando la enfermedad es el resultado de su transgresión de las leyes naturales, no procuran corregir sus errores y luego piden la bendición de Dios (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 112, 113).
Debiéramos educarnos no sólo para vivir en armonía con las leyes de la salud, sino para enseñar a otros el camino mejor. Muchos, aun entre los que profesan creer las verdades especiales para este tiempo, están en una ignorancia lamentable respecto a la salud y a la temperancia. Necesitan ser educados, línea sobre línea, precepto sobre precepto. El tema debe ser mantenido fresco delante de ellos. Este asunto no debe ser pasado por alto como no esencial, pues casi cada familia necesita ser alertada en cuanto a esta cuestión. Debe despertarse la conciencia al deber de practicar los principios de la verdadera reforma (Id., pág. 117).
Se debería prestar mucho mayor atención de la que comúnmente se concede a los principios de higiene que se aplican al régimen alimentario, al ejercicio, al cuidado de los niños, al tratamiento de los enfermos, y a muchos asuntos semejantes (La Educación, págs. 192, 193).
Estudiar medidas preventivas.
Poca, muy poca consideración se da a las causas que determinan la 340 mortandad, la enfermedad y la degeneración, que existe hoy aun en los países más civilizados y favorecidos. La raza humana está decayendo. . . . La mayor parte de los males que acarrean miseria y ruina a la raza humana podrían evitarse, y el poder de luchar contra ellos descansa en sumo grado en los padres (El Ministerio de Curación, pág. 294).
Enseñad a los niños a razonar de causa a efecto.
Enseñad a vuestros hijos a razonar de causa a efecto. Mostradles que si violan las leyes de su ser, tendrán que pagar la penalidad en sufrimientos. Si no podéis ver progresos tan rápidos como deseáis, no los desalentéis, sino instruidlos pacientemente y seguid adelante hasta ganar la victoria (Consejos para los Maestros, pág. 97).

Los que estudian y practican los principios del sano vivir, recibirán grandes bendiciones tanto física como espiritualmente. El comprender la filosofía de la salud es una salvaguardia contra muchos de los males que van de continuo en aumento (Id., pág. 106).
Haced que la instrucción sea progresiva.
Mediante lecciones sencillas y fáciles se deberían enseñar desde sus primeros años a los niños los rudimentos de la fisiología y la higiene. Esta obra debería empezar por la madre en el hogar y continuar fielmente en la escuela. A medida que la edad de los alumnos aumenta, se debería seguir instruyéndolos en este ramo, hasta que estén capacitados para cuidar de la casa en la cual viven. Deberían comprender la importancia que tiene el evitar las enfermedades mediante el mantenimiento del vigor de cada órgano, y también se les debería enseñar cómo deben desempeñarse en caso de enfermedades comunes y de accidentes (La Educación, pág. 192).
No es suficiente el conocimiento de los hechos.
El estudiante de fisiología debería aprender que el 341 objeto de su estudio no es meramente la obtención de un conocimiento de hechos y principios. Este sólo daría poco beneficio. Puede ser que comprenda la importancia de la ventilación; su pieza puede tener aire puro, pero a menos que llene debidamente sus pulmones, sufrirá los resultados de una respiración imperfecta. Debe comprenderse, pues, la necesidad de la limpieza, y proveerse las facilidades necesarias, pero todo será inútil a menos que sea puesto en práctica. El gran requisito en la enseñanza de estos principios, es impresionar al alumno con su importancia, de modo que los ponga escrupulosamente en práctica (Id., pág 196).
Es necesario un conocimiento de las leyes de la naturaleza.
En el estudio de la fisiología, no se incluyen por lo general algunos asuntos que deberían considerarse, asuntos que son de mayor valor para el estudiante que muchos de los detalles técnicos comúnmente enseñados bajo ese título. Como principio fundamental de toda la educación correspondiente a este ramo, se debería enseñar a los jóvenes que las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios, tan ciertamente divinas como los preceptos del Decálogo. Dios ha escrito en cada nervio, músculo y fibra del cuerpo las leyes que gobiernan nuestro organismo. Toda violación descuidada o premeditada de estas leyes es un pecado contra nuestro Creador. ¡Cuán necesario es, pues, que se imparta un conocimiento completo de estas leyes! (Id., pág. 192).
Regularidad al comer y dormir.
No se debería pasar por alto la importancia de la regularidad de las horas para comer y dormir. Puesto que la obra de reparar el cuerpo se efectúa durante las horas de descanso, es esencial, especialmente, para los jóvenes, que el sueño sea metódico y abundante (Id., pág. 201). 342
Al regular las horas de sueño, no deben dejarse las cosas libradas al azar. Los estudiantes no deben adquirir el hábito de estudiar a medianoche y dedicar las horas del día para dormir. Si se han acostumbrado a hacer esto en casa, deben corregirse yendo a la cama a una hora razonable. Se levantarán entonces por la mañana, refrigerados para los deberes del día (Consejos para los Maestros, pág. 226).
Insístase en correctos hábitos de salud.
Debe insistirse en los debidos hábitos respecto al comer, al beber y al vestir. Los malos hábitos hacen a los jóvenes menos susceptibles a la instrucción bíblica. Los niños deben ser protegidos contra la complacencia del apetito, y especialmente contra el uso de estimulantes y narcóticos. Las mesas de los padres cristianos no deben cargarse con alimentos que contengan condimentos y especias (Id., pág. 97).
No hemos de consentir en ningún hábito que debilite la fortaleza física y mental o deteriore nuestras facultades en alguna forma. Hemos de hacer todo lo que podemos para preservar la salud, a fin de que podamos tener dulzura de carácter, claridad mental y podamos distinguir entre lo sagrado y lo común y honrar a Dios en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu que son suyos (Youth's Intructor, 24-8-1893).
La importancia de la postura correcta.
Entre las primeras cosas que se debería tratar de lograr, figura la postura correcta, tanto cuando se está sentado como de pie. Dios hizo al hombre erguido y desea que posea no sólo beneficio físico, sino mental y moral; la gracia, la dignidad, el aplomo, el valor y la confianza en sí mismo que tiende a producir un porte erguido. Enseñe esto el maestro por precepto y por ejemplo. Muéstrese en qué consiste una postura 343 erguida e insístase en que se mantenga (La Educación, pág. 194).
La respiración y la cultura vocal.
Siguen en importancia a la postura correcta la respiración y la cultura vocal. Es más probable que respire correctamente aquel que se mantiene erguido cuando está sentado o de pie. Pero el maestro debería inculcar en los alumnos la importancia de la respiración profunda. Muéstrese cómo la acción sana de los órganos respiratorios, que ayuda a la circulación de la sangre, vigoriza todo el organismo, excita el apetito, promueve la digestión, produce un sueño sano y dulce y de ese modo no sólo hace descansar el cuerpo, sino que calma y

suaviza la mente. Al mismo tiempo que se muestra la importancia de la respiración profunda, debería insistirse en que se la practique. Háganse ejercicios que la provoquen y al mismo tiempo trátese de formar el hábito.
La cultura de la voz tiene una parte importante en la cultura física, puesto que tiende a dilatar y fortalecer los pulmones, y así aleja la enfermedad. Para conseguir una formación correcta tanto en la lectura como en la conversación, cuídese de que los músculos abdominales tengan libertad de movimientos al respirar y que los órganos respiratorios no estén oprimidos. La tensión debería recaer sobre los músculos del abdomen más bien que sobre los de la garganta. De ese modo se evitará un gran cansancio y una grave enfermedad a la garganta. Debe darse cuidadosa atención al logro de una articulación distinta, tonos suaves y bien modulados y una pronunciación no muy rápida. Esto no sólo estimulará la salud sino que contribuirá en gran medida a que sea más agradable y eficaz el trabajo del estudiante (Id., págs. 194, 195).
Tres factores esenciales para la felicidad de la familia.
En el estudio de la higiene, el maestro atento 344 aprovechará toda oportunidad para mostrar la necesidad de una perfecta limpieza, tanto de las costumbres personales como del ambiente en que uno vive. Debería darse énfasis al valor del baño diario como estimulante para la salud y la acción mental. También debería prestarse atención a la luz solar y a la ventilación, a la higiene del dormitorio y de la cocina. Enséñese a los alumnos que un dormitorio que reúna todas las condiciones higiénicas, una cocina limpia y una mesa arreglada con gusto y saludablemente provista lograrán más para la obtención de la felicidad de la familia y la consideración de cualquier visitante sensato, que cualquier conjunto de muebles costosos que adornen la sala. No es menos necesaria ahora que cuando fue enseñada hace mil ochocientos años, por el Maestro divino, la lección: "La vida más es que la comida, y el cuerpo que el vestido" (Id., págs. 195, 196).
Procurad comprender los remedios de la naturaleza.
El aire puro, el sol, la abstinencia, el descanso, el ejercicio, un régimen alimentario conveniente, el agua y la confianza en el poder divino son los verdaderos remedios. Todos debieran conocer los agentes que la naturaleza provee como remedios, y saber aplicarlos. Es de suma importancia darse cuenta exacta de los principios implicados en el tratamiento de los enfermos, y recibir una instrucción práctica que le habilite a uno para hacer uso correcto de estos conocimientos.
El empleo de los remedios naturales requiere más cuidados y esfuerzos de lo que muchos quieren prestar. El proceso natural de curación y reconstitución es gradual y les parece lento a los impacientes. El renunciar a la satisfacción dañina de los apetitos impone sacrificios. Pero al fin se verá que, si no se le pone trabas, la naturaleza desempeña su obra con acierto y los que perseveren en la obediencia a sus 345 leyes encontrarán recompensa en la salud del cuerpo y del espíritu (El Ministerio de Curación, pág. 89).
Un código abarcante.
En lo que atañe a lo que podemos hacer por nosotros mismos, hay un punto que requiere cuidadosa y meditada consideración. Debo conocerme a mí mismo. Siempre debo aprender la forma de cuidar de este edificio, el cuerpo que Dios me ha dado, para que pueda preservarlo en la mejor condición de salud. Debo comer aquellas cosas que serán para mi mejor bien físico, y debo cuidar especialmente mi ropa de modo que favorezca una saludable circulación de la sangre. No debo privarme del ejercicio y del aire. Debo recibir toda la luz solar que me sea posible. Debo tener sabiduría para ser un fiel guardián de mi cuerpo.
Haría una insensatez muy grande si entrara en una habitación fría habiendo transpirado; sería un mayordomo insensato si me sentara en una corriente de aire, y así me expusiera a resfriarme. Sería insensato si me sentara con los pies y los miembros fríos y así congestionara el cerebro y los otros órganos internos con la sangre de las extremidades. Siempre debiera proteger mis pies en tiempo húmedo. Debiera comer regularmente de los alimentos más saludables que me proporcionarán la mejor calidad de sangre, y no debiera trabajar con intemperancia, si es que puedo evitarlo. Y cuando viole las leyes que Dios ha establecido en mi ser, debo arrepentirme y reformarme, y colocarme en la condición más favorable bajo el cuidado de los médicos que Dios ha provisto: el aire puro, el agua pura y la preciosa y curativa luz solar (Medical Ministry, pág. 230).
Somos individualmente responsables ante Dios.
Nuestro cuerpo es propiedad de Cristo, comprada por él mismo, y no es lícito hacer de ese cuerpo lo que nos plazca. Cuantos entienden las leyes de la salud, implantadas en ellos por Dios, deben sentirse obligados 346 a obedecerlas. La obediencia a las leyes de la higiene es una obligación personal. A nosotros mismos nos toca sufrir las consecuencias de la violación de esas leyes. Cada cual tendrá que responder ante Dios por sus hábitos y prácticas. Por tanto, la pregunta que nos incumbe no es: "¿Cuál es la costumbre del mundo?" sino "¿Cómo debo conservar la habitación que Dios me dio?" (El Ministerio de Curación, pág. 239). 347
SECCION XIV - EL MANTENIMIENTO DE LA IDONEIDAD FISICA
CAPÍTULO 61. El Ama de Casa en la Cocina

La elevada vocación del ama de casa.
No puede haber oficio más importante que el de ama de casa. Se requieren inteligencia y experiencia para cocinar bien y para presentar alimentos saludables en la mesa en una forma atrayente. La persona que prepara el alimento que ha de ser colocado en nuestro estómago para convertirse en sangre que nutra el organismo, ocupa un puesto importantísimo y elevado (Testimonies, tomo 3, pág. 158).
Es esencial que todo joven se familiarice con los deberes de la vida diaria. Si fuera necesario, una joven podría prescindir del conocimiento del francés y del álgebra, o hasta del piano, pero es indispensable que aprenda a hacer buen pan, vestidos que le sienten bien y desempeñar eficientemente los diversos deberes pertenecientes al hogar.
Para la salud y la felicidad de toda la familia, nada es de tan vital importancia como la pericia e inteligencia de la cocinera. Con comidas mal preparadas y malsanas podría estorbar y hasta arruinar tanto la utilidad del adulto como el desarrollo del niño. Del mismo modo, al proveer alimentos adaptados a las necesidades del cuerpo y al mismo tiempo atractivos y sabrosos, puede llevar a cabo tanto en la debida dirección como de otra manera llevaría a cabo en la mala. Así que, en muchos sentidos, la felicidad de la vida está ligada a la fidelidad con 348 que se desempeñan los deberes comunes (La Educación, pág. 212).
La ciencia de cocinar es un arte esencial.
La ciencia de cocinar no es algo despreciable. . . . Debiera ser considerada como la más valiosa de todas las artes porque está tan íntimamente relacionada con la vida. Debiera recibir más atención, pues el organismo necesita alimento a fin de formar buena sangre. El fundamento de lo que mantiene a la gente en buena salud es la obra médico-misionera de cocinar bien.
Con frecuencia la reforma pro salud se deforma debido a la preparación de alimento desagradable al paladar. La falta de conocimiento acerca del arte culinario saludable debe remediarse antes de que tenga éxito la reforma pro salud.
Son pocas las buenas cocineras. Muchísimas madres necesitan tomar lecciones de arte culinario para que puedan presentar delante de su familia alimentos bien preparados y agradablemente servidos (Counsels on Diet and Foods, pág. 263).
Procuren nuestras hermanas ser maestras en el arte de cocinar.
Con frecuencia nuestras hermanas no saben cocinar. A las tales quiero decirles: Yo iría a la mejor cocinera que se pudiera hallar en el país, y permanecería a su lado si fuese necesario durante semanas, hasta llegar a dominar el arte de preparar los alimentos, y ser una cocinera inteligente y hábil. Es vuestro deber saber cocinar, y lo es también el enseñar a vuestras hijas a cocinar (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 190).
Estudio y práctica.
El alimento puede prepararse sencilla y saludablemente, pero se necesita habilidad para hacerlo sabroso y nutritivo. A fin de aprender a cocinar, las mujeres debieran estudiar y luego pacientemente poner en práctica lo que aprenden. La gente sufre porque no se molesta en hacer esto. 349 Digo a los tales: Es hora de despertar vuestras energías dormidas e informaros. No consideréis que es tiempo perdido el que dedicáis a obtener un conocimiento cabal y experiencia en la preparación de alimento saludable y sabroso. No importa cuánta experiencia hayáis tenido en la cocina, si todavía tenéis la responsabilidad de una familia, es vuestro deber aprender a cuidarla debidamente (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 49).
Son esenciales tanto la variedad como la sencillez.
Las comidas deben ser variadas. Los mismos manjares, preparados del mismo modo, no deben figurar en la mesa, comida tras comida y día tras día. Las comidas se ingieren con mayor gusto y aprovechan mucho más cuando los manjares son variados (El Ministerio de Curación, págs. 230, 231).
Nuestros cuerpos se forman con lo que comemos; y a fin de formar tejidos de buena calidad, debemos ingerir los alimentos adecuados y deben ser preparados con habilidad a fin de que se adapten de la mejor manera posible a las necesidades del organismo. Es un deber religioso que las personas que cocinan sepan preparar alimentos saludables en una forma variada para que sean sabrosos y saludables (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 48, 49).
Aun en el arreglo de la mesa, la moda y la ostentación ejercen su funesta influencia. La preparación saludable de los alimentos se convierte en un asunto secundario. El servir gran variedad de platos demanda tiempo, dinero y trabajo agobiante sin realizar ningún bien. Quizá sea de buen tono servir una docena de platos en una comida, pero la costumbre es ruinosa para la salud. Es una moda que los hombres y mujeres razonables debieran condenar tanto por precepto como por ejemplo. . . . Cuánto mejor 350 sería para la salud del hogar si la preparación de la mesa fuera más simple (Id., pág. 73).
Los resultados de cocinar mal.

El mal arte culinario está minando las energías de la vida de millares. Más almas se pierden por esta causa de lo que muchos comprenden. Trastorna el organismo y produce enfermedades. Como resultado, las cosas celestiales no se pueden discernir prestamente (Id., pág. 49).
El alimento escaso y mal cocido vicia la sangre, pues debilita los órganos que la producen. Desarregla el organismo y causa enfermedades acompañadas de nerviosidad y mal humor. Cuéntanse hoy día por miles y decenas de millares las víctimas de la cocina defectuosa. Sobre muchas tumbas podrían escribirse epitafios como éstos: "Muerto por culpa de la mala cocina". "Muerto de resultas de un estómago estragado por el abuso" (El Ministerio de Curación, págs. 232, 233).
Enseñad a cocinar a vuestros hijos.
No descuidéis el enseñar a vuestros hijos a cocinar. Al hacerlo, les impartís principios que deben tener en su educación religiosa. Al dar a vuestros hijos lecciones de fisiología y al enseñarles a cocinar con sencillez y, sin embargo, con habilidad, estáis colocando los fundamentos de la más útil rama de la educación. Se necesita habilidad para preparar buen pan liviano. Hay religión en cocinar bien y yo pongo en duda la religión de los que son demasiado ignorantes y demasiado descuidados para aprender a cocinar (Testimonies, tomo 2, pág. 537).
Instruidlas paciente y alegremente.
Las madres debieran llevar a sus hijas a la cocina con ellas cuando son muy jóvenes para enseñarles el arte de cocinar. La madre no puede esperar que sus hijas entiendan los secretos de la economía doméstica sin educación. Debiera instruirlas paciente y amorosamente, 351 haciendo el trabajo tan agradable como pueda por medio de su rostro amable y palabras animadoras de aprobación (Id., tomo 1, pág. 684).
Si fracasan una vez, dos veces o tres veces no las censuréis. Ya el desánimo está obrando tentándolas a decir: "No vale la pena; no puedo hacerlo". No es éste el tiempo de censurar. La voluntad se está debilitando. Necesita el acicate de palabras animosas, alegres y llenas de esperanza, tales como: "No importa los errores que hayas cometido. Eres tan sólo aprendiz y debes esperar cometer errores. Prueba otra vez. Piensa en lo que estás haciendo. Ten mucho cuidado, y ciertamente tendrás éxito" (Id., págs. 684, 685).
Cómo se pueden enfriar el interés y el ardor.
Muchas madres no comprenden la importancia de estas ramas del conocimiento, y antes de darse la molestia y el cuidado de instruir a sus hijas y soportar sus fracasos y errores mientras aprenden, prefieren hacerlo todo ellas mismas. Y cuando sus hijas fracasan en sus esfuerzos, las alejan con estas palabras: "No vale la pena; tú no puedes hacer esto o lo otro; me creas perplejidades y molestias más de lo que me ayudas".
Así se rechazan los primeros esfuerzos de las que están aprendiendo, y el primer fracaso enfría tanto su interés y ardor por aprender, que tienen temor de hacer otra prueba y se dispondrán a coser, tejer, limpiar la casa, cualquier cosa pero no cocinar. En esto la madre cometió una gran falta. Debiera haberlas instruido pacientemente para que, por medio de la práctica, pudieran haber obtenido una experiencia que eliminara la falta de habilidad y remediara los movimientos incapaces de la obrera falta de experiencia (Id., pág. 685).
La preparación más necesaria que las jóvenes pueden hacer para la vida práctica.
Debiera instruirse 352 cabalmente a las señoritas en el arte de cocinar. Cualesquiera sean las circunstancias de su vida, aquí hay un conocimiento que puede ser usado prácticamente. Es un aspecto de la educación que tiene una influencia muy directa en la vida humana, especialmente en las vidas de aquellos a quienes más amamos (Id., págs. 683, 684).
Yo aprecio a mi costurera y a mi copista; pero mi cocinera, que sabe preparar el alimento que sostiene la vida y nutre el cerebro, los huesos y los músculos, ocupa el puesto más importante entre los ayudantes de mi familia (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 190).
Las jóvenes piensan que cocinar y hacer otras tareas de la casa es trabajo servil; y por lo tanto, muchas que se casan y deben atender a una familia tienen muy poca idea de los deberes que incumben a la esposa y madre (El Ministerio de Curación, pág. 233).
Levantad una barrera contra la insensatez y el vicio.
Cuando les enseñáis [a vuestras hijas] el arte culinario, edificáis en derredor de ellas una barrera que las guardará de la insensatez y el vicio que de otra manera podría tentarlas (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 190).
Tanto los hombres como las mujeres necesitan aprender a cocinar.
Los hombres, tanto como las mujeres, necesitan saber preparar comidas sencillas y sanas. Sus negocios los llaman a menudo a puntos donde no encuentran alimento sano; entonces, si tienen algún conocimiento de la ciencia culinaria, pueden aprovecharlo (El Ministerio de Curación, pág. 248).

Tanto a los jóvenes como a las señoritas se les debe enseñar a cocinar económicamente, y a abstenerse de toda carne (Consejos para los Maestros, pág. 239). 353

Estudiad economía; evitad el desperdicio.

En cada renglón del arte culinario, el punto que debe ser considerado es: "¿Cómo pueden prepararse los alimentos en la forma más natural y económica?" Y se debería vigilar con cuidado para que los restos de comida que hayan quedado en la mesa no sean desperdiciados. Ved la forma en que esos restos de comida no se pierdan. Esta habilidad, la economía y el tacto, son una fortuna. En las épocas más calurosas de la estación, preparad menos alimentos. Usad más sustancias secas. Hay muchas familias pobres que, aunque apenas tienen lo suficiente para comer, a menudo se les puede enseñar el porqué son pobres; hay demasiadas pequeñas cosas desperdiciadas (Counsels on Diet and Foods, pág. 258).

Temas serios para la reflexión.

"Si pues coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios" (1 Cor. 10: 31). ¿Hacéis esto cuando preparáis alimento para vuestras mesas, y llamáis a la familia a participar de ellos? ¿Estáis colocando delante de vuestros hijos solamente alimentos que producirán la mejor sangre? ¿Contribuirá este alimento a conservar sus cuerpos en la condición menos febril? ¿Es de la clase que los pondrá en la mejor condición de vida y salud? ¿Es tal el alimento que procuráis colocar delante de vuestros hijos? ¿O será que, sin mirar a su bienestar futuro, les dais alimentos malsanos, estimulantes e irritantes? (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 185, 186). 354

CAPÍTULO 62. Comiendo para Vivir

Dios determinó las inclinaciones y los apetitos.

Nuestras inclinaciones naturales y apetitos . . . fueron divinamente determinados, y cuando fueron dados al hombre eran puros y santos. El designio de Dios era que la razón rigiera a los apetitos, y que éstos sirvieran para nuestra felicidad. Y cuando son regulados y regidos por una razón santificada, con santidad para el Señor (Temperance, pág. 12)

Un objeto de la solicitud divina.

La educación de los israelitas incluía todos sus hábitos de vida. Todo lo que se refería a su bienestar era objeto de la solicitud divina y estaba comprendido en la providencia de la ley divina. Hasta en la provisión de alimento, Dios buscó su mayor bien. El maná con que los alimentaba en el desierto era de tal naturaleza que aumentaba su fuerza física, mental y moral. . . . A pesar de las penurias de la vida del desierto, no había una sola persona débil en todas las tribus (La Educación, págs. 35, 36).

Formados por el alimento que comemos.

Nuestro cuerpo se forma con el alimento que ingerimos. En los tejidos del cuerpo se realiza de continuo un proceso de reparación, pues el funcionamiento de los órganos acarrea desgaste y éste debe ser reparado por el alimento. Cada órgano del cuerpo exige nutrición. El cerebro debe recibir la suya; y lo mismo sucede con los huesos, los músculos y los nervios. Es una operación maravillosa la que transforma el alimento en sangre y aprovecha esta sangre para la reconstitución de las diversas partes del cuerpo; pero esta operación, que prosigue de continuo, suministra vida y fuerza a cada nervio, músculo y órgano (El Ministerio de Curación, pág. 227). 355

Comiéncese correctamente la alimentación infantil.

Difícil sería exagerar la importancia que tiene el hacer adquirir a los niños buenos hábitos dietéticos. Necesitan aprender que comen para vivir y no viven para comer. Esta educación debe empezar cuando la criatura está todavía en brazos de su madre. Hay que darle alimento tan sólo a intervalos regulares, y con menos frecuencia conforme va creciendo. No hay que darle dulces ni comida de adultos, pues no la puede digerir. El cuidado y la regularidad en la alimentación de las criaturas no sólo fomentarán la salud, y así las harán sosegadas y de genio apacible, sino que echarán los cimientos de hábitos que los beneficiarán en los años subsiguientes (Id., pág. 297).

Edúquense el paladar y el apetito.

Cuando los niños salen de la infancia todavía hay que educar con el mayor cuidado sus gustos y apetitos. Muchas veces se les permite comer lo que quieren y cuando quieren, sin tener en cuenta su salud. El trabajo y el dinero tantas veces malgastados en golosinas perjudiciales para la salud inducen al joven a pensar que el supremo objeto de la vida, y lo que reporta mayor felicidad, es poder satisfacer los apetitos. El resultado de tal educación es que el niño se vuelve glotón; después le sobrevienen las enfermedades. . . . Los padres deben educar los apetitos de sus hijos, y no permitir que hagan uso de alimentos nocivos para la salud (Id., págs. 297, 298).

Las facultades espirituales, mentales y físicas influidas por el régimen alimentario.

Las madres que satisfacen los deseos de sus hijos a expensas de la salud y del buen genio, están sembrando semillas de mal que surgirán y darán fruto. La complacencia propia se desarrolla con el crecimiento de los pequeños y se sacrifican tanto el vigor mental como el físico. Las madres que hacen esta obra cosechan con amargura la semilla que han sembrado. Ven 356 que sus hijos crecen incapacitados en su mente y carácter para desempeñar un papel noble y útil en la sociedad o en el hogar. Bajo la influencia del alimento malsano, sufren las facultades espirituales así como las mentales y físicas, La conciencia se embota y se daña la capacidad de captar las buenas impresiones (Counsels on Diet and Foods, pág. 230).
Elegid los mejores alimentos.
Para saber cuáles son los mejores comestibles tenemos que estudiar el plan original de Dios para la alimentación del hombre. El que creó al hombre y comprende sus necesidades indicó a Adán cuál era su alimento, . . . Los cereales, las frutas carnosas, las oleaginosas y las legumbres, constituyen el alimento escogido para nosotros por el Creador (El Ministerio de Curación, pág. 227, 228).
Prepáreselos en una forma sencilla y apetitosa.
Dios ha proporcionado al hombre abundantes medios para satisfacer un apetito no pervertido. Ha desplegado delante de él los productos de la tierra: una generosa variedad de alimentos que son apetitosos para el paladar y nutritivos para el organismo. Nuestro benévolo Padre celestial dice que podemos comer libremente de estos alimentos. Las frutas, los cereales y las verduras preparados en una forma sencilla, sin condimentos ni grasas de ninguna clase, constituyen, con la leche o crema, el régimen más saludable. Nutren el organismo y dan un poder de resistencia y vigor al intelecto que no se consiguen mediante un régimen estimulante (Counsels on Diet and Foods, pág. 92).
El apetito no es guía seguro.
Deben escogerse los alimentos que mejor proporcionen los elementos necesarios para la reconstitución del cuerpo. En esta elección, el apetito no es una guía segura. Los malos hábitos en el comer lo han pervertido. Muchas veces pide alimento que altera la salud y causa 357 debilidad en vez de producir fuerza. . . . Las enfermedades y dolencias que prevalecen por doquiera provienen en buena parte de errores comunes respecto al régimen alimentario (El Ministerio de Curación, pág. 227).
Niños que se dejan guiar por un apetito descarriado.
Mientras estábamos en los vehículos, oí que los padres decían que sus hijos tenían un apetito delicado, y que a menos que se les diera carne y tortas no podían comer. Cuando llegó la hora del almuerzo, observé la calidad del alimento que se daba a esos niños. Era pan blanco, tajadas de jamón condimentadas con pimienta negra, encurtidos, tortas y frutas en conserva. La faz pálida y cetrina de esos niños indicaba claramente el abuso que sufría su estómago. Dos de esos niños observaron a otra familia cuyos niños comían queso con su alimento, y perdieron el deseo de comer lo que estaba delante de ellos hasta que su indulgente madre pidió un pedazo del queso para darlo a sus hijos, temiendo que sus queridos niños no pudierais continuar con su comida. La madre observaba: "A mis hijos les gusta tanto esto o lo otro, y yo dejo que coman lo que quieran; porque el apetito demanda la clase de alimento que necesita el organismo".
Esto podría ser correcto si el apetito no se hubiera pervertido nunca. Hay un apetito natural y un apetito pervertido. Los padres que han enseñado a sus hijos, durante toda su vida, a comer alimento que no es saludable y que es estimulante hasta que se pervierte el gusto al punto de que piden arcilla, tiza, café quemado, borra de té, canela, clavo de olor y especias *, no pueden pretender que el apetito 358 demanda lo que requiere el organismo. El apetito ha sido educado falsamente hasta que se deprava. . . . El estómago del cual se ha abusado no lleva a cabo la obra que le corresponde, a menos que se lo acicatee mediante sustancias estimulantes. Si a estos niños se los hubiera educado desde su infancia a comer solamente alimento saludable, preparado de la manera más sencilla, preservando sus propiedades naturales en todo lo posible y evitando las comidas de carne, grasa y todas las especias, el gusto y el apetito estarían indemnes. En su estado natural podrían indicar, en gran medida, el alimento mejor adaptado para las necesidades del organismo (Counsels on Diet and Foods, pág. 239).
¿Qué diremos en cuanto a la carne?
No prescribimos un régimen definido, pero decimos que en los países donde abundan las frutas, los cereales y las nueces, la carne no es el alimento adecuado para el pueblo de Dios. Se me ha indicado que la carne propende a animalizar la naturaleza, a despojar a los hombres y mujeres del amor y la simpatía que debieran sentir por cada cual, y hace predominar las pasiones bajas sobre las facultades más elevadas del ser. Si el comer carne fue alguna vez saludable, no lo es ahora (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 359).
Razones para descartar la carne como alimento.

Los que comen carne no hacen más que comer cereales y verduras de segunda mano, pues el animal recibe de tales productos el alimento que lo nutre. La vida que estaba en los cereales y en las verduras pasa al organismo del ser que los come. Nosotros a nuestra vez la recibimos al comer la carne del animal. ¡Cuánto mejor sería aprovecharla directamente, comiendo el alimento que Dios dispuso para nuestro uso! 359

La carne no fue nunca el mejor alimento; pero su uso es hoy día doblemente inconveniente, ya que el número de los casos de enfermedad aumenta cada vez más entre los animales. Los que comen carne y sus derivados no saben lo que ingieren. Muchas veces si hubieran visto los animales vivos y conocieran la calidad de su carne, la rechazarían con repugnancia. Continuamente sucede que la gente come carne llena de gérmenes de tuberculosis y cáncer. Así se propagan estas enfermedades y otras también graves (El Ministerio de Curación, pág. 241).

Efectos que no se comprueban inmediatamente.

Los efectos de una alimentación con carne no se advierten tal vez inmediatamente; pero esto no prueba que esa alimentación carezca de peligro. Pocos se dejan convencer de que la carne que han comido es lo que envenenó su sangre y canso sus dolencias. Muchos mueren de enfermedades debidas únicamente al uso de la carne, sin que nadie sospeche la verdadera causa de su muerte (Id. pág. 242).

Volved al régimen alimentario original.

¿No es tiempo ya de que todos prescindan de consumir carne? ¿Cómo Pueden seguir haciendo uso de un alimento cuyo efecto es tan pernicioso para el alma y el cuerpo los que se esfuerzan por llevar una vida pura, refinada y santa, para gozar de la compañía de los ángeles celestiales? ¿,Cómo pueden quitar la vida a seres creados por Dios y consumir su carne con deleite? Vuelvan mas bien al alimento sano y delicioso que fue dado al hombre en el principio, y tengan ellos mismos y enseñen a sus hijos a tener misericordia de los seres irracionales que Dios creó y puso bajo nuestro dominio (Id. pág, 244).

La conducta de los que esperan el regreso de Cristo.

Entre los que esperan la venida del Señor, el comer carne finalmente se abandonará; la carne dejará 360 de ser parte de su alimentación. Siempre debiéramos tener eso en vista y esforzarnos para trabajar constantemente hacia ese fin. No puedo pensar que al comer carne estemos en armonía con la luz que a Dios le plugo darnos (Counsels on Diet and Foods, págs. 380, 381).

Volvamos al propósito de Dios.

Vez tras vez se me ha mostrado que Dios está llevando a su pueblo de vuelta a su propósito original, esto es no subsistir de la carne de animales muertos. El desea que enseñemos a la gente un camino mejor. . . . Si se elimina la carne, si el gusto no se educa en ese sentido, si se fomenta el deseo de frutas y cereales, pronto será como Dios lo dispuso en el principio. Su pueblo no consumirá carne (Id., pág. 82).

Instrucciones concernientes a un cambio en la alimentación.

Es un error suponer que la fuerza muscular dependa de consumir alimento animal, pues sin él las necesidades del organismo pueden satisfacerse mejor y es posible gozar de salud más robusta. Los cereales, las frutas, las oleaginosas y las verduras contienen todas las propiedades nutritivas para producir buena sangre. Estos elementos no son provistos tan bien ni de un modo tan completo por el régimen de carne. Si la carne hubiera sido de uso indispensable para dar salud y fuerza, se la habría incluido en la alimentación indicada al hombre desde el principio.

A menudo, al dejar de consumir carne, se experimenta una sensación de debilidad y falta de vigor. Muchos insisten en que esto prueba que la carne es esencial; pero se la echa de menos porque es un alimento estimulante que enardece la sangre y excita los nervios. A algunos les es tan difícil dejar de comer carne como a los borrachos renunciar al trago; y sin embargo se beneficiarían con el cambio. 361

Cuando se deja la carne, hay que sustituirla con una variedad de cereales, frutas oleaginosas, legumbres, verduras y frutas nutritivas y agradables al paladar. Esto es particularmente necesario al tratarse de personas débiles o que estén recargadas de continuo trabajo (Id, págs. 243, 244).

Son de ayuda los sustitutos bien preparados.

Cocinar bien es un requisito esencial, especialmente, cuando la carne no constituye el principal alimento. Algo debe prepararse para ocupar el lugar de la carne, y esos sustitutos de la carne deben ser bien preparados de modo que no se la eche de menos (Carta 60 a, 1896).

Conozco familias que han cambiado de un régimen a base de carne a otro deficiente. Su alimento está tan mal preparado que repugna al estómago; y estas personas me han dicho que la reforma pro salud no les sienta, pues están perdiendo su fuerza física. Esta es una razón por la cual algunos no han tenido éxito en sus esfuerzos para simplificar su alimentación. Siguen un régimen pobre. Preparan sus alimentos sin esmero ni variación. No debe haber muchas clases de alimentos en una comida, pero cada comida no debe estar

compuesta invariablemente de las mismas clases de alimentos. El alimento debe prepararse con sencillez, aunque en forma esmerada para que incite al apetito (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 193, 194).
Venzamos el apetito antinatural.
Las personas acostumbradas a un régimen fuerte y muy estimulante tienen el gusto pervertido y no pueden apreciar de buenas a primeras un alimento sencillo. Se necesita tiempo para normalizar el gusto y para que el estómago se reponga del abuso. Pero los que perseveren en el uso de alimentos sanos, los encontrarán sabrosos al cabo de algún tiempo. Podrán apreciar su sabor delicado y los comerán con deleite, en 362 preferencia a las golosinas malsanas. Y el estómago, en condición de salud, es decir, ni febril ni recargado, desempeñará fácilmente su tarea (El Ministerio de Curación, pág. 229).
No es un sacrificio comer en forma saludable.
Mientras se les enseña a los niños a dominar su apetito y a comer teniendo en cuenta los intereses de la salud, hágaseles ver que sólo se privan de lo que les sería perjudicial; que renuncian a ello por algo mejor. Hágase la mesa amena y atractiva, al surtirla con las cosas buenas que Dios ha dispensado con tanta generosidad. Sea la hora de comer una hora de contento y alegría. Al gozar de los dones de Dios, correspondámosle con agradecida alabanzas (Id., págs. 298, 299).
Considerad la estación, el clima, la ocupación.
Pero no todos los alimentos sanos de por sí convienen igualmente a nuestras necesidades en cualquier circunstancia. Nuestro alimento debe escogerse con mucho cuidado. Nuestro régimen alimentario debe adaptarse a la estación del año, al clima en que vivimos y a nuestra ocupación. Algunos alimentos que convienen perfectamente a una estación del año o en cierto clima, no convienen en otros. También sucede que ciertos alimentos son los más apropiados para diferentes ocupaciones. Con frecuencia el alimento que un operario manual o bracero puede consumir con provecho no conviene a quien se entrega a una ocupación sedentaria o a un trabajo mental intenso. Dios nos ha dado una amplia variedad de alimentos sanos, y cada cual debe escoger el que más convenga a sus necesidades, conforme a la experiencia y a la sana razón (Id., pág. 228).
La comida debe prepararse con inteligencia y habilidad.
Error grave es comer tan sólo para agradar al paladar; pero la calidad de los comestibles o el modo de prepararlos no es indiferente. Si el 363 alimento no se come con gusto, no nutrirá tan bien al cuerpo. La comida debe escogerse cuidadosamente y prepararse con inteligencia y habilidad (Id., pág. 231).
"Nos arreglamos con cualquier cosa".
Muchas familias hacen grandes preparativos para agasajar a sus visitas. Se coloca una gran variedad de alimento en la mesa. Este alimento es tentador para los que no están acostumbrados a tanta variedad de alimentos sabrosos. . . .
Conozco el proceder de algunos que hacen estos preparativos extraordinarios para sus visitantes. Cuando están en familia, no observan ninguna regularidad. Se preparan las comidas de acuerdo con la conveniencia de la esposa y madre. No se tiene en cuenta la felicidad del esposo y de los hijos. Aunque se hace mucha ostentación para las visitas, se piensa que cualquier cosa está bien para "entre casa". Una mesa contra la pared, una comida fría colocada en ella sin ningún esfuerzo para hacerla atrayente se ven con demasiada frecuencia. "Es tan sólo para nosotros", dicen. "Nos arreglamos con cualquier cosa" (Manuscrito 1, 1876).
Haced de la comida una agradable ocasión social.
Haced de la comida una agradable ocasión social. La hora de la comida debería ser un momento de sociabilidad y descanso. Debería desaparecer todo lo que abrume o irrite. Se deberían abrigar sentimientos de confianza, bondad y gratitud hacia el Dador de todo lo bueno y la conversación debería ser alegre y de un carácter comunicativo, que eleve sin cansar (La Educación, págs. 201, 202).
La mesa no es un lugar donde debiera provocarse la rebelión de los niños por el proceder irrazonable de los padres. Toda la familia debiera comer con alegría, con gratitud, recordando que los que aman y obedecen a Dios participarán de la cena de las bodas 364 del Cordero en el reino de Dios, y Jesús mismo les servirá (Carta 19, 1892).
La regularidad en las comidas.
La irregularidad en las comidas destruye el tono sano de los órganos de la digestión, en perjuicio de la salud y del buen humor (El ministerio de Curación, pág. 298).
En ningún caso debiera haber irregularidad en las comidas. Si se come el almuerzo una hora o dos horas antes del tiempo usual, el estómago no está preparado para la nueva carga; porque no ha digerido el alimento ingerido en la comida anterior y no tiene fuerza vital para la nueva hora. Así se sobrecarga el organismo.

Tampoco debieran demorarse las comidas una o dos horas para adecuarse a las circunstancias o para que se pueda efectuar cierta cantidad de trabajo. El estómago demanda el alimento en el tiempo en que está acostumbrado a recibirlo. Si se demora este tiempo, la vitalidad del organismo disminuye y finalmente llega a un punto tan bajo que el apetito se esfuma por completo. Si entonces se come, el estómago no puede digerir adecuadamente el alimento. Este no se puede convertir en buena sangre. Si todos comieran a intervalos regulares, sin probar nada entre las comidas, estarían listos para sus comidas y encontrarían placer en comer lo que los restaura para su esfuerzo (Counsels on Diet and Foods, pág. 179).
Enseñad a los niños cuándo, cómo y qué comer.
Generalmente no se enseña a los niños acerca de la importancia de cuándo, cómo y qué deben comer. Se les permite satisfacer sus antojos libremente, que coman todo el tiempo; que se sirvan fruta cuando se sienten tentados a hacerlo; y también cuando se trata de pasteles, tortas, pan y manteca [mantequilla], y los dulces que comen casi constantemente los convierten en glotones y dispépticos. Los órganos 365 digestivos, como un molino que marcha continuamente, se debilitan. Se demanda fuerza vital del cerebro para ayudar en su sobrecarga y así se debilitan las facultades mentales. El estímulo antinatural y el desgaste de las fuerzas vitales los hacen nerviosos, impacientes para reprimirse, tercos e irritables. No se les puede tener confianza a menos que estén bajo la mirada de sus padres. A veces parecen muertas las facultades morales y es difícil despertarlos para que comprendan la naturaleza vergonzosa y penosa del pecado; caen fácilmente en hábitos de prevaricación, engaño y con frecuencia mienten descaradamente.
Los padres deploran estas cosas en sus hijos, pero no comprenden que es su propia conducta desacertada lo que ha provocado el mal. No han visto la necesidad de reprimir los apetitos y pasiones de sus hijos y éstos se han desarrollado y fortalecido con los años. Las madres preparan con sus propias manos y colocan delante de sus hijos un alimento que tiene la tendencia de dañarlos física y mentalmente (Pacific Health Journal, mayo de 1890).
Nunca se coma entre las comidas.
El estómago debiera recibir cuidadosa atención. No debe trabajar continuamente. Dense algo de paz, quietud y descanso a este órgano mal usado y del que se abusa tanto. . . .
Después de que se participe de la comida regular, el estómago debiera descansar durante cinco horas. No debiera introducirse en el estómago ni una partícula de alimento hasta la comida siguiente. En este intervalo, el estómago realizará su obra y estará entonces en condiciones para recibir más alimento (Counsels on Diet and Foods, págs. 173, 179).
Las madres han cometido un gran error al permitirles [a sus hijos] que comieran entre las comidas. El estómago se trastorna con esta práctica y se echan 366 las bases para sufrimientos futuros. Su mal humor [de los hijos] puede haber sido ocasionado por alimento malsano, todavía no digerido; pero la madre siente que no puede pasar tiempo razonando en cuanto a esto y corrigiendo su propio proceder dañino. Ni puede detenerse para suavizar la inquieta impaciencia de sus hijos. Da a los pequeños quejosos un pedazo de torta o algún otro postre para calmarlos, pero esto solamente aumenta el mal. . . .
Las madres con frecuencia se quejan de la salud delicada de sus hijos y consultan al médico; cuando, si tan sólo ejercieran un poco de sentido común, verían que la dificultad se origina por errores en la alimentación (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 61).
Los "bocaditos" en horas tardías son un hábito pernicioso.
Otro hábito pernicioso es el de comer inmediatamente antes de irse a la cama. Pueden haberse tomado ya las comidas de costumbre; pero por experimentar una sensación de debilidad, se vuelve a comer. Cediendo así al apetito se establece un hábito tan arraigado, que muchas veces se considera imposible dormir sin comer algo. Como resultado de estas cenas tardías, la digestión prosigue durante el sueño; y aunque el estómago trabaja constantemente no lo hace en buenas condiciones. Las pesadillas suelen entonces perturbar el sueño, y por la mañana se despierta uno sin haber descansado, y con pocas ganas de desayunar. Cuando nos entregamos al descanso, el estómago debe haber concluido ya su tarea, para que él también pueda descansar, como los demás órganos del cuerpo. A las personas de hábitos sedentarios les resultan particularmente perjudiciales las cenas tardías y el desarreglo que las ocasionan es muchas veces principio de alguna enfermedad que acaba en muerte (El Ministerio de Curación, pág. 234). 367
Consejo dado a una madre en cuanto a la importancia del desayuno.
Su niña es de temperamento nervioso y debe atenderse cuidadosamente su alimentación. No debiera permitírsele que elija el alimento que le plazca sin darle la debida nutrición. . . . Nunca permita que vaya a la escuela sin haberse desayunado. No se aventure a dejarse llevar por sus inclinaciones en este asunto.

Colóquese enteramente bajo la dirección de Dios y él la ayudará a poner todos sus deseos en armonía con sus requerimientos (Carta 69, 1896).
Es la costumbre y uso de la sociedad tomar un desayuno liviano. Pero ésta no es la mejor manera de tratar al estómago. A la hora del desayuno, el estómago está en mejores condiciones para digerir más alimento que en la segunda o tercera comida del día. Es erróneo el hábito de participar de un desayuno liviano y que la comida principal sea muy abundante. Que vuestro desayuno coincida con la comida más importante del día (Counsels on Diet and Foods, pág. 173).
Déseles con abundancia de los mejores alimentos.
Los niños y los jóvenes no debieran estar mal alimentados por ningún motivo; debieran dárseles en abundancia alimentos saludables, pero esto no significa que se deban colocar delante de ellos ricos bollitos y pasteles. Debieran participar del mejor ejercicio y del mejor alimento, pues éstos son importantes para las facultades mentales y morales. Una alimentación sana y adecuada será uno de los medios por los cuales se preserve la digestión debida (Carta 19, 1892).
Participese de esto con moderación.
Con frecuencia los padres cometen el error de dar a sus hijos demasiado alimento. Esos niños se vuelven dispépticos. Es esencial la moderación en el consumo aun de buenos alimentos. Padres, colocad delante de 368 vuestros hijos la cantidad que deben comer. No dejéis a su elección el comer tanto como les plazca. . . . Padres, a menos que se tenga en cuenta esto, la percepción de vuestros hijos será embotada. Irán a la escuela, pero no podrán aprender todo lo que debieran; pues el vigor que debiera ir al cerebro se emplea en el alimento de más que sobrecarga el estómago. Los padres necesitan ser educados a fin de no dar demasiado alimento a los niños pues así se debilitarán en vez de robustecerse (Manuscrito 155, 1899).
Los padres, y no los hijos, deben tener la última palabra.
Enseñeseles a dominar su apetito, a estar agradecidos por la alimentación simple y sencilla que Dios les da. No debéis permitir que os digan lo que deben comer, sino vosotros debéis determinar qué es lo mejor para ellos. Es un pecado que permitáis que vuestros hijos murmuren y se quejen de los buenos alimentos saludables, tan sólo porque no coinciden con su apetito depravado (Carta 23, 1888).
No permitáis que el niño reciba la impresión, de que porque es vuestro hijo debe ser consentido y debe permitírsele elegir e imponer su voluntad. No debiera permitírsele elegir alimentos que no buenos para él, sencillamente porque los quiere. La experiencia de los padres debiera regir en la vida de los hijos (Signs of the Times, 13-8-1896).
Si son razonables, respétense las preferencias del niño.
A nosotros nos toca decidir individualmente si nuestras vidas han de ser regidas por la mente o por el cuerpo. Cada joven por sí mismo debe hacer la elección que amoldará su vida y no se deberían ahorrar esfuerzos para hacerle comprender las fuerzas con las cuales tiene que habérselas y las influencias que modelan el carácter y determinan el destino (La Educación, pág. 198). 369
En la educación de los niños y de los jóvenes debiera enseñárseles que los hábitos en las comidas, bebidas y vestido que han sido formados de acuerdo con las normas del mundo no están de acuerdo con las leyes de la salud y de la vida y deben estar bajo el dominio de la razón y del intelecto. No debiera permitirse que el poder del apetito y la fuerza del hábito dominen a los dictados de la razón. A fin de lograr este propósito, los jóvenes debieran tener blancos y motivos más elevados que la mera satisfacción biológica de comer y beber (Good Health, julio de 1880).
Efectos abarcantes del apetito pervertido.
Algunos no están impresionados con la necesidad de comer y beber para la gloria de Dios. La satisfacción del apetito los afecta en todas las relaciones de la vida. Esto se ve en la familia, en la iglesia, en la reunión de oración y en la conducta de sus hijos. Es la maldición de su vida. Les impide entender las verdades para estos últimos días (Christian Temperance and Bible hygiene, pág. 151).
Vivir saludablemente es una obligación personal.
Lo que comemos y bebemos tiene una relación importante con nuestra vida y carácter y los cristianos debieran colocar sus hábitos de comer y beber en conformidad con las leyes de la naturaleza. Debemos sentir nuestra obligación a Dios en estos asuntos. La obediencia a las leyes de la salud debiera ser motivo de intenso estudio, pues es pecado la ignorancia voluntaria de este tema. Cada uno debiera sentir su obligación personal de poner en práctica las leyes del vivir saludable (Manuscrito 47, 1896). 370
CAPÍTULO 63. Temperancia en todas las cosas
La intemperancia causa de la mayoría de los males de la vida.

La intemperancia es la base de una buena parte de los males de la vida. Anualmente destruye a decenas de miles. No restringimos la intemperancia al empleo de bebidas alcohólicas, sino que le damos un significado más amplio que incluye la complacencia dañina de cualquier apetito o pasión. (Pacific Health Journal, abril de 1890).
Por causa de la intemperancia, algunos sacrifican una mitad, otros los dos tercios de sus facultades física, mentales y morales, y se hacen juguetes del enemigo (Mensajes para los Jóvenes, pág. 234).
La excesiva complacencia es pecado.
La excesiva complacencia en comer, beber, dormir o ver es pecado. La armoniosa y saludable acción de todas las facultades del cuerpo y de la mente da como resultado la felicidad, y mientras más elevadas y refinadas sean las facultades, más pura y sin mezcla será la felicidad (Counsels on Diet and Foods, pág. 44)
La temperancia es un principio de la vida religiosa.
Ha de enseñarse y practicarse la temperancia en todas las cosas de esta vida. La temperancia en comer, beber, dormir y vestir es uno de los grandes principios de la vida religiosa. La verdad, colocada en el santuario del alma, guiará en el trato del cuerpo. Nada que ataña a la salud del ser humano ha de considerarse con indiferencia. Nuestro bienestar eterno depende del uso que hagamos en esta vida de nuestro tiempo, vigor e influencia (Testimonies, tomo 6, pág. 375).
Tan sólo se nos da esta vida aquí en alquiler; y cada uno debiera preguntarse: ¿Cómo puedo invertir 371 mi vida para que dé la mayor utilidad? (Pacific Health Journal, abril de 1890).
El desarrollo propio es nuestro primer deber hacia Dios y nuestros prójimos. Debiera cultivarse hasta el más alto grado de perfección cada facultad con que Dios nos ha dotado, a fin de que podamos realizar la mayor cantidad de bien de que somos capaces. Por lo tanto, es provechosamente empleado el tiempo que se destina al establecimiento y la preservación de una sólida salud física y mental. No podemos permitirnos empequeñecer o dañar una sola función de la mente o del cuerpo por el trabajo excesivo o por el abuso de cualquier parte de la maquinaria viviente. Tan ciertamente como lo hagamos, sufriremos las consecuencias (Signs of the Times, 17-10-1890).
Tiene un poder admirable.
La observancia de la temperancia y la regularidad en todas las cosas tienen un poder maravilloso. Para producir la dulzura y la serenidad de carácter que tanto contribuye a suavizar el camino de la vida, serán de más valor que las circunstancias o las dotes naturales. Al mismo tiempo, el dominio propio así adquirido resultará ser una de las condiciones más valiosas para hacer frente con éxito a los serios deberes y las realidades que esperan a todo ser humano (La Educación, pág. 202).
Una ayuda para el claro pensar.
Los que desempeñan cargos de confianza deben hacer diariamente resoluciones de gran trascendencia. A menudo deben pensar con rapidez, y esto solo pueden hacerlo con éxito los que practicar la estricta templanza. La mente se fortalece bajo la influencia del correcto tratamiento dado a las facultades físicas e intelectuales. Si el esfuerzo no es demasiado grande, cada nueva tarea añade nuevo vigor (El Ministerio de curación, pág. 238). 372
Los hábitos de templanza dan ricas recompensas.
La nueva generación está rodeada con atractivos calculados para tentar el apetito. Especialmente en nuestras grandes ciudades, cada forma de complacencia se presenta en forma fácil y atrayente. Los que, como Daniel, rehúsen contaminarse, cosecharán la recompensa de sus hábitos de temperancia. Con su mayor fibra física y mayor resistencia, tienen un capital del que pueden disponer en un caso de emergencia.
Los hábitos físicos correctos estimulan la superioridad mental. El poder intelectual, la fortaleza física y la longevidad dependen de leyes inmutables. En esto, no hay nada librado al azar o a la casualidad. El Dios de la naturaleza no intervendrá para preservar a los hombres de las consecuencias de haber violado las leyes de la naturaleza (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 28).
Para tener salud perfecta séase sobrio en todo.
Es necesaria la temperancia en todas las cosas para preservar la salud. . . . Nuestro Padre celestial envía la luz de la reforma pro salud para preservar contra los males que resultan de un apetito depravado, para que los que aman la pureza y la santidad puedan saber como usar con discreción las cosas buenas que él les ha provisto, y para que, ejercitando la sobriedad en la vida diaria, puedan ser santificados por la verdad (Id., pág 52).
La templanza precede a la santificación.
El pueblo de Dios ha de aprender la templanza en todas las cosas. . . . Ha de eliminar de sus vidas toda complacencia propia. Antes de que pueda entender realmente el significado de la verdadera santificación y de

la conformidad con la voluntad de Cristo, cooperando con Dios debe obtener el dominio sobre erróneos hábitos y malas prácticas (Medical Ministery, pág. 275). 373

En el estudio.

La intemperancia en el estudio es una especie de intoxicación, y los que se entregan a ella, como el borracho, se apartan de la senda segura, tropiezan y caen en las tinieblas. El Señor quiere que todo alumno recuerde que el ojo debe mantenerse sincero para la gloria de Dios. No ha de agotar o malgastar sus facultades físicas y mentales procurando adquirir todo el conocimiento posible de las ciencias, sino que debe conservar la frescura y el vigor de todas ellas para dedicarse a la obra que el Señor le ha señalado: ayudar a las almas a hallar la senda de la justicia (Consejos para los Maestros. pág. 311).

En el trabajo.

Debiéramos practicar la templanza en nuestro trabajo. No es nuestro deber sobrecargarnos. A veces, quizá algunos se vean en la necesidad de estarlo, pero ésta debiera ser la excepción y no la regla. Hemos de practicar la templanza en todas las cosas. Si honramos al Señor haciendo nuestra parte, él a su vez preservará nuestra salud. Debiéramos ejercer un control razonable de todos nuestros órganos. Practicando la sobriedad en el comer, el beber, el vestir, en el trabajo y en todas las cosas, podemos hacer para nosotros mismos lo que no puede hacer ningún médico (Temperance, pág. 139).

Por regla general, el trabajo del día no debiera prolongarse durante la noche. . . . Se me ha mostrado que los que hacen esto, con frecuencia pierden más de lo que ganan pues aniquilan sus energías y trabajan nerviosamente excitados. Quizá no se den cuenta de ningún daño inmediato, pero están minando su organismo con toda seguridad (Counsels on Health, pág. 99).

Los que hacen grandes esfuerzos para alcanzar cierta cantidad de trabajo en un tiempo dado y continúan trabajando cuando su buen juicio les dice que debieran descansar, nunca son ganadores. Viven de 374 un capital prestado. Están gastando la fuerza vital que necesitarán en un tiempo futuro. Y cuando se demande la energía que ellos han disipado tan descuidadamente, desfallecerán por falta de ella. Ha desaparecido el vigor físico, las facultades mentales desfallecen. Comprenden que se hallan frente a una pérdida, pero no saben cuál es. Ha llegado su tiempo de necesidad, pero sus recursos físicos están exhaustos. Todo el que viole las leyes de la salud, alguna vez debe sufrir en mayor o menor grado. Dios nos ha dado fuerza orgánica que se necesitará en diferentes períodos de la vida. Si disipamos esa fuerza descuidadamente mediante una sobrecarga continua, alguna vez seremos perdedores (Fundaments of Christian Education págs. 153, 154).

En el vestir.

En todos respectos debemos vestir conforme a la higiene. "Sobre todas las cosas", Dios quiere que tengamos salud tanto del cuerpo como del alma. Debemos colaborar con Dios para asegurar esa salud. En ambos sentidos nos beneficia la ropa saludable.

Esta debe tener la donosura, belleza y la idoneidad de la sencillez. Cristo nos previno contra el orgullo de la vida, pero no contra su gracia y belleza natural (El Ministerio de Curación, pág. 220).

En el comer.

La verdadera temperancia nos enseña a no participar en absoluto de todo lo que es dañino y a consumir juiciosamente lo que es saludable. Hay pocos que comprenden como debieran todo lo que sus hábitos de vida tienen que ver con su salud, su carácter, su utilidad en este mundo y su destino eterno. El apetito siempre debiera estar subordinado a las facultades morales e intelectuales. El cuerpo debiera ser siervo de la mente, y no la mente del cuerpo (Temperance, pág. 138).

Los que comen y trabajan desmedida e irrazonablemente, hablan y actúan irrazonablemente también. 375 No es necesario beber licores para ser intemperante. El pecado de comer con intemperancia: comer demasiado frecuentemente, demasiado y de alimentos indigestos y malsanos, destruye la acción saludable de los órganos digestivos, afecta el cerebro y pervierte el juicio, impidiendo el pensar y el actuar en forma racional, tranquila y saludable (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 155).

Cuidado especial de no comer demasiado.

En nueve casos de diez, hay más peligro en comer demasiado que en comer de menos. . . . Hay muchos enfermos que no padecen de ninguna enfermedad. La causa de sus dolencias es la complacencia del apetito. Piensan que si el alimento es saludable, pueden comer todo lo que les plazca. Este es un gran error. Las personas cuyas facultades [funciones biológicas] están debilitadas, debieran comer una cantidad moderada de alimento, y aun limitada. El organismo entonces estará capacitado para hacer su obra bien y fácilmente y se ahorrará una gran cantidad de sufrimiento (Manuscrito 1, 1876).

No neguéis a Dios por un acto de intemperancia.

Hemos sido comprados con un precio. Por lo tanto, debemos glorificar a Dios en nuestro cuerpo y nuestro espíritu que son suyos. No hemos de negarlo por un acto de intemperancia, pues el unigénito Hijo de Dios nos ha comprado a un costo infinito, el mismo sacrificio de su vida. No murió por nosotros para que nos convirtiéramos en esclavos de malos hábitos, sino para que llegáramos a ser hijos e hijas de Dios que le sirven con todas las facultades del ser (Carta 166, 1903).

Los que tienen continuamente en cuenta que están en esta relación con Dios no colocarán en el estómago alimento que complazca el apetito dañando a los órganos digestivos. No echarán a perder la propiedad de Dios complaciendo indebidos hábitos en 376 el comer, beber o vestir. Tendrán gran cuidado de la máquina humana, comprendiendo que deben hacer esto a fin de trabajar como colaboradores con Dios. El ordena que sean sanos, felices y útiles. Pero a fin de serlo, deben colocar su voluntad del lado de la voluntad de Dios (Temperance, pág. 214).

Practicad la temperancia en todos los detalles de la vida del hogar.

Instamos que los principios de temperancia sean practicados en todos los detalles de la vida del hogar; que el ejemplo de los padres sea una lección de temperancia; que la abnegación y el dominio propios sean enseñados a los hijos y que sean disciplinados consecuentemente en ellos desde la niñez (Review and Herald, 23-9-1884).

En el círculo familiar y en la iglesia debiera colocarse la temperancia cristiana en una plataforma elevada. Debiera ser un elemento viviente y actuante que reforme los hábitos, el genio y el carácter (Temperance, pág. 165). 377

CAPÍTULO 64. El Hogar y la Cruzada Pro Temperancia

La intemperancia en plena acción.

La intemperancia todavía efectúa sus estragos. La iniquidad, en toda forma, se levanta como una poderosa barrera para impedir el progreso de la verdad y de la justicia. Los errores sociales nacidos de la ignorancia y del vicio todavía causan incontables daños y arrojan su funesta sombra tanto sobre la iglesia como sobre el mundo. La depravación juvenil aumenta en vez de disminuir. Sólo un ferviente y continuo esfuerzo será efectivo para eliminar esta desoladora maldición. El conflicto con los intereses y apetitos, con los malos hábitos y las pasiones impías será violento y a muerte; sólo los que actúen movidos por principios pueden ganar la victoria en esta contienda (Temperance, pág. 234).

Aumenta la intemperancia a pesar de los esfuerzos hechos para dominarla. No podemos ser demasiado fervientes en procurar impedir su progreso, en levantar a los caídos y amparar a los débiles contra la tentación. Con nuestras frágiles manos humanas no podemos hacer sino poco, pero tenemos un Ayudador que no fracasa. No debemos olvidar que el brazo de Cristo puede alcanzar hasta las mismas profundidades de la miseria y la degradación humanas. El puede darnos ayuda para vencer aun a este terrible demonio de la intemperancia (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 21).

La abstinencia total es la respuesta.

La única forma en que alguien puede estar seguro contra el poder de la intemperancia es absteniéndose completamente de vino, cerveza y bebidas fuertes. Debemos enseñar a nuestros hijos que deben abandonar esas cosas a fin de ser varoniles. Dios nos ha mostrado 378 lo que constituye la verdadera virilidad. El que vence será honrado y su nombre no será borrado del libro de la vida (Id., pág. 37).

Mediante fervientes y perseverantes esfuerzos, que no sean desviados por las prácticas de la vida social, los padres pueden edificar un baluarte moral en torno de sus hijos que los defenderá de las desgracias y crímenes causados por la intemperancia. No se debiera dejar que los hijos actúen a su capricho, desarrollando indebidamente rasgos que debieran ser cortados en flor; sino que debieran ser cuidadosamente disciplinados y educados para que se alisten de parte de lo correcto, de la reforma y la abstinencia. Entonces tendrán independencia moral en cada crisis para hacer frente a la tormenta de oposición que seguramente asaltará a los que se colocan del lado de la verdadera reforma (Temperance, págs. 214, 215).

Con frecuencia la intemperancia es el resultado de la complacencia en el hogar.

Se hacen grandes esfuerzos en nuestro país para dominar la intemperancia, pero se encuentra que es difícil dominar y encadenar al león que ya ha crecido. Si la mitad de esos esfuerzos se dedicara a instruir a los padres en cuanto a su responsabilidad al formar los hábitos y caracteres de sus hijos, sería mil veces mejor el resultado que el que se obtiene ahora. Deseamos buena suerte a todos los obreros en la causa de la temperancia; pero los invitamos a mirar más profundamente la causa del mal contra el cual combaten y que avancen en la reforma más cabal y consistentemente (Review and Herald, 23-9-1884).

A fin de llegar a la raíz de la intemperancia debemos ir más allá del uso del alcohol o el tabaco. La ociosidad, la falta de ideal, las malas compañías, pueden ser las causas que predispongan a la intemperancia. A menudo

se las halla en la mesa del hogar 379 de las familias que se consideran estrictamente temperantes. Todo lo que desordene la digestión, que cree una excitación mental anormal, o que de cualquier modo enerve el organismo, perturbando el equilibrio de las facultades mentales y físicas, debilita el dominio de la mente sobre el cuerpo y tiende así hacia la intemperancia. Si se buscara el motivo de la caída de más de un joven promisorio, se Llegaría a apetitos anormales creados por un régimen alimentario malsano (La Educación, págs. 198, 199).
Las comidas de nuestro pueblo norteamericano [y esto tiene indudable aplicación en muchos otros países] están generalmente preparadas de tal manera que forman ebrios. El apetito es el principio dominante para muchos. Cualquiera que complazca el apetito comiendo con demasiada frecuencia y alimentos que no sean saludables, está debilitando su poder para resistir las atracciones del apetito y la pasión en otros respectos, en la misma proporción en que ha fortalecido la propensión a hábitos incorrectos en la alimentación (Testimonies, tomo 3, pág 563).
El té y el café son factores que hay que tomar en cuenta.
Debido a la intemperancia que comienza en el hogar, los órganos digestivos primero se debilitan y pronto el alimento común no satisface el apetito. Se crean condiciones malsanas y hay un anhelo de alimento más estimulante. El té y el café producen un efecto inmediato. El sistema nervioso se excita bajo la influencia de estos venenos y en algunos casos, por un momento, el intelecto parece vigorizarse y la imaginación hacerse más vívida. Debido a que estos estimulantes producen resultados tan agradables, muchos llegan a la conclusión de que los necesitan realmente, pero hay siempre una reacción. El sistema nervioso ha tomado prestada energía 380 de sus recursos futuros para usarla en el momento y todo ese vigor pasajero es seguido por una depresión consiguiente. La rapidez del alivio obtenido por el té y el café es una evidencia de que lo que parece ser energía es tan sólo excitación nerviosa y, por lo tanto, debe ser un daño para el organismo (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 31).
El tabaco un veneno sutil.
El uso del tabaco es un hábito que frecuentemente afecta el sistema nervioso de una manera más poderosa que el uso del alcohol. Ata a su víctima con ligaduras más fuertes y esclavizantes que la copa que embriaga. El hábito es más difícil de vencer. En muchos casos, el cuerpo y la mente están más completamente intoxicados con el uso del tabaco que con los licores espirituosos, pues es un veneno más sutil (Testimonies, tomo 3. pág. 562).
El tabaco . . . afecta al cerebro y nubla la sensibilidad de manera que la mente no puede discernir con claridad las cosas espirituales, especialmente aquellas verdades que tendrían la tendencia de corregir esta sucia complacencia. Los que usan tabaco en cualquier forma no están limpios delante de Dios. En esa sucia práctica les es imposible glorificar a Dios en su cuerpo y espíritu que son de él (Counsels on Health, pág. 81).
El tabaco debilita el cerebro y paraliza su delicada sensibilidad. Su uso excita una sed de bebidas fuertes y en muchísimos casos establece el fundamento del hábito de beber licores (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 17).
Efectos de estimulantes y narcóticos.
El efecto de estimulantes y narcóticos es disminuir la fuerza física, y todo lo que afecte el cuerpo afectará la mente. Durante un tiempo, un estimulante puede despertar las energías y producir actividad mental y física, pero cuando ha desaparecido la influencia 381 estimulante, tanto la mente como el cuerpo estarán peor que antes. Los licores embriagantes y el tabaco han demostrado ser una terrible maldición para nuestra raza humana, no sólo debilitan el cuerpo y confunden la mente, sino que rebajan la moral. Al ponerse a un lado el dominio de la razón, predominan las pasiones animales. Mientras más abundantemente se usen estos venenos, más brutal se volverá la naturaleza (Signs of the Times. 13-9-1910).
Enseñad a los niños a que aborrezcan los estimulantes.
Enseñad a vuestros hijos que aborrezcan los estimulantes ¡Cuántos están fomentando ignorantemente en ellos un apetito por estas cosas! (Cristian Temperance and Bible Hygiene, pág. 17).
Dios demanda de los padres que protejan a sus hijos contra la complacencia del apetito y especialmente contra el uso de estimulantes y narcóticos. Las mesas de los padres cristianos nunca debieran estar cargadas con alimentos que contienen condimentos y especias. Han de estudiar para preservar el estómago de cualquier abuso (Review and Herald. 27-6-1899).
En esta era disoluta, mientras menos excitante sea el alimento tanto mejor. La temperancia en todas las cosas y un firme dominio del apetito es el único sendero seguro (Testimonies, tomo 3, pág. 561).
Una exhortación a los padres.

Los padres quizá han transmitido a sus hijos tendencias al apetito y la pasión, que harán más difícil la obra de educar y preparar a esos hijos para que sean estrictamente temperantes y tengan hábitos puros y virtuosos. Si el deseo de alimentos malsanos y de estimulantes y narcóticos les ha sido transmitido como un legado de sus padres, ¡qué tremendamente solemne responsabilidad descansa sobre los padres para contrarrestar las malas tendencias que han dado a sus hijos! ¡Cuán ferviente y diligentemente debieran trabajar los 382 padres para cumplir con su deber, con fe y esperanza, en favor de sus descendientes infortunados! (Id., págs. 567, 568).
Deben educarse los gustos y el apetito.
Los padres debieran considerar como su primera ocupación el comprender las leyes de la vida y la salud, a fin de que no hagan nada en la preparación del alimento, o por medio de cualquier otro hábito, que desarrolle tendencias erróneas en sus hijos. Cuán cuidadosamente debieran estudiar las madres a fin de presentar sus mesas con los alimentos más sencillos y saludables, para que no se debiliten los órganos digestivos, no se desequilibre la energía nerviosa y no se contrarreste la instrucción que debieran dar a sus hijos debido al alimento que se coloca delante de ellos. Este alimento debilita o fortalece el estomago y tiene mucho que ver en el control de la salud física y moral de los hijos que son propiedad de Dios comprada con sangre (Id., pág. 568).
¡Qué sagrado encargo es entregado a los padres, resguardar la naturaleza física y moral de sus hijos de modo que el sistema nervioso sea bien equilibrado y no se ponga en peligro el alma! (Ibid.).
Nuestras hermanas pueden hacer mucho en la obra de la salvación de los demás, al poner sobre sus mesas únicamente alimentos sanos y nutritivos. Pueden dedicar su precioso tiempo a educar los gustos y apetitos de sus hijos, a hacerles adquirir hábitos de temperancia en todas las cosas y a estimular la abnegación y la benevolencia para beneficio de los demás (Joyas de los Testimonios. tomo 1, págs. 419, 420).
Son responsables los padres negligentes.
Para evitar la tarea de educar pacientemente a sus hijos en hábitos de abnegación, muchos padres los complacen dándoles de comer y beber lo que les plazca. El deseo de satisfacer el gusto y complacer las inclinaciones 383 no disminuye con el correr de los años esos jóvenes mimados, al crecer, son gobernados por el impulso, son esclavos del apetito. Cuando ocupan su lugar en la sociedad y comienzan la vida por sí mismos, no tienen poder para resistir la tentación. En el glotón, el aficionado al tabaco, . . . y el ebrio, vemos los malos resultados de la educación errónea....
Cuando oímos los tristes lamentos de hombres y mujeres cristianos por los terribles males de la intemperancia, inmediatamente surgen las preguntas: ¿Quiénes han educado a los jóvenes? ¿Quiénes han fomentado en ellos esos deseos ingobernables? ¿Quiénes han descuidado la solemne responsabilidad de formar sus caracteres para la utilidad en esta vida para la compañía de los ángeles celestiales en la venidera? (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 76).
La verdadera obra comienza en el hogar.
Es en el hogar donde debe comenzar la verdadera obra. La mayor responsabilidad descansa sobre los que tienen la misión de educar a los jóvenes, de formar su carácter. Esta es una obra para las madres, ayudar a sus hijos a formar hábitos correctos y gustos puros, a desarrollar fibra moral, verdadero valor moral. Enseñadles que no deben ser arrastrados por otros que no han de doblegarse ante influencias erróneas, sino que deben influir sobre otros para bien, para ennoblecer y elevar a aquellos con quienes se relacionan. Enseñadles que si se unen con Dios, tendrán fortaleza de él para resistir las más fieras tentaciones (Id., págs. 21, 22).
La temperancia no es un asunto de broma.
Muchos hacen del tema de la temperancia un asunto de broma. Pretenden que al Señor no le preocupan asuntos tan insignificantes como nuestro comer y beber. Pero si el Señor no se preocupase por estas 384 cosas, no se hubiera revelado a la esposa de Manoa dándole instrucciones definidas y ordenándole dos veces que tuviera cuidado para que no las desobedeciera. ¿No es ésta evidencia suficiente de que Dios se preocupa de estas cosas? (Temperance, págs. 233, 234).
La reforma comienza con la madre.
En las Escrituras se explica el cuidado con que la madre debe vigilar sus propios hábitos de vida (El Ministerio de Curación, pág. 288).
La reforma debiera comenzar con la madre antes del nacimiento de sus hijos, y si se obedecieran fielmente las instrucciones de Dios, no existiría la Intemperancia (Signs of the Times, 13-9-1910).
En las instrucciones del ángel a los padres hebreos iban incluidos no sólo los hábitos de la madre, sino la educación del niño. No bastaba que Sansón, el niño que iba a libertar a Israel, tuviera una buena herencia al nacer, sino que a su nacimiento debía seguir una esmerada educación. Desde la niñez había que enseñarle hábitos de estricta templanza. . . . Las prescripciones dadas respecto a los niños hebreos nos enseñan que nada

de lo que afecte al bienestar físico del niño debe descuidarse. Nada carece de importancia. Toda influencia que afecte a la salud del cuerpo repercute en el espíritu y en el carácter (El Ministerio de Curación, pág. 293).
La temperancia y el dominio propio deberán enseñarse desde la cuna. Sobre la madre descansa en gran medida el peso de este trabajo y, ayudada por el padre, puede llevarlo adelante con éxito (Review and Herald, 9-7-1901).
Continúense las lecciones en el hogar y en la escuela.
Es un asunto dificilísimo desaprender los hábitos que han sido consentidos durante la vida y han educado el apetito. No se vence fácilmente al demonio de la intemperancia. Tiene fuerza gigantesca 385 y es difícil de vencer. Pero comiencen los padres una cruzada contra la intemperancia en sus propios hogares, en sus propias familias, en los principios que enseñan a sus hijos para que los sigan desde su misma infancia, y pueden tener esperanza de éxito. Madres, os será provechoso usar las preciosas horas que Dios os da para formar, desarrollar y preparar los caracteres de vuestros hijos, y para enseñarles a adherirse estrictamente a los principios de temperancia en el comer y el beber (Testimonies, tomo 3, pág. 567).
Debería practicarse esa costumbre en todas las escuelas y en todos los hogares. Los jóvenes y los niños deberían comprender el efecto que el alcohol, el tabaco y otros venenos similares tienen en la ruina del cuerpo, el entorpecimiento de la mente y la sensualización del alma. Debería explicarse que ninguno que use estas cosas poseerá por mucho tiempo toda la fuerza de sus facultades físicas, mentales o morales (La Educación, pág. 198).
Presentese con claridad el efecto de las pequeñas desviaciones.
Es el comienzo del mal lo que debería evitarse. En la instrucción de los jóvenes debería explicarse el efecto que tienen las desviaciones de lo recto, por pequeñas que parezcan. . . . Incúlquese en los jóvenes el pensamiento de que deben ser amos y no esclavos. Dios los ha hecho reyes del reino que hay dentro de ellos y deben tomar posesión del trono asignado por el cielo. Si se da fielmente esta instrucción, los resultados se extenderán más allá de los jóvenes mismos. La influencia ejercida salvará a miles de hombres y mujeres que están al borde mismo de la ruina (Id., págs. 199, 200).
Fórmese fibra moral para resistir la tentación.
Para vencer el creciente mal de la intemperancia se necesita esfuerzo individual del lado de lo correcto. ¡Ojalá pudiéramos encontrar palabras que se abrieran 386 camino derritiendo y quemando hasta entrar en el corazón de cada padre del país! (Pacific Health Journal, mayo de 1890).
A los padres les es posible echar para sus hijos los cimientos de una vida sana y feliz. Pueden darles en el hogar la fuerza moral necesaria para resistir a la tentación, así como valor y fuerza para resolver con éxito los problemas de la vida. Pueden inspirarles el propósito, y desarrollar en ellos la facultad de hacer de sus vidas una honra para Dios y una bendición para el mundo. Pueden enderezar los senderos para que caminen en días de sol como en días de sombra hacia las gloriosas alturas celestiales (El Ministerio de Curación, pág. 271).
Dios nos exige que nos establezcamos sobre la amplia plataforma de la temperancia en comer, beber y vestir. Padres, ¿no despertaréis a vuestras responsabilidades dadas por Dios? Estudiad los principios de la reforma pro salud y enseñad a vuestros hijos que el camino de la sujeción del yo es la única senda segura (Manuscrito 86, 1897). 387

SECCION XV - EL ATAVÍO ADECUADO

CAPÍTULO 65. Las Bendiciones de la Vestimenta Correcta

Apropiado y que siente bien.
En el vestido, lo mismo que en todas las demás costas, tenemos el privilegio de honrar a nuestro Creador. El no sólo desea que nuestro vestido sea limpio y saludable, sino apropiado y sentador (La Educación, pág. 342).
Debemos tratar de sacar el mejor partido de nuestra apariencia. En el servicio del tabernáculo, Dios explicó todo detalle concerniente a las vestiduras de los que ministraban delante de él. Esto nos enseña que él tiene una preferencia con respecto a la indumentaria de los que le sirven. Fueron muy específicas las instrucciones dadas acerca de las vestiduras de Aarón, porque eran simbólicas. Así la indumentaria los que siguen a Cristo, debe ser simbólica. En todas las cosas, hemos de ser representantes de él. Nuestra apariencia en todo respecto debe caracterizarse por el aseo, la modestia y la pureza (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 393, 394).
Las cosas de la naturaleza son ilustraciones.
Por medio de las cosas de la naturaleza, Cristo nos enseña cuál es la belleza que el cielo aprecia, la gracia modesta, la sencillez, la pureza, la corrección que harán nuestro atavío agradable a Dios (El Ministerio de Curación, pág. 221).
El carácter se puede juzgar por el estilo del vestido.

El vestido y su arreglo en la persona son generalmente un índice de lo que es el hombre o la mujer (Review and Herald, 30-1-1900). 388
Juzgamos el carácter de una persona por del estilo el vestido que lleva. Una mujer modesta y piadosa se vestirá con modestia. El gusto refinado, la mente cultivada, se revelarán en la elección de un atavío sencillo y apropiado. . . . La que es sencilla y modesta en su vestido y en sus maneras, muestra que comprende que una verdadera mujer se caracteriza por el valor moral. Cuán encantadora, cuán interesante es la sencillez en el vestido, que en su gracia puede compararse con las flores del campo (Id., 17-11-1904).
Se enuncian principios guiadores.
Ruego a nuestros hermanos que se conduzcan cuidadosa y circunspectamente delante de Dios. Sigan las costumbres en el vestido mientras estén de acuerdo con los principios de salud. Vístanse nuestras hermanas sencillamente, como muchas lo hacen, que el vestido sea de material bueno y durable, apropiado para esta edad y que la cuestión del vestido no llene la mente. Nuestras hermanas debieran vestirse con sencillez. Debieran vestirse con una ropa modesta, con pudor y sobriedad. Dad al mundo una ilustración viviente del adorno interno de la gracia de Dios (Manuscrito 167, 1897).
Siganse las costumbres prevalecientes si son modestas, saludables y convenientes.
Los cristianos no debieran empeñarse en convertirse en un hazmerreír vistiéndose en forma diferente del mundo. Pero si al poner en practica sus convicciones de lo que corresponde respecto a vestir modesta y saludablemente se encuentra fuera de moda, no debiera cambiar su vestido a fin de asemejarse al mundo. Debieran manifestar una noble independencia y valor moral de hacer lo correcto aunque todo el mundo difiera de ellos.
Si el mundo introduce una moda recatada, conveniente y saludable, que este de acuerdo con la 389 Biblia, no cambiará nuestra relación con Dios o con el mundo el adoptar tal estilo de vestido. Los cristianos debieran seguir a Cristo y hacer sus vestidos conforme a la Palabra de Dios . Debieran evitar los extremos. Humildemente debieran seguir un sendero recto, sin tomar en cuenta el aplauso o la censura Y debieran aferrarse a lo correcto por ser correcto (Testimonies, tomo 1, págs. 458, 459).
Evitad los extremos.
No ocupéis vuestro tiempo esforzándoos por seguir todas las necias modas del vestido. Vestíos pulcra y atractivamente, pero no os convirtáis en el objeto de observaciones ya sea por estar demasiado ataviados o por vestiros de una forma descuidada y desaseada. Proceded como si supierais que el ojo del cielo está sobre vosotros y que vivís bajo la aprobación o desaprobación de Dios (Manuscrito 53, 1912).
El cuidado en el vestido no se debe confundir con el orgullo. Hay quienes continuamente insisten en el orgullo y el vestido, que descuidan sus propios atavíos, que piensan que la suciedad es una virtud y se visten sin prolijidad y sin gusto, y su vestimenta con frecuencia tiene la apariencia de una bolsa [saco] que los recubre. Sus atavíos son sucios, y sin embargo los tales siempre hablan contra el orgullo. Clasifican a la decencia y a la limpieza con el orgullo (Review and Herald, 23-1-1900).
Los que son desprolijos y desaseados en el vestido rara vez se distinguen por su conversación elevada y poseen sentimientos poco refinados. A veces consideran que la extravagancia y la tosquedad son humildad (Id., 30-1-1900).
Cristo nos advirtió.
Cristo hizo resaltar la devoción al vestido y previno, sí, ordenó a sus seguidores que no se preocuparan demasiado por él. "Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan 390 pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos". . . . El orgullo y la extravagancia en el vestido son pecados a los cuales están propensas especialmente las mujeres. De ahí que estas advertencias se refieran directamente a ellas. ¡De cuán poco valor son el oro, las perlas, o el atavío costoso cuando se comparan con la humildad y el encanto de Cristo! (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 93, 94).
Instrucción bíblica para el pueblo de Dios.
Se me indicaron los siguientes pasajes. Dijo el ángel: "Han de instruir al pueblo de Dios". 1 Timoteo 2: 9, 10; "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia no con peinado ostentoso, ni oro, ni perla, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad" 1 Ped. 3: 3-5; "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible, ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres" (Testimonies, tomo 1, pág. 189).

Muchas consideran que esas órdenes son demasiado anticuadas para que se les preste atención; pero el que las dio a sus discípulos, comprendía los peligros que entrañaría en nuestro tiempo el amor al vestido, y nos envió la consiguiente amonestación. ¿ Le prestaremos atención y seremos sabios? (Joyas de los Testimonios tomo 1, pág. 594).
Los que realmente tratan de seguir a Cristo tendrán concienzudos escrúpulos en cuanto a la ropa que usan; se esforzarán por satisfacer los requisitos de esa orden tan claramente dada por el Señor [1 Ped. 3: 3-5] (Mensajes para los Jóvenes, págs. 343, 344). 391
Peligros del amor al vestido.
El amor al vestido hace peligrar la moralidad, y hace de la mujer lo contrario de una dama cristiana, caracterizada por la modestia y la sobriedad (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 600).
El vestido ostentoso y extravagante con demasiada frecuencia fomenta la concupiscencia en el corazón del que lo lleva y despierta bajas pasiones en el corazón del que mira. Dios ve que la ruina del carácter es precedida frecuentemente por la complacencia del orgullo y de la vanidad en el vestido. Ve que los atavíos costosos sofocan el deseo de hacer el bien (Testimonies, tomo 4. pág. 645).
El testimonio de la sencillez en el vestido.
El vestido simple, sencillo y sin ostentación será una recomendación para mis hermanas jóvenes. De ninguna forma mejor podéis hacer brillar vuestra luz a otros que mediante vuestra sencillez en el vestido y vuestro comportamiento. Podéis mostrar a todos que, en comparación con las cosas eternas, colocáis una estimación adecuada en las cosas de esta vida (Id., tomo 3, pág. 376).
El recato protegerá de mil peligros.
Mis hermanas, evitad aun la apariencia de mal. En esta era disoluta, saturada de corrupción, no estáis seguros a menos que estéis protegidas. La virtud y el recato son raros. Os exhorto, como seguidoras de Cristo que hacéis una elevada profesión, que acariciéis la preciosa y sin par gema del recato. Ella preservará la virtud (Id., tomo 2, pág. 458).
La casta sencillez en el vestir, unida a la modestia de conducta será de mucho mayor influencia para rodear a una joven de una atmósfera de reserva sagrada que será para ella un escudo contra miles de peligros (La Educación, pág. 242).
Una idea anticuada.
Se piensa que es una idea completamente extravagante y anticuada el preparar 392 a los niños para que caminen por la angosta senda de la pureza y la santidad. Esto prevalece aun entre los padres que profesan adorar a Dios, pero sus obras testifican que son adoradores de Mamón. Tienen la ambición de competir con sus vecinos y de resaltar, en su vestimenta y en la de sus hijos, dentro de los miembros de la iglesia a la cual pertenecen (Sings of the Times, 10-9-1894).
El único vestido que se admite en el cielo.
Hay un vestido que cada niño y cada joven puede buscar inocentemente. Es la justicia de los santos. Si tan sólo fueran tan dispuestos y perseverantes en obtener esto, como son en arreglar sus vestidos de acuerdo con las modas de sociedad mundana, pronto estarían revestidos con la justicia de Cristo y sus nombres no serían borrados del libro de la vidas. Las madres, tanto como las jóvenes y niñas, necesitan orar: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mi" (Salmo 51: 10). Esta pureza de corazón y gracia del espíritu son más preciosas que el oro, tanto para este tiempo como para la eternidad. Solo los puros de corazón verán a Dios.
Por lo tanto, madres, enseñad a vuestras hijas, línea sobre línea y precepto sobre precepto, que la justicia de Cristo es el único vestido con el que podrán ser admitidas en el cielo y que revestidas con este atavío continuamente realizarán sus deberes en esta vida glorificando a Dios (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 95). 393
CAPÍTULO 66. La Enseñanza de los Principios Fundamentales de la Vestimenta
Una parte necesaria de la educación.
No puede ser completa ninguna educación que no enseñe principios sanos en cuanto a la indumentaria. Sin tal enseñanza, la obra de la educación es a menudo retardada y pervertida. El amor al vestido, la devoción a la moda, se encuentran entre los más formidables rivales y más efectivos obstáculos del maestro (La Educación, pág. 240).
No se da un estilo preciso.
No se me ha dado un estilo preciso como la norma exacta para guiar a todos en su vestimenta (Carta 19, 1897).
Aseada, atractiva, limpia.

Se ha de estimular a los jóvenes a formar hábitos correctos de vestir, de modo que su apariencia sea aseada y atractiva; se les ha de enseñar a conservar sus vestidos limpios y cuidadosamente remendados. Todas sus costumbres debieran ser de tal carácter que hagan de ellos una ayuda y un alivio para otros (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 436).

El vestido debe ser apropiado y de buen gusto. Aunque se trate de un percal barato, debe mantenerse pulcro y limpio (Testimonies, tomo 4, pág. 642).

Orden y gusto correcto.

Los cristianos . . . en su vestido evitan lo superfluo y ostentoso, pero su ropa es prolija, modesta, no llamativa y es llevada con orden y gusto (Mensajes para los Jóvenes, pág. 347).

El gusto correcto no es de despreciar ni condenar. Nuestra fe llevada a la práctica, nos inducirá a ser tan sencillos en el vestir y celosos de buenas obras, que seremos considerados peculiares. Pero cuando perdemos el gusto por el orden y la prolijidad en el vestir, dejamos virtualmente la verdad, pues la verdad nunca degrada, sino que eleva (Id., pág. 351). 394

Mis hermanas, vuestro vestido habla en favor de Cristo y la verdad sagrada o en favor del mundo. ¿Cuál es vuestro caso? (Review and Herald, 17-11-1904).

Buen gusto en los colores y los modelos.

Debiera manifestarse buen gusto en los colores. En este respecto, los colores liso son deseables hasta donde sea conveniente. Sin embargo, debe tomarse en cuenta la calidad. Deben buscarse los colores suaves. Al elegir los figurines, debieran evitarse los modelos llamativos y chillones que muestran vanidad y orgullo superficial en los que los eligen. Y es malo un gusto extravagante al usar diferentes colores (Health Reformer. Citado en Healthful Living, pág. 120).

Ténganse en cuenta la duración y la utilidad.

Nuestra indumentaria, si bien modesta y sencilla, debe ser de buena calidad, de colores decentes y apropiada para el uso. Deberíamos escogerla por su durabilidad más bien que para la ostentación. Debe proporcionarnos abrigo y protección adecuados. La mujer prudente descripta en los Proverbios "no tendrá temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles" (Proverbios 31: 21) (El Ministerio de Curación, pág. 220).

La compra de buen material es economía.

Es correcto comprar buen material y pagar una buena hechura. Esto es economía. Pero no se necesitan ricos atavíos, y consentir en ellos es gastar para la complacencia propia dinero que debiera darse a la causa de Dios (Counsels on Stewardship, pág. 301).

Recuérdense las necesidades de la viña del Señor.

Debiéramos vestir con pulcritud y buen gusto. Pero, mis hermanas, cuando estéis de compras y cuando hagáis vuestras ropas y las de vuestros hijos, pensad en la obra de la viña del Señor que todavía espera ser hecha (Ibid.). 395

Los mundanos gastan mucho en su vestimenta. Pero el Señor ha instruido a su pueblo que salga del mundo y se separe. Los atavíos llamativos o caros no condicen con los que profesan creer que están viviendo en los últimos días. . . .

Practicad la economía en lo que gastáis en ropa. Recordad que vuestro vestido ejerce constantemente una influencia en aquellos con quienes os relacionáis. No prodiguéis sobre vosotros mismos medios que son grandemente necesarios en otras partes. No gastéis el dinero del Señor para complacer el deseo de vestidos costosos (Manuscrito 24, 1904).

La sencillez en el vestido hace resaltar la religión del que lo lleva.

La sencillez del vestido favorecerá grandemente a una mujer sensata (Review and Herald, 17-11-1904).

Vestíos como deben vestirse las cristianas: con sencillez, adornándoos modestamente como conviene a mujeres que profesan piedad, con buenas obras (Id., 6-12-1881).

Muchos a fin de mantenerse al día con modas absurdas, pierden su gusto por la sencillez natural y se encantan con lo artificial. Sacrifican tiempo y dinero, el vigor del intelecto y la verdadera elevación del alma y dedican todo su ser a las demandas de la vida elegante (Health Reformer, abril de 1872).

Queridos jóvenes, la inclinación a vestiros de acuerdo con la moda y a usar encajes y oro y postizos para la ostentación, no recomendará a otros vuestra religión o la verdad que profesáis. La gente de buen criterio considerará vuestras tentativas de embellecer lo externo como una prueba de una mente débil y un corazón orgulloso (Testimonies, tomo 3, pág. 376).

No debiera haber una ostentación inadecuada.

Recordaría a los jóvenes que se adornan y llevan plumas en sus sombreros que, debido a sus pecados, 396 la cabeza de nuestro Salvador llevó la vergonzosa corona de espinas. Cuando dedicáis un tiempo precioso para acicalar vuestro atavío, recordad que el Rey de gloria vestía una túnica simple e inconsútil. Vosotros que os fatigáis adornando vuestras personas, recordad por favor que Jesús con frecuencia estaba cansado por el incesante y arduo trabajo y la abnegación y el sacrificio propio para bendecir a los dolientes y necesitados. . . . Debido a nosotros, él derramó sus oraciones ante su Padre con fuertes lamentos y lágrimas. Justamente para salvarnos del orgullo y el amor a la vanidad y de los placeres en que ahora incurrimos, que nos alejan del amor de Jesús, se derramaron esas lágrimas y el rostro de nuestro Salvador fue marcado por el dolor y la angustia más que el de cualquiera de los hijos de los hombres (Id., págs. 379, 380).

Adornos innecesarios.

Prescindid de los adornos innecesarios y reservad para el adelanto de la causa de Dios los medios así economizados. Aprended la lección de la abnegación y enseñadla a vuestros hijos (Counsels on Stewardship, págs. 301, 302).

Un punto aclarado.

Con frecuencia se me ha hecho la pregunta si yo creo que está mal usar sencillos cuellos de hilo.* Mi respuesta siempre ha sido no. Algunos han tomado el significado extremo de lo que yo he escrito acerca de los cuellos, y han mantenido que está mal usarlos de cualquier clase. Se me mostraron costosos cuellos complicados y caros e innecesarias cintas y encajes que han usado algunas observadoras del sábado y todavía usan debido a la ostentación y a la moda. Al mencionar cuellos, yo no quería que se entendiera que no debería usarse ninguna clase de cuello, o al mencionar 397 cintas, que no se debiera usar ninguna clase de cintas (Testimonies, tomo 1, págs. 135, 136).

Adornos extravagantes o extremos.

Nuestros pastores y sus esposas deben ser un ejemplo de sencillez en el vestir; deben vestir en forma prolija, cómoda, usando buen material, pero evitando todo lo que se asemeje a extravagancia y a adornos, aunque no sean costosos; porque estas cosas constituyen una desventaja para nosotros. Debemos educar a los jóvenes en la sencillez en el vestir, sencillez con pulcritud. Que los adornos adicionales sean dejados de lado, aun cuando cuesten una bagatela (Testimonios para los Ministros, pág. 179).

No para la ostentación.

El verdadero refinamiento no se satisface con el adorno del cuerpo para la ostentación (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 93).

La Biblia nos enseña la modestia en el vestir. "Asimismo oren también las mujeres en traje decente, ataviándose con recato y modestia" (1 Tim. 2: 9). Este pasaje prohibe la ostentación en el vestir, los colores chillones, los adornos profusos. Todo medio destinado a llamar la atención a la persona así vestida, o a despertar la admiración, queda excluido de la modesta indumentaria impuesta por la Palabra de Dios (Consejos para los Maestros, pág. 231).

La abnegación en el vestir es parte de nuestro deber cristiano. El vestir sencillamente y abstenerse de ostentar joyas y adornos de toda clase está de acuerdo con nuestra fe. ¿Pertenecemos al número de aquellos que ven la insensatez de los mundanos al entregarse a la extravagancia en el vestir y al amor de las diversiones? (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 350, 351).

Adorno imperecedero en vez de oro o perlas.

Hay un adorno que no perecerá nunca, que promoverá 398 la felicidad de todos los que nos rodean en esta vida y resplandecerá con lustre, inmarcesible en el futuro inmortal. Es el adorno de un espíritu manso y humilde. Dios nos ha ordenado llevar sobre el alma el atavío más rico. . . . En vez de procurar adornos de oro para la vista, se debería hacer un esfuerzo ferviente para obtener la sabiduría que es de más valor que el oro fino; sí, que es más preciosa que los rubíes (Id., pág. 598).

De cuán poco valor son el oro o las perlas o los atavíos costosos en comparación con la gracia de Cristo. La gracia natural consiste de simetría, o la proporción armoniosa de las partes, cada una con la otra; pero la simpatía espiritual consiste en la armonía o semejanza de nuestra alma con Jesús. Esto hará a su poseedor más precioso que el oro refinado, aun el oro de Ofir. Ciertamente, la gracia de Cristo es un adorno inapreciable. Eleva y ennoblece a su poseedor y refleja rayos de gloria sobre los otros, atrayéndolos también a la Fuente de luz y bendición (Review and Herald, 6-12-1881).

Los atractivos de la verdadera belleza.

Existe en todos la tendencia natural a ser sentimentales más bien que prácticos. En vista de este hecho, es importante que los padres, en la educación de sus hijos, dirijan y eduquen sus mentes para que amen la verdad,

el deber y la abnegación, y que posean una noble independencia, que elijan lo correcto aunque la mayoría elijan lo erróneo. . . .
Si conservan sano su organismo y amable su temperamento, poseerán la verdadera belleza que podrán llevar con gracia divina. Y no tendrán necesidad de adornarse con postizos, pues éstos siempre son la expresión de la ausencia del adorno interno del verdadero valor moral. Un carácter bello es de valor a la vista de Dios. Una belleza tal atraerá pero no descarriará. Ese tipo de encantos tienen 399 colores firmes, nunca se desvanecen (Signs of the Times, 9-12-1875).
La religión pura de Jesús requiere de sus seguidores la sencillez de la belleza natural y el lustre del refinamiento natural y la pureza excelsa, antes que lo falso y artificial (Testimonies, tomo 3, pág. 175).
Enseñad a los niños que reconozcan un vestido sensato.
Seamos fieles deberes de la vida del hogar. Entiendan nuestros hijos que la obediencia debe reinar allí. Enseñadles a distinguir entre lo que es sensato y lo que es necio en el asunto del vestido y proporcionadles vestidos que sean pulcros y sencillos. Como un pueblo que se está preparando para el pronto regreso de Cristo, debiéramos dar al mundo un ejemplo de vestimenta modesta en contraste con las modas prevalecientes del día. Hablad de esto y haced sabios planes de lo que haréis; realizad luego esos planes en vuestras familias. Proponeos ser guiados por principios más elevados que las nociones y deseos de vuestros hijos (Manuscrito 45, 1911).
Si nuestros corazones están unidos con el corazón de Cristo, . . . nada se colocará sobre la persona para atraer la atención o para crear polémica (Testimonios para los Ministros, pág. 128).
Usense vestidos que sienten bien, apropiados para la edad y las circunstancias de la vida.
Hermana mía, atraiga a sus hijos a su corazón mediante el afecto. Présteles el debido cuidado y atención en todas las cosas. Proporcióneles vestidos que les sienten bien a fin de que no estén mortificados por su apariencia, pues esto sería dañino para su respeto propio. . . . Siempre es correcto estar vestido pulcra y adecuadamente, en una forma que siente bien con la edad y las circunstancias de la vida (Testimonies, tomo 4, pág. 142). 400
El cuerpo no debiera ser oprimido.
El vestido debiera ser holgado, sin que obstruya la circulación de la sangre ni la respiración libre, plena y natural. Los pies debieran estar protegidos adecuadamente del frío y la humedad. Con esta vestimenta, podemos hacer ejercicio al aire libre, aun con el rocío de la mañana o de la noche, o después de una lluvia o nevada, sin temor de resfriarnos (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 89, 90).
El vestido del niño.
Si el atavío del niño proporciona calor, abrigo y comodidad, quedará eliminada una de las principales causas de irritación y desasosiego. El pequeñuelo gozará mejor salud y la madre no encontrará el cuidado de su hijo demasiado pesado para sus fuerzas y para el tiempo de que dispone.
Las ligaduras apretadas o la ropa por demás ajustada impiden la acción del corazón y de los pulmones, y deben evitarse. Ninguna parte del cuerpo debe sufrir presión alguna por causa de la ropa que comprima algún órgano o limite su libertad de movimiento. La ropa de todos los niños debe estar tan holgada, que les permita la más libre y completa respiración; y debe adaptarse de tal modo al cuerpo que los hombros lleven todo el peso de ella (El Ministerio de Curación, pág. 296).
Abríguense debidamente las extremidades.
Debiera prestarse especial atención a las extremidades a fin de que estén tan bien abrigadas como el pecho y la región del corazón donde hay la mayor cantidad de calor. Los padres que dejan a sus hijos con las extremidades desnudas o casi desnudas, están sacrificando la salud de sus hijos ante la moda. Si estas partes no están tan abrigadas como el cuerpo, la circulación no se equilibra. Cuando las extremidades que están lejos de los órganos vitales no están debidamente abrigadas, la sangre es impulsada a la cabeza originando dolor de cabeza o hemorragia nasal, 401 o hay una sensación de congestión en el pecho que produce tos o palpitación del corazón debido a que hay allí demasiada sangre; o el estómago se sobrecarga de sangre y se provoca indigestión.
Para obedecer a la moda, hay madres que visten a sus hijos con sus miembros casi desnudos, y el frío hace que la sangre no siga su curso natural, y se sobrecarguen los órganos internos, dificultándose la circulación y produciéndose la enfermedad. Los miembros no fueron formados por nuestro Creador para estar expuestos a la intemperie, como la cara. El Señor proporcionó. . . también grandes venas y nervios para las extremidades y los pies a fin de que contuvieran una gran cantidad de la corriente de la vida humana para que los miembros pudieran estar uniformemente con el mismo calor del cuerpo. Debieran estar debidamente abrigados a fin de que la sangre vaya a las extremidades.

Satanás inventó las modas que dejan los miembros expuestos a la intemperie y hacen que el frío saque la corriente vital de su curso original. Y los padres se inclinan ante el altar de la moda, y visten de tal modo a sus hijos que los nervios y las venas se contraen y no responden al propósito que Dios dispuso que tuvieran. Como resultado los pies y manos están fríos habitualmente. Esos padres que siguen la moda en vez de la razón tendrán que dar cuenta a Dios por robar así la salud de sus hijos. Aun la vida misma con frecuencia se sacrifica al dios de la moda (Testimonies, tomo 2, págs. 531, 532).

Una distinción en la vestimenta de hombres y mujeres.

Hay una tendencia creciente de que las mujeres, en su vestido y apariencia, se aproximen al otro sexo todo lo que sea posible y la moda es que sus vestidos sean muy parecidos a los de los hombres, pero Dios declara que esto es una abominación. 402

"Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia" (1 Tim. 2: 9) . . . . Dios quería que hubiera una clara distinción entre el vestido de hombres y mujeres y ha considerado el asunto de importancia suficiente para dar instrucciones explícitas acerca de él; pues la misma vestimenta usada por ambos sexos ocasionaría confusión y gran aumento de crimen (Id., tomo 1, págs. 457-460).

La vestimenta para la iglesia.

Nadie deshonre el santuario de Dios por un atavío ostentoso (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 202).

Debe enseñarse a todos a ser aseados, limpios y ordenados en su indumentaria, pero sin dedicarse a los adornos exteriores que son completamente impropios para el santuario. No debe haber ostentación de trajes; porque esto estimula la irreverencia. Con frecuencia la atención de la gente queda atraída por ésta o aquella hermosa prenda, y así se infiltran pensamientos que no debieran tener cabida en el corazón de los adoradores. Dios ha de ser el tema del pensamiento y el objeto del culto; y cualquiera cosa que distraiga la mente del servicio solemne y sagrado le ofende. La ostentación de cintas y moños, frunces y plumas, y adornos de oro y plata, es una especie de idolatría, y resulta completamente impropia para el sagrado servicio de Dios (Id., tomo 2, págs. 201, 202).

Algunos tienen la idea de que a fin de realizar la separación del mundo que requiere la Palabra de Dios, deben ser descuidados en su atavío. Hay algunas hermanas que piensan que están llevando a cabo el principio de no conformarse con el mundo al usar un sombrero ordinario y el mismo vestido usado por ellas durante la semana, el sábado cuando aparecen en la asamblea de los santos para participar en el culto divino. Y algunos hombres que profesan 403 ser cristianos consideran el asunto del vestido de la misma manera. Estas personas se reúnen con el pueblo de Dios el sábado con sus vestidos empolvados y sucios y aun con roturas en la ropa que visten de una manera descuidada.

Estos mismos, si tuvieran una cita con un amigo honrado por el mundo, de quien desearan obtener un favor especial, se afanarían para presentarse ante él con el mejor atavío que les fuera posible; pues ese amigo se sentiría insultado si ellos llegaran a su presencia con el cabello despeinado y las ropas sucias y en desorden. Sin embargo, esas personas piensan que no importa en qué forma se presenten o en qué condición está su persona cuando en el día sábado se reúnen para adorar al gran Dios (Review and Herald, 30-1-1900).

No ha de hacerse del vestido un tema de controversia.

No hay necesidad de hacer del asunto del vestido el punto principal de vuestra religión. Hay algo más valioso de lo cual hablar. Hablad de Cristo, y cuando el corazón está convertido, todo lo que no está en armonía con la Palabra de Dios, se eliminará (Evangelismo, pág. 202).

Nuestro vestido no nos hace de valor a la vista del Señor. Lo que vale ante Dios es el adorno interno, las gracias del Espíritu, las palabras bondadosas, la consideración atenta hacia otros (Counsels on Stewardship, pág. 301).

Nadie ha de ser conciencia para otros, pero debe ejercer un ejemplo digno.

No se debe dar alas a quienes centralizan su religión en el vestido. Estudie cada uno las claras enseñanzas de las Escrituras en cuanto a la sencillez y la sobriedad en el vestido y, mediante la fiel obediencia a esas enseñanzas, esfuércese por dar un ejemplo digno ante el mundo y los que son nuevos en la fe. Dios no quiere que nadie sea conciencia para otros. 404

Háblese del amor y humildad de Jesús pero no se anime a los hermanos y hermanas a encontrar fallas en el vestido o la apariencia de otros. Algunos se deleitan en esto; y cuando su mente se ocupa en ese sentido, comienzan a sentir que deben convertirse en remendones de la iglesia. Suben a la silla del juez y tan pronto como ven a uno de sus hermanos y hermanas, miran para encontrar algo que criticar. Esta es una de las formas más efectivas para volverse estrecho de mente y para empequeñecer el crecimiento espiritual. Dios quiere que bajen de la silla del juez pues nunca los ha colocado allí (Historical Sketches of Seventh-day Adventist Foreign Mission, págs. 122, 123).

El corazón debe estar bien.
Si somos cristianos, seguiremos a Cristo aunque el camino que debamos seguir sea opuesto a nuestras inclinaciones naturales. No vale la pena deciros que no debéis usar esto o lo otro, pues si el amor de esas cosas vanas está en vuestro corazón, el desprendernos de vuestros adornos será tan sólo como cortar el follaje de un árbol. Las inclinaciones del corazón natural se manifestarán nuevamente. Debéis estar convencidos en vuestra conciencia (Review and Herald, 10-5-1892).
Donde muchas denominaciones perdieron su poder.
El razonamiento humano ha tratado siempre de evadir o de poner a un lado las instrucciones sencillas y directas de la Palabra de Dios. En todas las épocas, una mayoría de los profesos seguidores de Cristo ha desatendido esos preceptos que ordenan la abnegación y la humildad, que requieren modestia y sencillez de conversación, de conducta y de indumentaria. El resultado ha sido siempre el mismo: un apartamiento de las enseñanzas del Evangelio conduce a la adopción de las modas, las costumbres y los principios del mundo. La piedad vital cede su lugar a un formalismo muerto. La presencia y el 405 poder de Cristo, retirados de esos círculos amadores del mundo, hallan cabida entre una clase de humildes adoradores que están dispuestos a obedecer las enseñanzas de la Santa Palabra. Se ha seguido esta conducta durante generaciones sucesivas. Se han levantado, una tras otra, diferentes denominaciones que, abandonando su sencillez, han perdido, en gran medida, su poder primitivo (Mensajes para los Jóvenes, pág. 352).
La norma es la Palabra de Dios.
En todos los asuntos de la indumentaria, debemos ser estrictamente cuidadosos y seguir muy de cerca las reglas bíblicas. La moda ha sido la diosa que ha regido el mundo, y con frecuencia se insinúa en la iglesia. La iglesia debe hacer de la Palabra de Dios su norma y los padres deben pensar inteligentemente acerca de este asunto. Cuando ven a sus hijos inclinarse a seguir las modas mundanas, deben, como Abrahán, ordenar resueltamente a su casa tras sí. En vez de unirlos con el mundo, relacionadlos con Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 202). 406
CAPÍTULO 67. La Moda es un Poder Fascinante
La moda es un gobernante tiránico.
La moda rige al mundo, y es un amo tiránico. Con frecuencia obliga a sus adictos a someterse a los mayores inconvenientes e incomodidades. La moda impone contribuciones irrazonables y cobra sin misericordia. Tiene un poder fascinante y está lista para criticar y ridiculizar a todos los que nos siguen en su estela (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 85).
Los ricos tienen la ambición de descollar como seguidores de sus estilos siempre cambiantes; la clase media y la pobre se esfuerzan por aproximarse a la norma establecida por aquellos a quienes suponen superiores. Donde los medios o la fuerza son limitados y es grande la ambición de ser elegante, la carga llega a ser casi insoportable. A muchas personas no les importa que un vestido sea sentador o hermoso; si la moda cambia, lo reforman o lo desechan (La Educación, pág. 240).
Satanás, el instigador y principal promotor en los siempre cambiantes y nunca satisfacientes dictados de la moda, está siempre ocupado inventando algo nuevo que pueda provocar un daño a la salud física y moral; y triunfa cuando sus inventos tienen tanto éxito. La muerte se ríe porque la necedad que destruye la salud y el ciego celo de los que adoran ante el altar de la moda los ponen tan fácilmente bajo su dominio. La felicidad y el favor de Dios son sacrificados sobre su altar (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 85).
La idolatría del atavío es una enfermedad moral. No debe ser introducida en la nueva vida. En la mayoría de los casos, la sumisión a los requerimientos del Evangelio exigirá un cambio decidido en la 407 manera de vestir (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 393).
El precio que algunos pagan.
¡Cuán contrarias a los principios consignados en las Escrituras son muchas de las confecciones impuestas por la moda! Pensad en los estilos que han prevalecido en los últimos siglos o aun en las últimas décadas. . . . ¡Cuántos nos parecerían impropios de una mujer refinada, temerosa de Dios y respetuosa de sí misma! . . . Más de una niña pobre, para llevar un vestido elegante, se ha privado de ropa interior y de abrigo y ha pagado este desacierto con su vida. Otras, llevadas por el deseo de la ostentación y de la elegancia de los ricos, entraron en el camino de la deshonestidad y la vergüenza. Más de una familia tiene que privarse de comodidades, más de un padre de familia se ve arrastrado a las deudas y a la ruina para satisfacer las extravagantes exigencias de la esposa y los hijos (El Ministerio de Curación, pág. 222).
La salvación puesta en peligro por la idolatría del vestido.
El orgullo y la vanidad se manifiestan por doquiera, pero los que están propensos a admirarse a sí mismos en un espejo, se sienten poco inclinados a mirarse en la ley de Dios, el gran espejo moral. Esta idolatría del

vestido destruye todo lo que es humilde, dócil y amable en el carácter. Consume las preciosas horas que debieran dedicarse a la meditación, al escudriñamiento del corazón, al estudio de la Palabra de Dios con oración. . . . Ningún cristiano puede conformarse con las modas inmorales del mundo sin poner en peligro la salvación de su alma (Review and Herald, 31-3-1891).

El amor a la ostentación desmoraliza el hogar.

Ayudadas por la gracia de Cristo, las mujeres son capaces de efectuar una grande y amplia obra. Por esta razón, Satanás obra con sus engaños para 408 inventar vestidos a la moda, a fin de que el amor a la ostentación pueda absorber la mente y el corazón y los afectos aun de las profesas madres cristianas de este siglo para que no tengan tiempo que dedicar a la educación y preparación de sus hijos o al cultivo de su propia mente y carácter, a fin de ser ejemplos para sus hijos, modelos de buenas obras. Cuando Satanás se asegura el tiempo y el afecto de la madre, comprende plenamente cuánto ha ganado. En nueve casos de diez, ha conseguido la dedicación de toda la familia al vestido y la ostentación frívola. Computa a los hijos entre sus despojos, pues ha cautivado a la madre (Manuscrito 43, 1900).

Los pequeñuelos oyen más del vestido que de su salvación, . . . pues la madre está más familiarizada con la moda que con su Salvador (Testimonies, tomo 4, pág. 643).

Tanto los padres como los hijos quedan privados de lo más dulce y verdadero de la vida. Por causa de la moda no reciben preparación para la vida venidera (El Ministerio de Curación, pág. 223).

No tienen suficiente valor para detener la marca.

Muchas de las cargas de la madre son el resultado de su esfuerzo para mantenerse al día con las modas. Terrible es el efecto de esas modas sobre la salud física, mental y moral. Al faltarles el valor para mantenerse, firmes de parte de lo correcto, las mujeres permiten que la corriente del sentimiento popular las arrastre en su estela. . . . Con demasiada frecuencia, las madres que profesan ser cristianas sacrifican los principios a su deseo de seguir a la multitud que coloca a la moda como su dios. Protesta la conciencia, pero no tienen suficiente valor para decidirse firmemente contra el error (Review and Herald, 17-11-1904).

Padres, tened cuidado.

Con frecuencia, los padres visten a sus hijos con vestidos extravagantes, con 409 mucho despliegue de adornos. Luego abiertamente admiran el efecto de su atavío y los felicitan por su apariencia. Estos necios padres se llenarían de consternación si pudieran ver cómo Satanás secunda sus esfuerzos y los insta a mayores necedades (Pacific Health Journal, enero de 1890).

Un problema que afrontan muchas madres.

Si vuestras hijas ven un vestido diferente del que tienen, están inclinadas a desear un vestido similar a ése. O quizá quieren otro que ven que tienen otras, que vosotras creéis que no debéis proporcionarles de acuerdo con vuestra fe. ¿Les permitiréis que lo consigan a fuerza de molestaros, permitiendo que ellas os manejen en vez de encaminarlas de acuerdo con los principios del Evangelio? Nuestros hijos son muy preciosos a la vista de Dios. Enseñémosles la Palabra de Dios y preparémoslos en los caminos de Dios. Tenemos el privilegio de enseñar a nuestros hijos a vivir de tal forma que tengan la aprobación del Cielo. . . .

No animemos a nuestros hijos a seguir las modas del mundo, y si somos leales en darles una preparación debida, no harán esto. . . . Las modas del mundo con frecuencia revisten formas ridículas, y debéis tomar una posición firme contra ellas (Manuscrito 45, 1911).

El fruto del amor a la ostentación.

El amor a la indumentaria y los placeres está destruyendo la felicidad de millares. Y algunos de los que profesan amar y guardar los mandamientos de Dios imitan a esa clase de personas, tanto como les es posible hacerlo sin perder el nombre de cristianos. Algunos de los jóvenes tienen tal afición a la ostentación, que hasta están dispuestos a renunciar al nombre de cristianos para seguir su inclinación a la vanidad y la indumentaria, y el amor a los placeres (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 350). 410

Las familias que usan mucho tiempo en vestirse ostentosamente podrían ser comparadas con la higuera que Cristo vio desde lejos. Esa higuera ostentaba sus ramas floridas a pesar de lo que era en realidad, pero cuando Cristo fue a buscar frutos, escudriñó desde la rama más alta hasta la más baja y no encontró sino hojas. Tiene hambre de frutos, frutos que debe recibir (Manuscrito 67, 1903).

Las hijas de Dios participarán de la naturaleza divina.

Hay bastante trabajo necesario e importante que hacer en este mundo necesitado y doliente, sin malgastar momentos preciosos en los adornos o la ostentación. Las hijas del Rey celestial, miembros de la familia real, sentirán el peso de la responsabilidad que significa alcanzar una vida superior, para llegar a estar en íntima comunión con el cielo y trabajar al unísono con el Redentor del mundo. Las que se dedican a este trabajo no estarán satisfechas con las modas e insensateces que absorben la mente y los afectos de las mujeres de estos

postreros días. Si son verdaderamente hijas de Dios, participarán de la naturaleza divina. Al ver las influencias corruptoras de la sociedad, se sentirán movidas de la más profunda compasión, como su divino Redentor. Simpatizarán con Cristo, y en su esfera, según su capacidad y oportunidades, trabajarán para salvar a las almas que perecen, como Cristo trabajó en su exaltada esfera en beneficio de los hombres (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 413). 411

SECCION XVI - PRESERVACION DE LA INTEGRIDAD MORAL

CAPÍTULO 68. Predominio de Vicios Corruptores

Una era de abundante iniquidad.

Se me ha mostrado que vivimos en medio de los peligros de los últimos días. Por cuanto abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. La palabra "muchos" se refiere a los que profesan seguir a Cristo. Afectados, sin que ello sea necesario, por la iniquidad prevaleciente, se apartan de Dios. La causa de esta apostasía estriba en que no se mantienen apartados de la iniquidad. El hecho de que su amor hacia Dios se esté enfriando por causa de que abunda la iniquidad, demuestra que, en cierto sentido, participan de esta iniquidad, pues de otra manera ella no afectaría su amor a Dios, ni su celo y fervor en su causa (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 253).

La influencia envilecedora de libros y láminas.

Muchos de los jóvenes buscan ansiosamente libros. Leen todo lo que pueden obtener. Los relatos de amor provocativos y las láminas impuras tienen una influencia corruptora. Muchos leen ávidamente novelas, y, como resultado, se envilece su imaginación. Con frecuencia circulan para la venta . . . fotografías de mujeres desnudas. Estas fotografías repugnantes también se encuentran en negocios de fotografías y penden de las paredes de los que trabajan con grabados. Estamos en una era cuando la corrupción abunda por doquiera. La concupiscencia de los ojos y las pasiones corruptas se despiertan 412 por lo que se contempla y por lo que se lee. El corazón se corrompe por la imaginación. La mente se complace en contemplar escenas que despiertan las más bajas y viles pasiones. Esas imágenes ruines, contempladas a través de una imaginación pervertida, corrompen la moral y preparan a los seres engañados e infatuados para que den rienda suelta a las pasiones concupiscentes. Luego siguen los pecados y crímenes que arrastran a los seres creados a la imagen de Dios haciéndolos descender a un nivel con las bestias y hundiéndolos finalmente en la perdición (Testimonies, tomo 2, pág. 410).

El libertinaje es un pecado característico.

Se me ha presentado un horrible cuadro de la condición del mundo. La inmoralidad cunde por doquiera. La disolución es el pecado característico de esta era. Nunca alzó el vicio su deforme cabeza con tanta osadía como ahora. La gente parece aturdida y los amantes de la virtud y de la verdadera bondad casi se desalientan por esta osadía, fuerza y predominio del vicio (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 253).

Se me indicó Romanos 1: 18-32 como un cuadro que describe al mundo antes de la segunda venida de Cristo (Appeal to Mothers, pág. 27).

Es el pecado, no las pruebas y sufrimientos, lo que separa a Dios de su pueblo e incapacita al alma para disfrutar de Dios y glorificarlo. Es el pecado el que destruye a las almas. El pecado y el vicio existen en las familias observadoras del sábado (Testimonies, tomo 2, págs. 390, 391).

Satanás ataca a la juventud.

La obra especial de Satanás en estos últimos días es posesionarse de la mente de la juventud, corromper los pensamientos e inflamar las pasiones; porque sabe que al hacer esto, puede guiarlos a acciones impuras y así se denigrarán todas las nobles facultades de la mente 413 y puede dominarlos de acuerdo con sus propios propósitos (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 136).

Un indicio de la sociedad futura.

La juventud de hoy día es un indicio seguro de la sociedad futura, y al verla, ¿qué podemos esperar para el futuro? La mayoría son aficionados a las diversiones y les repugna el trabajo. . . . Tienen poco dominio propio y se excitan y enojan por el más pequeño motivo. Muchísimos, de todas las edades y circunstancias de la vida, no tienen principios ni conciencia, y con sus hábitos de haraganería y despilfarro se hunden en el vicio y están corrompiendo a la sociedad, hasta que nuestro mundo se convierta en una segunda Sodoma. Si los apetitos y las pasiones estuvieran bajo el dominio de la razón y de la religión, la sociedad presentaría un aspecto muy diferente. Dios nunca quiso que existieran las presentes condiciones lastimosas; se han provocado por las tremendas violaciones de las leyes de la naturaleza (Id., pág. 45).

Los problemas de la masturbación.

Algunos que ostensiblemente profesan el cristianismo no comprenden el pecado del abuso propio [masturbación] y sus resultados inevitables. Un hábito inveterado ha cegado su entendimiento. No se dan

cuenta del carácter excesivamente pecaminoso de este pecado degradante (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 254).

Jóvenes y niños de ambos sexos participan de la contaminación moral y practican el asqueroso vicio solitario destructor de cuerpo y alma. Muchos de los que profesan ser cristianos están tan atontados por la misma práctica que sus sensibilidades morales no pueden ser despertadas para comprender que es pecado, y que si persisten en ello, terminarán de seguro por destruir completamente el cuerpo y la 414 mente. ¡El hombre, el ser más noble de la tierra, formado a la imagen de Dios, se transforma en una bestia, se embrutece y corrompe! Cada cristiano tendrá que aprender a refrenar sus pasiones y a guiarse por los buenos principios. A menos que lo haga, es indigno del nombre de cristiano (Id., págs. 253, 254).

La corrupción moral ha hecho más que cualquier otro mal para causar la degeneración de la raza humana. Su práctica se ha extendido alarmantemente y provoca enfermedades de casi cualquier descripción. Aun niñitos muy pequeños, infantes, nacidos con una irritabilidad natural de sus órganos sexuales, encuentran alivio momentáneo al manosearlos, lo que tan sólo aumenta la irritación y los lleva a repetir el acto hasta que se establece un hábito que aumenta con el crecimiento de ellos (Testimonies tomo 2, pág. 391).

Las propensiones concupiscentes se heredan.

Los padres generalmente no sospechan que sus hijos entienden algo de este vicio. En muchísimos casos, los padres son los verdaderos pecadores. Han abusado de sus franquicias matrimoniales y debido a su complacencia han fortalecido sus pasiones animales. Y al fortalecerse éstas, las facultades morales e intelectuales se han debilitado. Lo espiritual ha sido dominado por lo brutal. Los hijos nacen con las propensiones animales grandemente magnificadas, han recibido el propio sello del carácter de sus padres. . . . Los hijos nacidos de estos padres casi invariablemente están inclinados a los hábitos repugnantes del vicio secreto. . . . Los pecados de los padres serán visitados sobre sus hijos porque los padres les han dado el sello de sus propias propensiones concupiscentes (Ibid.).

Una esclavitud que subyuga.

Me he conmovido profundamente al ver la poderosa influencia de las 415 pasiones animales que dominan a hombres y mujeres de inteligencia y habilidad no comunes. Podrían ocuparse en una buena obra, y ejercerían una influencia poderosa, si no estuvieran esclavizados por pasiones degradantes. Mi confianza en la humanidad ha sido terriblemente sacudida.

Se me ha mostrado que personas de indudable buen comportamiento, que no se toman libertades indebidas con el otro sexo, eran culpables de practicar el vicio secreto casi cada día de sus vidas. No se han refrenado de este terrible pecado aun cuando estuvieron en las reuniones más solemnes. Han escuchado los más solemnes e impresionantes discursos sobre el juicio, que parecían presentarlos delante del tribunal de Dios, haciéndolos temer y temblar. Sin embargo, apenas si pasaba una hora desde ese momento y ya estaban sumidos en su pecado favorito y cautivante, contaminando sus propios cuerpos. Estaban de tal manera esclavizados por este crimen tremendo, que parecían desprovistos de poder para dominar sus pasiones. Hemos trabajado fervientemente por algunos, hemos suplicado, hemos llorado y orado por ellos. Sin embargo, hemos sabido que allí mismo en medio de todos nuestros fervientes esfuerzos y angustias la fuerza del hábito pecaminoso ha obtenido el dominio y se han cometido estos pecados (Id., págs. 468, 469).

El conocimiento del vicio es difundido por sus víctimas.

Los que se han entregado plenamente a este vicio destructor del alma y del cuerpo rara vez pueden descansar hasta que su carga del vicio secreto es pasada a aquellos con quienes se relacionan. Inmediatamente se despierta la curiosidad y el conocimiento del vicio se propaga de un joven a otro, de un niño a otro, hasta el punto de que es difícil encontrar a uno que no conozca la práctica de este pecado degradante (Id., pág. 392). 416

Una mente corrupta puede sembrar más mala simiente en un corto período de tiempo de lo que muchos pueden desarraigar en toda una vida (Id., pág. 403). 417

CAPÍTULO 69. Efectos de Prácticas Dañinas

Se agota la energía vital.

La práctica de hábitos secretos ciertamente destruye las fuerzas vitales del organismo. Toda acción innecesaria de algo vital será seguida por su correspondiente depresión. Entre los jóvenes el capital vital, el cerebro, es tan severamente abrumado en una edad temprana, que hay una deficiencia y un gran agotamiento lo que deja al organismo expuesto a enfermedades de diferentes clases (Appeal to Mothers, pág. 28).

Se establece el fundamento para diversas enfermedades que vendrán después en la vida.

Si la práctica se continúa a partir de los quince años para arriba, la naturaleza protestará contra el abuso que ha sufrido y continúa sufriendo, y les hará pagar el castigo por la transgresión de sus leyes, especialmente

desde las edades de treinta a cuarenta y cinco años, mediante numerosos dolores en el organismo y diversas enfermedades, tales como afecciones del hígado y los pulmones, neuralgia, reumatismo, afecciones de la columna vertebral, enfermedades de los riñones y humores cancerosos. Una parte de la magnífica maquinaria de la naturaleza se resiente dejando una tarea más pesada para que realice el resto, lo que provoca un desorden en el excelente ajuste de la naturaleza, y con frecuencia hay un súbito colapso del organismo y la muerte es el resultado (Id., pág. 18).

Se viola el sexto mandamiento desaprensivamente.

Quitarse instantáneamente la vida no es un pecado mayor a la vista del cielo que destruirla gradual y seguramente. Las personas que se acarrean un decaimiento seguro debido a su mal proceder, sufrirán el castigo aquí y si no se arrepienten plenamente, 418 no serán admitidas en el cielo del más allá tan ciertamente como no lo será el que destruye su vida instantáneamente. La voluntad de Dios establece la relación entre la causa y sus efectos (Id., pág. 26).

Los que tienen una mente pura también están sujetos a la enfermedad.

No incluimos a todos los jóvenes débiles entre los culpables de hábitos malos. Hay quienes tienen mente pura y son concienzudos pero sufren por diferentes causas que están fuera de su control (Id., pág. 23).

Se debilitan las facultades mentales.

Los padres tiernos e indulgentes simpatizarán con sus hijos porque se imaginan que sus lecciones son una carga demasiado grande y su aplicación al estudio está arruinando su salud. Es verdad que no es aconsejable atiborrar la mente de los jóvenes con demasiados estudios muy difíciles. Pero, padres, ¿no habéis escudriñado más profundamente este asunto y meramente aceptáis la idea sugerida por vuestros hijos? ¿No habéis creído demasiado fácilmente a la razón aparente para su indisposición? Atañe a los padres y a los tutores mirar debajo de la superficie en busca de la causa (Testimonies, tomo 4, págs. 96, 97).

Las mentes de algunos de estos niños se debilitan hasta el punto de que tienen solamente la mitad o un tercio del brillo del intelecto que podrían haber tenido, si hubieran sido virtuosos y puros. Lo han malgastado en la masturbación (Id., tomo 2, pág. 361).

Se destruyen las resoluciones elevados y la vida espiritual.

El vicio secreto es el destructor de las resoluciones elevadas, el esfuerzo ferviente y la fuerza de la voluntad para formar un buen carácter religioso. Todos los que tienen una verdadera comprensión de lo que significa ser cristiano, saben que los seguidores de Cristo, como discípulos suyos, están 419 en la obligación de dominar todas sus pasiones y colocar sus facultades físicas y mentales en perfecta sumisión a la voluntad de Cristo. Los que están dominados por sus pasiones, no pueden ser seguidores de Cristo. Están demasiado entregados al servicio de su maestro, el originador de todo mal, para dejar sus hábitos corruptos y escoger servir a Cristo (Appeal to Mothers, págs. 9, 10).

La religión formal no es eficiente.

Algunos que profesan ser seguidores de Cristo saben que están pecando contra Dios y arruinando su salud, y sin embargo están esclavizados en sus propias pasiones corruptas. Sufren de una conciencia culpable y tienen una inclinación cada vez menor para acercarse a Dios en oración secreta. Quizá mantengan la forma de religión, pero están destituidos de la gracia de Dios en el corazón. No están consagrados a su servicio, no confían en él, no viven para su gloria, no encuentran placer en sus ordenanzas y no se deleitan en él (Id., pág. 25).

Parece haberse perdido el poder del dominio propio.

Algunos reconocerán el mal de las prácticas pecaminosas, y, sin embargo, se disculparán diciendo que no pueden vencer sus pasiones. Esta es una admisión terrible de parte de una persona que lleva el nombre de Cristo. "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo" (2 Tim. 2: 19). ¿Por qué existe esta debilidad? Es porque las propensiones animales han sido fortalecidas por el ejercicio, hasta que han prevalecido sobre las facultades superiores. A los hombres y mujeres les faltan principios. Están muriendo espiritualmente porque han condescendido durante tanto tiempo con sus apetitos naturales que su dominio propio parece haber desaparecido. Las pasiones inferiores de su naturaleza han empuñado las riendas, y la que debiera ser la facultad dominante se ha convertido en 420 la sierva de la pasión corrupta. Se mantiene al alma en la servidumbre más abyecta. La sensualidad ha apagado el deseo de santidad y ha agotado la prosperidad espiritual (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 255).

Se corta la comunicación con el Cielo.

Los solemnes mensajes del cielo no pueden impresionar con fuerza el corazón que no está fortificado contra la práctica de este vicio degradante. Los nervios sensibles del cerebro han perdido su tonicidad por la excitación mórbida destinada a satisfacer un deseo antinatural de complacencia sensual. Los nervios del cerebro que

relacionan todo el organismo entre sí son el único medio por el cual el cielo puede comunicarse con el hombre y afectan su vida más íntima. Cualquier cosa que perturbe la circulación de las corrientes eléctricas del sistema nervioso, disminuye la fuerza de las potencias vitales y, como resultado, se atenúa la sensibilidad de la mente. En consideración de estos hechos, ¡cuán importante es que los ministros y la gente que profesan piedad se conserven sin mancha de este vicio degradante! (Id., pág. 254).

Algunos se arrepienten pero pierden el respeto propio.

El efecto de tales hábitos degradantes no es el mismo en todas las mentes. Hay algunos niños que han desarrollado mucho las facultades morales y que, al relacionarse con niños que practican la masturbación, se inician en este vicio. El efecto en los tales con demasiada frecuencia es volverlos melancólicos, irritables y celosos. Sin embargo, los tales quizá no pierdan su respeto por el culto religioso y quizá no muestren una incredulidad especial en cuanto a las cosas espirituales. A veces sufren agudamente de remordimiento y se sienten degradados ante su propia vista y pierden su respeto propio (Id., pág. 392). 421

La mente puede ser fortalecida contra la tentación.

Las facultades morales son excesivamente débiles cuando entran en conflicto con hábitos ya establecidos. Los pensamientos impuros tienen el dominio de la imaginación y la tentación es casi irresistible. Si la mente estuviera acostumbrada a contemplar temas elevados, si la imaginación estuviera preparada para contemplar cosas puras y santas, estaría fortalecida contra la tentación. Se ocuparía de lo celestial, lo puro, lo sagrado y no podría ser atraída por lo bajo, lo corrupto y vil (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 135).

Volveos inteligentes en estas cosas.

La satisfacción de las pasiones más bajas inducirá a muchos a cerrar los ojos a la luz, porque temen ver pecados que no están dispuestos a abandonar. Todos pueden ver si lo desean. Si prefieren las tinieblas a la luz, su criminalidad no disminuirá por ello. ¿Por qué no leen los hombres y mujeres y se instruyen en estas cosas que tan decididamente afectan su fuerza física, intelectual y moral, Dios os ha dado un tabernáculo que cuidar y conservar en la mejor condición para su servicio y gloria. Vuestros cuerpos no os pertenecen. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio; glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 259, 260). 422

CAPÍTULO 70. Precauciones y Consejos

Muchos casos han sido revelados.

Se me han presentado muchos casos, y mi alma ha enfermado y se ha llenado de asco al tener una vislumbre de sus vidas íntimas, a causa de la podredumbre del corazón de los seres humanos que profesan piedad y hablan de ser trasladados al cielo. Me he preguntado con frecuencia: ¿En quién puedo confiar? ¿Quién está libre de iniquidad? (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 256).

Estoy llena de horror cuando se me presenta la condición de las familias que profesan la verdad presente. El desenfreno de los jóvenes y aun de los niños es casi increíble. Los padres no saben que el vicio secreto está destruyendo y obliterando la imagen de Dios en sus hijos. Existen entre nosotros los pecados que caracterizaron a los sodomitas. Los padres son responsables porque no han educado a sus hijos para que amen y obedezcan a Dios. No los han restringido ni les han enseñado diligentemente el camino del Señor. Les han permitido que salgan y entren a su placer y que se asocien con la mundanalidad. Estas influencias mundanas que contrarrestan las enseñanzas y la autoridad paternas se encuentran grandemente en la así llamada buena sociedad. Por sus vestidos, su apariencia, sus diversiones, se rodean de una atmósfera que se opone a Cristo. Nuestra única seguridad es mantenernos como un pueblo peculiar de Dios. No debemos ceder una pulgada a las costumbres y usos de esta era degenerada, sino mantenernos en independencia moral, sin comprometernos con sus prácticas corruptas e idólatras (Testimonies, tomo 5, pág. 78).

Ha de instruirse a los ignorantes.

No importa cuán elevada sea la profesión que haga una persona, 423 los que están dispuestos a entrar en complacencias con la concupiscencia de la carne no pueden ser cristianos. Como siervos de Cristo, su ocupación y meditaciones y placeres debieran consistir en cosas más excelentes. Muchos ignoran la pecaminosidad de estos hábitos y sus resultados seguros. Los tales deben ser instruidos (Appeal to Mothers, pág. 25).

Uno que pidió que se orara por su curación.

Mi esposo y yo una vez asistimos a una reunión donde se despertó nuestra simpatía por un hermano que estaba gravemente afectado de tisis. Era pálido y demacrado. Pidió las oraciones del pueblo de Dios. Dijo que su

familia estaba enferma y que había perdido a un hijo. Habló con sentimiento de su duelo. Dijo que había estado esperando durante algún tiempo ver a los hermanos White. Había creído que si oraban por él, sería sanado. Después de que terminó la reunión, los hermanos nos llamaron la atención a este caso. Dijeron que la iglesia los estaba ayudando, que su esposa estaba enferma y su hijo había muerto. Los hermanos se habían reunido en su hogar y se habían unido en oración por la familia afligida. Estábamos muy cansados y teníamos la carga del trabajo sobre nosotros durante la reunión y queríamos que se nos excusara. Yo había resuelto no ocuparme en oración por nadie, a menos que el Espíritu del Señor se manifestara en el asunto. . . .
Esa noche nos postramos en oración y presentamos su caso delante del Señor. Suplicamos para que pudiéramos saber la voluntad de Dios acerca de él. Todo lo que deseábamos era que Dios pudiera ser glorificado. ¿Quería el Señor que oráramos por ese hombre afligido? Dejamos la carga con el Señor y nos retiramos a descansar. El caso de este hombre fue presentado claramente en un sueño. Su proceder desde su niñez en adelante me fue mostrado y que si orábamos, el Señor no nos oiría, pues él mantenía 424 la iniquidad en su corazón. A la mañana siguiente, el hombre vino para que oráramos por él. Lo llevamos aparte y le dijimos que lo sentíamos pero estábamos obligados a rehusar su pedido. Le conté mi sueño, que el reconoció como verdadero. Había practicado la masturbación desde su mocedad y la había continuado practicando durante su vida matrimonial, pero dijo que trataría de apartarse de ella. Este hombre tenía un hábito inveterado que vencer. Ya estaba en la edad madura de su vida. Sus principios morales estaban tan débiles que cuando entró en conflicto con esa complacencia inveterada fueron vencidos. . . .
He aquí un hombre que se degradaba diariamente y, sin embargo, se atrevía a ir a la presencia de Dios y pedir que le aumentara la fuerza que él había malgastado vilmente y que si se le concedía, la usaría en su concupiscencia. ¡Qué tolerancia tiene Dios! Si él tratara a los hombres de acuerdo con las corruptas sendas de ellos, ¿quién podría vivir ante su vista? ¿Qué hubiera sucedido si hubiéramos sido menos precavidos y hubiéramos presentado el caso de este hombre delante de Dios mientras practicaba la iniquidad, nos habría oído el Señor? ¿Habría contestado? "Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad" . . . Este no es un caso solitario. Aun la relación matrimonial no fue suficiente para preservar a este hombre de los hábitos corruptos de su juventud. Ojalá pudiera yo ser convencida de que son raros los casos como el que he presentado, pero sé que son frecuentes (Testimonies, tomo 2, págs. 349-351).
Un suicida.
El señor ----------- profesaba ser un consagrado seguidor de Cristo. Su salud estaba muy 425 débil. Nuestra simpatía se despertó en favor de él. . . .
Su caso me fue mostrado en visión. Vi que estaba engañado en cuanto a si mismo, que no disfrutaba del favor de Dios. Había practicado la masturbación hasta el punto de ser un mero despojo humano. Me fue mostrado que este vicio es una abominación a la vista de Dios. . . .
Había practicado esos hábitos por tanto tiempo, que parecía haber perdido el dominio propio. Era naturalmente inteligente, poseía habilidades más que comunes. Pero ¡cómo habían sido puestas bajo el dominio de Satanás y consumidas ante su altar todas sus facultades corporales y mentales!
Este hombre había llegado al punto de que parecía estar abandonado por Dios. Se iba a los bosques y pasaba días y noches en ayuno y oración para poder vencer ese gran pecado, y luego volvía a sus viejas prácticas. Dios no escuchaba sus oraciones. Pedía a Dios que hiciera para él lo que había estado en su poder hacer por sí mismo. Había hecho promesas a Dios vez tras vez, y frecuentemente había quebrantado sus votos y se había entregado a sus propias concupiscencias corruptas, hasta el punto de que Dios lo había dejado para que realizara su propia ruina. Ya ha muerto. Fue un suicida. La pureza del cielo nunca se malogrará con su compañía (Appeal to Mothers, págs. 24-28).
Una exhortación a una hija consentida.*
Su mente es impura. A Ud. se la alivió de las responsabilidades y el trabajo por completo durante demasiado tiempo. Los deberes del hogar habrían sido una de las más ricas bendiciones que podría haber recibido. El cansancio la hubiera perjudicado una 426 décima parte de lo que la han perjudicado sus pensamientos lascivos y su conducta. Ud. tiene ideas incorrectas en cuanto a la sociabilidad entre las niñas y los muchachos, y le ha sido muy atrayente estar en compañía de los muchachos. Ud. no es pura en su corazón y en su mente. Se ha hecho daño leyendo relatos de amor y romances y su mente ha sido fascinada con pensamientos impuros. Su imaginación se ha corrompido hasta el punto de que parece no tener poder para dominar sus pensamientos. Satanás la lleva cautiva a su placer. . . .
Su conducta no ha sido casta, modesta ni de buen nombre. No ha tenido el temor de Dios delante de sus ojos. Con tanta frecuencia ha disimulado a fin de realizar sus planes, que su conciencia ha quedado dañada. Mi

querida niña, a menos que Ud. se detenga justamente donde está, con seguridad, la ruina está delante de Ud. Cese en sus ensueños, en su forjar de castillos. Detenga sus pensamientos de los canales de la necedad y la corrupción.

Ud. no puede tratarse con los jóvenes con seguridad. Una marea de tentación se levanta y surge en su pecho, teniendo la tendencia a desarraigar los principios, la virtud femenina y el verdadero recato. Si prosigue con su conducta voluntariosa y terca, ¿cuál será su suerte? . . . Ud. está en peligro, pues está justamente a punto de sacrificar sus intereses eternos ante el altar de la pasión. La pasión está obteniendo un dominio positivo de todo su ser, ¿una pasión de qué calidad? De una naturaleza baja y destructora. Al rendirse a ella, amargará la vida de sus padres, traerá vergüenza a sus hermanas, sacrificará su propio carácter y perderá su derecho al cielo y a la vida gloriosa e inmortal. ¿Está lista a hacer esto? . . . Ud. es descocada. Le gustan los muchachos y le gusta hacerlos el tema de su conversación. "De la abundancia del corazón habla la 427 boca". Los hábitos se han hecho poderosos para dominarla y Ud. ha aprendido a engañar a otros a fin de realizar sus propósitos y cumplir sus deseos. No considero que su caso sea sin esperanza. Si así fuera, mi pluma no estaría trazando estas líneas. Con el poder de Dios, Ud. puede redimir el pasado. . . .

Apártese de los muchachos. En su compañía, sus tentaciones se hacen graves y poderosas. Saque de su cabeza de niña la idea del casamiento. En ninguna forma Ud. está preparada para eso. Necesita años de experiencia antes de que esté calificada para entender los deberes y tomar las cargas de la vida matrimonial. Guarde positivamente sus pensamientos, sus pasiones y sus afectos. No los degrade para que sirvan a la concupiscencia. Elévelos a la pureza; dedíquelos a Dios.

Ud. puede convertirse en una niña prudente, recatada y virtuosa, pero no sin un esfuerzo ferviente. Debe velar, orar, meditar, investigar sus motivos y sus acciones. Analice detenidamente sus sentimientos y sus actos. En la presencia de su padre, ¿realizaría un acto impuro? No, ciertamente. Pero hace esto en la presencia de su Padre celestial que es tanto más exaltado, santo y puro. Sí, Ud. corrompe su propio cuerpo en la presencia de los ángeles puros y sin pecado y en la presencia de Cristo, y continúa haciéndolo sin tomar en cuenta la conciencia, ni la luz, ni las amonestaciones que le han sido dadas. Recuerde que hay un registro de todos sus actos. Tendrá que encontrarse otra vez con las cosas más secretas de su vida. . . .

Otra vez la amonesto como a quien tendrá que encontrarse con estas líneas en aquel día cuando será decidido el caso de cada uno. Ríndase a Cristo sin demora. Solamente él, por el poder de su gracia, puede redimirla de la ruina. Solamente él puede curar sus facultades morales y mentales. Su corazón 428 puede arder con el amor de Dios; su entendimiento puede ser claro y maduro; su conciencia iluminada, despertada y pura; su voluntad enderezada y santificada sometida al dominio del Espíritu de Dios. Ud. puede hacer de sí lo que elija. Si Ud. ahora cambia de frente, cesa de hacer el mal y aprende a hacer el bien, ciertamente será entonces feliz: tendrá buen éxito en las batallas de la vida y se elevará a la gloria y el honor en la vida mejor. "Escogeos hoy a quien sirváis" (Testimonies, tomo 2, págs. 559-565).

Satanás trabaja mientras los padres duermen.

Esta es una era disoluta. Los niñitos y las niñitas comienzan a cortejarse mutuamente cuando debieran estar ambos en el jardín de infantes, recibiendo lecciones de recato en la conducta. ¿Cuál es el efecto de este trato tan libre? ¿Aumenta la castidad en la juventud que así se reúne? ¡No, ciertamente! Aumenta las primeras pasiones concupiscentes. Después de tales reuniones, los jóvenes están enloquecidos por el diablo y se entregan a sus viles prácticas.

Los padres duermen y no saben que Satanás ha plantado su bandera infernal en su propio hogar. Fui inducida a preguntar, ¿qué llegará a ser de la juventud en esta era corrupta? Repito, los padres están durmiendo. Los hijos están infatuados con un sentimentalismo enfermizo y la verdad no tiene poder para corregir lo equivocado. ¿Qué se puede hacer para detener la marea del mal? Los padres pueden hacer mucho si así lo determinan.

Si una jovencita que acaba de entrar en la adolescencia es molestada con las familiaridades de un muchacho de su propia edad, o mayor, debiera enseñársele a manifestar su repudio de tal modo que no se repitan tales familiaridades. Cuando los muchachos o jóvenes buscan con frecuencia la compañía de una niña, algo anda mal. Esa niña necesita 429 que una madre le muestre su lugar, que la reprima y le enseñe lo que corresponde a una niña de su edad.

Ha hecho su obra perniciosa la doctrina corruptora prevaleciente de que, desde el punto de vista de la salud, los sexos deben entremezclarse. Cuando los padres y tutores manifiesten una décima parte de la astucia que posee Satanás, entonces esta asociación de los sexos podrá ser casi inofensiva. Tal como es, Satanás tiene un éxito pleno en sus esfuerzos para cautivar la mente de los jóvenes y la asociación de muchachos y niñas tan sólo la aumenta veinte veces más (Id., págs. 482, 483).

El cuadro no es exagerado.
No os engañéis a vosotros mismos con la creencia de que, después de todo, este asunto se presenta delante de vosotros en forma exagerada. No he cargado la tinta al cuadro. He declarado hechos que soportarán la prueba del juicio. ¡Despertad! ¡Despertad! Os ruego antes de que sea demasiado tarde para corregir los males, y perezcáis con vuestros hijos en la ruina general. Emprended la solemne obra y procurad la ayuda de cada rayo de luz que podáis reunir que ha brillado sobre vuestra senda y que no habéis apreciado. Y, juntamente con la ayuda de la luz que ahora brilla, comenzad una investigación de vuestra vida y carácter como si estuvierais delante del tribunal de Dios (Id., pág. 401).
A menos que los padres se despierten, no hay esperanza para sus hijos (Id., pág. 406). 430
CAPÍTULO 71. La Vigilancia y Ayuda Paternales
Los padres deben enseñar el dominio propio desde la infancia.
Cuán importante es que enseñemos a nuestros hijos el dominio propio desde su misma infancia y les enseñemos la lección de someter su voluntad a nosotros. Si tuvieran la desgracia de aprender hábitos erróneos, sin conocer todos los malos resultados, pueden ser reformados recurriendo a su razón y convenciéndolos de que tales hábitos arruinan el organismo y afectan la mente. Debiéramos mostrarles que no importa cuáles sean los argumentos que empleen las personas corruptas para aquietar sus justos temores e inducirles a seguir complaciendo ese hábito pernicioso, cualquiera que sea su pretexto, son sus enemigos y son los agentes del diablo (Appeal to Mothers, pág. 10).
Mantenedlos puros. Fortaleced su mente.
Es un crimen que las madres continúen en la ignorancia en cuanto a los hábitos de sus hijos. Si son puros, que continúen siéndolo. Fortaleced sus mentes juveniles y preparadlos para detestar ese vicio destructor de la salud y del alma (Id., pág. 13).
Satanás está dominando la mente de los jóvenes, y debemos trabajar resuelta y fielmente para salvarlos. Hay tiernos niños que practican este vicio, los domina y se fortalece con los años hasta que cada noble facultad del cuerpo y del alma se degradan. Muchos podrían haber sido salvados, si hubiesen sido cuidadosamente instruidos en cuanto a la influencia de esta práctica sobre su salud. Ignoraban el hecho de que estaban acarreándose mucho sufrimiento sobre sí mismos. . . .
Madres, no podéis ser demasiado cuidadosas en prevenir a vuestros hijos para que no aprendan hábitos 431 viles. Es más fácil aprender el mal que desarraigarlo después que se ha aprendido (Id., págs. 10, 11).
Vélese con determinación y vigílese de cerca.
Si vuestros hijos practican este vicio, pueden estar en peligro de recurrir a la falsedad para engañaros. Sin embargo, madres, no debéis ser aquietadas fácilmente y cesar en vuestras investigaciones. No debéis quedar tranquilas, hasta que estéis plenamente satisfechas. Están en peligro la salud y las almas de vuestros amados, lo que hace que este asunto sea de la mayor importancia. El velar con determinación y vigilar de cerca, a pesar de las tentativas para evadir y ocultar, generalmente revelarán el verdadero estado del caso. Entonces la madre debe presentarles fielmente este asunto en su luz verdadera, mostrando su tendencia envilecedora degradante. Tratad de convencerlos que la complacencia en este pecado destruirá el respeto propio y la nobleza del carácter, arruinará la salud y la moral, y su sucia mancha borrará del alma el verdadero amor a Dios y la belleza de la santidad. La madre debiera persistir en este asunto hasta que tenga suficientes evidencias de que ha terminado la práctica (Id., págs. 13, 14).
Evitad el apresuramiento y la censura al comenzar.
Quizá preguntéis: ¿Cómo puedo remediar los males que ya existen? ¿Como comenzaremos el trabajo? Si os falta sabiduría, id a Dios. El ha prometido dar liberalmente. Orad mucho y fervientemente en procura de la ayuda divina. Una sola regla no se puede seguir en cada caso. Se necesita ejercer un juicio santificado. No os apresuréis ni agitéis para atacar a vuestros hijos con censuras. Un proceder tal tan sólo les provocaría rebelión. Debierais lamentar profundamente cualquier equivocación cometida que quizá haya abierto la puerta a Satanás para descarriar 432 a vuestros hijos con sus tentaciones. Sois culpables si no los habéis instruido en cuanto a la violación de las leyes de la salud. Habéis descuidado un deber importante, cuyo resultado puede verse en las prácticas erróneas de vuestros hijos (Id., págs. 20, 21).
Instruid con dominio propio y simpatía.
Antes de que comencéis la obra de enseñar a vuestros hijos la lección del dominio propio, debéis aprenderla vosotras mismas. Si os agitáis fácilmente y os impacientáis, ¿cómo podéis dar la impresión de que sois razonables a vuestros hijos al instruirlos para que dominen sus pasiones? Con dominio propio y sentimientos de la más profunda simpatía y compasión, debéis aproximaras a vuestros hijos descarriados para presentarles fielmente la ruina segura que se efectuará en su organismo si continúan en el proceder que han comenzado:

pues mientras debilitan lo físico y mental, así también lo moral debe sentir la decadencia y están pecando no solamente contra si mismos, sino contra Dios.
Si es posible, debéis hacerles sentir que han estado pecando contra Dios, el puro y santo Dios: que el gran Escudriñador de los corazones está disgustado con su proceder; que nada está oculto de él. Si podéis impresionar así a vuestros hijos para que se arrepientan de una manera aceptable a Dios, con ese piadoso dolor que obra arrepentimiento para salvación, del cual no se debe arrepentir uno, la obra será completa, la reforma segura. Ellos sentirán tristeza no solamente porque sus pecados son conocidos, sino que verán sus prácticas pecaminosas en toda su gravedad y serán inducidos a confesarlas a Dios sin reservas, y las abandonarán. Sentirán tristeza por su mala conducta porque han desagradado a Dios y pecado contra él y han deshonrado su cuerpo ante Aquel que los creó y les demanda que presenten su 433 cuerpo como un sacrificio vivo, santo y aceptable ante él, que es su culto racional (Id., págs. 21, 22).
Vigilad las compañías de los hijos.
A menos que la mente de vuestros hijos esté firmemente equilibrada por principios religiosos, se corromperá su moral por el ejemplo depravado de aquellos con quienes se relacionan (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 134).
Resguardadlos, como deben hacerlo las madres fieles, para que no se contaminen asociándose con cualquier joven. Conservadlos, como joyas preciosas, de la influencia corruptora de este siglo. Si debido a las circunstancias no siempre podéis vigilar su asociación con jóvenes, como quisierais hacerlo, visiten ellos entonces a vuestros hijos en vuestra presencia; y en ningún caso permitáis que esos amigos duerman en la misma cama, ni aun en la misma habitación. Será mucho más fácil evitar un mal que curarlo después. . . .
Ellos [los padres] les permiten visitar a otros amigos jóvenes, amistades formadas por su cuenta, y aun alejarse del cuidado paternal, a cierta distancia del hogar, donde tienen la libertad de hacer lo que les plazca. Satanás aprovecha tales oportunidades y toma posesión de la mente de esos hijos cuyas madres exponen ignorantemente a sus astutas trampas (Appeal to Mothers, págs. 13, 14).
La alimentación es importante.
No podéis despertar la sensibilidad moral de vuestros hijos si no sois cuidadosos en la elección de su alimento. Las mesas que los padres generalmente preparan para sus hijos son una trampa para ellos (Testimonies, tomo 2, pág. 400).
Los padres indulgentes no enseñan a sus hijos el dominio propio. El mismo alimento que les colocan por delante es tal que les irrita el estómago. La excitación que así se produce se comunica al cerebro, 434 y como resultado se despiertan las pasiones. No se puede repetir con demasiada frecuencia que todo lo que entra en el estómago afecta no sólo al cuerpo, sino finalmente también a la mente. El alimento pesado y estimulante afiebra a la sangre, excita el sistema nervioso y con demasiada frecuencia embota la percepción moral, de modo que la razón y la conciencia son dominadas por los impulsos sensuales. Es difícil, y con frecuencia casi imposible, que tenga paciencia y dominio propio el que es intemperante en la alimentación. De aquí la importancia especial de permitir a los niños, cuyos caracteres todavía no se han formado, que participen solamente de alimento saludable y no estimulante. Nuestro Padre celestial envió con amor la luz de la reforma pro salud para preservarnos contra los males de la complacencia desenfrenada del apetito (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 134).
Si hubo alguna vez un tiempo en que la alimentación debía ser de la clase más sencilla, es ahora. No debe ponerse carne delante de nuestros hijos. Su influencia tiende a excitar y fortalecer las pasiones inferiores, y tiende a amortiguar las facultades morales (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 259).
La limpieza es importante.
El baño frecuente es muy beneficioso, especialmente por la noche, antes de acostarse, o al levantarse por la mañana. Se necesitarán sólo unos pocos momentos para dar un baño a los niños y frotar su cuerpo hasta que entren en calor. Esto lleva la sangre a la superficie aliviando el cerebro, y habrá menos inclinación para la complacencia en prácticas impuras. Enseñad a los pequeños que Dios no se agrada al verlos con su cuerpo sucio y con ropas desaseadas y rotas. Decidles que él quiere que sean puros por fuera y por 435 dentro para poder morar en ellos (Christian Temperance and Bible Hygiene, págs. 141, 142).
Ropas limpias y amplias.
La ropa limpia y aseada será uno de los medios para conservar los pensamientos puros y amables. Cada prenda de vestir debe ser llana y sencilla, sin adornos innecesarios, de modo que dé poco trabajo lavarla y plancharla. Especialmente cada prenda que esté en contacto con la piel debe ser limpia y libre de cualquier olor ofensivo. El cuerpo de los niños no debiera ser tocado por nada de carácter irritante, ni se debiera

permitir que su ropa los apriete en forma alguna. Sí se prestara más atención a este asunto, se practicaría mucho menos impureza (Id., pág. 142).

No los dejéis sin ejercicio.

En extenso grado se exime [a los jóvenes] de ejercicio físico por temor a que trabajen demasiado. Los padres mismos llevan las cargas que sus hijos debieran llevar. Es malo trabajar con exceso, pero los resultados de la indolencia son más temibles. La ociosidad conduce a la práctica de hábitos corrompidos. La laboriosidad no cansa ni agota una quinta parte de lo que rinde el hábito pernicioso del abuso propio [masturbación]. Si el trabajo sencillo y bien regulado agota a vuestros hijos, tened la seguridad, padres, de que hay, además del trabajo, algo que enerva su organismo y les produce una sensación de cansancio continuo. Dad a vuestros hijos trabajo físico para que pongan en ejercicio los nervios y los músculos. El cansancio que acompaña a un trabajo tal, disminuirá su inclinación a participar en hábitos viciosos (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 255, 256).

La indolencia es una puerta abierta para la tentación.

Madres, dad a vuestros hijos suficiente trabajo. . . . La indolencia no será favorable para la salud física, mental y moral. Abre la puerta de par en par e invita a Satanás para que entre. El aprovecha 436 la oportunidad y atrapa a los jóvenes en sus trampas. Debido a la indolencia, no sólo se debilita la fuerza moral y se aumenta el impulso de la pasión, sino que los ángeles de Satanás se posesionan de toda la ciudadela de la mente y obligan a la conciencia a rendirse a la pasión vil. Debiéramos enseñar a nuestros hijos hábitos de paciente laboriosidad (Appeal to Mothers, págs. 18, 19).

Dios no dejará que perezcan los arrepentidos.

Debéis animar a vuestros hijos pues un Dios misericordioso aceptará el corazón verdaderamente arrepentido y bendecirá sus esfuerzos para limpiarse de toda inmundicia de carne y espíritu. Cuando Satanás vea que está perdiendo el dominio de la mente de vuestros hijos, los tentará fuertemente y procurará atarlos para que continúen con la práctica de este vicio seductor. Pero con un firme propósito deben resistir las tentaciones de Satanás de complacer las pasiones animales porque son pecado contra Dios. No debieran aventurarse en terreno prohibido, donde Satanás puede dominarlos. Si ellos, con humildad, ruegan a Dios que les dé pureza de pensamientos y una imaginación refinada y santificada, él los oirá y les concederá sus peticiones. Dios no los dejará que perezcan en sus pecados, sino que ayudará al débil y desvalido si se entregan a él con fe (Id., págs. 22, 23). 437

CAPÍTULO 72. La Batalla por la Reforma

Se necesitan un sincero arrepentimiento y un esfuerzo determinado.

Los que corrompen su cuerpo no pueden gozar del favor de Dios a menos que se arrepientan sinceramente, hagan una reforma completa y entren en perfecta santidad en el temor del Señor (Appeal to Mothers, pág. 29).

La única esperanza para los que practican hábitos viles es dejarlos para siempre si es que estiman de algún valor la salud temporal y la salvación en el más allá. Cuando se ha consentido en estos hábitos durante un buen tiempo, se requiere un esfuerzo determinado para resistir a la tentación y rehusar la complacencia corrupta (Id., pág. 27).

Deben dominarse los pensamientos.*

Ud. debe dominar sus pensamientos. Esta no será una tarea fácil; no puede realizarla sin un íntimo y aun severo esfuerzo. . . . Si Ud. consiente en vanas imaginaciones, permitiendo que su mente se ocupe de temas impuros, en cierto grado es tan culpable delante de Dios como si sus pensamientos se tradujeran en acción. Todo lo que impide la acción es la falta de oportunidad. . . Forjar fantasías es un hábito malo y excesivamente peligroso. Una vez que se ha establecido, es casi imposible romper con un hábito tal y dirigir los pensamientos a temas puros, santos y elevadores. Ud. tiene que convertirse en un fiel centinela que vigile sus ojos, oídos y todos sus sentidos si desea dominar su mente e impedir que vanos y corruptos pensamientos mancillen su alma. El poder de la gracia únicamente puede realizar esta obra tan deseable (Testimonies, tomo 2, pág. 561). 438

Someted las pasiones y los afectos a la razón.*

No sólo Dios requiere que Ud. controle sus pensamientos, sino también sus pasiones y afectos. Su salvación depende de que Ud. se gobierne en estas cosas. La pasión y los afectos son instrumentos poderosos. Si se aplican mal, si se ejercen con motivos equivocados, si son mal colocados, son poderosos para realizar su ruina y dejarla como a una náufraga desvalida, sin Dios y sin esperanza.

La imaginación debe ser dominada positiva y persistentemente si las pasiones y los afectos han de ser sometidos a la razón, la conciencia y el carácter. . . .

A menos que Ud. refrene sus pensamientos, su lectura y sus palabras, su imaginación quedará afectada sin esperanzas. Lea su Biblia atentamente y con oración, y será guiada por sus enseñanzas. Esta es su seguridad (Id., págs. 561-563).

Cerrad los sentidos para que no entre el mal.

Los que deseen tener aquella sabiduría que proviene de Dios, no deben llegar a ser necios en el conocimiento pecaminoso de este siglo a fin de ser sabios. Deben cerrar los ojos para que no vean ni aprendan el mal. Deben cerrar los oídos no sea que oigan lo que es malo y obtengan ese conocimiento que mancharía la pureza de sus pensamientos y actos, y deben guardar su lengua para que no profieran palabras corruptas y se encuentre engaño en su boca (Appeal to Mothers, pág. 31).

Evitad leer y ver cosas que sugerirán pensamientos impuros. Cultivad las facultades morales e intelectuales (Testimonies, tomo 2, pág. 410).

Evitad la inactividad unida al estudio excesivo.

El estudio excesivo, al hacer aumentar la afluencia 439 de sangre al cerebro, crea una excitabilidad mórbida que tiende a disminuir el poder del dominio propio, y con demasiada frecuencia da preponderancia al impulso o al capricho. De este modo se abre la puerta a la impureza. El uso indebido o la falta de uso de las facultades físicas es, en gran parte, la causa de la corriente de corrupción que se extiende por el mundo. "La soberbia, la hartura de pan, y el reposo próspero" son enemigos tan fatales del progreso humano en esta generación, como cuando causaron la destrucción de Sodoma. Los maestros deberían comprender estas cosas e instruir a los alumnos en estos ramos. Enséñese a los estudiantes que la vida recta depende del pensar recto y que la actividad física es esencial para la pureza del pensamiento (La Educación, pág. 205).

No hay tiempo para vacilaciones.

La pureza de la vida y un carácter plasmado según el Modelo divino no se obtienen sin ferviente esfuerzo y principios bien determinados. Una persona vacilante no tendrá éxito en alcanzar la perfección cristiana. La tal será pesada en balanza y hallada falta. Como un león rugiente, Satanás busca a su presa. Ensaya sus trampas en cada joven desprevenido. . . . Satanás dice a los jóvenes que hay tiempo suficiente todavía, que pueden complacerse en el vicio y el pecado esta sola vez y nunca más. Pero esa sola complacencia envenenará toda su vida. No os aventuréis ni una vez en terreno prohibido. En este peligroso día del mal, cuando las tentaciones al vicio y la corrupción están por doquiera, elévese al cielo el ferviente y cordial clamor de la juventud: "¿Con qué limpiará el joven su camino?" Y ojalá se abran sus oídos y su corazón se incline para obedecer la instrucción dada en la respuesta: "Con guardar tu Palabra" (Testimonies, tomo 2, págs. 408, 409). 440

Todos son responsables por sus actos mientras estén en este mundo de prueba. Todos tienen poder para controlar sus acciones si lo desean. Si son débiles en la virtud y la pureza de los pensamientos y actos, pueden obtener ayuda del Amigo de los desvalidos. Jesús está familiarizado con todas las debilidades de la naturaleza humana, y si se le suplica, dará fortaleza para vencer las más poderosas tentaciones. Todos pueden obtener esta fortaleza si la buscan con humildad (Appeal to Mothers, pág. 31).

La única seguridad para los jóvenes en esta era de corrupción es confiar en Dios. Sin la ayuda divina, serán incapaces de dominar las pasiones y apetitos humanos. En Cristo está la ayuda que justamente necesitan, pero cuán pocos vendrán a él en procura de aquella ayuda. Jesús dijo cuando estaba en la tierra: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Todos pueden vencer en Cristo. Podéis decir con el apóstol: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó". Y otra vez: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre" (Testimonies, tomo 2, pág. 409).

Se puede encontrar verdadero placer en Cristo.

La única seguridad firme para nuestros hijos contra cualquier práctica viciosa es procurar ser admitidos en el aprisco de Cristo y ser entregados al cuidado del fiel y leal Pastor. El los salvará de todo mal, los resguardará de todo peligro si escuchan su voz que dice: "Mis ovejas oyen mi voz, . . . y me siguen". En Cristo ellas encontrarán pasto, obtendrán fortaleza y esperanza y no serán turbadas con anhelos inquietantes de algo que distraiga la mente y satisfaga el corazón. Han encontrado la perla de gran precio y la mente está en un descanso apacible. Sus placeres son de un carácter puro, apacible, elevado y celestial. No dejan tras si penosas reflexiones ni remordimientos. Tales placeres no dañan 441 la salud ni postran la mente, sino que son de una naturaleza saludable.

La comunión con Dios y el amor a él, la práctica de la santidad, la destrucción del pecado, todos son agradables. La lectura de la Palabra de Dios no fascinará la imaginación ni inflamará las pasiones como los ficticios libros de fantasía, sino que suaviza, ablanda, eleva y santifica el corazón. Cuando están en dificultades, cuando son asaltados por fieras tentaciones, tienen el privilegio de la oración. ¡Qué exaltado privilegio! Los seres finitos, de polvo y ceniza, admitidos por la mediación de Cristo en la cámara de

audiencia del Altísimo. Con tales prácticas, el alma es colocada dentro de una sagrada proximidad de Dios y es renovada en conocimiento y verdadera santidad y fortalecida contra los asaltos del enemigo (Appeal to Mothers, págs. 23, 24). 443

SECCION XVII - EL DESPERTAR DE LAS FACULTADES ESPIRITUALES

CAPÍTULO 73. La Responsabilidad por los Intereses Eternos

Nuestros días son de especial peligro para los niños.

Estamos viviendo en una época desdichada para los niños. Se siente una fuerte corriente que arrastra hacia abajo, hacia la perdición, y se necesita algo más que una experiencia y fuerza de niño para remontar esa corriente y no ser llevado por ella. Los jóvenes en general parecen cautivos de Satanás y éste y sus ángeles los llevan a una destrucción segura. Satanás y sus huestes hacen guerra contra el gobierno de Dios. A todos los que tienen deseo de entregar su corazón al Señor y de obedecer sus requerimientos, Satanás tratará de hacerles sufrir perplejidades y de vencerlos con sus tentaciones, a fin de que se desalienten y renuncien a la lucha (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 147).

Nunca necesitamos una relación más íntima con Dios como hoy día. Uno de los mayores peligros que acosan al pueblo de Dios siempre ha sido el conformarse con las máximas y las costumbres mundanas. Los jóvenes especialmente están en constante peligro. Los padres y las madres debieran estar en guardia contra las artimañas de Satanás. Mientras él procura efectuar la ruina de sus hijos, no se engañen los padres a sí mismos pensando que no hay un peligro particular. No den pensamiento y cuidado a las cosas de este mundo al paso que descuiden los 444 intereses más elevados y eternos de sus hijos (Review and Herald, 13-6-1882).

Los padres en general son indiferentes.

Es triste cuando los padres se enfrían en su vida espiritual y debido a su piedad que se desvanece y a su falta de devoción a Dios, no comprenden la elevada responsabilidad que recae sobre ellos de preparar paciente y plenamente a sus hijos para que guarden los caminos del Señor (Signs of the Times, 17-9-1894).

Por regla general, los padres hacen todo lo que pueden para no capacitar a sus hijos para las serias realidades de la vida, para las dificultades que los rodearán en lo futuro, cuando se demandará de ellos que decidan entre lo correcto y lo erróneo y cuando se verán sometidos a fuertes tentaciones. Entonces ellos serán hallados débiles cuando debieran ser fuertes. Vacilarán en los principios y el deber, y la humanidad sufrirá por su debilidad (Pacific Health Journal, enero de 1890).

Se descuida la obra importantísima.

Una razón por la cual hay tanto mal en el mundo hoy, estriba en que los padres ocupan su mente en otras cosas, con exclusión de la obra que es de suma importancia: la tarea de enseñar a sus hijos el camino del Señor con paciencia y bondad (Consejos para los Maestros, pág. 99).

Las madres pueden haber adquirido el conocimiento de muchas cosas, pero no han obtenido el conocimiento esencial a menos que tengan un conocimiento de Cristo como Salvador personal. Si Cristo está en el hogar, si las madres lo han hecho su Consejero, educarán a sus hijos desde su misma niñez en los principios de la verdadera religión (Sings of the Times, 22-7-1889).

Se entrega el dominio a Satanás.

Debido a que los hombres y mujeres no obedecen a Dios, sino que eligen sus propios caminos y siguen su propia imaginación 445 pervertida, se permite a Satanás que levante su bandera infernal en sus familias y haga sentir su poder en las criaturas, los niños y los jóvenes. Su voz y voluntad se expresan en las voluntades rebeldes y caracteres torcidos de los hijos, y mediante ellos ejerce un poder dominante y lleva a cabo sus planes. Dios es deshonrado por la manifestación de caracteres perversos, que no lo reverencian e inducen a obedecer las sugestiones de Satanás. El pecado cometido por los padres al permitir a Satanás que domine va más allá de toda comprensión (Testimonies, tomo 5, pág. 325).

Muchos padres por su preparación, por su necia condescendencia e indulgencia de los gustos y apetitos, se hacen responsables de los torcidos caminos y caracteres de sus hijos. Satanás puede dominar todo el ser por esa disposición de desobedecer las leyes de Dios. A diferencia de Abrahán, los padres no guían a su casa en pos de ellos. ¿Y cuál es el resultado? Los niños y jóvenes están bajo la bandera rebelde. No se dejan guiar, sino que están determinados a seguir su propia voluntad. La única esperanza para los niños es enseñarles el dominio propio y no la condescendencia (Carta 117, 1898).

Una severa batalla delante de los niños indisciplinados.

Los niños que son así criados sin disciplina, tienen que aprenderlo todo cuando profesan seguir a Cristo. Toda su experiencia religiosa queda afectada por la crianza que han recibido en su niñez. Muchas veces aparece el mismo carácter voluntarioso, la misma falta de abnegación, la misma impaciencia bajo los reproches, el mismo amor propio y mala voluntad para aceptar consejos ajenos, o para recibir la influencia de los juicios

ajenos, la misma indolencia, el mismo espíritu de rehuir las cargas y de negarse a llevar responsabilidades. Todo esto se ve en su relación con la iglesia. Para los tales es posible 446 vencer; pero ¡Cuán dura es la lucha que les aguarda y cuán severo el conflicto! ¡Cuán duro es pasar por el curso de disciplina cabal necesario para alcanzar la elevación del carácter cristiano! Sin embargo, si llegan a vencer al fin, les será permitido ver, antes de ser trasladados, cuánto se acercaron al precipicio de la destrucción eterna, por haberles faltado la debida preparación en la juventud, por no haber aprendido a someterse en la niñez (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 79).

Fortaleced contra las influencias corruptoras.

Padres, habéis tomado la responsabilidad de traer niños al mundo sin su consentimiento, y sois responsables por la vida y el alma de vuestros niños. Ellos sienten las atracciones del mundo que los fascinan y subyugan. Podéis educarlos de modo que se fortalezcan contra sus influencias corruptoras. Podéis prepararlos para que lleven las responsabilidades de la vida y comprendan sus obligaciones hacia Dios, la verdad y el deber y las consecuencias que tendrán sus acciones en su vida futura inmortal (Sings of the Times, 9-12-1875).

Los jóvenes de nuestros días ignoran las maquinaciones de Satanás. Por lo tanto, los padres debieran estar alerta en estos tiempos peligrosos, trabajando con perseverancia y laboriosidad para protegerlos del primer ataque del enemigo. Debieran instruir a sus hijos cuando están en el hogar, o cuando van por el camino, al levantarse y al acostarse (Id., 26-2-1880).

Debe ejercerse eterna vigilancia para que los hijos sean guiados por sendas de justicia. Satanás comienza su obra en ellos desde su más tierna infancia y crea deseos de lo que Dios ha prohibido. La seguridad de los niños depende grandemente, de la vigilancia y cuidado de los padres sobre ellos (Review and Herald, 13-3-1894). 447

Los padres no deben permitir que cosa alguna les impida dar a sus hijos todo el tiempo necesario para hacerles comprender lo que significa obedecer al Señor y confiar plenamente en él (Consejos para los Maestros, pág. 99).

Padres, despertad de vuestra somnolencia mortal.

Debido a la indiferencia de sus padres, muchos hijos son inducidos a sentir que sus padres no se preocupan por sus almas. Esto no debiera ser así sino que los que tienen hijos debieran manejar de tal manera sus asuntos domésticos y sus negocios que nada pueda interferir entre ellos y los hijos para disminuir la influencia de los padres en llevarlos a Cristo. Debéis enseñar a vuestros hijos la lección del amor de Jesús, para que sean puros de corazón, conducta y conversación. . . .

El Señor obraría sobre el corazón de los hijos si los padres tan sólo cooperaran con los agentes divinos, pero él no tratará de hacer lo que os ha sido asignado como vuestra parte de la obra. Padres, debéis despertar de vuestra somnolencia mortal (Review and Herald, 25-10-1892).

Nuestra gran esperanza es la religión del hogar.

Los padres duermen. Sus hijos van a la destrucción delante de sus ojos y el Señor quiere que sus mensajeros presenten delante de la gente, por precepto y ejemplo, la necesidad de la religión del hogar. Instad a vuestras congregaciones en cuanto a este asunto. Impresionad en la conciencia la convicción de estos solemnes deberes, por tan largo tiempo descuidados. Esto quebrantará el espíritu de farisaísmo y resistencia a la verdad más que ninguna otra cosa. La religión en el hogar es nuestra gran esperanza e ilumina la perspectiva de la conversión de toda la familia a la verdad de Dios (Manuscrito 21, 1894).

El poder de Satanás puede ser quebrantado.

Los padres tienen una responsabilidad más seria de lo 448 que se imaginan. Los hijos tienen una herencia de pecado. El pecado los ha separado de Dios. Jesús dio su vida para unir con Dios los eslabones rotos. Debido a su relación con el primer Adán, los hombres sólo reciben culpabilidad y la sentencia de muerte. Pero Cristo interviene y pasa por el terreno donde cayó Adán, soportando todas las pruebas en lugar del hombre. . . . El perfecto ejemplo de Cristo y la gracia de Dios le son dados para capacitarlo, para preparar a sus hijos e hijas para ser hijos e hijas de Dios. Enseñándoles, línea sobre línea, mandamiento sobre mandamiento, cómo entregar el corazón y la voluntad a Cristo se quebranta el poder de Satanás (Carta 68, 1899).

Padres y madres, con plena seguridad de fe suplicad con vuestros hijos e hijas. No escuchen ellos una palabra impaciente de vuestros labios. Si es necesario, presentad a vuestros hijos una confesión sincera por haberles permitido seguir en la senda de la vanidad y del desagrado del Señor, quien no retuvo a su Hijo de un mundo perdido, para que todos pudieran recibir perdón del pecado. . . .

Padres y madres, que de diferentes maneras habéis condescendido con vuestros hijos para su daño, Dios desea que redimáis el tiempo. Prestad atención mientras se dice hoy (Carta 66, 1910).

Los padres tienen el más noble campo misionero.

Haced la obra de vuestra vida en formar los caracteres de vuestros hijos de acuerdo con el Modelo divino. El que ellos posean alguna vez el adorno interno, el ornamento de un espíritu humilde y tranquilo, será porque perseverantemente los habéis preparado para amar las enseñanzas de la Palabra de Dios y para buscar la aprobación de Jesús por encima de la aprobación del mundo (Review and Herald, 9-10-1883). 449
Como obreros para Dios, nuestra obra ha de comenzar con los que están más cerca. Debe principiar en nuestro propio hogar. No hay un campo misionero más importante que éste (Manuscrito 19, 1900).
Necesitamos fervor misionero en nuestros hogares para que podamos presentar la Palabra de vida delante de los miembros de nuestra familia e inducirlos a buscar un hogar en el reino de Dios (Manuscrito 101, 1908).
La dirección e instrucción de los niños es la obra misionera más noble que cualquier hombre o mujer pueda emprender (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 463).
Como artistas, los padres han de modelar la arcilla viviente.
Cuán ferviente y perseverantemente trabaja el artista para transferir al lienzo una perfecta semejanza de su modelo; y cuán diligentemente cincela y esculpe el escultor la piedra para que tome la forma del modelo que sigue. Así también los padres debieran trabajar para dar forma, pulir y refinar a sus hijos de acuerdo con el modelo dado a ellos en Cristo Jesús. Así como el paciente artista estudia y trabaja, y forma planes para hacer perfectos los resultados de su obra, así los padres debieran considerar tiempo bien invertido el que es ocupado en preparar a los hijos para vidas útiles y en capacitarlos para el reino inmortal. El trabajo del artista es pequeño y sin importancia comparado con el del padre. El primero trabaja con material inerte, con el cual produce formas bellas; pero el segundo trata con un ser humano cuya vida puede ser modelada para bien o para mal, para bendecir a la humanidad o para maldecirla; para salir a las tinieblas, o para vivir para siempre en un mundo futuro sin pecado (Pacific Health Journal, mayo de 1890). 450
Tened como blanco la perfección.
Cristo una vez fue niñito. Honrad a los niños debido a él. Consideradlos como un depósito sagrado, no para ser mimados y convertidos en ídolos, sino para enseñarles a vivir vidas puras y nobles. Son la propiedad de Dios. El los ama y os llama para que cooperéis con él al enseñarles a formar caracteres perfectos. El Señor requiere la perfección de su familia redimida.
Espera de nosotros la perfección que Cristo reveló en su humanidad. Los padres y madres necesitan especialmente comprender los mejores métodos de preparar a sus hijos para que puedan cooperar con Dios (Manuscrito 19, 1900).
Se necesitan padres convertidos.
Día y noche me siento abrumada con el pensamiento de nuestra gran necesidad de padres convertidos. Cuántos hay que necesitan humillar el corazón delante de Dios y relacionarse correctamente con el cielo si quieren ejercer influencia salvadora en su familia. Debieran saber lo que deben hacer para heredar la vida eterna si es que quieren preparar a sus hijos para la herencia de los redimidos. Cada día debieran recibir la luz del cielo en su alma, las impresiones del Espíritu Santo en su corazón y mente. Cada día debieran recibir la Palabra de verdad y debieran permitirle que controlara la vida (Manuscrito 53, 1912).
Grandes responsabilidades descansan sobre los padres ellos debieran esforzarse fervientemente para cumplir esta misión asignada por Dios. Cuando vean la necesidad de doblegar todas las energías del ser para la obra de preparar a sus hijos para Dios, desaparecerá una gran porción de la frivolidad y fingimiento innecesarios que ahora se ven. Considerarán que ningún sacrificio ni ninguna tarea son demasiado grandes para capacitarlos a prepararse para encontrarse con el Señor con gozo. Esta es 451 una parte preciosísima de su servicio como seguidores de Dios, y ellos no pueden permitirse descuidarla (Manuscrito 27, 1911).
Mirad constantemente a Jesús.
Padres, . . . emplead toda fibra moral y muscular en el esfuerzo para salvar a vuestra pequeña grey. Las potencias del infierno se unirán para su destrucción, pero Dios plantará en vuestro favor bandera contra el enemigo. Orad mucho más de lo que oráis. Con amor y ternura, enseñad a vuestros hijos a ir a Dios como a su Padre celestial. Por vuestro ejemplo, enseñadles el dominio propio, y el ser serviciales. Decidles que Cristo no vivió para agradarse a sí mismo.
Recoged los rayos de luz divina que brillan sobre vuestra senda. Andad en la luz como Cristo está en la luz. Al emprender la obra de ayudar a vuestros hijos a servir a Dios, vendrán las pruebas más provocadoras; pero no perdáis vuestra confianza; aferraos a Jesús. El dice: "Echen mano . . . de mi fortaleza, y hagan paz conmigo. ¡Sí, que hagan paz conmigo!" (Isa. 27: 5). Se presentarán dificultades; encontraréis obstáculos; pero mirad constantemente a Jesús. Cuando se presenta una emergencia, preguntad: "¿Señor, qué debo hacer ahora?" Si os negáis a inquietaros o reñir, el Señor os mostrará el camino. El os enseñará a usar del talento del habla de una manera tan cristiana que la paz y el amor reinarán en el hogar. Siguiendo una conducta consecuente,

podréis ser evangelistas en el hogar, ministros de la gracia para vuestros hijos (Consejos para los Maestros, págs. 120, 121).
Este trabajo recompensa.
Cuesta algo el llevar a los hijos por los caminos de Dios. Cuesta las lágrimas de una madre y las oraciones de un padre. Requiere incansables esfuerzos de enseñanza paciente, un poco aquí y otro poco allá. Pero esta obra 452 recompensa. De esta manera los padres pueden construir un baluarte alrededor de sus hijos con el cual preservarlos del mal que esta anegando nuestro mundo (Review and Herald, 9-7-1901). 453
CAPÍTULO 74. Cada Hogar una Iglesia
Los padres han de ser representantes de Dios.
Cada familia debiera ser una iglesia en la vida familiar, un bello símbolo de la iglesia de Dios en el cielo. Si los padres comprendieran su responsabilidad hacia sus hijos, en ninguna circunstancia los regañarían ni se impacientarían. Esta no es la educación que debiera darse a ningún niño. Muchísimos hijos han aprendido a ser criticones, regañones, quejosos y apasionados, porque se les permitió dar curso a sus pasiones en el hogar. Los padres deben considerar que están en el lugar de Dios para sus hijos, para fomentar cada principio correcto y reprimir cada pensamiento equivocado (Carta 104, 1897).
Si los padres y maestros descuidan las cualidades morales de los niños, se pervertirán seguramente (Review and Herald, 30-3-1897).
La religión de la Biblia es la única salvaguardia.
Hablando en términos generales, los jóvenes sólo tienen poca fuerza moral. Este es el resultado de haber descuidado la educación en la niñez. Un conocimiento del carácter de Dios y nuestras obligaciones hacia él no debiera ser considerado como un asunto de poca importancia. La religión de la Biblia es la única salvaguardia para la juventud (Testimonies, tomo 5, pág. 24).
Felices son los padres cuya vida constituye un reflejo tan fiel de lo divino, que las promesas y las órdenes de Dios despiertan en el niño gratitud y reverencia; los padres cuya ternura, justicia y longanimidad interpretan para el niño el amor, la justicia y la longanimidad de Dios; los padres que, al enseñar al niño a amarlos, confiar en ellos y obedecerles, le enseñan a amar a su Padre celestial, a confiar en él y a obedecerle. Los padres que imparten 454 al niño un don tal le dotan de un tesoro más precioso que las riquezas de todos los siglos, un tesoro tan perdurable como la eternidad (Profetas y Reyes, págs. 184, 185).
La profesión no tiene valor sin la religión en el hogar.
Los actos diarios de la vida expresan la medida y el molde de nuestra disposición y carácter. Donde hay una falta de religión de hogar, una profesión de fe no tiene valor. Por lo tanto, no salgan palabras despiadadas de los labios de los que componen el círculo familiar. Sea fragante la atmósfera con tierna consideración para otros. Tan sólo entrarán en el cielo los que en el tiempo de prueba han formado un carácter que respira una influencia celestial. El que sea santo en el cielo, debe ser primero santo en la tierra (Signs of the Times, 14-11-1892).
Lo que hará el carácter amable en el hogar es lo que lo hará amable en las mansiones celestiales. La medida de vuestro cristianismo es calibrada por el carácter de vuestra vida familiar. La gracia de Cristo capacita a su poseedor para hacer del hogar un lugar feliz, lleno de paz y descanso. A menos que tengáis el espíritu de Cristo, no sois suyos y nunca veréis a los santos redimidos en su reino, que han de ser uno con Cristo en el cielo bienaventurado. Dios desea que os consagréis plenamente a él y representéis su carácter en el círculo familiar (Ibid.).
La obra de santificación comienza en el hogar. Los que son cristianos en el hogar serán cristianos en la iglesia y en el mundo. Hay muchos que no crecen en la gracia porque fallan en el cultivo de la religión del hogar (Id., 17-2-1904).
Los padres como educadores en la iglesia del hogar.
Hablo a padres y a madres: Podéis ser educadores en vuestras iglesias del hogar; podéis ser agentes misioneros espirituales. Sientan los padres y las madres la necesidad de ser misioneros en el 455 hogar, la necesidad de mantener la atmósfera del hogar libre de la influencia de palabras despiadadas y apresuradas, y la escuela del hogar será un lugar donde los ángeles de Dios podrán entrar para bendecir y dar éxito a los esfuerzos que se hagan (Manuscrito 33, 1908).
Considerad la institución familiar como una escuela de preparación, preparatoria para la realización de los deberes religiosos. Vuestros hijos han de desempeñar una parte en las actividades de la iglesia, y cada facultad de la mente, cada capacidad física ha de ser conservada fuerte y activa para el servicio de Cristo. Ellos han de ser enseñados en el amor de la verdad porque es verdad; han de ser santificados por la verdad para que puedan soportar la gran inspección que se realizará antes de mucho para determinar la idoneidad de cada uno para

entrar en la escuela superior y convertirse en miembro de la familia real, hijo del Rey celestial (Manuscrito 12, 1898).
Deben vivir vidas consecuentes.
Todo deja su huella en la mente juvenil. El semblante es estudiado, la voz tiene su influencia y el comportamiento es cuidadosamente imitado por los jóvenes. Los padres y madres regañones y malhumorados están dando a sus hijos lecciones que ojalá pudieran desaprender. Ellos [los hijos] en algún período de sus vidas darán [esas mismas lecciones] a todo el mundo. Los hijos deben ver en la vida de sus padres una estabilidad que esté de acuerdo con su fe. Viviendo una vida consecuente y ejerciendo dominio propio, los padres pueden modelar el carácter de sus hijos (Testimonies, tomo 4, pág. 621).
Preparad a los hijos como obreros para Cristo.
Los que están unidos por vínculos sanguíneos se exigen mucho mutuamente. Los miembros de la familia debieran manifestar bondad y el amor más 456 tierno. Las palabras habladas y los hechos realizados debieran estar en armonía con los principios cristianos. En esta forma, el hogar puede ser una escuela donde se preparen obreros para Cristo.
El hogar ha de ser considerado como un lugar sagrado. . . . Cada día de nuestra vida debiéramos rendirnos a Dios. Así podremos recibir ayuda especial y ganar victorias diarias. La cruz ha de llevarse diariamente. Debiera prevenirse cada palabra, pues somos responsables ante Dios por representar en nuestras vidas, hasta donde sea posible, el carácter de Cristo (Manuscrito 140, 1897).
Un error fatal que muchos cometen.
¿Podemos educar a nuestros hijos para una vida de convencionalismo respetable, una vida en que profesen ser cristianos, pero que carezca de abnegación, una vida para la cual el veredicto de Aquel que es la verdad, sea: "No os conozco"? Miles lo hacen. Piensan asegurar a sus hijos los beneficios del Evangelio, mientras niegan su espíritu. Pero esto no es posible. Los que rechazan el privilegio del compañerismo con Cristo en el servicio, rechazan la única preparación que imparte idoneidad para participar con él en la gloria. Rechazan la preparación que en esta vida da fuerza y nobleza de carácter. Más de un padre y una madre que negaron sus hijos a la cruz de Cristo, se percataron demasiado tarde de que de ese modo los entregaban al enemigo de Dios y del hombre. Sellaron su ruina, no sólo para la vida futura, sino para la presente. La tentación los venció. Llegaron a ser una maldición para el mundo, el dolor y la vergüenza de los que les dieron el ser (La Educación, pág. 257).
No sabemos en qué ramo de actividad serán llamados a servir nuestros hijos. Pasarán tal vez su vida dentro del círculo familiar; se dedicarán quizá a las vocaciones comunes de la vida, o irán a enseñar 457 el Evangelio en las tierras paganas. Pero tordos por igual son llamados a ser misioneros para Dios, dispensadores de misericordia para el mundo. Han de obtener una educación que les ayudará a mantenerse de parte de Cristo para servirle con abnegación (Profetas y Reyes, pág. 185).
Enseñadles a depender de la ayuda divina.
Si queréis que vuestros hijos posean facultades magnificadas para hacer el bien, enseñadles a aferrarse debidamente del mundo futuro. Si se los instruye para que dependan de la ayuda divina en sus dificultades y peligros, no les faltará poder para frenar la pasión y dominar las tentaciones interiores de hacer lo malo. La relación con la Fuente de sabiduría dará luz y la facultad de discernimiento entre lo correcto y lo erróneo. Los que estén así dotados se harán fuertes moral e intelectualmente, y tendrán conceptos más claros y mejor juicio aun en los asuntos temporales (Pacific Health Journal, enero de 1890).
La salvación asegurada mediante la fe y la confianza.
Podemos tener la salvación de Dios en nuestra familia; pero debemos creer en ella, vivir para ella y tener una continua y permanente fe y confianza en Dios. . . . La restricción que la Palabra de Dios nos impone es para nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestra familia y de todo lo que nos rodea. Refina nuestro gusto, santifica nuestro juicio y proporciona paz a la mente y al fin la vida eterna. . . . Los ángeles ministradores permanecerán en nuestras moradas y con gozo llevarán al cielo las nuevas de nuestro progreso en la vida divina y el ángel registrador efectuará un registro alegre y feliz (Signs of the Times, 17-4-1884).
El Espíritu de Cristo será una influencia permanente en la vida del hogar. Si hombres y mujeres 458 abren el corazón a la influencia celestial de la verdad y el amor, estos principios fluirán como manantiales en el desierto, refrigerando todo y haciendo que la frescura aparezca donde hay ahora esterilidad y escasez (Manuscrito 142, 1898).
Vuestros hijos llevarán del hogar la preciosa influencia de la educación hogareña. Por lo tanto, trabajad en el círculo del hogar, en los primeros años de la vida de los hijos, y ellos llevarán vuestra influencia al aula; esa influencia será sentida por muchos otros. Así será glorificado el Señor (Ibid.). 459

CAPÍTULO 75. La Conducción de los Niñitos a Cristo
¿Cuán precozmente pueden llegar a ser cristianos los niños?
En la niñez la mente fácilmente se impresiona y se modela, y entonces es cuando los muchachos y las niñas debieran ser enseñados a amar y honrar a Dios (Manuscrito 115, 1903).
Dios quiere que todo niño de tierna edad sea su hijo, adoptado en su familia. Por muy jóvenes que sean, pueden ser miembros de la familia de la fe, y tener una experiencia muy preciosa. Pueden tener corazones tiernos, y dispuestos a recibir impresiones duraderas. Pueden sentir sus corazones atraídos en confianza y amor hacia Jesús, y vivir para el Salvador. Cristo hará de ellos pequeños misioneros. Toda la corriente de sus pensamientos puede cambiarse, de manera que el pecado aparezca, no como cosa que se pueda disfrutar, sino a la cual hay que rehuir y odiar (Consejos para los Maestros, pág. 130).
La edad no tiene importancia.
Una vez se preguntó a un eminente teólogo qué edad debería tener un niño antes de que fuera razonable esperar que fuera cristiano. "La edad no tiene nada que ver", fue la respuesta. "El amor a Jesús, la confianza, la calma, la fe, son cualidades que condicen con la naturaleza del niño. Tan pronto como un niño puede amar a su madre y confiar en ella, puede amar a Jesús y confiar en él como en el Amigo de su madre. Jesús será el Amigo del niño, amado y honrado".
En vista de esta declaración veraz, ¿podrán ser demasiado cuidadosos los padres en el precepto y el ejemplo que presenten delante de esos ojitos vigilantes y esos sentidos aguzados? Nuestra religión 460 debiera ser práctica. Se necesita en nuestros hogares tanto como en la casa de culto. No debiera haber nada frío, severo y repulsivo en nuestro comportamiento, sino que debiéramos mostrar, mediante la bondad y la simpatía, que poseemos corazones cálidos y amantes. Jesús debiera ser el Huésped honrado en el círculo familiar. Debiéramos conversar con él, traerle todas nuestras cargas y conversar de su amor, su gracia y su perfección de carácter. ¡Qué lección podría ser dada diariamente por padres piadosos si llevaran todas sus dificultades a Jesús, el Portador de las cargas, en vez de regañar y refunfuñar por los cuidados y perplejidades que no pueden evitar! Puede enseñarse a los pequeños que vuelvan la mente a Jesús como las flores vuelven sus pétalos que se abren al sol (Good Health, enero de 1880).
El amor de Dios debiera ser enseñado en cada lección.
La primera lección que debe enseñarse a los niños es que Dios es su Padre. Debiera dársele esta lección en sus más tiernos años. Los padres deben comprender que son responsables delante de Dios por familiarizar a sus hijos con su Padre celestial. . . . En cada lección debe enseñarse que Dios es amor (Review and Herald, 6-6-1899).
Los padres y madres debieran enseñar del amor de Jesús a las criaturas, los niños y los jóvenes. Sean de Cristo los primeros balbuceos del nene (Id., 9-10-1900).
Cristo debiera estar relacionado con todas las lecciones dadas a los niños (Signs of the Times 9-2-1882).
El niño debiera estar relacionado con las cosas de Dios desde sus más tiernos años. Con palabras sencillas, cuéntele la madre acerca de la vida de Cristo en la tierra. Y más que esto, viva ella en su vida diaria la enseñanzas del Salvador. Muestre 461 a su hijo, por su propio ejemplo, que esta vida es una preparación para la vida venidera, un período concedido a los seres humanos en el cual pueden formar caracteres que les ganarán entrada en la ciudad de Dios (Manuscrito 2, 1903).
Necesitan más que un cuidado accidental.
Ha habido muy poca atención hacia los niños y jóvenes, y ellos no se han desarrollado como debieran en la vida cristiana porque los miembros de iglesia no los han considerado con ternura y simpatía deseando que pudieran avanzar en la vida divina (Review and Herald, 13-2-1913).
No se glorifica al Señor cuando se descuida o pasa por alto a los niños. . . . Necesitan más que una atención casual, más que una palabra de estímulo. Es necesario trabajar por ellos esforzada y cuidadosamente, y con oración. El corazón que está lleno de amor y simpatía alcanzará el corazón de los oyentes aparentemente negligentes y sin esperanza (Consejos sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 85).
Jesús dice: "Preparad a estos niños para mí".
Los padres debieran procurar comprender el hecho de que han de preparar a sus hijos para la corte de Dios. Cuando les confían los hijos, es lo mismo como si Cristo los colocara en sus brazos y dijera: "Preparad a estos niños para mí, para que puedan brillar en las cortes de Dios". Uno de los primeros sonidos que debiera llamar la atención es el nombre de Jesús y en sus más tiernos años debieran ser conducidos al escabel de la oración. Su mente debiera ser llenada con los relatos de la vida del Señor y su imaginación despertado con la descripción de las glorias del mundo venidero (Review and Herald, 18-2-1895).
Pueden tener una experiencia cristiana en la niñez.

Ayudad a vuestros hijos a prepararse para 462 las mansiones que Cristo ha ido a preparar para aquellos que le aman. Ayudadlos a cumplir el propósito de Dios para ellos. Vuestra instrucción sea tal que los ayude a ser un honor para Aquel que murió para asegurarles la vida eterna en el reino de Dios. Enseñadles a responder a la invitación: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Manuscrito 138, 1903).

Mi hermano y hermana, tenéis una obra sagrada que hacer en la preparación de vuestros hijos. Mientras son jóvenes, su corazón y mente son más receptivos a las impresiones correctas. . . . Enseñadles que tienen una parte individual que realizar y una experiencia cristiana que ganar aun en su niñez (Carta 10, 1912).

A menos que los padres hagan de la dirección de sus hijos la primera ocupación de la vida, para conducirlos por sendas de justicia desde sus más tiernos años, la senda errónea será elegida antes que la correcta (Review and Herald, 14-4-1885).

La obediencia voluntaria es la prueba de la conversión.

¿No habremos de enseñar a nuestros hijos que la obediencia voluntaria a la voluntad de Dios demuestra que los que pretenden ser cristianos lo son de verdad? El Señor afirma en verdad cada palabra que dice (Manuscrito 65, 1899).

La ley de Dios, el fundamento de la reforma.

La ley de Dios ha de ser el instrumento de educación en la familia. Los padres están bajo una solemnísima obligación de caminar en todos los mandamientos de Dios, dando a sus hijos un ejemplo de la más estricta integridad. . .

La ley de Dios es el fundamento de toda reforma duradera. Hemos de presentar al mundo, en forma 463 clara y distinta, la necesidad de obedecer la ley de Dios. El gran movimiento de reforma debe comenzar en el hogar. La obediencia a la ley de Dios es el gran incentivo para la laboriosidad, la economía, la veracidad y el trato justo entre los hombres (Carta 74, 1900).

Enseñadlo a los niños.

¿Habéis enseñado a vuestros hijos, desde su niñez, que guarden los mandamientos de Dios?... Habéis de enseñarles a formar caracteres a semejanza del modelo divino para que Cristo se les revele. Está dispuesto a revelarse a los niños. Sabemos esto por la historia de José, de Samuel, de Daniel y sus compañeros. ¿No podemos ver por el relato de sus vidas lo que Dios espera de los niños y de los jóvenes? (Manuscrito 62, 1901).

Los padres . . . están bajo la obligación ante Dios de presentar a sus hijos ante él capacitados desde un período muy tierno para recibir un conocimiento inteligente de lo que significa ser seguidor de Jesucristo (Manuscrito 59, 1900).

El testimonio de una niña convertida.

La religión les ayuda a los niños a estudiar mejor y a hacer más fielmente su trabajo. Una niñita de doce años estaba relatando de una manera sencilla la evidencia de que era cristiana. Dijo: "No me gustaba estudiar, sino jugar. Era perezosa en la escuela y, muchas veces, no sabía mis lecciones. Pero ahora aprendo bien cada lección, para agradar a Dios. Antes era desaplicada en la escuela y, cuando no me miraban las maestras, hacía travesuras para que las vieran los otros niños. Ahora procuro agradar a Dios, portándome bien y observando las reglas de la escuela. Era egoísta en casa; no me gustaba hacer mandados, y me enojaba cuando mamá me llamaba del juego para ayudarla en el trabajo. Ahora me es un verdadero 464 placer ayudar a mi madre de cualquier manera que sea, y mostrarle que la amo" (Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática, págs. 87, 88).

Cuidado con la dilación.

Padres, debéis comenzar a disciplinar las mentes de vuestros hijos en la más tierna edad, a fin de que sean cristianos. . . Cuidad de no estar arrullándolos sobre el abismo de la destrucción, con la errónea idea de que no tienen bastante edad para ser responsables, ni para arrepentirse de sus pecados y profesar a Cristo (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 146).

Los niños de ocho, diez y doce años tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. No mencionéis a vuestros hijos algún período futuro en el que tendrán bastante edad para arrepentirse y creer en la verdad. Si son debidamente instruidos, los niños, aun los de poca edad, pueden tener opiniones correctas acerca de su estado de pecado y el camino de salvación por Cristo (Id.. pág. 150).

Se me refirió a las muchas promesas preciosas registradas para aquellos que buscan temprano a su Salvador. "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los malos días, y lleguen los años, de los cuales digas, no tengo en ellos contentamiento" (Ecl. 12: 1). "Yo amo a los que me aman; y me hallan los que madrugando me buscan" (Prov. 8: 17). El gran Pastor de Israel dice todavía: "Dejad a los niños, y no les

impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos" (Mat. 19: 14). Enseñad a vuestros hijos que la juventud es el mejor tiempo para buscar al Señor (Id., págs. 146, 147).
Sean dirigidos desde la infancia y a través de la juventud.
Permitir que un niño siga sus impulsos naturales, es permitirle que se deteriore y se haga experto en el mal. Los resultados de la educación 465 errónea se comienzan a revelar en la niñez. Un temperamento egoísta se forja en la temprana juventud, y a medida que crece el joven y pasa a la madurez, crece en el pecado. Los hijos a quienes se ha permitido seguir la senda de su propia elección dan un continuo testimonio contra el descuido paternal. Tal sendero de degradación se puede evitar rodeándolos de influencias que contrarrestarán el mal. Desde la infancia a la juventud, y de la juventud a la edad madura, un hijo debiera estar bajo la influencia del bien (Review and Herald, 15-9-1904).
Fortalézcase a los hijos para las pruebas futuras.
Padres, formulaos la solemne pregunta: "¿Hemos educado a nuestros hijos para que se sometan a la autoridad paterna y así se preparen para obedecer a Dios, para amarlo, para mantener su ley como la norma suprema de conducta y de vida? ¿Los hemos educado para que sean misioneros para Cristo? ¿Para que se conduzcan haciendo el bien?" Padres creyentes, vuestros hijos tendrán que luchar batallas decisivas para el Señor en el día del conflicto, y al paso que ganen victorias para el Príncipe de paz, pueden ganar triunfos para sí mismos. Pero si no han sido criados en el temor del Señor, si no tienen un conocimiento de Cristo, ni una relación con el cielo, no tendrán poder moral y se rendirán ante las potencias terrenales que han pretendido exaltarse por encima del Dios del cielo al establecer un espurio día de reposo para ocupar el lugar del sábado de Jehová (Id., 23-4-1889). 466
CAPÍTULO 76. La Preparación para Ser Miembro de Iglesia
Una preparación bien equilibrada.
La instrucción debiera darse como Dios la ha dirigido. Los niños debieran ser preparados paciente, cuidadosa, diligente y misericordiosamente. Sobre todos los padres descansa la obligación de dar a sus hijos una instrucción física, mental y espiritual. Es esencial mantener siempre delante de los hijos las demandas de Dios. La preparación física, el desarrollo del cuerpo, se da con mucho mayor facilidad que la preparación espiritual. . . .
La cultura del alma, que da pureza y elevación a los pensamientos y fragancia a las palabras y a los actos, requiere esfuerzos más penosos. Se necesita paciencia para mantener desarraigado todo mal del jardín del corazón.
En ningún caso debiera descuidarse la preparación espiritual. Enseñemos a nuestros hijos las bellas lecciones de la Palabra de Dios, para que mediante ellas puedan ganar un conocimiento de Dios. Comprendan que no deben hacer nada que no sea correcto. Enseñadles a hacer justicia y juicio. Decidles que no podéis permitirles que sigan un sendero equivocado. En el nombre del Señor Jesucristo, presentadlos a Dios ante el trono de la gracia. Hacedles conocer que Jesús vive para interceder por ellos. Animadlos a formar caracteres modelados de acuerdo con el dechado divino (Review and Herald, 15-9-1904),
Es fundamental el conocimiento de Dios y de Cristo.
En ningún caso debe descuidarse la preparación espiritual; porque "el principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Sal. 111:10). 467
Algunos colocan la educación después de la religión, pero la verdadera educación es religión (Consejos para los Maestros, pág. 84).
Definid la experiencia religiosa práctica.
Los padres cristianos debieran estar preparados para dar a sus hijos instrucción práctica en la experiencia religiosa. Dios requiere esto de vosotros y descuidáis vuestro deber si dejáis de realizar esta obra. Instruid a vuestros hijos en cuanto a los métodos elegidos por Dios para la disciplina y las condiciones de éxito en la vida cristiana. Enseñadles que no pueden servir a Dios mientras sus mentes estén absorbidas demasiado por los cuidados de esta vida; pero no permitáis que acaricien el pensamiento de que no necesitan esforzarse y pueden pasar sus momentos libres en la pereza (Testimonies, tomo 5, pág. 42).
Enseñad el conocimiento de Dios.
Conocer a Dios es vida eterna. ¿Estáis enseñando esto a vuestros hijos, o les estáis enseñando a conformarse con las normas del mundo? ¿Os estáis preparando para el hogar que Dios prepara para vosotros? . . . Enseñad a vuestros hijos acerca de la vida, muerte y resurrección del Salvador. Enseñadles a estudiar la Biblia. . . . Enseñadles a formar caracteres que vivirán por los siglos eternos. Debemos orar como nunca lo hemos hecho antes para que Dios preserve y bendiga a nuestros hijos (Manuscrito 16, 1895).
Enseñad el arrepentimiento diario y el perdón.

No es esencial que todos puedan especificar con certeza cuándo fueron perdonados sus pecados. La lección que se debe enseñar a los niños es que sus errores y faltas han de ser presentados a Jesús en la misma niñez de su vida. Enseñadles a pedir perdón diariamente por cualquier error que hayan cometido y que Jesús oye la oración sencilla del 468 corazón arrepentido, y los perdonará y recibirá así como recibió a los niños que le eran llevados cuando estuvo en la tierra (Manuscrito 5, 1896).

Enseñad sana doctrina.

Los que han visto la verdad y han sentido su importancia, y han experimentado las cosas de Dios, han de enseñar sana doctrina a sus hijos. Deben familiarizarlos con las grandes columnas de nuestra fe, las razones por las cuales somos adventistas del séptimo día. Por qué somos llamados, como lo fueron los hijos de Israel, a ser pueblo peculiar, una nación santa, separada y distinta de todos los otros pueblos de la faz de la tierra. Estas cosas debieran ser explicadas a los niños en lenguaje sencillo, fácil de entender, Y a medida que crezcan en años, las lecciones impartidas debieran ser adecuadas a su capacidad creciente, hasta que los fundamentos de la verdad hayan sido establecidos amplia y profundamente (Testimonies, tomo 5, pág. 330).

Instruid breve y frecuentemente.

Los que instruyen a los niños y jóvenes deben evitar las observaciones tediosas. Las alocuciones cortas y directas tendrán una influencia feliz. Si hay mucho que decir, súplase la brevedad con la frecuencia. Unas pocas observaciones interesantes, hechas a menudo, serán más provechosas que el dar toda la instrucción a la vez. Los discursos largos cansan la mente de los jóvenes. El hablar demasiado los induce hasta a sentir repugnancia por la instrucción espiritual, así como el comer demasiado recarga el estómago, reduce el apetito y crea repugnancia por la comida (Obreros Evangélicos, pág. 221).

Las noches son una ocasión preciosa.

El hogar debe convertirse en una escuela de instrucción, más bien que en un lugar de monótona e ingrata faena, Las primeras horas de la noche deberían 469 ser consideradas como momentos preciosos para ser dedicados a la instrucción de los niños en el camino de la rectitud (Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 52).

Repasad las promesas de Dios.

Necesitarnos reconocer al Espíritu Santo como nuestro iluminador. Este Espíritu se deleita en dirigirse a los niños, y en descubrirles los tesoros y las bellezas de la Palabra. Las promesas hechas por el gran Maestro cautivarán los sentidos y animarán el alma del niño con un poder espiritual divino. Crecerá en la mente receptiva una familiaridad con las cosas divinas, que será una barricada contra las tentaciones del enemigo (Consejos para los Maestros. págs. 131, 132).

Haced agradable la instrucción religiosa.

Debe darse instrucción religiosa a los niños desde sus más tiernos años. Debe serles dada no con espíritu de condenación, sino con un espíritu alegre y feliz. Las madres necesitan estar en guardia constantemente, no sea que la tentación llegue a los niños en forma que no la reconozcan. Los padres han de proteger a sus hijos con instrucciones sabias y placenteras. Como los mejores amigos de estos seres inexpertos, deben ayudarles en la obra de vencer, porque para ellos el ser victoriosos significa todo. Deben considerar que sus amados hijos que están tratando de hacer lo recto son miembros más jóvenes de la familia del Señor, y deben sentir intenso interés por ayudarles a andar rectamente en el camino real de la obediencia. Con amante interés, deben enseñarles día tras día lo que significa ser hijos de Dios y entregar la voluntad en obediencia a él. Enseñadles que la obediencia a Dios entraña obediencia a los padres. Esta debe ser una obra de cada día y hora. Padres, velad, velad, y orad, y haced de vuestros hijos 470 vuestros compañeros (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 391, 392).

Enseñad lecciones espirituales de las tareas hogareñas.

Dios confió a los padres y maestros la tarea de educar a los niños y jóvenes en estas direcciones, y de cada acto de la vida se les puede enseñar lecciones espirituales. Al inculcarles hábitos de limpieza física, debemos enseñarles que Dios quiere que sean limpios tanto en su corazón como en su cuerpo. Al barrer una habitación pueden aprender cómo el Señor purifica el corazón. No les bastaría cerrar puertas y ventanas después de poner en la pieza alguna sustancia purificadora, sino que abrirían las puertas y las ventanas de par en par y con esfuerzo diligente eliminarían todo el polvo. Del mismo modo las ventanas de los impulsos y sentimientos han de abrirse hacia el cielo y se debe expulsar el polvo del egoísmo y de la vanidad mundana. La gracia de Dios ha de barrer las cámaras de la mente y todo elemento de la naturaleza ha de ser purificado y vitalizado por el Espíritu de Dios. El desorden y el desaliño en los deberes diarios llevarán al olvido de Dios y a observar una forma de piedad en la profesión de la fe, pero sin la realidad de ella. Tenemos que velar y orar; de otra suerte estaremos asiéndonos de la sombra y perderemos la sustancia.

Como hebras de oro, una fe viva debe entretejerse con la experiencia cotidiana en el cumplimiento de las pequeñas obligaciones (Id., págs. 436, 437).

La educación del corazón en contraste con el conocimiento libresco.

Es correcto que los jóvenes sientan que deben alcanzar el más elevado desarrollo de sus facultades mentales. No restringiríamos la educación para la cual el Señor no ha fijado limites. Pero lo que alcancemos no tendrá valor si no lo usamos para la honra de Dios y el bien de la humanidad. A menos que nuestro conocimiento sea un 471 peldaño para alcanzar los más elevados propósitos, no tiene valor. . . .

La educación del corazón es de mayor importancia que la que se obtiene de los libros. Es bueno, aun esencial, obtener un conocimiento del mundo en que vivimos. Pero si no tomamos en cuenta la eternidad, sufriremos un fracaso del que no podremos recuperarnos (Testimonies, tomo 8, pág. 311).

Beneficios mutuos.

Nuestros hijos son propiedad del Señor; han sido comprados por precio. Este pensamiento debiera ser el manantial principal de nuestras labores para ellos. Los métodos más eficaces para asegurar su salvación y para preservarlos de la tentación consisten en instruirlos constantemente con la Palabra de Dios. Y si los padres se convierten en estudiantes junto con sus hijos, hallarán que su propio crecimiento en el conocimiento de la verdad es más rápido. Desaparecerá la incredulidad; aumentarán la fe y la actividad; la seguridad y la confianza se profundizarán al proseguir ellos en el conocimiento del Señor (Review and Herald, 6-5-1909).

La forma en que los padres pueden ser piedras de tropiezo.

¿Qué ejemplo dais a vuestros hijos? ¿Qué orden tenéis en casa? Debéis enseñar a vuestros hijos a ser bondadosos, serviciales, accesibles a las súplicas y, sobre todo lo demás, respetuosos de las rosas religiosas, y deben sentir la importancia de los requerimientos de Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 133, 134).

Los muchachos y las niñas pueden revelar precozmente una profunda y simétrica piedad, si se sigue en el temor y el amor de Dios el medio que él ha ordenado para la conducción de cada familia. Ellos demostrarán el valor de la preparación y disciplina correctas. Pero la impresión hecha en la mente de los niños por las palabras del maestro de la verdad es contrarrestada con frecuencia por las 472 palabras y acciones de los padres. El sensible corazón de los hijos también está propenso a descarriarse y con frecuencia es impresionado por la verdad, pero a menudo las tentaciones llegan a él a través del padre o la madre, y caen como una presa en las maquinaciones de Satanás. Es casi imposible colocar los pies de los niños en sendas seguras cuando los padres no cooperan. Los malos sentimientos, emanados de los labios de padres poco juiciosos, son el principal estorbo para la conversión genuina de sus hijos (Manuscrito 49, 1901).

Vivid en armonía con vuestras oraciones.

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho". Presentad esta promesa cuando oráis. Tenemos el privilegio de ir ante Dios con santa osadía. Si le pedimos con sinceridad que haga brillar su luz sobre nosotros, nos oirá y contestará. Pero debemos vivir en armonía con nuestras oraciones. No tienen valor si caminamos en dirección opuesta a ellas. He visto a un padre que, después de leer un pasaje de las Escrituras y orar, con frecuencia, casi tan pronto como se levantaba de sus rodillas, comenzaba a regañar a sus hijos. ¿Cómo podía contestar Dios la oración que se había ofrecido? Y si después de haber increpado a sus hijos, un padre ora, ¿beneficia esa oración a los hijos? No, a menos que sea una oración de confesión a Dios (Manuscrito 114, 1903).

Cuándo están listos los niños para el bautismo.

No permitáis nunca que vuestros hijos supongan que no son hijos de Dios hasta que tengan suficiente edad para ser bautizados. El bautismo no transforma en cristianos a los niños, ni los convierte. Es tan sólo un signo externo que muestra que comprenden que debieran ser hijos de Dios reconociendo que 473 creen en Jesucristo como su Salvador y que por lo tanto vivirán para Cristo (Manuscrito 5, 1896).

Los padres cuyos hijos deben ser bautizados tienen una obra que hacer, tanto en lo que se refiere a examinarse a sí mismos como en cuanto a dar instrucciones fieles a sus hijos. El bautismo es un rito muy sagrado e importante, y su significado debe comprenderse cabalmente. Significa arrepentirse del pecado e iniciar una nueva vida en Cristo Jesús. No debe haber indebido apresuramiento para recibir este rito. Calculen el costo tanto los padres como los hijos. Al consentir en que sus hijos sean bautizados, los padres se comprometen solemnemente a ser fieles mayordomos para con estos hijos, a guiarlos en la edificación de su carácter. Se comprometen a cuidar con interés especial estos corderos del rebaño, a fin de que no deshonren la fe que profesan. . . .

Cuando llega el período más feliz de su vida, y en su corazón aman a Jesús y desean ser bautizados, obrad fielmente con ellos. Antes que reciban el rito, preguntadles si es su primer propósito en la vida trabajar para Dios. Entonces explicadles cómo principiar. Las primeras lecciones significan mucho. Con sencillez,

enseñadles a prestar su primer servicio a Dios. Presentadles esta obra de la manera que haga más fácil su comprensión. Explicadles lo que significa darse al Señor, haced exactamente lo que su Palabra indica, bajo el consejo de padres cristianos (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 391, 392).
El deber de los padres después del bautismo.
Después de trabajar fielmente, si estáis convencidos de que vuestros hijos comprenden el significado de la conversión y el bautismo, y de que son verdaderamente convertidos, sean bautizados. Pero, repito, ante todo preparaos a vosotros mismos a fin de actuar como fieles pastores para guiar sus pies inexpertos 474 por la senda estrecha de la obediencia. Dios debe obrar en los padres para que ellos puedan dar a sus hijos un buen ejemplo de amor, cortesía y humildad cristiana, y así de una entrega completa del yo a Cristo. Si consentís en el bautismo de vuestros hijos y luego los dejáis hacer como quieren, no sintiendo el deber especial de mantener sus pies en la senda recta, vosotros mismos sois responsables si pierden la fe, el valor y el interés en la verdad (Id., pág. 392).
Dios os insta a enseñarles para que se preparen y sean miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Cooperad con Dios trabajando diligentemente para su salvación. Si yerran, no los regañéis. Nunca los vilipendiéis haciéndoles notar que son bautizados y sin embargo cometen errores. Recordad que tienen mucho que aprender acerca de los deberes de un hijo de Dios (Manuscrito 80, 1901).
Preparación para convocaciones especiales.
Esta es una obra en que deben ocuparse las familias antes de presentarse en nuestras santas convocaciones. Considérese como un asunto secundario la preparación de la comida y el vestido, pero comience en el hogar un profundo escudriñamiento del corazón. Orad tres veces al día y sed importunos como Jacob. El hogar es el lugar donde encontrar a Jesús, luego llevadlo con vosotros a la reunión, y cuán preciosas serán las horas que allí se pasen. ¿Pero cómo esperáis sentir la presencia del Señor y ver la demostración de su poder, cuando se ha descuidado la obra individual de preparación para esa oportunidad?
Por el bien de vuestra alma, por Cristo y por el bien de otros, obrad en casa. Orad como no estáis acostumbrados a orar. Quebrántese el corazón delante de Dios. Poned en orden vuestra casa. Preparad a vuestros hijos para la ocasión. Enseñadles que no es de tanta importancia que se presenten con vestidos finos como que aparezcan delante de Dios 475 con manos limpias y corazones puros. Quitad cada obstáculo que pueda haber en su camino: todas las diferencias que puedan haber existido entre ellos mismos o entre vosotros y ellos. Al hacer esto, invitaréis la presencia del Señor en vuestro hogar y santos ángeles os ayudarán cuando vayáis a la reunión, y su luz y su presencia rechazarán las tinieblas de los malos ángeles (Testimonies, tomo 5, págs. 164, 165).
Sembrad las semillas de verdad en la fe.
La obra del sembrador es una obra de fe. No puede comprender el misterio de la germinación y del crecimiento de la semilla, pero tiene confianza en los agentes por los cuales Dios hace producir la vegetación. Echa la semilla, con la esperanza de recogerla multiplicada en una cosecha abundante. Del mismo modo deben trabajar los padres y maestros, con la esperanza de recoger una cosecha de la semilla que siembran (La Edificación, pág. 101).
Debiéramos pedir la bendición de Dios sobre la semilla sembrada, y la convicción del Espíritu Santo se posesionará aun de los pequeños. Si ejercemos fe en Dios, seremos capacitados para guiarlos hasta el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Esta es una obra de la máxima consecuencia para los miembros más jóvenes de la familia del Señor (Testimonies, tomo 6, pág. 105). 477
SECCION XVIII - EL MANTENIMIENTO DE LA EXPERIENCIA RELIGIOSA
CAPÍTULO 77. La Biblia en el Hogar
La Biblia es un libro de conocimientos muy variados.
En su vasta esfera de estilo y temas, la Biblia tiene algo para interesar a cada mente y atraer cada corazón. Sus páginas encierran historia antiquísima; biografías fieles de la vida; principios de gobierno para regir al estado y gobernar la casa, principios que la sabiduría humana nunca ha conseguido igualar. Contiene filosofía profundísima, la poesía más dulce y sublime, apasionada y patética. Los escritos de la Biblia, aun considerados de esta manera, son inconmensurablemente superiores en valor a las producciones de cualquier autor humano, pero considerados en su relación con el gran pensamiento central, son de alcance infinitamente superior, de valor infinitamente mayor. Desde este punto de vista, cada tema adquiere nuevo significado. En las verdades más sencillamente enunciadas se encierran principios tan altos como el cielo y que abarcan la eternidad (La Educación, pág. 121).
La Palabra de Dios abunda en preciosas joyas de verdad, y los padres debieran sacarlas de su estuche y presentarlas ante sus hijos en su verdadero esplendor. . . . En la Palabra de Dios, tenéis un tesoro del cual

podéis sacar preciosas provisiones y como cristianos debéis proveeros para toda buena obra (Signs of the Times, 10-9-1894). 478
Dios proporciona en la Biblia un rico banquete.
Al darnos el privilegio de estudiar su Palabra, el Señor ha puesto delante de nosotros un rico banquete. Muchos son los beneficios que derivan del alimentarse de su Palabra, que él representa como su carne y su sangre, como su espíritu y su vida. Al comer su Palabra, aumenta nuestra fuerza espiritual, crecemos en la gracia y el conocimiento de la verdad. Se forman y fortalecen hábitos de dominio propio. Las flaquezas de la infancia --inquietud, caprichos, egoísmo, palabras apresuradas, actos apasionados--, desaparecen y en su lugar se desarrollan las gracias de la virilidad y la femineidad cristianas (Consejos para los Maestros, pág. 160).
Las hermosas lecciones de las historias y parábolas de la Biblia, las puras y sencillas instrucciones de la santa Palabra de Dios, son el alimento espiritual para vosotros y vuestros hijos.
¡Oh, qué tarea está delante de vosotros! ¿Os encargaréis de ella en el amor y temor de Dios? ¿Os pondréis a vosotros mismos en comunicación con Dios a través de su Palabra? (Carta 27, 1890).
Es la norma de la rectitud.
La Palabra de Dios debiera ser juiciosamente presentada delante de la mente juvenil y debiera ser su norma de rectitud para corregir sus errores, iluminar y guiar la mente, lo que será mucho más efectivo para restringir y controlar los temperamentos impulsivos que las palabras ásperas que provocarán a ira. Esta preparación de los hijos para hacer frente a las normas de la Biblia, requerirá tiempo, perseverancia y oración. Debiera hacerse esto aunque deban descuidarse algunas cosas de la casa (Signs of the Times, 13-9-1877).
Las verdades de la Biblia así recibidas elevarán la mente de su mundanalidad y degradación. Si la Palabra de Dios fuera apreciada como debiera serlo, 479 tanto los jóvenes como los mayores poseerían una rectitud interior, una fortaleza de principios que los capacitaría para resistir la tentación (Testimonies, tomo 8, pág. 319).
El Santo de Israel nos ha hecho conocer los estatutos y las leyes que deben gobernar a toda inteligencia humana. Estos preceptos que han sido declarados como santos, justos y buenos, han de formar la norma de acción en el hogar. No puede haber una desviación de ellos sin cometer pecado pues son el fundamento de la religión cristiana (Review and Herald, 13-11-1888).
Fortalece el intelecto.
Si la Biblia fuera estudiada como debiera serlo, los hombres serían fuertes en su intelecto. Los temas tratados en la Palabra de Dios, la sencillez dignificada de sus declaraciones, los nobles temas que presenta a la mente, desarrollan las facultades en el hombre en una forma en que no podrían ser desarrolladas de otra manera. En la Biblia se abre delante de la imaginación un campo ilimitado. El estudiante saldrá de una contemplación de sus grandes temas, de la asociación con sus elevadas imágenes, más puro y elevado en pensamiento y sentimiento que si hubiera pasado el tiempo leyendo cualquier obra de origen meramente humano, por no decir nada de aquellas de carácter liviano. Las mentes juveniles no alcanzan su más noble desarrollo cuando descuidan la fuente más elevada de sabiduría: la Palabra de Dios. La razón por la que hay tan pocos hombres de sana inteligencia, de estabilidad y sólido valor es porque Dios no es temido, Dios no es honrado, los principios de la religión no se practican en la vida como debieran serlo.
Dios quiere que aprovechemos de todo medio para cultivar y fortalecer nuestras facultades intelectuales. . . . Si se leyera más la Biblia, si sus verdades fueran mejor entendidas, habría gente mucho 480 más esclarecida e inteligente. Se imparte energía al alma al escudriñar sus páginas (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 126).
Es el fundamento de la prosperidad del hogar, social y nacional.
Las enseñanzas de la Biblia influyen en forma vital sobre la prosperidad del hombre en todas las relaciones de esta vida. Desarrolla los principios que son la base de la prosperidad de una nación, principios vinculados con el bienestar de la sociedad y que son la salvaguardia de la familia, principios sin los cuales ningún hombre puede alcanzar utilidad, felicidad u honra en esta vida, ni asegurarse la vida futura inmortal. No hay posición alguna en esta vida, ni fase alguna de la experiencia humana para la cual la enseñanza de la Biblia no constituya una preparación indispensable (Patriarcas y Profetas, pág. 648).
El conocimiento de las Escrituras es una salvaguardia.
Desde niño Timoteo conocía las Escrituras, y este conocimiento le salvaguardó de las malas influencias que le rodeaban, y de la tentación a escoger el placer y la complacencia egoísta antes que el deber. Todos nuestros hijos necesitan una salvaguardia tal; y debe ser parte de la obra de los Padres y de los embajadores de Cristo cuidar de que los niños estén debidamente instruidos en la Palabra de Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 530).

El amor por la Biblia no es natural.
Los jóvenes son ignorantes e inexpertos y el amor por la Biblia y sus sagradas verdades no surgirá naturalmente. A menos que se hagan grandes esfuerzos para erigir en torno de ellos barreras para resguardarlos de las maquinaciones de Satanás, están sometidos a sus tentaciones y son llevados cautivos por él a su placer. En sus tiernos años han de enseñarse a los niños las demandas de la ley de Dios y la fe en Jesús nuestro Redentor para limpiar de las manchas del 481 pecado. Esta fe debe ser enseñada día tras día, por precepto y ejemplo (Testimonies, tomo 5, pág. 329).
Los jóvenes descuidan especialmente el estudio de la Biblia.
Tanto los ancianos como los jóvenes descuidan la Biblia. No hacen de ella su estudio, la regla de su vida. Especialmente los jóvenes son culpables de tal negligencia. La mayoría de ellos halla tiempo para leer otros libros, pero no estudian diariamente el Libro que señala el camino hacia la vida eterna. Leen atentamente las historias inútiles, mientras que descuidan la Biblia. Este libro es el Guía que nos lleva a una vida más elevada y más santa. Los jóvenes declararían que es el libro más interesante que leyeron alguna vez, si su imaginación no hubiese quedado pervertida por la lectura de historias ficticias.
Las mentes juveniles no alcanzan su desarrollo más noble cuando descuidan la fuente más elevada de sabiduría: la Palabra de Dios. Que estamos en el mundo de Dios, en presencia del Creador; que somos hechos a su semejanza; que él vela sobre nosotros y nos ama y cuida; éstos son maravillosos temas de reflexión y conducen la mente a amplios y exaltados campos de meditación. El que abre la mente y el corazón a la contemplación de estos temas, no se quedará nunca satisfecho con asuntos triviales y sensacionales (Consejos para los Maestros, pág. 107).
La desobediencia de los padres se refleja en los hijos.
Los niños son observadores aun en sus más tiernos años, y si los padres demuestran que la Palabra de Dios no es su guía y consejero, si desobedecen los mensajes que se les presentan, se manifestará en los hijos el mismo espíritu temerario de "no me importa; haré mi propia voluntad" (Manuscrito 49, 1898).
Dad a la Palabra un lugar de honor.
Como pueblo que ha tenido gran luz, debernos ejercer una 482 influencia elevadora en nuestros hábitos, en nuestras palabras, en nuestra vida doméstica y amistades. Dad a la Palabra un puesto de honor como guía en el hogar. Considéresela como el consejero en cada dificultad, la norma en cada práctica. ¿Estarán convencidos mis hermanos y hermanas de que no puede haber nunca verdadera prosperidad en ninguna alma del círculo familiar a menos que presida la verdad de Dios, la sabiduría de la rectitud? Los padres y madres debieran hacer todo esfuerzo posible para elevar su mente del hábito perezoso de considerar como una carga el servicio de Dios. El poder de la verdad debe ser un agente santificador en el hogar (Carta 107, 1898).
Padres, dad a vuestros hijos la instrucción contenida en la santa Palabra de Dios, línea sobre línea, mandamiento sobre mandamiento. Esta es la obra que os comprometisteis a hacer cuando fuisteis bautizados. No permitáis que nada de carácter mundanal os impida hacer esta obra. Haced todo lo que podáis para salvar el alma de vuestros hijos, ya sea que sean huesos de vuestros huesos y carne de vuestra carne, o que hayan sido recibidos por adopción en vuestra familia (Manuscrito 70, 1900).
Sea la Biblia el libro de texto del hogar.
Padres, si queréis educar a vuestros hijos para que sirvan a Dios y hagan bien en el mundo, haced de la Biblia vuestro libro de texto. Ella expone los engaños de Satanás. Es el gran elevador de la raza humana, el agente que reprocha y corrige los males morales, el detector que nos capacita para distinguir entre lo verdadero y lo falso. No importa que otra cosa se enseñe en el hogar o en la escuela, la Biblia, como el gran educador debiera estar primero. Si se le da este lugar, Dios es honrado, y obrará para vosotros en la conversión de vuestros hijos. Hay una rica mina de verdad y belleza en este santo Libro 483 y los padres tienen de qué acusarse si no lo hacen intensamente interesante para sus hijos (Testimonies, tomo 5, pág. 322).
"Escrito está" fue la única arma que Cristo empleó cuando el tentador se presentó con sus engaños. La enseñanza de la verdad bíblica es la obra grande e importante de que debiera ocuparse cada padre. Con una agradable y feliz disposición mental, presentad la verdad como es pronunciada por Dios delante de los hijos. Como padres y madres, podéis ser lecciones objetivas para los hijos en la vida diaria al practicar la paciencia, la bondad y el amor, atrayéndolos a vosotros. No permitáis que hagan lo que les plazca, sino mostradles que vuestra obra es practicar la Palabra de Dios y criarlos en la educación y admonición del Señor (Manuscrito 5, 1896).
Estudiad diligente y sistemáticamente.
Sed sistemáticos en el estudio de las Escrituras en vuestra familia. Descuidad cualquier cosa de naturaleza temporal, . . . pero estad seguros de que el alma se alimenta con el pan de la vida. Es imposible estimar los

buenos resultados de una hora o aun media hora dedicada cada día a la Palabra de Dios en una forma alegre y social. Haced de la Biblia su propio expositor, reuniendo todo lo que se dice acerca de cierto tema en diferentes momentos y en circunstancias diversas. No interrumpáis vuestra clase familiar a causa de gente que llegue o de visitantes. Si vienen durante el estudio, invitadlos a participar en él. Que vean que consideráis más importante obtener un conocimiento de la Palabra de Dios que aseguraros las ganancias o placeres de este mundo (Review and Herald, 9-10-1883).
Si estudiáramos diligentemente y con oración la Biblia día tras día, veríamos cotidianamente alguna hermosa verdad bajo una luz nueva, clara y vigorosa 484 (Consejos Sobre la Obra de la Escuela Sabática, pág. 24).
Estudien todos las lecciones de la escuela sabática.
La escuela sabática proporciona a padres e hijos una oportunidad de estudiar la Palabra de Dios. Pero a fin de que obtengan el beneficio que podrían adquirir en la escuela sabática, tanto los padres como los niños deben dedicar tiempo al estudio de la lección, procurando obtener un conocimiento cabal de los hechos presentados, tanto como de las verdades espirituales que estos hechos están destinados a enseñar. Inculcad en las mentes de los jóvenes la importancia de buscar el significado completo del pasaje considerado.
Padres, apartad cada día un momento para el estudio de la lección de la escuela sabática con vuestros hijos. Renunciad a la conversación familiar, si ello es necesario, antes de sacrificar la hora dedicada a las lecciones de la Historia Sagrada. Tanto los padres como los hijos recibirán beneficio de este estudio. Confíense a la memoria los pasajes más importantes de la Escritura, no como una imposición, sino como un privilegio. Aunque al principio la memoria sea deficiente, adquirirá fuerza con el ejercicio, de manera que después de un tiempo os deleitaréis en atesorar las palabras de verdad. Y el hábito resultará de ayuda valiosa para el crecimiento espiritual (Consejos para los Maestros, pág. 106).
Los padres debieran considerar como un deber sagrado instruir a sus hijos en los estatutos y requerimientos de Dios tanto como en las profecías. Debieran educar a los hijos en el hogar y ellos debieran interesarse en las lecciones de la escuela sabática. Estudiándolas con los hijos, demuestran que dan importancia a la verdad presentada en las lecciones y ayudan a crear un gusto por el conocimiento bíblico 485 (Testimonies on Sabbath School Work, pág. 111).
No os satisfagáis con un conocimiento superficial.
Es difícil estimar la importancia de procurar un conocimiento cabal de las Escrituras. "Inspirada divinamente", capaz de hacernos sabios "para la salvación", a fin de que el hombre de Dios sea "perfecto, enteramente instruido para toda buena obra" (2 Tim. 3: 15-17), la Biblia exige nuestra atención más reverente. No debemos quedar satisfechos con un conocimiento superficial, sino procurar aprender el pleno significado de las palabras de verdad, beber profundamente del espíritu de los Santos Oráculos (Consejos para los Maestros, pág. 107).
Al enseñar a los niños la Biblia, nos será ventajoso observar la tendencia de su mente, las cosas por las cuales se interesan, y despertar su interés por ver lo que la Biblia dice acerca de esas cosas. Aquel que nos creó y nos dotó de diferentes aptitudes, ha dado en su Palabra algo para cada uno. A medida que los alumnos vean que las lecciones de la Biblia se aplican a su vida, enseñadles a considerarla como su consejera. . . .
La Biblia tiene una abundancia, una fuerza, y una profundidad de significado inagotables. Animad a los niños y jóvenes a escudriñar sus tesoros, tanto de significado como de expresión (La Educación, págs. 512, 513).
Cada uno debe estudiar por sí mismo.
Las madres y los padres llevan una pesada responsabilidad en cuanto a sus hijos. Los padres que creen en las Escrituras y las estudian comprenderán que deben obedecer los mandamientos de Dios, que no deben proceder contrariamente a su santa ley. Los que permiten que alguien, aunque fuera un ministro, los induzca a no obedecer la Palabra de Dios, en el juicio deberán hacer frente a los resultados de su 486 conducta. Los padres no han de confiar su propia alma y la de sus hijos al ministro, sino a Dios, a quien pertenecen por la creación y la redención. Los padres debieran escudriñar las Escrituras por si mismos, pues tienen almas que salvar o perder. No pueden permitirse depender del ministro para la salvación. Deben estudiar la verdad por sí mismos (Manuscrito 33, 1900).
Hágase interesante para los niños el estudio de la Biblia.
Enséñese a los jóvenes a amar el estudio de la Biblia. En nuestros pensamientos y afectos, dése el primer lugar al Libro de los libros, pues contiene conocimiento que necesitamos por encima de cualquier otro (Review and Herald, 9-10-1883).
A fin de realizar esta obra, los padres mismos deben familiarizarse con la Palabra de Dios . . . . Y en vez de hablar vanas palabras y narrar fábulas ociosas a sus hijos, conversarán con ellos de temas bíblicos. Ese libro no fue designado únicamente para los eruditos. Fue escrito en un estilo llano y sencillo al alcance del

entendimiento de la gente común; y con las debidas explicaciones, una gran parte de él puede resultar grandemente interesante y útil para los mismos niñitos (Signs of the Times, 8-4-1886).
No penséis que la Biblia llegará a ser un libro cansador para los niños. Bajo un instructor sabio, la Palabra llegará a ser más y más deseable. Será para ellos como el pan de vida, y nunca envejecerá. Hay en ella una frescura y belleza que atraen y encantan a los niños y jóvenes. Es como el sol resplandeciente sobre la tierra, que da su brillo y calor, sin agotarse nunca. Por las lecciones que se desprenden de la historia y la doctrina contenidas en la Biblia, los niños y los jóvenes pueden aprender que todos los demás libros le son inferiores. Pueden hallar 487 en ella una fuente de misericordia y amor (Consejos para los Maestros, pág. 131).
Padres, sean sencillas las instrucciones que dais a vuestros hijos, y aseguraos que las comprendan claramente. Las lecciones que aprendéis de la Palabra, debéis presentarlas a sus mentes juveniles con tal claridad, que no puedan dejar de comprenderlas. Por sencillas lecciones sacadas de la Palabra de Dios y de su propia experiencia, podéis enseñarles a conformar su vida a la norma más alta. Aun en la infancia y la adolescencia pueden aprender a vivir vidas llenas de reflexión y fervor, vidas que den una rica mies de bien (Id., pág. 85).
Presentad los pensamientos más lozanos; usad los mejores métodos.
Nuestro Padre celestial, al dar su Palabra, no olvidó a los niños. ¿Puede hallarse entre los escritos de los hombres algo que tenga tanta influencia sobre el corazón, algo tan adecuado para despertar el interés de los pequeñuelos, como los relatos de la Biblia?
Mediante esas sencillas historias se pueden explicar los principios de la ley de Dios. Por medio de ilustraciones adecuadas a la comprensión del niño, los padres y maestros pueden empezar desde los primeros años a cumplir la orden del Señor en cuanto a sus preceptos: "Las inculcarás a tus hijos, y hablarás de ellas en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y al levantarte" (Deut. 6: 7).
El uso de lecciones objetivas, pizarrones, mapas y figuras será una ayuda para explicar estas lecciones y grabarlas en la memoria. Los padres y maestros deberían buscar constantemente métodos mejores. La enseñanza de la Biblia merece nuestros pensamientos más frescos, nuestros mejores métodos, y nuestro más ferviente esfuerzo (La Educación, págs. 180, 181).
Tomad la Biblia como guía.
Debéis hacer de la Biblia vuestro guía si queréis educar a vuestros hijos 488 en el conocimiento y admonición del Señor. Preséntense la vida y el carácter de Cristo como el modelo que deben copiar. Si yerran, leedles lo que el Señor ha dicho acerca de pecados similares. Se necesitan constante cuidado y diligencia en esta obra. Un rasgo de carácter erróneo tolerado por los padres, no corregido por los maestros, puede causar que todo el carácter llegue a ser deformado y desequilibrado. Enseñad a los niños que deben tener un corazón nuevo; que deben crearse nuevos gustos e inspirarse nuevos motivos. Deben tener ayuda de Cristo; deben llegar a familiarizarse con el carácter de Dios tal como se revela en su Palabra (Signs of the Times, 25-5-1882). 489
CAPÍTULO 78. El Poder de la Oración
La necesidad de la oración familiar.
Cada familia debiera erigir su altar de oración, comprendiendo que el temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Si hay quienes en el mundo necesitan la fortaleza y el ánimo que da la religión, son los responsables de la educación y de la preparación de los niños. Ellos no pueden hacer su obra de una manera aceptable a Dios mientras su ejemplo diario enseñe a los que los miran en procura de dirección, que ellos pueden vivir sin Dios. Si educan a sus hijos para que vivan solamente esta vida, no harán preparativos para la eternidad. Morirán como han vivido, sin Dios, y los padres serán llamados a responder por la pérdida de sus almas. Padres y madres, necesitáis buscar a Dios por la mañana y por la noche, en el altar de la familia, para que podáis aprender a enseñar a vuestros hijos sabia, tierna y amorosamente (Review and Herald, 27-6-1899).
Cuando se descuida el culto familiar.
Si hubo tiempo en el que cada casa debiera ser una casa de oración, es ahora. Predominan la incredulidad y el escepticismo. Abunda la inmoralidad. La corrupción penetra hasta el fondo de las almas y la rebelión contra Dios se manifiesta en la vida de los hombres. Cautivas del pecado, las fuerzas morales quedan sometidas a la tiranía de Satanás. Juguete de sus tentaciones, el hombre va donde lo lleva el jefe de la rebelión, a menos que un brazo poderoso lo socorra.
Sin embargo, en esta época tan peligrosa, algunos de los que se llaman cristianos no celebran el culto de familia. No honran a Dios en su casa, ni enseñan a sus hijos a amarle y temerle. Muchos se han alejado a tal punto de Dios que se sienten condenados 490 cuando se presentan delante de él. No pueden allegarse "confiadamente al trono de la gracia", "levantando manos limpias, sin ira ni contienda" (Heb. 4: 16; 1 Tim. 2: 8). No están en comunión viva con Dios. Su piedad no es más que una forma sin fuerza (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 91).

La idea de que la oración no es esencial es una de las astucias de las que con mayor éxito se vale Satanás para destruir a las almas. La oración es una comunión con Dios, fuente de la sabiduría, fuerza, dicha y paz (Ibid.).
La tragedia de un hogar sin oración.
No conozco nada que me cause mayor tristeza que un hogar donde no se ora. No me siento segura en una casa tal por una sola noche, y si no fuera por la esperanza de ayudar a los padres para que comprendan su necesidad y su triste descuido, no me quedaría. Los hijos muestran el resultado de ese descuido, pues el temor de Dios no está delante de ellos (Signs of the Times, 7-8-1884).
La oración rutinaria no es aceptable.
En muchos casos, los cultos matutinos y vespertinos son poco más que una mera forma, una repetición opaca y monótona de frases hechas en las que no encuentra expresión el espíritu de gratitud o el sentimiento de la necesidad. El Señor no acepta un servicio tal. Pero no despreciará las peticiones de un corazón humilde y un espíritu contrito. El abrir nuestro corazón a nuestro Padre celestial, el reconocimiento de nuestra entera dependencia, la expresión de nuestras necesidades, el homenaje del amor lleno de gratitud: eso es verdadera oración (Id., 1-7-1886).
Haya familias de oración.
Como los patriarcas de la antigüedad, los que profesan amar a Dios deberían erigir un altar al Señor dondequiera que se establezcan. . . . Los padres y las madres deberían 491 elevar sus corazones a menudo hacia Dios para suplicar humildemente por ellos mismos y por sus hijos. Que el padre, como sacerdote de la familia, ponga sobre el altar de Dios el sacrificio de la mañana y de la noche, mientras la esposa y los niños se le unen en oración y alabanza. Jesús se complace en morar en un hogar tal (Patriarcas y Profetas, pág. 140).
Tengan siempre en cuenta los miembros de cada familia que están íntimamente unidos con el cielo. El Señor tiene un interés especial en la familia de sus hijos terrenales. Los ángeles ofrecen el humo del fragante incienso de las oraciones de los santos. Por lo tanto, en cada familia ascienda hacia el cielo la oración matinal y en la hora fresca de la puesta del sol, preséntense delante de Dios los méritos del Salvador en favor nuestro. Mañana y noche, el universo celestial toma nota de cada familia que ora (Manuscrito 19, 1900).
Los ángeles guardan a los niños dedicados a Dios.
Antes de salir de la casa para ir a trabajar, toda la familia debe ser convocada y el padre, o la madre en ausencia del padre, debe rogar con fervor a Dios que los guarde durante el día. Acudid con humildad, con un corazón lleno de ternura, presintiendo las tentaciones y peligros que os acechan a vosotros y a vuestros hijos, y por la fe atad a estos últimos al altar, solicitando para ellos el cuidado del Señor. Los ángeles ministradores guardarán a los niños así dedicados a Dios (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 147, 148).
La oración establece un cerco en torno de los hijos.
Por la mañana, los primeros pensamientos del cristiano deben fijarse en Dios. Los trabajos mundanales y el interés propio deben ser secundarios. Debe enseñarse a los niños a respetar y reverenciar la hora de oración. . . . Es el deber de los padres creyentes levantar así, mañana y tarde, por ferviente 492 oración y fe perseverante, una valla en derredor de sus hijos. Deben instruirlos con paciencia; enseñándoles bondadosa e incansablemente a vivir de tal manera que agraden a Dios (Ibid.).
Tened ocasiones estables para el culto.
En cada familia debería haber una hora fija para los cultos matutino y vespertino. ¿No conviene a los padres reunir en derredor suyo a sus hijos antes del desayuno para agradecer al Padre celestial por su protección durante la noche, y para pedirle su ayuda y cuidado durante el día? ¿No es propio también, cuando llega el anochecer, que los padres y los hijos se reúnan una vez más delante de Dios para agradecerle las bendiciones recibidas durante el día que termina? (Id., tomo 3, pág. 92).
No seáis gobernados por las circunstancias.
El culto familiar no debiera ser gobernado por las circunstancias. No habéis de orar ocasionalmente y descuidar la oración en un día de mucho trabajo. Al hacer esto, inducís a vuestros hijos a considerar la oración como algo no importante. La oración significa mucho para los hijos de Dios y las acciones de gracias debieran elevarse delante de Dios mañana y noche. Dice el salmista: "Venid, aclamemos alegremente a Jehová; cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación. Lleguemos ante su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos" (Manuscrito 12, 1898).
Padres y madres, por muy urgentes que sean vuestros negocios, no dejéis nunca de reunir a vuestra familia en torno del altar de Dios. Pedid el amparo de los santos ángeles para vuestra casa. Recordad que vuestros amados están expuestos a tentaciones (El Ministerio de Curación, pág. 304).
No pasemos por alto nuestras obligaciones hacia Dios al esforzarnos por atender la comodidad y felicidad de los huéspedes. Ninguna consideración debería 493 hacernos desatender la hora de la oración. No habléis ni os

entretengáis con otras cosas hasta el punto de estar todos demasiado cansados para gozar de un momento de devoción. Hacer esto es presentar a Dios una ofrenda imperfecta. Deberíamos presentar nuestras súplicas y elevar nuestras voces en alabanza feliz y agradecida, a una hora temprana de la noche, cuando podamos orar sin prisa e inteligentemente.
Vean todos los que visitan un hogar cristiano que la hora de la oración es la más preciosa, la más sagrada y la más feliz del día. Estos momentos de devoción ejercen una influencia refinadora, elevadora sobre todos los que participan de ellos. Producen un descanso y una paz gratos al espíritu (Mensajes para los Jóvenes, pág. 34).
Respeten los hijos la hora del culto.
Debéis enseñar a vuestros hijos a ser bondadosos, serviciales, accesibles a las súplicas y, sobre todo lo demás, respetuosos de las cosas religiosas, y deben sentir la importancia de los requerimientos de Dios. Se les debe enseñar a respetar la hora de la oración; se debe exigir que se levanten por la mañana para estar presentes en el culto familiar (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 133, 134).
Hágase interesante el período del culto.
El padre, que es el sacerdote de su casa, debiera dirigir los cultos matutino y vespertino. No hay razón para que este no sea el ejercicio más interesante y agradable de la vida hogareña, y Dios es deshonrado cuando se lo hace seco y tedioso. Sean cortas y animadas las reuniones del culto familiar. No permitáis que vuestros hijos o cualquier otro miembro de la familia les tengan miedo por ser tediosos o faltos de interés. Cuando se lee un capítulo largo y se lo explica y se eleva una larga oración, este precioso servicio se hace cansador y es un alivio cuando termina. 494
Los jefes de familia debieran ocuparse especialmente de que la hora del culto sea sumamente interesante. Dedicándole algo de atención y cuidadosa preparación, cuando nos presentamos ante la presencia de Dios, el culto familiar puede ser agradable y estará lleno de resultados que únicamente revelará la eternidad. Elija el padre una porción de las Escrituras que sea interesante y fácil de entender; serán suficientes unos pocos versículos para dar una lección que pueda ser estudiada y practicada durante el día. Se pueden hacer algunas preguntas. Pueden presentarse a manera de ilustración unas pocas, serias e interesantes observaciones, cortas y al punto. Por lo menos debieran cantarse unas pocas estrofas de un himno animado, y la oración debe elevarse corta y al punto. El que dirige en oración no debiera orar por todas las cosas, sino que debiera expresar sus necesidades con palabras sencillas y su alabanza a Dios con gratitud (Signs of the Times, 7-8-1884).
Para despertar y fortalecer el amor hacia el estudio de la Biblia, mucho depende del uso que se haga de la hora del culto. Las horas del culto matutino y del vespertino deberían ser las más dulces y útiles del día. Entiéndase que no deben interponerse a esa hora pensamientos inquietos y faltos de bondad; reúnanse los padres y los niños para encontrarse con Jesús y para invitar a los santos ángeles a estar presentes en el hogar. Los cultos deberían ser breves y llenos de vida, adaptados a la ocasión y variados. Todos deberían tener parte en la lectura de la Biblia, aprender y repetir a menudo la ley de Dios. Los niños tendrán más interés si a veces se les permite que escojan la lectura. Hacedles preguntas acerca de lo leído y permitidles que también las hagan ellos. Mencionad cualquier cosa que sirva para ilustrar su significado. Si el culto no es demasiado largo, permitid que los pequeñuelos 495 oren y se unan al canto, aunque se trate de una sola estrofa (La Educación, pág. 181).
Orad clara y distintamente.
Por vuestro propio ejemplo enseñad a orar con voz clara y distinta. Enseñadles a levantar la cabeza de la silla y que no se cubran nunca la cara con las manos. Así pueden ofrecer sus sencillas oraciones, repitiendo al unísono el Padrenuestro (Manuscrito 12, 1898).
El poder de la música.
La historia de los cantos de la Biblia está llena de sugestiones en cuanto a los usos y beneficios de la música y el canto. A menudo se pervierte la música haciéndola servir a malos propósitos y de ese modo llega a ser uno de los agentes más seductores de la tentación. Pero, debidamente empleada, es un precioso don de Dios, destinado a elevar los pensamientos a temas más nobles, a inspirar y elevar el alma. . . .
Es uno de los medios mas eficaces para grabar en el corazón la verdad espiritual. Cuán a menudo recuerda la memoria el alma oprimida y pronta a desesperar, alguna palabra de Dios, el tema olvidado de algún canto de la infancia y las tentaciones pierden su poder, la vida adquiere nuevo significado y nuevo propósito y se imparte valor y alegría a otras almas.
Nunca se debería perder de vista el valor del canto como medio educativo. Cántense en el hogar cantos dulces y puros, y habrá menos palabras de censura, y más de alegría, esperanza y gozo. Cántese en la escuela, y los alumnos serán atraídos más a Dios, a sus maestros y los unos a los otros.

Como parte del servicio religioso, el canto no es menos importante que la oración. En realidad, más de un canto es una oración. Si se enseña al niño a comprender esto, pensará más en el significado de las palabras que canta y será más sensible a su poder (La Educación, págs. 163, 164). 496

Instrumental y vocal.

Por la noche y por la mañana uníos con vuestros hijos en el culto a Dios, leyendo su Palabra y cantando sus alabanzas. Enseñadles a repetir la ley de Dios. Respecto de los mandamientos, los israelitas recibieron esta instrucción: "Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes". De acuerdo con estas palabras, Moisés instruyó a los israelitas a ponerle música a las palabras de la ley. Mientras los niños mayores tocaban instrumentos musicales, los menores marchaban y cantaban en concierto el cántico de los mandamientos de Dios. En los años subsiguientes retenían en su mente las palabras de la ley que aprendieran durante la niñez.

Si era esencial para Moisés encarnar los mandamientos en el cántico sagrado, de manera que cuando marcharan por el desierto los niños pudieran aprender la ley versículo por versículo, cuán esencial es en este tiempo enseñar a nuestros hijos la Palabra de Dios. Acudamos en ayuda del Señor, instruyendo a nuestros hijos a guardar los mandamientos al pie de la letra. Hagamos todo lo que esté de nuestra parte para hacer música en nuestro hogar, a fin de que el Señor pueda hacerse presente (Evangelismo, págs. 329, 330).

Culto especial para el sábado.

Tomen parte los niños en el culto de familia [del sábado]. Traigan todos sus Biblias y lea cada uno de ellos uno o dos versículos. Luego cántese algún himno familiar, seguido de oración. Para ésta, Cristo ha dejado un modelo. El Padrenuestro no fue destinado a ser repetido simplemente como una fórmula, sino que es una ilustración de lo que deben ser nuestras oraciones: sencillas, fervientes y abarcantes. En una simple petición, expresad al Señor vuestras necesidades y gratitud por su misericordia. Así invitáis a Jesús 497 como vuestro huésped bienvenido en el hogar y el corazón. En la familia, las largas oraciones acerca de objetos remotos, no están en su lugar. Hacen cansadora la hora de la oración, cuando debiera ser considerada como un privilegio y una bendición. Procurad que ese momento ofrezca interés y gozo (Joyas de los Testimonios, tomo 3, págs. 23, 24).

Más oración significa menos castigo.

Debiéramos orar a Dios mucho más de lo que lo hacemos. Hay gran fortaleza y bendición al orar juntos en familia con nuestros hijos y para ellos. Cuando mis hijos han cometido errores y he hablado con ellos bondadosamente y luego he orado con ellos, nunca he encontrado la necesidad de castigarlos después. Su corazón se conmovía de ternura delante del Espíritu Santo que venía en respuesta a la oración (Manuscrito 47, 1908).

Los beneficios de la oración secreta.

Jesús recibió sabiduría y poder, durante su vida terrenal, en las horas de oración solitaria. Sigan los jóvenes su ejemplo y busquen a la hora del amanecer y del crepúsculo un momento de quietud para tener comunión con su Padre celestial. Y durante el día eleven su corazón a Dios. A cada paso dado en nuestro camino, nos dice: "Porque yo, Jehová tu Dios, soy quien tiene asida tu mano diestra, . . . no temas, yo soy tu ayudador". Si nuestros hijos pudiesen aprender estas lecciones en el alba de su vida, ¡qué frescura y poder, qué gozo y dulzura habría en su existencia! (La Educación, págs. 252, 253).

Las puertas del cielo se abren para cada madre.

Cuando Jesús se arrodilló a orillas del Jordán después de su bautismo y ofreció una oración por la humanidad, se abrieron los cielos y el Espíritu de Dios, como una paloma de oro bruñido, rodeó la forma del Salvador y una voz del cielo dijo: "Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento". 498

¿Qué significa esto para ti? Dice que el cielo se abrió ante tu oración. Dice que eres aceptada en el Amado. Las puertas se abren para cada madre que deposita su carga a los pies del Salvador. Nos dice que Cristo ha rodeado a la raza humana con su brazo humano y con su brazo divino se ha aferrado del trono del Infinito y ha unido al hombre con Dios y a la tierra con el cielo (Signs of the Times, 22-7-1889).

Las oraciones de las madres cristianas no son desatendidas por el Padre de todos, que envió a su Hijo a la tierra para rescatar un pueblo para sí. No desdeñará vuestras peticiones ni os dejará a vosotros y a los vuestros para que Satanás os abofetee en el gran día del conflicto final. Habéis de trabajar con sencillez y fidelidad y Dios afirmará la obra de vuestras manos (Review and Herald, 23-4-1889). 499

CAPÍTULO 79. El Sábado el Día de Delicia

Desprecio prevaleciente por el sábado.

Se me ha mostrado que muchísimos de los padres que profesan creer el solemne mensaje para este tiempo no han preparado a sus hijos para Dios. No han sabido reprimirlos y se han enojado con cualquiera que tratara de

reprimirlos. Mediante una fe viviente no han unido diariamente a sus hijos al altar del Señor. Muchos de esos jóvenes han sido dejados en libertad de transgredir el cuarto mandamiento haciendo su voluntad en el santo día de Dios. No han sentido escrúpulos de conciencia en ir por las calles durante el sábado para divertirse. Muchos van donde les place y hacen lo que les place, y sus padres están tan temerosos de desagradarles que, imitando la conducta de Elí, no los reprimen.

Esos jóvenes finalmente pierden todo respeto por el sábado y no se sienten atraídos por las reuniones religiosas ni por las cosas sagradas y eternas (Testimonies, tomo 5, págs. 36, 37).

Prestad atención a la primera palabra del cuarto mandamiento.

La palabra "acordarte" está colocada en el mismo principio del cuarto mandamiento. Padres, necesitáis recordar vosotros mismos el día sábado para guardarlo santamente. Y si hacéis esto, estáis dando la debida instrucción a vuestros hijos. Ellos reverenciarán el santo día de Dios . . . . En vuestros hogares se necesita la educación cristiana. A lo largo de toda la semana tened en cuenta el santo sábado del Señor pues ese día ha de ser dedicado al servicio de Dios. Es un día cuando han de descansar las manos de las tareas mundanales, cuando han de recibir especial atención las necesidades del alma (Manuscrito 57, 1897). 500

Cuando el sábado se recuerde así, no se permitirá que lo temporal usurpe lo que pertenece a lo espiritual. Ningún deber que incumbe a los seis días hábiles será dejado para el sábado. Durante la semana nuestras energías no se agotarán de tal manera en el trabajo temporal que, en el día en que el Señor descansó y fue refrigerado, estemos demasiado cansados para dedicarnos a su servicio (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 21).

Haced del viernes el día de preparación.

Terminad el viernes los preparativos para el sábado. Cuidad de que toda la ropa esté lista y que se haya cocinado todo lo que debe cocinarse, que se hayan lustrado los zapatos y tomado los baños. Es posible lograr esto. Si lo establecéis como regla, podéis hacerlo. El sábado no debe destinarse a reparar ropas, a cocinar alimentos, a los placeres, o a otra ocupación mundanal. Antes de que se ponga el sol, debe ponerse a un lado todo trabajo secular y guardarse fuera de la vista todos los periódicos de ese carácter. Padres, explicad a vuestros hijos lo que hacéis y os proponéis y dejadlos participar en vuestra preparación para guardar el sábado según el mandamiento (Id., tomo 3, pág. 22).

En muchas familias [durante el sábado] se embetunan y lustran los zapatos y se dan puntadas, todo porque estas cositas no fueron hechas durante el viernes. No se acordaron del "sábado para santificarlo". . . .

Debe prestarse atención a la vestimenta de los hijos durante el viernes. Durante la semana, todo esto debiera haber sido arreglado por las propias manos de ellos bajo la dirección de la madre, de modo que pudieran vestirse quedamente, sin ninguna confusión ni apresuramiento, ni órdenes precipitadas (Manuscrito 57, 1897). 501

Hay otra obra que debe recibir atención en el día de preparación. En ese día deben ponerse a un lado todas las divergencias entre hermanos, ora sea en la familia o en la iglesia (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 22).

Cuando comienza el sábado, la familia celebra culto.

Antes de la puesta del sol, congréguense los miembros de la familia para leer la Palabra de Dios y para cantar y orar. Se necesita una reforma en esto, porque muchos han sido remisos. Necesitamos confesarnos a Dios y unos a otros. Debemos empezar de nuevo a hacer arreglos especiales para que cada miembro de la familia esté preparado para honrar el día que Dios ha bendecido y santificado (Id., pág. 23).

Las horas del sábado no son nuestras sino de Dios.

Dios nos ha dado el conjunto de los seis días para hacer nuestro trabajo y se ha reservado únicamente uno. Este debiera ser un día de bendición para nosotros: un día cuando debiéramos poner de lado todos nuestros asuntos seculares y centralizar nuestros pensamientos en Dios y el cielo (Manuscrito 3, 1879).

Cuando el sábado comienza debemos ponernos en guardia, velar sobre nuestros actos y palabras, no sea que robemos a Dios, dedicando a nuestro uso el tiempo que pertenece estrictamente al Señor. No debemos hacer ni permitir que nuestros hijos hagan trabajo alguno para ganarse la vida, ni cosa alguna que podría haberse hecho durante los seis días hábiles. El viernes es el día de preparación. Entonces puede dedicarse tiempo a los preparativos necesarios para el sábado, y a pensar y conversar acerca de ello. Nada de lo que a los ojos del cielo será considerado como violación del santo sábado debe dejarse para ser dicho o hecho en sábado. Dios requiere no sólo que evitemos el trabajo físico en sábado, sino que 502 disciplinemos nuestra mente para que se espacie en temas sagrados. Se infringe virtualmente el cuarto mandamiento al conversar de cosas mundanales o al dedicarse a una conversación liviana y trivial. El hablar de cualquier cosa o de todo lo que acude a la mente, es pronunciar nuestras propias palabras. Toda desviación de lo recto nos pone en servidumbre y condenación (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 287).

El tiempo del sábado es demasiado precioso para pasarlo durmiendo.
Durante la semana, nadie debiera permitirse quedar tan absorbido por sus intereses temporales y tan extenuado por sus esfuerzos en procura de ganancias materiales, como para que durante el sábado no tenga fuerza ni energía para darlas al servicio de Dios. Estamos robando al Señor cuando nos incapacitamos para rendirle culto en su día santo. Y también nos estamos robando a nosotros mismos, pues necesitamos el calor y la luz del compañerismo, tanto como la fortaleza que se pueden ganar de la sabiduría y la experiencia de otros cristianos (Review and Herald, 13-6-1882).
No se malgasten en cama las preciosas horas del sábado. El sábado de mañana, la familia debe levantarse temprano. Si se levantan tarde, hay confusión y apresuramiento en los preparativos para el desayuno y la escuela sabática. Hay apresuramiento, roces e impaciencia. Así entran en el hogar sentimientos profanos. El sábado, así profanado, produce cansancio, y en vez de amarse su venida, se la teme (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 23).
Asistid al culto de la iglesia con los hijos.
Los padres y las madres debieran convertir en una regla que sus hijos asistan al culto de la iglesia durante el sábado, y debieran reforzar esa regla con su propio ejemplo. Nuestro deber es guiar a nuestros hijos y a nuestra casa tras de nosotros, como lo hizo Abrahán. 503 Tanto por ejemplo como por precepto, debiéramos impresionar en ellos la importancia de las enseñanzas religiosas. Todos los que han formulado los votos bautismales se han consagrado solemnemente al servicio de Dios. Están bajo la obligación de un pacto donde puedan obtener todos los incentivos posibles y el ánimo para la vida cristiana (Review and Herald, 13-6-882)
Pero mientras damos culto a Dios, no hemos de considerar esto como una tarea penosa. El sábado del Señor ha de ser hecho una bendición para nosotros y para nuestros hijos. Ellos han de considerar el sábado como un día de delicia, un día que ha santificado Dios, y así lo considerarán si son debidamente instruidos (Manuscrito 3, 1879).
Usad ropas adecuadas para la casa de culto.
Muchos necesitan instrucción en cuanto a cómo deben presentarse en la asamblea para adorar en sábado. No han de entrar en la presencia de Dios con las ropas que llevan comúnmente durante la semana. Todos deben tener un traje especial para el sábado, para llevarlo cuando asistan al culto en la casa de Dios. Aunque no debernos conformarnos a las modas mundanales, no debemos ser indiferentes acerca de nuestra apariencia exterior. Debemos ser aseados y estar bien arreglados, aunque sin adornos. Los hijos de Dios deben ser limpios en su interior y exterior (Joyas de los Testimonios, tomo 3, págs. 21, 22).
Explicad a los niños el sermón del sábado.
Los ministros están ocupados en una sagrada y solemne obra, pero también descansa una sagrada responsabilidad sobre los que oyen. Han de oír con la determinación de seguir las instrucciones que todos deben practicar para ganar la vida eterna. Cada oyente debiera esforzarse para entender cada presentación 504 de la verdad bíblica, como un mensaje para él, que ha de ser recibido por fe y puesto en práctica en la vida diaria. Los padres debieran explicar a sus hijos las palabras pronunciadas desde el púlpito para que ellos puedan entenderlas y tengan ese conocimiento que, si es puesto en práctica, produce abundante gracia y paz (Manuscrito 41, 1903).
Haced una preparación especial para la comida.
No debemos proveer para el sábado una cantidad o variedad mayor de alimentos que para los otros días. En vez de esto, los alimentos deben ser más sencillos, y debe comerse menos, a fin de que la mente esté clara y vigorosa para comprender las cosas espirituales. El comer demasiado anubla la mente. Se pueden oír las palabras mas preciosas sin apreciarlas, debido a que la mente está turbada por un régimen impropio. Comiendo demasiado el sábado, muchos han deshonrado a Dios más de lo que lo que piensan.
Aunque debe evitarse el cocinar en sábado, no es necesario comer alimentos fríos. En tiempo frío, caliéntese el alimento preparado el día antes. Y sean las comidas, aunque sencillas, atrayentes y sabrosas. Provéase algo que sea considerado como un plato especial, algo que la familia no tiene cada día (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 23).
Es precioso el descanso del día.
La escuela sabática y la reunión del culto ocupan sólo una parte del sábado. La parte que queda para la familia puede abarcar las más sagradas y preciosas horas del sábado. Mucho de este tiempo deben pasarlo los padres con sus hijos (Id., pág. 24).
Haced planes para lecturas y conversaciones adecuadas
¡Oh el sábado! Sea el más dulce y el más bendito de todos los días de la semana. . . .

Los padres pueden y deben prestar atención a sus hijos, leyéndoles las porciones más atrayentes de la historia bíblica, educándolos para reverenciar el sábado, 505 guardándolo conforme al mandamiento. Esto no puede hacerse, si los padres no sienten su responsabilidad para interesar a sus hijos. Pero pueden hacer del sábado una delicia, si toman la debida actitud. A los niños puede interesarse en la buena lectura o en la conversación en cuanto a la salvación de su alma. Pero habrán de ser educados y preparados. El corazón natural no está propenso a pensar en Dios, el cielo ni las cosas celestiales. Deberá contrarrestarse continuamente la corriente de mundanalidad e inclinación al mal y deberá fomentarse la luz celestial (Review and Herald, 14-4-1885).
No hemos de ser indiferentes a las actividades de los niños.
He encontrado que durante el sábado muchos son indiferentes y no saben donde están sus niños o qué están haciendo (Ibid.).
Padres, por encima de todas las cosas cuidad a vuestros hijos durante el sábado. No les permitáis que violen el santo día de Dios jugando en la casa o al aire libre. Lo mismo sería que quebrantarais vosotros mismos el sábado, que permitir que los hijos lo hagan, y cuando permitís que vuestros hijos vagabundeen y les toleráis que jueguen en el sábado, Dios os considera como violadores del sábado (Id., 19-9-1854).
Al aire libre con los niños.
Los padres pueden llevar a sus hijos al aire libre para contemplar a Dios en la naturaleza. Pueden señalar a las flores en capullo y a los capullos abiertos, los elevados árboles y las bellas briznas de hierba, y enseñar que Dios hizo todas estas cosas en seis días y descansó en el séptimo día y lo bendijo. En esa forma, los padres pueden dedicarse con afán a instruir a sus hijos, de modo que cuando ellos contemplen las cosas de la naturaleza, recuerden al gran Creador de todas ellas. Sus pensamientos serán elevados al 506 Dios de la naturaleza, llevados a la creación de nuestro mundo cuando se establecieron los fundamentos del sábado y todos los hijos de Dios clamaron de gozo. Tales son las lecciones que han de impresionarse en la mente de nuestros hijos.
No hemos de enseñar a nuestros hijos que no deben ser felices durante el sábado, que es un error salir a dar un paseo al aire libre. Oh, no. Cristo condujo a sus discípulos a la orilla del lago durante el sábado y les enseñó. Sus sermones sabáticos no siempre fueron predicados entre cuatro paredes (Manuscrito 3, 1879).
Otras lecciones de la naturaleza: lecciones objetivas.
Enseñad a los niños a ver a Cristo en la naturaleza. Sacadlos al aire libre, bajo los nobles árboles del huerto; y en todas las cosas maravillosas de la creación enseñadles a ver una expresión de su amor. Enseñadles que él hizo las leyes que gobiernan todas las cosas vivientes, que él ha hecho leyes para nosotros, y que esas leyes son para nuestra felicidad y nuestro gozo. No los canséis con largas oraciones y tediosas exhortaciones, sino que por medio de las lecciones objetivas de la naturaleza, enseñadles a obedecer la ley de Dios (El Deseado de Todas las Gentes, pág. 475).
Dad un verdadero concepto del carácter de Dios.
¿Cómo pueden los niños recibir un conocimiento más correcto de Dios y una impresión mental mejor, que pasando una parte del tiempo al aire libre, no jugando, sino en compañía de sus padres? Asóciense sus mensajes juveniles con Dios en los hermosos panoramas de la naturaleza, llámeseles la atención hacia las manifestaciones de su amor por el hombre en sus obras creadas y se sentirán atraídos e interesados. No correrán el peligro de asociar el carácter de Dios con todo lo severo y adusto; sino que ver las cosas bellas que creó para la felicidad del 507 hombre, serán inducidos a considerarle como un Padre tierno y amable. Verán que sus prohibiciones no han sido hechas simplemente para manifestar su poder y autoridad, sino que buscan la felicidad de sus hijos. Y al cobrar el carácter de Dios el aspecto atrayente del amor, la benevolencia y la belleza, se sentirán inducidos a amarle. Podéis llamarles la atención a las aves hermosas que llenan el aire de música con sus felices cantos, los tallos de la hierba y las flores perfectas de llamativos matices que perfuman el aire. Todas estas cosas proclaman el amor y la habilidad del Artista celestial, y revelan la gloria de Dios.
Padres, ¿por qué no hacéis uso de las lecciones preciosas que Dios nos ha enseñado en el libro de la naturaleza para dar a nuestros hijos una idea correcta de su carácter? Los que sacrifican la sencillez por la moda, y se privan de admirar la belleza de la naturaleza, no pueden ser espirituales, no pueden comprender la habilidad y el poder de Dios según se revelan en sus obras creadas; por lo tanto, sus corazones no palpitan con nuevo amor e interés, y no se llenan de reverencia al vislumbrar a Dios en la naturaleza (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 277, 278).
El valor del sábado, como medio de educación, es inestimable. Cualquier cosa que Dios nos pida, nos la devuelve enriquecida y transfigurada con su propia gloria . . . .
El sábado y la familia fueron instituidos en el Edén, y en el propósito de Dios están indisolublemente unidos. En ese día, más que en cualquier otro, nos es posible vivir la vida del Edén. Era el plan de dios que los

miembros de la familia se asociasen en el trabajo y en el estudio, en el culto y en la recreación, el padre como sacerdote de su casa, y él y la madre, como maestros y compañeros de sus 508 hijos. Pero los resultados del pecado, al cambiar las condiciones de la vida, han impedido, en extenso grado, esta asociación. Con frecuencia ocurre que el padre apenas ve los rostros de sus hijos durante la semana. Se encuentra casi totalmente privado de la oportunidad de ser compañero de ellos e instruirlos. Pero el amor de Dios ha puesto un límite a las exigencias del trabajo. En su día reserva a la familia la oportunidad de tener comunión con él, con la naturaleza y con sus prójimos (La Educación, págs. 244, 245).

Haced del sábado una delicia.

Todos los que aman a Dios deben hacer lo que puedan para que el sábado sea una delicia, santo y honorable. No pueden hacer esto buscando sus propios placeres en diversiones pecaminosas y prohibidas. Sin embargo, pueden hacer mucho para exaltar el sábado en sus familias y hacer de él el día más interesante de la semana. Debemos dedicar tiempo a interesar a nuestros hijos. Un cambio ejercerá una influencia feliz sobre ellos. Podemos andar con ellos al aire libre; podemos sentarnos con ellos en los huertos y bajo la alegre luz del sol, y dar a sus mentes inquietas algo en que ocuparse, conversando con ellos de las obras de Dios. Podemos inspirarles amor y reverencia llamando su atención a los hermosos objetos de la naturaleza.

El sábado debe resultar tan interesante para nuestras familias que su visita semanal sea saludada con gozo. De ninguna manera mejor pueden los padres exaltar y honrar el sábado que ideando medios de impartir la debida instrucción a sus familias, e interesarlas en las cosas espirituales, dándoles una visión correcta del carácter de Dios, y de lo que él requiere de nosotros a fin de perfeccionar el carácter cristiano y alcanzar la vida eterna. Padres, haced del sábado una delicia para que vuestros hijos puedan 509 esperarlo con placer y recibirlo con gozo en su corazón (Joyas de los Testimonios, tomo 1, pág. 278).

Un pináculo adecuado mediante la oración y el canto.

Al bajar el sol, señalen la voz de la oración y el himno de alabanza el fin de las horas sagradas, e invitad a Dios a acompañaros con su presencia en los cuidados de la semana de trabajos.

Así pueden los padres hacer del sábado lo que debe ser: el día más gozoso de la semana. Pueden inducir a sus hijos a considerarlo como una delicia, el día superior a los demás días, santo de Jehová, honorable (Id., tomo 3, pág. 25). 510

CAPÍTULO 80. La Reverencia por lo que es Santo

La preciosa gracia de la reverencia.

Otro don que debería ser cuidadosamente fomentado es el de la reverencia (La Educación, pág. 237).

La educación y preparación de los jóvenes debe ser de un carácter que ensalce las cosas sagradas y estimule la devoción pura a Dios en su casa. Muchos de los que profesan ser hijos del Rey celestial no tienen verdadero aprecio por el carácter sagrado de las cosas eternas (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 198, 199).

Dios ha de ser reverenciado.

La verdadera reverencia hacia Dios es inspirada por el sentimiento de su infinita grandeza y la comprensión de su presencia. El corazón de todo niño debería ser profundamente impresionado con esta sensación del Invisible (La Educación, pág. 237).

Ha de ser reverenciado su nombre.

También se debería mostrar reverencia hacia el nombre de Dios. Nunca se debería pronunciar ese nombre con ligereza o indiferencia. Hasta en la oración se debería evitar su repetición frecuente o innecesaria. "Santo y temible es su nombre" (Salmo 111: 9). Los ángeles, al pronunciarlo, cubren sus rostros. ¡Con cuánta reverencia deberíamos pronunciarlo nosotros que somos caídos y pecadores! (Id., pág. 238).

Su Palabra es sagrada.

Deberíamos reverenciar la Palabra de Dios. Deberíamos mostrar respeto hacia el volumen impreso y no darle usos comunes ni manosearlo descuidadamente. Nunca debería ser citada la Escritura en broma, ni parafraseada para decir una agudeza. "Toda palabra de Dios es acrisolada"; "como plata refinada en horno de tierra, 511 siete veces acrisolada" (Prov. 30: 5; Sal. 12: 6) (Ibid.).

Debiera enseñarse a los niños que respeten cada palabra que procede de la boca de Dios. Los padres han de magnificar siempre los preceptos de la ley de Dios delante de sus hijos, mostrando obediencia a esa ley y viviendo ellos mismos bajo los requerimientos de Dios. Si los padres son poseídos por un sentimiento de lo sagrado de la ley, con seguridad esto transformará su carácter convirtiendo su alma (Review and Herald, 10-5-1898).

Dios está en el lugar de oración.

Dios debe ser honrado en todo hogar cristiano con los sacrificios matutinos y vespertinos de oración y alabanza. Debe enseñarse a los niños a respetar y a reverenciar la hora de oración (Consejos para los Maestros, pág. 85).
Debería enseñarse al niño a considerar sagrados la hora y el lugar de oración y los cultos públicos, porque Dios está en ellos. Y al manifestar reverencia en la actitud y conducta, el sentimiento que lo inspire se profundizará (La Educación, pág. 237).
La casa de Dios es su santo templo.
Convendría tanto a los jóvenes como a los viejos estudiar, meditar y a menudo repetir aquellas palabras de la Santa Escritura que muestran cómo debería considerarse el lugar señalado por la presencia especial de Dios. "Quita el calzado de tus pies --ordenó Dios a Moisés, junto a la zarza ardiendo--; porque el lugar en que estás, tierra santa es" (Exo. 3: 5).
Jacob, después de contemplar la visión de los ángeles, exclamó: "Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía . . . . No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo" (Gén. 28: 16, 17). 512
"Jehová empero está en su santo templo: guarde silencio delante de él toda la tierra" (Hab. 2: 20) (Id., págs. 237, 238).
Muchos . . . no tienen verdadero aprecio por el carácter sagrado de las cosas eternas. Casi todos necesitan que se les enseñe a conducirse en la casa de Dios. Los padres no deben sólo enseñar, sino ordenar a sus hijos que entren en el santuario con seriedad y reverencia (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 199).
Precaución contra un descuido creciente.
Del carácter sagrado que rodeaba el santuario terrenal, los cristianos pueden aprender cómo deben considerar el lugar donde el Señor se encuentra con su pueblo. Ha habido un gran cambio, y no en el mejor sentido, sino en el peor, en los hábitos y costumbres de la gente con referencia al culto religioso. Las cosas preciosas y sagradas que nos relacionan con Dios, están perdiendo rápidamente su influencia y son rebajadas al nivel de las cosas comunes. La reverencia que el pueblo tenía antiguamente por el santuario donde se encontraba con Dios en servicio sagrado, ha desaparecido mayormente. Sin embargo, Dios mismo dio el orden del servicio, ensalzándolo muy por encima de todo lo que tuviese naturaleza temporal (Id., pág. 193).
La casa de Dios es profanada con frecuencia y el sábado es violado por los hijos de los observadores del sábado. En algunos casos aun se les permite correr por la casa, jugar, conversar y manifestar su mal genio en las mismas reuniones donde los santos debieran rendir culto a Dios en la belleza de la santidad. Y el lugar que debería ser santo, y donde debería reinar una quietud santa, y donde debiera haber un orden perfecto, limpieza y humildad, se convierte en una perfecta Babilonia, "confusión". Esto es suficiente para provocar el desagrado de Dios 513 y ahuyentar su presencia de nuestras asambleas (Review and Herald, 19-9-1854).
Tenemos más razones para la reverencia que los hebreos.
Es demasiado cierto que la reverencia por la casa de Dios ha llegado casi a extinguirse. No se disciernen las cosas y los lugares sagrados, ni se aprecia lo santo y lo exaltado. ¿No falta en nuestra familia la piedad ferviente? ¿No se deberá a que se arrastra en el polvo el alto estandarte de la religión? Dios dio a su antiguo pueblo reglas de orden, perfectas y exactas. ¿Ha cambiado su carácter? ¿No es el Dios grande y poderoso que rige en el cielo de los cielos? ¿No sería bueno que leyésemos con frecuencia las instrucciones dadas por Dios mismo a los hebreos, para que nosotros, los que tenemos la luz de la gloriosa verdad, imitemos su reverencia por la casa de Dios? Tenemos abundantes razones . . . . para ser aun más reflexivos y reverentes en nuestro culto que los judíos. Pero un enemigo ha estado trabajando para destruir nuestra fe en el carácter sagrado del culto cristiano (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 198).
La iglesia, el santuario de la congregación.
La casa es el santuario para la familia, y la cámara o el huerto el lugar más retraído para el culto individual; pero la iglesia es el santuario para la congregación. Debiera haber reglas respecto al tiempo, el lugar y la manera de adorar (Id., pág. 193).
Enseñad a los niños a entrar reverentemente.
Padres, elevad la norma del cristianismo en la mente de vuestros hijos; ayudadles a entretejer a Jesús en su experiencia; enseñadles a tener la más alta reverencia por la casa de Dios y a comprender que cuando entran en la casa del Señor deben hacerlo con corazón enternecido y subyugado por pensamientos como éstos: "Dios está aquí, ésta es su casa. Debo tener pensamientos puros y los más santos motivos. No debo 514 abrigar orgullo, envidias, celos, malas sospechas, odios ni engaño en mi corazón, porque vengo a la presencia del Dios santo. Este es el lugar donde Dios se encuentra con su pueblo y lo bendice. El Santo y Sublime, que habita la eternidad, me mira, escudriña mi corazón y lee los pensamientos y los actos más secretos de mi vida" (Id., pág. 196).

Permanezcan con sus padres.
El gusto moral de los que adoran en el santo santuario de Dios debe ser elevado, refinado y santificado. Esto se ha descuidado tristemente. Su importancia se ha pasado por alto y como resultado han prevalecido el desorden y la irreverencia, y Dios ha sido deshonrado. Cuando los dirigentes de la iglesia, ministros y miembros, padres y madres, no tienen opiniones elevadas sobre el asunto, ¿qué se puede esperar de los niños inexpertos? Con demasiada frecuencia se los encuentra en grupos, separados de los padres que debieran encargarse de ellos. No obstante estar en la presencia de Dios y bajo su mirada, son livianos y triviales, cuchichean y ríen, son descuidados, irreverentes y desatentos (Id., pág. 199).
Sed tranquilos y sosegados.
No tengáis tan poca reverencia hacia la casa y el culto de Dios que converséis con otros durante el sermón. Si los que cometen esta falta pudiesen ver a los ángeles de Dios que los miran y toman en cuenta su acción se llenarían de vergüenza y de aborrecimiento propio. Dios quiere oidores atentos. El enemigo sembró la cizaña mientras el hombre dormía (Mensajes para los Jóvenes, pág. 264).
No hemos de proceder como en un lugar común.
Debiera haber un lugar sagrado, como el santuario de la antigüedad, donde Dios se encuentre con su pueblo. Ese lugar no debiera usarse como comedor ni como oficina, sino sencillamente para el culto de Dios. Cuando los niños asisten a la escuela en el 515 mismo lugar donde se reúnen para rendir culto en el sábado, no se puede hacer que sientan la santidad del lugar y que entren en él con sentimientos de reverencia. Se mezclan de tal manera lo sagrado y lo común que es difícil distinguirlos.
Por esta razón, la casa o santuario dedicado a Dios no debiera convertirse en un lugar común. Su santidad no se debiera confundir ni mezclar con los sentimientos comunes de todos los días o de la vida comercial. Debiera haber un solemne temor reverente en los adoradores cuando entran en el santuario, y debieran dejar tras sí todos los pensamientos mundanos comunes, pues ése es el lugar donde Dios revela su presencia. Es como la cámara de audiencia del gran Dios eterno. Por lo tanto, el orgullo y la pasión, la disensión y la egolatría, el egoísmo y la avaricia, que Dios denuncia como idolatría, son inapropiados para tal lugar (Manuscrito 23, 1886).
No se ha de manifestar un espíritu de liviandad.
Padres, es vuestro deber tener a vuestros hijos en perfecta sujeción, habiendo dominado todas sus pasiones y mal genio. Y si los niños son llevados al culto, debiera hacérseles saber y entender dónde están: que no están en casa, sino donde Dios se encuentra con su pueblo. Y debiera mantenérselos tranquilos y sin jugar, y Dios volverá su rostro hacia vosotros para encontraros y bendeciros.
Si se observa orden en las asambleas de los santos, la verdad tendrá un efecto mejor sobre todos los que la oyen. Se fomentará una solemnidad que es muy necesaria y habrá poder en la verdad para conmover hasta lo más profundo del alma, y no penderá sobre los que oyen un estupor semejante a la muerte. Serán afectados los creyentes y los incrédulos. Pareciera evidente que en algunos lugares el arca de Dios ha sido quitada de la iglesia, pues se han violado los santos mandamientos y la fortaleza 516 de Israel ha sido debilitada (Review and Herald, 19-9-1854).
Sacad a los niños que disturben.
Ud. debiera enseñar a su hijo a obedecer como le obedecen a Dios los hijos de Dios. Si se mantiene esta norma, una palabra suya tendrá peso cuando su hijo esté inquieto en la casa de Dios. Pero si los niños no pueden ser reprimidos, si los padres sienten que la restricción se parece mucho a una extorsión, el niño debiera ser sacado de la iglesia inmediatamente. No se debiera dejarlo para que distraiga la mente de los oidores con sus charlas y carreras. Dios es deshonrado por la forma descuidada en que muchos padres están con sus hijos en la iglesia (Carta 1, 1877).
La irreverencia se fomenta por la ostentación.
Debe enseñarse a todos a ser aseados, limpios y ordenados en su indumentaria, pero sin dedicarse a los adornos exteriores que son completamente impropios para el santuario. No debe haber ostentación de trajes; porque esto estimula la irreverencia . . . . En todos los asuntos de la indumentaria, debemos ser estrictamente cuidadosos y seguir muy de cerca las reglas bíblicas. La moda ha sido la diosa que ha regido el mundo, y con frecuencia se insinúa en la iglesia. La iglesia debe hacer de la Palabra de Dios su norma y los padres deben pensar inteligentemente acerca de este asunto (Joyas de los Testimonios, tomo 2, págs. 201, 202).
Mostrad reverencia por los ministros que son representantes de Dios.
Se debería mostrar reverencia hacia los representantes de Dios: pastores, maestros y padres llamados a hablar y actuar en su lugar. Dios es honrado por el respeto mostrado hacia ellos (La Educación, pág. 239).

Rara vez se les indica [a los niños] que el ministro es el embajador de Dios, que el mensaje que 517 trae es uno de los medios designados por Dios para salvar a las almas, y que para todos los que tienen el privilegio de ser puestos a su alcance, será sabor de vida para vida o de muerte para muerte (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 199).

No debería tratarse con descuido e indiferencia nada que sea sagrado, que pertenezca al culto de Dios. Cuando se habla la palabra de vida, deberíais recordar que estáis escuchando la voz de Dios a través de su siervo delegado. No perdáis esas palabras por falta de atención; si las atendéis, impedirán que vuestros pies se extravíen por senderos equivocados (Mensajes para los Jóvenes, pág. 264).

La responsabilidad de los padres criticones.

Padres, tened cuidado en cuanto al ejemplo y a las ideas que inculcáis a vuestros hijos. Sus mentes son plásticas y las impresiones se graban fácilmente en ellas. En lo que respecta al servicio del santuario, si el que habló tiene alguna mancha, temed mencionarlo. Hablad tan sólo de la buena obra que hace, de las buenas ideas que presentó, que debierais escuchar como procedentes del agente de Dios. Puede verse fácilmente por qué los niños reciben tan poca impresión del ministerio de la palabra, y por qué tienen tan poca reverencia para con la casa de Dios. Su educación ha sido deficiente al respecto (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 200).

La mente delicada y susceptible de los jóvenes forma su concepto de las labores de los siervos de Dios por la manera en que sus padres las tratan. Muchas cabezas de familias hacen del culto un asunto de crítica en casa, aprobando algunas cosas y condenando otras. Así se crítica y pone en duda el mensaje de Dios a los hombres, y se lo hace tema de liviandad. ¡Sólo los libros del cielo revelarán qué impresiones hacen sobre los jóvenes estas observaciones descuidadas e irreverentes! Los niños ven y 518 comprenden estas cosas mucho más rápidamente de lo que pueden pensar los padres. Sus sentidos morales quedan mal encauzados, cosa que el tiempo nunca podrá cambiar completamente. Los padres se lamentan por la dureza de corazón de sus hijos, y por lo difícil que es despertar su sensibilidad moral para que respondan a los requerimientos de Dios.

Pero los libros del cielo llevan, anotada por una pluma que no se equivoca, la verdadera causa. Los padres no estaban convertidos. No estaban en armonía con el cielo ni con la obra del cielo. Sus ideas bajas y comunes del carácter sagrado del ministerio y del santuario de Dios se reprodujeron en la educación de sus hijos. Es de dudar que alguno que haya estado durante años bajo la influencia agotadora de tal instrucción doméstica pueda ya tener una reverencia sensible y alta consideración por el ministerio de Dios y por los agentes que él designó para la salvación de las almas. Debemos hablar de estas cosas con reverencia, con lenguaje decoroso y delicada susceptibilidad, a fin de demostrar a todos los que se asocian con nosotros que consideramos el mensaje de los siervos de Dios como mensaje dirigido a nosotros por Dios mismo (Id., págs. 199, 200).

Practicad la reverencia hasta que se haga habitual.

En la juventud de este siglo se necesita mucho la reverencia. Estoy alarmada cuando veo a los niños y jóvenes de padres religiosos tan descuidados en cuanto al orden y decoro que debieran observarse en la casa de Dios. Mientras los siervos de Dios están presentando las palabras de vida a la congregación, algunos leen, otros murmuran y ríen. Sus ojos están pecando al distraer la atención de los que los rodean. Este hábito crecerá e influirá en otros, si se permite que continúe sin ser frenado.

Los niños y jóvenes nunca debieran sentir que es algo para enorgullecerse el ser indiferentes y 519 descuidados en las reuniones donde se adora a Dios. Dios ve cada pensamiento o acción irreverente, y se registra en los libros del cielo. El dice: "Conozco tus obras". Nada está oculto de su ojo que todo lo escudriña. Si habéis formado, en cualquier grado que fuera, el hábito de no prestar atención y de ser indiferentes en la casa de Dios, ejerced las facultades que tenéis para corregirlo, y mostrad que tenéis dominio propio. Practicad la reverencia hasta que se convierta en una parte de vosotros mismos (Youth's Instructor. 8-10-1896). 520

CAPÍTULO 81. La Coordinación del Hogar y de la Iglesia

Comenzad la obra de la gracia en el hogar.

Padres, comenzad en vuestro hogar la obra de la gracia [que actúa] en la iglesia, conduciéndolos vosotros mismos de tal forma que vuestros hijos vean que estáis cooperando con los ángeles celestiales. Estad seguros cada día de vuestra conversión. Preparaos y preparad a vuestros hijos para la vida eterna en el reino de Dios. Los ángeles serán vuestros poderosos ayudadores. Satanás os tentará, pero no os rindáis. No habléis una sola palabra de la cual pueda aprovecharse el enemigo.

La verdad es pura e incorrupta. More ella en el corazón. Sea la determinación de cada miembro de la familia: "Seré cristiano, pues en la escuela terrenal debo formar un carácter que me dará entrada en la escuela superior del cielo. Debo hacer a otros lo que deseo que ellos me hagan a mí, pues tan sólo los que revelan a Cristo en este mundo pueden entrar en los atrios del cielo".

Haced la vida del hogar tan parecida al cielo como sea posible. Al reunirse en torno del altar familiar, no olviden los miembros de la familia de orar por los que llevan responsabilidades en la obra de Dios (Manuscrito 93, 1901).
Los que gobiernan su familia debidamente, llevarán a la iglesia una influencia de orden y reverencia. Representarán los atributos de la misericordia y la justicia como si estuvieran mano a mano. Revelarán a sus hijos el carácter de Cristo. La ley de la bondad y del amor en sus labios no debilitará sus órdenes ni les quitará autoridad, y sus requerimientos no serán desobedecidos (Review and Herald, 19-2-1895). 521
Los hogares modelos consiguen una iglesia modelo.
Cada familia es una iglesia en la que presiden los padres. La primera consideración de los padres debiera ser trabajar por la salvación de sus hijos. Cuando el padre y la madre, como sacerdote y, maestra de la familia, toman su posición plenamente del lado de Cristo, se ejercerá en el hogar una buena influencia. Y esta influencia santificada se sentirá en la iglesia y será reconocida por cada creyente. Debido a la gran falta de piedad y santificación en el hogar, se estorba grandemente la obra de Dios. Nadie puede llevar a la iglesia una influencia que no ejerce en su vida familiar ni en sus relaciones comerciales (Manuscritos 57, 1903).
La debida conducta en la iglesia se aprende en el hogar.
El hogar es una escuela donde todos pueden aprender el comportamiento en la iglesia. Cuando todos sean miembros de la familia real, habrá verdadera cortesía en la vida familiar. Cada miembro de la familia procurará hacerla agradable para los otros miembros. Los ángeles de Dios, que ministran a los que serían herederos de salvación, os ayudarán a hacer de vuestra familia un modelo de la familia celestial. Haya paz en el hogar, y habrá paz en la iglesia. Esta preciosa experiencia llevada a la iglesia será el medio para crear un afecto bondadoso mutuo. Cesarán las rencillas. La verdadera cortesía cristiana se verá entre los miembros de iglesia. El mundo tomará nota de que ellos han estado con Jesús y han aprendido de él. ¡Qué impresión haría la iglesia en el mundo, si todos los miembros vivieran vidas cristianas! (Manuscrito 60, 1903).
Por qué hay debilidad en la iglesia.
Muchos parecen pensar que la decadencia de la iglesia, el creciente amor por los placeres, se deben a la falta de obra pastoral. Es cierto, la iglesia no dispone de fieles guías y pastores. Los ministros debieran trabajar 522 fervientemente por los jóvenes que no se han entregado a Cristo y también por otros que son irreligiosos y no son cristianos aunque sus nombres estén en el registro de la iglesia. Pero aunque los ministros hagan su obra fielmente y bien, representará muy poco si los padres descuidan su obra. La falta de poder en la iglesia se debe a la falta de cristianismo en el hogar. Hasta que los padres no tomen su obra como debieran, será difícil que despierten a los jóvenes para que comprendan su deber. Si la religión reina en el hogar, será llevada a la iglesia. Los padres que realizan su obra para Dios son un poder para el bien. Al reprimir y estimular a sus hijos, criándolos en la educación y admonición del Señor, bendicen al vecindario en el cual viven. Y la iglesia se fortalece por su fiel obra (Signs of the Times, 3- 4-1901).
Los padres negligentes no pueden elevar a la iglesia.
Si se permite la desobediencia en la vida del hogar, el corazón de los hijos será llenado con un sentimiento de oposición al gobierno de Dios. El poder del Espíritu Santo resultará ineficaz para suavizar y subyugar sus corazones. Si en años posteriores, en circunstancias especiales, se entregan al Evangelio de Cristo, tendrán que reñir terribles batallas para someter la voluntad desleal a la voluntad de Dios. Con frecuencia la iglesia tiene que sufrir debido a sus miembros, a causa de la errónea educación recibida por ellos en la niñez. Cuando eran niños, se les permitía practicar el engaño a fin de salirse con la suya, y el espíritu rebelde que se permitía en el hogar, será el último en prestar obediencia a los requerimientos de la Palabra de Dios (Review and Herald, 30-3-1897).
La espiritualidad puede ser muerta por la crítica.
Cuando os sintáis tentados a hablar palabras duras, orad por la gracia para resistir la tentación. 523 Recordad que vuestros hijos hablarán así como os oyen hablar. Los estáis educando por vuestro ejemplo. Recordad que si habláis palabras ásperas a otros miembros de iglesia, hablaríais la misma clase de palabras en el cielo, si se os permitiera entrar en él . . . .
Después de la familia, viene la iglesia. La influencia de la familia ha de ser tal que resulte en ayuda y bendición para la iglesia. Nunca pronunciéis una palabra de crítica o de queja. Hay iglesias en las cuales casi ha muerto la espiritualidad debido al espíritu de crítica que se ha permitido que entrara. ¿Por qué hablamos palabras de condenación y censura? Quedar en silencio es el más poderoso reproche que se puede dar al que os habla palabras ásperas y descorteses. Guardad perfecto silencio. Con frecuencia, el silencio es elocuencia (Manuscrito 21, 1903).
El cuidado de la juventud desvalida.

Los jóvenes y señoritas que no están bajo la influencia del hogar necesitan que alguien cuide de ellos y les manifieste interés; y los que hacen esto suplen una gran necesidad y están haciendo tan ciertamente una obra para Dios y la salvación de las almas como el ministro desde el púlpito. Esta obra de benevolencia desinteresada, al trabajar para el bien de los jóvenes, es nada menos que lo que Dios requiere de cada uno de nosotros. ¡Cuán fervientemente debiera trabajar el cristiano experimentado para evitar la formación de aquellos hábitos que indeleblemente malogran el carácter! Los seguidores de Cristo hagan la Palabra atrayente para los jóvenes (Fundamentals of Christian Education, pág. 51).

El ministro tiene una oportunidad especial.

En toda oportunidad adecuada repítase la historia de Jesús a los niños. En cada sermón, resérveselas un pequeño rincón. El siervo de Cristo puede hacerse 524 amigos permanentes de estos pequeñuelos. No pierda él ninguna oportunidad de ayudarlos a hacerse más entendidos en el conocimiento de las Escrituras. Esto logrará más de lo que nos damos cuenta para cerrar el paso a las tretas de Satanás. Si los niños llegan a familiarizarse temprano con las verdades de la Palabra de Dios, ello erigirá una barrera contra la impiedad, y podrán hacer frente al enemigo con las palabras: "Escrito está" (Obreros Evangélicos, pág. 22).

Sed tan fieles en el hogar como en el culto.

Padres, como maestros de vuestros amados la verdad debiera tener un poder controlador sobre vuestra conciencia y vuestro entendimiento, presidiendo cada palabra y cada hecho. Sed tan fieles en vuestra vida del hogar como lo sois en el culto de Dios. Dad un carácter correcto a todo lo que hay dentro del hogar. Los ángeles de Dios están presentes anotando cómo son tratados los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Con toda seguridad, la religión del hogar será llevada a la iglesia (Manuscrito 84, 1897). 525

SECCION XIX - EL DÍA DEL CÓMPUTO FINAL

CAPÍTULO 82. La Hora es Tardía

Satanás está preparando sus huestes.

Satanás está preparando sus huestes, ¿estamos preparados individualmente para el terrible conflicto que está precisamente delante de nosotros? ¿Nos estamos preparando y estamos preparando a nuestra familia para que comprenda la posición de nuestros adversarios y sus ardides bélicos? ¿Están formando hábitos de decisión vuestros hijos para que puedan ser firmes y no se rindan en ningún asunto de principio y deber? Ojalá todos puedan entender las señales de los tiempos y estemos preparados junto con nuestros hijos para que en el tiempo de conflicto Dios pueda ser nuestro refugio y nuestra defensa (Review and Herald, 23-4-1889).

Preparaos para una sorpresa abrumadora.

La transgresión casi ha llegado a su límite. La confusión llena el mundo y pronto ha de sobrecoger a los seres humanos un gran terror. El fin está muy cerca. El pueblo de Dios debiera estarse preparando para lo que ha de sobrevenir al mundo como una sorpresa abrumadora.

Nuestro tiempo es precioso. No tenemos sino unos pocos, muy pocos días de gracia en los cuales prepararnos para la vida inmortal futura (Youth's Instructor, 28-4-1908).

Muchas familias no están preparadas.

El sábado y domingo, en visiones de la noche, me pareció estar dando mi testimonio delante de la gente. En ambas 526 ocasiones, me pareció estar en una grandiosa carpa que estaba literalmente atestada. El Señor me dio un mensaje decisivo para la gente. Mi preocupación era nuestras familias que no están preparadas para encontrarse con el Señor. Una preocupación especial estaba sobre mí, de señalar a nuestro pueblo la necesidad de buscar al Señor con un íntimo escudriñamiento de corazón y fervor de propósito. . . .

Los padres que estén verdaderamente convertidos revelarán en su vida del hogar que están colocando su vida bajo la disciplina de la Palabra de Dios . . . . La preparación correcta de sus hijos es la más importante obra de la vida para el padre y la madre (Carta 64, 1911).

Preguntas solemnes para los padres.

Padres y madres, ¿cómo están vuestros registros? ¿Habéis sido fieles a vuestro cometido? Al ver a vuestros hijos inclinados a seguir una conducta que sabíais resultaría en pensamientos, palabras y actos impuros, habiendo pedido primero la ayuda de Dios, ¿habéis tratado de mostrarles su peligro? ¿Les habéis señalado el peligro de tomar la senda de su propia elección? Madres, ¿habéis descuidado vuestra obra dada por Dios: la más grande obra jamás dada a los mortales? ¿Os habéis rehusado a llevar vuestras responsabilidades dadas por Dios? En el tiempo de angustia que está delante de nosotros, cuando los juicios de Dios caigan sobre los impuros y los no santificados, ¿os maldecirán vuestros hijos debido a vuestra negligencia? (Review and Herald, 23-12-1902).

Los padres que son nuevos en el mensaje necesitan instrucción.

Los que llevan el último mensaje de misericordia al mundo deben sentir que es su deber instruir a los padres acerca de la religión en el hogar. El gran movimiento de reforma debe principiar presentando a los padres, las madres y los 527 hijos los principios de la ley de Dios. A medida que se presentan los requerimientos de la ley de Dios, y los hombres y mujeres se convencen de su deber de acatarla, muéstreseles la responsabilidad de su decisión, no sólo para consigo mismos sino para con sus hijos. Muéstreseles que la obediencia a la Palabra de Dios es nuestra única salvaguardia contra los males que están arrastrando al mundo a la destrucción (Joyas de los Testimonios, tomo 2, pág. 406).

Nuestros jóvenes necesitan ayuda y ánimo.

Ahora es nuestro momento y oportunidad de trabajar por la juventud. Decidles que estamos ahora en una crisis peligrosa y necesitamos saber discernir la verdadera piedad. Nuestra juventud necesita ser ayudada, levantada y alentada, pero de la manera debida; no, por ejemplo, como ella lo querría, sino de la manera que le ayude a tener mentes santificadas. Necesitan religión buena y santificadora más que cualquier otra cosa (La Educación Cristiana, pág. 497).

No os demoréis.

Los acontecimientos venideros están proyectando su sombra sobre nuestro sendero. Padres, madres, os exhorto a hacer los más fervientes esfuerzos ahora en favor de vuestros hijos. Dadles instrucción religiosa diariamente. Enseñadles a amar a Dios y ser leales a los principios de rectitud. Con una fe elevada y ferviente, dirigida por la influencia divina del Espíritu Santo, trabajad, trabajad ahora. No dilatéis un solo día, ni una hora (Review and Herald, 23-4-1889).

Haced una obra cabal.

Padres, humillad vuestro corazón delante de Dios. Comenzad una obra cabal con vuestros hijos. Rogadle al Señor que os perdone vuestro descuido de su Palabra al desatender la preparación de vuestros hijos en la forma debida. Pedid luz y dirección, una conciencia sensible y un discernimiento claro para que podáis ver vuestros errores y faltas. Dios oirá oraciones tales que emanen de 528 un corazón humilde y contrito (Manuscrito 22, 1904).

La confesión puede ser necesaria.

Si habéis fallado en vuestro deber para vuestra familia, confesad vuestros pecados delante de Dios. Reunid a vuestros hijos en torno de vosotros y reconoced vuestro descuido. Decidles que deseáis realizar una reforma en el hogar y pedidles que os ayuden a hacer del hogar lo que debiera ser. Leedles las instrucciones que se encuentran en la Palabra de Dios. Orad con ellos, y pedid a Dios que les salve la vida y les ayude a prepararse para un hogar en su reino. En esta forma, podréis comenzar una obra de reforma y luego continuad observando el sendero del Señor (Ibid.).

Dad a los niños un ejemplo de estricta obediencia.

La obra especial de los padres es hacer que las leyes de Dios sean claras para sus hijos e instarles para que las obedezcan, a fin de que vean la importancia de obedecer a Dios todos los días de su vida. Esta fue la obra de Moisés. Debía prescribir a los padres su deber de dar a sus hijos un ejemplo de estricta obediencia. Y ésta es la obra que está por encima de cualquier otra cosa que deba hacerse en la vida del hogar hoy día. Ha de acompañar al mensaje del tercer ángel. La ignorancia no es una excusa para que los padres descuiden enseñar a sus hijos lo que significa transgredir la ley de Dios. La luz es abundante y nadie está obligado a caminar en tinieblas, nadie necesita estar en la ignorancia. Dios es tan verdaderamente nuestro instructor hoy como fue el Maestro de los hijos de Israel, y todos estamos constreñidos por la más sagrada obligación a obedecer sus leyes (Carta 90, 1898).

Orad y trabajad por la salvación de vuestros hijos.

Enseñad a vuestros hijos que el corazón debe ser preparado para que ejerza dominio propio y abnegación. Los motivos de la vida deben estar en 529 armonía con la ley de Dios. Nunca estéis satisfechos de que vuestros hijos crezcan apartados de Cristo. Nunca os sintáis tranquilos mientras estén fríos e indiferentes. Clamad a Dios día y noche. Orad y trabajad por la salvación de las almas de vuestros hijos. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría". Es el muelle real y la péndola del carácter.* Sin el temor de Jehová, no alcanzarán el gran propósito de su creación (Review and Herald, 23-4-1889).

Proceded como edificadores del carácter.

Los padres adventistas del séptimo día deben comprender más plenamente sus responsabilidades como edificadores del carácter. Dios les ofrece el privilegio de fortalecer su causa por la consagración y las labores de sus hijos. Desea ver reunida en los hogares de nuestro pueblo a una gran compañía de jóvenes que, a causa de las influencias piadosas de sus padres, le hayan entregado su corazón, y salgan a prestar el más alto servicio de sus vidas. Dirigidos y educados por la piadosa instrucción del hogar, la influencia del culto matutino y

vespertino, el ejemplo consecuente de los padres que aman y temen al Señor, han aprendido a someterse a Dios como Maestro, y están preparados para rendirle un servicio aceptable como hijos e hijas leales. Estos jóvenes están preparados para representar ante el mundo el poder y la gracia de Cristo (Consejos para los Maestros, pág. 101). 530

CAPÍTULO 83. Las Recompensas

Una gráfica escena del día del juicio.

Una vez tuve un sueño en el que vi una muchedumbre reunida. Y súbitamente los cielos se ennegrecieron, retumbó el trueno, fulguró el relámpago, y una voz más potente que el mayor estruendo del trueno resonó por los cielos y la tierra diciendo: "Consumado es". Una parte de la muchedumbre, con rostros pálidos, se adelantó con un gemido de agonía exclamando: "¡Oh, no estoy listo!" Se formuló la pregunta: "¿Por qué no estás listo? ¿Por qué no has aprovechando de las oportunidades que te di bondadosamente?" Me desperté con el clamor que resonaba en mis oídos: "¡No estoy listo! ¡No estoy salvado! ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Eternamente perdido!"

En vista de las solemnes responsabilidades que descansan sobre nosotros, contemplemos el futuro para que podamos entender lo que debemos hacer a fin de afrontarlas. En aquel día, ¿tendremos que hacer frente al descuido y desprecio de Dios y de su misericordia, al rechazo de su verdad y de su amor? En la solemne reunión del último día, a oídos del universo, se leerá la razón de la condenación del pecador. Por primera vez, los padres sabrán lo que ha sido la vida secreta de sus hijos. Los hijos verán cuántos errores han cometido contra sus padres. Habrá una revelación general de los secretos y motivos del corazón, pues se manifestará lo que está oculto. Los que se han mofado de las cosas solemnes del juicio, quedarán sombríos al contemplar su terrible realidad.

Los que han despreciado la Palabra de Dios entonces harán frente al Autor de los oráculos inspirados. No podemos permitirnos vivir sin tomar en cuenta el día del juicio: pues aunque se posponga 531 mucho, ahora está cerca, a las puertas, y se apresura grandemente. La trompeta del Arcángel pronto sorprenderá a los vivos y despertará a los muertos. En ese día los impíos serán separados de los justos como el pastor divide las cabras de las ovejas (Youth's Instructor, 21-7-1892).

Cuando Dios pregunte: "¿Dónde están los hijos?"

Los padres que han descuidado las responsabilidades que Dios les dio, deben hacer frente a ese descuido en el juicio. Entonces preguntará el Señor: "¿Dónde están los hijos que te di para que los prepararas para mí? ¿Por qué no están a mi diestra?" Muchos padres verán entonces que un amor necio les cegó los ojos para que no vieran las faltas de sus hijos y dejó que esos hijos desarrollaran caracteres deformados inaptos para el cielo. Otros verán que no concedieron a sus hijos tiempo y atención, amor y ternura; su descuido del deber hizo de sus hijos lo que son (Testimonies, tomo 4, pág. 424).

Padres, si perdéis vuestra oportunidad, Dios tenga piedad de vosotros, pues en el día del juicio el Señor preguntará: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?" . . .

Supongamos que llegarais al cielo y ninguno de vuestros hijos estuviera allí. ¿Cómo podríais decir a Dios: "Heme aquí, Señor, y los hijos que tú me diste" ? El cielo toma nota del descuido de los padres. Se registra en los libros del cielo (Manuscrito 62, 1901).

Las familias pasarán en revista delante de Dios.

¡Qué escena se verá cuando los padres y los hijos se encuentren en ocasión del cómputo final! Millares de hijos que han sido esclavos del apetito y del vicio denigrante, cuyas vidas son naufragios morales, estarán frente a frente de sus padres que hicieron de ellos lo que son. ¿Quiénes sino los padres deben llevar esta terrible responsabilidad? ¿Hizo el Señor 532 corruptos a esos jóvenes? ¡Oh, no! Los hizo a su imagen, un poco menores que los ángeles. ¿Quién pues ha realizado la terrible obra de formar el carácter de sus vidas? ¿Quién cambió sus caracteres de modo que no lleven la imagen de Dios y deban quedar separados para siempre de su presencia por ser demasiado impuros para ocupar un lugar con los ángeles puros en un cielo santo? ¿Fueron transmitidos a los hijos los pecados de los padres convertidos en apetitos y pasiones perversos? ¿Y fue la obra completada por la madre, amante de los placeres, por lo que descuidó la preparación adecuada de sus hijos, de acuerdo con el modelo que le fue dado? Todas esas madres pasarán en revista delante de Dios tan ciertamente como que existen (Testimonies, tomo 3, págs. 568, 569).

En el cielo hay un registro gráfico.

Recuerden los padres y los hijos que día tras día están formando un carácter, y que los rasgos de ese carácter se imprimen en los libros del cielo. Dios dibuja lo que son sus hijos, tan ciertamente como un artista dibuja los rasgos de hombres y mujeres transfiriéndolos al lienzo. ¿Qué clase de cuadro queremos que se reproduzca? Padres, ¡contestad la pregunta! ¿Qué clase de cuadro hará el Artífice supremo de vosotros en los registros del

cielo? . . . Debemos decidir esto ahora. Más tarde, cuando llegue la muerte, no habrá tiempo para enderezar los desniveles del carácter.
Esto debiera ser algo importantísimo para nosotros individualmente. Cada día se reproduce nuestra semejanza para el tiempo y la eternidad. Diga cada uno: "Me están retratando hoy". Preguntaos cada día, cada hora: "¿Cómo sonarán mis palabras ante los ángeles celestiales? ¿Son como manzanas de oro con figuras de plata o son como granizo agostador, que hiere y lastima?". . . 533
No sólo nuestras palabras y acciones, sino nuestros pensamientos forman el cuadro de lo que somos. Por lo tanto, sea buena cada persona y haga lo bueno. Que el cuadro que se trace de vosotros sea tal que no os avergoncéis. Cada sentimiento que acariciamos deja su impresión en el semblante. Dios nos ayude para que registremos en nuestras familias lo que desearíamos que hubiera en el registro celestial (Carta 78, 1901).
¿Habéis sido descuidados? ¡Ojalá que los padres velasen con oración y cuidado por el bienestar eterno de sus hijos! Pregúntense: ¿Hemos sido negligentes? ¿Hemos descuidado esta obra solemne? ¿Hemos permitido que nuestros hijos llegasen a ser juguetes de las tentaciones de Satanás? ¿No tenemos que rendir una cuenta solemne ante Dios por haber permitido a nuestros hijos que empleasen sus talentos, su tiempo e influencia para obrar contra la verdad y contra Cristo? ¿No hemos descuidado nuestro deber como padres y aumentado el número de los súbditos de Satanás? (Joyas de los Testimonios, tomo 3, pág. 63).
Si las madres descuidan la debida educación de sus hijos, su descuido se reflejará sobre ellas, haciendo que sus cargas y perplejidades sean más duras de lo que habrían sido si hubieran dedicado tiempo y paciente cuidado a la preparación de sus hijos para la obediencia y sumisión. A la larga, recompensará a las madres el hacer de la formación del carácter de sus hijos su consideración primera y más elevada, a fin de que las espinas no se arraiguen y den una cosecha abundante (Signs of the Times, 5-8-1875).
Los hijos condenarán a los padres infieles. La maldición de Dios descansará seguramente sobre los padres infieles. No sólo están ellos plantando espinas que los habrán de herir aquí, sino que deberán arrostrar su propia responsabilidad cuando se abra el 534 juicio. Muchos hijos se levantarán en el juicio y condenarán a sus padres, porque no los reprendieron, y los harán responsables de su destrucción. La falsa simpatía y el amor ciego de los padres los impulsa a excusar y a no corregir las faltas de sus hijos, y como consecuencia éstos se pierden y la sangre de sus almas recaerá sobre los padres infieles (Joyas de los Testimonios, tomo 1, págs. 78, 79).
Los hijos rendirán homenaje a los padres fieles.
Cuando empiece el juicio y los libros sean abiertos, cuando sea pronunciado el "Bien hecho" del gran Juez, y colocada en la frente del vencedor la corona de gloria inmortal, muchos levantarán sus coronas a la vista del universo reunido y, señalando a sus madres, dirán: "Ella hizo de mí todo lo que soy mediante la gracia de Dios. Su instrucción, sus oraciones, han sido bendecidas para mi salvación eterna" (Mensajes para los Jóvenes, pág. 328).
Se manifestarán los resultados de la preparación fiel.
Todos los que obraron con espíritu abnegado, verán el fruto de sus labores. Se verá el resultado de cada principio recto y acción noble. Algo de ello vemos ahora. Pero ¡cuán poco del resultado de la obra más noble del mundo se manifiesta en esta vida al obrero! ¡Cuántos trabajan abnegada e incansablemente por los que pasan más allá de su alcance y conocimiento! Los padres y maestros caen en su último sueño con la sensación de que ha sido en vano la obra de su vida; no saben que su fidelidad ha abierto manantiales de bendiciones que nunca pueden dejar de fluir; sólo por la fe ven a los hijos que han criado transformarse en una bendición e inspiración para sus semejantes, y multiplicarse mil veces su influencia . . . . Los hombres siembran la semilla de la cual, sobre sus sepulcros, otros recogen cosechas abundantes. Plantan árboles para que otros coman sus frutos. Se contentan aquí con saber que 535 han puesto en acción agentes que obran para bien. En lo futuro se verá la acción y reacción de todo esto (La Educación, pág. 295).
Los padres pueden llevar a sus hijos consigo a la Tierra Prometida.
Dios ha permitido que brille luz de su trono para que alumbre todo el sendero de la vida. Una columna de nube de día, una columna de fuego de noche se mueven delante de nosotros como sucedió con el antiguo Israel. Los padres cristianos tienen el privilegio hoy día, así como lo fue para el pueblo de Dios de la antigüedad, de llevar a sus hijos consigo a la Tierra Prometida (Signs of the Times, 24-11-1881).
Queréis que los vuestros sean para Dios, queréis que vuestra familia sea para Dios. Queréis llevarlos a las puertas de la ciudad celestial y decir: "Heme aquí, Señor, y los hijos que tú me diste". Quizá sean hombres y mujeres que se han desarrollado hasta la virilidad y la femineidad, pero de todos modos son vuestros hijos, y vuestra educación y la forma en que velasteis sobre ellos han sido bendecidas por Dios hasta el punto de que están como vencedores. Entonces podéis decir: "Heme aquí, Señor, y los hijos" (Manuscrito 40, 1894).

Se reeslabonarán las cadenas familiares rotas.
Jesús viene, viene en las nubes con grande gloria. Lo acompañarán una multitud de ángeles resplandecientes. Vendrá para honrar a los que lo han amado y han guardado sus mandamientos, y para llevarlos consigo. No los ha olvidado, ni ha olvidado sus promesas. Se unirán de nuevo los eslabones de la cadena familiar (Review and Herald, 22-11-1906).
Consuelo para una madre enlutada.
Ud. pregunta si su hijito será salvo. Las palabras de Cristo son su respuesta: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos". Recuerde la profecía: "Así ha dicho Jehová: 536 voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos, y no quiso ser consolada . . . Así ha dicho Jehová: reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo. Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová, y los hijos volverán a su propia tierra".
Esta promesa es suya. Ud. puede ser consolada y confiar en el Señor. El Señor me ha instruido con frecuencia que muchos pequeñuelos deben morir antes del tiempo de angustia. Veremos de nuevo a nuestros hijos. Nos encontraremos con ellos y los reconoceremos en los atrios celestiales. Ponga su confianza en el Señor y no tema (Carta 196, 1899).
Los hijos serán llevados a los brazos de sus madres.
¡Oh maravillosa redención, tan descripta y tan esperada, contemplada con anticipación febril, pero jamás enteramente comprendida!
Los justos vivos son mudados "en un momento, en un abrir de ojo". A la voz de Dios fueron glorificados; ahora son hechos inmortales, y juntamente con los santos resucitados son arrebatados para recibir a Cristo su Señor en los aires. Los ángeles "juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro". Santos ángeles llevan niñitos a los brazos de sus madres. Amigos, a quienes la muerte tenía separados desde largo tiempo, se reúnen para no separarse más, y con cantos de alegría suben juntos a la ciudad de Dios (El Conflicto de los Siglos, pág. 703).
El día largamente anhelado.
Desde el día en que la primera pareja se alejara apesadumbrada del Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que había de aniquilar el poder destructor de Satanás y volverlos a llevar al paraíso perdido (Id., pág. 344). 537
El cielo nos habrá costado bastante poco, aun cuando lo obtengamos por medio del sufrimiento . . . . Al ver lo que debemos ser para heredar la gloria, y ver luego cuánto sufrió Jesús para obtener en nuestro favor una heredad tan preciosa, rogué que fuésemos bautizados en los sufrimientos de Cristo, para no atemorizarnos frente a las pruebas, sino soportarlas con paciencia y gozo, sabiendo que Cristo sufrió a fin de que por su pobreza y sufrimientos nosotros pudiésemos ser enriquecidos (Primeros Escritos, págs. 66, 67).
¡El cielo vale cualquier precio!
Para nosotros el cielo vale cualquier precio. En este asunto, no debemos correr ningún riesgo. Aquí no debemos aventurarnos. Debemos saber que nuestros casos son ordenados por el Señor. Dios nos ayude en la gran obra de triunfar. El tiene coronas para los vencedores. Tiene mantos blancos para los justos. Tiene un eterno mundo de gloria para los que busquen gloria, honra e inmortalidad. Todos los que entren en la ciudad de Dios, entrarán como vencedores. No entrarán como criminales condenados, sino como hijos de Dios. Y la bienvenida que se dé a cada uno que entre, será: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. 25: 34) (Christian Temperance and Bible Hygiene, pág. 149).
Participantes del gozo de Cristo.
Vemos un séquito de ángeles a cada lado de la puerta, y al entrar, Jesús dice: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Aquí os dice que seáis participantes de su gozo, ¿y qué es eso? Es el gozo de ver el trabajo de vuestra alma, padres, madres, es el gozo de ver que vuestros esfuerzos son recompensados. Aquí están vuestros hijos, la corona de vida está sobre su cabeza y los ángeles de Dios inmortalizan los 538 nombres de las madres cuyos esfuerzos han ganado a sus hijos para Jesucristo (Manuscrito 12, 1895).
El glorioso día de la victoria.
La iglesia es ahora militante. Actualmente arrostramos a un mundo en tinieblas, casi enteramente entregado a la idolatría. Pero se acerca el día cuando habrá terminado la batalla y la victoria habrá sido ganada. La voluntad de Dios ha de cumplirse en la tierra como en el cielo . . . . Todos constituirán una familia dichosa, unida, vestida con las prendas de alabanza y de acción de gracias: con el manto de la justicia de Cristo. Toda

la naturaleza, en su incomparable belleza, ofrecerá a Dios tributo de alabanza y adoración. El mundo quedará bañado en luz celestial. La luz de la luna será como la del sol, y la luz del sol siete veces más intensa que ahora. Los años transcurrirán alegremente. Y sobre todo las estrellas de la mañana cantarán juntas, y los hijos de Dios clamarán de gozo, mientras que Dios y Cristo declararán a una voz que "ya no habrá más pecado, ya no habrá más muerte".

Estas visiones de la gloria futura, descriptas por la mano de Dios, deberían ser de gran valor para sus hijos . . . .

Necesitamos tener siempre presente esta visión de las cosas invisibles. Así comprenderemos el verdadero valor de las cosas eternas y de las transitorias, y esto nos dará más poder para influir en los demás a fin de que vivan una vida más elevada (El Ministerio de Curación, págs. 404-406).

¿Dirá Dios: "Bien hecho"?

Cuando estéis delante del gran trono blanco, entonces aparecerá vuestra obra tal como es. Se abren los libros, se hace conocer el registro de cada vida. En aquella gran multitud, hay muchos que no están preparados para las revelaciones que se hacen. En los oídos de algunos, caerán con asombrosa claridad las palabras: "Pesado 539 en la balanza, y hallado falto". El Juez dirá a muchos padres en aquel día: "Tuviste mi Palabra que te presentaba claramente tu deber. ¿Por qué no has obedecido sus enseñanzas? ¿No sabías que era la voz de Dios? ¿No te ordené que escudriñaras las Escrituras para que no te descarriaras? No sólo has arruinado tu propia alma, sino que con tus alardes de piedad has descarriado a muchos otros. No tienes parte conmigo. Apártate, apártate".

Hay otros que permanecen pálidos y temblando, confiando en Cristo y, sin embargo, oprimidos con el sentimiento de su propia indignidad. Oyen con lágrimas de gozo y gratitud el encomio del Maestro. Los días de incesante tarea, de carga abrumadora y de temor y angustia son olvidados cuando aquella voz, más dulce que la música de las arpas de los ángeles, pronuncia las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor". Allí está la hueste de los redimidos, con la palma de victoria en su mano y la corona sobre la cabeza. Estos son los que mediante fieles y fervientes labores han obtenido una idoneidad para el cielo. La obra de su vida realizada en la tierra es reconocida en las cortes celestiales como una obra bien hecha.

Con gozo inenarrable, los padres ven la corona, el manto, el arpa que son dados a sus hijos. Han terminado los días de espera y de temor. La semilla sembrada con lágrimas y oraciones pudo haber parecido ser sembrada en vano, pero la cosecha es recogida al fin con gozo. Sus hijos han sido redimidos. Padres, madres, ¿henchirán el canto de alegría en aquel día las voces de vuestros hijos? (Signs of the Times, 1-7-1886).